

NUEVO MANUAL DE LECTURAS EN ESPAÑOL

新编西班牙语阅读课本

第三册



外语教学与研究出版社

NUEVO MANUAL DE LECTURAS

EN ESPAÑOL

新编西班牙语阅读课本

第三册

李多 编

外语教学与研究出版社

(京)新登字 155 号

图书在版编目(CIP)数据

新编西班牙语阅读课本 第三册/李多编. - 北京:外语教学与研究出版社, 1999

ISBN 7-5600-1732-0

I. 新… II. 李… III. 西班牙语 - 阅读教学 - 高等学校 - 教材 IV. H349.4

中国版本图书馆 CIP 数据核字(1999)第 51622 号

版权所有 翻印必究

新编西班牙语阅读课本

第三册

李多 编

* * *

责任编辑:黄菊琴

出版发行:外语教学与研究出版社

社 址:北京市西三环北路 19 号 (100089)

网 址: <http://www.fltrp.com.cn>

印 刷:北京外国语学院印刷厂

开 本:850×1168 1/32

印 张:18.125

字 数:332 千字

版 次:2000 年 4 月第 1 版 2000 年 4 月第 1 次印刷

印 数:1—5000 册

书 号:ISBN 7-5600-1732-0/G·724

定 价:23.90 元

* * *

如有印刷、装订质量问题出版社负责调换

前 言

《新编西班牙语阅读课本》共分四册，可供高等院校西班牙语专业本科一、二、三年级阅读课使用。

本套教材在总结《西班牙语阅读课本》（岑楚兰、陈瑄瑄、傅筱芳合编，1988年由外研社出版）选编经验，在听取部分师生意见的基础上，重新选编而成，基本上保留了原有教材的体例，但是课文全部更新。本书以提高阅读理解能力、扩充词汇量、拓宽知识面为其主要目的，力图贯彻科学性、知识性、实践性、趣味性等教学原则，力求课文的题材和体裁的多样化。主要内容包括浅易故事、简单对话、文学名著改编、戏剧、小说、名人传记、西班牙语国家概况、经贸短文、当代社会问题等，以适应当今时代的需求。每篇文章均配有词汇表，便于学生阅读和理解。

本书一、二册由岑楚兰、蔡绍龙选编，三、四册均为李多选编，整套教材由北京外国语大学西班牙语系系主任刘永信教授审阅。

我们诚恳地希望读者对本书提出宝贵意见。

编者

INDICE

INFORME ESPECIAL	1
Caracas sin agua	2
Sólo 12 horas para salvarlo	14
Condenados a 20 años, pero son inocentes	30
LITERATURA (1)	45
Los gallinazos sin plumas	46
El jefe	61
De color modesto	69
Casa tomada	87
SOCIEDAD	95
Drogadicción juvenil	96
CULTURA	127
El mundo de los mayas	128
LITERATURA (2)	247
El jinete polaco	248
Eva Luna	301
Los dioses debajo de la lluvia	420
SALUD	523
Nutrición	524

INFORME ESPECIAL

CARACAS SIN AGUA

Después de escuchar el boletín radial de las 7 de la mañana, Samuel Burkart, un ingeniero alemán que vivía solo en un penthouse de la avenida Caracas, en San Bernardino, fue al abasto de la esquina a comprar una botella de agua mineral para afeitarse. Era el 6 de junio de 1958. Al contrario de lo que ocurría siempre desde cuando Samuel Burkart llegó a Caracas, 10 años antes, aquella mañana de lunes parecía mortalmente tranquila. De la cercana avenida Urdaneta no llegaba el ruido de los automóviles ni el estampido de las motonetas. Caracas parecía una ciudad fantasma. El calor abrasante de los últimos días había cedido un poco, pero en el cielo alto, de un azul denso, no se movía una sola nube. En los jardines de las quintas, en el islote de la Plaza de la Estrella, los arbustos estaban muertos. Los árboles de las avenidas, de ordinario cubiertos de flores rojas y amarillas en esa época del año extendían hacia el cielo sus ramazones peladas.

Samuel Burkart tuvo que hacer cola en el abasto para ser atendido por los dos comerciantes portugueses que hablaban con la clientela de un mismo tema, el tema único de los últimos cuarenta días que esa mañana había estallado en la radio y en los periódicos como una explosión dramática: el agua se había agotado en Caracas. La noche anterior se habían anunciado las drásticas restricciones impuestas por el INOS a los últimos 100.000 metros cúbicos almacenados en el dique de La Mariposa. A partir de esa mañana, como consecuencia del verano más intenso que había padecido

Caracas después de 79 años, había sido suspendido el suministro de agua. Las últimas reservas se destinaban a los servicios estrictamente esenciales. El gobierno estaba tomando desde hacía 24 horas disposiciones de extrema urgencia para evitar que la población pereciera víctima de la sed. Para garantizar el orden público se habían tomado medidas de emergencia que las brigadas cívicas constituidas por estudiantes y profesionales se encargarían de hacer cumplir.

Las ediciones de los periódicos reducidas a cuatro páginas, estaban destinadas a divulgar las instrucciones oficiales a la población civil sobre la manera como debía proceder para superar la crisis y evitar el pánico.

A Burkart no se le había ocurrido una cosa: sus vecinos tuvieron que preparar el café con agua mineral, le anunció que la venta de jugos de frutas y gaseosas estaba racionada por orden de las autoridades. Cada cliente tenía derecho a una cuota límite de una lata de jugo de fruta y una gaseosa por día, hasta nueva orden. Burkart compró una lata de jugo de naranja y se decidió por una botella de limonada para afeitarse. Sólo cuando fue a hacerlo descubrió que la limonada corta el jabón y no produce espuma. De manera que declaró definitivamente el estado de emergencia y se afeitó con jugo de duraznos.

Primer anuncio de cataclismo:

Una señora riega el jardín

Con su cerebro alemán perfectamente cuadrado y sus experiencias de guerra, Samuel Burkart sabía calcular con la debida anticipación el alcance de una noticia. Eso era lo que había hecho,

tres meses antes, exactamente el 26 de marzo, cuando leyó en un periódico la siguiente información: “En la Mariposa sólo queda agua para 16 días”.

La capacidad normal del dique de La Mariposa, que surte de agua a Caracas es de 9.500.000 metros cúbicos. En esa fecha a pesar de las reiteradas recomendaciones del INOS para que se economizara el agua, las reservas estaban reducidas a 5.211.854 metros cúbicos. Un meteorólogo declaró a la prensa, en una entrevista no oficial que no llovería antes de junio. Pocas semanas después el suministro de agua se redujo a una cuota que era ya inquietante, a pesar de que la población no le dio la debida importancia; 130.000 metros cúbicos diarios.

Al dirigirse a su trabajo, Samuel Burkart saludaba a una vecina que se sentaba en su jardín desde las 8 de la mañana a regar la hierba. En cierta ocasión le habló de la necesidad de economizar agua. Ella, embutida en una bata de seda con flores rojas, se encogió de hombros. “Son mentiras de los periódicos para meter miedo — replicó—. Mientras haya agua yo regaré mis flores.” El alemán pensó que debía dar cuenta a la policía, como lo hubiera hecho en su país, pero no se atrevió porque pensaba que la mentalidad de los venezolanos era completamente distinta de la suya. A él también le había llamado la atención que las monedas en Venezuela son las únicas que no tienen escrito su valor y pensaba que aquello podía obedecer a una lógica inaccesible para un alemán. Se convenció de eso cuando advirtió que algunas fuentes públicas, aunque no las más importantes, seguían funcionando cuando los periódicos anunciaron, en abril, que las reservas de agua descendían a razón de 150.000 metros cúbicos cada 24 horas. Una semana después se anunció que se estaban produciendo chaparrones artificiales en las cabeceras del Tuy

— la fuente vital de Caracas — y que eso había ocasionado un cierto optimismo en las autoridades. Pero a fines de abril no había llovido. Los barrios pobres quedaron sin agua. En los barrios residenciales se restringió el agua a una hora por día. En su oficina, como no tenía nada que hacer, Samuel Burkart utilizó su regla de cálculo para descubrir que si las cosas seguían como hasta entonces habría agua hasta el 22 de mayo. Se equivocó, tal vez por un error en los datos publicados en los periódicos. A fines de mayo el agua seguía restringida, pero algunas amas de casa insistían en regar sus matas. Incluso en un jardín, escondido entre los arbustos, vio una fuente minúscula, abierta durante la hora en que se suministraba el agua. En el mismo edificio donde él vivía, una señora se vanagloriaba de no haber prescindido de su baño diario en ningún momento. Todas las mañanas recogía agua en todos los recipientes disponibles. Ahora, intempestivamente, a pesar de que había sido anunciada con la debida anticipación, la noticia estallaba a todo lo ancho de los periódicos. Las reservas de La Mariposa alcanzaban para 24 horas. Burkart que tenía el complejo de la afeitada diaria, no pudo lavarse ni siquiera los dientes. Se dirigió a la oficina, pensando que tal vez en ningún momento de la guerra, ni aun cuando participó en la retirada del Africa Korp, en pleno desierto, se había sentido de tal modo amenazado por la sed.

En las calles, las ratas mueren de sed,
El gobierno pide serenidad

Por primera vez en 10 años, Burkart se dirigió a pie a su oficina, situada a pocos pasos del Ministerio de Comunicaciones. No se atrevió a utilizar su automóvil por temor a que se recalentara. No

todos los habitantes de Caracas fueron tan precavidos. En la primera bomba de gasolina que encontró había una cola de automóviles y un grupo de conductores vociferantes, discutiendo con el propietario. Habían llenado sus tanques de gasolina con la esperanza de que se les suministrara agua como en los tiempos normales. Pero no había nada que hacer. Sencillamente no había agua para los automóviles. La avenida Urdaneta estaba desconocida; no más de 10 vehículos a las 9 de la mañana. En el centro de la calle, había unos automóviles recalentados, abandonados por los propietarios. Los bares y restaurantes no abrieron sus puertas. Colgaron un letrero en las cortinas metálicas: "Cerrado por falta de agua". Esa mañana se había anunciado que los autobuses prestarían un servicio regular en las horas de mayor congestión. En los paraderos, las colas tenían varias cuadras desde las 7 de la mañana. El resto de la avenida un aspecto normal, con sus aceras, pero en los edificios no se trabajaba: todo el mundo estaba en las ventanas. Burkart preguntó a un compañero de oficina, venezolano, qué hacía toda la gente en las ventanas, y él le respondió:

—Están viendo la falta de agua.

A las 12, el calor se desplomó sobre Caracas. Sólo entonces empezó la inquietud. Durante toda la mañana, camiones del INOS con capacidad hasta para 20.000 litros repartieron agua en los barrios residenciales. Con el acondicionamiento de los camiones cisternas de las compañías petroleras, se dispuso de 300 vehículos para transportar agua hasta la capital. Cada uno de ellos, según cálculos oficiales, podía hacer hasta 7 viajes al día. Pero un inconveniente imprevisto obstaculizó los proyectos: las vías de acceso se congestionaron desde las 10 de la mañana. La población sedienta, especialmente en los barrios pobres, se precipitó sobre los vehículos

cisternas y fue preciso la intervención de la fuerza pública para restablecer el orden. Los habitantes de los cerros, desesperados, seguros de que los camiones de abastecimiento no podían llegar hasta sus casas, descendieron en busca de agua. Las camionetas de las brigadas universitarias, provistas de altoparlantes, lograron evitar el agua. A las 12:30 el Presidente de la Junta de Gobierno, a través de la Radio Nacional, la única cuyos programas no habían sido limitados, pidió serenidad a la población, en un discurso de 4 minutos. En seguida, en intervenciones muy breves, hablaron los dirigentes políticos, un representante del Frente Universitario y el Presidente de la Junta Patriótica. Burkart, que había presenciado la revolución popular contra Pérez Jiménez, cinco meses antes, tenía una experiencia: el pueblo de Caracas es notablemente disciplinado. Sobre todo, es muy sensible a las campañas coordinadas de radio, prensa, televisión y volantes. No le cabía la menor duda de que ese pueblo sabría responder también a aquella emergencia. Por eso lo único que le preocupaba en ese momento era su sed. Descendió por las escaleras del viejo edificio donde estaba situada su oficina y en el descanso encontró una rata muerta. No le dio ninguna importancia. Pero esa tarde cuando subió al balcón de su casa a tomar fresco después de haber consumido un litro de agua que le suministró el camión cisterna que pasó por su casa a las 2, vio un tumulto en la Plaza de la Estrella. Los curiosos asistían a un espectáculo terrible: de todas las casas, salían animales enloquecidos por la sed. Gatos, perros, ratones, salían a la calle en busca de alivio para sus gargantas reseca. Esa noche a las 10, se impuso el toque de queda. En el silencio de la noche ardiente sólo se escuchaba el ruido de los camiones del aseo, prestando un servicio extraordinario; primero en la calle y luego en el interior de las casas, se recogían los cadáveres de

los animales muertos de sed.

Huyendo hacia Los Teques. Una multitud muere de insolación

48 horas después de que la sequía llegó a su punto culminante, la ciudad quedó completamente paralizada. El gobierno de los Estados Unidos envió, desde Panamá, un convoy de aviones cargados con tambores de agua. Las Fuerzas Aéreas Venezolanas y las compañías comerciales que prestan servicio en el país, sustituyeron sus actividades normales por un servicio extraordinario de transporte de agua. Los aeródromos de Maiquetía y La Carlota fueron cerrados al tráfico internacional y destinados exclusivamente a esa operación de emergencia. Pero cuando se logró organizar la distribución urbana, el 30% del agua transportada se había evaporado a causa del calor intenso. En las Mercedes y en Sabana Grande, la policía incautó, el 7 de junio en la noche, varios camiones piratas, que llegaron a vender clandestinamente el litro de agua hasta a 20 bolívares. En San Agustín del Sur, el pueblo dio cuenta de otros dos camiones piratas, y repartió su contenido, dentro de un orden ejemplar, entre la población infantil. Gracias a la disciplina y el sentido de solidaridad del pueblo, en la noche del 8 de junio no se había registrado ninguna víctima de la sed. Pero desde el atardecer, un olor penetrante invadió las calles de la ciudad. Al anochecer, el olor se había hecho insoportable. Samuel Burkart descendió a la esquina con la botella vacía, a las 8 de la noche, e hizo una ordenada cola de media hora para recibir su litro de agua de un camión cisterna conducido por boy-scouts. Observó un detalle: sus vecinos, que hasta entonces habían tomado las cosas un poco a la ligera, que habían procurado convertir la crisis en una especie de carnaval,

empezaban a alarmarse seriamente. En especial a causa de los rumores. A partir de mediodía, al mismo tiempo que el mal olor, una ola de rumores alarmistas se habían extendido por todo el sector. Se decía que a causa de la terrible sequedad, los cerros vecinos, los parques de Caracas, comenzaban a incendiarse. No habría nada que hacer cuando se desencadenara el fuego. El cuerpo de bomberos no dispondría de medios para combatirlo. Al día siguiente, según anuncio de la Radio Nacional, no circularían periódicos. Como las emisoras de radio habían suspendido sus emisiones y sólo podían escucharse tres boletines diarios de la Radio Nacional, la ciudad estaba, en cierta manera, a merced de los rumores. Se transmitían por teléfono y en la mayoría de los casos eran mensajes anónimos.

Burkart había oído decir esa tarde que familias enteras estaban abandonando a Caracas. Como no habían medios de transporte el éxodo se intentaba a pie, en especial hacia Maracay. Un rumor aseguraba que esa tarde, en la vieja carretera de Los Teques, una muchedumbre empavorecida que trataba de huir de Caracas había sucumbido a la insolación. Los cadáveres expuestos al aire libre, se decía, eran el origen del mal olor. Burkart encontraba exagerada aquella explicación, pero advirtió que, por lo menos en su sector, había un principio de pánico.

Una camioneta del Frente Estudiantil se detuvo junto al camión cisterna. Los curiosos se precipitaron hacia ella, ansiosos de confirmar los rumores. Un estudiante subió la capota y ofreció responder, por turnos, a todas las preguntas. Según él, la noticia de la muchedumbre muerta en la carretera de Los Teques era absolutamente falsa. Además, era absurdo pensar que ése fuera el origen de los malos olores. Los cadáveres no podían descomponerse hasta ese grado en cuatro o cinco horas. Se aseguró que los bosques y

parques estaban colaborando en una forma heroica y que dentro de pocas horas llegaría a Caracas, procedente de todo el país, una cantidad de agua suficiente para garantizar la higiene. Se rogó transmitir por teléfono estas noticias, con la advertencia de que los rumores alarmantes eran sembrados por elementos perezjimenistas.

En el silencio total, falta un minuto
para la hora cero

Samuel Burkart regresó a su casa con un litro de agua a las 6:45, con el propósito de escuchar el boletín de la Radio Nacional, a las 7. Encontró en su camino a la vecina que, en abril, aún regaba las flores de su jardín. Estaba indignada contra el INOS, por no haber previsto aquella situación. Burkart pensó que la irresponsabilidad de su vecina no tenía límites.

—La culpa es de la gente como usted, dijo, indignado. El INOS pidió a tiempo que se economizara el agua. Usted no hizo caso. Ahora estamos pagando las consecuencias.

El boletín de la Radio Nacional se limitó a repetir las informaciones suministradas por los estudiantes. Burkart comprendió que la situación estaba llegando a su punto crítico. A pesar de que las autoridades trataban de evitar la desmoralización, era evidente que el estado de cosas no era tan tranquilizador como lo presentaban las autoridades. Se ignoraba un aspecto importante: la economía. La ciudad estaba totalmente paralizada. El abastecimiento había sido limitado y en las próximas horas faltarían los alimentos. Sorprendida por la crisis, la población no disponía de dinero efectivo. Los almacenes, las empresas, los bancos, estaban cerrados. Los abastos de los barrios empezaban a cerrar sus puertas a falta de surtido: las

existencias habían sido agotadas. Cuando Burkart cerró la radio comprendió que Caracas estaba llegando a su hora cero.

En el silencio mortal de las 9 de la noche, el calor subió a un grado insoportable, Burkart abrió puertas y ventanas, pero se sintió asfixiado por la sequedad de la atmósfera y por el olor, cada vez más penetrante. Calculó minuciosamente su litro de agua y reservó cinco centímetros cúbicos para afeitarse el día siguiente. Para él, ese era el problema más importante; la afeitada diaria. La sed producida por los alimentos secos empezaba a hacer estragos en su organismo. Había prescindido, por recomendación de la Radio Nacional de los alimentos salados. Pero estaba seguro de que el día siguiente su organismo empezaría a dar síntomas de desfallecimiento. Se desnudó por completo, tomó un sorbo de agua y se acostó boca abajo en la cama ardiente, sintiendo en los oídos la profunda palpitación del silencio. A veces, muy remota, la sirena de una ambulancia rasgaba el sopor del toque de queda. Burkart cerró los ojos y soñó que entraba en el puerto de Hamburgo, en un barco negro, con una franja blanca pintada en la borda, con pintura luminosa. Cuando el barco atracaba, oyó, lejana, la gritería de los muelles. Entonces despertó sobresaltado, sintió, en todos los pisos del edificio, un tropel humano que se precipitaba hacia la calle. Una ráfaga cargada de agua tibia y pura, penetró por su ventana. Necesitó varios segundos para darse cuenta de lo que pasaba; llovía a chorros.

(Gabriel García Márquez)

VOCABULARIO

- boletín radial 新闻广播
pent-house *m.* (大楼平顶上的)楼顶房间
fantasma *m.* 幻影
abasto *m.* 零售店
calor abrasante 酷热
quinta *f.* 乡间别墅
ramazón *m.* 大枝杈
pelado, da *adj.* 秃的
restricción *f.* 限制
tomar disposiciones de extrema urgencia 采取紧急办法
medida de emergencia 紧急措施
la venta está racionada 销售限额
cataclismo *m.* 大动乱
meteorólogo, ga *m., f.* 气象学家
embutido, da *adj.* 包着的, 裹着的
a razón de 按……
chaparrones artificiales 人工降雨
cabecera *f.* 源头
mata *f.* 灌木丛
vanagloriarse *vr.* 夸耀
precavido, da *adj.* 谨慎的
vociferante *adj.* 大声叫嚷的
desplomarse *vr.* 滚到, 跌到
vehículo cisterna 水罐车
sediento, ta *adj.* 渴的
tumulto *m.* 喧闹, 吵闹
el toque de queda 宵禁
insolación *f.* 中暑
punto culminante 顶点, 最高点
paralizado, da *adj.* 瘫痪的
convoy de aviones 有护航的飞机
incautar *vt.* 抓获; 扣押
camiones piratas 盗车
boy-scouts 童子军
tomar las cosas a la ligera 不以为然
a merced de los rumores 任凭传言
anónimo *adj.* 不知名的, 匿名的
éxodo *m.* 大批离去
empavorecido, da *adj.* 惧怕的
sucumbir *vi.* 屈服于

capota <i>f.</i> 无边圆帽	rasgar <i>vt.</i> 撕裂
sentir asfixiado 觉得喘不过气 来	sopor <i>m.</i> 无生气
síntoma <i>m.</i> 症状	atracar <i>vt.</i> 拦截
desfallecimiento <i>m.</i> 昏晕	muelle <i>m.</i> 码头
sorbo <i>m.</i> 一口	un tropel humano 杂乱的一群 人
sirena <i>f.</i> 汽笛	ráfaga <i>f.</i> 一阵

SOLO 12 HORAS PARA SALVARLO

Este niño de 18 meses, condenado a muerte por la leve mordedura de un perro, sólo tenía un sábado de vida.

La única droga que podía derogar la sentencia se hallaba a 5.000 Kms.

Había sido una mala tarde de sábado. El calor empezaba en Caracas. La avenida de Los Ilustres, descongestionada de ordinario, estaba imposible a causa de las cornetas de los automóviles, del estampido de las motonetas, de la reverberación del pavimento bajo el ardiente sol de febrero y de la multitud de mujeres con niños y perros que buscaban sin encontrarlo el fresco de la tarde. Una de ellas, que salió de su casa a las 3:30 con el propósito de dar un corto paseo, regresó contrariada un momento después. Esperaba dar a luz la semana próxima. A causa de su estado, del ruido y el calor, le dolía la cabeza. Su hijo mayor, 18 meses, que paseaba con ella, continuaba llorando porque un perro juguetero, pequeño y excesivamente confianzudo, le había dado un mordisco superficial en la mejilla derecha. Al anochecer le hicieron una cura de mercurio cromo. El niño comió normalmente y se fue a la cama de buen humor.

En su apacible pent-house del edificio "Emma", la señora Ana de Guillén supo esa misma noche que su perro había mordido un niño en la avenida Los Ilustres. Ella conoce muy bien a "Tony", el animal que ella misma había criado y adiestrado y sabía que era

afectuoso e inofensivo. No dio importancia al incidente. El lunes cuando su marido regresó del trabajo, el perro le salió al encuentro. Con una agresividad insólita, en vez de mover la cola, le rasgó el pantalón. Alguien subió a decirle, en el curso de la semana que "Tony" había tratado de morder un vecino en la escalera. La señora Guillén atribuyó al calor la conducta de su perro. Lo encerró en el dormitorio, durante el día, para evitar inconvenientes con los vecinos. El viernes, sin la menor provocación, el perro trató de morderla a ella. Antes de acostarse lo encerró en la cocina, mientras se le ocurría una solución mejor. El animal, rasguñando la puerta, lloró toda la noche. Pero cuando la muchacha de servicio entró en la cocina a la mañana siguiente, lo encontró blando y pacífico, con los dientes pelados y llenos de espuma. Estaba muerto.

6 a. m. un perro muerto en la cocina

El 1 de marzo fue un sábado más para la mayoría de los habitantes de Caracas. Pero para un grupo de personas que ni siquiera se conocían entre sí, que no sufren de la superstición del sábado, que despertaron aquella mañana con el propósito de cumplir una jornada ordinaria, en Caracas, Chicago, Maracaibo, Nueva York, y aún a 12.000 pies de altura, en un avión de carga que atravesaba el Caribe rumbo a Miami, aquella fecha había de ser una de las más agitadas, angustiosas e intensas. Los esposos Guillén, puestos de frente a la realidad por el descubrimiento de la sirvienta, se vistieron a la carrera y salieron a la calle sin desayunar. El marido fue hasta el abasto de la esquina, buscó apresuradamente en la guía telefónica y llamó al Instituto de Higiene, en la Ciudad Universitaria, donde, según había oído decir, se examina el cerebro

de los perros muertos por causas desconocidas, para determinar si habían contraído la rabia. Era aún muy temprano. Un celador de voz soñolienta le respondió que nadie llegaba hasta las 7:30.

La señora de Guillén debía recorrer un camino largo y complicado antes de llegar a su destino. En primer término necesitaba recordar, a esa hora, en la avenida Los Ilustres, donde empezaban a circular los buenos y laboriosos vecinos que nada tenían que ver con su angustia, quién le había dicho el sábado de la semana pasada que su perro había mordido a un niño. Antes de las 8, en un abasto, encontró una sirvienta portuguesa que creyó haber oído la historia del perro de una vecina suya. Era una pista falsa. Pero más tarde tuvo la información aproximada de que el niño mordido vivía muy cerca de la Iglesia de San Pedro, en Los Chaguaramos. A las 9 de la mañana, una camioneta de la cercana Unidad Sanitaria se llevó el cadáver del perro para examinarlo. A las 10, después de haber recorrido uno a uno los edificios más cercanos a la Iglesia de San Pedro, preguntando quién tenía noticia de un niño mordido por un perro, la señora de Guillén encontró otro indicio. Los albañiles italianos de un edificio en construcción, en la avenida Ciudad Universitaria, habían oído hablar de eso en el curso de la semana. La familia del niño vivía a 100 metros del lugar que la angustiada señora de Guillén había explorado centímetro a centímetro durante toda la mañana, edificio "Macuto", apartamento número 8. En la puerta había una tarjeta de una profesora de piano. Había que oprimir el botón del timbre a la derecha de la puerta y preguntarle a la sirvienta gallega por el señor Reverón.

Carmelo Martín Reverón había salido aquel sábado, como todos los días, salvo el domingo, a las 7:35 de la mañana. En su Chevrolet azul claro, que estaciona en la puerta del edificio, se había dirigido a

la esquina de Velázquez. Allí está situada la empresa de productos lácteos donde trabaja hace cuatro años. Reverón es un canario de 32 años que sorprende desde el primer momento por su espontaneidad y sus buenas maneras. No tenía ningún motivo de inquietud aquella mañana de sábado. Tenía una posición segura y la estimación de sus compañeros de trabajo. Se casó hace dos años. Su hijo mayor, Roberto, había cumplido los 18 meses en buena salud. El último miércoles, había experimentado una nueva satisfacción: su esposa había dado a luz una niña.

En su calidad de delegado científico, Reverón pasa la mayor parte del tiempo en la calle, visitando a la clientela. Llega a los laboratorios a las 8 de la mañana, despacha los asuntos más urgentes, y no vuelve hasta el otro día, a la misma hora. Ese sábado, por ser sábado volvió al laboratorio, excepcionalmente, a las 11 de la mañana. Cinco minutos después lo llamaron por teléfono.

Una voz que él no había escuchado jamás, pero que era la voz de una mujer angustiada, le transformó aquel día apacible, con cuatro palabras, en el sábado más desesperado de su vida. Era la señora de Guillén. El cerebro del perro había sido examinado y el que en ese instante el virus de la rabia había hecho resultado no admitía ninguna duda: positivo. El niño había sido mordido siete días antes. Eso quería decir progresos en su organismo. Había tenido tiempo de incubarse. Con mayor razón en el caso de su hijo, pues la mordedura había sido en el lugar más peligroso: la cara.

Reverón recuerda como una pesadilla los movimientos que ejecutó desde el instante mismo en que colgó el teléfono. A las 11:35 el doctor Rodríguez Fuentes, del Centro Sanitario, examinó al niño, aplicó una vacuna anti-rábica, pero no ofreció muchas esperanzas. La vacuna anti-rábica, que se fabrica en Venezuela, y que sólo ha dado

muy buenos resultados, empieza a actuar siete días después de aplicada. Existía el peligro de que, en las próximas 24 horas, el niño sucumbiera a la rabia, una enfermedad tan antigua como el género humano, pero contra la cual la ciencia no ha descubierto aún el remedio. El único recurso es la aplicación de morfina para apaciguar los terribles dolores, mientras llega la muerte.

El doctor Rodríguez Fuentes fue explícito: la vacuna podría ser inútil. Quedaba el recurso de encontrar, antes de 24 horas, 3.000 unidades de Iperimmune, un suero anti-rábico fabricado en los Estados Unidos. A diferencia de la vacuna, el suero anti-rábico empieza a actuar desde el momento de la primera aplicación. 3.000 unidades no ocupan más espacio ni pesan más que un paquete de cigarrillos. No tendrían por qué costar más de 30 bolívares. Pero la mayoría de las farmacias de Caracas que fueron consultadas, dieron la misma respuesta: "No hay". Incluso algunos médicos no tenían noticias del producto, a pesar de que apareció por primera vez en los catálogos de la casa productora en 1947. Reverón tenía 12 horas de plazo para salvar a su hijo. La medicina salvadora estaba a 5.000 Kms. de distancia, en los Estados Unidos, donde las oficinas se preparaban a cerrar hasta el lunes.

12m. Víctor Saume da el S.O.S.

El desenfadado Víctor Saume interrumpió el "Show de las 12", en Radio Caracas-Televisión, para transmitir un mensaje urgente. "Se ruega —dijo— a la persona que tenga ampollas de suero anti-rábico Iperimmune, llamar urgentemente por teléfono. Se trata de salvar la vida de un niño de 18 meses". En ese mismo instante, un hermano de Carmelo Reverón transmitía un cable a su amigo Justo

Gómez, en Maracaibo, pensando que alguna de las compañías petroleras podía disponer de la droga. Otro hermano se acordó de un amigo que vive en Nueva York —Mr. Robert Hester— y le envió un cable urgente, en inglés, a las 12:05 horas de Caracas. Mr. Robert Hester se disponía a abandonar la lúgubre atmósfera newyorkina invernal para pasar el week-end en los suburbios, invitado por una familia amiga. Cerraba la oficina cuando un empleado de la All American Cable le leyó por teléfono el cable que en ese instante había llegado de Caracas. La diferencia de media hora entre las dos ciudades favoreció aquella carrera contra el tiempo.

Un televidente de La Guaira, que almorzaba frente a la televisión, saltó de la silla y se puso en contacto con un médico conocido. Dos minutos después pidió una comunicación con Radio Caracas y aquel mensaje provocó, en los próximos cinco minutos, cuatro telefonemas urgentes. Carmelo Reverón, que no tiene teléfono en su casa se había trasladado con el niño al número 37 de la calle Lecuna, Country Club, donde vive uno de sus hermanos. Allí recibió, a las 12:32, el mensaje de La Guaira: de la Unidad Sanitaria de aquella ciudad informaban que tenían Iperimune. Una radiopatrulla del tránsito, que se presentó espontáneamente lo condujo allí en 12 minutos, a través del tránsito abigarrado del mediodía, saltando semáforos a 100 Kms. por hora. Fueron 12 minutos perdidos. Una parsimoniosa enfermera aletargada, frente al ventilador eléctrico, le informó que se trataba de un error involuntario.

—Iperimune no tenemos — dijo —. Pero tenemos grandes cantidades de vacuna anti-rábica.

Esa fue la única respuesta concreta que ocasionó el “mensaje por la T. V.” Era increíble que en Venezuela no se encontrara suero anti-

rábico. Un caso como el del niño Reverón, cuyas horas estaban contadas, podía ocurrir en cualquier momento. Las estadísticas demuestran que todos los años se registran casos de personas que mueren a consecuencia de mordeduras de perros rabiosos. De 1950 a 1952, más de 5.000 perros mordieron 8.000 habitantes de Caracas. De 2.000 puestos en observación, 500 estaban contaminados. En esos 2 años, 20 venezolanos murieron contaminados por las mordeduras.

En los últimos meses, las autoridades de higiene, inquietas por la frecuencia de los casos de rabia, han intensificado las campañas de vacunación. Oficialmente, se están haciendo 500 tratamientos por mes. El doctor Briceño Rossi, director del Instituto de Higiene y autoridad internacional en la materia, hace someter a una rigurosa observación de 14 días a los perros sospechosos. Un 10% resulta contaminado. En Europa y los Estados Unidos, los perros, como los automóviles, necesitan una licencia. Se les vacuna contra la rabia y se les cuelga del cuello una placa de aluminio donde está grabada la fecha en que caduca su inmunidad. En Caracas, a pesar de los esfuerzos del doctor Briceño Rossi, no existe una reglamentación en ese sentido. Los perros vagabundos se pelean en la calle y se transmiten un virus que luego transmiten a los humanos. Era increíble que en esas circunstancias no se encontrara suero anti-rábico en las farmacias y que Reverón hubiera tenido que recurrir a la solidaridad de personas que ni siquiera conocía, que ni siquiera conoce aún, para salvar a su hijo.

“El lunes será demasiado tarde”

Justo Gómez, de Maracaibo, recibió el cable casi al mismo
20

tiempo que Mr. Hester en Nueva York. Sólo un miembro de la familia Reverón almorzó tranquilo aquel día: el niño. Hasta ese momento gozaba de una salud aparentemente perfecta. En la clínica, su madre no tenía la menor sospecha de lo que estaba ocurriendo. Pero se inquietó a la hora de las visitas ordinarias, porque su marido no llegó. Una hora después, uno de sus cuñados, aparentando una tranquilidad que no tenía, fue a decirle que Carmelo Reverón iría más tarde.

Seis llamadas telefónicas pusieron a Justo Gómez, en Maracaibo, sobre la pista de la droga. Una compañía petrolera, que hace un mes se vio precisada a traer Iperimune de los Estados Unidos para uno de sus empleados, tenía 1.000 unidades. Era una dosis insuficiente. El suero se administra de acuerdo con el peso de la persona y la gravedad del caso. Para un niño de 40 libras, bastan 1.000 unidades, veinticuatro horas después de la mordedura. Pero el niño Reverón, que pesa 35, había sido mordido siete días antes, y no en una pierna sino en la cara. El médico creía necesario aplicar 3.000 unidades. En circunstancias normales, esa es la dosis para un adulto de 120 libras. Pero no era el momento de rechazar 1.000 unidades, cedidas gratuitamente por la compañía petrolera, sino de hacerlas llegar, en el término de la distancia, a Caracas. A la 1:45 de la tarde, Justo Gómez comunicó por teléfono que se trasladaba al aeródromo de Grano de Oro, Maracaibo, para enviar la ampolla. Uno de los hermanos de Reverón se informó de los aviones que llegarían en esa tarde a Maiquetía y supo que a las 5:10 aterrizaba un avión L-47 procedente de Maracaibo. Justo Gómez, a 80 kilómetros por hora, fue al aeródromo, buscó alguna persona conocida que viniera a Caracas, pero no la encontró. Como había puesto en el avión y no podía perderse un minuto, compró un pasaje en el

aeródromo y se vino a traerla personalmente.

En Nueva York, Mr. Hester no cerró la oficina. Canceló el week-end, solicitó una comunicación telefónica con la primera autoridad en la materia de los Estados Unidos, en Chicago, y recogió toda la información necesaria sobre el Iperimune. Tampoco allí era fácil conseguir el suero. En los Estados Unidos, debido al control de las autoridades sobre los perros, la rabia está en vías de desaparición total. Hace muchos años que no se registra un caso de rabia en seres humanos. En el último año, sólo se registraron 20 casos de animales rabiosos en todo el territorio, y precisamente en dos de los Estados de la periferia, en la frontera mexicana: Texas y Arizona. Por ser una droga que no se vende, las farmacias no la almacenan. Puede encontrarse en los laboratorios que producen el suero. Pero los laboratorios que producen el suero habían cerrado a las 12. Desde Chicago, en una nueva llamada telefónica le dijeron a Mr. Hester dónde podía encontrar Iperimune en Nueva York. Consiguió 3.000 unidades, pero el avión directo a Caracas había salido un cuarto de hora antes. El próximo vuelo regular —Delta, 751— saldría en la noche del domingo y no llegaría a Maiquetía sino el lunes. Con todo, Mr. Hester envió las vacunas al cuidado del capitán y puso un cable urgente a Reverón, con todos los detalles incluso el número de teléfono del Delta en Caracas — 55-84-88 — para que se pusiera en contacto con sus agentes y recibiera la droga en Maiquetía, al amanecer del lunes. Pero entonces podía ser demasiado tarde.

Carmelo Reverón había perdido dos horas preciosas, cuando entró, jadeante, a las oficinas de la Pan American, en la avenida Urdaneta. Lo atendió el empleado de turno en la sección de pasajes, Carlos Llorente. Eran las 2 : 35. Cuando supo de qué se trataba, Llorente tomó el caso como cosa propia, y se hizo el firme propósito

de traer los sueros, desde Miami o Nueva York, en menos de 12 horas. Consultó los itinerarios. Expuso el caso al gerente de tráfico de la compañía, Mr. Roger Jarman, quien hacía la siesta en su residencia y pensaba bajar a las 4 a La Guaira. También Mr. Jarman tomó el problema como cosa propia, consultó por teléfono al médico de la PAA en Caracas, el doctor Herbig — avenida Caurimare, Colinas de Bello Monte— y en esa conversación de 3 minutos aprendió todo lo que se puede saber sobre Iperimune. El doctor Herbig, un típico médico europeo, que se entiende en alemán con sus secretarias, estaba precisamente preocupado por el problema de la rabia en Caracas antes de conocer el caso del niño Reverón. El mes pasado atendió dos casos de personas mordidas por animales. Hace 15 días, un perro murió en la puerta de su consultorio. El doctor Herbig lo examinó, por pura curiosidad científica, y no le cupo la menor duda de que había muerto de rabia.

Mr. Jarman se comunicó por teléfono con Carlos Llorente y le dijo: "Agote todos los recursos para hacer venir los sueros". Esa era la orden que Llorente esperaba. Por un canal especial, reservado a los aviones en peligro, transmitió a las 2:50, un cable a Miami, Nueva York y Maiquetía. Llorente lo hizo con un perfecto conocimiento de los itinerarios. Todas las noches, salvo los domingos, sale de Miami hacia Caracas un avión de carga, que llega a Maiquetía a las 4:50 de la madrugada del día siguiente. Es el vuelo 399. Tres veces por semana — lunes, jueves y sábado — sale de Nueva York el vuelo 207, que llega a Caracas al día siguiente, a las 6:30. Tanto en Miami como en Nueva York disponían de 6 horas para encontrar el suero. Se informó a Maiquetía para que allí estuvieran pendientes de la operación. Todos los empleados de Pan American recibieron la orden de permanecer alerta a los mensajes que

llegaran esa tarde de Nueva York y Miami. Un avión de carga, que volaba hacia los Estados Unidos, captó mensaje a 12.000 pies de altura y lo retransmitió a todos los aeródromos del Caribe. Completamente seguro de sí mismo, Carlos Llorente, que estaría de turno hasta las 4 de la tarde, mandó a Reverón a su casa con una sola instrucción:

—Llámemme a las 10:30 al teléfono 71-87-50. Es el teléfono de mi casa.

En Miami, R. H. Steward, el empleado de turno en la sección de pasajes, recibió casi instantáneamente el mensaje de Caracas, por los teletipos de la oficina. Llamó por teléfono, a su casa, al doctor Martín Mangels, director-médico de la División Latinoamericana de la compañía, pero debió hacer dos llamadas más antes de localizarlo. El doctor Mangels se hizo cargo del caso. En Nueva York, 10 minutos después de recibir el mensaje encontraron una ampolla de 1.000 unidades, pero a las 8:35 habían perdido las esperanzas de encontrar el resto. El doctor Mangels, en Miami, casi agotados los últimos recursos, se dirigió al Hospital Jackson Memorial, que se comunicó inmediatamente con todos los hospitales de la región. A las 7 de la noche, el doctor Mangels, esperando en su casa, no había recibido ninguna respuesta del Hospital Jackson. El vuelo 339 salía dentro de dos horas y media. El aeródromo estaba a 20 minutos.

Ultimo minuto; Grado y medio de fiebre

Carlos Llorente, un venezolano de 28 años, soltero, entregó el turno a Rafael Carrillo, a las 4, y le dejó instrucciones precisas sobre lo que tenía que hacer en caso de que llegaran los cables de los Estados Unidos. Llevó a lavar su automóvil modelo 55, verde y

negro, pensando que a esa hora, en Nueva York y Miami, todo un sistema estaba en movimiento para salvar al niño Reverón. Desde la bomba donde lavaban el automóvil, llamó por teléfono a Carrillo y éste le dijo que aún no había llegado ninguna noticia. Llorente empezó a preocuparse. Se dirigió a su casa, avenida La Floresta, la Florida, donde vive con sus padres y comió sin apetito, pensando que dentro de pocas horas Reverón llamaría por teléfono y no tendría ninguna respuesta. Pero a las 8:35, Carrillo lo llamó desde la oficina para leerle un cable que acababa de llegar de Nueva York: en el vuelo 307, que llegaría a Maiquetía el domingo a las 6:30 de la mañana, venían 1.000 unidades de Iperimune. A esa hora, un hermano de Reverón había recibido a Justo Gómez, que se bajó del avión de Maracaibo dando saltos, con las primeras 1.000 unidades que fueron inyectadas al niño esa misma tarde. Faltaban 1.000 unidades, además de las 1.000 que en absoluta seguridad venían de Nueva York. Como Reverón no había dejado ningún teléfono, Llorente no lo puso al tanto de los acontecimientos, pero salió un poco más tranquilo, a las 9, a una diligencia personal. Dejó a su madre, por escrito, una orden:

—El señor Reverón llamará a las 10:30. Que llame inmediatamente al señor Carrillo, a la oficina de la PAA.

Antes de salir, llamó él mismo a Carrillo y le dijo que en lo posible, no ocupara la línea central después de las 10:15 para que Reverón no encontrara el teléfono ocupado. Pero a esa hora, Reverón sentía que el mundo se le caía encima. El niño después de que se le inyectó la primera dosis de suero, no quiso comer. Esa noche no manifestó la misma viveza que de costumbre. Cuando fueron a acostarlo tenía un poco de fiebre. En algunos casos, muy poco frecuentes, el suero anti-rábico ofrece ciertos peligros. El doctor

Briceño Rossi del Instituto de Higiene, no se ha decidido a fabricarlo, mientras no esté absolutamente convencido de que la persona inyectada no corre ningún riesgo. La fabricación de la vacuna ordinaria no ofrece complicaciones: para los animales, es un virus vivo en embrión de pollo, que da una inmunidad de 3 años en una sola dosis. Para los humanos, se fabrica a partir del cerebro del cordero. Cuando se da cuenta de que su niño tenía fiebre, Reverón que sabía que la producción del suero es más delicada, consideró perdidas todas las esperanzas. Pero su médico lo tranquilizó. Dijo que podía ser una reacción natural.

Dispuesto a no dejarse quebrantar por las circunstancias Reverón llamó a casa de Llorente a las 10:25. No lo hubiera hecho si hubiera sabido que a esa hora no había sido enviada ninguna respuesta desde Miami. Pero el Hospital Jackson comunicó a las 8:30 al doctor Mangels que había conseguido 5.000 unidades después de una gestión relámpago en un pueblo vecino. El doctor Mangels recogió las ampolletas personalmente y se dirigió con ellas, a toda velocidad, al aeródromo, donde un DC-6-B se preparaba para iniciar el vuelo nocturno. Al día siguiente no había avión para Caracas. Si el doctor Mangels no llegaba a tiempo tendría que esperar hasta el lunes en la noche. Sería demasiado tarde. El capitán Gillis, veterano de Corea y padre de dos niños, recibió personalmente las ampolletas y las instrucciones, escritas de puño y letra por el doctor Mangels. Se dieron un apretón de manos. El avión decoló a las 9:30 en el momento en que el niño Reverón, en Caracas, tenía un grado y medio de fiebre. El doctor Mangels vio desde la helada terraza del aeródromo el decolaje perfecto del avión. Luego subió de dos en dos los escalones, hacia la torre de control, y dictó un mensaje para ser transmitido a Caracas por canal especial. En la avenida Urdaneta, en

una oficina solitaria, sumergida en los reflejos de color de los avisos neón, Carrillo miró el reloj: las 10 : 20. No tuvo tiempo de desesperarse. Casi en seguida el teletipo empezó a dar saltos espasmódicos y Carrillo leyó, letra por letra, descifrando mentalmente el código interno de la compañía, el cable del doctor Mangels: "Estamos enviando vía capitán Gillis vuelo 399 cinco ampollas suero bajo número guía 26-2-596787 stop obtenido Jackson Memorial Hospital stop si necesitan más suero habrá que pedirlo urgentemente laboratorios Lederle en Atlanta, Georgia." Carrillo arrancó el cable, corrió al teléfono y marcó el 71-87-50, número de la residencia de Llorente, pero el teléfono estaba ocupado. Era Carmelo Reverón que hablaba con la madre de Llorente. Carrillo colgó. Un minuto después Reverón estaba marcando el número de Carrillo, en un abasto de La Florida. La comunicación fue instantánea.

Aló — dijo Carrillo.

Con la calma que precede a la fatiga nerviosa, Reverón hizo una pregunta que no recuerda textualmente. Carrillo le leyó el cable, palabra por palabra. El avión llegaría a las 4:50 de la madrugada. El tiempo era perfecto. No habría ningún retardo. Hubo un breve silencio. "No tengo palabra con qué agradecerles", murmuró Reverón, al otro extremo de la línea. Carrillo no encontró qué decir. Cuando colgó el teléfono sintió que sus rodillas no soportaban el peso del cuerpo. Estaba sacudido por una emoción atropellada, como si fuera la vida de su propio hijo la que acababa de salvarse. En cambio, la madre del niño dormía apaciblemente; no sabía nada del drama que su familia había vivido ese día. Todavía no lo sabe.

(Gabriel García Márquez)

VOCABULARIO

- mordedura *f.* 咬, 咬伤
derogar *vt.* 废除, 取消
corneta *f.* 号, 号声
reverberación *f.* 反射; 反射热; 反射光
pavimento *m.* 铺石路; 车道
contrariado, da *adj.* 不愉快的
confianzudo, da *adj.* 可信赖的
dar un mordisco 咬
mejilla *f.* 面颊
mercurio *m.* 汞
apacible *adj.* 宁静的
insólito, ta *adj.* 不寻常的
atribuir *vt.* 把……归结于
provocación *f.* 刺激, 触怒
rasguñar *vt.* (用爪)抓, 搔
espuma *f.* 泡沫
a la carrera 飞快地
superstición *f.* 迷信
pie *m.* 英尺
avión de carga 运输机
rabia *f.* 狂犬病
celador *m.* 值班者
indicio *m.* 征兆
productos lácteos 奶制品
canario, ria *m., f.* [西班牙]卡那里约人
virus *m.* 病毒
positivo *adj.* 阳性的
incubar *vi.* 潜伏
vacuna *f.* 预防针
morfina *f.* 吗啡
apaciguar *vt.* 减轻
explícito, ta *adj.* 不隐讳的, 明确的
suero *m.* 血清
catálogo *m.* 目录
S.O.S. 失事信号, 呼救信号
desenfadado, da *adj.* 从容的
ampolla *f.* 装针药水的小玻璃管
lúgubre *adj.* 悲哀的
week-end 周末
suburbios *m. pl.* 郊外
televidente *m., f.* 电视观众
radiopatrulla *f.* 具有无线电通讯设备的巡逻队
tránsito abigarrado 混杂的来往车辆

semáforo <i>m.</i> 交通红绿灯	itinerario <i>m.</i> 行程
parsimonioso, sa <i>adj.</i> 不慌不忙的	consultorio <i>m.</i> 诊所
aletargado, ga <i>adj.</i> 困倦的, 懒洋洋的	no le cupo la menor duda 毫无疑问
a consecuencia de ……的结果	embrión <i>m.</i> 胚胎
contaminado, da <i>adj.</i> 感染上……的	escrito de puño y letra 亲笔写
placa de aluminio 铝质牌子	darse un apretón de manos 握手
caducar <i>vi.</i> 满期	decolar <i>vi.</i> 起飞
inmunidad <i>f.</i> 免疫	decolaje <i>m.</i> 起飞
cancelar <i>vi.</i> 注销; 取消	neón <i>m.</i> 霓虹灯
en vías de desaparición total 在完全消失的过程中	espasmódico, ca <i>adj.</i> 间歇的, 时作时止的
jadeante <i>adj.</i> 气喘的	emoción atropellada 慌乱的激动

CONDENADOS A 20 AÑOS, PERO SON INOCENTES

Esta es la historia de una injusticia. Dos hombres están condenados a 20 años por un asesinato que no cometieron. La S.N. también utilizó la tortura en la investigación judicial. Así obtuvo confesiones. Así fabricó falsos culpables. Hoy una terrible interrogante pesa sobre la justicia venezolana. ¿Cuántos inocentes hay en la cárcel? Este caso, el caso de Mercury negro, es una voz de alarma a la opinión pública.

Vicente Hernández Marval comió con su esposa, se reposó una hora, fumando cigarrillos en la terraza y a las 10 de la noche salió de su casa. Esa fue la última vez que lo hizo. Era un chofer de taxi, de 34 años, fornido, conversador, apasionado del programa político de Copei, gran admirador del doctor Rafael Caldera y católico practicante. Aquel 24 de marzo de 1952, en que salió de su casa por última vez, no estaba haciendo nada de extraordinario. Había trabajado en su Mercury negro desde las 6 de la tarde, había vuelto a comer a las 8:30 y había prometido a su mujer que volvería, como de costumbre a las 2 de la madrugada. Pero no volvió hasta el día siguiente, en la última página del periódico, donde se informó que Vicente Hernández Marval había sido muerto a tiros, junto con un amigo, dentro de su propio automóvil. Según el comunicado de la Seguridad Nacional, los cadáveres fueron encontrados en la carretera

de la Guaira, exactamente en el sitio denominado “La Vuelta del Copei”, a la entrada de un tortuoso camino que conducía a la hacienda de café de Curucutí.

La señora Sabina Hermoso de Hernández, su esposa, había ya leído la noticia en los periódicos cuando dos agentes de la Seguridad Nacional fueron a buscarla a su casa. Le dieron el pésame, le prometieron que la S. N. llevaría a cabo una investigación exhaustiva hasta localizar a los autores del crimen, y la condujeron en automóvil a las oficinas del departamento criminológico. En el trayecto, un agente dejó caer por descuido, de un paquete de fotografías nuevas y brillantes, una foto de Vicente Hernández Marval, muerto con el rostro destrozado y lleno de sangre. La viuda lo reconoció.

—¿Por qué le destrozaron la cara? — preguntó.

Ella recordaba perfectamente que la S. N. había anunciado que su marido había sido muerto de un solo tiro en la espalda, hecho desde el asiento posterior del Mercury y através del asiento. Le pareció extraño por eso que tuviera el rostro desfigurado y lleno de sangre. El propio director del Departamento Criminológico, José Francisco Colmenares, le respondió minutos después:

— No sabemos por qué le desfiguraron la cara. Precisamente eso es lo que estamos tratando de averiguar.

Según lo que pensó entonces, según siguió creyéndolo durante cinco años y según lo manifiesta ahora con una convicción inflexible, la viuda de Hernández Marval estaba segura de que a su marido lo había asesinado la S. N. Tenía razones para creerlo; desde hacía algún tiempo, Hernández Marval era víctima de una persecución sistemática por parte de los agentes de Pedro Estrada. Era un hombre señalado por la S. N., no sólo por su costumbre de expresar en cualquier parte, a cualquier hora y siempre en alta voz, su

antipatía por el régimen, sino porque existían serias sospechas de que tomaba parte en el trabajo clandestino de Copei. Para su mujer esto último era, más que una sospecha, una verdad comprobada desde cuando se dio el golpe contra Rómulo Gallegos. En su taxi Hernández Marval repartía volantes clandestinos. En diferentes ocasiones agentes de la S.N. lo detuvieron en la calle, tomaron el carro de alquiler y se negaron a pagar. Al principio fue una simple equivocación. Pero en los primeros meses de 1952, Hernández Marval fue encarcelado varias veces en la Sección Política de la S.N. “Casi nunca estaba libre — dice su viuda —. Apenas salía en libertad volvían a meterlo”. Tres días antes de su muerte, Hernández Marval había estado preso una semana.

Traicionada por sus sospechas, la señora Sabina de Hernández, comentó en la oficina de José Francisco Colmenares: “Se me hace raro que a mi marido lo hayan matado una semana después de estar preso”. Los agentes de la S.N. se pusieron en guardia.

—¿Quiere decir que lo matamos? — preguntó Colmenares.

— No quiero decir nada— contestó la viuda.

Pero había dicho demasiado. Se le condujo a una celda de la S.N. y de allí se le tuvo incomunicada durante una semana. No se le permitió ver el cadáver de su marido. “Esos cadáveres no pueden mostrarse — le dijeron —. Además, ya se hizo el entierro.”

“Ayúdame. Me están acusando de la muerte de tu marido”

La viuda no se explicó entonces, ni se explica todavía, por qué mataron a José Gregorio de Pablo junto con su marido. No eran muy amigos. Simplemente se conocían por vivir a pocas cuadras de

distancia. A diferencia de Hernández Marval, la otra víctima no se interesaba por la política. Era más bien un hombre indiferente a las cuestiones del gobierno, discreto y sin complicaciones. El hecho de que estuviera en el Mercury negro la noche del 24 de marzo, ni siquiera trató de explicarse. La viuda de Hernández Marval supone que se había encontrado por azar con su marido.

Desde el 25 en la mañana, los agentes de la S. N. se empeñaron en la búsqueda de un exiliado dominicano, zapatero, de apellido Angel, que tuvo su taller en el mismo edificio donde vivieron Hernández Marval y su esposa. Parece evidente que Angel había escapado a las cárceles de Trujillo, había llegado a Venezuela y aquí continuaba atacando, al menos en la conversación con sus amigos al dictador de su país. El uno, hablando mal de Trujillo y el otro, hablando mal de Pérez Jiménez, el chofer venezolano y el zapatero dominicano se hicieron buenos amigos. Durante un año entero salieron juntos con mucha frecuencia. Pero en el momento del crimen, la viuda de Hernández Marval había dejado de ver hacia varios meses al dominicano. Lo volvió a encontrar, preso, en la S. N. cuando aquél se le acercó y le dijo:

— Ayúdame. Me están acusando de la muerte de tu marido.

El dominicano fue torturado despiadadamente a pesar de que la viuda de Hernández Marval asumió su defensa. La última vez que lo vio, aún en la cárcel, le pareció terriblemente demacrado. Nunca volvió a saber nada de él. Ese fue el primer gran misterio del misterioso crimen del Mercury negro: la suerte del dominicano Angel. Su nombre no figura en el sumario que instruyó la S. N. No se le ha mencionado en ningún momento del proceso a pesar de que fue el primer acusado del crimen. Se lo tragó la tierra.

Otro de los grandes misterios fue la suerte de los cadáveres.

Cuando fue puesta en libertad, la viuda de Hernández Marval recibió la orden de presentarse cada ocho días a la S.N. Así lo hizo durante tres meses. Mientras tanto, se dedicó a localizar el sitio en que fue enterrado su marido. Después de revisar los libros de registro del cementerio encontró el hombre, con un error, en lugar de "Hernández Marval", decía "Hernández Malva". Había sido enterrado a la 1 de la madrugada del 26 de marzo de 1952 bajo el número 1.326. Asesorada por un funcionario del cementerio la viuda logró encontrar, después de un día entero de búsqueda, el ladrillo numerado que señalaba el sitio donde reposaba el cadáver. Era un lugar situado al fondo del cementerio donde la S.N. enterraba a sus víctimas, pasada la media noche. Y ese fue el único rastro que quedó de Vicente Hernández Marval. A pesar de las reiteradas gestiones de la viuda, el Mercury negro, de su propiedad, no le fue nunca devuelto por la S.N. Aquél parecía ser caso concluido.

"Suelten a esos pobres hombres,
Ellos nada tienen que ver con eso".

Seis meses después, el 2 de octubre de 1952, un chofer de camión, Guillermo Martínez Gómez, dormía tranquilamente en casa de su hermana, Josefina Martínez de Pestaño, en el barrio Quenepe del cerro de Buena Vista, en La Guaira. A la 1 de la madrugada, dos agentes de la S.N. tocaron a la puerta y sin más explicaciones le ordenaron a Guillermo Martínez que se vistiera.

¿Quién es su ayudante en el camión? — le preguntaron.

Guillermo Martínez que durante ocho años había trabajado regularmente para "José T. Ravelo B. V. A.", agentes de aduana de La Guaira, tenía dos ayudantes: Fermín Luongo y Crispín

Martínez. Pero en los dos días anteriores sus ayudantes habituales habían sido reemplazados por un negro grande, de ojos pueriles, viudo y con dos hijas, que desde hacía dos años trabajaba en la misma compañía. Se llamaba Ernesto Eulogio Sequeira. Como Guillermo Martínez Gómez no sabía exactamente para qué lo buscaba la S. N. ni para qué le preguntaba el nombre de su ayudante dio el nombre de Eulogio Sequeira. Estaba durmiendo a cuatro cuadras de allí, en un cuarto alquilado en una casa de familia. Otros dos agentes de la S. N. lo sacaron de la cama 10 minutos después. Martínez y Sequeira fueron conducidos esposados, a la Seguridad Nacional.

48 horas más tarde — el 5 de octubre de 1952 — el olvidado crimen del Mercury negro estalló en los titulares de los periódicos, resucitado en su dramática espectacularidad por una rueda de prensa de la S. N. Guillermo Martínez Gómez y Eulogio Sequeira, dos trabajadores ejemplares que todos los días, a las siete de la mañana, venían a Caracas con un camión cargado de mercancías para repartir en el comercio, que regresaban a La Guaira a las cinco de la tarde; que los sábados en la noche se tomaban sus palos como todo el mundo, en rueda de amigos; que casi nunca iban al cine; que no tenían más vicios que el dominó y que jamás en su vida habían peleado con nadie, se declararon, en confesión firmada, autores del doble crimen del Mercury negro. La S. N. presentó el caso como un triunfo del Departamento Criminológico.

La versión oficial era de una sorprendente riqueza de detalles. Guillermo Martínez y Eulogio Sequeira — según esa versión — pasaron en Caracas el martes 25 de marzo. El primero, con el objeto de ver a su novia. El segundo, por el puro placer. Estuvieron cada uno por su cuenta. Pasada la media noche, Martínez Gómez, que había estado en el cine con su novia, se encontró con Sequeira, junto

al reloj de la placita de Catia. Allí contrataron el primer taxi que pasó para que los llevara a La Guaira. Ese era el Mercury negro, conducido por Vicente Hernández Marval. En el asiento delantero viajaba, nadie sabe por qué, José Gregorio de Pablos. Camino de La Guaira, al pasar frente a la casa de la novia de Martínez, el chofer hizo sonar la corneta. Manifestó que la muchacha no era indiferente a sus requiebros. Enfurecido, Martínez Gómez golpeó al chofer. Cuando su compañero de Pablos, trató de intervenir, Sequeira sacó su pistola y lo mató de un tiro. Luego disparó contra el chofer. En ese momento se encontraba en la Vuelta de Copei. Martínez y Sequeira lanzaron los cadáveres por el barranco. En seguida caminaron tres kilómetros por el atajo y tocaron a la puerta de una humilde cabaña, situada poco más abajo de la hacienda de Curucuti, donde vivía Pío Martínez, un viejo campesino, enfermo, padre de Guillermo Martínez. Allí se quitaron las ropas ensangrentadas, se las echaron a los cerdos y vistieron ropas limpias. En la mañana, como si nada hubiera pasado, volvieron a su trabajo después de haber tirado la pistola a pocos metros del Mercury negro y de haberse repartido los 40 bolívares que sustrajeron de los bolsillos de los cadáveres. Jesús Calderón Blanco, un hombre sin nada de particular, que vivía a poca distancia de Pío Martínez, declaró en la S. N. en confesión firmada, que él había vendido a Guillermo Martínez por 60 bolívares, la pistola con que se cometió el crimen.

El mismo día en que la S. N. comunicó a la prensa esta versión del crimen, la esposa de una de las víctimas, Sabina Hermoso de Hernández fue llevada a ver a los asesinos de su esposo. Estaba en la oficina de Colmenares, cuando pasaron por el corredor, lívidos y esposados, Martínez Gómez y Sequeira. Un oficial de la S. N. le dijo:

—Mire usted, señora, ahí llevan a los asesinos de su marido.

La viuda de Hernández dice que, desde ese momento, tuvo la certidumbre de que aquella era una historia inventada por completo por la S. N. para descargar sobre los dos inocentes su propio crimen. Vio pasar a los dos hombres que veía por primera vez en su vida, que nunca habían estado con su marido, y se estremeció con la injusticia que cometían. Se decía que el cadáver de su marido había sido despojado de 40 bolívares. Ella sabía que la noche del 24 de marzo, cuando Vicente Hernández salió de su casa, llevaba más de 300 bolívares en el bolsillo. Sabía que era un hombre fuerte, ágil y diestro en la defensa personal, que no habría muerto pacíficamente, de un tiro de revólver hecho a través del asiento del automóvil. La viuda de Hernández dijo a los agentes de la S. N. :

— Suelten a esos pobres hombres. Ustedes están equivocados. Estoy segura de que no fueron ellos los que mataron a mi marido.

“No importa que sea verdad o mentira.
Ese muerto ya te lo echaste encima”

A fines de octubre el Juez de Primera Instancia en lo Penal de la Primera Circunscripción, Dr. Alberto Ferraro, recibió el expediente instruido por la S. N. y enviado directamente por Pedro Estrada. El doctor Ferraro llamó a declarar a los sindicados, a los testigos, al vendedor de la pistola y entonces se puso en claro una de las patrañas más sombrías de la S. N. Pálido, enfermo, Guillermo Martínez Gómez declaró ante el juez: “No ratifico mi declaración rendida ante la Seguridad, por ser todo falso, pues la rendí bajo amenazas. Allí me torturaron, me montaron en un ring con los pies descalzos, me cayeron a plan de machetes, me golpearon y por último, me llevaron

por la carretera del Junquito, donde me guindaron de una mata, esposados y guindados nos dieron plan de machete. Digo todo en plural, porque también llevaron a Sequeira conmigo y le hicieron lo mismo, nos guindaron de las esposas con un mecate que estaba amarrado a una camioneta y entonces al halar el mecate nos quedamos en el aire; yo ya no podía más con las torturas y perdí el conocimiento. Entonces fue cuando acusé a Sequeira, siendo mentira. Luego nos llevaron a la S. N., nos interrogaron y me preguntaron si era cierto que Sequeira había matado a dos personas, y yo les dije que lo había acusado por no poder más, pero que eran mentiras y entonces me hicieron firmar la declaración que ellos hicieron y me la hicieron firmar poniéndome un revólver en el pecho”.

Esta declaración no fue hecha ahora, cuando se conocen los crímenes cometidos por la S. N. Fue hecha el 12 de octubre de 1952. Ahora en la Cárcel Modelo, donde Martínez y Sequeira pagan el crimen del Mercury negro desde hace cinco años, están frescos en su memoria los recuerdos de aquel interrogatorio sangriento. Dicen que ellos ignoraban los detalles del crimen — de un crimen del cual nunca habían oído hablar — hasta el punto de que en el primer interrogatorio, un S. N. completamente borracho les preguntó:

—¿Cómo los mataron?

Martínez respondió:

—A cuchillo.

Al día siguiente fue torturado de nuevo para que corrigiera el error. No debía decir que el crimen fue cometido a cuchillo sino con revólver. Martínez dijo — y lo reafirma ahora, en la Cárcel Modelo, como lo confirmó en el Juzgado de Primera Instancia — que no podía hacer esa declaración, pues nunca había tenido un revólver en sus

manos.

—No importa — le dijo su torturador—. Ya te echaste este muerto encima. Lo mejor es que salgas de esto para evitar más torturas.

Con dos polos eléctricos en los riñones, Martínez Gómez admitió entonces que el crimen fue cometido con revólver.

—¿Quién les vendió el arma?

Martínez Gómez, ya casi sin conocimiento, dijo que no lo sabía. Los torturadores mencionaron un nombre que él conocía, por vecino de su padre: Jesús Calderón Blanco. Un torturador precisó:

—El revólver te lo vendió Jesús Calderón Blanco por 60 bolívares. ¿No es cierto?

—Es cierto — respondió Martínez Gómez.

Allí terminó, por el momento, su terrible agonía, pero comenzó la de un hombre que, según declaró, nunca había tenido un revólver en su vida: Jesús Calderón Blanco. Llevado a la S.N., pocas horas después, firmó la confesión de que en efecto, era él quien había vendido el arma homicida a Guillermo Martínez Gómez. Fue encarcelado por tráfico de armas. Pero el 6 de noviembre, ante el Juzgado de Primera Instancia, se retractó de su confesión. “En la Seguridad Nacional fui señalado por los asesinos—dijo—como el individuo que les había vendido la pistola. Primero me habló un musú y me dijo que yo había comprado la pistola en un barco a un marino y que la había vendido por necesidad y más tarde el mismo Jefe de la Brigada me dijo que yo había vendido la pistola y que confesara de una vez porque si no me iría mal. Me dejaron tranquilo por un rato, luego me subieron a un ring con los brazos amarrados hacia atrás y me cayeron a golpes y patadas; luego me dejaron. Más tarde, cuando venían nuevamente a llevarme al ring recordé las

palabras del musiu y preferí hacer la versión que consta en el expediente para evitar que me dieran una nueva golpiza. Esa es la verdad, porque yo nunca he tenido armas y jamás he estado necesitado de 60 bolívares, porque soy un hombre sin vicios y siempre tengo mis ahorros.” La declaración de Carmen del Valle Anzola, mujer de Jesús Calderón Blanco fue más detallada: “El 2 de octubre de los corrientes fueron a buscar de la Seguridad a mi marido para una averiguación; llegando a la Seguridad a las 4 de la madrugada, pues los que tuvieron el honor de conducirlo ahí se pararon en Catia en un cabaret a tomar y él estuvo en esa camioneta hasta esa hora que fue cuando llegó a la S. N. ; empezó el castigo, lo pararon en un ring, lo tuvieron tres horas, entonces el señor Colmenares le mandó a poner las esposas, luego que estuvo esposado vino un extranjero que acompañó a esa comisión y le metió un trompón, cayó al suelo y quedó privado del conocimiento, le dio patadas y entonces el señor Colmenares le dijo:

“—Todavía no, espérese un momento.

“Le dieron entonces plan, viendo que no le sacaban nada. Hubo allí uno que oyó la orden de no sé quién, que si en el próximo interrogatorio no se acusaba, sería pasado al Junquito a guindarlo de un palo, a una mata que tienen allí para hacer torturas y le dijo ese mismo que oyó la orden y que era un investigador, que se acusara, que inventara un embuste. Mas le dijo:

“—Di que la compraste en un Santa, con varias cápsulas. Entonces tú te defenderás de otro modo o tu mujer te meterá el abogado. Tú de la Cárcel Modelo sales, y del Junquito no vas a salir porque de ahí los hombres que llevan salen más muertos que vivos y botando sangre.

“Entonces— continuó Carmen del Valle Anzola — mi marido

tuvo que acusarse y le dijo al S. N.: “Chico, te lo agradezco.” Cuando vinieron al próximo interrogatorio, declaró: “Sí, fui el vendedor.”

“—¿Dónde la compraste? — le preguntaron.

“—En un Santa.”

Condenado a 20 años, una sola esperanza:

“El indulto de la Junta”

Convencido de la inocencia de los acusados, el Juez Dr. Alberto Ferraro absolvió a Martínez y Sequeira. Pero el Juez Picón Rivas, Juez Superior Primero, los condenó el 2 de febrero de 1956 a 20 años de presidio y las penas accesorias correspondientes. En la actualidad, Martínez y Sequeira, cumplen resignadamente su condena, en la Cárcel Modelo. Los días de visita, una dama les lleva cigarrillos; la esposa de Vicente Hernández Marval, que continúa persuadida de su inocencia. “Yo sufrí terriblemente con la muerte de mi marido — dice la viuda —. Pero mi pena mayor en estos últimos cinco años es saber que esos pobres inocentes están pagando un crimen que no cometieron”.

Los condenados, en un desconcierto que dura después de cinco años, están materialmente imposibilitados para recordar qué hicieron la noche del 24 de marzo de 1952. En realidad, ellos fueron detenidos seis meses después, y no recuerdan un hecho extraordinario que les permita reconstruir sus recuerdos de esa noche. En los libros de la empresa donde trabajaban, consta que Martínez y Sequeira estuvieron en Caracas durante todo el día, repartiendo la mercancía en el comercio. La hermana de Martínez Gómez y el esposo de ésta, declararon y reiteraron obstinadamente su

declaración que durante todo el año 1952, Guillermo Martínez Gómez durmió en casa con ellos. En la cocina de la Cárcel Modelo, donde prestan sus servicios, donde se les ha expedido un certificado de conducta ejemplar, con mayúsculas, los dos condenados consideran este cuento de locos como una pesadilla: nunca oyeron hablar del crimen, nunca tuvieron un revólver en sus manos, no saben nada de nada. Todo fue — insisten y tienen cómo probarlo — una patraña de la Seguridad Nacional. ¿Con qué objeto? Ellos lo ignoran. No saben nada de política. Martínez Gómez no tenía novia en Caracas, no necesitaron jamás 40 bolívares, pues se ganaban a veces 100 bolívares diarios y llevaban una vida regular, porque estaban ahorrando para comprar un camión.

Pero el fallo se está cumpliendo. El único recurso lo interpuso la semana pasada el doctor Ferraro, el antiguo Juez que los absolvió: pidió a la Junta de Gobierno que en ejercicio de sus facultades constitucionales, les conceda el indulto a los condenados. Esa es la última esperanza en un caso increíble en el que todo parecería perdido. Incluso la última esperanza.

(Gabriel García Márquez)

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

Gabriel García Márquez nació en 1928 en Aracataca, un pequeño pueblo de Colombia. Cursó su bachillerato en Bogotá, en un colegio jesuita. *La hojarasca*, su primera novela, es de 1955. A ésta le sigue un libro de cuentos, *Los funerales de la Mamá*

Grande (1961). Pero su consagración literaria se produce con *Cien años de soledad*, novela que la Editorial Sudamericana publica por primera vez en 1967. A partir de esa fecha, la fama de García Márquez no ha dejado de crecer. Recibió numerosos premios, entre los que se destaca el II Rómulo Gallegos en 1973. En 1982, el reconocimiento mundial hace que se le galardone con el premio Nobel.

VOCABULARIO

asesinato <i>m.</i> 谋杀	念
tortura <i>f.</i> 拷打	persecución <i>f.</i> 追踪
judicial <i>adj.</i> 司法的	volante <i>m.</i> 传单
interrogante <i>f.</i> 审问	azar <i>m.</i> 偶然, 侥幸
reposarse <i>vr.</i> 休息	empeñarse <i>vr.</i> 坚持, 执着
fornido, da <i>adj.</i> 健壮的	exiliado <i>m.</i> 流放者
cadáver <i>m.</i> 尸体	demacrado, da <i>adj.</i> 消瘦的, 憔悴的
tortuoso, sa <i>adj.</i> 弯弯曲曲的	sumario <i>m.</i> 概要
pésame <i>m.</i> 吊唁	proceso <i>m.</i> 诉讼
exhaustivo, va <i>adj.</i> 使筋疲力尽的	rastro <i>m.</i> 痕迹
departamento criminológico . 罪犯处	pueril <i>adj.</i> 幼稚的, 孩子气的
trayecto <i>m.</i> 路程	esposado, da <i>adj.</i> 带上手铐的
rostro destrozado 毁了容的脸	titulares de los periódicos 报纸上的新闻标题
averiguar <i>vt.</i> 调查	dominó <i>m.</i> 多米诺骨牌
convicción inflexible 坚定的信	requiebro <i>m.</i> 表达好感的言

辞和举止	ratificar <i>vt.</i> 认可
barranco <i>m.</i> 峭壁	ring <i>m.</i> 轮子
atajo <i>m.</i> 捷径	guindar <i>vt.</i> 吊起;绞死
cabaña <i>f.</i> 茅屋	mecate <i>m.</i> 绳索
ropas ensangrentadas 沾满血 迹的衣服	amarrar <i>vt.</i> 捆住,绑住
sustraer <i>vt.</i> 扣除	halar <i>vt.</i> 拽,拖
sin nada de particular 没有任 何特殊	riñón <i>m.</i> 肾
livido, da <i>adj.</i> 苍白的,死灰 色的	agonía <i>f.</i> 奄奄一息
tener la certidumbre de 确信	homicido, da <i>adj.</i> 杀人的
descargar su propio crimen sobre 把自己的罪孽加在……头上	tráfico de armas 贩卖武器
diestro, tra <i>adj.</i> 精明的,能干 的	retractarse <i>vr.</i> 收回,撤回
estar equivocado 搞错	cabaret <i>m.</i> (有歌舞表演的) 餐馆
juez de Primera Instancia 第一 审法官	trompón <i>m.</i> 击打
expediente <i>m.</i> 卷宗	quedar privado del conocimiento 失去知觉
sindicado, da <i>adj.</i> 被控告的	embuste <i>m.</i> 谎言
testigo <i>m.</i> 证人	cápsula <i>f.</i> 子弹盒
ponerse en claro 澄清	indulto <i>m.</i> 宽恕
patraña <i>f.</i> 骗局	fallo <i>m.</i> 裁决
	en ejercicio de 运用
	facultades constitucionales 宪 法权力
	conceder <i>vt.</i> 给予

LITERATURA (1)

LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas.

A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a berrear:

—¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos legañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado y en su fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse ágiles infusorios. Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelca entre los desperdicios.

—¡Todavía te falta un poco, marrano! Pero aguarda no más, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desembocan en el malecón.

Ellos son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces solo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos solo les interesa los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el acto. Enrique, en cambio, tiene suerte para las

cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez.

Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho porque el enemigo siempre está al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas y tienen que huir dejando regado su botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja Policía el que aparece y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

Don Santos los esperaba con el café preparado.

—A ver, ¿qué cosa me han traído?

Husmeaba entre las latas y si la provisión estaba buena hacía siempre el mismo comentario:

—Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

—¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardiendo de los pescozones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

—¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engrien como yo. ¡Habrá que zurrarlos para que aprendan!

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios. Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

—Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco. Los carros de la Baja Policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedras. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. Un perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pies se les hundían en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos y sus gritos resonaban en el desfiladero y hacían desprenderse guijarros que rodaban hasta el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

—¡Bravo! —exclamó don Santos— Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.

Desde entonces, los miércoles y los domingos, Efraín y Enrique

hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándolos a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero don Santos no se percató de ello pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

—Dentro de veinte o treinta días vendré por acá —decía el hombre—. Para esa fecha creo que podrá estar a punto.

Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don Santos despertó a sus nietos, Efraín no se pudo levantar.

—Tiene una herida en el pie —explicó Enrique—. Ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

—¡Esas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un trapo.

—¡Pero si le duele! —intervino Enrique— No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero llegaban los gruñidos de Pascual.

—¿Y a mí? —preguntó dándose un palmazo en la pierna de palo— ¿Acaso no me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo. . . ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyado en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos casi vacíos.

—¡No podía más! —dijo Enrique al abuelo— Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus nietos como si meditara una sentencia.

—Bien, bien —dijo rascándose la barba rala y cogiendo a Efraín del pescuezo le arreó hacia el cuarto—. ¡Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón! Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!

Cerca de mediodía Enrique regresó con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

—Lo encontré en el muladar —explicó Enrique— y me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

—¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

—¡No le hagas nada, abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó, hundiendo su pierna de palo en el lodo.

—¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

—Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovechó para insistir:

—No come casi nada. . . , mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura.

Don Santos reflexionó, mirando el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

—¡Pascual, Pascual... Pascualito! —Cantaba el abuelo.

—Tú te llamarás Pedro —dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado, como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

—Te he traído este regalo, mira —dijo mostrando al perro—. Se llama Pedro, es para ti, para que te acompañe... Cuando yo me vaya al muladar te lo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.

—¿Y el abuelo? —preguntó Efraín extendiendo su mano hacia el animal.

—El abuelo no dice nada —suspiró Enrique.

Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba:

—¡Pascual, Pascual... Pascualito!

Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondando por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al emparrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, echaba una mirada a su interior y al ver a sus nietos silenciosos, lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

—¡Mugre, nada más que mugre! —repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado. El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique se enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable; Enrique no se pudo levantar. Había tosido toda la noche y la mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

—¿Tú también? —preguntó el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

—¡Está muy mal engañarme de esa manera! —plañía — Abusan de mí porque no puedo caminar. Saben bien que soy viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandarían al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

—¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán cómo les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí, hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado. Sin la ligereza de sus nietos el carro de la Baja Policía lo había ganado. Los perros, además, habían querido morderlo.

—¡Pedazos de mugre! Ya saben, se quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trató de repetir la operación pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada paso que daba era como un lanzazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

—¡Si se muere de hambre —gritaba— será por culpa de ustedes!

Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua. Enrique tosía, Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca, que depositaba en las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo que devoraba en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito creyendo así hacer más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas ni para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar los ojos del abuelo creía desconocerlos, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna

de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino. Por último reingresaba al cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvían locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió al corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla. Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido.

—¡Arriba, arriba, arriba! —los golpes comenzaron a llover—
¡A levantarse haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡De pie! . . .

Efraín se echó a llorar. Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza, como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

—¡A Efraín no! ¡El no tiene la culpa! ¡Déjame a mí solo, yo saldré, yo iré al muladar!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

—Ahora mismo... al muladar... lleva dos cubos, cuatro cubos.

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carrera. La

fatiga del hambre y de la convalecencia lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

—Tú no. Quédate aquí cuidando a Efraín.

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de mascar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo; volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo más entre los gallinazos. Cuando los cubos estuvieron rebosantes emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas, descalzos todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enrique, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos, en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí en el dintel, terminara el mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse. El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido pero el abuelo no se movió.

—¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto. Efraín, apenas lo vio, comenzó a gemir:

—Pedro... Pedro...

—¿Qué pasa?

—Pedro ha mordido al abuelo... el abuelo cogió la vara...

después lo sentí aullar.

Enrique salió del cuarto.

—¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás Pedro?

—¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento. De un salto se acercó al viejo.

—¿Dónde está Pedro?

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

—¡No! —gritó Enrique tapándose los ojos— ¡No, no! —y a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Este la rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo, prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último, impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo que, erguido como un gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

—¡Voltéa! —gritó— ¡Voltéa!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

—¡Toma! —chilló Enrique y levantó nuevamente la mano. Pero súbitamente se detuvo, temeroso de lo que estaba haciendo y, lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, retrocedió un paso, su pierna de palo

tocó tierra húmeda, resbaló, y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo quebrada, estaba de espaldas en el fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente en el lodo.

Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

—¡A mí, Enrique, a mí!...

—¡Pronto! —exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano— ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¡Debemos irnos de acá!

—¿Adónde? —preguntó Efraín.

—¡Adonde sea, al muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

—¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

(Julio Ramón Ribeyro)

VOCABULARIO

gallinazos sin plumas 无毛鸡 (此处比喻为拾垃圾的小孩)	pomo <i>m.</i> 梨果
de puntillas 蹑手蹑脚地	avidez <i>f.</i> 贪婪
beato, ta <i>m., f.</i> 虔诚信教徒	estar al acecho 守候着, 监视着
pórtico <i>m.</i> 门廊	éxtasis <i>f.</i> 入迷
noctámbulo, la <i>m., f.</i> 梦游者	andamio <i>m.</i> 脚手架
macerado, da <i>adj.</i> 瘦弱的	desvanecer <i>vt.</i> 使消失
bostezar <i>vi.</i> 打哈欠	husmear <i>vi.</i> 闻, 嗅
berrear <i>vi.</i> 喊叫, 咆哮	emparrado <i>m.</i> 葡萄藤架
corralón <i>m.</i> 牲畜栏	pescozón <i>m.</i> 颈部击打
frotarse los ojos legañosos 搓烂 眼	gruñir <i>vi.</i> 作咕噜声, 发哼声
infusorio <i>m.</i> 纤毛虫	aventar <i>vt.</i> 扇, 扬, 筛
chiquero <i>m.</i> 猪圈	zamarro <i>m.</i> 令人发愁的人
desperdicios <i>m. pl.</i> 废物	zurrar <i>vt.</i> 打
marrano <i>adj.</i> 脏的	insaciable <i>adj.</i> 贪得无厌的
mora <i>f.</i> 桑果	acantilado <i>m.</i> 高地; 峭壁
malecón <i>m.</i> 堤	desplazarse <i>vr.</i> 移动, 换位
merodear <i>vi.</i> 掠夺, 抢劫	hormiga <i>f.</i> 蚂蚁
muladar <i>m.</i> 粪堆; 垃圾堆; 杂 物堆	espantar <i>vt.</i> 赶跑
pericote <i>m.</i> 长尾小鸚鵡	aullar <i>vi.</i> 吼叫
tener predilección por 偏爱	nauseabundo, da <i>adj.</i> 令人作 呕的
sebo <i>m.</i> 兽脂	excremento <i>m.</i> 粪便
honda <i>f.</i> 弹弓, 投石器	carroña <i>f.</i> 腐尸
	acarrolar <i>vt.</i> 把……圈进
	guijarro <i>m.</i> 石子

fauna <i>f.</i> 动物界	levantar en vilo 高举
graznar <i>vi.</i> 哇哇地叫	asfalto <i>m.</i> 沥青
aletear <i>vi.</i> 拍翅振翼	ingle <i>f.</i> 腹股沟
escarbar <i>vt.</i> 扒, 刨	quedar desplomado 歪斜着
percatarse <i>vr.</i> 觉察, 知道	reclusión <i>f.</i> 禁闭
infección <i>f.</i> 感染	sin tregua 不停地
andar sobre rieles 进行顺利	ahorcar <i>vt.</i> 悬吊; 吊死, 绞死
dejarse de mañas 根除恶习	ceñir <i>vt.</i> 缠
escuálido, da <i>adj.</i> 瘦弱的	permanecer en vela 不眠
sarnoso, sa <i>adj.</i> 染上疥癣的	oquedad <i>f.</i> 洞
garúa <i>f.</i> 细雨, 毛毛雨	haragán <i>m.</i> 游手好闲者
renguear <i>vi.</i> 一瘸一拐地走	trastabillar <i>vi.</i> 东歪西倒地走
jebe <i>m.</i> 橡皮鞋	étero, ra <i>adj.</i> 轻飘的, 像空气一样的
acurrucarse <i>vr.</i> 蜷缩成一团	penitencia <i>f.</i> 忏悔
mugre <i>f.</i> 脏物	presagio <i>m.</i> 预兆
estornudar <i>vi.</i> 打喷嚏	patalear <i>vi.</i> 跺脚
hocico <i>m.</i> (牲畜的)嘴	manotón <i>m.</i> 手击
roncar <i>vi.</i> 打呼噜	pómulo <i>m.</i> 颧骨
plañir <i>vi.</i> 抱怨, 悲哀	sigilo <i>m.</i> 隐蔽
abusar <i>vi.</i> 滥用	mandíbula <i>f.</i> 顎
umbral <i>m.</i> 门槛	

EL JEFE

El directorio de la casa Ferrolux S. A. daba esa noche una fiesta a sus empleados, con motivo de inaugurarse su nuevo club social. En el cuarto piso de un edificio moderno, situado en el centro de Lima, la firma había alquilado cinco piezas que fueron convertidas en sala de baile, bar, biblioteca, billares y guardarropa. En la pared más importante —porque hasta las paredes tienen categorías— se había colocado una fotografía del fundador de la firma y otra del gerente en ejercicio. El resto de la decoración lo constituía pequeños carteles que contenían frases alusivas al trabajo, a la puntualidad, tales como “Piense, luego responda” o “No calcule, verifique”, las que formaban un recetario destinado a cuadrricular, hasta en sus horas de recreo, el cráneo de los pobres empleados.

Desde las siete de la noche, los empleados comenzaron a llegar. La mayoría venía directamente de la oficina, luego de haber hecho una estación en algún bar del camino para beberse un trago “ponerse a tono”. Otros, los que pertenecían a la raza de inventores de protocolos, habían dado el trote hasta su casa para ponerse el terno azul, la corbata de mariposa, y llegaron tarde, naturalmente, oliendo a brillantina.

Eusebio Zapatero, ayudante de contador, fue uno de los que prefirió “ponerse a tono” antes de llegar al club. En la fiesta se esmeró en no dejar pasar una bandeja sin estirar el brazo con prontitud para apoderarse de un vaso de ron con hielo y limón. Gracias a esto se achispó un poco y pudo realizar algunas

observaciones interesantes: por ejemplo, lo raro que le resultaba ver en un marco diferente del de la oficina a muchos de sus compañeros de trabajo. En la oficina, casi todos se quitaban el saco, se ponían “manguitos” para que no ensuciarse los puños de la camisa y se subían los anteojos sobre la frente. Todo esto les daba cierto aire de intimidad, de viejo compañerismo. Aquí, en cambio, bien compuestos y pulidos, un poco tiesos delante de tantos jefes que circulaban brindando, parecían acartonados y desplegaban todos los ademanes de la inhibición. Algunos se metían constantemente el dedo entre el cuello de la camisa y la garganta; otros fumaban con avidez y se apoyaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra; unos terceros, dentro de los cuales se encontraba Eusebio, se rascaban la frente o se tiraban maquinalmente de la nariz.

Se bailó hasta las diez de la noche y cuando el directorio observó que entre los circunstantes aparecían los primeros síntomas de embriaguez, se dio por finalizada la fiesta. Después de todo, como se dejó entender, aquello no era una juerga sino un pequeño acto simbólico de júbilo y fraternidad.

—Esto es democracia —dijeron algunos empleados cuando el gerente, para cerrar con gracia la reunión, bailó la última pieza de la noche con una mecanógrafa.

En seguida comenzaron a abandonar el local. Eusebio, que durante gran parte de la ceremonia se había contentado con merodear alrededor de su jefe, el apoderado Felipe Bueno, tratando de integrar los grupos donde aquél se encontraba pero sin atreverse a dirigirle la palabra, fue uno de los últimos en salir del club. Para sorpresa suya, en el grupo de 12 personas que ingresó al ascensor, se encontraba el apoderado. La caja descendía velozmente y en su interior se hacían bromas fáciles. Todos tenían los ojos brillantes y un vago anhelo de

prolongar un momento la velada.

—Señores, los invito a tomar un trago —dijo el apoderado Felipe Bueno, cuando el ascensor los dejó en el pasillo del edificio.

En el grupo de empleados se levantó un murmullo de entusiasmo. Eusebio luchó de inmediato por ponerse en primera fila, para que la invitación, por un capricho de última hora, no fuera a recortarse en perjuicio de su persona.

—¡Encantado, encantado! —repetía en coro con los demás empleados, sintiendo que su voz, al sumarse a las otras, adquiriría una insólita convicción.

—Vamos al bar del hotel Ambassadeur —dijo el apoderado.

El grupo caminó unas cuabras por las calles invernales de Lima. Formaban un comité animado, que recordaba a los integrantes de una comida de ex alumnos. Cuando llegaron al bar, se acodaron en el mostrador y el apoderado Felipe Bueno pidió Whisky para todos.

Bebieron tres o cuatro ruedas. La tensión se había relajado. El jefe contaba chistes. Ya los empleados no le decían “señor apoderado” ni “don Felipe Bueno” sino simplemente “oiga usted”. A las once se comenzó a hablar de política. Eusebio, para impresionar a su jefe, se embarcó en una discusión sobre la reforma agraria, con otro empleado, pero cuando su adversario le habló del “minifundio”, quedó callado, un poco contrito por meterse en cosas que no entendía.

Por la fisura de un corto silencio, algunos empleados se retiraron, con el objeto de no perder el servicio de ómnibus que funcionaba hasta las doce, o por el temor de tener que pagar una rueda de licor. Eusebio, tres colegas más y el apoderado, continuaron bebiendo.

—Hay que tirar de vez en cuando una cana al aire —decía don

Felipe Bueno—. Con prudencia, estas cosas hacen bien al espíritu.

Solamente en ese momento Eusebio se dio cuenta que podía aprovechar la coyuntura para solicitar un aumento de sueldo. Después de todo, entre copas todo está permitido. Pero la presencia de los otros empleados lo cohibía. “Esperaré la ocasión”, se repetía y comenzó a concebir un odio profundo contra aquellos empleados que le impedían disfrutar con exclusividad de la confianza del jefe. “Los batiré en retirada, los emborracharé”, pensaba, demorando su trago.

Pero aquello no fue necesario. Los empleados, bastante mareados ya y temiendo cometer algún desatino, se despidieron del apoderado. Eusebio no se movió.

—Usted es de los que no abandonan el barco —observó el apoderado, mirándolo con curiosidad.

—Vivo cerca —mintió Eusebio—. Pensaba acompañarlo hasta su automóvil.

Don Felipe pagó la cuenta y ambos salieron del hotel. Era más de media noche. Caminaron un rato silenciosos. Eusebio gozaba secretamente de esa rara confluencia de circunstancias que le permitían caminar a solas con su jefe, por las calles de Lima, a esas horas tan avanzadas. Deseaba que pasara algún conocido para detenerlo por la manga, señalar al apoderado con el pulgar y decir guiñando un ojo: “Mi Jefe”.

—¡Pero es una tontería! —exclamó de pronto el apoderado consultando su reloj — Todavía no es la una. Vamos a bebernos un coñac.

Entraron al “Negro-Negro”. Había música. Ocuparon una mesita en la parte oscura. Eusebio ya no cabía en sí de felicidad.

Hasta las tres de la mañana estuvieron bebiendo coñac. El jefe

comenzó a galantear a una mujer que había en el mostrador. Luego regresó a la mesa, rompió una copa, insultó al mozo y comenzó a divagar.

Eusebio creyó que había llegado el momento.

—Señor apoderado... —comenzó.

—¡Nada de apoderados! Yo soy Felipe Bueno... Dígame Felipe Bueno a secas...

—Señor Felipe Bueno, quería decirle... quería decirle que en los quince años que llevo en la oficina...

—¿Asuntos de oficina? ¡No hablemos de ellos ahora, señor Zapatero! No quiero saber nada con la oficina. ¿No ve que estamos en plan de divertirnos? ...Mozo, ¡traiga dos coñacs más!

Eusebio quedó callado. Se dio cuenta que, a pesar de su aturdimiento, el jefe conservaba aún suficiente tino como para defenderse de todo tipo de solicitudes. "Por lo menos esta noche —se dijo— me contentaré con ganarme su confianza".

Al poco rato el apoderado dijo:

—¡Señor Felipe Bueno para arriba, señor Felipe Bueno para abajo! ... ¿Por qué me llama usted Felipe Bueno? ¡Somos dos amigos que estamos tomando unos tragos! Dígame simplemente Felipe.

A partir de ese momento las jerarquías desaparecieron. Comenzaron a tutearse mientras seguían bebiendo. Eusebio se olvidó hasta del aumento de sueldo.

—A mí me dicen Bito... —mascullaba Eusebio— Todos mis amigos me dicen Bito... Mi nombre es muy feo... Oye Felipe, yo soy Bito ¿no es verdad? A ver, dime cómo me llamo.

—Pito... —respondió el apoderado.

Ambos se echaron a reír.

—¡Linda noche! —exclamó el apoderado— Solamente nos falta una mujercita, ¿eh? ¡Estas son las noches que alegran la vida!... ¡Ah, pero si me viera mi mujer! Me cogería de la solapa y me diría: "Pim, media vuelta y a la casa".

—¡Te dice Pim! —intervino Eusebio asombrado.

—Es verdad, en mi casa me dicen Pim.

—¡Pim! —repitió Eusebio— ¿Me dejas que te invite un trago, Pim?

Eusebio pagó los últimos coñacs. Estaban ya completamente borrachos. Cantaron a dúo un vals criollo. Luego se cambiaron las corbatas. A las cinco de la mañana Eusebio tuvo un momento de lucidez.

—¡Pim!, mañana es día de trabajo.

—Es verdad, Bito, me había olvidado.

Cuando salieron a la plaza San Martín, el apoderado se apoyaba en su subalterno y la palmeaba cariñosamente la papada.

—Búscame un taxi, Bito —dijo—. No puedo manejar.

Eusebio introdujo a su jefe en un carro de plaza y se despidió oprimiéndole la mano.

—Hasta mañana, Pim —dijo.

—Chau, Bito.

Tres horas más tarde, Eusebio Zapatero llegó a la oficina con los ojos hinchados y un retraso de diez minutos. Contra su costumbre, saludó a la secretaria alegremente y haciendo una pirueta tiró su sombrero en la percha.

—¿Está Felipe? —preguntó.

La secretaria lo miró sorprendida.

—¿Por quién pregunta usted?

—Por nuestro patrón.

—Está en su despacho.

Eusebio se dirigió hacia la puerta.

—¿Va a entrar así, sin que lo anuncie?

Eusebio se contentó con hacerle un guiño y empujó la puerta. El apoderado estaba sentado frente a su escritorio, ocupado en leer la correspondencia de la mañana. Eusebio se fue acercando sigilosamente y cuando estuvo ante el pupitre adelantó la cabeza y murmuró: “Pim”.

El apoderado levantó rápidamente la cara y quedó mirándolo con una expresión fría, desmemoriada y anónima; la mirada inapelable del jefe.

—Buenos días... señor Eusebio Zapatero —respondió.

Y continuó leyendo sus cartas.

(Julio Ramón Ribeyro)

VOCABULARIO

firma <i>f.</i> 公司	mecanógrafa <i>f.</i> 女打字员
frases alusivas al trabajo 涉及 工作的一些词句	merodear <i>vi.</i> (在某处)转游
cuadricular <i>vt.</i> 控制, 支配	acodarse <i>vr.</i> 把胳膊肘撑在
terno <i>m.</i> 西服	contrito, ta <i>adj.</i> 悔悟的, 悔恨 的
brillantina <i>f.</i> 润发油	fisura <i>f.</i> 裂缝
desplegar <i>vt.</i> 展示, 表现	tirar (echar) una cana al aire 过得愉快
inhibición <i>f.</i> 抑制	cohibir <i>vt.</i> 制止, 抑制
embriaguez <i>f.</i> 酒醉	cometer desatino 犯不合时宜
juerga <i>f.</i> 狂欢, 欢闹	

的错误

galantear *vt.* 挑逗

tino *m.* 意见,看法

tutearse *vr.* 以你称呼

jerarquía *f.* 等级

mascular *vi.* 咕噜咕噜地说

subalterno *m.* 下属,部下

pirueta *f.* 旋转

percha *f.* 衣帽架

mirada inapelable 压制不住的、忍受不住的眼神

DE COLOR MODESTO

Lo primero que hizo Alfredo al entrar a la fiesta fue ir directamente al bar. Allí se sirvió dos vasos de ron y luego, apoyándose en el marco de una puerta, se puso a observar el baile. Casi todo el mundo estaba emparejado, a excepción de tres o cuatro tipos que, como él, rondaban por el bar o fumaban en la terraza un cigarrillo.

Al poco tiempo comenzó a aburrirse y se preguntó para qué había venido allí. El detestaba las fiestas, en parte porque bailaba muy mal y en parte porque no sabía de qué hablar con las muchachas. Por lo general, los malos bailarines retenían a su pareja con una charla ingeniosa que disimulaba los pisotones e, inversamente, los borricos que no sabían hablar aprendían a bailar tan bien que las muchachas se disputaban por estar en sus brazos. Pero Alfredo, sin las cualidades de los unos ni de los otros, pero con todos sus defectos, era un ser condenado a fracasar infaliblemente en este tipo de reuniones.

Mientras se servía el tercer vaso de ron, se observó en el espejo del bar. Sus ojos estaban un poco empañados y algo en la expresión blanda de su cara indicaba que el licor producía sus efectos. Para despabilarse, se acercó al tocadiscos donde un grupo de muchachas elegía alegremente las piezas que luego tocarían.

—Pongan un bolero— sugirió.

Las muchachas lo miraron con sorpresa. Sin duda se trataba de un rostro poco familiar. Las fiestas de Miraflores, a pesar de

realizarse semanalmente en casas diferentes, congregaban a la misma pandilla de jovencitos en busca de enamorada. De esos bailes sabatinos en residencias burguesas salían casi todos los noviazgos y matrimonios del balneario.

—Nos gusta más el mambo —respondió la más osada de las muchachas—. El bolero está bien para los viejos.

Alfredo no insistió pero mientras regresaba al bar se preguntó si esa alusión a los viejos tendría algo que ver con su persona. Volvió a observarse en el espejo. Su cutis estaba terso aún pero era en los ojos donde una precoz madurez, pago de voraces lecturas, parecía haberse aposentado. “Ojos de viejo”, pensó Alfredo, desalentado, y se sirvió un cuarto vaso de ron.

Mientras tanto, la animación crecía a su alrededor. La fiesta, fría al comienzo, iba tomando punto. Las parejas se soltaban para contorsionarse. Era la influencia de la música afrocubana, suprimiendo la censura de los pacatos e hipócritas habitantes de Lima. Alfredo caminó hacia la terraza y miró hacia la calle. En la calzada se veían ávidos ojos, cabezas estiradas, manos aferradas a la verja. Era gente del pueblo, al margen de la alegría.

Una voz sonó a sus espaldas:

—¡Alfredo!

Al voltear la cabeza se encontró con un hombrecillo de corbata plateada, que lo miraba con incredulidad.

—Pero, ¿qué haces aquí, hombre? Un artista como tú...

—He venido acompañando a mi hermana.

—No es justo que estés solo. Ven, te voy a presentar unas amigas.

Alfredo se dejó remolcar por su amigo entre los bailarines, hasta una segunda sala, donde se veían algunas muchachas sentadas en un

sofá. Una afinidad notoria las había reunido allí; eran feas.

—Aquí les presento a un amigo —dijo, y sin añadir nada más, lo abandonó.

Las muchachas lo miraron un momento y luego siguieron conversando. Alfredo se sintió incómodo. No supo si permanecer allí o retirarse. Optó heroicamente por lo primero pero tieso, sin abrir la boca, como si fuera un ujier encargado de vigilarlas. Ellas elevaban de cuando en cuando la vista y le echaban una rápida mirada, un poco asustadas. Alfredo encontró la idea salvadora. Sacó su paquete de cigarrillos y lo ofreció al grupo.

—¿Fuman?

La respuesta fue seca:

—No, gracias.

Por su parte, encendió uno y al echar la primera bocanada de humo, se sintió más seguro. Se dio cuenta que tendría que iniciar una batalla.

—¿Ustedes van al cine?

—No.

Aún aventuró una tercera pregunta:

—¿Por qué no abrirán esa ventana? Hace mucho calor.

Esta vez fue peor: ni siquiera obtuvo respuesta. A partir de ese momento ya no despegó los labios. Las muchachas, intimidadas por esa presencia silenciosa, se levantaron y pasaron a la otra sala. Alfredo quedó solo en la inmensa habitación, sintiendo que el sudor empapaba su camisa.

El hombrecillo de la corbata plateada reapareció.

—¿Cómo?, ¿sigues parado allí? ¡No me dirás que no has bailado!

—Una pieza —mintió Alfredo.

—Seguramente que todavía no has saludado a mi hermana. Vamos, está aquí con su enamorado.

Ambos pasaron a la sala vecina. La dueña del santo bailaba un vals criollo con un cadete de la Escuela Militar.

—Elsa, aquí Alfredo quiere saludarte.

—¡Ahora que termine la pieza! —respondió Elsa sin interrumpir sus rápidas volteretas. Alfredo quedó cerca, esperando, meditando uno de los habituales saludos de cumpleaños. Pero Elsa empalmó ese baile con el siguiente y en seguida, del brazo del cadete, se encaminó alegremente hacia el comedor, donde se veía una larga mesa repleta de bocaditos.

Alfredo, olvidado, se acercó una vez más al bar. “Tengo que bailar”, se dijo. Era ya una cuestión de orden moral. Mientras bebía el quinto trago, buscó en vano a su hermana entre los concurrentes. Su mirada se cruzó con la de dos hombres maduros que observaban lujuriosamente a las niñas y de inmediato se vio asaltado por un torbellino de pensamientos lúcidos y lacerantes. ¿Qué podía hacer él, hombre de veinticinco años, en una fiesta de adolescentes? Ya había pasado la edad de cobijarse “a la sombra de las muchachas en flor”. Esta reflexión trajo consigo otras, más reconfortantes, y lanzando la vista en torno suyo, trató de ubicar alguna chica mayor a quien no intimidaran sus modales ni su inteligencia.

Cerca del vestíbulo había tres o cuatro muchachas un poco marchitas, de aquellas que han dejado pasar su bella época, obsesionadas por algún amor loco y frustrado, y que llegan a la treintena sin otra esperanza que la de hacer, ya que no un matrimonio de amor, por lo menos uno de fortuna.

Alfredo se acercó. Su paso era un poco inseguro, al extremo de que algunas parejas con las que tropezó, lo miraron airadas. Al llegar

al grupo tuvo una sorpresa: una de las muchachas era una antigua vecina de su infancia.

—No me digas que he cambiado mucho —dijo Corina—. Me vas a hacer sentir vieja —y lo presentó al resto del grupo.

Alfredo departió un rato con ellas. Las cinco copas de ron lo frivolizaban lo suficiente como para responder a la andanada de preguntas estúpidas. Advirtió que había un clima de interés en torno a su persona.

—¿Ya habrás terminado tu carrera? —indagó Corina.

—No. La dejé —respondió francamente Alfredo.

—¿Estás trabajando en algún sitio?

—No.

—¡Qué suerte! —intervino una de las chicas— Para no trabajar habrá que tener muy buena renta.

Alfredo la miró; era una mujer morena, bastante provocativa y sensual. En el fondo de sus ojos verdes brillaba un punto dorado, codicioso.

—Pero, entonces ¿a qué te dedicas? —preguntó Corina.

—Pinto.

—Pero... ¿de eso se puede vivir? —inquirió morena, visiblemente intrigada.

—No sé a qué le llamará usted vivir —dijo Alfredo—. Yo sobrevivo, al menos.

A su alrededor se creó un silencio ligeramente decepcionado. Alfredo pensó que era el momento de sacar a bailar a alguien, pero solo tocaban la maldita música afrocubana. Se arriesgaba ya a extender la mano hacia la morena, cuando un hombre calvo, elegante, con dos puños blancos de camisa que sobresalían insolentemente de las mangas de su saco, irrumpió en el grupo como

una centella.

—¡Ya todo está arreglado, regio! —exclamó— Mañana iremos a Chosica con Ernesto y Jorge. Las tres hermanas Puertas vendrán con nosotros. ¿No les parece regio? Lo mismo que Carmela y Roxana.

Hubo un estallido de alegría.

—Te presento a un amigo —dijo Corina, señalando a Alfredo.

El calvo le estrechó efusivamente la mano.

—Regio, si quiere puede venir también con nosotros. Nos va a faltar sitio para Elsa y su prima. ¿Quiere usted llevarlas en su carro?

Alfredo se sintió enrojecer.

—No tengo carro.

El calvo lo miró perplejo, como si acaba de escuchar una cosa absolutamente insólita. Un hombre de veinticinco años que no tuviera carro en Lima podría pasar por un perfecto imbécil. La morena se mordió los labios y observó con más atención el terno, la camisa de Alfredo. Luego le volvió lentamente la espalda.

El vacío comenzó. El calvo había acaparado la atención del grupo, hablando de cómo se distribuirían en los carros, cómo se desarrollaría el programa del domingo.

—¡Tomaremos el aperitivo en Los Angeles! Luego almorzaremos en Santa María, ¿no les parece regio? Más tarde haremos un poco de “footing”...

Alfredo se dio cuenta de que allí también sobraba. Poco a poco, pretextando mirar los cuadros, se fue alejando del grupo, se tropezó con un cenicero y cuando llegó al bar, escuchó aún la voz del calvo que bramaba:

—¡Almorzaremos en el río, regio!

—¡Un ron! —dijo a la chica que estaba detrás del mostrador.

La chica lo miró enojada.

—¿No ha oído? ¡Un ron!

—Sírvaselo usted. Yo no soy la sirvienta —contestó, y se retiró de prisa.

Alfredo se sirvió un vaso hasta el borde. Volvió a mirarse en el espejo. Un mechón de pelo había caído sobre su frente. Sus ojos habían envejecido aún más. “Su mirada era tan profunda que no se la podía ver”, musitó. Vio sus labios apretados; signo de una naciente agresividad.

Cuando se disponía a servirse otro, divisó a su hermana que atravesaba la sala. De un salto estuvo a su lado y la cogió del brazo.

—Elena, vamos a bailar.

Elena se desprendió vivamente.

—¿Bailar entre hermanos? ¡Estás loco! Además, estás apestando a licor. ¿Cuántas copas te has tomado? ¡Anda, lávate la cara y enjuágate la boca!

A partir de ese momento, Alfredo erró de una sala a otra, exhibiendo descaradamente el espectáculo de su soledad. Estuvo en la terraza mirando el jardín, fumó cigarrillos cerca del tocadiscos, bebió más tragos en el bar, rehusó la simpatía de otros solitarios que querían hacer observaciones irónicas sobre la vida social y por último se cobijó bajo las escaleras, cerca de la puerta que daba al oficio. El ron le quemaba las entrañas.

Al segundo golpe, la puerta del oficio se abrió y una mucama asomó la cabeza.

—Deme un vaso de agua, por favor.

La mucama dejó la puerta entreabierta y se alejó, dando unos pasos de baile. Alfredo observó que en el interior de la cocina, la servidumbre, al mismo tiempo que preparaba el arroz con pato,

celebraba, a su manera, una especie de fiesta íntima. Una negra esbelta cantaba y se meneaba con una escoba en los brazos. Alfredo, sin reflexionar, empujó la puerta y penetró en la cocina.

—Vamos a bailar —dijo a la negra.

La negra rehusó, disforzándose, riéndose, rechazándolo con la mano pero incitándolo con su cuerpo. Cuando estuvo arrinconada contra la pared, dejó de menearse.

—¡No! Nos pueden ver.

La mucama se acercó, con el vaso de agua.

—Baila no más —dijo—. Cerraré la puerta. ¿Por qué no nos vamos a divertir nosotros también?

Los parlamentos continuaron, hasta que al fin la negra cedió.

—Solamente hasta que termine esta pieza —dijo.

Mientras la mucama cerraba la puerta con llave, Alfredo atenazó a la negra y comenzó a bailar. En ese momento se dio cuenta de que bailaba bien, quizá por ese sentido del ritmo que el alcohol da cuando no lo quita o simplemente por la agilidad con que su pareja lo seguía. Cuando esa pieza terminó, empezaron la siguiente. La negra aceptaba la presión de su cuerpo con una absoluta responsabilidad.

—¿Tú trabajas aquí?

—No, en la casa de al lado. Pero he venido para ayudar un poco y para mirar.

Terminaron de bailar esa pieza, entre cacerolas y tufos de comida. El resto de la servidumbre seguía trabajando y, a veces, interrumpiéndose, los miraba para reírse y hacer comentarios graciosos.

—¡Apagaremos la luz!

—¿Qué cosa hay allí? —preguntó Alfredo, señalando una mampara al fondo de la cocina.

--El jardín, creo.

—Vamos.

La negra protestó.

—Vamos —insistió Alfredo—. Allí estaremos mejor.

Al empujar la mampara se encontraron en una galería que daba sobre el jardín interior. Había una agradable penumbra. Alfredo apoyó su mejilla contra la mejilla negra y bailó despaciosamente. La música llegaba muy débil.

—Es raro estar así, ¿no es verdad? —dijo la negra— ¡Qué pensarán los patronos!

—No es raro —dijo Alfredo—. ¿Tú no eres acaso una mujer?

Durante largo rato no hablaron. Alfredo se dejaba mecer por un extraño dulzor, donde la sensualidad apenas intervenía. Era más bien un sosiego de orden espiritual, nacido de la confianza en sí mismo readquirida, de su posibilidad de contacto con los seres humanos.

Una gritería se escuchó en el interior de la casa.

—¡La torta! ¡Van a partir la torta!

Antes de que Alfredo se percatara de lo que sucedía, se encendió la luz de la galería, se abrió la puerta del jardín y una fila de alegres parejas irrumpió, cogidas de la cintura, formando un ruidoso tren, tocando pitos, gritando a voz en cuello:

—¡Vengan todos que van a partir la torta!

Alfredo tuvo tiempo de observar algo más: no habían estado solos en la galería. En las mesitas cobijadas a la sombra de la enramada, algunas parejas se habían refugiado y ahora, sorprendidas también, se despertaban como de un sueño.

El ruidoso tren dio unas vueltas por el jardín y luego se encaminó hacia la galería. Al llegar delante de Alfredo y de la negra, la gritería cesó. Hubo un corto silencio de estupor y el tren se

desbandó hacia el interior de la casa. Incluso las parejas, desde el fondo de los sillones, se levantaron y los hombres partieron, arrastrando a sus mujeres de la mano. Alfredo y la negra quedaron solos.

—¡Qué estúpidos! —dijo sonriendo—. ¿Qué les sucede?

—Me voy —dijo la negra, tratando de zafarse.

—Quédate. Vamos a seguir bailando.

Por la fuerza la retuvo de la mano. Y la hubiera abrazado nuevamente, si es que un grupo de hombres, entre los cuales se veía al dueño de la casa y al hombrecillo de la corbata plateada, no apareciera por la puerta de la cocina.

—¿Qué escándalo es éste? —decía el dueño, moviendo la cabeza.

—Alfredo —balbuceó el hombrecillo—. No te las des de original.

—¿No tiene usted respeto por las mujeres que hay acá? —intervino un tercer caballero.

—Váyase usted de mi casa —ordenó el dueño a la negra—. No quiero verla más por aquí. Mañana hablaré con sus patrones.

—No se va —respondió Alfredo.

—Y usted sale también con ella, ¡caramba!

Algunas mujeres asomaban la cabeza por la puerta de la cocina. Alfredo creyó reconocer a su hermana que, al verlo, dio media vuelta y se alejó a la carrera.

—¿No ha oído? ¡Salga de aquí!

Alfredo examinó al dueño de casa y, sin poderse contener, se echó a reír.

—Está borracho —dijo alguien.

Cuando terminó de reír, Alfredo soltó el brazo de la negra.

—Espérame en la calle Madrid —y abotonándose el saco con dignidad, sin despedirse de nadie, atravesó la cocina, la sala donde el baile se había interrumpido, el jardín, y, por último, la verja de madera.

“Caballísimo de mí”, pensó mientras se alejaba hacia su casa, encendiendo un cigarrillo. Al llegar a su bajo muro se detuvo; por la ventana abierta de la sala se veía su padre, de espaldas, leyendo un periódico. Desde que tenía uso de razón había visto a su padre a la misma hora, en la misma butaca, leyendo el mismo periódico. Un rato permaneció allí. Luego se mojó la cabeza en el caño del jardín y se encaminó a la calle Madrid.

La negra estaba esperándolo. Se había quitado su mandil de servicio y en el apretado traje de seda su cuerpo resaltaba con trazos simples y perentorios, como un tótem de madera. Alfredo la cogió de la mano y la arrastró hacia el malecón, lamentando no tener plata para llevarla al cine. Caminaba contento, en silencio con la seguridad del hombre que reconduce a su hembra.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó la negra.

—¡Va! No interesa.

—Mañana no se acordará de nada.

Alfredo no respondió. Estaba otra vez al lado de su casa. Pasando su brazo sobre el hombro femenino, se apoyó en el muro y quedó mirando por la ventana, donde su padre continuaba leyendo el periódico. Alguna intuición debió tener su padre, porque fue volteando lentamente la cabeza. Al distinguir a Alfredo y a la negra, quedó un instante perplejo. Luego se levantó, dejó caer el periódico y tiró con fuerza los postigos de la ventana.

—Vamos al malecón —. dijo Alfredo.

—¿Quién es ese hombre?

—No lo conozco.

Esa parte del malecón era sombría. Por allí se veían automóviles detenidos, en cuyo interior se alocaban y cedían las vírgenes de Miraflores. Se veían también parejas recostadas contra la baranda del malecón que daba al barranco. Alfredo anduvo un rato con la negra y se sentó por último en el parapeto.

—¿No quieres mirar al mar? —preguntó—. Saltamos al otro lado y estamos a un paso del barranco.

—¡Qué dirá la gente! — protestó la negra.

—¡Tú eres más burguesa que yo! . . . Ven, sígueme. Todo el mundo viene a mirar el mar.

Ayudándola a salvar la baranda, caminaron un poco por el desmonte hasta llegar al borde del barranco. El ruido del mar subía incansable, aterrador. Al fondo se veía la espuma blanca de las olas estrellándose contra la playa de piedras. El viento los hacía vacilar.

—¿Y si nos suicidamos? —preguntó Alfredo— Será la mejor manera de vengarnos de toda esta inmundicia.

—Tírese usted primero y yo lo sigo —rió la negra.

—Comienzas a comprenderme —dijo Alfredo, y cogiendo a la negra de los hombros, la besó rápidamente en la boca.

Luego emprendieron el retorno. Alfredo sentía nacer en sí una incomprensible inquietud. Estaban saltando la baranda cuando un faro poderoso los cegó. Se escuchó el ruido de las portezuelas de un carro que se abrían y se cerraban con violencia y pronto dos policías estuvieron frente a ellos.

—¿Qué hacían allá abajo?, ¡a ver, sus papeles!

Alfredo se palpó los bolsillos y terminó mostrando su Libreta Electoral.

—Han estado planeando en el barranco, ¿no?

—Fuimos a mirar el mar.

—Te están tomando el pelo —intervino el otro policía—. Vamos a llevarlos a la cana. Con una persona de color modesto no se viene a estas horas a mirar el mar.

Alfredo sintió nuevamente ganas de reír.

—A ver —dijo acercándose al guardia—. ¿Qué entiende usted por gente de color modesto? ¿Es que esta señorita no puede ser mi novia?

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque es negra.

Alfredo rio nuevamente.

—¡Ahora me explico por qué usted es policía!

Otras parejas pasaban por el malecón. Eran parejas de blancos. La policía no les prestaba atención.

—Y a esos, ¿por qué no les pide sus papeles?

—¡No estamos aquí para discutir! Suban al patrullero.

Esas situaciones se arreglaban de una sola manera: con dinero. Pero Alfredo no tenía un céntimo en el bolsillo.

—Yo subo encantado —dijo—. Pero a la señorita la dejan partir.

Esta vez los guardias no respondieron sino que, cogiendo a ambos de los brazos, los metieron por la fuerza en el interior del vehículo.

—¡A la comisaría! —ordenaron al conductor.

Alfredo encendió un cigarrillo. Su inquietud se agudizaba. El aire de mar había refrescado su inteligencia. La situación le parecía inaceptable y se disponía a protestar, cuando sintió la mano de la negra que buscaba la suya. El la oprimió.

—No pasará nada dijo, para tranquilizarla.

Como era sábado, el comisario debía haberse ido de parranda, de modo que sólo se encontraba el oficial de guardia, jugando al ajedrez con un amigo. Levantándose, dio una vuelta alrededor de Alfredo y de la negra, mirándolos de pies a cabeza.

—¿No serás tú una polilla? —preguntó echando una bocanada de humo en la cara de la negra— ¿Trabajas en algún sitio?

—La señorita es amiga mía —intervino Alfredo—. Trabaja en una casa de la calle José Gálvez. Puedo garantizar por ella.

—Y por usted, ¿quién garantiza?

—Puede llamar por teléfono para cerciorarse.

—Están prohibidos los planes en el malecón —prosiguió el oficial—. ¿Usted sabe lo que es un delito contra las buenas costumbres? Hay un libro que se llama Código Penal y que habla de eso.

—No sé si será para usted delito pasearse con una amiga.

—En la oscuridad sí y más con una negra.

—Estaban abrazados, mi teniente —terció un policía.

—¿No ve? Esto le puede costar veinticuatro horas de cárcel y la foto de ella puede salir en **Ultima Hora**.

—¡Todo esto me parece grotesco! —exclamó Alfredo, impaciente— ¿Por qué no nos dejan partir? Repito, además, que esta señorita es mi novia.

—¡su novia!

El oficial se echó a reír a mandíbula batiente y los policías, por disciplina, lo imitaron. Súbitamente dejó de reír y quedó pensativo.

—No crea que soy un imbécil —dijo aproximándose a Alfredo—. Yo también, aunque uniformado, tengo mi culturita. ¿Por qué no hacemos una cosa? Ya que esta señorita es su novia,

sígase paseando con ella. Pero eso sí, no en el malecón, allí los pueden asaltar. ¿Qué les parece si van al parque Salazar? El patrullero los conducirá.

Alfredo vaciló un momento.

—Me parece muy bien —respondió.

—¡Adelante, entonces! —rió el teniente—. ¡Llévenlos al parque Salazar!

Nuevamente en el patrullero, Alfredo permaneció silencioso. Pensaba en la inclemente iluminación del parque Salazar, especie de vitrina de la belleza vecinal. La negra buscó su mano, pero esta vez Alfredo la estrechó sin convicción.

—Tengo vergüenza —le susurró al oído.

—¡Qué tontería! —contestó él.

—¡Por ti, por ti es que tengo vergüenza!

Alfredo quiso hacerle una caricia pero las luces del parque aparecieron.

—Déjenos aquí no más—pidó a los policías—. Les prometo que nos pasearemos por el parque.

El patrullero se detuvo a cien metros de distancia.

—Vigilaremos un rato —dijeron.

Alfredo y la negra descendieron. Bordeando siempre el malecón, comenzaron a aproximarse al parque. La negra lo había cogido tímidamente del brazo y caminaba a su lado, sin levantar la mirada, como si ella también estuviera expuesta a una incomprensible humillación. Alfredo, en cambio, con la boca cerrada, no desprendía la mirada de esa compacta multitud que circulaba por los jardines y de la cual brotaba una alegre y creciente murmullo. Vio las primeras caras de las lindas muchachas miraflores, las chompas elegantes de los apuestos muchachos, los

carros de las tías, los autobuses que descargaban pandillas de juventud, todo ese mundo despreocupado, bullanguero, triunfante, irresponsable y despótico calificador. Y como si se internara en un mar embravecido, todo su coraje se desvaneció de un golpe.

—Fíjate —dijo—. Se me han acabado los cigarros. Voy hasta la esquina y vuelvo. Espérame un minuto.

Antes de que la negra respondiera, salió de la vereda, cruzó entre dos automóviles y huyó rápido y encogido, como si desde atrás lo amenazara una lluvia de piedras. A los cien pasos se detuvo en seco y volvió la mirada. Desde allí vio que la negra, sin haberlo esperado, se alejaba cabizbaja, acariciando con su mano el borde áspero del parapeto.

(Julio Ramón Ribeyro)

JULIO RAMON RIBEYRO

Julio Ramón Ribeyro es un escritor realista peruano. En la década del 1950, la preocupación de los novelistas peruanos tendió a revelar un aspecto nuevo de la realidad: la ciudad. Casi la totalidad de producción de Julio Ramón Ribeyro se centra en esta nueva temática; con el lenguaje, procedimientos técnicos y temas no abordados antes, se inicia la renovación de la narrativa peruana.

Dentro de la ciudad, Ribeyro elige el sector que mejor conoce: la pequeña burguesía, la clase media, una clase “no realizada ni social ni ideológicamente”. En el tratamiento

psicológico de los personajes denota gran maestría. En la narrativa de J. R. Ribeyro pasea una idea recurrente y fiel: la frustración y las limitadas posibilidades del hombre común, del hombre de la clase media que desespera por hallar canales de realización que no sean los que le brinda la vida de todos los días, opaca, mediatizada por las desesperanzas materiales.

La maestría en la configuración de los personajes, enriquecida en la versatilidad de los ambientes en los cuales se desarrollan los cuentos, confieren a Ribeyro un alto puesto en la narrativa peruana, signándolo como uno de los más brillantes representantes de la prosa contemporánea de lengua castellana.

VOCABULARIO

detestar <i>vt.</i> 厌恶	remolcar <i>vt.</i> 拖者走,拉着走
borrico <i>m.</i> 驴子	aventurar <i>vt.</i> 冒险
empañado, da <i>adj.</i> 朦胧的,暗淡的;模糊不清的	empapar <i>vt.</i> 使湿透
despabilarse <i>vr.</i> 振作起来	cadete <i>m.</i> 军校学员
bailes sabatinos 周六舞会	voltereta <i>f.</i> 翻滚;翻筋斗
balneario <i>m.</i> 浴场	lujuriosamente <i>adv.</i> 贪欲地,热望地
mambo <i>m.</i> 曼波舞;曼波舞曲 [源于古巴黑人舞]	lúcido, da <i>adj.</i> 明亮的
apostentarse <i>vr.</i> 住下	lacerante <i>adj.</i> 有害的,造成伤害的
contorsionarse <i>vr.</i> 扭摆	departir <i>vi.</i> 交谈
pacato <i>m.</i> 过分胆小;过分节制	frivolizar <i>vt.</i> 使变得轻浮
	centella <i>f.</i> 火星,火花

perplejo, ja <i>adj.</i> 不知所措的	zafarse <i>vr.</i> 逃跑
pasar por un perfecto imbécil 被认为是个白痴	balbucear <i>vi.</i> 口吃, 结巴地说
acaparar <i>vt.</i> 独占, 垄断	caño <i>m.</i> 短管子
footing <i>m.</i> 立足处	mandil de servicio 围裙
apestar <i>vi.</i> 发出恶臭	perentorio, ria <i>adj.</i> 断然的
cobijarse <i>vr.</i> 隐藏	postigo <i>m.</i> 护窗板
mucama <i>f.</i> 印第安女孩	parapeto <i>m.</i> 栏杆
rehusar <i>vi.</i> 逃避	Libreta Electoral 选民证(也作 身份证用)
atenazar <i>vt.</i> 虐待	tomar el pelo 嘲弄, 愚弄
cacerola <i>f.</i> 沙锅	ir de parranda 玩乐
tufo <i>m.</i> 香气	polilla <i>f.</i> 蛾子; 破坏者
mampara <i>f.</i> 屏风	reír a mandíbula batiente 大笑
gritar a voz en cuello 扯着嗓子 大喊	chompa <i>f.</i> 毛衣
galería <i>f.</i> 画廊	bullanguero, ra <i>adj.</i> 闹乱子 的; 放荡的
desbandarse <i>vr.</i> 分散	

CASA TOMADA

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura, pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos pocos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, y a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor nosotros mismos la voltearíamos justiciéramente antes de que fuera demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su

dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro pero cuando un pulóver está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lilas. Estaban con naftalina, apiladas, como en una mercería; yo no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente le entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelines, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa

parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esa parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volverse de sillas sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o

un segundo después, en la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado, y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate, le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces — dijo recogiendo las agujas—, tendremos que vivir en este lado.

Yo echaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza de la casa se simplificó tanto que aun levantándonos tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a

preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultó molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene, que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz, yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o de papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Fuera de eso, todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble,

creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpían en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pasábamos más despacio para no molestarlos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuertes pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte— dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

•
(Julio Cortázar)

JULIO CORTAZAR

Julio Cortázar, escritor argentino, nació en 1914 en Bruselas. Vive en Argentina hasta 1951 y, a partir de entonces se instala en París. Obtuvo el grado de profesor y desempeñó esta actividad en provincias de su país y, posteriormente, en una cátedra universitaria en Mendoza. Durante muchos años se ha ganado la vida como traductor para organizaciones internacionales y ha llevado a cabo, para diversos editores, versiones magistrales del francés y del inglés. Ha formado parte del Tribunal Russell, y los problemas político-sociales del continente americano no sólo son una de sus máximas preocupaciones, sino que a ellos consagra gran parte de su esfuerzo.

Julio Cortázar, novelista argentino, pertenece a la generación que se afirmó en la posguerra con las nuevas técnicas narrativas

que desintegran el orden cronológico y espacial eliminando la perspectiva privilegiada del autor. Su primera obra fue el poema dramático *Los reyes* (1949). Publicó luego volúmenes de cuentos fantásticos. En 1963 publicó la novela *Rayuela*, obra que le dio la fama, novela en la que los niveles de espacio y tiempo se hacen cada vez más cerrados.

VOCABULARIO

genealogía <i>f.</i> 家系, 家谱	franquearse <i>vr.</i> 避开, 闪开
esquivo, va <i>adj.</i> 无法捉摸的	roble <i>m.</i> 栎树
tricotar <i>vt.</i> 编织, 打毛衣	mármol <i>m.</i> 大理石
mañanita <i>f.</i> 短披巾	carpeta <i>f.</i> 纸夹, 文件夹
encrespado, da <i>adj.</i> 有卷毛的	macramé <i>m.</i> (装饰家具用的)流苏花边
madeja <i>f.</i> (线, 丝等绕成的) 团, 束, 绞	pavita de mate 马黛茶壶
pulóver <i>m.</i> 羊毛套衫	impreciso, sa <i>adj.</i> 不精确的
cómoda <i>f.</i> 柜, 箱	pantuflas <i>f.</i> 拖鞋
alcanfor <i>m.</i> 樟脑	enebro <i>m.</i> 红松
naftalina <i>f.</i> 萘球, 卫生球	comida fiambre 饭盒装的饭食
erizo <i>m.</i> 刺猬	matar el tiempo 消磨时间
ovillo <i>m.</i> 线团, 线球	trébol <i>m.</i> 三叶草
gobelines <i>m.</i> 双面挂毯(巴黎特产)	sacudón <i>m.</i> 摇动, 摔动, 抖动
living 居住室	cobertor <i>m.</i> 毯子
zaguán <i>m.</i> 门口	insomnio <i>m.</i> 不眠, 失眠
	álbum filatélico 邮票簿

SOCIEDAD

DROGADICCION JUVENIL

Uno de los signos más característicos de los tiempos en que vivimos es la lucha contra la drogadicción, que se ha convertido en un fenómeno de dimensiones universales, especialmente en los ambientes juveniles.

A los padres de familia y a los maestros, les preocupa mucho este problema, y están deseosos de contribuir en cualquier forma a poner freno a lo que ven como un grave daño para la sociedad. Sin embargo, para que sus esfuerzos y su buena voluntad sean realmente eficaces y fructuosos, tienen que basarse en una serie de conocimientos e información, de los que con frecuencia se carece, porque el problema es muy complejo.

El doctor Sotelo Regil, acude en auxilio de todas las personas responsables y deseosas de colaborar, ofreciéndoles en estas páginas una serie de datos y orientaciones fundamentales, para disipar prejuicios y nociones equivocadas, y comprender el proceso de la drogadicción y la sicología del joven que ha empezado a caer o se encuentra ya muy avanzado en esa servidumbre.

La experiencia y las estadísticas demuestran que un común denominador en la enorme mayoría de estos casos es la falta de amor en los círculos familiares, que ocasiona a los jóvenes una seria desadaptación hogareña. Otro factor decisivo es el interés por valores positivos en la vida, como el estudio, el deporte, los principios éticos y religión.

La delincuencia juvenil

En la actualidad, la conducta de los jóvenes drogadictos se debe a la degeneración de la sociedad, del hogar, de la familia, a la deficiencia policiaca y hasta a la situación internacional.

Por delincuente juvenil se entiende al hombre o mujer menores de edad, con factores ambientales y emocionales en conflicto entre sí y con la sociedad. Dichos factores son la causa de la desadaptación juvenil, la cual, a su vez, hace que los jóvenes se inclinen a:

1. Recurrir al alcohol.

2. Recurrir a las drogas.

3. Participar en diversos delitos o en jugarretas para llamar la atención y saciar un afán desbordado de exhibicionismo, que se dice compensador sustituto de inquietudes provocadas por aquella desadaptación.

4. Padecer alguna sicosis o encontrarse en estado temporal, pero grave, de crisis mental.

El origen de la desadaptación juvenil es la falta de comprensión y cariño y el medio ambiente, el cual es un factor importantísimo en el aumento de la delincuencia juvenil. Así, la publicidad exagerada de algunos crímenes ejerce un efecto pernicioso en el cerebro de los jóvenes; ciertos programas de televisión, películas cinematográficas y cierto tipo de obras teatrales suelen producir en los jóvenes un efecto deplorable.

Los jóvenes aprueban y aceptan con satisfacción al ladrón joven que roba una tienda, que mata al propietario, que hiere a su esposa y

a una niña y huye del lugar. Las celebridades que se divorcian y que inmediatamente se vuelven a casar, revelan a los jóvenes la inestabilidad en que viven los padres de familia. Lo congestionado y complejo de los grandes centros urbanos, con su peligrosa, molesta e irritante anarquía de tránsito, especialmente en la ciudad de México, hace que los jóvenes se muestren inestables, ya que los adultos no saben resolver los problemas, ni pueden adaptarse a las necesidades de la vida moderna.

La guerra, o el peligro de la guerra, fomenta la filosofía *hippie* que dice: “Comamos, bebamos y gocemos porque tal vez mañana moriremos”. Es cierto que en nuestra patria la guerra, o el peligro de la misma, es algo que nuestra juventud no palpa directamente; sin embargo, asimila sus efectos por imitación, especialmente de Estados Unidos.

Los *hippies* mexicanos o las personas que no consiguen buen empleo o negocio, o que no pueden casarse para establecer un hogar, tienen una filosofía que dice: “Hagamos lo que nos plazca, mientras podamos hacerlo, y que el diablo se lleve todo lo demás”.

Asimismo los defectos físicos, especialmente la sordera, tartamudez, calvicie prematura, falta de dientes, y los “tics” nerviosos, hacen que con facilidad muchos jóvenes se conviertan en delincuentes, dado que sus compañeros, niños y adolescentes, son crueles y los hacen objeto de burlas y de un trato diferente al que conceden a los demás.

Las enfermedades mentales son otra causa definitiva de la delincuencia juvenil, dado que los retrasados mentales, y en general los sicópatas, no comprenden el mal que hacen y si no están en hospitales o reclusos y vigilados en centros adecuados, provocan graves problemas, si el joven desea tener una nueva experiencia,

tratará de realizarla a toda costa, más aún si es neurótico.

Influye también en la delincuencia juvenil la falta de preparación profesional de la policía; un policía preparado (y deberían serlo todos, desde el patrullero de ronda hasta los altos jefes), debe saber que no existe un remedio universal para toda clase de delincuentes juveniles. Para ayudar (y deseamos hacer especial hincapié en que no se usa la palabra "enfrentar" o "combatir") a los jóvenes delincuentes, es necesario:

1. Tratarlos con consideración y no insultarlos.
2. Mostrarles amistad y comprensión, aun cuando el delincuente se muestre agresivo.
3. Aunque la policía los trate justa y amigablemente debe ser firme y apelar a la inteligencia, a la razón y al sentido de la justicia.
4. Debe granjearse la confianza y el respeto del delincuente, y esto sólo se logra cuando el policía conoce los problemas del joven.

Dentro de un sistema de policía verdaderamente profesional, un delincuente juvenil debería obtener su libertad bajo palabra y bajo el cuidado de personas mayores y de una policía culta que entienda el problema; de ese modo, el joven seguiría siendo miembro de la sociedad. La manera de interrogar a un delincuente juvenil produce en éste una impresión que afecta su actitud durante toda la vida.

Ante el problema de la delincuencia juvenil, la policía debe concentrar su esfuerzo en que los jóvenes tomen parte en los planes concernientes a su propio futuro, en que tengan voz y voto en asuntos nacionales; así se logrará que descienda la delincuencia juvenil.

Este esfuerzo debe, en concreto, organizarse formando grupos

especializados para auxiliar a la juventud. El grupo principal tiene que ser la policía. En México tienen que hacer escuelas serias que formen auténticos policías profesionales, cuyos candidatos hayan sido seleccionados previamente. Eso exige que se paguen buenos sueldos; si el presupuesto no alcanza, entonces hay que reducir la fuerza en todo lo que sea necesario, al grado de que no haya un solo policía mal pagado. La carrera policial es una profesión tan científica como cualquiera de las que se estudian en las universidades. En México es muy urgente que las ciudades cuenten con verdaderos profesionales, técnicos en ciencias policiales, cuyo ejemplo nos convenza de que el policía es un amigo que protege y no un ogro ignorante que amedrenta.

Deben formarse clubes y agrupaciones en las que la policía conviva con los jóvenes en actividades recreativas; estos centros culturales y deportivos serían una garantía contra los malos pasos que puede dar la juventud.

Si existiera amistad y respeto entre la policía y la juventud se lograrían éxitos sorprendentes; si los jóvenes logran que policías profesionales y preparados escuchen sus programas de trabajo, sus ideales y sus aspiraciones, entonces se lograría una verdadera comunión en beneficio mutuo.

Deben, en tal virtud, crearse escuelas profesionales de formación policial y centros de entrenamiento, impartirse cursos de las diversas ramas de la criminalística, y organizar conferencias en centros educativos acerca de la prevención y persecución del crimen.

La culpabilidad de los padres

Cuando se tiene noticia de que un joven se ha desviado de los cauces tradicionalmente impuestos por las normas morales y del buen vivir en sociedad, aquellos que presumen de sicólogos pretenden encontrar, casi instintivamente, en los padres el origen cuando no la justificación o explicación de la conducta que tiene el adolescente.

Señalar invariablemente a los progenitores como la causa o el origen principal y determinante de los defectos y fracasos, de la desorientación y de los vicios de sus hijos, no solamente es erróneo sino injusto.

Si se sabe que los padres están divorciados o desavenidos, o que el padre por ser agente viajero, marino o militar, está habitualmente fuera del hogar, o que la familia carece de suficientes medios económicos, de inmediato dice que esas son las causas por las cuales el hijo fuma marihuana, inhala cemento o toma pastillas. Y cuando alguno de los progenitores es alcohólico, el padre mujeriego o la madre prostituta, entonces la causa es “evidente”.

Estudios y estadísticas elaboradas por autoridades sanitarias han revelado que mientras más evolucionada y desarrollada es una comunidad, más afectada se ve por problemas de salud mental. En cambio, las epidemias infectocontagiosas disminuyen.

Esto significa que el progreso y la civilización con su consecuente aceleración del ritmo de la vida, las tensiones que motiva la competencia, las frustraciones y la adulteración de valores, someten a los miembros del conglomerado social a una presión intensa y constante, que los impulsa a buscar compensaciones por medio del abuso del alcohol, de las depravaciones sexuales o de la “ataraxia”

que provocan las drogas.

En realidad, la familia tiene mucho menor culpabilidad que la que se le atribuye y más que la causa es la víctima de que el adolescente haya caído en la red del narcotráfico.

Los rápidos medios de comunicación y de difusión han reducido el mundo convirtiéndolo en un pequeño campo de emanaciones, de tal manera que lo que sucede en una comunidad se proyecta hacia otras, a veces instantáneamente, a pesar de que aquélla se encuentra a miles de kilómetros. La información así transmitida afecta como epidemia mental a los grupos humanos.

Esta contaminación psicológica con sus trastornos sicosociales, somete a los habitantes, primero en las ciudades y después en las comunidades rurales, a una presión que afecta a los adolescentes y que es ajena a la intimidad de sus familias.

La familia ubicada dentro de campos magnéticos de irradiaciones mentales y emotivas, sufre alteraciones que no puede resistir o contrarrestar, ya que por lo general provienen, como en el caso particular de México, de sociedades más desarrolladas, cuya presión exterior, consciente o inconscientemente, lejos de ser rechazada se considera como un ideal a seguir.

El abuso de sustancias intoxicantes por parte de nuestros adolescentes no se inició en el seno de las familias mexicanas, sino en Estados Unidos por el mecanismo de contagio.

El fenómeno empezó a percibirse hace aproximadamente quince años, primero en el norte del país, luego fue descendiendo hacia el centro y después hacia el sur y a la península; tuvo un repentino ascenso de 1963 a 1965 y ha continuado creciendo velozmente con proporciones de epidemia; en el desarrollo del fenómeno muy poco o nada han tenido que ver los padres de familia.

Los daños de “El padrino”

Hace poco tiempo apareció una novela de Mario Puzo, que lo hizo millonario cuando fue filmada: *El padrino*. En ella se hace la apología de un criminal de origen italiano, nacionalizado norteamericano, que acumula un gran poder al margen de la ley. La novela se ha mantenido entre los primeros lugares en la lista de los libros “best sellers”, y por su dramatismo y su fascinante descripción de los barrios bajos y del “modus operandi” de la “mafia”, atrajo la atención de las mentes juveniles, ávidas de experiencias y de aventuras exóticas. Algunos jóvenes la consideraron como documental de nueva ciencia que había que aprender y fueron a verla siete y hasta diez veces.

“El padrino” es un hombre cordial, razonable y justo, buen padre de familia, invariable en sus afectos, que después de mover los hilos del hampa muere apaciblemente en un jardín acompañado de su nietecito y rodeado de flores.

Pues bien, esta “apasionante historia” es totalmente falsa, tan falsa como otras novelas del mismo estilo, igualmente intensas y fantasiosas, tituladas: *The hoods* (“Gángsters”), *Call me Duke* (“El duque de los gángsters”) de Harry Grey, *Work of Darkness* (“Escuela de gángsters”) de Jack Karney, *Revolt in the mafia* (“Rebelión en la mafia”) del detective Raymond V. Martin y *Meet the mob* (“Historia del hampa”) de los detectives Frank Mullady y William H. Kofoed.

Los gángsters no son bondadosos padres de familia, ni mueren acompañados de su nietecito ni rodeados de flores; son torvos y

despiadados criminales, seres deshumanizados, egoístas y crueles que en aras de su inhumano beneficio no vacilan en traicionar a sus amigos, si es que los tienen y en victimar cobardemente a quien les interesa o les estorba para lograr sus fines.

La forma de vida de “El padrino”, hampón privilegiado y personalidad ampliamente difundida por todo el mundo, constituyó un modelo; los jóvenes admiraron la manera en que, gracias al crimen, había logrado alcanzar una meta, con prestigio social, veneración familiar y hasta poder político.

En dicha película, nefasta bajo cualquier punto de vista a causa de las falsedades que contiene, se enseña a los jóvenes la religión del triunfo material con sacrificio de cualquier otro valor y de las ventajas que tiene el “prestigio del dinero” gracias al cual se alcanzan los mayores éxitos, no solamente en el mundo social y familiar, sino también en el político.

¿Dónde puede quedar la opinión o el consejo sensato y verídico de un buen padre de familia que desea orientar a su hijo, cuando éste acaba de ver la película “El padrino” o de leer la obra?

Presiones como ésta, que vienen del exterior de la familia, lanzan al joven, sediento de experiencias, hacia la persecución de los bienes materiales sin reparar en los medios, nulifican su moral y disgregan el núcleo familiar.

La realidad es que los gánsters acaban siempre victimados, huyendo, arruinados y abandonados, tristes en un presidio y, en la mayoría de los casos, asesinados.

Dillinger, Jack “Ametralladora” McGun, Johnny Torrio, Dion O’Bannion, Frank Abbandano, “Gran Jim” Colosimo, George C. “Loco” Morán, Al “Cara Cortada” Capone (el rey de Chicago), Jack “Pulgar Grasoso” Guzik, “Legs” Diamond, Vincent “Perro

Rabioso" Coll, "Bug" Workman, Vito "Cabeza de Pollo" Gurino, "Frank Costello" (el primer ministro de la mafia), Pittsburg Hill, Longy Zwillman, Fat Sidney , Max Rubin, Li'l Augie, Meyer Lansky, Lou Cohen, Albert Anastasia (jefe de los asesinos), Dutch Schultz, Joey Adonis, "Bugsy" Siegel (fundador de Las Vegas), "Kid" Dropper, Lou Cohen, Curly Holtz, "Big" Bill Dwyer, Moey Dimples, Louis Buchalter "Lepke" (el príncipe), Charles "Afortunado" Luciano (el rey), Martin "Bugsy" Goldstein, Joe Capone y "Kid Twist" Reles, que con sus actos de violencia asolaron grandes ciudades como Chicago, Nueva York, Los Angeles y Nueva Orleans y fundaron grandes imperios del vicio y del crimen, ante una sociedad que nada podía hacer para contenerlos, murieron pero no de muerte natural ni rodeados románticamente de flores en un jardincito, sino que todos acabaron muertos por la policía, asesinados por sus cómplices, en el destierro, en presidio, en la silla eléctrica o en las cámaras de gas.

El ambiente falso que crean las novelas y películas al estilo de "El padrino", hace que jóvenes que creen en ambientes de frustración social y económica se lancen a la satisfacción de necesidades que ellos creen que existen; luego, disgregados del grupo familiar, sintiéndose solos con respecto a sus padres y obsesionados con la idea de hacer dinero fácil cometen actos delictivos que no les proporcionan los resultados prometidos por las novelas y películas. En seguida, acosados por los impulsos, los conflictos, las inquietudes y un variado número de tensiones que se crearon, buscan la cómoda solución del ausentismo producido por la droga, que los hace olvidar y sentirse bien, ajenos a todo, muy serenos y satisfechos.

Cuando el joven pertenece a familias que carecen de lo necesario para subsistir y en las cuales la búsqueda de recursos económicos

constituye un problema cotidiano, es difícil que encuentre reglas morales y sociales; entonces, el “thinner” y la gasolina y el cemento, que son de muy bajo costo, fácilmente proporcionan, al ser inhalados, el alivio temporal deseado para compensar las tensiones de la dura realidad. El precio es la destrucción de los pulmones.

¿Sospecha usted de su hijo?

Los padres de familia no deben ignorar las razones por las que sus hijos toman drogas peligrosas.

Es indispensable que tanto el padre como la madre conozcan las reacciones emocionales de sus hijos y que adquieran los conocimientos necesarios para reconocer los signos de peligro.

Existen señales definidas que indican de modo muy preciso que el riesgo ha aparecido; dichas señales consisten en un cambio importante en la conducta del joven y pueden ser consideradas como advertencias inequívocas.

Los primeros síntomas son:

1. *Cambio en el modo de vestir*. Cuando un joven empieza a abusar de las drogas adquiere de inmediato un nuevo sentido de identidad, que se refleja inmediatamente en las prendas que usa.

2. *Variación en sus relaciones sociales*. Abandona a sus antiguos amigos y compañeros, para asociarse a un nuevo grupo o pandilla; o bien, inusualmente, el grupo a que pertenece empieza a desarrollar nuevas formas de actividad.

3. *Alteración de la personalidad*. El estudioso se vuelve indolente; el pulcro, desaliñado; el educado, irrespetuoso; el activo,

haragán; el sociable, retraído y el hogareño, empieza a emplear mayor tiempo fuera de su casa.

4. *Pide ayuda*. No directamente, o sea, no confiesa que ya empezó a abusar de las drogas, pero utiliza frases que indican que se siente inseguro y desea comprensión y ayuda. Entonces el padre o la madre deben ser muy hábiles para entender cuándo un hijo pide ayuda indirectamente.

No deben esperar que el hijo les hable claramente del problema, sino descubrir la verdad cuando su hijo diga, por ejemplo:

— ¡Imagínate que Arturo está fumando marihuana!

Lo cual llega a tener el siguiente significado: “He empezado a fumar marihuana y me está gustando, pero tengo miedo porque lo estoy haciendo cada vez más seguido y no sé por qué. ¡Ayúdenme!”

El padre o la madre que desconozcan el problema, contestarán:

— ¡Apártate de Arturo! ¡No debes volver a llevarte con él!

Y se sorprenderán de que el niño se muestre resentido al no haber sido comprendido.

Otra forma de pedir ayuda consiste en contrariar a sus padres para llamarles la atención.

Sobre todas las cosas, el niño necesita protección y cariño y las exige cuando siente que no se le proporcionan.

Fumar marihuana puede ser una manera de llamar la atención, para que se preocupen por él; subconscientemente desea que lo descubran para crear el problema. Dirá:

—Voy a casa de Daniel y regresaré a las seis, —pero llegará mucho más tarde a fin de que sus padres inicien una investigación sobre lo que estuvo haciendo y descubran que estuvo fumando marihuana.

La falta de preocupación de sus padres y el sentirse ignorados, con frecuencia son las causas de que los hijos principien a abusar de las drogas.

De la mayoría de los muchachos que han llegado a la secundaria, uno de cada cinco ha fumado marihuana por lo menos una vez.

El 75% no vuelven a hacerlo después de haber probado uno o dos cigarros.

Si el joven ya no se contenta con ellos y principia a fumarla habitualmente, lo más probable es que empiece a gustarle combinada con otras drogas y entonces aparecerán los signos siguientes:

1. La marihuana deja un intenso y definido olor peculiar a petate o a salvia, que dura varias horas, especialmente en la ropa del fumador.

2. Los fumadores de marihuana “sopladores de té”, sienten exagerado apetito por los dulces y los productos almidonados; a esto le llaman “volverse antojadizo”.

3. Los tranquilizantes los ponen en un estado permanente de somnolencia y de flojera.

4. Los opiáceos, como la heroína y la morfina, hacen que las pupilas se les contraigan.

5. Las drogas que contienen atropina, un estimulante del corazón, dilatan las pupilas, por lo cual el vicioso usa anteojos oscuros aun de noche. Hay cápsulas que se venden sin receta y de las cuales los jóvenes han aprendido a extraer la atropina.

6. El LSD provoca una sensación de desdoblamiento, o sea de salida del cuerpo. Quien abusa de él empieza a hablar de sentir su propia esencia formando un todo indivisible con el universo, con Dios o con el amor. Los malos viajes o pesadillas del LSD son

inconfundibles por el típico estado de pánico que ocasionan.

7. Una fuerte dosis de anfetaminas produce en el sujeto una explosión de superactividad, acompañada de una pérdida total del apetito e imposibilidad para dormir.

Sin duda, los padres observadores podrán encontrar los accesorios que usa el vicioso, tales como papeles para hacer cigarros, jeringas hipodérmicas, agujas, cucharitas con el mango doblado, curiosos aparatitos para fumar, incensarios y perfumes para ocultar el intenso olor de la marihuana, etcétera.

¿Qué es lo que debe hacer un padre al descubrir que su hijo está abusando de las drogas?

Algunos dejándose arrastrar por la indignación y la cólera golpean al muchacho o al menos lo reprenden severamente, con lo cual no sólo no obtienen nada positivo, sino que rompen toda posibilidad de entendimiento y comprensión. Se horrorizan ante la sola mención de la palabra “droga”, sin detenerse a pensar que el alcohol también es una droga, y que ellos la han ingerido.

Generalmente los muchachos de la generación actual saben más de drogas que sus padres y por lo tanto las patéticas advertencias basadas en suposiciones o incompletas verdades les hacen poca mella.

Debe tenerse presente que la juventud es una etapa experimental y que los adultos de hoy pasaron también por ella, y que si bien su curiosidad no los condujo a probar las drogas, si los movió a probar el alcohol.

Si un joven no se detiene en la etapa de la pura curiosidad, sino que se crea un hábito o dependencia, ello indica que busca algo fuera de él y que las drogas le han abierto la puerta, es decir, que tiene un grave problema.

Hay que saber encontrar ese problema y para ello hay que saber escuchar. Escuchar con calma y atención.

No hay joven alguno que en determinado momento no haya sentido vacío, soledad, confusión e inutilidad de esfuerzo y que no se haya encontrado invadido de preguntas filosóficas, muchas de las cuales carecen de respuesta; no obstante, eso no justifica de ninguna manera que el padre no pueda o no desee escuchar.

Tomar drogas es un acto externo, análogo a la apropiación de lo ajeno, a la imprudencia y a la comisión de delitos en general, y ello significa en resumen que el joven se enfrenta con un problema tan grande para él, que no lo puede resolver.

Frecuentemente, ante este problema el padre exclama: “Me estás hundiendo”, “estás arruinando mi prestigio”, etcétera, lo cual únicamente reafirma el complejo de culpabilidad en el joven.

Los jóvenes esperan que sus padres sean serenos, tolerantes y comprensivos y que los escuchen antes de emitir un juicio.

Ahora bien, si el muchacho ha quedado definitivamente “enganchado”; es decir, si desarrolla dependencia física por la droga y se convierte en un adicto, el problema ya no puede ser resuelto únicamente con la habilidad y la comprensión paterna y se requiere la colaboración del médico, del maestro, en ocasiones hasta la de un sacerdote, y pocas veces la del sicólogo o del siquiatra.

En la mayoría de los casos lo que el joven necesita es la ayuda de un adulto que lo entienda y que lo escuche.

Cómo se “engancha” a jóvenes inexpertos para volverlos adictos

El procedimiento es generalmente el mismo:

Se eligen jóvenes ingenuos a quienes primero se les invita a fumar un cigarro de mariguana, que la primera vez provoca náuseas. Se les enseña a inhalar fuerte, por lo menos tres veces (darle las tres), lo que produce mareo y después sed y hambre.

El inexperto sufre ligeras confusiones con respecto al trascurso del tiempo; le parece como si éste se hubiera detenido, y por la noche tiene pesadillas.

Al día siguiente, al levantarse, nota que el hambre es intensa, y come abundantemente; de ese modo se repone de los efectos.

El “enganchador” continúa su labor, ofreciendo nuevos cigarros y acompañando la sugestión con caricias sexuales, ya que el “enganchador” es hombre cuando se trata de pervertir muchachas y viceversa; a veces son homosexuales; explican que solamente la primera vez hay náuseas y que después es diferente. Las negativas se ignoran y se prende el cigarro.

Lo prometido se cumple; esta vez, el “pasto verde” cambia definitivamente la noción del tiempo, ya que no transcurre el que marca el reloj, sino el tiempo sensación que pertenece a un mundo suprafísico en el que todo acontece más despacio; la víctima se siente más, pero mucho más inteligente y perspicaz, dueño de las nimiedades de la vida; percibe una sensación de superioridad mental en la que nada importa y se comprenden muchas cosas; aquello agrada y entusiasma. Ese estado incita a la caricia sexual, lenta, sumamente lenta y sin prisa; al mismo tiempo se pone en el tocadiscos música estridente, que se escucha suave y armoniosa.

Después vienen las asociaciones; los mariguanos se juntan; organizan fiestas y reuniones; y se introduce una modalidad: las pastillas, que se disuelven o se tragan con refrescos de cola.

Estas pastillas generalmente son; seconal, tuinal, nembutal o

amital, es decir, barbitúricos, llamados así por que son derivados del ácido barbitúrico, cuyo uso definitivamente produce dependencia física.

El efecto de los barbitúricos es provocar sueño; un sueño muy parecido al natural; por su parte, los derivados del opio son calmantes y alivian el dolor.

Durante el periodo de “enganche”, los barbitúricos se usan como medio incidental para rendir a la víctima indefensa, no para enviciarla con esos deprimentes, ya que se requiere mucho tiempo para que la víctima se vuelva adicta a los mismos.

Si es mujer, las píldoras se usan para violarla y si es hombre para que todo el grupo lo sodomice, de tal manera que al despertar y darse cuenta del abuso de que han sido objeto haya que darles consuelo y nada mejor que “atizarles” a un cigarro de mariguana.

Cuando la víctima se ha convertido en “sopladora de té” y carece de yerba, empieza a sufrir dolores de cabeza y de ardores en la piel, especialmente en los brazos y en las piernas; también le duelen el estómago y los huesos; invariablemente aparecen los síntomas de un fuerte resfriado, con temblor de dientes primero y después de todo el cuerpo; luego viene la fiebre y entonces el “enganchador”, fingiéndose exasperado, exclama: ¡Tú lo que necesitas, es algo de verdad! y sin agregar más le aplica una inyección, a veces por encima del vestido: ¡Heroína!

El tercer paso ya está dado; la víctima se calma y durante algún tiempo vendrá por dosis cada vez mayores, las cuales se le proporcionan gratis y que la hacen sentirse maravillosamente bien.

¡Ya está “enganchada”!, ya inició el camino del que muy pocos regresan; y de ahora en adelante, va a depender, durante toda su vida, de una jeringa.

Alguien menos “verde” le aconsejará que es mejor inyectarse directamente en la vena para “gozarla fuerte”, y lo convertirá en “usuario de la línea principal” (main liner). A partir de entonces, ya no podrá vivir sin “Elena” y pasará a formar parte permanente de los grupos que tanto preocupan a las sociedades y a los gobiernos del mundo.

Años después de haber recorrido incansablemente las calles en busca del traficante, ejerciendo la prostitución en el caso de ser mujer o viviendo a expensas de una prostituta también adicta, en el caso de ser hombre, huyendo de la “tira”, la víctima terminará dando gritos en un hospital, con grandes confusiones mentales, hasta que llegue la demencia y finalmente la muerte prematura.

¡La heroína!

Los efectos de la heroína son los de un sedante poderoso que en un principio se usó contra la tos y las dificultades respiratorias; calma los nervios y provoca una sensación de calma y de bienestar muy intensa, pero produce una adicción tóxica, la más intensa de todas.

Aproximadamente a las diez horas de no ponerse la inyección, el adicto principia a sentirse muy molesto; bosteza, tiritita y suda; como si hubiera adquirido un fuerte resfriado, algo empieza a fluirle de los ojos a la nariz; lo invade un sueño que no puede conciliar, porque lo interrumpen fuertes sacudidas que lo hacen despertar y empieza un infierno que sólo puede evitarse obteniendo la dosis; de lo contrario, las cosas empeoran.

Sus intestinos principian a molestarlo; se contraen con gran fuerza y empieza la diarrea; en seguida viene el vómito, que aumenta

de modo alarmante; a veces, las evacuaciones llegan a dos por hora.

En ese estado ya no le es posible salir para obtener la droga y no hay remedio, a menos que alguien se la traiga.



El heroinómano

Diez horas después ya no es posible dominar las convulsiones; es el “pataleo del abandono”; no hay sueño ni descanso; ya no puede

andar; se estrella contra la pared; se tira al suelo; se revuelca y empieza a lanzar gritos desgarradores. ¡Es necesario que lo oigan! ¡Que alguien venga! ¡Que lo ayuden! Ahora, el líquido que le fluye por las narices es copioso; el que arroja por la boca tiene sangre; la pestilencia es intolerable, aunque a él ya no le importa; está sucio, sin afeitar, desgredado, su sudor empapa el colchón y siente que va a morir.

¡Es necesario que alguien venga! ¡Que lo ayuden!

Los alientos que le quedan los emplea en gritar y al fin alguien llega: un carro de la policía y después una ambulancia.

Ha perdido cinco kilos en 24 horas; ya no puede ni levantar la cabeza en la cama del hospital; los médicos temen por su vida y por fin le dan la ansiada dosis. ¡Es sorprendente! Al circular la droga por sus venas todo se compone; en menos de media hora está limpio, afeitado y alegre; más alegre y tranquilo que las enfermeras y que los médicos; terminó su estancia en el infierno y casi sin transición está en el cielo durante las próximas ocho horas; ya desea salir del hospital; hay que adquirir la reserva de droga para que no vuelva a ocurrir lo mismo.

No se trata de un canalla, ni de un criminal, ni de un degenerado, sino simplemente de un enfermo; de un enfermo que está muy grave.

Los tranquilizantes

Los tranquilizantes y los deprimentes (barbitúricos) están causando aún más víctimas que las llamadas drogas fuertes: heroína, morfina y cocaína. Algunos requieren para su venta receta médica,

pero la mayoría pueden adquirirse en las farmacias sin problema alguno, ya que se venden como “pastillas de la felicidad”, sin advertir que se corre el riesgo de caer en la adicción si se toman regularmente.

Con mucha frecuencia, los médicos recetan “valium” o “librium” ante la exigencia de los pacientes y no investigan a profundidad los antecedentes sociales y síquicos de la enfermedad, porque no tienen tiempo para sostener conversaciones tendientes a informarse de la situación terapéutica; su preocupación principal es suprimir extremas depresiones o calmar angustias y temores, usan los tranquilizantes como “defensas del espíritu”, y los recetan a personas aparentemente normales perturbadas por determinadas situaciones.

Debe tenerse siempre presente que la droga jamás es una panacea contra el dolor y la preocupación. Podrá calmar la ira de un marido celoso o la rabia de un neurótico; pero los motivos permanecerán intactos y reaparecerán una vez pasado el efecto de la droga.

La droga únicamente disminuye el sentido de la responsabilidad y puede llevar a una feliz y pasajera euforia, seguida de un gran agotamiento del organismo, que obligará al paciente a pedir mayores dosis cada vez que pase el efecto.

Es relativamente fácil caer en la adicción: se principia con una visita al médico para que examine y recete sobre ciertos trastornos cardiacos o circulatorios de origen nervioso; el médico prescribe tranquilizantes y el trastorno desaparece; el paciente queda muy satisfecho, alaba al doctor y al medicamento.

Es una seria responsabilidad de los médicos el advertir el peligro y negarse a proporcionar nuevas recetas para evitar la costumbre de muchas amas de casa que se abastecen de grandes dosis que utilizan

cada vez que tienen alguna preocupación, una frustración o una inquietud. Y no sólo ella los utiliza, sino también su esposo, quienes irresponsablemente se los proporcionan a los niños, cada vez que éstos se encuentran nerviosos o inquietos.

Debido principalmente a la ignorancia de los serios y graves resultados de la adicción, los miembros de las familias que usan habitualmente tranquilizantes se van tornando despreocupados y pasivos, ya que ante cualquier situación amenazadora o de tensión, en vez de preocuparse por resolver sus problemas, toman tranquilizantes, hasta que un día se dan cuenta de que no pueden prescindir de ellos, bajo pena de sufrir dolorosas y peligrosas reacciones físicas en su organismo.

El problema

Existe una intensa y amplia propagación del tráfico ilegal de narcóticos, de estimulantes, de deprimentes y de drogas alucinógenas.

Las vidas de muchos jóvenes y de adultos se encuentran químicamente encadenadas debido en gran parte a que no se dieron cuenta oportunamente de los graves peligros a que se exponían.

Los que usan drogas peligrosas se convierten en viciosos, es decir, desarrollan una dependencia física (adicción) o una dependencia síquica (hábito), aun cuando algunas no producen el mismo estigma social, degradante o deshonroso que otras.

LOS ADICTOS

El abuso crónico de las drogas se considera, por lo general, como síntoma de algún padecimiento o enfermedad de tipo emotivo o mental. Los adictos se encuentran entre los miembros de diversos grupos educacionales, profesionales y socioeconómicos.

Independientemente del modo como se hayan iniciado en el abuso de las drogas, con rapidez se convierten en usuarios crónicos, o sea, en “dependientes” y se ven obligados a sostenerse en esa “muleta química” para resolver los problemas cotidianos de su vida.

El abuso de las drogas es incompatible con una vida provechosa. Las drogas se adueñan de la personalidad y los adictos pronto pierden interés en el estudio, en el empleo y en la familia y, huyendo de sus relaciones sociales normales, buscan la compañía de otros adictos.

La ley

De acuerdo con el artículo 194 del Código Penal, se impondrán prisión de seis meses a siete años y multa de cincuenta a cinco mil pesos:

1. Al que comercie, elabore, posea, compre, enajene, ministre gratuitamente y en general verifique cualquier acto de adquisición, suministro, o tráfico de drogas enervantes sin llenar los requisitos que para el caso fijan las leyes y demás disposiciones sanitarias. (Se consideran drogas enervantes las que determinen el Código Sanitario, los reglamentos y las disposiciones vigentes.)

2. Al que infringiendo las leyes o disposiciones sanitarias siembre, cultive, comercie, posea, compre, enajene, ministre gratuitamente y en general verifique cualquier acto de adquisición, suministro o tráfico de semillas o plantas que tengan carácter de drogas enervantes.

3. Al que lleve a cabo cualquiera de los actos enumerados en las fracciones anteriores con “opio cocinado” o preparado para fumar, o con sustancias preparadas para un vicio de los que envenenan al individuo y degeneran la raza, que hayan sido motivo de declaración expresa por leyes o por disposiciones sanitarias.

Estas sustancias preparadas para un vicio de los que envenenan al individuo y degeneran la raza, también están determinadas por el Código Sanitario y por disposiciones sanitarias.

Según el artículo 195 del Código Penal, si alguno de los actos enumerados fuere ejecutado por comerciantes, farmacéuticos, boticarios o droguistas, directamente o valiéndose de otras personas, en los establecimientos de su propiedad, éstos serán clausurados por un término no menor de tres meses ni mayor de un año, sin perjuicio de la aplicación de las sanciones correspondientes.

El que verifique alguno de los actos señalados y además ejerza la medicina en cualquiera de sus ramas, sufrirá además, según el artículo 196 del Código Penal, la pena de inhabilitación para el ejercicio de su profesión por un lapso no menor de dos años ni mayor de seis, y el que importe o exporte ilegalmente drogas enervantes o sustancias de las señaladas se le impondrá una pena de seis a diez años de prisión y multa de cincuenta a diez mil pesos de acuerdo con el artículo 197 del mismo Código Penal.

A los propietarios y a los encargados de un fumadero de opio o

de un establecimiento destinado en cualquier forma para que se lleven a cabo en él la venta, suministro, o uso de drogas enervantes, se les impondrá conforme al artículo 198 del Código Penal, la misma pena de seis a diez años de prisión y multa de cincuenta a diez mil pesos, clausurándose además definitivamente el establecimiento.

Serán decomisados en todo caso las drogas enervantes, las sustancias y demás objetos que se empleen y se pondrán a disposición de la autoridad sanitaria federal, quien procederá a su destrucción o aprovechamiento lícito. (Artículo 199 del Código Penal.)

Las penas y medidas de seguridad son:

Reclusión de locos, sordomudos, degenerados o *toxicómanos*.

Artículo 68 del Código Penal. Los locos, idiotas, imbeciles o los que sufran cualquier otra debilidad o anomalía mentales y que hayan ejecutado hechos o incurrido en omisiones definidas como delitos, serán reclusos en manicomios o en departamentos especiales, por todo el tiempo necesario para su curación y sometidos con autorización del facultativo a un régimen de trabajo.

A las personas o enfermos a quienes se aplica reclusión, podrán ser entregados a quienes corresponda hacerse cargo de ellos, siempre que se otorgue fianza, depósito o hipoteca hasta por la cantidad de diez mil pesos a juicio del juez, para garantizar el daño que pudieran causar por no haberse tomado las precauciones necesarias para su vigilancia, según el artículo 69 del expresado Código Penal.

Cuando el juez estime que ni aun con la garantía queda asegurado el interés de la sociedad, seguirán en el establecimiento especial en el que estuvieren reclusos.

Es definitivamente claro, en virtud de las disposiciones que se han transcrito, que el drogadicto o fármaco dependiente, está considerado como un peligro social, semejante a los locos, los

idiotas, los imbéciles o cualquiera que sufra alguna otra debilidad, enfermedad o anomalía mental y que hayan ejecutado actos o incurrido en omisiones definidas como delitos, y deben ser recluidos.



Este puede ser el frecuente resultado de usar anfetaminas

Si la ley establece como delito la posesión de drogas peligrosas,

sin llenar los requisitos que para el caso fijan las leyes sanitarias, es evidente que quienes las cultivan, las elaboran, las compran, obsequian o poseen, son delincuentes.

Sin embargo, el Código Federal de Procedimientos Penales dispone que el Ministerio Público no debe hacer consignación alguna y en el caso de que la haya hecho debe desistirse de la acción penal, sin necesidad de que exista consulta al titular de dicha institución, o sea, al Procurador General de la República, y debe pedir al tribunal que el detenido sea puesto a disposición de las autoridades sanitarias, en el caso de que se trate de un adicto, si esa compra o posesión tuvo por finalidad exclusiva el uso personal que de ellas haga el inculcado. (Artículos 523, 524, 525, 526 y 527 del Código Federal de Procedimientos Penales.)

Si el inculcado que compró o fue hallado en posesión de enervantes para su uso exclusivo, hubiere además comercializado, elaborado, enajenado, ministrado gratuitamente o ejecutado cualquier acto de tráfico, se le consignará a los tribunales por este motivo, sin perjuicio de la intervención de las autoridades sanitarias, para su tratamiento durante la detención o prisión, o después de ella si fuere necesario todavía.

La autoridad sanitaria deberá rendir al tribunal dictamen pericial sobre los caracteres organolépticos o químicos de la sustancia, droga, semilla o planta recogida. Estos dictámenes, si hubiere detenido, serán rendidos dentro del término de 72 horas a que se refiere el artículo 19 constitucional.

LA LEY EN ESTADOS UNIDOS

La persecución del tráfico de drogas en nuestro país está muy
122

ligada al esfuerzo de Estados Unidos en el mismo sentido, en virtud de que mucha droga es introducida al país vecino por nuestra frontera; el problema ha adquirido tal importancia que se han dictado normas drásticas muy expresas.

Es por ello que consideramos de interés mencionar la legislación norteamericana al respecto.

La posesión de drogas peligrosas la castiga la ley Federal de Estados Unidos con cárcel por un período que no debe exceder de un año, excepto en aquellos casos en que la posesión sea con el propósito de distribuirla.

En el primer caso, es decir, cuando se trata de la simple posesión, la corte puede poner al responsable bajo una condena probatoria y si al final del lapso el delincuente no ha violado las condiciones que se le impusieron, se le concede el perdón.

En el segundo caso, o sea, cuando la posesión es con objeto de distribución la pena que se impone es no inferior a dos años de cárcel.

Cuando el delincuente es menor de 21 años y es absuelto, la corte puede ordenar que el responsable sea exonerado de todo antecedente criminal. Esta disposición únicamente es aplicable por una sola vez.

La elaboración y la distribución ilícita de drogas está penada hasta con 15 años de cárcel, según la clase de droga de que se trate; por ejemplo, si son opiáceos como la morfina y la heroína o alucinógenos como el LSD, o metadona, cocaína o anfetaminas, la pena puede ser de 5 años en adelante y si se trata de estimulantes o deprimentes como el meprobarbital o el secobarbital y compuestos con pocas cantidades de codeína la pena puede ser de uno a 3 años.

Cuando una persona mayor de 18 años vende droga a otra menor de 21 años, la pena es el doble que si la vendiera a un mayor de 21

años.

Estas son las disposiciones del Código Federal; ahora bien, cada Estado tiene un código local que puede ser un poco diferente, sin embargo, existe la tendencia, y de hecho se están tomando las medidas pertinentes, para unificar la legislación de acuerdo con el Código Federal.

VOCABULARIO

- degeneración *f.* 衰退
jugarreta *f.* 欢闹
exhibicionismo *m.* 下体裸露
癖
sicosis *f.* 精神病
pernicioso, sa *adj.* 有害的
celebridad *f.* 名人
tartamudez *f.* 口吃
calvicie *f.* 秃顶
sicópata *m.* 精神病患者
neurótico, ca *adj.* 神经质的
patrullero de ronda 巡逻兵
apelar *vi.* 求助于
granjearse *vr.* 获得
ogro *m.* (童话中的)吃人魔鬼
amedrentar *vt.* 恐吓
criminalística *f.* 犯罪侦察学
progenitor *m.* 前辈
mujeriego *m.* 女人气的男人, 娘娘腔的男人
epidemia *f.* 时疫
depravación *f.* 堕落
ataraxia *f.* 心平气和
emanación *f.* 发散
intoxicante *adj.* 使中毒的
padrino *m.* 教父
apología *f.* 辩护
best sellers 畅销书
modus operandi 惯技
ávido, da *adj.* 贪婪的
hampa *m.* 下层社会, 社会底层(尤指从事卖淫, 盗窃的社会集团)
torvo, va *adj.* 粗暴的
nulificar *vt.* 取消
asolar *vt.* 毁掉
indolente *adj.* 懒惰的

subconscientemente	<i>adv.</i>	下意识地	desgarrador, ra	<i>adj.</i>	撕心裂肺的
petate	<i>m.</i>	睡垫	pestilencia	<i>f.</i>	恶疫
atropina	<i>f.</i>	阿托品	euforia	<i>f.</i>	幸福感, 精神愉快
LSD		基酰胺(一种麻醉药物)	alucinógeno, na	<i>adj.</i>	引起幻觉的
hipodérmico, ca	<i>adj.</i>	皮下的	estigma	<i>m.</i>	耻辱
hacer mella		产生影响, 留下印象	enajenar	<i>vt.</i>	出让
suprafísico, ca	<i>adj.</i>	超物质的	enervante	<i>adj.</i>	使衰弱的
nimiedad	<i>f.</i>	过多, 过剩	decomisado, da	<i>adj.</i>	被没收的
refrescos de cola		各式可乐	toxicómano, na	<i>adj.</i>	有毒瘾的
barbitúricos	<i>m. pl.</i>	巴比妥	manicomio	<i>m.</i>	疯人院
ácido barbitúrico		巴比妥酸	hipoteca	<i>f.</i>	抵押
sodomizar	<i>vt.</i>	鸡奸	dictamen pericial		专家报告
sedante	<i>m.</i>	镇静剂	exonerar	<i>vt.</i>	免除
tiritar	<i>vi.</i>	发抖	meprobate	<i>m.</i>	氨基丙二酯
evacuación	<i>f.</i>	排泄	codeína	<i>f.</i>	可待因(碱)
convulsión	<i>f.</i>	痉挛			

CULTURA

EL MUNDO DE LOS MAYAS

SEGUNDA PARTE

EL PUEBLO

4. Los “hombres inferiores”: apariencia y realidad

Como todas las sociedades teocráticas, en la que los hombres dioses gobiernan el cotarro, la sociedad maya era una pirámide con el hombre ordinario en la base. El nombre preciso genérico que a ese hombre le correspondía no es conocido; pero los primeros diccionarios maya español interpretaban *yalba uinicob* o sea “hombres inferiores”.

El hombre era cultivador del maíz. Cuando la guerra sobrevenía se transformaba en soldado, actuando como una milicia agraria. Fue su trabajo el que erigió los altísimos templos, y fue él quien construyó los vastos patios y terrazas. Cortaba los árboles, preparaba y transportaba los bloques de piedra caliza, labraba los glifos y esculpía la expresión del arte de su raza. Por último, construyó los elevados caminos, los *sachecob* que unían las ciudades.

Como todos los americanos, los mayas pertenecían a una comunidad del suelo. Se supone, ya que se carece de un conocimiento exacto, que los mayas constituían una sociedad de clan. El prevalecimiento de un tabú de apellido matrimonial exógamo (dice Landa: “. . . siempre designaban a sus hijos e hijas con el nombre del

padre y de la madre”) sugiere que existía un sistema de clan en que cada cual llevaba el nombre de un totem.

Cada uno de los miembros de dicho clan formaba parte de una célula de terreno. Los hombres inferiores y superiores estaban ayuntados al suelo. Los impuestos salían de él; o se enviaba una parte de la cosecha al *batab* (cobrador de impuestos); o bien el cultivo mismo de los campos se hacía como una forma de pago. El excedente agrícola permitía contar con el tiempo suficiente para la construcción de templos, palacios y caminos .

Alrededor del año 800 d. de J. C., había en todo el territorio maya más de tres millones de personas. ①

Aun cuando Landa los califica de “altos”, la estatura media de los mayas era de 1,55 m. No obstante, eran robustos y fuertes. En cuanto al cráneo, tenían la característica de ser braquicéfalos, lo que los hace uno de los pueblos de cabeza más grande en el mundo. Todavía hoy , sus rasgos recuerdan mucho los rostros que aparecen en los antiguos monumentos. Tan pronto como nacía un niño, le “aplanaban” la cabeza colocándosela entre dos tablas amarradas. Esta costumbre, según le explicaron a Landa “fue dada a nuestros antepasados mayas por los dioses. Proporciona un aire noble... y además quedan así mejor adaptadas nuestras cabezas para la carga de cosas pesadas...”.

Los lóbulos de las orejas se perforaban para usar aretes o pendientes y se hacía lo mismo con el septum (cartilago) de la nariz. El lado izquierdo de ésta era perforado también —como se acostumbra en algunos pueblos de la India— y si ayudaban los

① Como no se tienen datos exactos, el cálculo de la población maya varía; la cifra más baja es de 1.250.000; la más alta 13.000.000. Eric Thompson la afirma en 3.000.000.

dioses, llegaba a insertarse un topacio en la perforación. Usaban el cabello largo, negro y lustroso, dándole vuelta alrededor de la cabeza y “plegado como una guirnalda o corona, dejando que el moño colgara por detrás como una borla”. Se adornaban con un espejo de obsidiana en forma de disco, atado al cabello. “Todos los hombres llevaban espejos”; pero las mujeres no y cuando un hombre quería insultar a otro diciéndole que era un solapador del adulterio de su mujer “se concretaba a expresarle que su esposa se ponía espejos en el pelo”.

En la parte superior de la cabeza acostumbraban el cabello corto, para lo cual se lo chamuscaban, por lo que parecía tonsura de monje. No les agradaba el pelo facial. Las madres extirpaban los folículos a sus hijos jóvenes, y de ahí que las barbas escasearan. El pelo que les llegaba a salir, lo arrancaban con pinzas de cobre. A pesar de esto, los ancianos llevaban barbas ralas, como se ve con frecuencia en las esculturas mayas.

“Se tatuaban el cuerpo...” (lo cual ha sido confirmado por la arqueología, pues existen cabezas de piedra que muestran el tatuado) “. . . el dibujo lo trazan a pinchazos en la piel con una punta de hueso en la cual se ha frotado color; esto les hace sufrir no poco. . .”. Por esta razón, mientras más tatuaje ostentaban, se les tenía por más valientes.

Los ojos de los mayas, oscuros y lustrosos, tienen un mayor parecido a los de los mongoles que a los de la mayoría de los americanos, porque estando colocados oblicuamente en la cara subrayan el pliegue epicántico que los hace aparecer en diagonal. Eran muchos los bizcos. Esta característica se consideraba como de gran distinción y belleza. Itzamna, dios del cielo, es siempre representado bizco, al igual de otros dioses y personajes que aparecen

en los relieves de los monumentos. El obispo Landa escribió: “Las madres mayas cuelgan una pequeña bola frente a los ojos de sus niños, a tan corta distancia, que los dos ojos se fijan en ella y de este modo se empiezan a hacer bizcos”. No cabe duda que esta práctica pudo haber sido común, porque Bernal Díaz, en los primeros días de la conquista afirma: “hice prisioneros. . . muchos de ellos bizcos”.

La piel de los mayas variaba desde el color *café au lait* —café con leche— hasta el cobrizo oscuro. Los hombres, por alguna razón todavía no conocida, parecían más claros que las mujeres. Por lo menos ésa era la opinión de Landa, quien tuvo muchas oportunidades de ver a seres de ambos sexos bañándose desnudos. Pintarrajearse la cara y el cuerpo era costumbre entre los hombres. El color negro se usaba por los jóvenes solteros y quienes ayunaban; el rojo por los guerreros, y el azul por los sacerdotes y hombres destinados a ser sacrificados. Los guerreros se decoraban con rojo y negro “por elegancia” y cuando eran capturados, la humillación más grande que se les podía infligir era el “despojarlos de sus insignias y embijamiento”. Se podía conocer la posición social de un maya por el color de su pintura.

Los varones se vestían de una manera adecuada al clima. Su vestido básico consistía en el *ex* (pronúnciese *ish*), que consistía en un taparrabo de algodón que las “mujeres hacían con mucho cuidado”. Esta prenda se enrollaba en la cintura varias veces y después se pasaba entre las piernas. Los extremos se dejaban colgar enfrente y por detrás. Constituía el artículo más común de la vestimenta de los mayas y se encuentra representado desde los tiempos más remotos. En cerámica pintada se ven hombres llevando el *ex* y existen esculturas que datan del año 600 d. de J. C., que muestran los extremos del taparrabo, elaborado y decorado con buen

gusto.

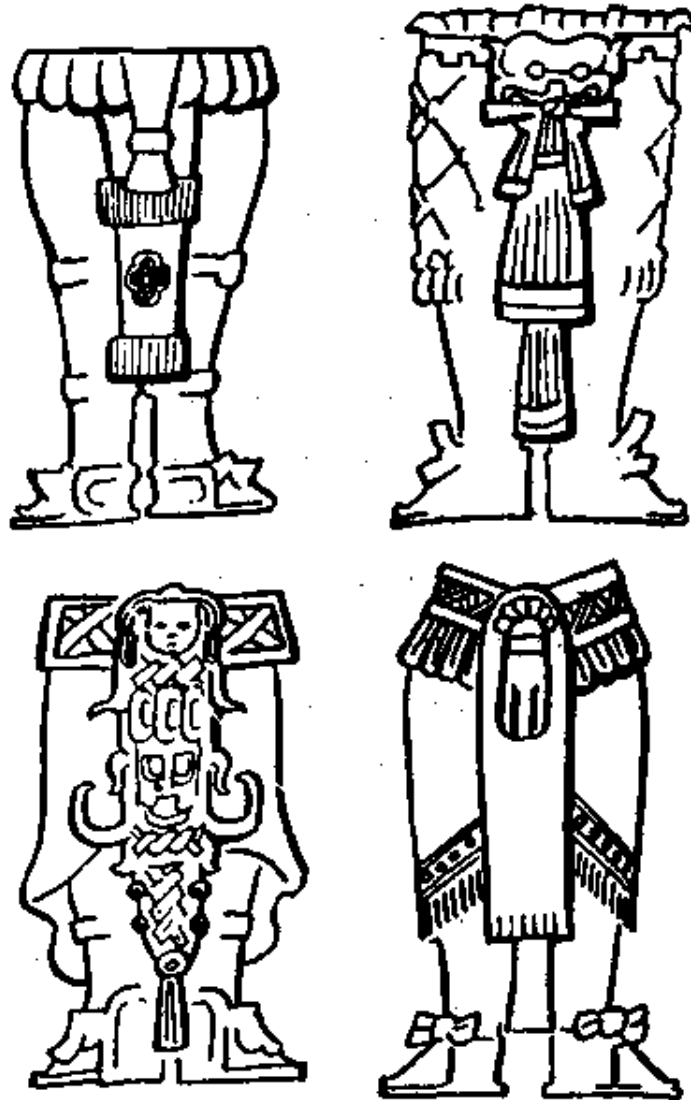


Fig. 7. El indumento básico de los varones mayas era el taparrabo, decorado profusamente. Estos son dibujos reproduciendo figuras esculpidas en los monumentos

Alrededor de los hombros se ponían una manta (*pati*), la cual era preparada según el estado de vida de quien la portaba. La misma prenda servía para abrigarse por la noche durante el sueño. Si esto parece de una sencillez rústica, hay que recordar que los griegos clásicos no procedían de otra manera, pues utilizaban la sábana en que dormían, como vestimenta, envolviéndose en ella por la

mañana, cuando salían a enfrentarse a la vida diaria. Por último, las sandalias completaban el atuendo de los hombres inferiores. Casi todos las llevaban (especialmente en Yucatán, debido a lo áspero del terreno). Se les llamaba *xunabkeuel* y eran manufacturadas con piel de tapir o de venado y se ataban a los pies con un par de correas.

Las mujeres eran atractivas. Diego de Landa, el observador obispo, las juzgaba más bellas “generalmente... que las mujeres españolas, de mayor estatura y mejor formadas”. La realidad es que eran bajas y delicadas. Su estatura media de un metro cuarenta y cinco centímetros no es mayor que la de una adolescente de buen tamaño. Se perforaban las orejas, como los hombres, y se tatuaban los cuerpos “mas no los senos”. Se hacían limar los dientes, hasta terminarlos en punta, labor efectuada por mujeres ancianas, que empleaban piedra pómez como abrasivo. Esto les parecía el “toque” de la elegancia. Llevaban largo el cabello y lo peinaban de un modo complicado. Los largos collares y vestidos ricamente tejidos que vemos modelados en las estatuillas de barro procedentes de Jaina, indican la elevada posición de las mujeres en la sociedad maya.

Se bañaban frecuentemente, usando el mismo *cenote* que los hombres. El obispo nos hace notar, y es algo confirmado desde entonces, que las mujeres presentaban una marca púrpura cerca de la base de la columna vertebral, un poco más arriba de las posaderas: “la mancha mongólica”. Esto es algo que se repite en Asia y América; pero es más notable en Yucatán.

Además, las mujeres se pintaban sus rostros. El tinte rojo, que se obtenía de la semilla del *achiote*, era un símbolo de la sangre. Se mezclaba con el perfumado *ix tahte*, la resina del liquidámbar “odorífera y muy pegajosa”. Se la suponía profiláctica contra el sol y los insectos. En realidad era un sustituto de la sangre, Las mayas

eran amantes de los perfumes y “se ungían los senos, brazos y hombros” con ellos. Además, se adornaban con flores “arregladas con arte”, cuyo perfume aspiraban a intervalos.

Su vestido era el *kub*; de una sola pieza con cortes para los brazos y una abertura en cuadro para la cabeza (en otras palabras, la *chemise* original). Este estilo, que se aprecia en los murales de Bonampak, ha subsistido por 2.000 años y se sigue observando en Yucatán. Debajo del *kub*, las mujeres portaban un fondo más ligero, adornado y guarnecido con una orla. Cubrían los hombros con una especie de estola (*booch*) y con los pies descalzos.

Acostumbraban casarse jóvenes. Daban a luz de siete a nueve hijos, de los cuales, desgraciadamente, sólo lograba sobrevivir la mitad. “Tenían hijos pronto y en buen número —comenta Landa— pero eran excelentes nodrizas, porque su aplicación continua a la operación de moler el maíz para confeccionar tortillas, hacía que constantemente se les movieran los senos; además nunca se los ligaban como es uso en España, con lo cual los tenían bien grandes y podían contener bastante leche”.

El obispo Landa observó que las mujeres eran “maravillosamente castas” y con acierto las consideró el “alma” de la familia. Buenas amas de casa, trabajaban para pagar el impuesto del tributo. Buenas administradoras, laboraban por la noche tejiendo y criaban patos para hacer trabajos de adorno con las plumas. Se dedicaban, también, a la crianza de venados, monos y coatís, a los cuales alimentaban con sus productivos senos. Iban a trabajar al campo y cuando se requería hacían los oficios de bestias de carga. Ellas se encargaban de educar a los hijos y en su tiempo libre hilaban y tejían el algodón en compañía de otras mujeres. Poseían un gran sentido del humor. Bailaban entre ellas y se emborrachaban con las visitas; pero



Fig. 8. Las mujeres vestían el *kub* y llevaban el cabello elaboradamente peinado. El esposo de la mujer aparece aquí sentado junto a ella. Figuras mayas del último período, procedentes de la isla de Jaina, Campeche

no tanto que quedaran incapacitadas para llevar a sus borrachos maridos al hogar. Eran “prudentes, corteses y sociables... no dadas a las prácticas eróticas y no tenían dioses del amor”.

La diosa de las mujeres, Ixchel, en quien algunos sabios han creído ver a la diosa del deseo, no fue otra cosa, en realidad, que la patrona del embarazo.

5. La lengua maya

“...en este país sólo se habla una lengua”. Landa, quien fue el primero en investigarlo, dejó sentado este hecho escueto que el tiempo se ha encargado de confirmar. Los mayas no siempre se comprendían bien uno al otro; pero el maya de las tierras bajas, en

términos generales, podía comprender al de las tierras altas, así como un campesino de Nápoles puede entenderse con uno de Milán. Como existía un intercambio comercial entre las distintas áreas: la costa, la altiplanicie, la selva, y comunicaciones de uso común y, además, se empleaba el mismo lenguaje escrito a base de glifos en ciudades distantes entre sí 800 kilómetros, es de presumir que debe haber existido un lenguaje común y general. Aun cuando se hablaban más de quince dialectos (como el yucateco; el chontal, que abarcaba todo el húmedo centro del territorio maya; y los dialectos en Guatemala: el tzeltal, ixil, quiché, etc.), todos deben haber estado relacionados, como sugiere Eric Thompson, en forma similar a las lenguas romances. La conclusión actual es de que puede hablarse, con acierto, de sólo dos lenguas; el maya de las tierras altas, y el de las tierras bajas, siendo los dialectos una variante de ellas.

No obstante que el habla maya no está relacionada estrechamente con ningún otro lenguaje de Centroamérica o México, esto no quiere decir que se derive de "alguna parte" fuera de América. Walter Lehmann, el lingüista alemán, se inclina a creer por el estudio que llevó a cabo de todos los vocabularios mayas conocidos, que está relacionada con el habla mixteco-zoque-huave, la cual, a su vez, procede de alguna lengua madre común.

Existen lazos lingüísticos entre mayas y mexicanos en la costa norte, especialmente en el gran centro comercial de Xicalanco, y la arqueología en las tierras altas guatemaltecas ha demostrado que había un estrecho contacto de aquellos mayas con las culturas de Teotihuacán. Cuando los toltecas hicieron sus penetraciones en gran escala en territorio maya, en el siglo X ya hablaban el maya.

Pero este pulcro cuadro lingüístico nos lo echan a perder los huastecos. Todos los pueblos de habla maya vivían cercanos uno al

otro, con excepción de los huastecos. Esta tribu se estableció a 500 kilómetros al noreste de los mayas más cercanos y se hallaba separada de éstos por cinco tribus distintas; náhuatl, popolocos, totonacas, etc. y, sin embargo, hablaban y todavía lo hablan, algo que es definitivamente maya. Empero, su desarrollo cultural (los arqueólogos han descubierto secuencia cerámica de más de 2.000 años) no ostenta características mayas (indumentaria, jeroglíficos, arquitectura, etc.). Esto hace pensar que con anterioridad al período formativo de la cultura maya, hubo una “cuña cultural” de un pueblo de otro grupo lingüístico, que dividió a los mayas primitivos, quienes, siguiendo esta hipótesis, pudieron haber ocupado una gran área a lo largo de la costa del Golfo. Esta es la única explicación que se le puede hallar a ese cisma lingüístico.

El nombre exacto del idioma maya es desconocido. “Mayathan” era la lengua empleada por los mayas de la liga de Maya-Pán en el área controlada por ellos en Yucatán. Es indudable que había una cierta igualdad de lenguaje entre los mayas de las tierras bajas, como la que había entre los de las tierras altas; el hecho de que los glifos nombres sean uniformes en todo el territorio maya, no quiere decir que el idioma careciese de variantes. En el siglo XVIII, quien hablase el bajo alemán podía leer a Schiller; pero si hubiese tratado de sostener una conversación con un alto alemán apenas si habría podido entenderse con él. Sabemos que un sacerdote en el siglo XVII, predicando a los indios itzá-maya de habla cholti reunidos a orillas del lago Petén, requirió de intérpretes indios que entendían ambos dialectos. Esto muestra la grande y divergente evolución lingüística que había tenido lugar en Yucatán en el transcurso de 200 años. A pesar de afirmar que “en este país sólo se habla una lengua”, Diego de Landa admitía la existencia de algunas diferencias entre la lengua

de los habitantes costeños y la de los de tierra adentro, y que “en la costa son más pulidos en su lenguaje y conducta”.

No es posible dar aquí más que una idea de lo que era la manera de expresarse de los mayas. El idioma maya se habla en la actualidad por la mayor parte de los indios y muchos blancos de Yucatán y Guatemala (así como el quechua es hablado por blanco e indios a la par en los Andes peruanos). La bibliografía al respecto es nutrida. La mayoría de los expertos encuentran la lengua maya, “musical y agradable”. Varias letras y sonidos que figuran en nuestro vocabulario, no se dan en ella, por ejemplo *d*, *f*, y *r*. El tono de voz es grave con numerosos altos glóticos y fricativos, no siendo fácil de aprender a menos que se haya crecido en la península yucateca. Los mayas escribían sentencias sencillas. Es dudoso que aun habiendo traducido los sabios el 60 por 100 de los glifos mayas, encontremos que dicho pueblo poseía afijos glifos para expresar los tiempos verbales y pronombres. Los verbos eran pocos en el lenguaje maya y empleaban a menudo el nombre verbal. Thompson nos proporciona un ejemplo de ello. Suponiendo una traducción de los glifos, el resultado sería: *His influencing the maize, the death god heaped up death*. ①

En forma castiza, ese maya cortado quedaría traducido como sigue: “El resultado será muchas muertes, porque el dios de la muerte rige ahora al maíz en crecimiento”.

① Hemos optado por dejar esta frase del original en inglés para no alterar la traducción literal del maya hecha por el docto autor. La traducción literal de la misma, del inglés al español, sería: “Su influenciando el maíz, el dios de la muerte acumuló muerte”. (N. del T.)

Maya (Pronunciación figurada)	Español
<i>¿Báax a kati ? ¿Baa.xi ?</i>	¿Qué desea usted? ¿Qué es eso?
<i>¿Túux cahanech ?</i>	¿Dónde vive usted?
<i>¿Bix u kaba le dzuló ?</i>	¿Cómo se llama ese hombre?
<i>Yan in bin ta ueteleex .</i>	Debo ir con usted.
<i>Yan c-bin</i>	Tenemos que ir.
<i>Ten dzictech</i>	Yo se lo doy.

Un breve vocabulario

hombre	<i>xib</i>	grano	<i>nal</i>	tortilla	<i>ixim</i>
mujer	<i>chhup</i>	puerta	<i>hol-na</i>	manta	<i>nok</i>
niño	<i>pal</i>	maíz	<i>milpa</i>	venado	<i>ceh</i>
niña	<i>chhupal</i>	maizal	<i>col</i>	sandalias	<i>xanab</i>
casa	<i>na</i>	techo	<i>yoc-na</i>	jaguar	<i>balam</i>
agua	<i>ha</i>	cielo	<i>caan</i>	perro	<i>pek</i>
lluvia	<i>chaac</i>	estrellas	<i>ek</i>	cerdo salvaje	<i>citam</i>

6. Organización social

La sociedad maya, como todo Estado teocrático, se componía de hombres inferiores y superiores. Había una clase noble, *ahmehenob*, de la cual procedían los funcionarios del gobierno, que eran un gran número. La ancha base de la pirámide social descansaba sobre el *yalba uinicob*, hombre inferior, así como por las multitudes de esclavos. Todo esto se sabe; pero también es cierto que “no se cuenta

con una evidencia directa del tipo de gobierno y organización social prevaleciente entre los mayas”. Lo que se conoce a través del arte, esculturas, murales y vasos pintados, muestran al noble, poseedor de plena autoridad. Vemos a los señores llevados en literas. Los guerreros son encabezados por jefes elegantemente ataviados con adornos de jade y plumas de quetzal. A los caciques se les contempla dictando leyes, juzgando a los guerreros capturados y condenándolos a la esclavitud. Empero, estas viñetas sólo muestran un aspecto limitado de la organización social. Los aztecas poseían una bien conocida organización de *clan*, en la que la tierra era propiedad común y se trabajaba también en común. Los incas desarrollaron el *ayllu*, basado en un principio colectivista, como unidad básica de su sociedad. Se cree que los mayas tenían una forma parecida de organización, de la cual ignoramos su nombre y forma precisa.

No integraban un imperio como los incas, con un gobernante que controlara vastos territorios sometidos al pago de un tributo. Tampoco poseían una organización complicada para el cobro de los tributos como sucedía con los aztecas, quienes dominaban amplias regiones sin regirlas. Hasta donde se sabe, no existía un centro o capital de la organización maya; no había un Cusco, una Tenochtitlán, ni siquiera un gobernante central.

Se impone la necesidad de una explicación, ya que todo esto amplía la curiosidad sin satisfacer a la razón. Había una cultura maya común, una lengua y una religión. Se contaba con un sistema de caminos (algunos de ellos los mejores que se conocen de la América protohistórica) que unían las regiones costeras con las tierras altas. El comercio estaba generalizado y era extenso. ¿Por qué, entonces, alguien con ambiciones imperiales no unía todo en un solo Estado? ¿Sería tal vez por las dificultades que entrañaba la configuración

geográfica? Sin embargo, esto no evitó que los incas, cuyo imperio era desde un punto de vista geográfico mucho más complejo que el de los mayas, unieran toda la Sudamérica andina bajo un solo reino.

Se ha comparado la sociedad maya con la de las ciudades Estado de Grecia. Esta comparación es adecuada. Aunque Esparta, Atenas y Corinto, poseían, como los mayas, idioma, cultura y religión comunes, eran tenazmente independientes y con frecuencia sostenían guerras entre sí, apoyando a veces invasiones extranjeras contra otras ciudades griegas.

El vocablo griego *polis*, quiere decir “ciudad Estado”, No obstante, según un autor moderno, esta traducción no se ajusta a la verdad, porque la *polis*, era más Estado que ciudad. La *polis* ideal de Platón albergaba cinco mil habitantes. La *polis* más grande de su tiempo era Siracusa, con una población de sólo veinte mil, con lo que se aproximaba a las ciudades Estado más pequeñas de los mayas. A igual de los griegos, la sociedad maya contaba con una economía doméstica y se bastaba a sí misma. Hablando de los griegos, H. D. F. Kitto escribe: “el concepto de su sociedad era que el grupo es socialmente más importante que el individuo. Este, antes que todo, es miembro de la familia, y después, de su *polis*. El mal que se le haga, se le hace a su familia y a su *polis*”. Este era el caso entre los mayas; y constituye la característica de toda sociedad “clan”.

La organización “ciudad-templo” es bien conocida. La evidencia arqueológica con que se cuenta del Cercano Oriente, demuestra que los pueblos agricultores que vivían según una economía neolítica, llevaban sus ofrendas agrícolas a un centro determinado. Este podía estar establecido en donde hubiera un agrupamiento de rocas o un lago, o bien un *cenote* como era el caso en Yucatán. Esto, desde un punto de vista económico es un desperdicio; pero si el lugar donde se

establezca una ciudad-templo es escogido por motivos religiosos, se convierte en *huaca* como en el Perú, y se levanta ahí un templo desde el cual los sacerdotes puedan entrar en relaciones con los dioses. Los primeros frutos de la cosecha se llevaban al templo. La gente sabía, desde luego, que su ofrenda no iba directamente a los dioses, sino que era comida por los sacerdotes. La totalidad de los pueblos primitivos, que eran agrícolas, estaban persuadidos de que dependían del favor de los dioses y que para asegurarse la ayuda de éstos, necesitaban un sacerdocio jerárquico que se las obtuviese. Los sacerdotes conservaban los templos y ellos a su vez se sostenían con los productos y el trabajo de los agricultores. Al crecer el santuario local y convertirse en un templo y después en una ciudad o en un centro ceremonial, se construían casas a su alrededor.

En vista de que toda alta cultura se origina en una clase aristocrática, porque ésta es la única que cuenta con el tiempo y la energía requeridas para crearla, surgió una corporación de sacerdotes que actuaban como intermediarios con la divinidad. Se encargaban de que el culto tuviese continuidad. De este modo, el hombre inferior, cuyo tributo y trabajo ayudó a construir la ciudad-templo y sostenerlo, encuentra que el centro religioso y ceremonial le es de utilidad. Su maíz crece mejor y recibe indicaciones de cuál es el tiempo oportuno para sembrar y cosechar (porque el sacerdote es también astrólogo y astrónomo); y la naturaleza de los misterios se le explica. Por generaciones se repite esto y como los hábitos útiles con la reiteración se hacen invencibles, dicho tipo de vida, con el tiempo, llega a hacerse instintivo.

De ahí se deriva la organización como clan. El hombre inferior está convencido de que los dioses son los dueños de la tierra y que los sacerdotes, al dividirla en parcelas, actúan en nombre de aquéllos. A

los diversos clanes se les asignan áreas de tierra por los del concilio de la ciudad templo (entre los aztecas hasta se trazaban mapas en papel *amatl* con los jeroglíficos de los nombres de los propietarios) y es muy probable que los mismos conciliares figuraran en el acto de efectuar la división. Entre los mayas, a cada familia se le entregaba una porción de tierra de cuatrocientos pies cuadrados o sea un *hun uinic* medido con una cinta de veinte pies. Más allá no sabemos nada. Ignoramos si la tierra era confiada al gobernante como ocurría entre los incas y regresada al clan a la muerte de su poseedor, o si pertenecía al *calpulli* como entre los aztecas. Lo único que consta en lo que nos dice Diego de Landa: "...cada hombre casado, juntamente con su mujer... siembran un espacio de cuatrocientos pies cuadrados... al cual llaman un *hun uinic* medido con una vara de veinte pies".

La tierra se trabajaba comunalmente: "...los indios acostumbraban ayudarse unos a los otros en sus labores... reuníanse en grupos de veinte y no dejaban la propiedad comunal sino hasta terminar cada uno su trabajo". Esto hace pensar en la existencia de una organización de clan. Los clanes forman el lazo más estrecho, la relación más comprensible. Los mayas estaban unidos por lazos sobrenaturales, o sea por los lazos de la sangre "porque ser de la misma sangre es poseer el mismo principio vital y en este sentido todos los que son de igual sangre forman un solo ser viviente. Es en esto, que consiste la verdadera relación de clan".

Puede asimismo inferirse que los mayas estaban organizados en clanes por lo que afirma Landa respecto al predominio de un tabú de apellido matrimonial exógamo: "... siempre llaman a sus hijos e hijas con el mismo nombre del padre y de la madre... ésta es la razón de que los indios digan que aquellos que tienen el mismo

nombre, son todos de la misma familia... y por esta razón, cuando un indio llega a un lugar donde no es conocido y se halla necesitado... da a conocer su nombre y le reciben con amabilidad...”.

7. Matrimonio

“No existen animales monógamos , salvo aquellos que aman sólo una vez en toda su vida”. Los mayas lo sabían bien y procedieron, como toda civilización, a crear leyes que permitieran hacer permanente el matrimonio. No obstante, la unión de un hombre y una mujer que constituye la más natural de las funciones, nunca ha sido considerada por los humanos , civilizados o primitivos , como natural o normal. Las edades propias para casarse eran los dieciocho años para los hombres y los catorce para las mujeres. Uno de sus tabús era que los varones no podían casarse con mujeres que llevaran su mismo apellido; pero sí podían hacerlo con las que descendieran del linaje de su madre, aun cuando fuesen primas carnales.

Los mayas tenían concertadoras de matrimonio profesionales: les llamaban *ah atanzahob* . Consideraban indigno para un hombre el buscarse mujer. En ocasiones los padres eran quienes arreglaban los matrimonios de sus hijos e hijas desde que éstos eran infantes y se trataban entre sí desde ese momento, como parientes políticos.

Por esta razón, aparte de otras más, Diego de Landa creía que los matrimonios de los mayas no eran por amor. Pero a pesar de esta creencia, ellos estaban persuadidos de la fuerza del amor romántico, aunque tal vez, al igual de los griegos, creían que la pasión era una fuerza destructiva. Además, todos los primitivos han alimentado

supersticiones en relación al matrimonio; creían que quienes intervenían en la concertación de las uniones actuaban como una barrera contra toda mancha. Pero hay más, los antiguos mayas no eran dados a la lascivia.

Aldous Huxley, habiendo contemplado las esculturas y relieves mayas *in situ*, exclamó con un cierto dejo de despecho: “¡No hay sexo en el arte maya!”, y argumentaba que podía deberse a que la excitabilidad nerviosa de los nativos fuese menor que la nuestra y su fantasía sexual muy tarda en suscitarse. También observó la escasa frecuencia con que aparece la forma femenina en las producciones artísticas de los mayas.

Si hubiese viajado Huxley en la región de Yucatán llamada el Puuc, que es donde se halla la espléndida ciudad pétreo de Uxmal entre otras más, habría visto suficiente evidencia de “traducciones itifálicas”. En la fachada del edificio irónicamente llamado “De las Monjas”, se ven figuras masculinas desnudas, en las cuales se subraya lo itifálico. Frente al Palacio del Gobernador, en ese mismo lugar, se encuentran los restos de un falo gigantesco. Por todo el Puuc hasta las ruinas de Chichén Itzá, se localizan símbolos fálicos como hongos, que ofenden o divierten al visitante. Existe suficiente evidencia de que los mayas, en algún pasaje de su vida tribal, poseyeron su parte completa de libidinosidad.

Había libertad sexual —cualquiera que sea el significado de ello— entre los mayas. Los varones jóvenes, que vivían separados de los viejos, contaban en cada aldea con “una gran casa, blanqueada de cal, abierta por todos lados”, en donde se reunían para divertirse y jugar a los dados, pelota y frijoles. Se pintaban de negro todo el cuerpo como era la costumbre para los hombres solteros. Dormían juntos; pero según dice el obispo Landa en un breve aparte, no

practicaban el “pecado nefando”, es decir, la sodomía.^① Ignoramos si ellos, como los griegos, consideraban la homosexualidad una cosa normal y si lo enfocaban con la misma franqueza del amor heterosexual; pero lo que sí sabemos es que los jóvenes llevaban mujeres públicas (*guatepol*) a sus albergues. “Aun cuando las mujeres recibían una retribución por ello (un puñado de granos de cacao), eran asediadas por tantos hombres —uno después de otro— que casi se morían del cansancio”.

La monogamia era la regla entre los hombres inferiores. “Los yucatecos nunca tomaban más de una mujer”. Cuando un joven resolvía casarse y su padre daba los pasos para ello, se ponía mucho cuidado, escribe el obispo, en buscar una mujer de buena edad y calidad. Contrataban los servicios de una *ah atanzahob* —intermediaria— y se precisaba la dote (*muhul*) y las condiciones. Para ahuyentar el mal espíritu que podía amenazar el matrimonio, consultaban a un sacerdote, el *ah kin nec chilán*, quien procedía a leer el “libro de los días” astrológico a fin de precisar si sus fechas de nacimiento, nombres y la fecha proyectada para la unión caían en días infortunados. Hecho esto, las suegras tejían nuevos indumentos para los novios y el padre de la prometida preparaba la casa en donde se verificaría la ceremonia y fiesta consiguientes.

Los usos matrimoniales no se conocen tan detalladamente como en el caso de los aztecas, ni existen datos sobre las prácticas de la *jus primae noctis* en la cual el suegro u otros parientes varones

① Empero, Bernal Díaz escribió que él pudo contemplar en la isla de Cozumel, en el año de 1516, unos murales en que los indios aparecían efectuando el acto de sodomía. Sin embargo, le contradice el padre Ciudad Real, contemporáneo de Landa, quien afirma que tres eran las cosas buenas de los mayas: “Que escribían libros, la ausencia de canibalismo y su falta de interés en el vicio abominable de la sodomía”.

participaban de la novia durante las primeras noches del matrimonio a



Fig. 9. Los mayas se casaban jóvenes: las mujeres a los catorce y los hombres a los veinte. La casamentera se encuentra a la izquierda, mientras el sacerdote “purifica” a la pareja con humo de copal

fin de evitar que el novio fuese amenazado por influencias malignas. En muchas tribus no se permitía que los recién casados vivieran juntos hasta transcurridos varios meses , con objeto de eludir los malos influjos que pudiese acarrear el matrimonio, ya que para todos los primitivos las nuevas experiencias, y la unión conyugal era una de ellas, se consideraban como peligrosas. En las sociedades primitivas generalmente la virginidad no era tenida en cuenta. Las jóvenes mayas no es posible que se preocuparan demasiado de algo como el himen, cosa ésta que tenían en común con las conejas. Pero el infortunio que podría sobrevenirles como resultado de una impropia consumación del matrimonio era otra cosa, pues tanto ellas como el clan resultarían afectados.

El matrimonio para los mayas era de carácter matrilocal: es

decir, que el hijo varón tenía que acudir a la casa de su suegro y trabajar para él, como parte de la familia, por un período de cinco años. A esto se le llamaba “casamiento en servicio”. El lazo conyugal maya era de carácter permanente y las mujeres constituían un papel de importancia en la organización social. Esto lo sabemos sin recurrir a la fuente del obispo Landa, ya que en los murales descubiertos en Bonampak aparecen mujeres participando en tareas importantes y la gracia conferida por los escultores a las estatuillas de mujeres halladas en Jaina, Yucatán, demuestran el respeto que se les tenía.

Las mujeres eran celosas. A menudo peleaban entre sí a causa de los hombres; sin embargo, Landa las encontró “maravillosamente castas” porque volvían las espaldas a los varones con quienes se cruzaban en los caminos o se apartaban al paso de ellos. Anhelaban tener hijos y oraban a sus diosas para que les concedieran muchos y le pedían a Ixchel, diosa del embarazo, que les aligerara sus dolores. Para hacer esto tenían motivos poderosos. Un hombre podía repudiar a su mujer si no había niños. Lo mismo que entre los griegos “una unión estéril podía ser disuelta a petición de los parientes de la esposa”.

Aun cuando las mujeres mayas eran “maravillosamente castas”, el adulterio era usual. Esto se deduce por el lugar que ocupa en el código maya de delitos y castigos.

Las mujeres no podrían desempeñar cargos públicos. Es evidente que disfrutaban de algunos derechos de propiedad; pero no se les permitía la entrada al recinto del templo. Por otra parte, las mujeres griegas tampoco estaban emancipadas ni podían poseer; del nacimiento a la muerte estaban, por decirlo así, a cargo de su pariente masculino más cercano.

La mejor reputación a que podía aspirar una mujer maya era que

no se hablara de ella entre los hombres, ni para bien, ni para mal. Si alguna mujer era acusada de adulterio, tenía que haber sido sorprendida en *flagrante delictus* con lo cual quedaban estigmatizadas y en desgracia para siempre. Parece que no se les aplicaba otro castigo, excepto que el marido podía, si lo deseaba, repudiar a su veleidosa mujer. Las aberraciones del matrimonio son comprensibles. En todas las sociedades, sean primitivas o civilizadas, la pareja es natural; pero la pareja permanente no. Los hombres en todo tiempo han sido monógamos con dificultad. En las sociedades humanas existe una poligamia radial que se escuda tras una fachada de monogamia, y “nada —dice Rémy de Gourmont— favorece tanto al matrimonio mismo y en consecuencia la estabilidad social, que la indulgencia *de facto* de la poligamia temporal; los romanos entendieron bien esto y legalizaron la poligamia”.

Pero los mayas no eran los romanos. Todo maya de orden inferior que fuese descubierto en “poligamia temporal” con la mujer de otro hombre, era atado con los brazos por la espalda y llevado ante el esposo ofendido, quien poseía el derecho “a matarlo dejando caer una pesada piedra sobre su cabeza, desde cierta altura”.

El divorcio consistía en el repudio. Si la mujer era estéril, o si no preparaba como era debido el diario baño de vapor del marido, podía ser desechada. Ella gozaba del mismo derecho contra el hombre; aunque no tan fácilmente. Cuando se divorciaba una pareja, los hijos menores se quedaban con la madre y los mayores, siempre que fueran varones, con el padre; pero las hijas siempre quedaban al lado de la mujer. El divorcio era común en la época de Diego de Landa (1550—1570), aun cuando los ancianos de las tribus no lo aprobaban y “los hombres de buenas costumbres lo condenaban”. Los varones abandonaban a sus mujeres y las esposas a

sus esposos, y no parece haber existido ningún impedimento para volverse a casar. Empero, cuando la muerte ponía fin a un matrimonio, era otra cosa. El viudo no podía volver a casarse, sino hasta haber transcurrido un año de la muerte de su mujer. Se esperaba que no conociese mujer durante todo ese tiempo y si lo hacía, la comunidad le despreciaba. Las viudas estaban sujetas a numerosos tabús; el llegar a casarse otra vez entrañaba complicaciones y era un asunto problemático.

La muerte, como el sexo, complicaba todo.

8. Na, la casa

La casa del hombre pobre era como la del campesino de cualquier parte: simple y práctica.

Después de casarse, el maya construía una pequeña casa enfrente de la de su padre o de su suegro. Más tarde, erigía un albergue más grande ayudado por la comunidad. Este podía tener una forma redonda, cuadrada, rectangular, o como es más usual en Yucatán, absidal, o sea redondeado en ambos extremos. La armadura se hacía de juncos o cañas y descansaba sobre cimientos de piedra. Dicha estructura se recubría de adobe. Al terminar, se pintaba de colores vivos. El techo era alto y se hacía de ramaje muy bien trenzado, como sucede todavía en nuestro tiempo, con palma (guano) de "superior calidad y en gran abundancia". En la antigüedad (500 d. de J. C.) , las casas mayas eran cuadradas de ordinario y se montaban sobre una subestructura baja. Sin embargo, a pesar de no ser iguales, tendían a parecerse dentro de áreas específicas.

Su interior se dividía con una pared. Una de las dos porciones se convertía en cocina y la otra en dormitorio. “Tenían camas hechas de ramillas^①—dice Landa— ligadas por junto, las cuales cedían ante los movimientos del cuerpo, como los colchones”. Este artefacto se cubría con una estera de palma trenzada. Usaban mantas de algodón para abrigarse.

No había más que una sola entrada y sin puerta. Al través de dicha entrada se ponía colgante un delgado cordel con pequeñas campanillas de cobre. La persona que penetraba en la casa las tocaba ligeramente para anunciar al dueño su llegada. Rara vez se entraba en una casa sin permiso previo, pues “ellos consideraban delito grave el causar daño en la casa ajena”.

Este albergue funcional ha variado muy poco de 2.000 años a la fecha. Los vocablos empleados para designar las diferentes partes de la construcción, son iguales en los distintos dialectos mayas y pueden considerarse, como escribe un arqueólogo, “paleontología lingüística”. La techumbre de orla es denominada “el camino de la rata”, la puerta o entrada “la boca de la casa” y el poste principal de sostén del techo “la pata de la casa”.

El hombre común levantaba las casas de los nobles, que eran más grandes y espaciosas que las de los demás. Algunas se hacían de piedra labrada. “El declive del techo descende mucho debido a su amor por el sol y la lluvia” (quiere decir: como protección contra el sol y la lluvia). Los muros de las casas se “pintaban con gran elegancia”, lo cual ha quedado confirmado por las excavaciones arqueológicas. La única entrada, carente de puerta para obstruirla,

① Es dudoso que la hamaca, usada después por los mayas, les fuese conocida desde antes del arribo de los españoles, quienes la llevaron de la isla Hispaniola.

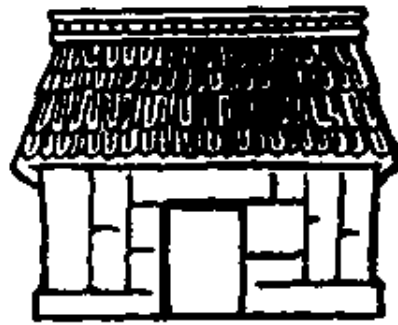


Fig. 10. La casa maya, pasada y presente: *arriba*, el *na* del indio ordinario, immortalizada en un friso de piedra en Uxmal, y *abajo*, la casa maya de nuestros días

era cerrada con una cortina consistente en un tejido que colgaba artísticamente. Algunas de las construcciones que se ven ahora en las ciudades-templo pueden haber sido casas de nobles, aunque no ha sido posible encontrar algún edificio que pueda asociarse claramente y sin lugar a dudas con la clase rectora.

Las casas duraban algo más de una generación. Las excavaciones efectuadas en los montículos correspondientes a ellas, han revelado un “período completo de cerámica”. Al morir los habitantes de una casa, eran sepultados bajo el duro piso de tierra (“enterraban a sus muertos dentro o detrás de sus casas”). Después

de verificados varios entierros se abandonaba el lugar y de ahí en adelante era considerado como un cementerio con carácter sagrado.

9. La jornada diaria

La mujer se levantaba entre las 3 y 4 de la madrugada y procedía a avivar las brasas del *koben*, u hogar de tres piedras; si había en la casa un esclavo o esclava, éstos eran los encargados de llevar a cabo dicha tarea.

“Su alimento principal consiste en el maíz (*chim*) con el cual preparan varios alimentos y también bebidas... por las mañanas tomaban agua con maíz (pozole)”. Una noche antes, la mujer, con ayuda de sus hijas o esclavas, preparaba el maíz seco. Para ello lo hervía con ceniza hasta que se suavizaba desprendiéndosele fácilmente el hollejo, y después era molido en unas piedras hasta hacer una pasta llamada *zacan*, con la que se preparaban las tortillas (*uah*).

Al salir de madrugada los labriegos al campo, llevaban consigo varias bolas de maíz molido, del tamaño de una manzana, envueltas en hojas. Humedecidas en agua y condimentadas con chiles de fuerte sabor picante, constituían su comida del mediodía, a lo cual a veces se agregaba un trozo de carne seca de vanado. Su dieta, consistente principalmente de carbohidratos, arrojaban menos de 2.500 calorías por diem; no obstante, eran muchos los obesos como lo atestiguan los murales y cerámica mayas. Es que los glotones abundan en este mundo.

El labriego regresaba diariamente al atardecer. Las mujeres, según era costumbre, ya le tenían preparado un baño caliente. En los grandes centros poblados como Tikal y Chichén Itzá, había baños de

vapor públicos. En caso de no ser así, el hombre ordinario se conformaba con un baño de vapor primitivo, o con agua caliente en una tina improvisada, tras de lo cual se daba un chapuzón en la poza del lugar.

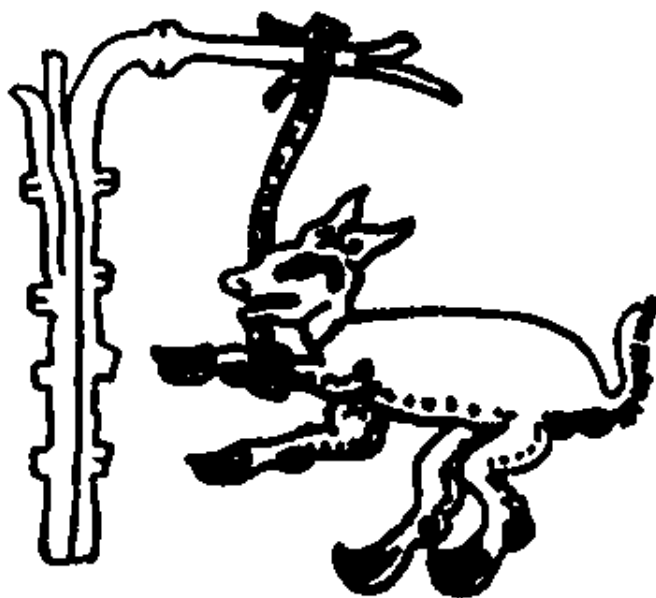


Fig. 11. El venado cogido en la trampa, muestra los métodos para cazar de los mayas. Tomado de la página 45 del *Códice Tro-Cortesiano*

La comida del mediodía era la más sustanciosa. Los hombres se sentaban en círculo; unos en banquillos bajos de madera y otros en esteras de palma tejidas, y les servían las mujeres. Se preparaban asados de carne de venado, de aves de corral o salvajes, de pescado fresco o secado al sol; a veces esto se suplía con carne de tapir, *tzimin*. Abundaban los venados, conejos y agutís. A los armadillos (*zúb*) se les consideraba como un buen manjar. Había también iguanas, tortugas (*ac*) y en ocasiones se servía la carne del *baclam*, manatí o vaca marina, la cual “rendía mucha carne... más que una ternera de un año”. Las aves comestibles eran muchas y variadas. Yucatán era llamado por los mayas “Tierra del faisán y del venado”.

Predominaban los faisanes, famosos por el exquisito sabor de su carne. Sus plumas se utilizaban en la confección de capas y tocados y eran “tan bellas como las de los pavorreales de España”. El pavo doméstico compartía casa y tierra con los polluelos de pato (*axix*), “los cuales, cuando se crían en la casa, no se van”. El pato moscovita era preferido por sus plumas más bien que por su carne “así como también un pato *mallard* blanco. A las palomas se las tenía en jaulas. Casi tan abundante como el faisán era *curassow* de cresta amarilla”

La carne de estos animales formaba parte de la *olla podrida* maya. No obstante, el comer obedecía a una cierta disciplina. Comían bien cuando tenían suficiente alimento y soportaban el hambre con entereza cuando no lo había. Se lavaban antes y después de tomar los alimentos. Para ello utilizaban un detergente natural, la raíz del árbol (*Sapiduns saponaria*) “con la cual se lavan el cuerpo y la ropa como si fuese jabón”.

El maíz, su principal alimento, era acompañado con varias clases de frijol (*buul*) y calabazas. El *chayote*, fruto de una trepadora, crecía en todas partes. La papa dulce se cultivaba en las costas. Las frutas eran numerosas. Abundaban el aguacate, la papaya y el zapote. Se recolectaban melones y moras, y en las selvas el grano de la vainilla. Los niños comían la fruta del “árbol de la goma de mascar” (*cha*) y mascaban su goma.

“La tierra —decía el obispo Landa— abunda en miel”. Entonces como ahora, se recogía de las oquedadas de los árboles, operación fácil debido a que las abejas carecían de aguijón. Fermentada, la miel se convertía en aguamiel, bebida embriagante, que constituye una de las más antiguas del mundo. Era el néctar, mítica bebida de los dioses. Una gráfica de un recogedor de miel ha

sido descubierta en la Cueva de la Araña, de Valencia, España. El aguamiel de los mayas se reforzaba con la adición de una corteza productora de un alcaloide; el *balche*.

Como los aztecas, los mayas eran entusiastas bebedores de chocolate. “Lo preparaban con cacao y maíz molidos. . . una bebida espumosa de sabor sumamente agradable”. Como el cacao se cultivaba en las tierras húmedas de la periferia del país maya, era muy costoso, tanto, que los granos se utilizaban como dinero.

Sin embargo —excepto el faisán, el chocolate y el pescado— el principal alimento de los mayas (así como de todas las tribus mexicanas y centroamericanas) era el maíz. Este se comía en todo tiempo. Durante la comida principal, cada varón llegaba a consumir hasta veinte tortillas grandes. El agua no se bebía sola, sino siempre con la adición de maíz. ¿El tipo de alimento insinuará la civilización? ¿La *bon mot* de Brillat-Savarin “Dime lo que comes y te diré quién eres” podrá servir de medida para juzgar a un pueblo?

La dieta de los griegos y los romanos consistía principalmente de harinas. Hasta el año 600 a. de J.C. los griegos comían *artos*, pan toscos de levadura cocido en cenizas. Cuando su elaboración se convirtió en oficio, apareció una especie de gachas de sémola, hechas con *emmer*, convirtiéndose en el alimento básico del griego común. Condimentadas con miel de abeja, sal y aceite de olivo, no se diferenciaban mucho del *pozole* de maíz de los mayas.

Los griegos pocas veces comían carne y pescado; sólo los ricos se proporcionaban esa satisfacción. En general, la carne se consumía sólo en los sacrificios. El pueblo de la antigua Roma comía pan ázimo sopeado en leche, apoyado por cebollas, guisantes y nabos. Sólo aquéllos en contacto estrecho con el mar, ingerían pescado, y los campesinos, carne, que consistía en su mayor parte de cabra, cerdo

y cordero. En tanto que las frutas de Oriente: cerezas, duraznos, etc., llegaron a la mesa de los romanos hasta el siglo I a. de J. C., la citricultura activa no se desarrolló sino hasta el siglo IV de la era cristiana. Desaparecida la república romana, los ricos se dedicaron a vivir al estilo Lúculo; construyeron refrigeradores mediante nieve y hielo, para preservar los alimentos. En el año 1000, el europeo comía deficientemente en comparación con los mayas del mismo período. La dieta de las masas era vegetariana y frugal, y lo común era realizar sólo dos comidas al día. ① La impresión creada por los cronistas medievales, de que las comidas eran opíparas y se rociaban con gran cantidad de vino, aguamiel y cerveza, es apegada a la verdad por lo que se refiere a ocasiones especiales en la vida de los nobles.

Los arqueólogos, seducidos por las dulces palabras que han empleado para evocar el pasado clásico, todavía respingan la nariz al sólo pensar que los mayas pudieran ser poco comparados, en cultura, arte o matemáticas, a los antiguos griegos o romanos, y esto es debido en parte a la impresión que guardan del salvajismo bucólico de la vida y dieta mayas. Como ya se ha expresado, los mayas poseían una diversidad de alimentos que a la mayoría de los europeos contemporáneos suyos hubiera parecido digno del paraíso.

Al atardecer, sopla del mar una fresca brisa que cruza por el Caribe y penetra tierra adentro por las planicies yucatecas, llegando hasta las tierras altas. A esa hora, el varón maya se retiraba a su hogar para tomar su comida principal y después sentarse en la semioscuridad a trabajar la madera, el jade o el algodón para

① Una sentencia medieval decía que "los ángeles sólo necesitan alimento una vez al día, los hombres dos, y los animales tres o más...".

comerciar, o bien se ponía a hacer armas. Su esposa, entretanto, hilaba el algodón y tejía mantas. En las tierras altas se alumbraban con rajas de pino que brillaban como velas.

A pesar de tantas ocupaciones se daban tiempo para disfrutar del amor y los niños nacían pronto y en gran número. Siete a nueve hijos eran considerados como normal, aun cuando sólo la mitad sobrevivía. Las mujeres iban en peregrinación a la isla de Cozumel, viaje de unos 30 kilómetros, lleno de peligros, pues se hacía a bordo de canoas para atravesar el canal barrido por los vientos que separa dicha isla de la tierra firme. También acostumbraban visitar el santuario de Ixchel para rezarle a la diosa de los embarazos. Eran actos de devoción que sobrepasaban a los de las mujeres del siglo XVIII en Europa, que cuando esperaban ser madres acostumbraban colocarse sobre el vientre el himno impreso de Santa Margarita, a fin de aliviar los dolores “ya que así daba mejor resultado que recitarlo”.

Dentro de los cinco días siguientes al parto, que era atendido por una comadrona, la cabeza del niño era colocada entre dos tablas atadas, para que “se aplanara y modelara como era la costumbre”. Se depositaba al pequeño en una cuna fija, sobre la cual colgaban pequeñas bolas de pez para que se hiciera bizco. Más tarde, al abandonar la cuna, el infante era transportado *hetzmek*, o sea a horcajadas sobre la cadera de la madre. Esto hacía que se le comban las piernas. Se le destetaba a los cuatro años. Durante su primera edad los chicos mayas eran “bonitos y gordezuelos, de buen humor y juguetones, corriendo desnudos por todas partes”. Finalmente, a los varones se les ponía una especie de taparrabo y a las mujercitas una concha sobre el monte de Venus.

Los nombres que recibían eran de importancia cósmica. Cada maya poseía cuatro nombres: 1) el asignado, *paal kaba*; 2) el

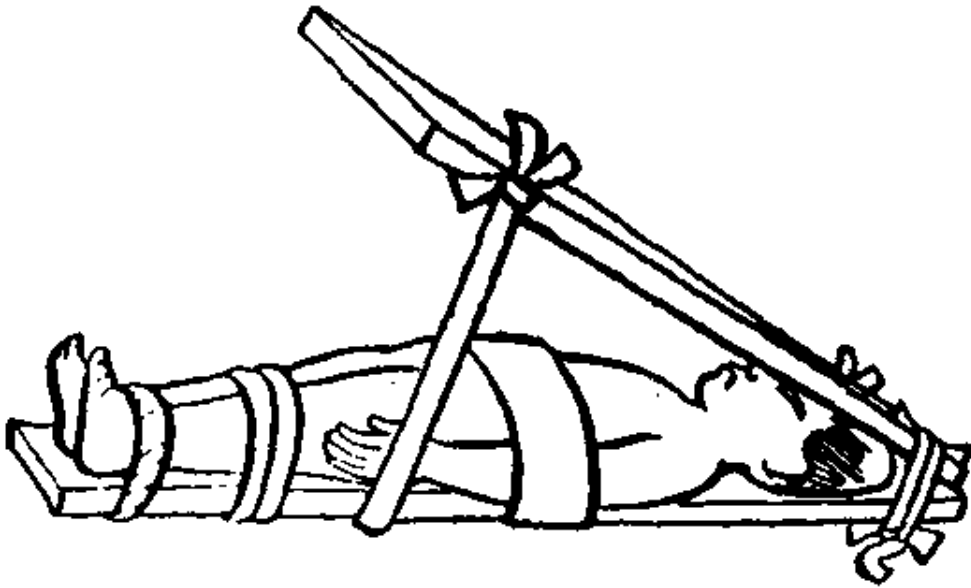


Fig. 12. Arriba. Método que se seguía para aplanar la cabeza. Esta costumbre provenía de tiempos remotos "...nos fue dada por los dioses y nos confiere un aire noble". *Abajo.* El estrabismo, rasgo de belleza de los mayas, se provocaba suspendiendo una pelotilla de cera ante los ojos. Se trata de un concepto antiguo

patronimico; 3) una combinación de los nombres de familia de su padre y de su madre, *naal kaba*; y como sucede en todas partes, un

apodo 4) *coco kaba*. Los nombres eran mágicos; también podían terminarse por el abuso de los mismos. Sólo los íntimos del sujeto sabían el nombre verdadero de éste. Si un doctor quería hacer uso del nombre de su paciente para hacer que regresara el alma, escogía el nombre privado que poseía más fuerza, en lugar del nombre social, que estaba ya muy conocido por el uso.

La influencia principiaba, según creían, tan pronto como la mujer quedaba embarazada. La posición de los planetas, el advenimiento de los días de mala suerte, todo desempeñaba un papel en el destino del que estaba por nacer. Los pueblos primitivos tenían la creencia de que toda empresa debía iniciarse en un día con buenos auspicios; los días ejercían una influencia favorable o desfavorable y hasta maligna. Era grande la atención que se concedía a las realidades suprasensibles.

Pero es de hacerse notar que los mayas no andaban tan desencaminados en ello. Tras de largos estudios de los factores prenatales, los investigadores modernos reportan que *existe* cierta conexión entre la época de la concepción y nacimiento y los desórdenes mentales, y que hay mayores posibilidades de que ocurran deficiencias mentales en niños nacidos en el invierno que en otras estaciones. Los niños concebidos en el verano reducen el ingreso de proteínas en el organismo de la mujer embarazada.

Después del nacimiento, los sacerdotes consultaban el horóscopo para determinar el momento oportuno de proporcionarle un nombre al pequeño, considerando cuándo había sido concebido. Los nombres se daban sólo en días de buen augurio; la ceremonia se posponía hasta entonces. Una vez aplicado el nombre, éste venía a ser el distintivo de la persona que lo portaba. Los nombres masculinos (*paal kaba*)

empezaban con el prefijo masculino “ah”, y los femeninos con “Ix”.^① El nombre *naal kaba* que se adoptaba al casarse, estaba compuesto del prefijo “Nah”, el matronímico de la madre y el patronímico del padre. Landa nos menciona como ejemplo un hombre llamado Na Chan Chel; Chan era el nombre de soltera de su madre y Chel el de la familia de su padre. De este modo, los nombres de las familias, tanto del padre como de la madre, se perpetuaban.

Como ya se ha dicho, los mayas creían que todos los que llevaran el mismo apellido pertenecían a una sola familia, lo cual señala el origen de clan del sistema. Toda persona que ostentara el mismo nombre era tratada como parte del clan familiar aun cuando no pudiera demostrar con claridad sus antecedentes genealógicos. La exogamia del nombre sigue vigente en Yucatán, y hasta la fecha perdura el tabú de no casarse entre sí, gente que lleve el mismo apellido.

La herencia era patrilineal. Los hijos heredaban y dividían lo que el padre había acumulado, actuando la madre como guardiana y, a falta de ella, el hermano del padre difunto. Cuando los hijos llegaban a la mayoría de edad, se les entregaba dicha herencia ante los funcionarios del pueblo, lo cual ilustra el sistema primitivo de “la legalidad por medio de la publicidad”.

A la edad de la pubertad (en las niñas a los doce años y en los hombrecitos a los catorce), se verificaba una ceremonia de la “mayoría de edad”. Esta costumbre, *emku*, fue presenciada por

① Algunos nombres típicos de varones: Ah Kukum (pluma), Ah Cuy (lechuza), Ah Tok (cuchillo de pedernal), Ah Balam (jaguar). Otros femeninos: Ix Chan, Ix Can, Ix Kukul.

Diego de Landa quien la describe minuciosamente, con la salvedad de que debido a su inocencia, creyó que era un bautismo. Los padres que tenían hijos púberes se cotizaban para asumir en conjunto los gastos, en la misma forma que hoy las madres socialmente ambiciosas presentan a sus hijas en sociedad por medio de un baile cotillón colectivo. En cualquier día designado como propicio, los honorables ancianos, *chacs*, eran seleccionados para ayudar a oficiar al sacerdote, *chilan*. Antes de la ceremonia, tanto los padres como los oficiantes debían abstenerse de alimentos y tener contacto sexual. El patio enfrente del templo se aseaba y se esparcían hojas en él. En sus cuatro esquinas se sentaban los *chacs* sosteniendo una cuerda. Dentro del cuadro así formado, quedaban los jóvenes.

El *chilan* les purificaba con copal y humo de tabaco y les pedía que “confesaran sus pecados”. Esta última es una interpretación de Landa y no hay quien pueda contradecirle, por lo que la dejaremos así. Si alguno de los presentes confesaba haber cometido un “acto obsceno”, era expulsado del círculo. Para los primitivos, la confesión era algo imperativo. Si había alguien que estuviese “manchado” y no lo confesara, le sobrevenia una proscripción social; pero la confesión hacía que el mal quedara inoperante. Por lo tanto, los primitivos, antes de afrontar algo que pudiera perjudicarles, preferían confesar, evitándose así el desprecio de la comunidad.

El agua es la gran purificadora, no sólo entre los hombres primitivos, sino también en nuestras religiones “civilizadas”. Al término de la larga ceremonia, después de haber sido amonestados los jóvenes y de que los *chacs* recitaran añejas homilias recomendando el respeto a los padres, a la sociedad, etc., los sacerdotes procedían a colocarse sus vestimentas adornadas con plumas y sus tocados o penachos, tras de lo cual ungían a cada joven con “agua virgen”,



Fig. 13. Ceremonia de la mayoría de edad (las mujeres a los doce años, los hombres a los catorce). La cuerda es sostenida por cuatro *chacs* que detienen al “mal”, mientras los jóvenes son purificados por un sacerdote

“mostrando —dice Landa—, exactamente la misma gravedad del Papa al coronar a un emperador”.

Luego, los jóvenes varones se quitaban la cuenta blanca que les había sido adherida en la parte superior de su tonsurado cráneo desde el nacimiento. Las madres se arrodillaban y retiraban “de la región central del cuerpo de sus hijas... la pequeña concha que acostumbraban llevar como símbolo de su pureza”. Insiste Landa en decir que: “era una acción sumamente deshonrosa para un hombre el quitárselas antes de esa ceremonia”. No lo era menos entre los

griegos: el hombre que osaba quitar el *aegis*, la túnica de castidad hecha de piel de cabra, usada por las muchachas libias, por lo menos sin el consentimiento de la interfecta (de ahí la profiláctica máscara de Gorgón que se llevaba encima del cinturón de castidad), era condenado a muerte. Retirada la concha, las jóvenes podían "casarse con quienes les destinaran sus padres". En la actualidad, las matronas que presentan en sociedad a sus hijas están ejecutando una costumbre antigua; es como si se arrodillasen igual que las madres mayas y retirasen la pequeña concha.

Los varones jóvenes sentían un gran respeto hacia sus mayores; obedecían a sus padres y trabajaban con ellos. La camaradería entre hijos y padres era notoria. Estos ayudaban a aquéllos a elegir novia y les daban consejos en asuntos matrimoniales. Desde sus primeros años el muchacho seguía a su padre a la *mitpa* del maíz. La educación se llevaba a cabo por imitación, siendo el aprendizaje de memoria, sin comprender antes; el conocimiento era seguido por la observación. Los muchachos cazaban y aprendían la Naturaleza. Se les decía y ellos lo aceptaban que todo poseía un alma. Dirigían sus plegarias a los dioses de la tierra, que para ellos eran seres vivientes. Cuando cazaban, murmuraban una plegaria antes de matar la pieza: "La necesito". Y cuando la habían cobrado, se hacían un amuleto del animal, a fin de que otros animales, en el futuro, se dejaran matar para satisfacer sus necesidades. Pero más bien que comerse la presa, el muchacho la daba a otros, quienes le devolvían un trozo. Esto era con el fin de que el animal no pensara que su cazador carecía de respeto hacia él. Hasta qué punto puede ser antiguo este procedimiento, se ve en el Tirol austriaco, en donde el cazador no come la gamuza cobrada, sino que solamente se lleva consigo la cabeza y los cuernos y, además, simbólicamente, las ijadas. Una

pequeña porción del pelaje lo convierten en un *gamsbart*, que colocan como adorno en su sombrero de caza. La cabeza con su cornamenta es disecada y montada, conservándola como trofeo, lo cual podría decirse que viene a ser algo así como el amuleto de los hombres primitivos.

La moralidad maya era de grupo, y la cooperación del individuo con los demás de su comunidad constituía una "virtud". La costumbre exigía que los mayas fuesen hospitalarios y proporcionasen a sus huéspedes alimento y bebida. El joven aprendía por la costumbre, que cuando acudiese de visita a alguna casa, debía llevar siempre un regalo. Tenía que ser humilde y repetir una y otra vez el título de las personas, especialmente si se dirigía a un señor. Otra costumbre prescribía que al escuchar lo que le estaba diciendo un interlocutor, emitiera un suave sonido afirmativo como diciendo: "Desde luego", "No me diga". "Si así lo dice usted".

Debido a que todas las cosas en el mundo maya poseían vida, sensibilidad y alma, los objetos fabricados por los seres humanos recibían algo del alma de su creador. El robo era una aberración (a menos que estuviese sancionado por una guerra entre tribus, en cuyo caso todo se permitía como ocurre en nuestros tiempos). Los escribas mayas han afirmado: "Con anterioridad a la venida de los españoles no había robos ni violencias. La invasión española fue el principio de los tributos, de los pagos a la iglesia, el principio de las contiendas".^①

① Los mayas exigían tributos a los vencidos y practicaban la esclavitud. Sin embargo, al verse frente a la nueva amenaza proveniente del exterior, todo quedó olvidado, lo cual nos hace pensar en la validez del apotegma de Nietzsche: ¡Yo lo hice!, afirma mi memoria; ¡No pude haberlo hecho!, dice mi conciencia inexorable. Eventualmente es mi memoria la que se rinde".

Este código moral era esencialmente tan antiguo como los mayas mismos. La cooperación del clan, el respeto por la familia y la disciplina personal contribuyeron a lo que Eric Thompson creyó ser una expresión viviente del lema delfico: "Nada en exceso". Este retrato idealizado de los mayas, no coincide con la violencia y desenfreno mostrados en los murales de Bonampak. No estaban libres de las explosiones de salvajismo, más que otros pueblos. Es de dudarse mucho que los mayas fuesen más conservadores que los griegos que escribieron dicho lema e interpretaron su "significado". Desde luego que no implicaba, como expresa un moderno autor: "una ausencia de tensión y falta de pasión, sino la tensión correcta".

Las hijas eran imágenes de sus madres, disciplinadas desde el principio y hechas a la repetición de acciones útiles. Se les reprendía; se les castigaba tirándoles de las orejas y si persistían, frotándoles chile rojo en los ojos. Aprendían a elaborar tortillas, a hilar y tejer el algodón; y también a rezar aquellas oraciones que correspondían a su posición dentro del mundo maya. De una manera que puede decirse instintiva, desde que nacían ya eran viejas y estaban más arraigadas a la tierra que los hombres. Estos hicieron la historia; pero las mujeres son historia y ellas sabían que el gran calendario maya estaba basado en su ciclo menstrual. Ellas eran las productoras, el fundamento. Como sucedía con los aztecas, así ocurrió con los mayas: cuando una mujer moría de parto, era honrada como una heroína.

A la mujer maya no se le permitía penetrar en los templos o tomar parte en las ceremonias religiosas; pero, a pesar de todo, era la reina y señora.

Como las mujeres de todo el mundo, su principal conquista era el hombre.

10. La agricultura maya

El maíz era el epicentro del mundo maya.

El campo en que se le sembraba, el *col*, constituía su mayor preocupación; “la mayoría de ellos eran labriegos... se dedicaban al cultivo del maíz...”, dice Diego de Landa. Estas observaciones han quedado confirmadas por otro sacerdote en un documento del siglo XVI escrito en la altiplanicie maya: “Si uno se fija con cuidado, notará que todo lo que hacen o hablan estos indios se relaciona con el maíz...”. Este grano es antiguo; la última fecha que se sabe por medio de los hallazgos de maíz en Bat Caves, Nuevo México, Estados Unidos de Norteamérica, lo fija como planta cultivada con anterioridad al año 2000 a. de J. C. El doctor Paul Mangelsdorf, cuyos estudios sobre el origen del maíz en el Continente Americano son clásicos (no contienen nada de especulaciones), opina que “ las especies actuales de maíz en México... son el producto de 4.000 años o más de evolución bajo cultivos”. Su lugar de procedencia dentro de la América no ha podido ser establecido.

Los mayas consideraron el maíz como una planta ya desarrollada. En su creencia, siempre existió algo sagrado en el cultivo de esta gramínea. Se representaba por un joven y bello dios a quien se le ofrecían plegarias. La cabeza de Yum Kaax^① descubierta en las ruinas de Copán, se cuenta entre las más sensitivas del arte primitivo americano.

Los métodos agrícolas parecen no haber cambiado mucho desde

① Yum Kaax, quien se cree es el dios del maíz, se representa siempre joven y portando una mazorca de maíz en su tocado.

los primeros tiempos. Los mayas derribaban árboles y arbustos valiéndose de hachas de piedra (*bat*) y los quemaban durante la estación seca. Removían la tierra con un palo endurecido en el fuego (*xul*). A cada indio se le asignaba por el clan una porción de sembradío de maíz, o sea un *hun uinic*, de 120 metros cuadrados. La tierra era propiedad de la comunidad "... La tierra se poseía en común y por tal motivo no existían límites o mojoneras entre las poblaciones para dividirla, excepto cuando una (ciudad Estado) le hacía la guerra a la otra...". La técnica del cultivo del maíz era la misma que en el resto de América: derribar árboles, quemarlos, cercar, plantar, escardar, doblar los tallos en la época de la cosecha (para disuadir a los pájaros), recolectar las mazorcas y desgranar. Los mayas conservaban el grano en almacenes; "lo guardaban en muy buenos graneros subterráneos a los que llamaban *chultunes*".

Como ya se expresó, el agua era, entre los mayas, un problema constante. Los indios del interior construían grandes depósitos para almacenarla. En Tikal había uno inmenso en una profunda barranca, para lo cual recubrieron de argamasa la piedra porosa y todo lo protegieron con un dique de albañilería. La ubicación de Piedras Negras, Palenque y Yaxchilan se hizo junto a ríos. Cobá, en Yucatán, erigióse felizmente entre dos lagos; pero la mayoría de las ciudades tenían como único manantial de abastecimiento un pozo; el *cenote*. Los agricultores mayas hacían lo posible porque sus milpas quedasen lo más cerca posible de los *cenotes*, que en general se hallaban entre cuatro y veinticinco kilómetros del centro del poblado. Al necesitar nuevos campos de cultivo, la tendencia era alejarse más y más de la ciudad o aldea. Esto es indudable que con el tiempo llegó a debilitar los lazos con la ciudad Estado. La descentralización agrícola bien pudo ser uno de los factores que aflojaran la estructura

social del "Antiguo Imperio", contribuyendo a la desintegración de las ciudades.

Entre enero y febrero, al llegar las primeras lluvias ligeras, se derribaban los árboles. De marzo a mayo se extendía la estación seca y calurosa; los árboles se cubrían de flores y se procedía a quemar los troncos que se habían tirado al suelo. Entre estos últimos se seleccionaban los de mayor tamaño para ser arrastrados hasta las orillas del terreno y fabricar una primitiva pero útil empalizada, a fin de evitar las incursiones de los venados y otros animales. La ceniza de los árboles y arbustos quemados se removía extendiéndola y con ello quedaba lista la tierra para el cultivo. De junio a agosto caían las lluvias copiosas. ① Estos eran los meses en que se sembraba.

La siembra se controlaba por medio de un ritual. El maíz, don de los dioses, era sagrado, y su siembra tenía que efectuarse siguiendo el rito apropiado. Se invocaba el auxilio del dios de la lluvia, Choc, y se escogía, para la siembra aquellos días en que debería llover, a fin de que las semillas germinaran. La astronomía era astrología en su mayor parte. Pero el calendario para la siembra se basaba en observaciones empíricas. En uno de los códices maya se lee: "Este es el registro de los sucesos del año del *uinal*...". En realidad se trata de la previsión del tiempo basada en las observaciones hechas en años anteriores. En el noveno mes, *Chen* (la Luna) y en el décimo, *Yax* (Venus), se verificaba la siembra en

① Las lluvias son abundantes en las regiones selváticas, siendo la precipitación anual de cerca de dos metros. En El Petén (cerca de las primeras grandes ciudades mayas: Tikal, Uaxactún, etc.) alcanza 165 centímetros al año; en Yucatán 110 centímetros. Hay una elevada precipitación pluvial; pero el agua no es retenida por la escasa capa de tierra: se filtra a través de la caliza porosa cayendo a los *cenotes* a 30 metros de la superficie. Algo de agua se queda en bolsas llamadas *aguadas*.

los días propicios. Las interpretaciones típicas del calendario de siembra maya son las siguientes: “Cimi, el quinto día del décimo nono mes Caz (v. g. julio)... día malo para la siembra... ejecutando los sortilegios para la lluvia habrá un buen aguacero... El mes y día de 9 Cobán (agosto)... buen día, propicio, fuertes lluvias, bueno para la siembra en general”.

Para cada uno de los detalles de la siembra, cultivo y cosecha existía un ritual, el cual, en su mayor parte, se basaba en las cuidadosas observaciones hechas por el hombre ligado a la tierra que las comunicaba a los sacerdotes escribas. Estos las registraban en escritura jeroglífica para que pudiera recordarse. El doctor Morley descubrió en el curso de excavaciones hechas por él en las ruinas de Copán, Honduras, que dos señales de piedra se hallaban colocadas a siete kilómetros una de otra, en posición tal, que los rayos del sol caían directamente en línea con ellas el 12 de abril y el 7 de septiembre. Se piensa que el 12 de abril era la fecha designada para quemar la maleza en los terrenos alrededor de Copán.

Chac era el dios de la lluvia. Se le representaba como el dios de la nariz larga en los glifos de los libros, la escultura y en las pinturas murales. Sus ojos, en forma de T sugerían lágrimas y, simbólicamente, lluvia. Su importancia en el panteón maya puede juzgarse por el hecho de que el glifo nombre Chac ocurre doscientas dieciocho veces en los tres códices mayas que han sobrevivido. Chac era una deidad benévola y se le consideraba como amigo del hombre. El agricultor maya siempre le invocaba al ir a sembrar. El era *el* dios. Por tal motivo, en los meses de Chen y Yax se hacían grandes festividades en su honor. (Ver el capítulo sobre Religión, pág. 161)

La siembra se hacía de una manera sencilla y efectiva. Todo lo

que se requería era una bolsa para los granos de maíz y un palo aguzado, con la punta endurecida al fuego, para hacer hoyos en el suelo. Practicados éstos a una profundidad de diez a trece centímetros, se dejaban caer en ellos de tres a seis granos. Hecho esto, con la ayuda y protección de Chac, se procedía a desmalezar los campos para después esperar a que el maíz germinara y creciera. “Y cuando llueve—exclama asombrado Diego de Landa—es maravilloso ver cómo crece el maíz”. Septiembre y octubre traían lluvias ligeras; pero también había los meses en que sobrevenían huracanes. En noviembre, cuando el tiempo era fresco y seco, doblaban las mazorcas hacia abajo para protegerlas de los pájaros. Al secarse, las desprendían.

¿Cuál era el rendimiento? Por cuidadosos y completos estudios hechos en Yucatán en un lapso de más de diez años, se ha logrado tener una idea más clara del monto a que ascendían las cosechas de maíz. En cuanto al número de terreno de ciento veinte metros cuadrados que sembraban los agricultores mayas, no lo sabemos con exactitud. “Sembraban en muchos lugares a la vez, para que si fallaba alguno, con el producto de los otros tuvieran suficiente”. El rendimiento de un campo dado, variaba. La producción era más elevada en las áreas húmedas que en Yucatán, donde fueron realizados los estudios estadísticos. El campesino actual yucateco siembra un promedio de 48.564 metros cuadrados. Ciento noventa días del año los dedica a preparar el terreno, quemar, sembrar, desmalezar, cosechar. La milpa media produce 59 hectólitros al año. Una familia media de cinco personas consume 2,971 Kg. de maíz por día, o sea 22 hectólitros, incluyendo el que se emplea para la alimentación del ganado. Con el fruto de sus 190 días de trabajo, el maya alimenta a toda su familia y todavía le queda un excedente de

35 hectólitros, que utiliza para adquirir los artículos que él no puede producir. Se supone que como en la antigüedad los mayas cultivaban menos que en el presente y no tenían animales de tiro, su trabajo agrícola le llevaba sólo 48 días del año. En el tiempo que le quedaba de nueve a diez meses por año, se dedicaba a construir las grandiosas ciudades Estado.

Los mayas cultivaban otras muchas cosas aparte del maíz. En el mismo sembradío y usando el tallo de dicha gramínea como apoyo, sembraban frijol y, extendidas en la tierra, calabazas. A la orilla de los campos crecía el chile o bien lo sembraban en sus casas como planta de ornato. En terrenos por separado, en las áreas calurosas, cultivaban patatas dulces. También la dulce casava (*dzin*) era conocida por ellos y el *chicham* (del mexicano *xicamatl*) tubérculo parecido al nabo. Contaban con una sabrosa legumbre mexicana, el *chayote*, fruto de una trepadora, el cual, cuando se cocina, tiene un gusto parecido al de la calabaza blanda de verano. En el jardincillo que rodeaba sus hogares, el maya plantaba papayas (*haax*) “fruta que apreciaban grandemente”. El aguacate (*u cheel*) “árbol muy grande y fresco, de fruto sabrosísimo” se daba en bosquecillos, en tanto que la saponaria “crecía cerca de sus casas, pues aprovechaban las raíces del mismo como jabón para lavar la ropa”.

El fruto del árbol *achiote*, mencionado antes como fuente de color, se utilizaba también como alimento, para “colorear sus guisos como si fuese azafrán”. El calabazo, producía frutos grandes pero no comestibles, del tamaño de un melón, cuya cáscara intacta se usaba como receptáculo de líquidos o como vaso para beberlos, siendo, como dice Diego de Landa, “decorados hermosamente con pinturas”. También cultivaban el *balche*, árbol cuya corteza proporcionaba el poderoso alcaloide que agregaban al aguamiel.

Aprovechaban la fibra del cáñamo “con la cual hacían un sinnúmero de cosas”, sandalias, cuerdas, cordeles para arcos, para pescar, etc. El algodón era de dos clases y cultivaban ambas “recolectándolo en asombrosas cantidades”. Tenía una gran importancia desde el punto de vista económico, porque con él tejían sus mantas. La ceiba (*piim*) un árbol sagrado, que se suponía era el apoyo del cielo, rendía un algodón magnífico que utilizaban como almohada. El sapodilla o “árbol del chicle”(ya), fuente de nuestra moderna goma de mascar, es un gran árbol tropical que llega a alcanzar una altura de dieciocho a veinte metros. Los mayas hervían su savia hasta convertirla en una masa pegajosa y con ella hacían cerbatanas; además, la empleaban para pegar cuando requerían una goma o pegamento resistente. También constituía un objeto de comercio; los niños mayas la masticaban y le daban por nombre *cha*. La búsqueda del chicle para cubrir las modernas costumbres, ha significado mucho para la arqueología; son numerosas las ruinas descubiertas por los *chicleros*, quienes pasan la temporada de lluvias localizando sapodillas.

El copal, que proporcionaba una resina que se quemaba en todas las ceremonias religiosas, “era una mercancía con la que se comerciaba mucho”, según escribe Landa. El cedro (*kuche*, que quería decir “árbol de Dios”) se empleaba en la manufactura de grandes piraguas. El “palo del Brasil”, famosa madera de tinte llamado *cachte* “cuando era colocado en el agua la volvía roja”, se usaba para teñir el tejido de algodón. Abundaban las palmas y sus hojas servían para techar las chozas. El cacao se daba en ambos extremos del dominio maya; Tabasco al noroeste y Honduras al sudeste. Era la bebida favorita de los mayas y los agricultores de Tabasco le daban preferencia a su cultivo, a veces con detrimento del

tradicional maíz y comerciaban con ese “oro de la tierra” en trueque de lo que necesitaban.

Una fruta no era nativa del país maya: “Había muchos plátanos. . . los españoles los trajeron; porque antes no había”.

Las sequías eran frecuentes e intensas, y sus “desastrosas consecuencias desempeñaban un importante papel en la literatura maya”. Como ya se expresó anteriormente las lluvias eran abundantes; pero la mayor parte de las tierras bajas tenían apenas una delgada capa de tierra sobre la piedra caliza viva (“. . . es un país con tan poca tierra como jamás había yo visto”, afirma Diego de Landa). La lluvia se filtraba a través de la porosa piedra congregándose en cisternas naturales. Los mayas trataban de evitar esto y para ello las fabricaban artificialmente. Durante la estación de lluvias recolectaban el agua que caía en los techos por medio de canalones de argamasa que la conducían hasta unos pozos, a los cuales techaban con cuidado para impedir la evaporación por el calor. Tikal, a pesar de que era una de las zonas más húmedas, padecía frecuentemente sequías. Allí los ingenieros recubrieron de cemento o argamasa toda una grieta de caliza porosa alrededor de la plaza principal, para formar un depósito de gran capacidad. Por encima del mismo pasaban caminos que servían para el tránsito y como diques. Pero todo esto de nada servía para el cultivo del maíz. Cuando las lluvias no se sucedían a intervalos regulares, el suelo rápidamente se ponía seco y agrietado, endureciéndose hasta parecer cemento.

Cuando ocurría esto (y se deduce que era muy seguido por las frecuentes impetraciones a los dioses de la lluvia), los mayas abandonaban sus ciudades y se dirigían a los bosques, donde toda su alimentación se reducía a las cortezas de los árboles. Los ancianos,

incapacitados para irse con los demás, eran abandonados para que murieran. Con motivo de estas sequías también se llevaban a efecto sacrificios humanos. Otras tribus mexicanas sufrían de grave manera y por la misma causa, los aztecas sacrificaban millares de seres humanos para propiciar a los dioses de la lluvia.

Uno de los enigmas mayas es el de su cerrazón mental neolítica, que les impedía idear un medio de aprovechar los mantos de agua que yacían por debajo de la superficie. Landa observa que eran “contados los sitios en que se escarba, que no brote agua, a veces a un metro de profundidad”. Las técnicas de irrigación son indispensables en el progreso agrícola. Las civilizaciones preincaicas del Perú, cuyas costas carentes de lluvia constituían un verdadero desafío para la mentalidad primitiva, muy superior al que tenían que enfrentar los mayas; resolvieron sus problemas construyendo un perfecto sistema de acueductos para la irrigación, siendo conducida a veces el agua hasta distancias de centenares de kilómetros.

Aun cuando los mayas fueron capaces de perfeccionar un calendario tan eficaz como el de los egipcios y griegos, y erigieron ciudades de piedra en el seno de la jungla, utilizaban la rueda sólo en los juguetes de sus niños. No hubiera trascendido mucho de la técnica maya el instalar una rueda o noria que hundiéndose en los enormes *cenotes* hubiera llevado el agua hasta la superficie, acarreándola, por medio de un acueducto hasta sus campos cultivados. En las áridas Numidia y Mauretania (actualmente Argelia y Marruecos), los romanos utilizaron depósitos, estanques y cisternas subterráneas, conectándolas por medio de canales y acueductos para desalojar el agua hasta los sembrados y las casas. Los túneles para la conducción del líquido, ampliamente usados por los reyes aqueménidas en Persia (alrededor del 600 a. de J. C.) y más

tarde introducidos en el árido Egipto, fueron el producto del empleo inteligente de elevaciones y del flujo natural del agua para hacerla llegar hasta las áreas secas. Esto mismo no hubiera presentado dificultad alguna para los mayas. La rueda gigantesca construida por Augusto en el año 113 d. de J. C. en la población de Fayum, en Egipto, sacaba el preciado líquido del Nilo por impulso humano, que era llevado hasta unos depósitos de los cuales corría hasta fuentes, baños, una cervecería y dos sinagogas. Un dispositivo así no estaba fuera del alcance o posibilidades de los mayas.

Existía un bloqueo mental en contra del principio de la rueda en las Américas, en donde el hombre era a la vez bestia de carga y de tiro. Ninguno de los empleos prácticos de la rueda, en cualesquiera de sus formas, fue conocido, y se tratara de poleas, arcos, rueda para rodar, molino de mano rotatorio, rueda de alfarero y noria. Si hubieran contado los mayas con esta última en el terrible año de 1464 en que a la sequía siguió una invasión de acridios tan numerosa que el peso de las nubes de langosta quebraba las ramas de los grandes árboles en que se posaban y arrasó la tierra hasta “no quedar nada verde”, habrían podido sobrevivir y capear el terrible huracán que siguió destruyendo casas, árboles y sembradíos. “Pasando todo esto, la tierra de Yucatán quedó tan desprovista de árboles que... al pasar uno la mirada por todas partes desde un punto elevado, parecía como si el país entero hubiese sido cortado al ras con tijeras...”.

11. El tributo

Tan sólo los dioses parecen haber sido capaces de crear algo de la nada. Precisamente el que no pueda salir nada de la nada, es la razón

de los tributos. Los romanos les llamaban *taxare*, que quiere decir "tocar con fuerza", y la inmensa mayoría de las personas en todas las épocas lo han considerado como una carga. Para los mayas, cuya mayor aproximación al dinero era el grano del cacao, el tributo se pagaba en forma de trabajo gratuito.

Conocemos poco de sus detalles. En el caso de los aztecas si tenemos alguna idea de cómo a cada clan o *calpulli* se le fijaba su tributación colectiva. Los dibujos aztecas nos dan una idea precisa de la forma que guardaban los tributos que tenían que pagar los pueblos conquistados. Ese otro Estado teocrático, el de los incas, contaba con una especie de tributo por medio del trabajo, llamado *mit'a*, por el cual, todos los hombres capaces quedaban obligados de proporcionar trabajo gratuito al Estado, servicio éste que se registraba en una cuerda con nudos (*quipu*). Aunque es posible que los mayas también hayan registrado sus pagos de la misma manera, no ha llegado noticia hasta nosotros.

Las civilizaciones del Cercano Oriente, los sumerios y mesopotámicos, llevaban cuentas exactas de las entregas en escritura cuneiforme y se cree que esta necesidad estimuló la invención y perfeccionamiento de la escritura. Esto también es cierto de los aztecas. Por los glifos de nombres en sus libros de tributos, sabemos las poblaciones precisas que quedaban dentro de la órbita azteca. Si acaso llegaron a existir dichas crónicas o listas entre los mayas, los misioneros, exagerando su celo, deben haberlas destruido.

El maíz constituía el primero de los pagos. Parte de los excedentes del campesino se entregaba al cobrador de impuestos (*batab*), quien lo depositaba en los almacenes del "Estado". Luego, como entrega en forma de mano de obra, los campos de maíz de la nobleza y el sacerdocio, eran cultivados y trabajados por los

campesinos. Escribe Landa: “Ellos (la gente común) mejoraban las tierras de los señores... plantando los árboles del vino (*balche*), y sembrando algodón, chile y maíz”.

La construcción de casas o edificios formaban también parte del tributo de mano de obra. Las casas de las clases rectoras eran levantadas por el pueblo, y por cuenta de éste. Los caminos carreteros se hacían con dicha mano de obra impositiva y se realizaba por prestación vecinal de los clanes que vivían a la vera del camino. A la nobleza se le transportaba en andas, como los “reyes” aztecas que se trasladaban así a distancias cortas. Los nobles incas acostumbraban la litera como medio de transporte y viaje, contando con grupos de tribeños resistentes y escogidos, que les llevaban auestas por millares de kilómetros. No sabemos si la litera era usada por los mayas; pero “cuando los señores salían de sus tierras, se llevaban consigo a muchísima gente”.

La construcción de edificios públicos representaba el tipo principal de pago con mano de obra. Es claramente apreciable que tan grandes centros religiosos, ciudades-templo como Tikal—ciudad que cubría cientos de kilómetros cuadrados, completa con sus depósitos de agua, grandiosas carreras terraplenadas y patios para el juego de pelota, cuyos muros ostentan relieves complicados—presuponen una organización social compleja y el uso efectivo de mano de obra gratuita. El indio siempre estaba dispuesto a trabajar en la construcción de una ciudad-templo, porque al final sería en su beneficio. Todos anhelaban ganarse el favor de los dioses. Sería equivocado el creer que esto era un trabajo forzado, de esclavos. Era enteramente distinto a la clase de trabajo que más tarde iba a resentir el maya de sus conquistadores blancos, pues éste beneficiaba a los españoles, no a los indios.

Muchos, en la sociedad maya, estaban exentos de pagar el tributo. La nobleza, el sacerdocio y los funcionarios civiles y militares, vivían de las entregas pagadas por los hombres de condición inferior. En adición a éstos, un número considerable de artesanos que decoraban los templos, labraban las estelas y dirigían, o bien ellos mismos esculpían los dinteles de madera y las máscaras para los actores, se sostenían con los excedentes acumulados en las cámaras de almacenamiento oficiales, por los tributarios mayas.

Los dioses, no importa el disfraz que porten, siempre le han costado mucho a México.

12. Tejidos

IX Chebel Yax, hija de la diosa del embarazo, era la patrona de los tejedores. Eric Thompson opina que Ix Azal Uoh, la esposa del dios sol, era la diosa de los tejedores; que Ix Zacal Nok era la "señora tejedora de mantas" y que la figura mostrada en el *códice Tro-Cortesiano* (102, b. c. d.) tal vez represente a la diosa hilando. Si esto es cierto, hay que reconocer que el doctor Thompson ha pasado más tiempo que cualquier otro hombre, explorando y escribiendo acerca de los mayas.

Como el tejer era tarea femenina y como las mujeres casi siempre estaban embarazadas, la asociación entre ambas actividades, que de otra manera no tienen relación alguna entre sí, es explicable.

Se tejía para el consumo doméstico y para comerciar. Las mujeres gustaban mucho de los *huipiles*, que ellas mismas vestían, y también los taparrabos para sus hombres. Por desgracia, carecemos de muestras de estos atavíos, aparte de su representación en los

murales, cerámica y escultura. Hasta donde sabemos, el arte de tejer de los mayas era secular. A diferencia de los incas, no designaban mujeres "selectas" para que vivieran y tejieran en los recintos sagrados.

Hilar siempre ha sido oficio exclusivo de la mujer. Los instrumentos tienen un carácter simbólico; a la mujer soltera la llamamos hilandera^① y dicese que la mujer está "del lado de la rueca"^② seguramente porque la madeja siempre se hilaba desde una rueca sostenida bajo el brazo.



Fig. 14. Ix Chebel Yax, diosa del tejido. Era hija de Ixchel, diosa del embarazo, y esposa de Itzamna, el dios maya de los conocimientos. Tomado del *códice Tro-Cortesiano*

El huso es algo universal. El de los mayas consistía en un palillo de veinticinco a treinta centímetros de largo, con un disco de arcilla cocida como balance o volante colocado a unos ocho centímetros de uno de los extremos. Se hilaba haciendo girar el huso dentro de un

① En el idioma inglés, hilar es *to spin*; hilandera o solterona; *spinster*. De ahí la deducción del autor. (N. del T.)

② Alusión a un dicho común en los pueblos de habla inglesa. (N. del T.)

pequeño plato de arcilla. Estos instrumentos son lo único que sobrevive del modo de tejer de los mayas.

El algodón se “cosechaba en asombrosas cantidades y crece en todas partes de la tierra... y se dan dos clases de él”. Una era anual “...la siembran cada año”. La otra perenne, una especie arbórea (*Gossypium herbaceum*) y como su clasificación lo sugiere, “dura de cinco a seis años produciendo el algodón anualmente”. El algodón y su distribución constituyen un fascinante problema botánico y antropológico. Los orígenes de la palabra griega “algodón” apuntan hacia la India, allá por el año 2500 a. de J. C.; pero aún antes de esa fecha debió conocerse dicha planta. Fue familiar para los griegos a través de las conquistas de Alejandro el Grande (323 a. de J. C.). Teofrasto dice que los hindúes plantaban en filas el algodón y su contemporáneo Aristóbulo informa que separaban las semillas de las cápsulas y peinaban la fibra. El algodón no aparece en el valle del Nilo sino hasta el 500 a. de J. C. (en el Perú se le conocía desde el 2000 a. de J. C.) y su denominación era “lana de árbol”. Los romanos manufacturaron artículos de algodón en gran escala, en Malta, con material procedente de Egipto. Este “árbol del algodón” era conocido y utilizado por las culturas preincaicas y se desarrollaba en las tierras secas costeras cercanas a Piura.

El teñido se efectuaba antes de hacer el tejido. Los colores, tanto vegetales como minerales, eran divisas. El negro representaba la guerra, ya que las puntas de flechas y lanzas eran de obsidiana; este color se obtenía del carbón. El amarillo, color del maíz maduro, era el símbolo de los alimentos; lo extraían del hidróxido de hierro. El rojo era la divisa de la sangre y provenía de varias fuentes: del óxido de hierro rojo y del *achiote* y “palo del Brasil”. La cochinilla, *mukay*, era tenida en mucho aprecio “la mejor de las Indias es la que

procede de tierras secas”. Se obtenía de insectos que los niños mayas “pastoreaban como vacas” en los cactus. En el siglo XVI, se criaban en Italia y Grecia cochinillas que rendían un buen color; llegaron a sustituir todas las demás fuentes de tinte rojo.

El color azul era el símbolo del sacrificio. Ese “azul maya” tan especial que se destaca vívidamente en los murales de Bonampak, salía de una sustancia mineral que no ha sido identificada. “Diferentes clases de colores se obtenían de tintes de ciertos árboles”. Los mayas empleaban también el jugo del tomate silvestre, de la zarzamora y el verdinegro aguacate. Sin embargo, el color más



Fig. 15. El huso para hilar es un artefacto universal. Al palillo se le hacía girar en una pequeña vasija de arcilla como se ve en esta ilustración tomada de un códice mexicano

apreciado pero al mismo tiempo el más difícil de obtener, era el púrpura, que procedía de un molusco (*Purpura patula*), y que casi era igual a la célebre púrpura tiria que se derivaba de varias especies de moluscos; murex y púrpura. Los tintes se maceraban en morteros de piedra que a veces se han encontrado en las tumbas. Los colores secos eran guardados en bolsas pequeñas, que no hemos visto entre los mayas, pero cuya contrapartida en el Perú se preserva hasta la

fecha.

La invención aislada, independiente, es un hecho arqueológico. Pueblos que viven en iguales condiciones geográficas, tendrán parecido en lo que se refiere a varias de sus prácticas. Al igual de los mayas, los egipcios utilizaban carbón para colorear de negro y obtenían la púrpura del molusco Púrpura. Los tejedores en la antigüedad necesitaban un mordente para fijar los tintes. Los peruanos empleaban el cobre. Los mayas primeramente usaron la orina, como los aztecas y egipcios. Que éste era el fijador acostumbrado en Egipto, lo atestigua un papiro fechado el año 2000 a. de J. C.: "... sus manos ardían (se refiere a un tintorero trabajando en la tinaja de orina) y aborrecía la vista misma de las telas". Al extenderse el comercio de telas, los mayas conseguían el alumbre en la altiplanicie mexicana, para usarlo como mordente, astringente y preservativo de las pieles. El blanquecino astringente llamado alumbre, procedía de territorio dominado por los aztecas y se llevaba al centro comercial de Xicalanco por las delegaciones comerciales. (Los pueblos de las tierras clásicas acostumbraban el sulfato de aluminio para fijar los tintes en las fibras textiles. Le llamaban "alumbre de Yemen" y fue objeto de un amplio comercio desde los tiempos más remotos. El alumbre se usó mucho como mordente o fijador en Europa, durante la Edad Media.)

El telar maya era idéntico al de las demás tribus americanas. Tenía una vara horizontal que se fijaba a un poste o árbol. La urdidumbre se sujetaba a la vara inferior de madera (*xunche*) que tenía una gruesa cuerda de fibra (*yamal*) la cual rodeaba las amplias posaderas de la tejedora. Los fundamentos del arte de tejer varían poco, trátase de aztecas, incas, egipcios, griegos, romanos o mayas. La trama se entrelaza con la urdidumbre. Pero la disposición de los

colores y el dibujo son el arte mismo, el genio al tejer. Los diseños producidos en estos telares mayas deben haber sido fantásticos, juzgando por la escasa evidencia que se muestra en sus murales, esculturas y vasijas decoradas. Se hacían telas de pelo de conejo procedente de México, otras se entretejían con pluma formando mosaicos y acolchonaban manta con algodón remojándola en salmuera para ser utilizada como armadura en la guerra. Los diseños y colores eran llamativos; sin embargo, todo lo que conocemos de ellos se reduce a unos cuantos especímenes. La mayoría de la producción de aquellos telares desapareció a causa de las guerras, la conquista, el tiempo y los elementos. Exceptuando algunos fragmentos encontrados en el fondo de los pozos de Chichén Itzá, no existe otra evidencia. Y esto representa una gran pérdida para la historia del arte, porque conocemos por otra fuente parecida —los tejidos del Perú, en donde las condiciones desérticas han preservado numerosas y magníficas piezas—, cuán maravillosos debieron haber sido. Considerando lo que dice una vieja crónica: “el tráfico de esta tierra es en mantas de algodón” y que estas mantas se fabricaron durante un largo e inmenso período del 1000 a. de J. C. al 1670 d. de J. C., la cantidad producida bien podría haber dado la vuelta al mundo.

De la sencilla manta tejida en tiras de dieciséis metros de largo, se hacían los pintorescos *huipiles* de las mujeres, los taparrabo del hombre, las capas de los sacerdotes y caciques, las vestimentas de los ídolos, las cortinas para las puertas de los templos y las armaduras citadas anteriormente.

Y todo esto desapareció por completo.

13. Mosaicos de plumas

El arte de trabajar las plumas se desarrolló en gran importancia, como en otras grandes teocracias americanas, los incas y los aztecas. Tan sólo han llegado hasta nuestros días ejemplares de los trabajos incas, gracias a las arenas de las áridas costas del Perú. En cuanto a especímenes aztecas, únicamente dos piezas se han preservado y esto por mera casualidad. Cuando Cortés despachó la primera nave con presentes a España en 1519, Carlos V se hallaba en Flandes, por lo que el barco navegó hasta ese país. Aun cuando el emperador se maravilló al ver los adornos de oro, como se hallaba en guerra ordenó que fueran fundidos para pagar a sus tropas en los Países Bajos. El penacho y escudo dados a Cortés por Moctezuma fueron regalados posteriormente al archiduque Fernando, del Tirol, quien los envió a su chambelán. Conservados en el castillo Hapsburgo, de Ambras, fueron descubiertos e identificados hasta fines de la pasada centuria. En la actualidad se cuentan entre los tesoros arqueológicos del Museum für Volkerkunde, en Viena. Pero de los mayas, nada.

Como los mayas carecían de un capital central, no tenemos idea de los gremios de artesanos que pudo haber en un centro así. Los aztecas tenían tejedores de plumas (*amanteca*) y un aviario en el que se criaban las aves cuyas plumas eran utilizadas. Esto no lo requerían los mayas, puesto que en su tierra abundaban los pájaros. En Yucatán había el motmot (*toh*) de iridiscente cola y el azulejo, de Yucatán (*paap*) que viajaba en bandadas y proporcionaba una gran variedad de plumas azules. Tenían la codorniz de modesto plumaje, pájaros carpintero, faisanes, y el curasoow de cresta amarilla, cuyas plumas azul negro se hacían los mosaicos para los sumos sacerdotes.

El pavo silvestre, de plumaje atigrado, daba plumas que se usaban en los ritos. A lo largo del litoral se cazaban patos, airones, garzas y alcaravanes. En el área tropical de El Petén había tucanes, loros y trogones, y más allá, en las altas y frías selvas de Guatemala, los loros verdirrojos de larga cola y el fabuloso quetzal, ave del tamaño de una paloma buchona, el cual proporcionaba dos largas plumas de la cola en color verde oro. El quetzal habita en las tierras altas y se reproduce en las tupidas florestas a una elevación de más de 1.200 metros. “En la provincia de Verapaz (en Guatemala) castigan con la muerte al que mate un pájaro quetzal, poseedor de rico plumaje... porque consideran sus plumas de gran valor...”.

Atrapaban los mayas a las aves mediante liga o derribándolas con pelotillas de arcilla impulsadas con una cerbatana, método que permitía apoderarse de ellos sin tener que darles muerte. El autor utilizó este procedimiento cuando capturó, retrató y estudió al pájaro quetzal por primera vez en la historia.

La cerbatana, *dzonche*, era un instrumento muy efectivo. Diego de Landa, quien vio cómo lo usaban, dice que un indio con ella (disparando una bola del tamaño de una canica), podía derribar un pájaro por grande que fuese. Moctezuma poseía docenas de cerbatanas de oro, las cuales usaba para cazar. A Cortés le obsequió una. El mismo tipo de instrumento se usa todavía en la remota tribu de los jicaques en Honduras, que en un tiempo fueron limítrofes de los mayas. El ingenioso método que se seguía para hacerlo, con una lista de plantas con sus nombres botánicos que se empleaban para ello, cómo hacían los proyectiles y el procedimiento que seguían para cazar con cerbatana, han sido ya descritos por Von Hagen en otra parte.

La técnica que se seguía para la preparación de un mosaico



Fig. 16. Arriba. El sagrado pájaro quetzal como aparece representado en un relieve encontrado en Palenque. Lo único formal en él son las plumas. Abajo. Dibujo realista de un loro

empezaba con la preparación del telar en la misma forma que si se fuese a tejer una tela. Se disponían después las plumas según el diseño proyectado por la tejedora. Al ir trabajando, el cañón de las plumas se ataba a la urdimbre y la trama.

Los mayas gustaban de los mosaicos de plumas. Los extremos de la faja o taparrabo que colgaban por delante y detrás del cuerpo, se decoraban con adornos de plumas “hechos con gran cuidado y hermosura”. Los sacerdotes y jefes se ataviaban con cascos de estera y algodón entretejidos, ornamentados con las espléndidas plumas

verdidoradas del quetzal. Se hacían abanicos de plumas para los actores danzantes y para los nobles grandes abanicos montados en palos largos que usaban para ahuyentar a los insectos. En los murales de Bonampak pueden verse estos últimos. Para las fiestas de Xul, cinco magníficos estandartes de plumas entrelazadas eran obsequiados a los templos por diversos artistas. El adorno de los guerreros era a base de plumas, lo que les daba un parecido con Papagena de *La Flauta Mágica*. Había escudos emplumados similares al hecho para el rey azteca Ahuizotl (año 1503) que se conserva en Viena. En numerosas ceremonias los danzantes se ponían vestidos con plumas, como Diego de Landa vio y nos lo relata: "... una mujer con un vestido de plumas bailó para el pueblo... y los señores de la tierra andaban vestidos con unos llamados *xicoles* que eran una especie de chaqueta de algodón y plumas... y los de la clase alta con valiosas plumas, especialmente de quetzal, las cuales son tan apreciadas por los indios... que las usan como dinero".

14. Esteras y su manufactura

Pop era la palabra con que designaban la estera de palma.

Era un símbolo de autoridad para los mayas, y también para los aztecas. El *holpop*, aquél que se sienta a la cabeza de la estera, era el título dado a un funcionario de las clases directoras, que se sentaba en el lugar mencionado. En el diccionario maya *motul* del siglo XVI, la palabra *pop* significa "trono" y "estera" a la vez. Más aún, *pop* era el primer mes del año maya de dieciocho meses.

La importancia que dicho utensilio tenía para los mayas, puede apreciarse por los variados usos que hacían del mismo. En las casas

ordinarias la estera se usaba como cubierta del piso. Los alimentos se servían sobre la estera y también ésta se utilizaba como colchón. En una de las paredes del templo en Tikal, donde un indio por el año 700 d. de J.C., garabateó las cosas o utensilios que empleaba en su vida diaria (se ve a un hombre sacrificado con una flecha, un jaguar con la cola en posición alerta, un trono, un señor llevado en una litera) y entre ellos dos esteras de junco trenzado. El mismo tipo de decoración aparece en la piedra estela "J" de Copán y en la estela "H" de Quirigua, no lejos de Copán. En Chichén Itzá, sobre la pequeña plataforma truncada enfrente de la gran pirámide, la estela de juncos trenzados comparte la decoración con la divisa correspondiente al planeta Venus.

Las esteras eran tejidas por los hombres y mujeres en sus casas, como parte de la jornada del día. "Tienen en los campos y florestas muchas y diversas clases de mimbres", dice Landa. La estera trenzada indudablemente es muy anterior al tejido de mantas, porque tanto dichas esteras como canastas se encuentran en todas las culturas neolíticas hasta una fecha tan antigua como el año 5000 a. de J.C.

No han llegado hasta nosotros esteras hechas por los mayas.

15. Cestería

El arte de la cestería estaba muy desarrollado. Parece ser que eran cuatro los tipos que se elaboraban; pero el tiempo los hizo desaparecer. Conocemos las cestas maya sólo a través de las pinturas murales, de la alfarería y de la escultura. Los mayas empleaban cañas, juncos, zacate, y lianas para hacerlas. "Tenían una planta (*Gyperus camus*) que crecía en los *cenotes* y otros sitios, con la cual

hacían sus cestas. . . acostumbran teñirla de colores con lo que queda muy bonita”.

Por los dibujos sabemos que en unas cestas el junco era tejido en forma cruzada, en otras en grecas y pequeños cuadros. Las cestas incas, tal como salieron de manos de su artífice han llegado a nosotros, preservadas por las desecadoras arenas del Perú y nos dan una buena idea de lo desarrollado que estaba el arte de la cestería en América. Las técnicas han cambiado poco a lo largo de los siglos; el hallazgo más antiguo fue el realizado en unos lugares neolíticos de Iraq (5000 a. de J. C.) y los objetos son casi idénticos a los descubiertos en América.

16. Cuerdas y su hechura

Siendo los mayas maestros en confección y marinos, usaban mucho las cuerdas. Estas se elaboraban con las ásperas fibras del *henequén*. Dicha planta es un *agave*; género perteneciente a la numerosa e importante familia de los *amaryllis* y de hojas carnosas y con espinas. Era de gran importancia económica para las tribus indias americanas. Los aztecas tenían 317 usos para el *agave* los cuales incluían la fabricación de una bebida llamada *pulque* y que se obtiene fermentando su jugo. Los incas trenzaban dicha fibra para hacer cuerdas gruesas “tan gruesas como el cuerpo de una ternera”, las cuales empleaban para sostener los puentes colgantes que tendían sobre las gargantas andinas. Los mayas las usaban en diversos artículos: sandalias, arcos, adminículos para la pesca (“atan sus arpones con boyas en un extremo”). También en sus embarcaciones para atar las velas, cuando realizaban sus largos viajes por mar

siguiendo el litoral. Uno de los usos más frecuentes era en la construcción de templos.

Podemos imaginar que la forma en que utilizaban las cuerdas gruesas eran análoga a la de los egipcios (el *henequén* superaba a las cuerdas hechas con fibra de palma del datil). Tanto las cuerdas como su manufactura eran de suma importancia en los imperios teocráticos. La cuerda constituía una fuente básica de fuerza, porque los hombres, con ellas colocadas en sus hombros, tiraban para poner en su lugar pesados bloques de piedra. Un bajo relieve de Nínive (alrededor de 700 a. de J. C.), en el palacio de Senaquerib, muestra legiones de hombres con barbas a la moda hitita, tirando de enormes piedras esculpidas sobre deslizadores de madera. En la tumba, de Tebas (alrededor de 1450 a. de J. C) se ven algunas escenas de la manufactura de cuerdas: a hombres trenzando fibras de palmera para hacerlas del grueso de un puño.

Por desgracia para nosotros, a los mayas les preocupaba tanto la jerarquía de los números y se sentían tan afectados por el paso del tiempo, que se olvidaron de registrar los sucesos de sus vidas. No nos dejaron representaciones de su arte cordelero.

17. Cerámica y alfareros

Monsieur D'Asterac, el amable alquimista loco de *Reine Pédauque*, de Anatole France, decía que: “El arte de Jehová al hacer al hombre no fue más allá que el de un hábil alfarero capaz de modelar seres como nosotros en arcilla... De hecho, no somos otra cosa que cerámica animada”.

Los mayas mismos no son para nosotros otra cosa que eso:

cerámica animada. Porque ella es un marco dentro del cual se calibra la perspectiva histórica. Es por esto que los cacharros mayas han sido estudiados profundamente. La preocupación sobre los diseños de cerámica y las técnicas empleadas en ésta, con frecuencia llegan a extremos exagerados.

Al estudiarse las culturas prehistóricas, se tiende a conceder al arte una atención indebida, pues es más fácil retratar un templo que detallar una forma de vivir. Más aún, los mayas se nos presentan desarticulados, salvo si se les mira a través de su arte. De ahí que esos mayas, anónimos comunes, que erigieron las pétreas ciudades templo y en la selva construyeron una red de caminos, hayan quedado reducidos, en la actualidad, a una mera secuela de cerámica. Mi amigo Eric Thompson lo lamenta de la siguiente manera: “No es poco el peligro de que el destino de la arqueología maya... sea un interminable cambio en los diseños y formas de su cerámica”.

Los mayas eran magníficos artífices. Su imaginación, sentido del diseño y de la forma, eran tan buenos como los de los griegos y muy superiores a los romanos en este aspecto, así como a los alfareros de casi cualquiera de las culturas del antiguo Cercano Oriente. Y el caso es que todas esas formas y modelado de la cerámica maya — demasiado variada para poder detallarse— se hacía sin contar con la rueda o torno de alfarero. Toda la elaboraban siguiendo el sistema de espiral. Esta técnica es casi tan antigua como el hombre mismo. Se hacían largos rollos de arcilla —algo así como interminables *spaguettis*— los cuales se acumulaban en anillos sucesivos, uno sobre otro, tras de lo cual se trabajaban y comprimían en una sola masa moldeada con las manos. Luego, forma o vasija se alisaba con un trozo de cacharro. Si la vasija era grande —y vaya si alcanzaba

grandes proporciones en algunos casos—, el alfarero caminaba alrededor de la misma, sustituyendo el torno. Esta técnica no era exclusiva de los mayas; todas las tribus y culturas que cubrían la vasta área de las Américas la empleaban y muchos otros pueblos hacían uso de ella en el Africa y en el mundo asiático periférico.

Tales métodos minuciosos han cambiado poco desde la época neolítica. El torno podría haber simplificado las cosas; pero ya hemos visto que la rueda era desconocida para las culturas de la América prehispánica. El torno presentaba problemas difíciles de resolver para un pueblo no avanzado en la metalurgia; porque debe girar ajustada y fácilmente en una chumacera. No debe suponerse por ello que la cerámica producida por los mayas fuese primitiva. El torno trajo, como en el caso de las vasijas griegas, formas similares. Los alfareros mayas llegaron a una mayor individualidad en su trabajo, debido a la carencia de medios mecánicos para hacerlo.

Su producción era colectiva. Tenían moldes para imprimir diseños a presión en las vasijas terminadas. En las excavaciones se han encontrado dichos moldes con decorado en franjas verticales, horizontales y discontinuas para marcar líneas hendidas alrededor y moldes de arcilla cocida para imprimir los diseños. No existe técnica (excepto la de la rueda) practicada por los mejores alfareros “mecánicos” de la era clásica, que no fuese conocida y empleada por los mayas.

Tras ser decorada, se introducía en un horno (de leña, carbón o zacate) donde se cocía a una temperatura mayor de 450°. Toda la labor maya se hacía así: sencillos tazones de utilidad y trastos para cocinar, platos decorados, jarras para el chocolate, copas grandes para contener el intoxicante aguamiel. También se hacían braseros (que se empleaban para calentar los aposentos frigidados o para quemar

copal). Había platos sobre los cuales se ponían las urnas del sacrificio para las cenizas de los muertos (“las cenizas de los nobles se depositaban en grandes urnas”). Fabricaban jarras de la altura de un hombre, tan grandes como las que con encordaduras y nudosidades se han descubierto en Cnosa, Creta. Los mayas las usaban de gran capacidad para almacenar agua bajo tierra. Las encontradas en Tabasco tienen un cuidadoso decorado de aplicación. Idolos de tamaño natural se formaban de barro y en cada casa de las veinte mil que componían Mayapán, había uno. Todavía en tiempo de Landa “percibían grandes ganancias haciendo ídolos de arcilla”.

La cerámica más hermosa, decorada con escenas de la vida maya, era la que se hacía en memoria de los muertos. La descubierta en Jaina, Campeche, consiste de figuras de arcilla, modeladas libremente, pero caciques mayas elegantemente ataviados y mujeres ricamente vestidas y adornadas con collares y elaborados peinados: “maestría extraordinaria en el trabajo, conocimiento realístico de la forma y el movimiento; son elegantes y refinados, majestuosos y monumentales. . . ejemplos excelentes del ideal estético maya”. La cerámica nos ha proporcionado numerosos detalles de la vida maya—en especial de la de las mujeres—que no se encuentran en los relieves de los monumentos. El modelado de la arcilla era, en un sentido amplio, un arte secular; las figurillas muestran al hombre cómo se veía a sí mismo. Son la expresión del hombre común y del mundo que le rodeaba, no una forma artística proyectada para la élite dominante, grandiosa, elegante y remota. Las figuras modeladas proporcionan un cuadro de su aspecto y hábitos, vestuario de hombres y soldados, casas y juegos. Las que provenían de la costa de Veracruz influyeron muchísimo a los últimos mayas. Muestran al indio como un ser alegre; las jocundas cabezas y el suave modelado de

los cuerpos emiten una especie de contagiosa felicidad y personifican elementos sofisticados. El maya obsesionado de lo divino, austero en su religiosidad, fue influenciado considerablemente por el arte de las figurillas; tomaron de ellas mucho de su arquitectura estilo Puuc.

La cerámica era mujer. Todo lo que resta del arte alfarero maya es obra de mujeres. Este es un hecho en que debe insistirse. Casi todos los lugares en que la alfarería se hallaba en un nivel arcaico —Africa o Melanesia— la cerámica fue hecha por las mujeres, y su diseño, producto de la inspiración femenina. Por toda el área del Amazonas, era tarea de ellas. Eran mujeres también, hasta donde sabemos, los alfareros del antiguo Perú. Las fabricaciones primitivas griegas y egipcia salieron de manos femeninas hasta que se introdujo la rueda de alfarero, con lo que, como se ve en los dibujos de los muros de Tebas, dicho arte se convirtió en oficio exclusivamente masculino. Esto sugiere que todos los diseños superiormente hermosos que aparecen en la cerámica (así como en los tejidos) fueron proyectados y ejecutados por ellas.

De ahí que tal vez, el arte sea mujer.

La cerámica constituye un punto de referencia en el tiempo. Para los arqueólogos que reconstruyen la historia de un pueblo preletrado, la más importante evidencia radica en la forma, el decorado y temple de la cerámica, porque ésta registra el desarrollo estilístico y, por lo tanto, social.

La cerámica primitiva es muy poco conocida en tierra maya. Cuando llega a encontrarse, casi siempre es de características bastante avanzadas. Los arqueólogos han fijado para ella y, por consiguiente, para la historia, cinco fases y para cada una de éstas (con excepción de la quinta) un nombre tomado del *Popol Vuh* :

1. *Mamom*, “Abuela” (2000—500 a. de J. C.). Se trata de

cerámica estrictamente utilitaria; ha sido descubierta en los más bajos niveles en El Petén (donde tienen su principio los registros de fechas más antiguas). La que se presenta con mayor frecuencia consiste en vasijas redondas para cocinar, *cum*, las cuales permanecen relativamente iguales, a lo largo de la historia maya. Su decoración es sencilla, con surcos e incisiones. Entre ella aparecen figurillas desnudas de arcilla y platos planos para comer.

2. *Chicanel*, “El que oculta”, pertenece al período formativo maya (500 a. de J. C. —300 d. de J. C.). Es en esa época que aparece algo de la espléndidamente pintada cerámica policroma Uaxactún. Se le da ya literalmente la forma humana y con frecuencia está fechada con glifos. Entre ésta y la fase Mamom parece no haber existido evolución en la forma; Chicanel aparece de pronto, íntegra. Los estilos Chicanel varían ampliamente por todo El Petén y Yucatán. Los perfiles son bajos, vistosos; los tazones ostentan un color naranja, decorados con lo que ha sido llamado proceso *abatik*. Es también el principio de la cultura de las ciudades mayas. La estela fechada, de mayor antigüedad (328 d. de J. C.) encontrada hasta ahora, lo fue en Uaxactún.

3. *Tzakol*, “Los Constructores” (317—650 d. de J. C.), es el período de la erección de las grandes ciudades templo o ceremoniales por todo el ámbito del territorio maya. La cerámica es sofisticada y policroma, aparece sumamente delicada y con un leve color naranja. Distribuida ampliamente hasta en lugares apartados del área maya, tuvo sus orígenes y desarrollo en un centro desconocido. Este período, como lo demuestra la estratificación arqueológica, duró cerca de trescientos años.

4. *Tepeuh*, “Conquistador” (650—1000 d. de J. C.) es predominantemente maya. Todas las tendencias peculiarmente



Fig. 17. Las diversas fases de la cerámica maya son un marcador de tiempo de su historia. Tomado de *Indian Art of Mexico and Central America*, por M. Covarrubias, Nueva York, 1957 (según Robert E. Smith)

mayas aparecen. La cerámica es fácil, sofisticada. Se intuye que el artesano posee ahora un control pleno de la arcilla y el diseño, y

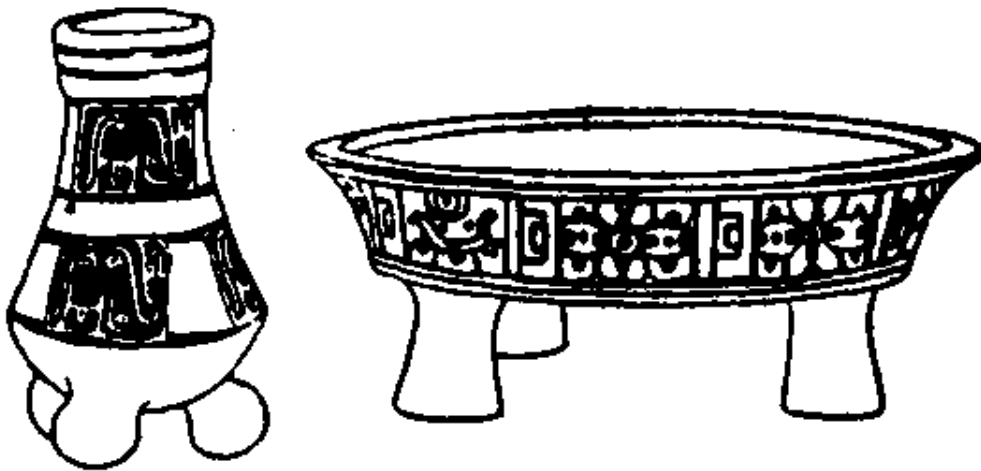


Fig. 18. Cerámica "anaranjado leve" perteneciente a las postrimerías de la historia maya. Región de Chichén Itza

desemboca en un barroco decorativo. Las artes, perfeccionadas en su técnica, parecen haber perdido su original vitalidad creadora. El mismo aparatoso estilo se ve en la escultura (que es menos sensitiva a los cambios periódicos que la cerámica). Esta es una fase de ornamentación en el arte maya. Se produce un cambio de una composición estática a una dinámica; los personajes ricamente ataviados representados en las esculturas, son parte integrante de "escenas anecdóticas" y hay un amor irrestricto al detalle, un exagerado amor al ornamento. Las más grandiosas ciudades templo, Tikal, Copán, Palenque, Piedras Negras, han quedado ya levantadas y sigue lo que la mayoría ha calificado de un período de decadencia: el conjunto de edificación se va frenando hasta llegar a un alto total. Parece haber alguna relación entre este período "barroco" y el abandono de las ciudades mayas. Las artes cerámicas, simultáneamente, muestran un cambio en sus tendencias; la decoración se hace secular, los motivos religiosos no predominan y el artista se empieza a preocupar cada vez más del mundo que le rodea. La superelaboración de la escultura, la tendencia del hombre común a

preocuparse de lo secular, la suspensión de las construcciones, los ruinosos y destructores métodos de la agricultura neolítica, la desintegración de la autoridad central, todo se combina para dar la impresión de que “algo” está ocurriendo en el país maya. Sería expuesto basar una teoría de desintegración en una mera aparatosidad de las artes. Sin embargo, el estado del arte de un pueblo, es con frecuencia un síntoma del estado de su sociedad. “La vulgaridad es siempre el resultado de un exceso...”. Dondequiera que los artistas encuentren alguna dificultad técnica para dar forma a la materia bruta, el arte tiende a convertirse en simple... lujo y, por consiguiente, se hace posible llegar a la vulgaridad cuando el hombre ha adquirido un completo dominio sobre la materia.

Pero si todo lo dicho no es bastante explicación, entonces lo único que resta es dejar asentado que en el período Tepeuh, fase “Conquistador”, hubo “algo” que hizo abandonar sus ciudades a millones de personas.

5. La *Maya-tolteca* (sin nombre en el *Popol Vuh*) (1000—1500 d. de J. C.) es la fase última. Principia con la introducción de nuevos estilos en la arquitectura y cerámica —consecuencia de las incursiones toltecas— y finaliza con la ocupación de Yucatán por los españoles.

Aunque la vasija para cocinar *cum* retiene su forma y función, a través de todos los períodos enumerados (confirmación ésta del tema “eterno campesino” de Spengler), nuevas ideas, nuevas formas de cerámica y en especial nuevos diseños y ornamentos aparecen en Yucatán invadido por los toltecas de habla maya. *Pumbate*, la única cerámica vidriada en América, aparece. Elaborada tal vez en Soconusco, cerca de la frontera chiapaneca, tiene como decoración dioses de apariencia azteca y animales. En el Puuc se desarrolla una

nueva forma de arquitectura maya y junto con ella una cerámica dura, gris, parecida a la pizarra. Fragmentos de la misma hallados en las ruinas de Uxmal, demuestran que era tan bella como la del Egipto primitivo. En ella se ven motivos toltecas, temas de las órdenes militares del Jaguar y del Aguila, así como variaciones de los temas relativos al culto de la serpiente emplumada. La tradición y la historia conocida se ven confirmados por la cerámica y ésta por la arqueología. De este modo, ella viene siendo un “índice fósil” de la historia maya.

18. Comercio

“La ocupación que más les placía era el comercio”.

Esta inclinación se había manifestado en los mayas desde sus primeros tiempos; ellos constituían la única de las tres grandes teocracias americanas que comerciaban por mar y por tierra. Desde que el hombre hizo su aparición sobre la Tierra, ha comerciado. Como se veía obligado a caminar grandes distancias para conseguir las cosas que le hacían falta, los primeros caminos comerciales fueron rutas de lujo. Se trasladaba a grandes distancias, desde el Mediterráneo hasta el Báltico para obtener ámbar “ese acto especial de Dios”. Las caravanas de camellos viajaban distancias aun más largas cruzando tierras hostiles para negociar y traer consigo artículos de lujo. Las áreas comerciales por todo el mundo contaban con derecho de asilo. Pocos eran los mercaderes atacados o molestados cuando pasaban por el medio de tribus hostiles, cuando iban con el propósito de comerciar. El comercio era sagrado. No es necesario recurrir a la Grecia antigua para confirmarlo. (En la actualidad el

tratar de pasar a la Alemania Oriental significa prisión y hasta la muerte; empero, todos los días cruzan libremente la frontera misiones comerciales.) Estrabón afirmaba que aquellos viajeros cuyo propósito era el comercio, gozaban de la protección divina (Mercurio era el dios de los viajeros). En la Edad Media, Eduardo el Confesor, concedió protección a los viandantes en los cuatro principales caminos romanos de Inglaterra, poniéndolos bajo la tregua de Dios. No es, pues de sorprender, que la tarea suprema de los mayas fuese el comercio.

Las rutas comerciales datan desde los primeros tiempos de los mayas. Las tierras altas guatemaltecas estaban unidas con las costas por senderos y posteriormente por caminos bien conservados. El *Popol Vuh* habla de "donde se unían los cuatro caminos (comerciales)". "Uno de dichos cuatro caminos era rojo, otro negro, otro más blanco. . . y el negro le dijo: Yo soy el que debes seguir". Los colores simbolizaban la dirección. El gran río de los mayas, el Usumacinta, que nace en las elevadas montañas, era navegable hasta algo más arriba de la ciudad de Piedras Negras; los mercaderes recorrían en un sentido y en otro la distancia total de 390 kilómetros. El movimiento comercial por tierra utilizaba un bien desarrollado sistema de caminos y carreteras (*sacbe*; plural *sacbeob*); muchas de las cuales estaban conectadas con las ciudades mayas del interior. (Véase el capítulo sobre Comunicaciones terrestres).

Las más antiguas rutas del comercio han sido identificadas por objetos encontrados en las tumbas mayas. En la Guatemala maya, en el lugar de Kiminaljuyu, existen artefactos procedentes de Teotihuacán, México, lo cual demuestra que las primeras líneas de comercio toltecas corrían a lo largo del litoral del Pacífico.

Las tumbas de la ciudad templo de Tikal, en lo profundo de la

selva, han dado a luz puntas de pastinaca (que se empleaban en los sacrificios sangrientos), cuyo origen era el mar Caribe. Los excedentes estimulaban el comercio. Los mayas de las tierras altas traficaban con la obsidiana (todos los volcanes activos que eran fuente de ese vidrio se hallaban en el lado del Pacífico). El jade, divisa y pasión de los mayas, llegaban de las tierras altas (aunque se desconoce su fuente geológica), lo mismo que las plumas del quetzal. En cuanto al copal, que es un incienso, era materia de exportación junto con el pedernal, el alumbre y la cochinilla. Todo esto se trocaba en las tierras bajas mayas por algodón, sal, mantas de algodón, miel de abeja, cera, *balche*, cacao, pescado seco y venado ahumado. Así era como florecía el comercio en ambas direcciones, llevando consigo nuevas influencias. Renovadas ideas acompañaban la marcha hacia los mercados: diseños de tejidos, armas ofensivas, nuevos alimentos; todo esto seguía al comercio.

Las rutas se ven con mayor claridad en Yucatán, porque fue allí donde los mayas se concentraron en las últimas centurias de su existencia cultural; también en ese lugar fueron dominados por los españoles, quienes escribieron las crónicas de su modo de vivir. Cristóbal Colón fue el primer hombre que dejó noticias del comercio maya. Sus carabelas, en el cuarto y último viaje que hizo a América, se toparon con una canoa de comerciantes mayas en la isla de Guanaja en 1502. Estas canoas tenían doce metros de largo. Transportaban obsidiana, navajas, pequeñas hachas de cobre y telas de algodón de muchos y diversos colores. El jefe de la que encontró la expedición de Colón, explicó que había ido a esa isla, que se halla situada a 35 kilómetros mar adentro de la costa de Honduras, para permutar plumas verdes de loro y cristal.

Estaba Cortés en Xicalanco el año 1524, buscando una ruta a

202

Honduras, cuando uno de los traficantes mayas le hizo entrega de un mapa muy bien trazado en tela fina de algodón, mostrando todas las rutas interiores que cruzaban la tierra maya, desde Xicalanco, en Tabasco, hasta Nito, Honduras, o sea una distancia de 650 kilómetros.

Todas las comunicaciones marítimas y terrestres llevaban hasta el gran emporio de Xicalanco. Para los aztecas era Anáhuac Xicalanco y mencionaban el lugar como “el sitio en que cambia la lengua”, lo que quería decir que las tribus al sudeste de Xicalanco hablaban el maya.

Xicalanco se halla situado a pocos kilómetros, tierra adentro, de la laguna de Términos. Es de gran importancia, se vierten cuatro ríos; el más grande de los cuales es el Usumacinta. Al extremo noreste de dicha laguna que mide 65 kilómetros de largo, hay otra

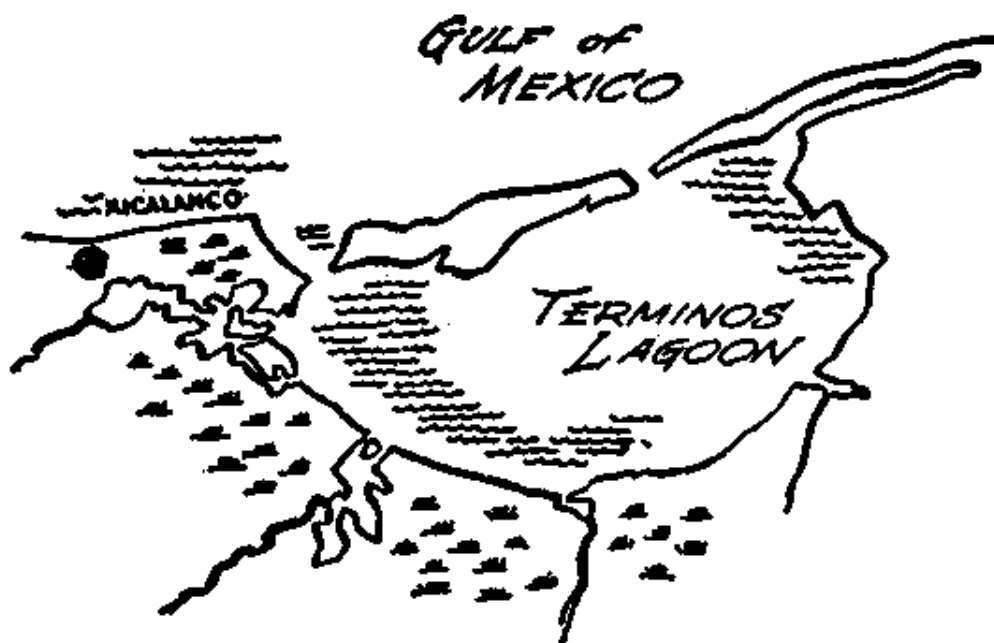


Fig. 19. Xicalanco fue un importante centro comercial maya-mexicano

más pequeña, la de Pom; en sus orillas se encuentra Xicalanco. Su situación era estratégica. Para llegar allí los mercaderes que venían

del Sur tenían que usar canoas. Estaba rodeada en tres lados por tierras blandas y pantanosas. En su costado noreste se abría un camino a Veracruz y el México azteca. Xicalanco era un centro de reunión de mayas, aztecas, toltecas, mixtecos y totonacas.

Los mercaderes llevaban a ella sal, pescado seco, telas de algodón, copal, miel de abeja, cera, maíz, frijol, mantos trenzados de plumas, escudos y tocados. Determinadas tribus mayas poseían un verdadero monopolio de la sal. “Existe una región de esteros en Yucatán que conviene mencionar —dice Diego de Landa— de más de 70 leguas de largo y enteramente salinas... allí Dios... hizo la mejor sal”. La laguna tenía su principio en Ekab (que fue la primera población avistada por Grijalba a la que llamó “Nuevo Cairo”), gran centro comercial con un amplio tráfico de canoas que negociaban principalmente con ese artículo. Sólo a unos cuantos clanes mayas se les permitía recoger dicho grano y los señores de Ekab exigían una parte de las utilidades.

Es de importancia en la historia de la gran mayoría de los pueblos. El primer camino formal de piedra en Roma, fue la Vía Salaria, construida precisamente para conducir la sal. En Colombia, el puerto de Chibcha se hizo rico debido a este sazonador; tenían montañas en Zipaquira (2.590 metros de altura). Los panes de sal en platos de arcilla, constituían uno de los artículos de comercio favoritos de la Colombia prehispánica. Junto con las esmeraldas formaba el monopolio de Chibcha. Las rutas de la sal se encuentran en todo el mundo. Abundan en el área del “fértil creciente”; es que los comedores de granos tenían gran necesidad de ella.

El pescado, tortugas, huevos de tortuga y grandes caracoles marinos (usados como trompetas y para hacer cal en los trabajos de albañilería; también el caracol fue el símbolo del cero en la aritmética

maya) eran llevados hasta Xicalanco por mar. Las mantas de algodón eran objeto de una amplia exportación. El maíz se transportaba en sacos. Los mayas carecían de metal; pero el pedernal se usaba para la manufactura de cuchillo y era mucho lo que se comerciaba con él. “Dios —escribe Landa— les dotó de muchos sitios donde hay pedernal. . . y por tanto lo usaban en lugar de metal”.

Los comerciantes mayas, llamados *ppolm*, pertenecían a un gremio respetado. Al igual de los *pochteca* aztecas, se contaban entre la “gente de mayor importancia”. Tenían su propio dios, Ek Chuuah, y sus propias reglas de conducta social. No pagaban tributo y poseían especiales privilegios sociales. Operaban flotas de canoas y tenían almacenes para el intercambio a lo largo de la costa del Golfo, así como en lo más profundo del territorio maya. Hernando Cortés, en su famosa jornada que hizo a través de las tierras mayas en 1524 para castigar una revuelta, encontró pruebas de caminos pavimentados de piedra con “casas de descanso a la vera de ellos” y adelante del lago Petén capturó a un indio maya de alta jerarquía, quien le manifestó que era mercader y que en unión de sus esclavos había hecho viajes hasta esos lugares a bordo de sus embarcaciones.

En Xicalanco, grandes almacenes de piedra y techados con palma, albergaban las mercancías. Los comerciantes daban y ampliaban crédito, solicitaban plazos y fechas de pago. El crédito comercial se concedía, recibía y se ampliaba. Los contratos eran orales: no existían documentos. Los negocios se cerraban bebiendo públicamente, con lo que se destacaba la “legalidad por medio de la publicidad”, sistema éste peculiar de los mayas. La falta de pago o disputas sobre las condiciones orales estipuladas, a menudo originaban guerras. El comercio, pues, se hacía en lo que bien puede afirmarse, en gran escala. Las listas posthispánicas de tributos,

registran el hecho de que 26 aldeas en la provincia maya de Maní, pagaban anualmente 13.480 mantas de algodón, cada una de catorce y medio metros de largo por sesenta centímetros de ancho. ¡Esto arroja un total de 197.217 metros de tela de algodón sólo en esta área!



Fig. 20. Animales marinos dibujados por un artista maya: Una tortuga realista, una pastinaca (muy utilizada en los rituales de sangre de los mayas), un cangrejo, una barracuda, un caracol y un molusco esférico que los mayas usaban como el símbolo de cero. Tomado de los murales en Chichén Itzá

Los artículos de lujo también eran motivo de un gran tráfico: cacao, cuentas de piedra, piedras verdes llamadas *tun*, “esmeraldas” (*popzil tun*), cuentas de topacio para la nariz, cochinilla para teñir, alumbre y, desde la distante Huasteca de habla maya, llegaba el asfalto o betún, que aquellas tribus recogían de los veneros de petróleo cercanos a Tabasco, que constituyen en la actualidad la región petrolera más importante de México.

Usumacinta arriba, se hallaban las grandes ciudades Estado de Piedras Negras y Jaxchilan y cerca de ellas, sobre un pequeño río tributario, Palenque. Negociantes originarios de ellas, bajaban con el copal, la resina mágica y olorosa que se usaba como incienso en toda

Centroamérica y que tenía mucha demanda en México. Piel de jaguar y puma, fruta, vainilla (para sazonar el chocolate), madera, cal y arcilla eran artículos todos necesarios en el comercio de esa época. En la quinta Carta de Relación de Cortés dirigida a Carlos V, fechada el 3 de septiembre de 1527, en la que narra su asombrosa marcha de 600 kilómetros por territorio maya, habla de la provincia de Acalán en los siguientes términos: “Es de gran tamaño y comprende mucha gente y ciudades... muchos mercaderes con esclavos para llevar su mercancía parten de aquí con destino a todas partes (y a Xicalanco)... telas, colores para teñir, candelas de árbol para alumbrarse (largas rajas de pino), tan repletas de resina que arden como velas”. La mayoría de todo esto iba por tierra hasta el Usumacinta y luego por canoa río abajo. Existen los primeros reportes informando cómo se realizaba dicho tráfico.

En segundo lugar del cacao, se contaban los esclavos. Tabasco, entre cuyas poblaciones estaba Xicalanco, era un mercado excelente para este renglón. Fue allí donde en 1518 cuando Cortés iba en camino a la conquista de México, le concedieron la famosa mujer Malinche, “La Lengua” más tarde honrada por los españoles con el nombre de doña Marina por la parte que desempeñó en la toma de la Tenochtitlán. Era originaria “de la población de Paynama, a ocho leguas de Coatzacoalcos, en Tabasco”, escribe Bernal Díaz. Su padre había sido cacique de ese lugar. Cuando su madre se casó otra vez, su presencia se consideró inconveniente y la entregaron como esclava.

Los esclavos (*pentacob*) eran un gran negocio y los mayas traficaban en gran escala con ellos. El precio base de un esclavo era 100 granos de cacao. Los empleaban en trabajos manuales pesados, en la pesca, como remeros y portadores de carga. Las esclavas ayudaban a extraer agua, moler el maíz y teñir las telas. A los

varones se les dejaba el pelo corto y se les proporcionaban mantos andrajosos para cubrirse. En las antiguas esculturas mayas pueden verse esclavos.

Como siempre había una aguda carencia de mano de obra en las teocracias, la sujeción fue práctica general seguida en todas las teocracias de la antigüedad clásica. Todos los grandes Estados de la historia, llámanse egipcios, hititas, griegos, romanos, ingleses, españoles, americanos, o en nuestros días alemanes y rusos, tenían esclavos. Fue una institución social reconocida a través de toda la antigüedad. No existe base alguna para afirmarse, como ocurre con frecuencia, que la esclavitud retardó el uso, desarrollo y evolución de la máquina. En Roma, libres y obligados trabajaban juntos, y la manumisión de los esclavos tuvo mucha influencia en los negocios y la política, ya sea que se tratase de un filósofo griego como Epicteto, un “rey” azteca Itzcoatl o un Booker T. Washington, en América. Entre los mayas, el español Gonzalo Guerrero, quien primero fue esclavo, ascendió a capitán al ser liberado. Fue él quien condujo a los mayas de Chetumal contra los españoles.

Los comerciantes mayas, que gozaban de una elevada jerarquía en su sociedad, los compraban por millares en Xilanco. Los ataban juntos, por el cuello a largos postes, como pudo verlos Bernal Díaz en México; “así como los portugueses traen a los negros de Guinea”. A menudo se les trataba bien y llegaban a ser considerados como miembros de la familia. Sin embargo, cuando los tiempos eran malos, por ejemplo cuando no llovía, se les sacrificaba arrojándolos a los *cenotes*. En Chichén Itzá se han extraído sus cráneos de las aguas “un tanto indebidamente destrozados a golpes”.

19. El mercado maya

La estrella del Norte era la protectora de los viajeros. Bajo su guía y cargados de mercancías, acudían de todas partes en fechas o épocas determinadas a los mercados locales. Era costumbre que los caminantes (*ah ppolom yoc*), quemasen copal mientras iban de viaje. Los mercaderes se detenían en las casas de descanso usadas para ese propósito. No permanecían más de una noche o un día para comerciar y mientras estaban allí pagaban por su comida y esparcimiento como parte de sus “gastos de negocios”.

Respecto a los comercios, los únicos detalles que han llegado hasta nosotros proceden del norte de Yucatán, en donde los mayas se habían concentrado en mayor número cuando la conquista española. A lo largo de la costa abundaban las poblaciones con mercado, entre otras Cachi, Chaunche y Ekab, que fueron los primeros centros mayas poblados vistos por el explorador español Grijalba cuando siguió la costa en 1518. Juan Díaz, capellán de la flota, recordaba que Cachi, lugar visitado por él, “tenía una gran plaza de mercado y contiguo a éste un edificio para albergar el tribunal donde se zanjaban las disputas; también contaba con un lugar para ejecutar a aquellos que engañaban en los negocios”. Allí eran sumariamente enjuiciados y ejecutados.

De todos los mercados conocidos de los españoles, Chichén Itzá era el más grande. Esta ciudad, con sus pozos sagrados y sus imponentes edificios de origen maya-tolteca, era una meta de peregrinaciones y poseía un comercio extenso. “Llegaban peregrinos de todas partes para negociar y adorar...”. Dentro del patio de las mil columnas del Templo de los Guerreros se encuentran una amplia

área que Landa denomina el *mercado*. Abierto en sus cuatro lados, tenía un techo de palma sostenido por elevadas columnas de piedra en un estilo parecido al dórico, las cuales todavía existen. Sobreviven también restos de un tablado de piedra, sobre el cual se situaba un funcionario para administrar las ventas y el intercambio. En un espacio, sentados en cuclillas bajo toldos de manta de algodón blanca, hombres y mujeres se dedicaban a vender los productos que creaban durante el tiempo que les sobraba después de cultivar el maíz. Es probable que el aspecto general no haya diferido mucho de los mercados aztecas tan ampliamente descritos en los libros de historia. Cada producto tenía su lugar. Había una sección en donde sólo se vendía pescado, carne de venado y aves. Los comerciantes en manta y algodón ocupaban un área determinada, lo mismo que quienes traficaban en plumas, armas y otros artículos.

Los señores que habían acumulado excedentes de maíz, frijol, caracoles, sal y algodón, como resultado de "dones" y tributos, los ofrecían en trueque a los mercaderes que llevaban cacao, oro, obsidiana, plumas o jade, cosas necesarias para ellos a fin de mantener su dignidad jerárquica o adornar sus personas. Los mercaderes locales cambiaban sus excedentes por artículos procedentes de otras partes, principalmente esclavos y cacao. Hacían negocios en grande. Dichos artículos eran vendidos a su vez al hombre común, quien los revendía o los cambiaba bajo la sombra de los toldos de manta.

Es extraño que los mayas no usaran su escritura jeroglífica, altamente desarrollada, para escribir contratos. Sin embargo, parece haber un consenso general, por lo menos en lo que respecta al Cercano Oriente, de que el comercio, la tributación y los impuestos, dieron origen a los escribas o amanuenses, "ese agente de las

transacciones” y que la escritura se perfeccionó por la necesidad de realizar operaciones comerciales exactas. Algunos de los escritos más antiguos que han llegado hasta nuestros días, son contratos hititas en signos cuneiformes, grabados en tablillas de arcilla, cocidas para hacerlas duraderas. Si los mayas empleaban la escritura para fines comerciales, las pruebas de ello habían desaparecido por el año 1500. Pero los aztecas sí usaban la escritura para este propósito. Hasta nosotros han llegado libros de tributos, Bernal Díaz vio “grandes casas llenas de esos libros” en la costa de Veracruz y en México mismo.

“El cacao es el oro de este país... y sirve como dinero en la plaza... de Chichén Itzá”, escribió el obispo Landa. Los árboles de cacao crecen en la periferia del país maya, porque requiere de abundantes lluvias y del espeso limo de la selva. Es un árbol de tronco grueso, de poca altura, que produce cápsulas ovas del tamaño de papayas pequeñas. Las cápsulas, cuando maduras, se pudren y las semillas se fermentan. Los granos de cacao son del tamaño y forma de una almendra y cuando se secan al sol se ponen oscuros, del color del chocolate, y la cáscara se seca apergaminándose. Estos son los granos que se empleaban como dinero. Un conejo valía 10 granos de cacao, una calabaza 4, un esclavo 100 (o sea la cantidad de cacao necesaria para preparar unas 25 tazas de chocolate) y así todo lo demás. Las mujeres públicas mayas, que siempre rondaban por los mercados, “daban sus cuerpos por un precio... quien las quisiera para satisfacer su lascivia, podía conseguirlas pagando 8 ó 10 granos de cacao...”.

Pero el dinero “grano de cacao” también se falsificaba. Había comerciantes que hábilmente quitaban las gruesas cáscaras al grano y las rellenaban con tierra o arena, mezclando los granos falsos con el

cacao auténtico. Por esta razón, los desconfiados indios siempre comprimían entre los dedos cada grano para asegurarse de que fuera sólido, de la misma manera que se muerde una moneda de plata para ver si no es de plomo. La falsificación de granos de cacao era uno de los delitos más frecuentemente juzgados en los tribunales mayas.

Tenemos pocos datos sobre los mercados de rotación mayas (*yaab*). Entre los incas, los mercados *catu* se verificaban con regularidad cambiando de ciudades a fin de que los comerciantes pudieran asistir a todos. En México el mercado *tiaquix*, siempre se hallaba en movimiento y otros se llevaban a cabo en fechas diferentes para que los mercaderes tuvieran tiempo de hacer sus giras. En cuanto a la práctica maya, es poco lo que sabemos.

20. Festivales

Los festivales eran de carácter religioso. Para el maya, la religión era hombre y el hombre religión; de ahí que muchas de sus fiestas, si no es que todas, tenían un propósito mágico o religioso.

El mes de Pop, que corresponde a julio en nuestro calendario, los mayas festejaban el Año Nuevo. En él se renovaba todo. Vestían nuevas ropas, destruían la cerámica vieja y las esteras de fibra. Les invadía un sentimiento de nueva dedicación. Era, como es de pensarse, una ocasión solemne.

Uo, el segundo mes, estaba consagrado a festivales en honor de todos los dioses patronos especiales; los que protegían a los pescadores, cazadores, viajeros, etc. Los dioses mayas parecieron innumerables a los españoles, porque la mayoría de ellos tenían diferentes aspectos. Uo era el mes de los festivales vocacionales;

terminaba en bebida, danzas y fornicación.

Parte del quinto mes, Tzec, se dedicaba al dios Abeja. Todos aquellos que criaban abejas — ¡y vaya si había muchos! — se unían a las fiestas. El objetivo era claro: halagar al dios Abeja para que hiciera más abundante el flujo de miel. Esta, con su subproducto, la cera, era objeto de comercio y, como se mencionó antes, la bebida principal, el aguamiel, se preparaba con ella. En esos meses, todos los participantes en el festival, se emborrachaban escandalosamente.

Xul, que caía en noviembre, era el sexto mes. Se honraba a Kukulkán, el dios Serpiente Emplumada. Era creencia en Chichén Itzá, que él u otro del mismo nombre, había reconstruido la ciudad sagrada y dado nuevas leyes. Se intercambiaban ricos presentes. Trabajos de plumas de quetzal, principalmente penachos, escudos y mantos, se exhibían por los señores mayas en atavío de gran gala. Se llevaban a cabo procesiones de sacerdotes... y payasos. Aunque se trataba de ceremonias sumamente solemnes, los payasos hacían sus chistes; había mucho de burla.

Y así se proseguía, mes tras mes. Cada uno tenía sus festividades especiales. En Chen, el octavo mes, se daban los últimos toques a los nuevos ídolos que después de haber sido pagados, eran llevados al templo. Yax era el mes de la renovación. Todos los cazadores del país hacían reparación por haber derramado sangre de animales. Para los mayas, todas las bestias poseían una fuerza espiritual, y cuando se les mataba, el cazador estaba obligado a mostrarles respeto. Si no lo hacían así, los animales de la misma especie del ofendido se resistirían a ser muertos. De este modo se tomaban en cuenta los sentimientos de los animales y nada se podía hacer que los ofendiera; sus cornamentas, quijadas y alas se colgaban en las casas.



Fig. 21. Los dibujos-nombre de los dieciocho meses mayas, incluidos los cinco días de mala suerte del periodo Uayeb. Todos juntos, sumaban 365 días

Todos los meses festivos tenían sus danzas características. El mes de Mac caía en abril y parte de mayo. Era la época de lluvias, y por lo cual la coreografía de la danza tenía relación con las lluvias y la cosecha. En el mes decimosexto, Pax (¡muy diferente en su significado a la palabra latina!), se conmemoraba la guerra. Afluía

gente de todas las pequeñas comunidades mayas a los ceremoniales de las grandes ciudades templo y allí presenciaban como su *nacom* — jefe electo de la guerra— rendía homenaje y juraba obediencia al dios de la guerra. Le llevaban en una litera. Seguían cinco días de bailes y borrachera. Landa se horrorizó al contemplarlo: "... en el mes de Pax cuyos ritos eran costeados por los ricos, los indios se convertían en botas de vino... y al término de los cinco días el *nacom* era llevado con gran aparato a su litera". Todos (salvo el *nacom* para quien era tabú) se humedecían a fondo.

Durante los tres últimos meses del año maya, Kayab, Cumhu, y los cinco días Uayeb se verificaban también festivales; pero con la diferencia de que la mayor parte de los agasajos eran de naturaleza privada. Se bebía mucho, y a juzgar por la frecuencia con que se habla de él, abundaba el adulterio. "No había fiesta —dice Landa con disgusto eclesiástico— en que no se emborracharan bebiendo una especie de aguamiel al que agregan cierta raíz con la cual el vino se hace fuerte y maloliente".

Los nobles daban muchas fiestas privadas. Quienes aceptaban asistir a una, quedaban obligados a dar a su vez otra. Al llegar a la fiesta cada invitado entregaba como obsequio a su anfitrión, una manta muy bien tejida y un vaso de cerámica "tan hermosa como era posible". Los alimentos se servían en abundancia: faisán, venado, pato, chocolate, presentados por atractivas mujeres. Los invitados se reunían en parejas o en grupos de cuatro y daban principio las danzas. Los coperos servían el vino; pero a ellos les estaba prohibido beber. Las mujeres bebían poco, porque se esperaba que fuesen ellas quienes "llevaran a sus maridos a sus casas". A veces ocurrían riñas y en ocasiones "se llegaba a la violación de los derechos conyugales — consigna el obispo— al creer las pobres mujeres que recibían a sus

maridos, de ahí que. . .”

21. Música, danza y teatro

La música maya se hacía en grupo y, al igual de los aztecas, los instrumentos de percusión desempeñaban un papel importante. En la América prehispánica no existían los instrumentos de cuerda y la música y el canto eran uno solo.

Los tambores daban al grupo una sensación de unidad. El *tunkul* era un timbal elevado que llegaba hasta el pecho del que lo tocaba. Se hacía con un tronco hueco de madera ligera decorada y llevaba un parche de piel de venado, restirada. Se tocaba golpeando con ambas manos. Había otro tambor colocado en el piso y el músico se sentaba encima al mismo tiempo que tamborileaba. Otro más era el *teponzali* azteca, horizontal y de un madero hueco, con dos lengüetas de madera; se tocaba con “palillos forrados de hule en un extremo”. Si se batía en ellos cuando el viento soplaba en la dirección requerida, su *son* podía “escucharse hasta a dos leguas de distancia”. Cuando había danza, sostenían un pequeño tambor llamado *pax* “el cual tocaba con la mano y había otro de madera hueca que producía un sonido grave y triste”. Otro tipo era el construido de la concha de una pequeña tortuga terrestre, cuyo caparazón se labraba y barnizaba con laca. Este era el mismo tipo de tambor de tortuga usado por muchos otros pueblos mexicanos. “Le golpean con la palma de la mano —dice Landa— y su sonido es lastimero y triste”.

Los mayas tenían también un ingenioso tambor de cerámica (llamado *huehuetl* por los aztecas) en forma de dos vasos conectados; en uno de los extremos se colocaba un parche restirado.



Fig. 22. La música maya era de percusión. En el centro, el tambor vertical *tunkul*; a la izquierda, unos músicos raspan el caparazón de una tortuga terrestre; a la derecha, otro mueve unas sonajas hechas de calabaza. Tomado de los murales de Bonampak

Este tipo de instrumento todavía se usa entre los lacandones cuyo idioma es el maya, quienes le llaman *kayum*. Se trata de un objeto antiguo, lo atestigua el hecho de aparecer en el *Códice Dresden*, en donde se ve un grabado mostrando a unos músicos tocando alrededor de la cabeza del dios del maíz; uno de ellos toca el *kayum* y notas de discurso musical brotan de la boca del tambor.

Las trompetas eran de varios tipos. Las grandes conchas de caracol marino, tan abundantes en las aguas costeras de Yucatán, eran convertidas en trompas que emitían un sonido compacto y raro, y eran usadas para llamar a los dioses a fin de que bajaran. Instrumentos similares eran usados por los incas y los aztecas.

Las trompas o trompetas llevaban la "melodía". Las más



Fig. 23. Las trompetas eran de madera, arcilla cocida o caracol. Las trompetas gemelas, cada una con tono diferente, se tocaban al mismo tiempo. Detrás de los trompeteros el director marca el compás con pito y sonaja. De los murales de Bonampak

grandes se hacían de madera y arcilla; alcanzaban metro y medio de largo. Pueden verse pintados estos instrumentos en los murales de Bonampak. Se fabricaban en forma de trompetas gemelas en las que se soplaban al unísono, aunque cada elemento estaba afinado en una llave diferente.

Las flautas eran variadas. La de seis notas se hacía de un hueso de pierna humana, un fémur de venado, de una caña, o de arcilla cocida ("tenían silbatos hechos de huesos de patas de venado... y flautas de cañas"). El caramillo, de cinco notas, del dios Pan, casi idéntico al del Viejo Mundo era también conocido por los mayas y se tocaba en gran parte de Sudamérica. Su lugar de origen se desconoce.

En piernas, cintura y muñecas se ataban cascabeles de cobre,

plata y oro, que acompañaban con su cadencioso sonido los pasos de los danzantes. Había *respadores*, instrumentos con una especie de emparrillado similares a los que se usan en la música cubana. Se hacían de hueso de venado, tapir o humanos, a los que se les practicaban unas muescas o tajaduras que se raspaban con un palillo. Con ellos proporcionaban el ritmo a la danza. Los arqueólogos los han encontrado en muchos tipos. En Monte Albán, 250 kilómetros al interior, fue descubierto un *raspador* hecho de la costilla de una ballena.

En los vívidos murales de Bonampak se ve una orquesta de doce piezas. La música es producida por dos trompetas gemelas de arcilla, un timbal, tres tamboriles de concha de tortuga, y cuatro músicos que agitan sonajas de calabaza. La música era considerada como ritual y sagrada; todos los instrumentos se guardaban por el funcionario *holpop* ("se confiaban a su cuidado los tambores *tunkul*, así como todos los demás instrumentos musicales"). Se castigaba a los filarmónicos que no llevaban el compás. El director o jefe era un cantante principal; él fijaba la clave y el ritmo. "A ese hombre todos lo veneraban".

No existía lo que se llama una música "pura". El canto era una recitación de "sus fábulas y leyendas" y la danza era en gran parte un ritual para provocar que sus dioses les mandaran la lluvia, el sol, o lo que necesitaran en el momento. Eran tantas las danzas que sabían, que uno de los primeros españoles que las vieron opinó que el repertorio maya bien podría llegar a un millar de ellas. Tenían una danza del escudo —tal vez bailada por guerreros— que usaban como adminículos sus escudos de combate; una danza de los monos; otra del abuelo, que era al mismo tiempo canción, y una llamada "La Sombra del Arbol". Había asimismo una danza erótica (*Nuaut*)

calificada de “obscena” por un espantado fraile. En una de las ceremonias de Año Nuevo los danzantes bailaban con zancos de madera (una ilustración de esto aparece en el *Códice Tro-Cortesiano*).

Landa vio llegar a 15.000 indios desde varios kilómetros a la redonda para asistir a las danzas. Había dos que él consideró “merecedoras de verse”: *Colomche*, la Danza de las Cañas, se escenificaba en un amplio círculo formado por 150 ejecutantes que se movían al ritmo de la flauta y el tambor. A una señal del director, dos de ellos saltaban al centro de ese círculo en movimiento: uno representaba al cazador y el otro la caza. El primero arrojaba al otro lanzas de caña con puntas de hule, y éste las cogía al vuelo “con gran habilidad”. Mientras tanto, el corro seguía moviéndose al compás de la música. La otra danza que el obispo no menciona por su nombre, es ejecutada por 800 danzantes que llevaban unas flámulas de tela, papel y plumas. La coreografía era a base de un paso de estilo guerrero o bélico. Guardaban el compás (había sanciones si no lo hacían), y danzaban todo el día sin descansar, porque comían y bebían sin romper el orden de la formación.

Los hombres bailaban con hombres y las mujeres con mujeres. La única en que participaban ambos sexos era una que Landa calificó de “no muy decente”.

La danza venía a ser una comunión mística entre participantes y espectadores. El objeto de ella era por medio de la colaboración y el triunfo de los poderes invisibles. Para el maya el tamborileo, el canto, el palmear las manos y el ulular, ejercían una influencia mística. Formaban un lazo social dentro del cual se sentían en contacto con lo sobrenatural.

Representaciones teatrales en que figuraban actores y piezas

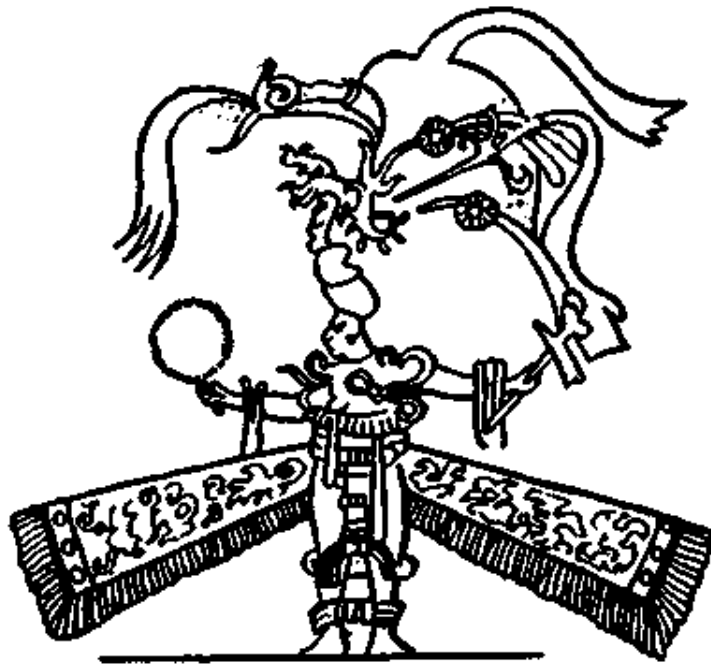


Fig. 24. Danzante ceremonial, representando a un pájaro con las "alas" extendidas; en las manos tiene una sonaja y un estandarte o pendón. De los murales de Bonampak

musicales eran también llevadas a cabo por los mayas. Landa nos relata que "sus cómicos actuaban con mucho ingenio" y uno de los sabios mayas más doctos no vacila en afirmar que eran "profesionales".

Los escenarios eran interiores y exteriores. En Chichén Itzá en 1560, Landa vio "dos escenarios hechos de piedra con cuatro escaleras... y pavimentados en la parte superior; allí recitaban sus farsas... y comedias para regocijo del público". Estas plataformas de dos escenarios, restauradas, pueden admirarse en Chichén Itzá. Una es la "Plataforma del Cono", escenario de seis metros de alto con cuatro escalerillas de piedra ubicado en línea recta entre las pirámides y el camino *sache*. En su parte superior tiene un espacio plano para las representaciones. El otro a que se refiere Landa es el *Tzompantli*, adornado en sus cuatro lados, de conformidad con el

significado de su nombre, con cráneos humanos esculpidos en piedra. Se halla al frente del gran patio de pelota.

Los actores tenían gracia, ingenio y vestían con elegancia; generalmente iban enmascarados. Esto se confirma por los murales de Bonampak, que muestran a los actores representando pájaros, animales y fauna marina. Uno de ellos tiene colocada en la cara una máscara de lagarto y otro presenta los largos tentáculos de un cangrejo. Parecen descansando, como si esperaran su turno para salir al escenario. Otro tiene nenúfares que penden de sus orejas (el nenúfar es símbolo de la tierra providente); y otro más caracterizando a un dios mediante una máscara con una *T* en los ojos (el signo *Ik*, divisa de fertilidad y germinación).

Todo esto es una confirmación gráfica de lo que se ha dicho respecto a su habilidad, porque las vestiduras están muy bien hechas y demuestran imaginación. Bien podemos dar crédito a Landa cuando afirma que los actores poseían gran ingenio y un sentido tan maravilloso de la mímica que los españoles con frecuencia los contrataban para “hacer chistes y burlas a otros españoles”. Los términos mayas encontrados en los antiguos diccionarios, denotan que en su repertorio teatral figuraban papeles humorísticos: el parásito, el vendedor de alfarería, el cultivador de cacao, con los cuales hacían una parodia de su propia vida y burla de sus defectos.

Para los primitivos, desde el instante en que un actor se coloca máscara ocupa el lugar de lo que representa. Si caracteriza a un dios, él es ese dios. Es magia, y lo mágico “es un contrapeso a un estado de inquietud... en realidad un soñar despierto” como expresa Lévy —Bruhl refiriéndose a otras sociedades primitivas. “La vida es un sueño engañoso —dice uno de los personajes de una obra teatral japonesa—. No, sólo despierta quien hace a un lado el mundo”.

El teatro, pues, formaba parte del hipnotismo colectivo.

22. Juegos

Los niños jugaban a los “granos” sobre un tablero parecido al de nuestro *parcheesi*, y el del cazador y la presa que es jugado por los chicos de todas partes. Landa asienta que los niños “siempre andaban con pequeños arcos y flechas, y jugando entre sí”. Pero la pasión del maya adulto —que compartía con la mayor parte de los indígenas de Nicaragua y Arizona —lo constituía el juego con una pelota de hule duro, conocido por los aztecas como *tlachtli* (*Taxco* proviene de ese vocablo). Los mayas le llamaban *pok-a-tok*.

Nadie sabe dónde se originó ese juego. El hule venía de Tabasco, donde habitaban los olmecas, quienes se cree fueron los precursores de los mayas o, por lo menos, contemporáneos del ascenso cultural de éstos. La palabra con que se designa al hule en tolteca es *olli*, y a los olmecas se les decía “el pueblo de hule”. Todas las más grandes ciudades-templo mayas que se han encontrado, poseen su patio para el juego de pelota. Quienes hayan visitado las ruinas de México o las de Copán o Chichén Itzá, recordarán su aspecto: de forma larga y rectangular, como una *I*, con graderías en ambos lados para los espectadores. Precisamente a la mitad y en los dos lados del patio, a veces tan alto como diez metros del suelo, se ve un anillo de piedra fijado en la pared, no en posición horizontal como los del baloncesto, sino vertical.

Como el *pok-a-tok* ya no se jugaba en la época de Landa, debemos recurrir a una descripción de dicho juego tal como se efectuaba por los aztecas, según una crónica escrita por el fraile



Fig. 25. El juego religioso *pok-a-tok*, se jugaba con una pelota de goma y constituía el principal deporte. Era algo parecido a nuestro baloncesto actual. Aquí se ve parte del grandísimo campo de juego en Chichén Itzá, de 166 metros de largo por 28 de ancho. La pelota se apuntaba a la “canasta” que afectaba la forma de una “piedra de molino”

Bernardino de Sahagún (quien anotó las costumbres de ese pueblo, como Landa las de los mayas): “las pelotas son del tamaño de las de los bolos (unos quince centímetros de diámetro) y son sólidas; las hacen de una goma llamada *ulli*... que es muy ligera y rebota como una pelota inflada”. Tanto los espectadores como los jugadores hacían fuertes apuestas consistentes en “oro, turquesas, esclavos, ricos mantos, y hasta maizales y casas (lo cual nos recuerda que el cardenal Mazarino perdió un *chateau* en un juego de bezique)... el

patio llamado *tlachtli* tenía 12 a 15 metros de largo y los muros que lo circundaban se alzaban a 2,75 o 3 metros de altura; a la mitad tenían dos piedras parecidas a muelas de molino, una opuesta a la otra... a veces los señores juegan para su pasatiempo... también llevan consigo buenos jugadores para que jueguen ante ellos, y otros hombres principales juegan contra ellos, y ganan oro y *chalchigüites* y cuentas de oro y turquesas y ricos mantos y maxtles y sembrados de maíz y casas, etc. (plumas, cacao, túnicas de plumas)... el patio de juego... lo componían dos muros separados unos 6 o 9 metros y de 12 a 15 metros de largo; las paredes... estaban enjabelgadas y tenían unos dos y medio pies de alto, y en mitad del patio había una línea que se usaba para el juego... en el medio de los muros, al centro del patio, había dos piedras, como muelas de molino ahuecadas, opuestas una a la otra y cada una con un hoyo lo bastante grande como para que pasara por él la pelota... Y el que lograba pasar la pelota por el hoyo ganaba el juego. No jugaban con las manos, sino que le pegaban a la pelota con las posaderas; para jugar se ponían guantes y un cinturón de cuero en las posaderas, con el cual le daban a la pelota”.

Aun cuando no contamos con una descripción tan detallada del juego de los mayas, la crónica del Popol Vuh nos da una noticia breve de dicho deporte:

—Juguemos a la pelota, dijo el señor de Xibalba.

—Entonces los señores tomaron la pelota y la impulsaron hacia el anillo de Hunahpu.

Chichén Itzá tenía siete patios para el juego. El mayor, que es el más grandioso que se conoce de todas las ciudades templo en América, constituye una de las principales atracciones de ese lugar. Fue construido por los maya-toltecas y decorado con motivos

originarios de Tula a 1.300 kilómetros de distancia. Tiene 166 metros de largo por 28 de ancho y el “cesto”, esculpido con una serpiente mostrando los colmillos, se halla a diez metros de altura sobre el campo de juego. Está tan alto que la regla del juego citada por el fraile de que el jugador no podía usar las manos, sino sólo impulsar la pelota a través del cesto con los codos o las caderas, tal vez no sea aplicable a este campo. Lo mismo que en el México de los aztecas, los señores mayas hacían fuertes apuestas y si un jugador lograba hacer pasar la pelota por el agujero —proeza que parece haber sido rara—, tenía el derecho de exigir como premio toda la ropa y joyas que portaban los espectadores presentes.

Los mayas, como los americanos contemporáneos, daban a veces mayor importancia al juego que a otros asuntos.

23. Crimen y castigo

Los mayas se “gobernaban por leyes y buenas costumbres y vivían en paz y justicia”. Este comentario es de Torquemada. Con él quiso decir que aunque estuviesen guerreando contra otros clanes o tribus, prevalecía a pesar de ellos “paz y justicia” entre los integrantes de la misma tribu. No hay duda de que los mayas tenían un sentido de la justicia altamente desarrollado; pero se trataba de una justicia interpretada por un pueblo empírico. Después de tres mil años o más de vivir dentro de la misma área, las mayorías tribales se habían convertido en dictadoras. Lo que está hecho *está* hecho y lo que no, *no*. Cualesquiera infracciones a esto acarrearía la correspondiente represalia, que se ejecutaba con todo rigor. Los crímenes básicos para los mayas eran: robo, homicidio, adulterio,

lesa majestad, y el castigo a menudo era igual al crimen cometido: lo mismo se castigaba con lo mismo.

El robo, desde luego, era antisocial. Siendo todos los clanes, dentro de un tribu, de la misma sangre, se consideraba como claramente inmoral el tomar algo ajeno. Las casas mayas carecían de puertas y cerraduras; tan sólo tenían una cortina o una cuerda de cascabeles para avisar al propietario que alguien acababa de entrar. El robo se castigaba con la esclavitud. El ladrón tenía que pagar su delito trabajando, o si sus parientes más cercanos sentían sobre sí el desprestigio social consecuencia del delito, procedían a pagar la deuda. Una segunda transgresión podía acarrear la muerte. El robo perpetrado por un miembro de las clases rectoras traía desgracia; la cara del delincuente quedaba deformada por hondos tatuajes que se le hacían en castigo y que proclamaban su crimen por todo el tiempo que le restara de vida. No existía una penitencia social por el robo. El ladrón no tenía que desagraviar a la "sociedad", porque los mayas no tenían prisiones, sino únicamente para las víctimas sacrificiales. El culpable le pagaba a la víctima.

Aun cuando hubiese sido accidental, el homicidio llevaba siempre aparejada la pena de muerte, a menos que los parientes estuviesen dispuestos a indemnizar a los deudos de la víctima. No existían las muertes por accidente; todo homicidio era considerado crimen intencional. "La pena que correspondía al homicida —dice Landa—, aun cuando la muerte hubiera sido accidental, era morir en la trampa puesta por los sobrevivientes de la víctima".

Para su mentalidad mística (y esto es cierto de los primitivos en dondequiera), no existía lo azaroso o accidental; lo que nosotros llamamos "accidental" o casual, para ellos era algo pleno de intención, que revelaba la existencia de fuerzas en acción desde antes

de ocurrir el “accidente” y el hecho de que la víctima hubiese sido “elegida” era una señal de dichas fuerzas malignas. Nosotros nos concretamos a reconocer el “accidente”; ellos pensaban más bien en las realidades sobrenaturales del acontecimiento.

Cualquiera que fuese la causa de muerte, constituía una grave mancha. La mayor indignidad social provenía del derramamiento de sangre. El maya tenía que desagraviar por la muerte de un animal. Es por ello que conservaba una porción del mismo suspendiéndola de las paredes, y de ordinario se perforaba la lengua y/o el pene, esparciendo algunas gotas de su propia sangre sobre el animal recién matado. Sacrificar una bestia equivalía a cometer un homicidio, y quienquiera que arrebatara una vida y vertiera sangre se acarreamba el desprecio social; estaba sujeto a la disciplina de la tribuna.

La pérdida accidental de la propiedad se tomaba como si fuese un acto deliberado. Si un indio inadvertidamente derribaba la colmena de otro, tenía que pagarle el daño al propietario. Si llegaba a comprobarse que un indio se había suicidado a causa de una culpable comisión u omisión por parte de otro, este último tenía que pagar.

La pena del adulterio era la muerte. Su único escape legal era que el o los culpables tenían que ser sorprendidos *in flagrante delictus*. Si este requisito se llenaba, el seductor de la mujer casada era llevado amarrado ante los jueces *holpop*, quienes escuchaban, sentenciaban y entregaban al culpable en poder del esposo “ofendido”; no era tanto una violación a la virtud, sino a la propiedad. El adúltero era sumariamente ejecutado por el esposo, quien “dejaba caer sobre su cabeza una gran piedra... desde una buena altura”. Ahora, si el caso involucraba a la mujer de un noble, podría ser que se le rajara el ombligo al adúltero sacándole los intestinos por la herida hasta que muriera (una ilustración en un



Fig. 26. La justicia se administraba por el *holpop* “*aquel-que-se-siente-a-la-cabeza-de-la-estera*”. La estera (*pop*) en la que se sentaba, simbolizaba la justicia

código maya muestra a un indio en el momento de ser ejecutado de esta manera). Entre los pertenecientes a las clases altas, el adulterio se aborrecía en extremo porque “no era necesario recurrir a él” ya que los nobles eran polígamos y tenían mujeres en abundancia para saciar todos sus deseos.

Los delitos intencionales se satisfacían con derramamiento de sangre. Cuando se trataba de un caso complicado, se sometía al *batabob*, autoridad de la ciudad. Nada se consignaba por escrito; todo era verbal. En los casos complicados, oradores que tomaban el lugar de los abogados eran escogidos para que argumentaran. Tanto el acusado como el acusador llevaban “gratificaciones” al juez. Siendo los mayas grandes parlanchines, un caso podía prolongarse días. A veces las demandas, criminales o civiles, llegaban a complicarse tanto, que se recorría en ellas toda la gama de sonidos, con una terminología legal tan abstrusa como la que Bridgegoose emplea en el

tercer tomo del *Pantagruel* de Rabelais.

24. Remedios y curanderos

Entre los mayas, las enfermedades procedían de una causa mística. El que curaba las enfermedades y el que las producía, *ahmen*, eran una misma cosa en sus mentes; “los médicos y los hechiceros... son una misma cosa”, observa Landa.

La magia y la medicina siempre han ido aparejadas. Recuérdense las panaceas mágicas de la Edad Media, o algunos tratamientos de los tiempos modernos. La enfermedad es causada por alguien, más bien que por algo. Puede sobrevenir por malévolas influencias en la comunidad, por alguien que haya roto un tabú o por quien no observó de una manera apropiada el ritual de la vida. Estas ideas se hallaban íntimamente enlazadas con las más profundas fibras de la mentalidad maya. Ellos tenían conciencia de la relación entre la enfermedad y su curación. Los sacrificios —el abrir a tirones los cuerpos humanos, el desollarlos, el quitar los cráneos a los muertos, les había suministrado una idea de la anatomía y funciones orgánicas; sin embargo, no sabían cómo encaminar debidamente dichos conocimientos, porque su mente estaba orientada a otra dirección.

La enfermedad, como la muerte, eran causadas por fuentes sobrenaturales.

Cuando había algún enfermo se llamaba al *ahmen*, quien diagnosticaba el mal por medio de adivinación. Evocaba a la diosa de la medicina, Ixchel (que también era la diosa del embarazo), y colocaba su imagen de cara al paciente. Se procedía después a quemar incienso copal y a soplar humo de tabaco sobre aquél. En seguida el

ahmen recurría a los instrumentos propios de su oficio: “los atados de medicinas. Estos fetiches contenían raíces, quijadas...”, ¡ en fin! todo lo que pudiera ser considerado mágico. Frente al paciente se hacían rodar piedras de adivinar para descubrir la prognosis del caso. Se han encontrado sacerdotes enterrados con estas piedras *am*. En una ilustración de un códice maya se ve a un indio echando seis de dichas piedras y en otra se contempla una conferencia de adivinación entre dos médicos. El enfermo tenía que combatir a las fuerzas místicas que causaban su enfermedad, con poderes de la misma naturaleza. La adivinación era —y todavía lo es— una de las formas aceptadas. Después de todo, los romanos consultaban hígados de pollo antes de la batalla buscando un buen augurio, y los incas observaban el revestimiento del estómago de las llamas para encontrar señales de buena o mala suerte. Si se considera esto como muy primitivo, recuérdese que por mucho tiempo estuvo considerado el tomate como venenoso y no se comía. La patata no se quería aceptar como comestible y se creía que “causaba enfermedades”. En 1764 un edicto prusiano emitido por Federico el Grande, obligó a los alemanes a aceptarla y eso no como alimento, sino como fuente de almidón.

Las curaciones se efectuaban mediante extensos interrogatorios dentro de un marco místico; y sólo después de esto, cuando el doctor creía haber descubierto la causa, empezaba la curación física.

¿ Cuáles eran las enfermedades de los mayas? Había asma, reumatismo, lombrices estomacales y anquilostoma (“Es difícil hacer el amor con un estómago vacío —dice Aldous Huxley— y todavía se dificulta más cuando el duodeno está lleno de anquilostomas”).

La neumonía era frecuente entre los indios, que se empapaban con la lluvia y después eran batidos por el viento. Casi siempre era de fatales resultados. Un herbario maya, dirigiéndose a los médicos

dice: "...no podrá usted curarle de esto, porque morirá vomitando". La malaria, llamada "fiebre nocturna", era común y corriente; los escalofríos se presentaban cada tres días y eran su síntoma. La diarrea y la disentería, que posiblemente fueron endémicas, son mencionadas con frecuencia. Los mayas estaban expuestos a la ictericia, cáncer, tumores y diversas enfermedades de la piel. A las erisipelas se las conocía gráficamente con el nombre de "erupción infernal".

Como la dieta maya era a base de almidones: frijoles y maíz, sufrían de flatulencia, vértigo, depresión, pesadillas y epilepsia. ("Se queda sin habla y cae" dice el herbario maya.)

Es indudable que había fiebre amarilla. Se ha encontrado presente en los monos araña dentro del área de Tikal. Se la llamaba *cil*, que significa "vómito de sangre". Hace su aparición según la historia, alrededor de 1480, o sea veinte años antes de que el primer español hiciera contacto con los mayas y se la menciona en una crónica de este pueblo: "El 4 Ahau (1482) la peste, la muerte general arrasó la tierra...".

No existe descripción de la sífilis ni de ninguna enfermedad que se le parezca (gráficamente se la describe en la cerámica mochica del Perú). Los mayas mencionan "una buba en la ingle" que se presentaba por copular en exceso".

A pesar del general buen estado de su dentadura —que las mujeres estropeaban casi por completo debido a la costumbre que tenían de limarse los dientes para que terminaran en punta porque "así se les veían más bonitos"—había caries y dolores de muela. Dice el herbario maya: "... y para curar esto, tómese el pico de un pájaro carpintero...". En las tumbas se han encontrado dientes con jade engastado en ellos. El engaste se hacía no para llenar cavidades, sino

porque “se veían bonitos”.

Cuando ocurrían fracturas de huesos, se recurría a un especialista llamado “unidor de huesos” (*kax bac*). Parece que los mayas sabían diagnosticar el cáncer. “Hay un cangrejo llamado *ah buk* . . . tómense sus pinzas y redúzcanse a polvo que se aplicará al cáncer. . . o si no. . . (los arqueólogos deben tomar buena nota de esto) muélase un trozo de cacharro, que no es tan malo. . .”.

No importa lo adelantados que estuvieran en arquitectura, en elaboración de calendarios o en la escritura jeroglífica, tocante a enfermedades, los mayas no se diferenciaban mucho de las tribus más primitivas. Sabían tratamientos y remedios, y tenían “libros” escritos en glifos, sobre astronomía, adivinación, profecías y hechicerías. Pudiera ser que entre centenares de éstos hayan existido tratados de plantas. Es cierto que no se sabe de ninguno que pueda compararse con el herbario azteca De la Cruz-Badiano, escrito en 1552 por un azteca que sabía español y náhuatl (en él se ilustraban las plantas usadas en los remedios). Ninguno de los herbarios mayas conocidos, en los cuales se documentó Ralph Roys para producir su *Etno-Botany of the Maya* son anteriores al siglo XVIII. En su estudio sobre los mismos, Roys opina que los curanderos *ahmen* que sobrevivieron a la matanza deliberada de “intelectuales” mayas, los habían copiado de algún libro en glifos y luego los dictaron en lengua maya.

Los tratamientos, como puede verse por los remedios recomendados en los herbarios mayas, resultaban con frecuencia peores que la enfermedad. Muchos eran dolorosos, algunos apenas si ridículos, y no pocos como se apreciará, sumamente perjudiciales. La pleuresía, “extremo dolor que ataca en las costillas”, podía aliviarse bebiendo caldo de pavo o aguamiel *baiche* que contuviera las

cenizas de un excremento quemado de perro. A la disentería (*kik-nak*) se le llamaba correctamente “flujo de sangre”. Para curarla se recurría a una amplia farmacopea: la savia del árbol del hule, un hongo, una euforbiácea (que tal vez era mejor que todo lo demás que se recomendaba). La *kik-nak* se trataba también “tomando las tierras puntas de la planta guayaba, mezcladas con el excremento de un perro, agregando un poco de estiércol de tapir cuando esté hirviendo y dejándolo reposar hasta que amanezca, se le echará un poquito de miel de abeja”. El herbario estipula que la *kik-nak* “desaparecerá con este remedio”. No es de dudarse que el paciente también desapareciera. *Ta-kik-zok*, sangre en las materias fecales se detiene poniendo un murciélago recién matado, en *balche*. (Como este vampiro emite una descarga sanguinolenta, es fácil ver que en este caso el mal se curaba con el mismo líquido.)

La descripción de la fiebre amarilla, *xe-kik*, la hacían así: *U cacale yitz xpomolche, chactez, u macil u capil kazilkoch, xtuzil, cha-kan-cab, chac-piliz-mo, chac-piliz, chac cicib, macap-lum huchbil, macoc zum, kankan u top y kuzubcan y xanab-mucuy ukbil y cacal. U cacal xe tik tu tamil ca chabac cincan y xcantacii y chilimcan y u yalaelel, chamuc y canchacche ak ca chacac hunppel akab ca ukue lai ppiz y zappal yalil hun ppul cabin chacace*. Traducción: Vómito de sangre.

El remedio incluye la goma de una especie de *Jatropha*, el jugo de la *Cecropia*, la *ixtuzil* (polilla), cierta tierra rojiza, las plumas del *chac-pillil-mo* (determinado pequeño loro rojo) y del pájaro cardenal, de Yucatán, el *macap-luum* molido junto con el *mac-oc*, de brotes amarillos, y la euforbiácea. Esta medicina era para suministrarse por vía oral.

A los epilépticos los describían como “hombres que caen a tierra

entre las plantas”. El herbario maya dice que “Este es el remedio para el que cae a tierra, con estremecimientos en los brazos y espuma en la boca... consígase un cuerno de venado, muélase y bébase, o bien los testículos de un gallo joven desgarrados en agua fría... si todo esto fracasa... que se quite el enfermo una sandalia, orine en ella y se beba su orina”. Las hemorragias nasales las detenían administrando una bebida compuesta de varias raíces y plantas, “pero si todo esto fracasa, entonces el curandero debe sangrarle un pie”. Posiblemente la hemorragia nasal se detuviera con esto; pero se presentaba otro problema similar que era “que el pie podía continuar sangrando”.

Existían diez tipos de sarnas, *kuch*, y cada uno de ellos se trataba con una planta distinta. La planta que se usaba dependía de la clase de sarna. Había una roña contagiosa, la roña que se presentaba atrás del oído, y otra que “parecía el recto de un pavo viejo”. A la viruela la incluían entre los tipos de sarna; le llamaban *cim-ex*.

Las mujeres tenían sus problemas que, entonces como ahora, de ordinario estaban relacionados con el período menstrual o con el embarazo. El herbario maya dice que el tipo de útero “que sube y baja interrumpiendo la menstruación” se curaba fácilmente: “... se quemará una vieja sandalia de cuero debajo de la nariz de la mujer, o mejor aún, la pluma de un pájaro carpintero”. En los partos, las mujeres mayas utilizaban los servicios de una comadrona, *ix alanzah*; pero si sobrevenían complicaciones se llamaba al *ahmen*. “Para expulsar el feto muerto en la matriz”, se recomendaba “mezclar leche de perra con aguamiel *balche* y después de que haya tomado la mujer esta bebida, poner un plato humeante con brasas por debajo de ella para que el humo pueda llegarle dentro de la

matriz”.

Se mencionan con frecuencia las infecciones de los riñones (sangre y pus en la orina) así como los cálculos biliares. Todo esto sugiere que la excesiva ingestión de *balche* cobraba su tributo de salud maya.

No obstante, cuando el paciente se recuperaba de dichas enfermedades por medio de los diversos específicos recetados por el médico (lo cual habla mejor de la robusta constitución de los mayas que de la efectividad de los brebajes) y sus pensamientos se volvían hacia el amor, también el curandero estaba capacitado para ofrecerle uno de los varios afrodisiacos con que contaba, como por ejemplo el corazón de un colibrí o los testículos de un cocodrilo (los jíbaros cazadores de cabezas en el Alto Amazonas, extraían, secaban y cortaban en tiras el pene de los cocodrilos y lo daban a beber a la mujer en una copa con cerveza de manioca). Como el maya medio era tan libidinoso como un perezoso,^① bien lo necesitaba. Les faltaba imaginación sexual, que es el verdadero afrodisiaco; y por ello, Aldous Huxley, como ya lo vimos, los dejó por la paz.

Finalmente, si alguno sobrevivía a la enfermedad y su tratamiento escapando del maleficio que le había ocasionado el trastorno, el victorioso doctor podía cambiar de papel y volverse hechicero, *ah pul yaah*, haciendo que se enfermara el presunto culpable de haber causado el mal de su paciente. En otras palabras, podía devolver la enfermedad, haciendo que la maldad tuviera su fin con la muerte.

① Mamífero de la América tropical. (N. del T.)

25. Muerte y transfiguración

El maya temía a la muerte y lloraba su arribo. Y, ¿por qué no? Siempre sentimos exageradamente lo doloroso de una partida. Después de todo, ¿qué es la vida sino una sucesión de pequeñas muertes? A cada instante perdemos un poco de algo. El cristiano moribundo podrá decir: “¡Por fin voy a vivir!”; pero el maya no. A pesar del hecho de que gran parte de su vida transcurría en relación con el deceso y el apaciguamiento de los muertos, hacía todo lo posible por ahuyentarla. No se sentía muy seguro de que hubiera otra vida, y sólo creía firmemente en lo sensible que tenía a su alcance. Es por eso que lloraba.

“Sienten un grande y exagerado temor a la muerte —dice el obispo Landa, quien, después de todo, estaba seguro de llegar a sentarse a la diestra de Dios— todo el culto que rendían a sus dioses tenía por único objeto propiciarlos para que les dieran salud y vida. . . cuando llegaba a presentarse la muerte, lloraban todo el día calladamente y en la noche gemían a gritos”.

Los moribundos se confesaban con el sacerdote, de la misma manera que los aztecas, porque consideraban que ello era necesario para neutralizar las influencias malignas acarreadas por el fin de la vida de alguien. El morir era una forma de mácula social; constituía un acto antisocial. Era algo individual, la separación de una persona del clan, en el que toda manifestación de la vida era colectiva.

Envolvían al difunto en un sudario, que de ordinario era su propia manta. Dentro de la boca le ponían maíz molido, *koyem*, con unas cuentas de jade “que también usaban como dinero para que no careciera de recursos al querer comprar algo en la otra vida. . .”. Al

hombre común se le enterraba en el piso de tierra de su casa con los objetos que le habían pertenecido en vida; si pescador, con sus redes y arpones; si guerrero, con su escudo y lanza. A todos les ponían vasijas llenas de alimento y bebida, para “que no carecieran de nada en la otra vida”. El tiempo acabó con todo eso salvo la cerámica, y es de ésta de la que depende el arqueólogo estudioso de lo maya, para formular la secuela estilística de la historia de ese pueblo.

Las casas se abandonaban después de una serie de entierros, convirtiéndose en santuarios familiares. Las pertenencias del difunto eran tabú ordinariamente y la mayoría de ellas se enterraban junto con él. “Si había sido sacerdote lo sepultaban con algunas de sus piedras de hechicería”. A los *chilan*, adivinos, se les enterraba con sus “libros” (Kidder encontró evidencia de uno sepultado en esa forma en Kaminal-juyu, Guatemala), lo cual puede explicar la desaparición de muchos de tales escritos.

Son pocas las tumbas descubiertas que se encuentren en buen estado de conservación. Los nobles, entre quienes se incluía a los sacerdotes, eran enterrados en pequeñas bóvedas recubiertas de piedra; se les depositaba extendidos y rodeados de vasijas de arcilla. En el año 500 d. de J.C., un cacique de Kaminal-juyu fue sepultado en posición sedente, con dos jovencitos y un niño, “elegidos” para ser muertos y enviados con él al otro mundo. Hasta su perro le acompañaba, para guiarlo a la mansión de los muertos.

Los difuntos nobles eran inhumados en las plazas de las ciudades templo. En Chichén Itzá el sumo sacerdote fue encontrado en una tumba revestida de piedra y suntuosamente alhajada. Alrededor de lo que había sido su cuello había un collar de perlas de las que traían los navegantes mercaderes mayas desde Venezuela. La tumba de un cacique recientemente descubierta bajo un templo en Palenque, es de

un esplendor que iguala a cualquiera de las halladas en el Viejo Mundo.

En Yucatán, los cuerpos de los nobles eran incinerados, y las cenizas depositadas en una urna (hecha de cerámica o madera) que ostentaba sus rasgos fisonómicos. Se esculpian estatuas retrato de “personas de calidad” difuntas. La parte posterior de la cabeza se dejaba hueca y allí se ponían las cenizas. “Conservaban esas estatuas con grandísima veneración”. Los *cocoms*, dinastía que gobernó Mayapán a fines del “imperio”, idearon un ceremonial único para sus entierros: decapitaban al muerto “y después de cocerlas (las cabezas) les desprendían toda la carne y luego serruchaban la mitad de la coronilla en la parte posterior, dejando entero el frente con sus mandíbulas y dientes. Luego volvían a adherir la carne... con una especie de betún (y yeso) restituyéndoles un aspecto viviente... estas cabezas las conservaban en los oratorios de sus casas y en los días festivos les hacían ofrendas de alimentos... pues creían que en ellas se albergaba el alma y que por lo tanto aprovechaban dichas ofrendas”. Lo dicho por Landa quedó confirmado al extraer los arqueólogos, del *cenote* sacrificial de Chichén Itzá, un cráneo con la coronilla recortada, tal como lo describe el obispo, y restos de yeso y madera con que le habían querido proporcionar un aspecto de vida.

Los griegos enterraban a sus muertos de una manera parecida en Myrina, donde los arqueólogos han rescatado espejos, espátulas, estrigilos, adornos, diademas, vasos, platos y estatuillas de dioses menores en arcilla cocida. Tanto los mayas como los griegos padecieron la misma piadosa ilusión. Los vivientes querían rodear a los muertos con aquellos objetos familiares entre los cuales habían transcurrido sus vidas, porque encontrando desagradable el marchar solos al otro mundo, deseaban llevarse consigo sus pertenencias para

confortarse. Los muertos se sentirían mal dispuestos hacia quienes habían quedado disfrutando de la luz del día; de ahí que estos últimos trataran de ganárselos ofreciéndoles las comodidades de esta vida. Este rasgo primitivo de proporcionar a los muertos lo mejor, se refleja en el réclame de los actuales empresarios de pompas fúnebres —escarabajos necróforos de la humanidad— quienes hacen especial publicidad en la desintegración de los ataúdes de madera bajo tierra e insisten en la necesidad de una “protección eterna” mediante sarcófagos de cemento: “No deje que esto le suceda a sus seres amados”.

Los mayas creían en la inmortalidad y en una forma de cielo e infierno. Aquellos que habían observado fielmente los rituales, es decir “los buenos”, iban a un lugar sombreado por “el primer árbol del mundo”, y bebían su ración de chocolate bajo su fronda. A dónde iban los demás, es cosa que no se conoce con certeza. Los aztecas inventaron dioses y sitios del mundo subterráneo que por su complejidad hubieran arrancado elogios de los mismos griegos. Ignoramos hasta qué punto hayan imitado los mayas dichos conceptos. Los dibujos nombre de los nueve señores mayas de la noche y del mundo subterráneo han sido identificados (los aztecas tenían trece cielos y nueve infiernos); pero permanecen sin nombre. Esto prueba que los mayas, al igual de los aztecas, tenían un mundo vertical, estratos de cielo e infiernos a los cuales iban las almas de los muertos. Estas moradas de ultratumba carecían de significado moral. En la mitología maya no se “recompensaban”, como en la cristiana, los actos piadosos o útiles. A donde se iba después de la muerte dependía más de lo que se había sido en vida, que de lo que se había hecho. Guerreros, pescadores, sacerdotes, madres fallecidas de parto, todos afluían a ese cielo seccional en el que vivían sus genios

tutelares. Los suicidas tenían su propio cielo; eran sagrados. Hasta tenían su diosa particular; Ixtab. Se la puede ver colgando de un dogal en el *Códice Dresden*.

Al igual que en otras partes, los deudos de los difuntos tenían sus tabús. Socialmente quedaban manchados; según la costumbre del clan, debían seguir los ritos o de lo contrario los muertos regresarían a pedirles algo. Se les imponían privaciones de varios géneros. La muerte del esposo dejaba “manchada” a una viuda y mientras permaneciera ligada a él, esa mácula persistiría. En cuanto a los difuntos, todo lo que les preocupaba era abandonar esta vida para entrar en la otra. Martín Lutero observaba que sentía envidia de los que ya habían “descansado”. Estaba equivocado. A los muertos les quedaba mucho por hacer: preparar la vida.

Y así transcurría la diaria jornada de la vida (y de la muerte) del maya inferior. El era quien pagaba el tributo con su mano de obra en la construcción de las ciudades. Por encima de él estaban las clases rectoras: el consejero de la ciudad, el *batab* que cobraba el tributo, el gobernador que se “sentaba-en-la-cabeza-de -la-estera” el adivino *chilan*, el jefe guerrero; y por encima de todos, el jefe hereditario, sacerdote y gran señor a la vez, con una jerarquía como la de un arzobispo barroco, encarnación del poder secular y temporal, el “hombre verdadero” el *halach uinic*, sentado en el pináculo.

VOCABULARIO

teocrático *adj.* 神权统治的

cotarro *m.* 宿夜收容所

glifo *m.* 竖沟装饰

exógamo, ma *adj.* 异系交配的

- totem *m.* 图腾
- braquicéfalo, la *adj.* 短头的
- lóbulo *m.* 耳垂
- cartilago *m.* 软骨
- topacio *m.* 黄玉, 黄石
- obsidiana *f.* 黑曜岩
- chamuscarse *vt.* 燎, 烧焦
- foliculo *m.* 小囊, 结
- tatuarse *vt.* 文身
- epicántico, ca *adj.* 肉皆赘皮的
- pintarrajarse *vr.* 浓妆艳抹
- embijamiento *m.* 涂成朱红色
- tapir *m.* 麋
- venado *m.* 鹿
- pómez *f.* 泡沫岩
- resina *f.* 树脂
- liquidámbar *m.* 香胶
- odorífero, ra *adj.* 芳香的
- pegajoso, sa *adj.* 粘的
- profiláctico, ca *adj.* 预防的
- coatí *m.* 南美浣熊
- cisma *m.* 分歧, 分裂
- Schiller 席勒(1759—1805 德国最伟大的诗人、戏剧家和文学理论家之一)
- glótico, ca *adj.* 声门的(音)
- fricativo, va *adj.* 磨擦的(音)
- viñeta *f.* 花饰
- Esparta 斯巴达(希腊拉科尼亚地区古都)
- Atenas 雅典(希腊首都)
- Corinto 科林斯(希腊的一个州)
- neolítico, ca *adj.* 新石器时代的
- astrólogo, ga *m., f.* 星卜家
- astrónomo, ma *m., f.* 天文学家
- lascivia *f.* 淫荡
- itifálico, ca *adj.* (古希腊祭祀酒神巴克斯时所抬的)阴茎形象的; 下流的, 猥亵的
- libidinosidad *f.* 好色
- nefando, da *adj.* 人所不齿的
- sodomía *f.* 兽奸
- homosexualidad *f.* 同性恋
- heterosexualidad *f.* 异性恋
- monogamia *m.* 一夫一妻制
- himen *m.* 处女膜
- estigmatizado, da *adj.* 名声不好的
- absidal *adj.* 穹窿式的
- adobe *m.* 砖坯
- paleontología *f.* 古生物学
- orla *f.* 边饰, 饰边
- hollejo *m.* (水果的)薄皮
- obeso, sa *adj.* 肥胖的

atestiguar *vt.* 证实
glotón, na *adj.* 贪吃的
aguti *m.* 刺鼠
armadillo *m.* 犛犛
iguana *f.* 鬣蜥
faisán *m.* 雉
cresta *f.* 冠
detergente *m.* 清洁剂
trepadora *f.* 攀缘植物
aguacate *m.* 鳄梨
papaya *f.* 番木瓜
zapote *m.* 人心果
néctar *m.* 神酒
alcaloide *m.* 生物碱
gacha *f.* 面糊
sémola *f.* 麦碴
pan ázimo 未经发酵的面包
sopeado, da *adj.* 浸泡的
citricultura *f.* 酸味水果业
vivir al estilo Luculo 按卢库卢
斯方式生活[卢库卢斯为罗马
大将]
frugal *adj.* 有节制的
opíparo, ra *adj.* 丰盛的
respingar *vi.* 翘起
bucólico, ca *adj.* 牧人的, 田
园式的
combar *vt.* 使弯曲
destetar *vt.* 使断奶

horóscopo *m.* 占星卜
genealógico, ca *adj.* 家系的
patrilineal *adj.* 父亲线状的
púber *adj.* 青春期的
baile cotillón colectivo 一种交
谊舞
copal *m.* 巴西普罗梯乌木
proscripción *f.* 流放, 放逐
añejo, ja *adj.* 陈旧的
homilía *f.* 布道
amuleto *m.* 护身符
ijada *f.* 肋
epicentro *m.* 震中
gramíneo, a *adj.* 禾木科的
mojonera *f.* 界标, 界石, 界线
argamasa *f.* 灰泥, 灰浆
empalizada *f.* 栅栏
códice *m.* 手抄古籍
saponaria *f.* 肥皂草
cerbatana *f.* 吹箭筒
piragua *f.* 独木舟
en trueque de 换
cisterna *f.* 地下蓄水坑
impetración *f.* 祈求
cerrazón *m.* 迟钝
acridio *m.* 蝗虫
capear *vt.* 躲过
cunciforme *adj.* 楔形的
andas *f.* 担架

- cochinilla *f.* 胭脂虫红
 múrex *m.* 骨螺紫
 macerar *vt.* 泡软
 contrapartida *f.* 补偿
 mordente *m.* 媒染剂
 papiro *m.* 纸莎草纸文稿
 alumbre *m.* 明矾
 astringente *adj.* 收敛的, 收缩的
 espécimen *m.* 样本, 样品
 mosaico *m.* 镶嵌工艺品
 chambelán *m.* 侍臣
 iridiscente *adj.* 彩虹般的
 codorniz *m.* 鹌鹑
 atigrado, da *adj.* 虎皮纹的
 airón *m.* 苍鹭
 garza *f.* 草鹭
 alcaraván *m.* 石(行鸟)
 tucán *m.* 大嘴鸟
 loro *m.* 鹦鹉
 tragón *m.* 咬鹃
 paloma buchona 球胸鸽
 garabatear *vi.* 潦草地写
 zacate *m.* 草
 liana *f.* 藤木植物
 greca *f.* 回纹饰
 henequén *m.* 龙舌兰
 agave *m.* 龙舌兰
 adminiculo *m.* 辅助物
 alquimista *m.* 炼金术士
 calibrar *vt.* 测定
 cacharro *m.* 家什
 chumacera *f.* 轴承
 encordadura *f.* 弦
 nudosidad *f.* 结节
 jocundo, da *adj.* 快乐的
 sofisticado, da *adj.* 刻意求工的
 policromo, ma *adj.* 多色的
 estratificación *f.* 分层
 irrestricto, ta *adj.* 无限制的
 aparatosidad *f.* 华丽, 壮观
 fósil *adj.* 化石的
 ámbar *m.* 琥珀
 pastinaca *f.* 虹鱼
 carabela *f.* 三桅帆船
 emporio *m.* 商业中心
 pedernal *m.* 火石
 venero *m.* 矿脉
 la manumisión de los esclavos
 解放奴隶
 capellán *m.* 牧师
 zanjar *vt.* 解决
 dórico, ca *adj.* 陶立克式的
 amanuense *m.* 记录员, 抄写
 员
 limo *m.* 烂泥
 apergaminarse *vr.* 变干瘪

fémur *m.* 股骨
caramillo *m.* 笛
cascabel *m.* 铃铛
emparrillado *m.* 格排
muesca *f.* 凹槽
flámula *f.* 小三角旗
nenúfar *m.* 白睡莲
hipnotismo *m.* 催眠状态
leso, sa *adj.* 受损伤的
indemnizar *vt.* 赔偿
parlanchin *adj.* 饶舌的
panacea *f.* 万应灵药
prognosis *f.* 预知
anquilostoma *m.* 钩虫
duodeno *m.* 十二指肠
ictericia *f.* 黄疸
erisipela *f.* 丹毒
flatulencia *f.* 胃肠气胀
vértigo *m.* 眩晕
epilepsia *f.* 癫痫
buba *f.* 脓肿
copular *vt.* 性交
limar *vt.* 锉
carie *f.* 蛀牙

engaste *m.* 嵌入
pleuresia *f.* 肋膜炎, 胸膜炎
farmacopea *f.* 药典
euforbiáceas *f. pl.* 大戟属植物
murciélago *m.* 蝙蝠
por vía oral 口服
hemorragia nasal 鼻子出血
roña *f.* 疥癣
viruela *f.* 天花
útero *m.* 子宫
feto *m.* 胎儿
matriz *f.* 子宫
cálculos biliares 胆结石
afrodisiaco, ca *adj.* 刺激性欲的
libidinoso, sa *adj.* 好色的
mácula *f.* 污点
sudario *m.* 遮尸布
incinerar *vt.* 火葬
decapitar *vt.* 杀头
serruchar *vt.* 锯
pináculo *m.* 顶部, 最高点

LITERATURA (2)

EL JINETE POLACO

Nunca he hablado tanto, durante tanto tiempo, te hablo en voz alta cuando estás mirándome o cuando apagamos la luz y te cobijas contra mí y me pides que no me calle, pero sigo hablándote cuando te has dormido y te oigo respirar, y cuando me despierto por la mañana y has salido para comprar el periódico y me sobresalta que no estés, casi vuelvo a dormirme, me extiendo en la cama y me parece que me envuelven no sólo las sábanas y el edredón sino el calor de tu presencia, y me gusta permanecer así, durmiendo todavía pero muy cerca del despertar, mezclando las sensaciones exteriores al sueño, oigo la llave en la cerradura, la cautela de tus pasos, el ruido del agua en el fregadero, el de las tazas y el exprimidor de zumo, huelo el pan tostado y el café, abro los ojos y te veo de espaldas al otro lado del pasillo, en la cocina con la puerta entornada, te apartas el pelo sujetándolo a un lado con los dedos extendidos y veo tu perfil ensimismado en la disposición de las tazas, los vasos de zumo y la cafetera sobre la bandeja, muy pensativa, como si no estuvieras segura de que no falta nada, pasas ante la puerta del dormitorio, tal vez creyéndome dormido, y sé que vas a poner un disco, te gusta comenzar las mañanas con Aretha Franklin o Sam Cook o los Beatles, aunque también a veces con Miguel de Molina o Concha Piquer, con una fuga cristalina de Bach, y mientras vienes sosteniendo la bandeja con miedo a que se te caiga yo estoy ya despierto y vuelvo a hablarte, te cuento perezosamente un sueño que he tenido, observo que añades la leche muy caliente a mi taza de café

y que sin preguntarme le pones dos cucharadas de azúcar y me doy cuenta de que ya hemos adquirido costumbres, en tan pocos días, me extraña y lo agradezco, igual que me extraña oírme hablar tanto tiempo seguido, tan reflexivamente, tan despacio, con una precisión que he aprendido de ti, hablar en voz alta de mí mismo y de mi propia vida, nunca lo hice hasta ahora, tal vez porque nadie me ha hecho tantas preguntas como tú.

Prefería callarme, escuchar a otros, mirarlos y espiarlos, he usado mi voz para inventar o mentir o para enmascararme en las voces de los otros, para decir lo que ellos querían que dijera o lo que yo consideraba conveniente, he dicho palabras de amor y no he estado seguro de que fueran verdad, pero he procurado creérmelas mientras las decía, he vivido fuera de mí mismo, en una fronda de palabras, he salido de mí para perderme en ellas igual que salía de mi casa para no soportar la soledad y buscaba urgentemente a alguien, quien fuera, amigos o mujeres, bares donde las carcajadas y la música me aturdieran la conciencia, donde pudiera oír palabras a mi alrededor que yo perseguía sin motivo igual que persigo las que suenan velozmente en los auriculares cuando estoy encerrado en la cabina de traducción, fragmentos de conversaciones o discursos, cientos de miles, millones de palabras pronunciadas al mismo tiempo en cuatro o cinco idiomas, y ninguna tenía nada que ver conmigo ni con ninguna clase de verdad, dejaba de oírlas y volvía al mismo silencio del que había escapado, me desesperaban pero no era capaz de vivir cuando se extinguían, me daba miedo no escuchar, como un ciego que descubre que lo han dejado solo, ponía un disco, conectaba la radio, me quedaba quieto para escuchar las voces del apartamento contiguo, establecía diálogos prolijos con mi propia sombra, me daba

órdenes y consejos, no vuelvas a ver más a esa mujer, no tomes otra copa, acuérdate de sacar, la bolsa de basura, levántate, que son las nueve menos veinte, no te pierdas a la rubia que acaba de entrar en el comedor, o le hablaba imaginariamente a Félix por teléfono, le escribía cartas que nunca llegaron al papel, adoptaba otra voz, hablaba con alguien y se me contagiaba su acento, pero me pasa lo mismo con las opiniones o los estados de ánimo de otros, que se me contagian en seguida, por eso no soy capaz de sostener una discusión sin ponerme de parte del que está en contra mía ni me cuesta ningún trabajo aprender un idioma ni imitar una voz, Félix dice que podría haberme ganado la vida de ventrílocuo, es como viajar a otro país sin moverse, como cambiar de alma y de memoria, hasta de identidad, y a mí la mía se me escapa en cuanto me descuido, no sé quedarme en la primera persona del singular, y si es la del plural no la he usado casi nunca, creo que sólo ahora puedo decir yo y nosotros sin sentirme un falsificador o desear escaparme, sin inventar lo que digo y a quién. Pero me dan miedo esas palabras, nunca y ahora, a los amantes les gusta mucho repetirlas, seguro que tú y yo se las hemos dicho a otros, nunca he querido a nadie como a ti, ahora soy más feliz que nunca, nunca he gozado tanto, yo las odiaba cuando me encontré contigo, había decidido curarme del amor, más o menos como el que se quita del tabaco, me sublevaba su prestigio, su vacuidad, su omnipresencia, todas las canciones y todos los libros y todas las películas mareando el amor, en todos los idiomas, todos los amantes jurándose nunca y nunca más y sólo ahora y para siempre, todo el mundo esperando el amor, o fingiéndolo, o haciéndolo, o echándolo de menos, o sufriendo rabiosamente por él, por nada, por haber leído libros o escuchado canciones donde la gente se enamora, muriéndose por lograrlo cuando no lo tienen, pagando y mintiendo y

humillándose para conseguirlo, asfixiándose de tedio, de desengaño o de simples ganas de huir o de quedarse solos en la cama cuando lo alcanzaban, falsificando caricias y orgasmos, qué palabra, deberían prohibirla, aunque hay un bolero que se llama crudamente así, gimiendo como perros, disimulando la indiferencia o el asco en la oscuridad, fumando luego en la cama mientras guardan silencio porque no saben qué decirse o porque si abren la boca no podrán contener el bostezo, o peor aún, comentando juiciosamente las miserables peripecias para ennoblecerlas con la vaselina de la sinceridad, repitiendo posturas o palabras que han aprendido en un vídeo pornográfico, perversiones modestas, acuñando groseros diminutivos que los harían enrojecer de vergüenza ajena si se los oyeran a otros, imaginando con los ojos cerrados que abrazan otro cuerpo y dicen otro nombre.

Me negaba con una furiosa determinación, como un monje que se encierra bajo llave en su celda para no salir, me amputaba el deseo, me imponía el cumplimiento neurótico de mis obligaciones y mis comodidades más sórdidas, manías de hombre solo en una colmena de gente tan sola como él y en una ciudad lluviosa donde las calles se quedan vacías después de las seis, la vuelta a casa en autobús leyendo el periódico, la habilidad tan difícil de aprender de no rozar a nadie y no mirar a nadie a los ojos, la calefacción excesiva en el apartamento, el desorden semanalmente corregido por la mujer de la limpieza pero creciendo hora tras hora como la maleza de una selva, una toalla sucia en un rincón del cuarto de baño, los platos amontonados en el fregadero, la cena rápidamente calentada en el microondas y consumida delante de la televisión, el silencio cada vez más denso, intolerable hacia las diez o las once, sobre todo cuando no

ponían alguna película que me interesara o a la que fuera fácil resignarse, la precaución de conectar el despertador, y como máxima recompensa del día la satisfacción de acostarme pronto y de no haber bebido demasiado, de no sufrir por nadie, de que nadie tuviera derecho a inocularme la culpa de su sufrimiento, un cigarrillo fumado a medias y un libro que abandonaba en seguida, el vaso de agua y la cápsula de valium, las graduales artimañas urdidas para sobrevivir sin entusiasmo, pero también razonablemente a salvo del horror, la solitaria mezquindad que lo va envolviendo a uno en una especie de caparazón quitinoso sin que se dé cuenta, tan escondido en su rincón como una cucaracha, con un sentimiento neutral de resignación y de pérdida que no impide la dedicación al trabajo, más bien la favorece, porque el trabajo es el único porvenir verosímil que puede imaginar y cada fin de mes rinde su beneficio indudable, y cada día sus dosis de intrigas enhebradas, de vanidad, aburrimento y rencor.

Me habitué a hablar con muy poca gente y a ser un extranjero, y ya casi no tenía nostalgia de España, regresaba en las vacaciones y encontraba un país zafio y ruidoso donde todo el mundo fumaba en todas partes y hablaba siempre a gritos, y al cabo de una semana ya quería marcharme, iba a Mágina y me moría de tristeza viendo a mis padres envejecidos, a mis abuelos cada vez más decrepitos y torpes, a mis amigos enquistados sin un rastro de rebelión en su melancolía de provincias, más gordos, con menos pelo, con hijos y ocupaciones y amistades que ya no tenían nada que ver conmigo, recibíendome cada vez que los veía con una hospitalidad atenuada por la desconfianza, como si íntimamente me echasen en cara una deserción que no era sino la consecuencia de una voluntad de huir que todos compartimos y que sólo yo cumplí hasta el final, no porque hubiera tenido más coraje que ellos sino porque la corriente que me empujó a mí fue más

poderosa y no tuvo reflujos: me reprochaban que no hubiera asistido a sus bodas, que hubiera perdido el acento de Mágina, me hacían preguntas sobre mi trabajo y sobre las ciudades de Europa donde llevaba años viviendo y yo temía que mis respuestas los hirieran, me imaginaba en la posición contraria, yo encerrado en Mágina y convirtiéndome sin remisión en un padre de familia maduro y cualquiera de ellos volviendo una vez al año desde Berlín o Bruselas, contándome que trabajaba de intérprete en un organismo internacional, pero que tal vez abandonaría muy pronto ese puesto fijo para unirse a una agencia independiente y vivir de un lado a otro, sin horarios fijos, traduciendo durante una o dos semanas y dedicando el resto del mes a no hacer nada, a vivir de una manera semejante a como imaginábamos a los dieciséis años. Con qué alivio me marchaba de Mágina y subía al avión en Madrid, pero ahora descubro, lo supe el otro día, en ese hotel de las afueras de Chicago que parecía una casa embrujada, que tenía mucho más miedo del que yo pensaba, era como estar acercándome a un límite, si daba unos pocos pasos más ya no habría remedio, sería un extranjero para siempre, no habría un solo lugar en el mundo donde yo tuviera un motivo firme para permanecer. He conocido a mucha gente así, son como una estirpe, una raza aparte que vive en una diáspora sin persecución ni tierra prometida, nunca saben del todo dónde están, no terminan de acostumbrarse jamás al país donde se instalaron hace años pero vuelven al suyo y advierten que han pasado fuera demasiado tiempo, que han perdido las claves cotidianas de su propio idioma y no acaban de comprender, por ejemplo, las noticias de la televisión o los chistes del periódico, se marchan de nuevo y se resignan y saben que ya será inútil volver, que se les ha degradado la memoria y que de ahora en adelante vivirán como fantasmas parciales

que no dejan huellas de sus pasos y carecen de sombra. Pero yo he querido ser así, te lo juro, estaba envenenado de palabras, he seguido estándolo mucho después de que terminara mi adolescencia, he creído que amaba el nomadismo y la soledad porque eran palabras prestigiosas, adornadas por las mayúsculas de la literatura. Lo único cierto entre tanta mentira que me he contado era el miedo a permanecer, a que me envolvieran los hilos de la dependencia y la costumbre, el veneno letal de los hábitos diarios, el amor, los bares, el trabajo, la complacencia en la repetición, segregando una baba que se vuelve sólida al contacto del aire, que lo recluye a uno en su casa y en el número creciente de sus objetos, sus muebles, sus electrodomésticos, sus hijos o sus animales de compañía y lo acaba atando no porque uno haya elegido sino porque ha ido perdiendo sin saberlo toda posibilidad de elección.

Me da rabia poseer cosas, libros, fotografías, discos, carpetas de recortes, colonias de insectos que se reproducen sin propósito en las habitaciones sedentarias y hasta en los bolsillos, armarios llenos de ropa sin usar, cartas inútiles que no serán contestadas pero que nunca llegan a tirarse, libros que ya no serán leídos, cintas de música que han perdido la etiqueta y la caja, cosas inertes, asediándolo a uno, equipajes monstruosos, llaves de casas abandonadas hace tiempo, billetes de Metro con un número de teléfono escrito en el reverso, tarjetas de visita, pasaportes caducados, es como una selva en la que hubiera que estar manejando sin descanso el machete para que no vuelva a cerrarse la espesura, como una casa comida por las termitas de la que hay que irse cuanto antes, dejándolo todo atrás, igual que hacían los aeronautas de Julio Verne para que el globo se remontara en el aire, abandonando el peso muerto, las costumbres,

las cosas, la ropa usada, los libros inútiles, incluso los recuerdos: una bolsa liviana de viaje, un billete de avión, un walkman que cabe en la palma de la mano, el pasaporte y la tarjeta de crédito, nada más, nadie más, ni siquiera yo mismo, el que he sido y ya no soy, el que permanece en la casa abandonada como la piel seca y transparente de un reptil mientras yo, libre de todo, ligero, casi flotante, subo a un taxi y me dirijo al aeropuerto o a la estación, exaltado, neurótico, comprobando que no olvido nada necesario, mirando el reloj por miedo a llegar tarde, no sólo el mío, sino el que lleva el taxista en el salpicadero y los que se ven al pasar en los edificios públicos o en los paneles digitales de las calles, calculando minutos, acuciado por el tiempo, sintiéndolo desgranarse con el mismo desasosiego con que oigo fluir las palabras en los auriculares y las atrapo para ordenarlas en la sintaxis de otro idioma, temiendo perder una sola de ellas, un verbo, una palabra clave, y no encontrar ya el modo de contener su riada indescifrable, el alud de palabras que lo anegan a uno como si la cabina acristalada fuera un acuario donde el agua no deja de subir. Las sigo oyendo luego, cuando salgo de la cabina y enciendo un cigarrillo, cuando camino solo por la calle o viajo en Metro y me pongo involuntariamente a traducir las palabras que suenan a mi alrededor, a usarlas como indicios de las que vendrán más tarde, las oigo en el silencio de mi habitación y en el duermevela que me conduce hacia el sueño, y a veces, cuando he pasado todo el día trabajando, me duermo y sueño que no he salido de la cabina de traducción, y las palabras me empujan, me envuelven, me arrastran en cenagales de caligrafía, de discursos fotocopiados, de libros que se van escribiendo a medida que yo los leo e intento traducirlos, y cuando viajo, si no estoy oyendo música en el walkman, me hablo a mí mismo, elijo un idioma como si eligiera un país y adopto

mentalmente un acento preciso, es la ventaja de vivir siempre entre desconocidos, que uno, si quiere, se puede volver tan maleable como un trozo de arcilla, contar su vida al mismo tiempo que la inventa, modificar, tachar, atribuirse una memoria y una forma de hablar que no le pertenecen, borrar meses, años enteros, ciudades, historias de mujeres. Era tan fácil que no me daba cuenta de que también era peligroso, porque la mentira, una vez inventada, actúa por sí misma y es un ácido que carcome irreparablemente la verdad, sobre todo cuando uno carece de puntos firmes de referencia y sólo tiene puntos de fuga, de modo que hay años y ciudades de mi vida de los que no me queda ni un recuerdo, nada, aunque te parezca imposible, un espacio en blanco, como aquella vez que se me perdieron en Mágina cinco horas de una noche, como cuando se lleva algún tiempo bebiendo demasiado y faltan tramos de la noche última y hay palabras que tardan en llegar a los labios y escalones habituales que no están, y entonces viene el miedo, la alarma y la culpa sin motivo, la sospecha de haber olvidado o dejado de hacer algo imprescindible, de haber cometido un error mínimo que traerá rápidamente la catástrofe.

El miedo era entonces, hace unas semanas, en el pasado remoto en que yo no estaba contigo, una pasión asidua y exclusiva, la tonalidad y el color y la urdimbre con que se tejían las otras pasiones, la del deseo y la de la soledad sobre todo, un miedo envolvente como el aire y también invisible, a veces sin forma exacta, sin olor ni tacto ni sabor, y otras veces como una sustancia añadida a todas las cosas, un veneno perceptible, casi nunca demasiado amargo, tan fácil de ingerir sin náuseas que se había convertido en una costumbre, en uno de los jugos que mantenían en acción la química del cuerpo y de los

estados del alma, como la nicotina y el alcohol y de vez en cuando, muy de tarde en tarde, los mínimos cristales blancos de la cocaína; el miedo acelerando los golpes del corazón y latiendo en el pulso, en el segundero digital del despertador iluminado en el insomnio sobre la mesa de noche, el miedo contrayendo los labios en una especie de sonrisa rígida y dando un brillo especial a las pupilas, un rojo demasiado intenso a los lacrimales, impulsando los dedos a tamborilear en el aluminio de las barras y en los manteles de los restaurantes, el miedo guiando la mano que reptaba hasta el paquete de tabaco o palpa la chaqueta buscándolo, el miedo a haberse quedado sin cigarrillos a una hora muy tardía de la noche en un país puritano donde ya no hay bares abiertos, a haber perdido el billete de avión o el pasaporte unos minutos antes de salir de viaje, a no encontrar un taxi, a no encontrar a alguien con quien regresar a la habitación del hotel o al dormitorio del apartamento, el miedo a los timbrazos del teléfono y al silencio demasiado largo del teléfono, el miedo a perder el trabajo por una razón desconocida y a caer despacio en la indignidad y volver a la pobreza, a las casas de comidas con manteles de hule y sopas de fideos en platos de duralex y a las pensiones con un olor retestinado a calcetines en los pasillos, el miedo cuando despega el avión o cuando se encienden de pronto, en un vuelo nocturno a través del océano, los indicadores rojos de alarma, el miedo a los camiones que vienen de frente por la carretera y crecen hasta ocupar el espacio entero del parabrisas y ciegan con los faros, el miedo a los atracadores, a los policías brutales, a las jeringuillas de plástico aplastadas en el rincón de un portal, a las bombonas de butano, a los errores judiciales, a las cartas con membrete oficial que aparecen en el buzón, el miedo a la devastación insensata del amor y a la devastación de la soledad, el miedo siempre, en todas partes, en

cada circunstancia pública o íntima, el miedo a una infección venérea al respirar sobre los ojos cerrados de una mujer desconocida, al cáncer de pulmón, al viento que sopla desde el lago Michigan, a la punzada que atraviesa el pecho en una noche de mal sueño, a la vejez, a la decrepitud, a la muerte lenta, a la propia cara en el espejo, a la propia sombra que oscila en el epílogo indigno de una borrachera, el miedo silencioso y dócil como un gato adormecido en el sofá o encrespado y creciendo como un animal alojado al fondo de ese pasillo donde hay un indicador rojo, EXIT, el miedo al miedo, el miedo a la locura que sólo puede conocer quien pasa solo mucho tiempo, al desvanecimiento instantáneo, a un peldaño que falta en una escalera, a ese intruso que aparece frente a mí cuando abro la puerta y soy yo mismo en el espejo del recibidor.

Así he vivido, enfermo y muerto de miedo, vivo de miedo y saludable, auscultando el miedo en mi piel y en los tejidos secretos de mi corazón y mis pulmones y reconociéndolo en otros con una perspicacia de homosexual o de adicto que distingue a los suyos en una multitud o entre los invitados a una cena respetable: el miedo como las normas de una cofradía, como un idioma común que todos hablan en silencio bajo el sonido inútil y tramposo de las palabras, la arqueología submarina del miedo, su aprendizaje y sus edades, las reliquias guardadas en la inconsciencia y en los sueños como fragmentos de estatuas sepultadas en el fondo del mar. Se me había olvidado la mayor parte de mi vida y sólo me quedaba su osamenta de miedo: el miedo a los sociales camuflados en la facultad y a los caballos de los grises, el miedo a los oficiales del cuartel, a los soldados veteranos, a las armas de fuego, a perder el paso durante la instrucción y recibir una bofetada era a los veintitrés años el miedo

redivivo de la infancia, el miedo infantil a los niños más grandes y crueles y a aquellos huérfanos de la inclusa o de Auxilio Social que tenían las cabezas pelonas y bajaban por la calle Fuente de las Risas en manadas terribles, con sus alpargatas de cáñamo, sus chaquetas de hombres y sus boinas caladas hasta las cejas sobre torvas caras de posguerra, no infantiles ni adultas, únicamente desesperadas y feroces, los Gorras, les decían, y cuando circulaba el rumor de que se estaban acercando Félix y yo corríamos a escondernos en nuestras casas, porque llevaban navajas en los bolsillos y agudos guijarros que lanzaban con puntería homicida contra los perros de la calle, los niños cobardes como nosotros y los tontos de pantalones caídos que se sorbían los mocos y no se metían con nadie, que parecían existir nada más que para ser víctimas de la espontánea crueldad de cualquiera; el Primo, que tenía la boca sumida y la cabeza calva en forma de cebolla, que vestía grandes gabardinas con los bolsillos desgarrados y bramaba como un recién nacido cuando lo perseguían a pedradas riéndose de él, Manolo, que era grande y gordo, mongólico, con gafas de cadenilla, y le hacía muy bien los recados a su madre, aunque le gustaba arrimarse más de la cuenta a las niñas, Juanito, que tenía las cejas juntas y unas enormes encías rojas y caminaba siempre muy deprisa e inclinándose con devoción delante de todas las muchachas, a las que recitaba salivosos piropos de una perfecta castidad, Matías el sordomudo, que no era tonto del todo, sino más bien alelado, y que después de trabajar durante treinta años como ayudante de Ramiro Retratista se embutió en la cabina de un isocarro y se ganó muy bien la vida repartiendo piensos compuestos, y el otro Juanito, que vivía en el Altozano, al lado de la fuente, y era hijo de una mujer a la que llamaban en su cara y con toda naturalidad la Fea, porque lo era en extremo, y además desgraciada, su marido se fue a

Barcelona y la dejó con seis hijos, el menor de ellos tonto, Juanito, con el que jugaba yo algunas veces, pues era casi el único en todo el barrio que no me pegaba ni me engañaba con los tebeos y las bolas, y cuando me veía acercarme manifestaba una alegría inocente y perruna. Lo vi la última vez que estuve en Mágina, creo que el año pasado, fui para quedarme unas semanas y me marché a los cuatro días, ahora vende pipas y chucherías para niños en un puesto de los soportales, en la plaza del General Orduña, y camina y mira igual que entonces, con los mismos ojos de ternura y desolación animal y la misma cara infantil, ni siquiera le ha salido la barba, me acerqué a comprarle tabaco y me conmovieron esos ojos que ya no me reconocen, no porque se haya olvidado de mí, sino porque sigue viviendo en un tiempo del que yo deserté o fui expulsado hace veinticinco años, el de nuestra infancia común que para él no ha terminado.

Pero quería seguir hablándote del miedo, y de lo que tal vez fuera su razón y su médula, la incertidumbre acerca de mí mismo, de mis deseos y mis sentimientos, la prisa cegadora y creciente por la que fui arrastrado, sin que participaran en ella ni mi voluntad ni mi conciencia, era como cuando uno va por una calle del centro a la hora de salida de las oficinas y aunque no tenga nada que hacer apresura el paso para igualar el ritmo de la multitud, embebido y tragado por ella, una velocidad que parece energía y es el vértigo de la caída libre, no detenerse nunca, no perder ni una de las palabras escuchadas en el auricular, no quedarse solo a una cierta hora de la noche, no llegar tarde al trabajo ni al mostrador de facturación del aeropuerto, añadir cada minuto al próximo sin mirar la delgada fisura de vacío que hay entre los dos, una copa tras otra, un viaje

emprendido al terminar el anterior, una réplica instantánea en una conversación amenazada por el silencio, un bar nocturno y luego un taxi y otro bar que cierra un poco más tarde, la urgencia angustiosa de apurar la noche y de que la noche no se termine. No sé cómo he vivido los últimos años, cómo han podido perderse sin que me quede nada de ellos, sólo caras sin rasgos y lugares que no acierto a identificar, fotos movidas, mujeres y ciudades que se me confunden entre sí, todo alejándose siempre, como si lo viera desde un tren o tras la ventanilla de un taxi, como esas películas en las que el viento arrastra hojas de calendarios y se ven girar primeras páginas de periódicos y en dos minutos ha transcurrido una generación, se ha enamorado uno sucesivamente y para siempre de cuatro o cinco mujeres, ha repetido con cada una de ellas los mismos episodios de fervor y decepción y los mismos errores, como si en el fondo, bajo la apariencia de diversidad de los rasgos, se enamorara siempre de la misma mujer parcialmente inventada, ha visto en la plaza de Oriente la cola fúnebre de los que acuden a despedirse del cadáver de Franco, ha votado por primera vez, se ha afeitado para siempre la barba, ha salido una mañana hacia su trabajo en París y al abrir el periódico ha encontrado la foto de un guardia civil con tricornio, bigotazo y pistola que alza la mano en ademán taurino y ha querido morir de rabia y de vergüenza, ha recibido con retraso la invitación para la boda de su mejor amigo, ha vuelto de vez en cuando a su país con el propósito de quedarse y se ha marchado con un sentimiento cada vez más intenso de extrañeza y de asco, aturdido por el tráfico, por las máquinas tragaperras de los bares, por el ruido intolerable de los martillos neumáticos en las aceras reventadas, por la codicia sin escrúpulos y la sonriente apostasía que han transfigurado las caras de muchos a los que conoció antes de irse, aunque ahora sabe, lo

descubre cada día, en cada país a donde lo lleva su trabajo, que si hay algo que no quiere ser es extranjero, y que si no regresa pronto lo será sin remedio al cabo de unos pocos años, por más que quiera uno tiene un solo idioma y una sola patria, aunque reniegue de ella, y hasta es posible que una sola ciudad y un único paisaje. Imagínate cómo será morir solo en un hotel o en un hospital donde nadie te conoce, yo lo he pensado muchas veces, o como esa gente que sufre un ataque al corazón en su casa y se queda una semana entera corrompiéndose delante del televisor encendido, hasta que los vecinos notan el olor y avisan a la policía.

Yo tenía en Bruselas un amigo con el que hablaba de estas cosas, era todavía más aprensivo que yo y había llegado desde mucho más lejos, de Colombia, pasando por Nueva York, se llamaba Donald Fernández y se ganaba la vida traficando en cocaína a pequeña escala, pero era un infeliz, era más vulnerable y más inocente que los tontos de Mágina, había viajado a Europa para hacerse pintor, pero su carrera artística progresaba tan desastrosamente como la de camello, así que volvió a América y me llamó al cabo de unos meses para decirme que había encontrado un empleo en la compañía telefónica de Nueva York y que estaba a punto de inaugurar su primera exposición. Vivía en el Bronx y continuaba traficando un poco, imagínate, un pobre tipo desmedrado y con gafas redondas que se asustaba de los perros, yo temía que lo aplastaran como a una hormiga y que no quedase rastro de él. Me envió el catálogo de su exposición, que era toda de paisajes inventados de Africa, porque él creía en la transmigración de las almas y soñaba en las alucinaciones del ácido que su origen estaba en una tribu de Kenia o del Zaire o en el coraje de un león, pero desde entonces no volví a tener noticias

suyas, en esa época yo cambié de casa y de teléfono y empecé a trabajar para la agencia de intérpretes, de modo que viajaba mucho más que antes y le habría sido muy difícil localizarme. Pero pudo hacerlo, no sé cómo, una noche, al volver de Madrid, puse en marcha la cinta del contestador y oí su voz, que sonaba lejanísima, el mensaje era de cuatro días atrás y me llamaba desde un hotel de Nairobi. “Manuel, soy Donald, por fin he venido a Africa”, pero no había dejado su número de teléfono, y yo estaba cansado del viaje y tenía tanto sueño que me faltaban ánimos para ponerme a indagar, y al día siguiente me olvidé, y no volví a acordarme de mi amigo Donald Fernández hasta que me llamó varias semanas después una hermana suya que vivía en Colombia; él quiso hablar conmigo y no pudo, me dijo, y le había pedido a ella que se encargara de hacerlo. “El quería que usted supiera, señor, para mi hermano usted era muy importante.” Ganaba un sueldo razonable en la compañía telefónica, al fin estaba logrando que alguien se interesara en su pintura, tenía el proyecto de mudarse a Manhattan y casi había abandonado su trato pusilánime con el mercado siniestro de la cocaína, y un día, de pronto, todo se quebró, tal como él había temido siempre, lo despidieron del trabajo, unos traficantes le dieron una paliza, supongo que después de quitarle las gafas redondas y pisotearlas, no pudo pagar el alquiler de su casa y lo echaron, se fue a vivir a los túneles del Metro, empezó a mendigar, le salieron unas manchas muy raras en la piel y descubrió que había contraído el sida, era tan tímido y tan reservado que yo nunca noté su homosexualidad, sobrevivió de milagro a un invierno atroz y en primavera, no sé cómo, su hermana no me lo explicó, obtuvo de alguien el dinero suficiente para un billete de ida a Nairobi, quería morirse allí, y antes de morir intentó hablar conmigo, pero yo no hice caso,

imaginé distraídamente que sería otra de sus locuras y ni se me ocurrió averiguar su teléfono, aunque es posible que cuando oí el mensaje ya estuviera muerto. Dijo su hermana que había abandonado el hotel y que encontraron su cadáver en una reserva de animales salvajes, sentado contra el tronco de un árbol, sonriendo, y que la policía tardó más de una semana en establecer su identidad, porque se había dejado el equipaje y el pasaporte en la habitación del hotel. Quién iba a decirle cuando era un niño en una casa con jardín de Cartagena de Indias que acabaría treinta años después en el depósito de cadáveres de Nairobi, se para uno a pensarlo y parece increíble, pero también lo es que yo esté ahora contigo y me atreva a hablarte como si te conociera desde siempre, como si no hubiera sido prácticamente imposible que nos encontráramos. No salgo de mi asombro, me niego a salir de él, no quiero acostumbrarme, quiero vivir exactamente así el resto de mi vida, sin hacer nada ni desear nada más que lo que ya tengo ni a nadie más que a ti, agradeciendo que existas y me hayas elegido y que estés a mi lado cada mañana cuando me despierto, inmediata y carnal, no inventada, más verdadera y mía que yo mismo, haciéndome preguntas continuas, desafiándome a decir lo que he callado siempre, lo que ni recordaba, moldeada por el sufrimiento y la felicidad, frágil y sabia, deteniendo el tiempo para que duren como lentos días cada una de las horas y no empiece a remordernos la angustia del adiós.

La carretera en línea recta, dividiendo en dos mitades exactas la llanura, perpendicular al horizonte plano y nublado, no nublado, gris, de un gris pálido, casi blanco, sucio, aunque no tan opresivo como el gris de Bruselas, porque aquí el cielo no parece tan bajo,

aunque tampoco sea posible deducir por la luz si es media mañana o media tarde, dan ganas de morirse, así tienen todos esas caras, caras de aeropuerto, salvo las de los negros y los mendigos, pero en el aeropuerto casi no hay negros y desde luego no hay mendigos, casi no hay nadie, por el miedo a la guerra, el avión medio vacío y unas pocas maletas sin dueño girando luego en la cinta transportadora, bajo unas bóvedas de aluminio y de metacrilato que parecen las de una catedral concebida en el delirio de un arquitecto posmoderno, ciego de cocaína y de vanidad, como el lujoso inepto que inaugura mañana en la North Western University un simposio sobre la huella de España en América, o algo parecido, y que debería de haber tomado el mismo avión en Nueva York, pero ni rastro, se dormiría anoche durante *La Walkiria* y no habrán podido despertarlo aún, hecho polvo el hombre, sepultado de aburrimiento y de cultura bajo varias toneladas de Wagner, y por supuesto el chófer del consulado también brilla por su ausencia, así que no se ve a nadie con un amable cartel en el pecho y una sonrisa sintética de bienvenida en los labios, ni siquiera se oyen ecos de palabras humanas en los altavoces, ni pasos, ahogados por hectáreas de moqueta gris, tan sólo música ambiental, el ruido de una cisterna en los lavabos y *Proud Mary* reblandecido de coros y violines, estos cabrones son capaces de convertir en nata batida y sonrosada hasta *La internacional*.

Pero al menos un respiro, un cigarrillo tras la puerta cerrada, como en los retretes del colegio, aunque a lo mejor se activa uno de esos detectores de humo y se enciende una luz roja y suena una alarma, frágil serenidad, volutas azules y grises saliendo despacio de los labios, con un placer fortalecido por la prohibición, y de pronto los zapatos y los calcetines negros de alguien que respira muy fuerte en la cabina contigua, en un silencio ártico, vacío, un silencio de lavabo de

aeropuerto y tal vez de manicomio, qué miedo de repente a ese desconocido que corta un trozo de papel higiénico y se suena los mocos al otro lado de un tabique de plástico y murmura *Mein Gott* gimiendo igual que si se masturbara, a lo mejor es eso, a quién se le ocurre en un sitio como éste, pero él también percibirá la presencia de alguien que está a pocos centímetros y a quien no verá nunca y es posible que le dé el mismo miedo, un miedo de animal agazapado en la noche de la selva o de viajero con zapatos y calcetines negros encerrado en el lavabo aséptico y silencioso de un aeropuerto, claustrofobia, el agua del grifo en la cara desfigurada de cansancio, el jabón líquido y el agua en las manos, la cara en el espejo que se extiende a lo largo de toda la pared reflejando las cabinas cerradas, debajo de una de las cuales se ven unos pies, como en las películas, cuando hay un ladrón detrás de la cortina y el protagonista ve las puntas de sus zapatos. Qué cabeza, siempre con lo mismo, la bolsa de viaje, un poco más y se queda olvidada, horarios de vuelos y nombres de compañías y ciudades apareciendo y sucediéndose en los monitores, anuncios de perfumes franceses y de islas tropicales en las paredes del corredor infinito por donde discurren unos pocos viajeros inmóviles sobre la goma deslizante del suelo, cuidado con perderse, si se pierde uno en el aeropuerto de Chicago no lo encuentran en varias semanas, se vuelve loco buscando de nuevo el letrero iluminado de BAGGAGE CLAIM y la flecha indicadora y el consulado de España tiene que enviar una expedición de rescate, qué respiro, la maleta intacta por fin, la salida, nadie en la parada de los taxis, una hilera de descomunales taxis amarillos que tienen todo el aire de la comitiva de un entierro, y junto al primero de ellos una cara de piel oscura y brillante, un poco verdosa, de raza aceitunada, como decían antes las enciclopedias escolares, las razas humanas son cinco, blanca, negra,

cobrizo, amarillo y aceitunado, y unos ojos grandes, muy vivos, de mirada lenta y profunda, como la de una vaca, los primeros ojos indudablemente humanos desde no se sabe cuándo, el pelo negro, rizado, aceitoso, y un cigarrillo en los labios, lo cual es ya un prodigio, una exigencia de reconocimiento y gratitud, porque no sólo está fumando, sino que fuma con placer y pereza, sin ademanes furtivos ni miradas de soslayo, con un descaro tan extranjero como sus facciones, como la gran sonrisa blanca con que levanta la maleta y la guarda en el maletero que se cierra como la tapa de un sarcófago; no entiende la dirección, hay que enseñarle la tarjeta donde viene apuntada y asiente con aire meditabundo y rascándose la nuca, sonríe por fin, seguro que no tiene ni idea pero se arma de valor y pone en marcha el taxi, se aleja del aeropuerto, enfile una llanura de puentes de hormigón y cruces de autopistas por las que circulan los coches con una inquietante lentitud que parece más bien un efecto óptico, así que esto es Chicago, en las paradas de los semáforos el taxista extiende sobre el volante las hojas de un periódico con titulares escritos en un alfabeto que se parece al hindú, pero seguramente es paquistaní, o bengalí, cómo sonará ese idioma, cómo se nombrarán en él las cosas comunes o las extraordinarias, junto al salpicadero hay una tarjeta de identificación en la que está su foto y un nombre muy largo y desde luego impronunciable, y él habla inglés con la misma brusquedad dubitativa que usa al conducir, mira que si no ha entendido la dirección y se pierde y cae la noche antes de llegar a ese lugar del que no parece haber oído hablar nunca, Evanston, Illinois, un suburbio universitario de lujo a orillas del lago Michigan.

Frena, ha estado a punto de empotrarse contra el remolque de un trailer, suspira, vuelve a abrir el periódico, no se da cuenta de

que el semáforo se le ha puesto en verde hasta que en otro camión más grande todavía que espera detrás suena un claxon tan brutal como el de la sirena de un transatlántico, como los de los camiones de bomberos de Nueva York, que más que a apagar incendios parecen dirigirse a provocar catástrofes, el corazón se encoge, tendría gracia morir aplastado bajo las ruedas de un camión en las afueras de Chicago, en compañía de un bengalí que suspira de nostalgia por su patria miserable y fangosa. “Qué lejos de casa”, dice, y mira en el retrovisor, acepta un cigarrillo como si aceptara un pésame, suelta golosamente el humo haciendo roscos y cuenta que él tenía un trabajo muy bueno en Alemania, en Stuttgart, pero que sus padres le concertaron el matrimonio con una prima suya que vivía en América y tuvo que venir a casarse y se quedó. Cómo verán esos ojos el mundo, qué recuerdos tendrá del país donde nació y al que lo más seguro es que no vuelva, viajó desde Stuttgart a Chicago para casarse con su prima igual que un salmón cruza el océano para depositar sus huevos en el lecho de un río y ahora conduce un taxi y antes de hablar se queda pensando y se muerde los labios, tiene que traducir las palabras, algunas se le escapan en alemán, cómo será la casa a donde vuelve cuando termina el trabajo, después de trece o catorce horas al volante de un taxi por una llanura de autopistas, suburbios de casas de ladrillo rojo entre el césped, ferreterías inmensas, hamburgueserías rodeadas de aparcamientos tan ilimitados como los maizales, como el cielo gris que se está oscureciendo aunque no se sabe si va a anochecer o si son las diez de la mañana, y mirar el reloj no sirve de gran cosa, el sentido del tiempo está como anestesiado por los cambios horarios, igual que los tímpanos por la presión del vuelo, las agujas marcan la hora de Nueva York pero en la conciencia y hasta en las costumbres del cuerpo permanece la hora de Europa,

un cálculo automático, como el del valor de la moneda, en Madrid son ahora las once de la noche, en Granada Félix ya ha acostado a sus hijos y está viendo con Lola una película de la televisión, en Bruselas llueve y no hay nadie por la calle, en un salón de actos se ha prolongado interminablemente una conferencia sobre aranceles agrícolas o sobre las normas de fabricación de preservativos y los traductores soñolientos miran por el cristal de sus cabinas y buscan equivalencias instantáneas para las palabras absurdas que escuchan en los auriculares pensando en otra cosa, y en las afueras de Chicago, en una calle idéntica a todas las calles que ha cruzado el taxi desde hace una hora, césped, árboles, ladrillo rojo, ventanas iluminadas, nadie, un bengalí que tiene nostalgia de Stuttgart le pregunta a un tipo que corría en camiseta y con una gorra de béisbol puesta al revés por un hotel llamado Homestead que tiene todos los visos de no existir: el tipo suda, con el frío que hace, tiene los pectorales hercúleos, mira con reprobación la cara del taxista y con asco el humo de tabaco que sale por la ventanilla, señala algo con la mano derecha extendida, hay que ir hacia el lago: una calle larga, con hamburgueserías, con ferreterías, con muladares de coches desguazados, más casas de ladrillo rojo y jardines y árboles y ventanas iluminadas tras los visillos, mástiles de banderas hincados en el césped, lazos amarillos atados a los postes de los buzones, banderas colgando sobre los porches de casas miserables, aceras desiertas, tipos en camiseta y con gorras de béisbol al revés que saltan respetuosamente en los semáforos para no perder el ritmo de su carrera y sólo cruzan cuando la luz se pone verde, aunque no venga ningún coche, vaya mundo, y por fin el taxista se detiene tan bruscamente que la cabeza choca contra el plástico blindado e indica algo con una inmensa sonrisa, un edificio de ladrillo rojo, a la

derecha, muy alto entre las casas de una sola planta con jardín, "Homestead hotel", anuncia victoriosamente en su inglés catastrófico: en qué aldea nacería que ni siquiera aprendió en la infancia el idioma de los colonizadores.

En una mecedora del porche pintado de blanco hace equilibrios una ardilla, cuidado, avisa el taxista antes de marcharse, puede transmitir la rabia, otra posibilidad estupenda, mejor incluso que la del choque de frente con un trailer, fallecimiento en el hospital de Evanston ocasionado por la mordedura de una ardilla que tiene los ojos dulces y húmedos como en una película de Walt Disney: la ardilla no escapa, observa, oscila en la mecedora, tal vez a punto de saltar hacia el cuello como un murciélago del Amazonas, y en el vestíbulo del hotel parece que tampoco hay nadie, aparece al cabo de uno o dos minutos de silencio un negro anciano y calvo, un botones decrepito como las ruinas de un coloso que se empeña en llevar la maleta aunque apenas puede levantarla, ni levantar del suelo los pies, calzados con unos zapatos arcaicos y magníficos, inmensos, amarillos y negros, correosos como la cara de su dueño, que debió de bailar claqué con ellos en el Cotton Club. Suelta jadeando la maleta a cambio de una propina, señala el mostrador de recepción, donde hay dos sobres con nombres escritos que contiene cada uno dos llaves, la de la puerta de la calle y la de la habitación, se ve que es un hotel de misántropos, o un hotel automático, vel negro se derrumba con cara de moribundo sobre un sillón de mimbre y murmura cavernosamente un blues mientras sus zapatos, al final de las piernas larguísimas, relumbran en mitad del vestíbulo. Nadie en el ascensor, ni una voz ni un ruido, ni siquiera el de los pasos, en el pasillo alfombrado donde se vislumbra al final de una lejana perspectiva el letrero rojo de

EXIT. ¿No es ése el nombre de una especie de club anglosajón de suicidas, o de una sociedad de fomento de la eutanasia? Félix se complacería en una precisión etimológica: *exit*, *exitus*, salida. Félix desharía ordenadamente la maleta, guardaría la ropa en el armario, encendería la televisión y se tendería tranquilamente en la cama con un volumen de Tácito o un manual de informática para lingüistas. Qué cabeza la suya, qué mérito, jamás dejaría la maleta y la bolsa en un rincón ni se apresuraría a marcar otra vez un número de teléfono de Nueva York sabiendo por experiencia que es inútil, que de nuevo se oirá la misma voz de mujer que repite no un nombre sino otro número de teléfono y la educada invitación a dejar un mensaje y el pitido tras el que se oye el roce de una cinta en blanco. Pero es que Félix nunca habría cruzado un océano y luego medio continente para buscar a una mujer con la que hubiera pasado una sola noche en Madrid ni se habría ofrecido a sí mismo el pretexto de que en realidad no iba a buscarla, sino que bueno, ya que tenía que trabajar como intérprete en un congreso internacional, en Chicago, pues no le costaba nada intentar de paso un encuentro en Nueva York. Ya no hace falta consultar la hoja con membrete del hotel Mindanao donde ella apuntó su número antes de irse, el dedo índice se los conoce instintivamente de tanto repetirlos y la memoria desengañada anticipa cada palabra grabada y los matices extraños de la voz, cómo pronuncia esta gente, con qué perfección y qué desapego confían sus palabras a un auricular y a una cinta magnetofónica que ahora está deslizándose automáticamente en un contestador, sonando como la voz de un fantasma en un apartamento deshabitado donde ya será de noche, uniéndose al gorgoteo del motor de un frigorífico y a los crujidos de los muebles, y también a los sonidos que lleguen desde la calle a través de las persianas echadas,

dónde, en qué parte de esa ciudad que tanto le gusta al vacuo inepto de *La Walkiria* y de la huella de España en América, cómo es la habitación donde ha sonado ya tantas veces el timbre del teléfono y el mismo mensaje, qué libros hay, qué cuadros y discos, qué fotografías, tal vez alguna de la mujer que ni siquiera dice su nombre en la grabación, sólo el número, Allison, ni siquiera un apellido, el nombre en una pequeña tarjeta plastificada y prendida en la solapa de su americana masculina, el pelo rubio, la sonrisa brillante como una carcajada, la cara ya imposible de recordar surgiendo en los pasillos del palacio de Congressos y desapareciendo luego entre un gentío de fantasmas empalidecidos por las luces fluorescentes y recobrada por azar en un comedor por donde deambulaban los mismos fantasmas dotados ahora de bandejas de plástico con recipientes de ensalada, de pollo en salsa y de bebidas carbónicas, exhibiendo las sonrisas más comedidas y prefabricadas del mundo, las tarjetas plastificadas en las solapas, los dedos tan pulcros como pinzas quirúrgicas, las disculpas al rozarse levemente los codos, las razas humanas no son cinco, sino seis y la sexta es la raza lívida y mestiza de los asistentes a congresos, se les conoce porque llevan sus nombres en las solapas y carpetas de plástico negro bajo el brazo, así como un curioso abalorio cuyos extremos se introducen en los pabellones auditivos: y de pronto, en medio del aburrimiento y de la babel de voces que murmuran adormecedoramente en varios idiomas, aquella boca pintada de rojo con una sonrisa como una bandera desplegada, la mujer rubia, reconocida en un instante, tan desahogada y tan segura de sí que parece más alta, el perfume ya advertido la primera vez, cuando apareció en el pasillo, no un perfume, una colonia, se la imaginaba uno desnuda y recién duchada en un cuarto de baño, pintándose los labios de rojo delante del espejo, los labios más finos y

rojos de todo Madrid aquellos días, el pelo más rubio, el cuerpo más feliz, porque son los cuerpos y las caras los que muestran la felicidad o la desgracia, no las palabras y ni siquiera los estados de ánimo, uno puede sentirse feliz y descubrir en el espejo que su cara es desgraciada, uno puede estar muriéndose de desolación junto al teléfono en un cuarto del Homestead Hotel de Evanston, Illinois, y entrar entonces al cuarto de baño para lavarse los dientes y descubrir que en su cara hay una obstinación involuntaria de felicidad, o por lo menos de guasa, de guasa hacia sí mismo, hacia esa situación como de novela centroeuropea, como de preámbulo apacible de novela de terror, el hotel silencioso, el viajero perdido, el teléfono que repite una vez más su mensaje automático, y tras la ventana, al fondo, siete pisos más abajo, jardines traseros, corralones o muladares de neumáticos, y el cielo bajo y gris, confundándose en la distancia con la superficie ondulada y neblinosa del lago, más gris aún, con vetas verde oscuro, tan desolado como el Báltico en una tarde de invierno.

Actividad, cuanto antes, nada de dejar la ropa arrugarse y proliferar en el desorden de la maleta y de la bolsa, nada de tenderse en la cama a mirar los anuncios y los concursos de la televisión y volver de cuando en cuando la cara hacia la mesa de noche para buscar un cigarrillo o detener la mano en el instante en que ya levantaba otra vez el teléfono, y sobre todo prohibición absoluta de hablar en voz alta, porque en la soledad y el silencio la propia voz acaba volviéndose tan extraña como la propia cara. Método, actividad, el libro y el walkman en la mesa de noche, el valium en el cajón, la petaca de Glennfiddich sobre la cómoda, un solo trago, no muy largo, para entrar en calor, la ropa en el armario, el traje colgado en la percha, la espuma de afeitar y las cuchillas desechables

en la repisa del cuarto de baño, el cepillo, el peine, la pasta de dientes, orden sobre todo, la loción otra vez en la cara, la camisa limpia, el jersey de lana, el pelo húmedo y echado hacia atrás, la inspección minuciosa y dolorida del peine, qué asco, la decadencia, los primeros indicios, cabellos en el peine y sobre la loza del lavabo, la cortina opaca de la ducha, un recuerdo a traición, la cortina apartada y la rubia Allison entreabriendo los ojos bajo el chorro humeante del agua, los párpados manchados de rímel, la cara desconocida sin la melena alrededor, más despojada y más adulta, los pechos oscilando y los pezones encogidos y la frente más ancha, le dio un poco de vergüenza y cerró los muslos, la mano con la pastilla de jabón cubrió instintivamente el pubis moreno, y ese gesto de pudor y casi desamparo la volvía más excitante, a las cinco o a las seis de la madrugada, en un hotel de Madrid tan acogedor como un aparcamiento subterráneo, no como éste, que parece más bien una residencia victoriana, con su colcha blanca y bordada, sus grabados bucólicos con vistas del Chicago de hace un siglo, su gran bañera con los grifos de cobre donde el aire gorgotea como los bronquios cancerosos de un caballero intachable, la ventana con marcos de madera agrietada contra la que ruge y silba el viento del lago, a cada minuto más feroz, un viento como la tramontana que retuerce los olivos salvajes del cabo de Creus y como el levante africano de la bahía de Cádiz. El horizonte y el lago han desaparecido tras la niebla, se oye la furia metódica de las olas y la sirena de un barco y tiemblan los cristales de la ventana y crujen los postigos, pero el teléfono permanece en silencio y siguen sin escucharse voces humanas, ya es de noche, habrá que salir a cenar algo, porque del servicio de habitaciones no contestan, se habrá producido una alarma nuclear y con las prisas han debido de olvidarse del botones negro y

del único cliente, pero el botones negro tampoco está ya en el vestíbulo, ha corrido al refugio en el último momento, arrastrando los zapatones prehistóricos, aunque a su edad y en su estado ya le dará lo mismo. Sobre el mostrador de recepción todavía está el otro sobre con las llaves, de modo que el fanático de *La Walkiria* y del MOMA no ha llegado aún, andará perdido por las carreteras y los suburbios como cementerios opulentos a merced de un taxista lituano o malayo, o se habrá enterado a tiempo de la alarma nuclear y estará pronunciando su discurso sobre la célebre huella ante un auditorio de supervivientes futuros. A la derecha del vestíbulo hay un salón como de principios del siglo XIX, con una chimenea neoclásica, molduras blancas en el techo, muebles de caoba y un piano con la tapa levantada y una partitura abierta sobre el teclado, Schubert, *La muerte y la doncella*, no parece el salón de un hotel, sino el de una casa cuyos dueños acaban de irse unos minutos antes de que llegue el invitado, el incauto, la posible víctima, incluso hay sobre la chimenea un retrato ovalado de una señorita con rizos en las sienes y escote ceñido, la señorita tísica que tocaba hace más de un siglo a Schubert en el piano mudo desde entonces, que vuelve a sonar sin que lo toque nadie en las noches de tormenta, puntos suspensivos.

El viento se lo lleva a uno como a una hoja de periódico, cuidado con los cables de la luz que pueden caerse y con las tejas desprendidas, están desiertas las calles y hay luces encendidas al otro lado de los árboles, en las ventanas con visillos por las que se vislumbran confortables interiores anglosajones, y las banderas extendidas en lo más alto de los mástiles restallan como velas de barcos: una iglesia neogótica, una especie de Partenón que debe de ser el ayuntamiento, un centro comercial, un MacDonald's

iluminado y casi vacío, todos con banderas, un coche de policía exactamente igual de grande y de azul que los de las series de televisión avanzando lentamente junto a la acera y casi deteniéndose junto al único insensato que parece caminar esta noche por la ciudad, tranquilo, no lo mires, anda como si nada, por muy mala cara que tengas no das la pinta de violador o de ladrón o de árabe, hay que actuar como cuando aparecía a la vuelta de la esquina el jeep de los grises y sus faros proyectaban la sombra por delante de uno, los dedos buscando el pasaporte en el bolsillo, la cabeza alta, tras las solapas alzadas del chaquetón, la luz roja y azul que destella en el asfalto, en el escaparate de una armería cerrada, un policía negro mira interrogadoramente por la ventanilla, se oye el cambio de marcha y el coche patrulla cobra velocidad y gira en un cruce con un chirrido de neumáticos del todo familiar, hasta parece que va a oírse la música de una película y que de un momento a otro surgirán en la oscuridad los títulos de créditos: lo que se ve es el letrero de neón de una taberna irlandesa, Bennigan's, y en un lugar como éste eso casi es lo mismo que ver la luz de una casa en el bosque de los cuentos. Los cristales de las ventanas están empañados, el interior es cálido, denso de voces y de humo, la barra es larga, de madera oscura, con grifos dorados de cerveza, en la máquina de discos suena a todo volumen una canción de Aretha Franklin, los bebedores tienen caras rojas y golfas, el suelo es de madera y está sucio de colillas y serrín, una mujer muy erguida sobre un taburete sostiene un vaso de whisky y ríe a carcajadas sin quitarse el cigarrillo de la boca: parece que se han refugiado aquí todos los sinvergüenzas del Medio Oeste, los que no se encierran en casa al oscurecer, los únicos que han desafiado la recomendación oficial de congregarse en los sótanos antinucleares. Los codos en la barra, tan agradecidos como si se afianzaran en el

suelo de la patria, una cerveza negra, colmada de espuma densa y tibia, una gran hamburguesa que incita y sacia el hambre, y luego ese cambio repentino de ánimo que lo vuelve todo hospitalario en mitad de un viaje, las caras de los bebedores, los acentos, el instinto automático de averiguar sus orígenes, la apaciguada somnolencia frente a un vaso de whisky con el hielo picado, el placer tan antiguo de trabar una conversación en un idioma extranjero. A la entrada de los lavabos, junto a la máquina de cigarrillos, hay un teléfono público, y la cerveza y el whisky animan a la temeridad de llamar otra vez, ni siquiera hacen falta monedas, se puede usar introduciendo en una ranura la tarjeta de crédito: la yema del dedo índice oprime una tras otra las pequeñas teclas cuadradas de metal, y luego hay un breve silencio antes de que suenen los pitidos, el primero, más largo, irrumpiendo una fracción de segundo más tarde en el apartamento de Nueva York, otro silencio; Allison lo habrá escuchado desde la cocina y sonará dos o tres veces antes de que llegue al teléfono, dos pitidos más, está dormida y tiene el sueño tan profundo que no logra despertarse, o ha salido del ascensor y corre hacia la puerta y teme que deje de sonar un segundo antes de que ella lo coja, pero ese roce que empieza a oírse es el de la cinta del contestador, la voz de nuevo, serena, metálica, insultante, recitando los números tan pulcramente como en la primera lección de un curso de inglés, la señal para el comienzo del mensaje y el oído atento en vano al mismo silencio de las otras veces, al minuto y medio de silencio que interrumpe una señal aguda cuando se apaga el piloto rojo del contestador sin que la voz masculina haya dejado ni una sola palabra grabada en la cinta.

Pero no importa que no esté, olvidar es todavía muy fácil, lo

más fácil, seguramente eso le ha ocurrido a ella, hace dos meses pasó una noche en Madrid con un desconocido y a la mañana siguiente regresó a América y no ha vuelto a acordarse, o si se acuerda es con la convicción de que no lo verá nunca más, con la tranquilidad de que no va a correr el riesgo de un encuentro mediocre, pues fue una especie de rápido milagro y los milagros no se repiten, incluso puede que no sucedan y que hayan sido espejismos. Pero entonces por qué la nota con el número de teléfono en la mesa de noche, por qué las últimas palabras, oídas ya desde la otra orilla del sueño: “No te pierdas”, y aquella manera de decir adiós llevándose los dedos a los labios recién pintados de rojo, a las ocho de la mañana, cuando ya entraba la claridad en la habitación del hotel y aún no habían dormido. Mejor así tal vez, ni porvenir ni pasado, ni presentimientos ni recuerdos, no esas obsesivas genealogías de sí mismos que inventan los amantes, no la mutua vanidad de haberse poseído ni el rechazo fanático de las pasiones anteriores, la apetencia de dejar en blanco la memoria como se derriban las estatuas y se queman los templos de un culto abandonado para entregarse con furor de conversos a una nueva religión; gratitud nada más, soberanía íntima, la dosis de lucidez necesaria para darse cuenta de que es la ausencia inesperada de esa mujer lo que la vuelve tan imperiosamente deseable, pero no hasta el punto de extinguir el deseo hacia otras mujeres, la camarera irlandesa que pone en la barra el vaso con hielo picado y vierte en él una medida de whisky usando un cubilete de estaño, la bebedora solitaria y de ojos brillantes que se balancea un poco sobre el taburete y fuma Winston extralargo, mujeres desconocidas, instantáneamente deseadas, imaginadas luego en la habitación del hotel con una vehemencia en la que intervienen sobre todo la soledad y el alcohol, miradas en la calle cuando cruzan un

semáforo, entrevistas con fugacidad tras el escaparate de una zapatería mientras apoyan en la alfombra un pie descalzo con las uñas pintadas, mujeres rubias y con gafas oscuras que pasan en los taxis, que viajan en el autobús con las piernas cruzadas, que esperan a alguien en el vestíbulo de un hotel, que aparecen sonriendo en un pasillo cualquiera del palacio de Congresos de Madrid y llevan una amplia gabardina verde y una etiqueta plastificada en la solapa donde la mirada siempre atenta lee un nombre, Allison. Se habrá ido de Nueva York, se habrá mudado de piso, los americanos cambian de domicilio y de trabajo con una facilidad desconcertante.

A la una de la madrugada el contestador repite la misma voz educada y el mismo número tan sabido de memoria como las letras de ese nombre, Allison, pero ahora se habrá grabado en la cinta, durante el minuto y medio de silencio, el fragor del viento del lago Michigan, el silbido en los cristales de una ventana del Homestead Hotel, incluso la voz del predicador que recita en la televisión versículos del Apocalipsis y garantiza a los Estados Unidos de América la ayuda del dios de los ejércitos en la guerra inminente. La petaca de Glenfiddich y los cigarrillos sobre la mesa de noche, la tentación de llamar de nuevo para repetir en el contestador el número del Homstead, por si acaso, pero será mejor apagar la televisión para no seguir viendo a ese tipo que invoca la protección del Dios de los ejércitos y maneja la Biblia como un fusil de asalto, bajar las persianas que seguirá batiendo el viento durante toda la noche y recurrir al valium y a la oscuridad, seguro que mañana aparece el converso a la cocaína y a Wagner y se descubre dónde va a celebrarse el simposium y cómo son las caras de los empleados del hotel, incluso de alguno de los huéspedes, y hasta es posible que suene el teléfono y

que se oiga una voz verdadera, no grabada en una cinta, la voz de Allison pidiendo disculpas y preguntando qué haces, dónde estás, si vas a tardar mucho en volver a Nueva York yo volaré a Chicago para encontrarme contigo en el séptimo piso de ese hotel que en la noche de tormenta sobre el lago Michigan parece el faro del fin del mundo, en la noche de viento, de extrañeza, de desamparo y de insomnio, la noche en que cuando uno logra dormirse sueña que todavía está despierto y ve la habitación y el televisor apagado y esconde la cabeza bajo las mantas para no oír la vibración de los cristales y el silbido del viento que arranca las tejas y derriba los postes de la luz, no sólo ahora mismo, sino también hace muchos años, en un tiempo y en una ciudad que han surgido en el sueño y que serán olvidados cuando la luz transparente del día y la calma del lago ofrezcan al despertar la sensación de que la tormenta, el hotel vacío y el insomnio fueron los atributos de una pesadilla.

Quiero contarte quién he sido y qué he hecho y es como si se me hubiera borrado de la memoria la mitad de mi vida, como si yo mismo estuviera ausente de mis propios recuerdos y me hubieran sido relatados por otro, porque veo con claridad lugares donde he estado pero no me veo a mí en ellos, o no me reconozco, soy la mirada neutra de una cámara, un oído que percibe palabras y un sistema de conexiones nerviosas adiestrado para identificarlas y convertirlas instantáneamente en las palabras de otro idioma, una voz acostumbrada a actuar como eco y sombra de otras voces, el desconocido con el que tú te cruzaste la primera vez sin reparar todavía en su cara, el extranjero a quien despierta el sol una mañana en el Homestead Hotel y tarda unos minutos en saber dónde está y en

convencerse de que la tormenta de anoche no fue un mal sueño heredado de los terrores de la infancia. Se incorpora, cegado por la luz, insultado por ella en su pereza y en sus ganas de dormir, mira el teléfono y decide que no llamará para oír otra vez un contestador automático, baja al vestíbulo y no ve a nadie y en el salón del piano encuentra una máquina de café, un jarro de leche tibia, sobres de azúcar y vasos y cucharillas de plástico, y sacarina, por supuesto, y una prudente bolsa de descafeinado, amablemente dejados allí por los mismos fantasmas que mientras él desayuna se ocupan invisiblemente de arreglar su habitación, porque cuando vuelve a ella veinte minutos después la cama ya está hecha, y el cenicero vacío, y el tubo de dentífrico y el cepillo que él dejó cualquiera sabe dónde ya ocupan pulcramente un vaso de cristal en la repisa del lavabo.

Cuando se lo contara a Félix no lo creería, me gusta irle contando imaginariamente las cosas al mismo tiempo que me ocurren, y es posible que él no se las crea del todo y que ni siquiera las apunte en ese diario secreto que lleva desde hace años en el ordenador, pero tampoco yo acabo de creérmelas aunque es a mí a quien le han sucedido, la suma de azares que me llevaron a encontrarte, el miedo, las desgracias estériles, el hábito de la decepción, el presentimiento no de estar a punto de perderme sino de haberme perdido ya y desde hacía mucho tiempo, no sólo entonces, en aquel sitio absurdo junto al lago Michigan, sino unos meses antes, cuando volví a España sin pensar todavía en quedarme, cuando me deslumbraron los faros de un camión a la salida de una curva y pisé el freno y no disminuyó la velocidad. Cerré los ojos dispuesto a morir, mis manos dieron un giro desesperado y automático al volante y no vi nada más que oscuridad y cuando miré de nuevo a mi alrededor estaba en medio de la tierra endurecida por la helada y seguía vivo,

oyendo en la radio del coche una canción de Otis Redding que había escuchado por última vez hacía diecisiete años. Ahora sé quién soy porque tú me miras y me nombras y me haces aprender cosas de mí que había olvidado, pero si pienso en el Homestead Hotel o en aquella noche de viaje sonámbulo a Madrid en la que estuve a punto de matarme sin cumplir treinta y cinco años ni saber que existías me parece que me acuerdo de una vida de nadie, o que leo un curriculum, y me desconcierta comprobar las fechas para celebrarlas contigo y descubrir que en realidad no ha pasado tanto tiempo, algo más de dos meses, y que habría bastado una fracción de segundo para que todo se extinguiera, este momento, tu cara de ahora mismo, el modo en que me miras mientras te hablo de Félix y de las ganas que me entraron de pronto de ir a verlo, un sábado de noviembre por la tarde, recién llegado a Madrid, desde Bruselas, recién instalado en una habitación del hotel Mindanao, preguntándome qué haría para sobrellevar las dos noches y el temible domingo que faltaban hasta que en la mañana del lunes, a las nueve en punto, empezara mi trabajo en el palacio de Congresos. Me senté en la cama, estuve mirando un rato las cortinas verdes y los dibujos animados de la televisión, tranquilo, al menos algo más tranquilo que en las últimas semanas, disfrutando esa calma que nos deja un amor que ya pasó, como dice el bolero, falto de sueño, confiando en las virtudes del aburrimiento y del valium, y en menos de cinco minutos decidí que si me quedaba iba a caerme encima el edificio, o al menos el cielo raso de la habitación, así que busqué en la agenda el número de Félix, y cuando hablé con él oí al fondo gritos de niños y una fuga barroca. Lo llamo un par de veces al año, desde los sitios más peregrinos, pero siempre coge el teléfono tan rápidamente como si hubiera estado esperando la llamada y me habla en el mismo tono de voz mientras se

oye de fondo a sus hijos y la música que invariablemente ha preferido sobre cualquier otra desde que estudiábamos juntos en el instituto de Mágina. Miré el reloj, calculé que me daba tiempo de llegar a Chamartín y tomar un tren nocturno, guardé una muda de ropa en una bolsa más bien humillante de la lavandería del hotel y a la mañana siguiente, a las ocho, tambaleándome de sueño, tiritando de frío, anduve al azar por las calles próximas a la estación de Granada, buscando una cafetería abierta donde leer los periódicos, con mi bolsa para ropa sucia en la mano, solo en una ciudad que apenas conocía y en la que sólo dos o tres locos y unos cuantos mendigos estaban levantados, esos mendigos que madrugan como oficinistas para ocupar un buen puesto a la entrada de las iglesias, algunos tipos en chándal, cómo no, y una vieja con los labios pintados y tacones torcidos que arrastraba una maleta enorme atada con cuerdas, la adelanté en una acera, porque caminaba con una lentitud de caracol, y se me ocurrió ofrecerle mi ayuda, abrumado de compasión y casi culpabilidad, aquella pobre mujer sola y jadeante tirando de un maletón inhumano, pero me arrepentí a tiempo y me alejé a toda prisa, temiendo que me llamara, joven, hágame el favor, igual me pedía que le llevara la maleta y tenía que cruzar a su paso lentísimo toda la ciudad, me han ocurrido cosas parecidas otras veces, y Félix se muere de risa cuando se las cuento, dice que es como si tuviera un imán para atraer la simpatía de los locos más desatados, de la gente más rara, y lo malo que tengo es que a poco que me descuide me pongo en la situación de cualquiera de ellos y me veo a mi mismo con ochenta años y arrastrando una maleta por una ciudad extraña, y si me cruzo por una calle de una barriada de Madrid, una mañana de agosto, con un africano cargado de alfombras que no tiene la menor posibilidad de vender ni una sola y entra en los bares y acepta con

mansedumbre las bromas brutales de los parroquianos en seguida me imagino que yo soy él y me muero de pena, o que soy yo mismo y he acabado intentando vender alfombras en una ciudad del Camerún, por ejemplo, y me dan ganas de invitarlo a café y comprárselas todas, y hasta de hacerme amigo suyo para que el hombre no se sienta tan solo y rodeado de racistas.

Pues más o menos así iba yo aquella mañana por la ciudad vacía, preguntándome cómo ocuparía el tiempo hasta las once o las doce, una hora razonable para llegar en domingo a una casa de familia, mirando escaparates y con mi bolsa llena de regalos, naves espaciales con luces giratorias para los hijos de Félix, una botella de malta libre de impuestos para él, un frasco de perfume para Lola, desalentado, nervioso, porque llegar a los sitios me deprime tanto como me excita irme de ellos, cargando no alfombras, sino horas muertas de tedio; el tiempo es como un traje que siempre me cae mal, se me queda corto y ando desesperado, o de pronto me sobra y no sé qué hacer con él. Leí no sé cuántos periódicos, desayuné varias veces, vi familias madrugadoras que se dirigían a misa y caballeros de barriga opulenta bajo la chaquetilla del chándal que llevaban grandes roscas de churros, me pregunté, como de costumbre, qué estaba haciendo yo allí, me lo pregunto siempre y el charlatán neurótico que va conmigo a todas partes no suele ofrecerme una contestación satisfactoria, me lo pregunté más que nunca dos meses más tarde en el Homestead Hotel, mientras desayunaba sin poder quitar los ojos de la señorita fantasma que tocaba *La muerte y la doncella* en las noches de viento, y después en la fiesta que nos dieron en un salón de la universidad, cuando fui rescatado por los organizadores al fin visibles del simposium y me encontré sonriendo con una copa de jerez

en la mano y hablando del tiempo con diversos profesores y autoridades que tenían la sonrisa tan envuelta en celofán como un sandwich de pepino y giraban de un grupo a otro con esos pasos de ballet que dan los anglosajones en los *parties*, acabo mareándome, me quedo solo entre grupos que hablan, miro con atención el fondo de mi vaso y mi sombra se acerca para no dejarme solo y me hace en voz baja la pregunta, qué estás haciendo aquí, qué tienes tú que ver con nadie, eso era lo que me decía mi padre para alejarme de los malos amigos, qué hago yo en una cabina de traducción del Parlamento Europeo, en el aeropuerto de Chicago o en el de Frankfurt, qué hago dando vueltas como un indigente en Granada, por la mañana temprano, bebiendo cafés que no me apetecen y fumando cigarrillos que me sientan como un tiro, mirando el reloj, haciendo hora, escuchando con perfecta educación los desvaríos de un taxista que seguramente tampoco ha dormido en toda la noche y le tiene rabia al mundo. Me deja cerca de las doce junto al edificio donde vive Félix y todavía no me decido a llamar, como si fuera un vendedor a domicilio, otro gremio que suele sumirme en la desdicha solidaria y culpable, se me parte el corazón cuando tengo que armarme de carácter para no comprar un acristalador de suelos o una enciclopedia de medicina familiar. Salí del ascensor y Félix ya estaba en la puerta del piso, con aquella sonrisa tan inalterable como su manera de hablar o de vestirse, cantándome la bienvenida de *Luisa Fernanda*, nos dimos un abrazo sin demasiada efusión, porque los dos somos muy tímidos, y me dijo que por qué había tardado tanto, que ya temían él y Lola que hubiera perdido el tren, y nada más entrar en el pasillo de su casa empecé a notar la cálida sensación de que al menos durante unas pocas horas no estaría del todo fuera de lugar, aunque me intimidaran aquellas habitaciones tan vividas y tan

ordenadas, los cuadros en las paredes, los muebles, las cortinas, la biblioteca llena de volúmenes y las estanterías de los discos de Félix, todo con una densidad algo opresiva, con un olor a limpieza, a ropa bien doblada en los armarios, a ambientador tenue en el cuarto de baño, y en medio, sentado frente a mí en el sofá, sirviéndome una cerveza sobre la mesa baja de cristal reluciente, mi amigo Félix, idéntico a mis recuerdos de los últimos diez o quince años, sólo un poco más gordo, hasta con el mismo peinado, fornido y grande pero con un cierto aire infantil en la cara, con una rebeca de lana que sin duda le había tejido su madre, en zapatillas, recostándose tan confortablemente en su discreta prosperidad como cuando éramos niños y se sentaba por las tardes en un escalón de la calle Fuente de las Risas a merendar un hoyo de pan y aceite o una onza terrosa de chocolate. Lola había ido a dejar a los niños en casa de sus padres, me dijo, para que comiéramos tranquilos, tú no estás acostumbrado y seguro que los niños te ponen nervioso: me pareció que lo decía con un poco de distancia o cautela, se levantó para poner un disco y cuando volvió a sentarse silbaba la melodía y llenó mi vaso de cerveza sin mirarme a los ojos.

Pensé con remordimiento y temor que en los últimos tiempos no había cuidado su amistad, que tal vez él y yo confiábamos demasiado en la permanencia de antiguas complicidades gastadas poco a poco por la lejanía y la desidia; qué sabemos ahora el uno del otro, qué tienen que ver nuestras dos vidas. El da clases de lingüística en la universidad, lee griego y latín, investiga no sé qué códigos o misterios sintácticos para programar ordenadores y sus dos únicas devociones aproximadamente pasionales son su diario cifrado y los compositores del barroco, pasa las Navidades y la Semana Santa en

Mágina, alquila todos los veranos un pequeño chalet en la costa, me lo quedo mirando y lo veo tan distinto a mí y me pregunto siempre qué tenemos en común y por qué es mi mejor amigo desde hace casi treinta años. Sin duda él se hacía la misma pregunta aquella mañana, pero la cerveza y la música nos animaban lentamente, y recordábamos palabras como contraseñas, apodosos tremendos, expresiones de Mágina, los disparates que sigue escribiendo Lorencito Quesada en *Singladura*, nos mirábamos de soslayo echándonos a reír, pues nos bastaban uno o dos gestos o la entonación de una frase para reconocernos, y cuando volvió Lola ya teníamos los ojos brillantes, de risa y de cerveza, porque Félix acababa de recitarme de memoria el soneto anónimo a Carnicerito de Mágina, del que yo ya ni me acordaba. Había en toda la casa una luz limpia de mañana de domingo que me parecía dotada de una transparencia semejante a la de la música que escuchábamos, unos conciertos para oboe de Haendel, me explicó Félix, una música que lo llenaba todo de una felicidad delicada y enérgica y actuaba sobre mí como aquellas cervezas un poco prematuras que estábamos bebiendo y como el sonido de la risa. Félix preparaba unos aperitivos en el mostrador de la cocina y Lola nos miraba a los dos echada en la pared, sonriendo, con los brazos cruzados y un cigarrillo en la mano, con simpatía y un poco de indulgencia, dónde vives ahora, me preguntó, con quién vives, cuántos días vas a quedarte con nosotros, y cuando le contesté que me marchaba aquella misma noche Félix movió la cabeza mientras examinaba la disposición de los vasos y los pequeños platos de las tapas que había estado preparando y dijo sin mirarme: "Nunca cambiará. Yo creo que llega a los sitios nada más que para irse cuanto antes de ellos."

Ya no tenía duda, estaba dolido conmigo, pero jamás me lo diría, repetíamos las bromas de siempre, me hablaban de los niños y del trabajo y me preguntaban por el mío y Félix se me quedaba mirando como si no me oyera, como si buscara en mis ojos, en mi cara cansada, en los gestos nerviosos de mis manos, la respuesta a una interrogación que no era formulada con palabras y que las mías no iban a explicarle, y entonces me puse íntimamente en guardia y empecé a verme a través de sus ojos. En eso tampoco tengo remedio, puedo ser un extraño para mi mismo y observarme sin embargo desde el punto de vista de otro, no ya alguien que me conozca tanto como Félix, sino cualquier desconocido, y automáticamente tiendo a suponer que su dictamen será implacable y a darle la razón. Noté de repente que mis manos se movían con desasosiego y rapidez, que no sostenía mucho rato las miradas de ellos, que encendía un cigarrillo a los pocos minutos de apagar otro y se me acababa en seguida la cerveza del vaso, pero la atención de Félix no era reprobadora, sólo continua y minuciosa, como todos sus actos, como la manera que tiene de cortar el queso o de escribir los títulos de las piezas y los nombres de los músicos en las cintas que graba, lo veo hacer algo y me acuerdo de cuando estábamos en un pupitre de la escuela y escribía en su cuaderno rayado pasándose por los labios la punta de la lengua, una concentración absoluta y tranquila. Así es como se ha edificado la vida, sin variar nunca desde que lo conozco, pero también sin obstinarse en la rigidez de un propósito con esa voluntad que se alimenta de rencor y que tan justificadamente pudieron haberle inculcado las penurias de su infancia, su padre inmóvil en la cama por una parálisis irreversible, su madre fregando suelos y vistiéndolos a él y a sus hermanos en el ropero de Auxilio Social, de nada de eso habla, contra nada lo he visto nunca rebelarse, ni siquiera en los

tiempos en que casi todos nosotros nos complacíamos en aspavientos de rebelión, pero tampoco ha claudicado ni se ha sometido, es el mismo de hace veinticinco años y del verano pasado, y ella, cuando la veo junto a él, me da la misma impresión de serenidad y permanencia, como si hubieran nacido así los dos y se hubieran limitado a seguir una especie de instinto que los protegía y los mejoraba. No se han gastado, como tú y yo, en años de extravío ni en amores estériles, no parecen haber conocido la desesperación ni la discordia, viven juntos y tienen hijos y los cuidan y van a trabajar y ven películas en la televisión después de haberlos acostado y seguramente luego se desean y se entregan, los he visto mirarse y me he fijado en cómo se rozan por casualidad y se sonríen, no con esa felicidad idiota a lo Doris Day de los recién casados permanentes que se exhiben delante de los matrimonios amigos y acaban llamándose mamá y papá, los oigo y vomito, te lo juro, sino con pudor y experiencia, como quien lleva toda su vida haciendo algo y lo hace muy bien, como un hombre y una mujer habituados a un vínculo que ha probado su eficacia a lo largo del tiempo. Tú y yo tenemos miedo, no hemos pasado juntos ni diez noches todavía, tenemos miedo de lo que el tiempo vaya a hacer con nosotros y cada hora nos parece un regalo del azar, no hemos poseído nada que no fuese frágil o que sintiéramos indudablemente nuestro, pero ellos no, yo creo que carecen del sentido de la incertidumbre como carecemos nosotros de cualquier idea de perduración. Se mudaron el año pasado a este piso de ahora, porque el anterior, con los niños, se les había quedado muy pequeño, han firmado una hipoteca y han comprado muebles nuevos a plazos y no se sienten agobiados ni atrapados, Félix me lo enseñó mientras Lola hacía la comida, y yo pensaba en mi casa, en los apartamentos donde he vivido a salto de mata en los últimos diez

años, sin más pertenencias que un radiocassette, unos cuantos libros y cintas, una maleta que me prestó alguien para una mudanza y no le devolví y una bolsa de viaje, lugares tan refractarios a cualquier presencia como habitaciones de hotel, sin cuadros en las paredes ni fotografías enmarcadas en los aparadores, sin una tarjeta con mi nombre bajo la mirilla de la puerta, edificios enteros habitados por gente que vive sola, por parejas con un perro, como máximo, tabiques delgados tras los que se oyen los ruidos de alguien pero que lo confinan a uno en una distancia de monasterio tibetano, se muere uno de un colapso cardíaco mirando la televisión y tardan más tiempo en hallar su cadáver que si se hubiera perdido en el desierto de Australia.

“Y aquí mi santo santórum, como diría Lorencito Quesada”, dijo Félix; su habitación, con una pared enteramente ocupada por los libros y los discos y una ventana por la que se veía una colina de casas blancas y jardines con cipreses, el equipo de música que sólo usaba él, acuarelas de Mágina y del valle del Guadalquivir desde los miradores, la mesa amplia y despejada, el ordenador donde escribe todas las tardes su diario, un almanaque de El Sistema Métrico con una foto antigua de la plaza del General Orduña. Había encontrado las acuarelas en Madrid, en un puesto del Rastro, y las consiguió por muy poco dinero, aunque el vendedor le aseguraba que eran de un pintor bastante célebre en los años treinta; acaso porque los colores estaban muy desleídos no se veía en ellas la ciudad tal como es, sino como uno puede recordarla cuando lleva fuera mucho tiempo. La conversación no se afianzaba, nos quedábamos callados y yo bebía un trago de cerveza o miraba a mi alrededor en busca de un cenicero y cuando Félix me lo ofrecía encontraba sus ojos y me parecía que

estaba a punto de preguntarme algo, pero en seguida nos salvaba una broma, un juego de palabras sin demasiado éxito, casi una coartada para eludir el silencio. El o yo empezábamos a hablar y nos dábamos cuenta de que la atención del otro era sobre todo un gesto de cortesía. Durante la comida la presencia de Lola nos tranquilizaba, y mirábamos las noticias de la televisión con el alivio de permanecer callados sin que se notara el silencio. Estaban entrevistando a un hombre de pelo rizado y gris que hablaba muy rápido y llevaba unas gafas de montura transparente. Félix dejó el tenedor, dio un golpe en la mesa y se echó a reír: “Pero míralo, si parece mentira, ¿no sabes quién es?” Yo estaba distraído y cuando miré otra vez la pantalla se veía una formación de carros de combate en el desierto. “¿De verdad que no lo has conocido? ¡El Praxis, hombre, el que nos daba literatura en el instituto! Es diputado, lo acaban de nombrar director general de no sé qué. También a él le ha entrado vocación de centinela de Occidente.” No me acordaba, y a los cinco minutos ya había vuelto a olvidarme, cómo iba yo a saber que al cabo de dos meses, ahora mismo, aquel nombre formaría parte de la trama de mi vida, y que el domingo en casa de Félix y mi secreta envidia y el peso de mi desarraigo eran al mismo tiempo los episodios de un punto final y de un preludio esbozado en la orilla del desastre. Había viajado en tren durante toda una noche para buscar a mi amigo y a medida que transcurría la tarde me ganaba la decepción de no haberlo encontrado, no por culpa suya, sino porque yo era incapaz de corregir la sensación de hallarme muy lejos y percibía gradualmente los síntomas del desasosiego, las miradas al reloj, el cálculo de las horas que me quedaban para llegar sin apuro a la estación, el deseo de estar ya en otra parte y de que Félix no se diera cuenta. Nos bebimos despacio más de la mitad de la botella de malta que yo le había

regalado, y al anochecer, algo beodos, fuimos a buscar a sus hijos, y él sugirió que antes de recogerlos tomáramos una cerveza en un bar del vecindario. Saludaba a casi todo el mundo por la calle y el camarero lo llamó por su nombre. A la segunda cerveza se acodó en la barra y me habló tan serio que no reconocía del todo su voz. “No sé lo que te pasa, pero estás raro, conmigo no puedes disimular. Estás nervioso, tienes prisa, llegaste esta mañana y no ves la hora de irte. Lola también se ha dado cuenta. A lo mejor es que llevas demasiado tiempo viviendo en esos países donde no sale el sol más que en los anuncios. Yo que tú me volvía. ¿No dices que ahora trabajas por tu cuenta? Pues igual puedes ganarte la vida aquí que en Bruselas. Además hay otra cosa, y me da vergüenza decírtela. Casi no hablo con nadie, no me río con nadie. Soy el presidente de la comunidad de propietarios de mi bloque. Me acaban de reconocer el cuarto trienio. Y no debería decírtelo, pero te echo de menos. Tú a lo mejor no lo sabes, porque vives fuera y no te fijas, pero la gente que conocíamos está cambiando mucho. Es como en una película de marcianos que vi hace poco en la televisión. Los extraterrestres llegan a un pueblo y en lugar de conquistarlo con pistolas de rayos se apoderan del alma de la gente. Tú estás con tu mujer, o con algún amigo, y al principio no le notas nada, pero luego ves que tiene los ojos como vacíos y que anda un poco rígido y es que ya se ha convertido en marciano. Alguien que es todavía normal da una cabezada y cuando vuelve a abrir los ojos ya es otro, aunque sigue hablando igual y tiene la misma cara. Esta mañana, cuando te vi, me dio miedo de que tú también hubieras empezado a transformarte. Ahora me quedo más tranquilo, pero no me fío, ni siquiera de mí. ¿Vas a volver pronto?”

Se me hacía tarde, como casi siempre, a las diez y media de la noche ya me había despedido de Félix y de Lola y cruzaba de nuevo la ciudad en un taxi igual que veinticuatro horas antes en Madrid, me palpaba los bolsillos en busca del carnet de identidad, del pasaporte, de la tarjeta de crédito, no confiaba en mi reloj y le preguntaba la hora al taxista, llegué a la estación y me pareció que era mucho más temprano de lo que indicaban los relojes porque se veía muy poca gente en el vestíbulo, y el expreso de Madrid ni siquiera estaba en el andén, habría que esperar, pero ya eran casi las once, qué raro, y la taquilla continuaba cerrada, y también el puesto de periódicos, y el bar, ya preveía la catástrofe, quién me mandaba fiarme de los trenes españoles, un empleado con la gorra en la nuca y un cigarrillo en los labios me dijo, mirándome como a un idiota, que cómo era posible que no me hubiera enterado, que había huelga de maquinistas. Pero yo tenía que irme, tenía que estar en el palacio de Congresos a las nueve de la mañana y no podía permitirme el gasto de un viaje en taxi, alquilaría un coche, si es que encontraba en Granada una de esas agencias de alquiler que están abiertas las veinticuatro horas, subí por la avenida de la estación buscando un bar donde hubiera teléfono y me crucé con la mujer que arrastraba la maleta, más despeinada y más vieja, con los zapatos más torcidos, hablando sola, al verme se paró y me hizo una señal para que me acercara, es mi sino, no tuve el valor de pasar de largo y me detuve, aunque jurándome que por nada del mundo le llevaría la maleta. “Oiga, perdóneme, podría usted decirme dónde está la cuesta Marañas? Yo no sé lo que han hecho con las calles, seguro que las han cambiado de sitio, o las habrán quitado, yo vivo en la cuesta Marañas pero no me acuerdo de dónde es, y lo malo es que tampoco me acuerdo de cuál será mi casa, así que como no encuentre a alguien que me conozca

tendré que dormir en un portal. Su cara me suena. ¿Usted no me conoce?” Siguió hablando sola cuando escapé de ella y no quise ni volverme, pero no olvidaba su cara, pensé que se parecía un poco a mi abuela Leonor, y de hecho era la cara de mi abuela la que recordaba luego, después de medianoche, mientras conducía por la carretera de Madrid el Ford Fiesta que logré alquilar después de una serie de peripecias angustiosas y me preguntaba si aquella mujer habría encontrado a alguien que la guiara hasta la cuesta Marañas.

Tomé un par de cafés antes de salir, pero tenía sueño, me pesaban los párpados, me hipnotizaban los faros de los coches que venían de frente y las líneas blancas de la carretera, me dolían las vértebras de la nuca y los músculos del cuello y me daba miedo apoyar la cabeza en el respaldo, me mantenía rígido, apretaba muy fuerte el volante y pisaba el acelerador con una sensación de abandono y peligro, fijo en la línea blanca que parecía aproximarse velozmente hacia mí desde la oscuridad y se perdía luego en el retrovisor, cada minuto más aprisa y más lejos en la noche sin luna, entre colinas sombrías y rápidas hileras de olivos, tan fugaces como las imágenes que me provocaba el acecho del sueño, la mujer de la maleta caminando por los alrededores de la estación de Granada, el pelo blanco de mi abuela Leonor, aquella loca que subía al anochecer por la calle del Pozo con un adoquín escondido bajo la toquilla negra, las luces en las esquinas, las mismas luces que yo veía ahora delante de mí, casas de campo abandonadas junto a la carretera, mi abuelo Manuel caminando de noche por una serranía muy próxima a los paisajes nocturnos que yo atravesaba medio siglo después a ciento veinte kilómetros por hora, un jinete con el que soñaba algunas veces, el tío Pepe cuando se volvió de la guerra, Miguel Strogoff en

la portada de un libro que me compró mi madre para un cumpleaños, me daba cuenta de que iba a dormirme, sacudía la cabeza, reducía velocidad porque había visto delante de mí las luces traseras de un camión, me daba tiempo a adelantarlo, cambié la marcha y percibí en las plantas de los pies la vibración del motor y mientras adelantaba el camión me sentí suspendido entre la vida y la muerte, fuera del tiempo y de la realidad, como soñando que volaba, no volvía de visitar a Félix ni viajaba a Madrid para trabajar a la mañana siguiente como traductor simultáneo, tan sólo era la silueta de un hombre que conduce un automóvil y es alumbrada por los faros de otro que se cruza con él, escuchaba voces y canciones en la radio y la tenue luz verdosa y la aguja del sintonizador moviéndose de una emisora a otra como si yo atravesara todas las voces de la noche me hacían acordarme del severo aparato con cortinillas bordadas que había en casa de mis padres, muy alto, sobre una repisa de ladrillo encalado, tenía que subirme al sillón donde me daban la comida para alcanzar los mandos, y se oía un rumor de lluvia y de cascos de caballos y era que empezaba el serial de "El coche número trece", o que un jinete cabalgaba en una noche de lluvia y de truenos lejanos. Cada vez más aprisa, de una emisora a otra, ráfagas de canciones abolidas por un leve movimiento de los dedos, luces deslumbrándome, un indicador en un desvío a la derecha, Mágina, 54 kilómetros, pero en seguida quedó atrás, y yo conducía despejado y eufórico, con esa lucidez peligrosa que se parece tanto a la de la cocaína y que le llega a uno cuando ha logrado resistir la primera oleada del sueño. Ahora me acuerdo y no estoy seguro de saber explicártelo, era una mezcla de cobardía y de temeridad, un entusiasmo sin propósito, tan vertiginoso y tan vacío como la carretera que se prolongaba en línea recta delante de mí cuando pasé Despeñaperros hacia las tres de la

madrugada y la aguja alcanzó la señal de los ciento treinta kilómetros en los primeros llanos de La Mancha, veía claridades rojizas en el horizonte y pensaba que ya iba a amanecer, pero eran luces de ciudades, había encontrado una emisora donde sonaba una canción de Otis Redding y repetía en voz alta la letra sin acordarme todavía de su título, levanté instintivamente el pie del acelerador al acercarme a la señal de una curva pronunciada a la izquierda y entonces vi los faros del camión y comprendí en un instante de verdadera claridad y terror que si no me apartaba iba a morir aplastado bajo sus ruedas, pero pisaba el freno y mi velocidad no disminuía, los faros amarillos me herían los ojos y el morro blanco del camión ocupaba todo el espacio del parabrisas, me estremeció el claxon y durante menos de un segundo una serenidad despojada y absoluta borró la angustia de morir. Tal vez giré el volante con los ojos cerrados. Cuando terminaron las sacudidas y volví a abrirlos el coche estaba parado, pero la radio aún seguía encendida y sonaba la misma canción que empecé a oír cuando entraba en la curva. Lo más raro no era estar vivo todavía, era que Otis Redding continuara cantando *My girl* como si en el último minuto no hubieran pasado años enteros.

(Antonio Muñoz Molina)

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Antonio Muñoz Molina nació en Ubeda (Jaén) en enero de 1956. Cursó estudios de periodismo en Madrid y se licenció en Historia del Arte en la Universidad de Granada, ciudad en la que reside

desde 1974. Reunió sus artículos periodísticos en los volúmenes *El Robinson urbano* (1984) y *Diario del Nautilus* (1985). Su primera novela, *Beatus Ille* (1986), obtuvo el premio Icaro, y con la segunda, *El invierno en Lisboa* (1987), ganó el premio de la Crítica y el premio Nacional de Literatura, ambos en 1988. Posteriormente ha publicado *Las otras vidas* (1988), una nueva novela titulada *Behenebros* (1989) y *Córdoba de los Omeyas* (1989).

Con su novela *El jinete polaco* ha obtenido el Premio Planeta 1991.

El protagonista, que es traductor simultáneo, va evocando en un relato, que es como un rompecabezas en el que todas las piezas acaban por encajar, la vida en el pueblo andaluz de Magina, donde nació. Su bisabuelo Pedro, que era expósito y estuvo en Cuba, el abuelo, guardia de asalto que en 1939 acabó en un campo de concentración, sus padres, campesinos que llevaban una vida resignada y oscura, el mismo en su niñez y adolescencia, testigo de la gran transformación que sufre el lugar con el paso de los años. Van apareciendo también otros muchos habitantes de Magina, como el jefe de policía, poeta vergonzante, el fotógrafo, un periodista, el comandante Galaz que en 1936 reprimió la sublevación militar, y el anciano médico, extrañamente relacionado con el descubrimiento de la momia de una mujer joven emparentada.

En el curso de un largo período de tiempo, entre el asesinato de Prim en 1870 y la guerra del Golgo, estos personajes forman un apasionante mosaico de vidas a través de las cuales se recrea un pasado que ilumina y explica la personalidad del narrador.

Antonio Muñoz Molina, en una historia admirablemente bien

trabada y escrita con una seguridad y brillantez de estilo y de lenguaje excepcionales, nos da en *El jinete polaco*, Premio Planeta 1991, una obra única en el panorama de la literatura española contemporánea.

VOCABULARIO

- fuga *f.* 赋格曲
Bach 巴赫(1685—1750, 德国作曲家)
enmascarar *vt.* 掩饰, 伪装
fronda *f.* 丛
ventrílocuo, cua *m., f.* 口技艺人
vacuidad *f.* 轻浮, 虚夸
omnipresencia *f.* 无所不在
bolero *m.* 博莱罗舞曲
con la vaselina de la sinceridad
涂上一层真实的伪装
acuñar *vt.* 制造
amputar *vt.* 砍掉, 删除
sórdido, da *adj.* 下流的
inocular *vt.* 使沾染上
valium *m.* 安定(商品名)
a salvo de 摆脱
quitinoso, sa *adj.* 甲壳质的
zafio, fia *adj.* 粗鄙的
enquistado, da *adj.* 钻入的
estirpe *f.* 门第, 血统
diáspora *f.* 四散
nomadismo *m.* 流浪生活
letal *adj.* 致命的
termita *f.* 白蚁
Julio Verne 凡尔纳(1828—1905, 法国作家, 现代科幻小说重要奠基人)
salpicadero *m.* 汽车仪表盘
paneles digitales 数字控制盘
acuciar *vt.* 催促
riada *f.* 大量
acuario *m.* 鱼缸
duermevela *m.* 瞌睡
cenagal *m.* 泥塘; 困境
maleable *adj.* 可锻造的
carcomer *vt.* 腐蚀
urdimbre *f.* 经线
tamborilear *vt.* 击打

puritano, na *adj.* 清教徒的
 duralex *m.* 铝
 retestinado, da *adj.* 极脏的
 atracador *m.* 拦路强盗
 jeringuilla *f.* 细颈大肚瓶
 butano *m.* 丁烷
 decrepitud *f.* 衰老
 epilogo *m.* 余波
 encrespado, da *adj.* 蜷曲着的
 exit 出口
 intruso, sa *m., f.* 闯入者
 cofradia *f.* 教友会
 tramposo, sa *adj.* 诈骗的
 osamenta *f.* 骨架
 redivivo, va *adj.* 复活的
 sorber *vt.* 吸, 嘬
 alelado, da *adj.* 呆傻的
 tebeo *m.* 儿童画报
 perruno, na *adj.* 狗的
 médula *f.* 精髓
 taurino, na *adj.* 斗牛式的
 máquinas tragaperras 老虎机
 apostasia *f.* 叛教
 aprensivo, va *adj.* 忧心忡忡
 的; 小心翼翼的
 perpendicular *adj.* 垂直的
 simposio *m.* 专题讨论会
 aséptico, ca *adj.* 消毒的
 claustrofobia *f.* 幽闭恐怖
 sarcófago *m.* 石棺
 empotrarse *vr.* 埋入; 嵌入
 trailer *m.* 拖车
 retrovisor *m.* (汽车的) 后视镜
 灯
 tímpano *m.* 扁鼓
 pectoral *m.* 胸饰
 desguazado, da *adj.* 拆散的
 misántropo, pa *m., f.* 厌世者
 eutanasia *f.* 安乐死
 desapego *m.* 冷淡
 vacuo, cua *adj.* 空闲的
 deambular *vi.* 闲逛
 sonrisas comedidas 有礼的微笑
 abalorio *m.* 玻璃串珠
 babel *f.* 喧哗
 guasa *f.* 嘲弄; 乏味
 petaca *f.* 烟盒
 repisa *f.* 搁板
 rímel *m.* 眼睫毛膏
 tramontana *f.* 北风
 moldura *f.* 线脚
 tísico, ca *adj.* 患结核病的
 visillo *m.* 薄窗帘
 armería *f.* 武器博物馆
 empañado, da *adj.* 不透明的
 golfo, fa *adj.* 小无赖的
 versículos del Apocalipsis 圣经

启示录的节段	aparador <i>m.</i> 窥视孔
sacarina <i>f.</i> 糖精	confinar <i>vt.</i> 禁闭
curriculum <i>m.</i> 简历	acuarela <i>f.</i> 水彩画
chándal <i>m.</i> 运动衣, 球衣	colores desleídos 退色
celofán <i>m.</i> 玻璃纸	coartada <i>f.</i> 不在犯罪现场
indigente <i>m., f.</i> 穷人	desarraigo <i>m.</i> 离开故乡
desvarío <i>m.</i> 胡说八道	beodo, da <i>adj.</i> 喝醉的
rebeca <i>f.</i> 对襟毛衣	trienio <i>m.</i> 三年
desidia <i>f.</i> 懒惰	marciano <i>m.</i> 火星, 地球以外的人
contraseña <i>f.</i> 暗语	hipnotizar <i>vt.</i> 使进入催眠状态
oboe <i>m.</i> 双簧管	acecho <i>m.</i> 暗中监视
indulgencia <i>f.</i> 宽容	adoquín <i>m.</i> 路面石
penuria <i>f.</i> 贫困	toquilla <i>f.</i> 三角巾, 披肩
claudicar <i>vi.</i> 退缩, 半途而废	morro <i>m.</i> 白色嘴状物
extravío <i>m.</i> 堕落, 迷失方向	renegar <i>vi.</i> 抱怨
a salto de mata 胡乱地	
refractario, ria <i>adj.</i> 不适宜的	

EVA LUNA

Uno

Me llamo Eva, que quiere decir vida, según un libro que mi madre consultó para escoger mi nombre. Nací en el último cuarto de una casa sombría y crecí entre muebles antiguos, libros en latín y momias humanas, pero eso no logró hacerme melancólica, porque vine al mundo con un soplo de selva en la memoria. Mi padre, un indio de ojos amarillos, provenía del lugar donde se juntan cien ríos, olía a bosque y nunca miraba al cielo de frente, porque se había criado bajo la cúpula de los árboles y la luz le parecía indecente. Consuelo, mi madre, pasó la infancia en una región encantada, donde por siglos los aventureros han buscado la ciudad de oro puro que vieron los conquistadores cuando se asomaron a los abismos de su propia ambición. Quedó marcada por el paisaje y de algún modo se las arregló para traspasarme esa huella.

Los misioneros recogieron a Consuelo cuando todavía no aprendía a caminar, era sólo una cachorra desnuda y cubierta de barro y excremento, que entró arrastrándose por el puente del embarcadero como un diminuto Jonás vomitado por alguna ballena de agua dulce. Al bañarla comprobaron sin lugar a dudas que era niña, lo cual les creó cierta confusión, pero ya estaba allí y no era cosa de lanzarla al río, de modo que le pusieron un pañal para tapar sus vergüenzas, le echaron unas gotas de limón en los ojos para curar la

infección que le impedía abrirlos y la bautizaron con el primer nombre femenino que les pasó por la mente. Procedieron a educarla sin buscar explicaciones sobre su origen y sin muchos aspavientos, seguros de que si la Divina Providencia la había conservado con vida hasta que ellos la encontraron, también velaría por su integridad física y espiritual, o en el peor de los casos se la llevaría al cielo junto a otros inocentes. Consuelo creció sin lugar fijo en la estricta jerarquía de la Misión. No era exactamente una sirvienta, no tenía el mismo rango que los indios de la escuela y cuando preguntó cuál de los curas era su papá, recibió un bofetón por insolente. Me contó que había sido abandonada en un bote a la deriva por un navegante holandés, pero seguro ésa es una leyenda que inventó con posterioridad para librarse del asedio de mis preguntas. Creo que en realidad nada sabía de sus progenitores ni de la forma como apareció en aquel lugar.

La Misión era un pequeño oasis en medio de una vegetación voluptuosa, que crece enredada en sí misma, desde la orilla del agua hasta las bases de monumentales torres geológicas, elevadas hacia el firmamento como errores de Dios. Allí el tiempo se ha torcido y las distancias engañan al ojo humano, induciendo al viajero a caminar en círculos. El aire, húmedo y espeso, a veces huele a flores, a hierbas, a sudor de hombres y alientos de animales. El calor es oprimente, no corre una brisa de alivio, se caldean las piedras y la sangre en las venas. Al atardecer el cielo se llena de mosquitos fosforescentes, cuyas picaduras provocan inacabables pesadillas, y por las noches se escuchan con nitidez los murmullos de las aves, los gritos de los monos y el estruendo lejano de las cascadas, que nacen de los montes a mucha altura y revientan abajo con un fragor de guerra. El modesto edificio, de paja y barro, con una torre de palos cruzados y

una campana para llamar a misa, se equilibraba como todas las chozas, sobre pilotes enterrados en el fango de un río de aguas opalescentes cuyos límites se pierden en la reverberación de la luz. Las viviendas parecían flotar a la deriva entre canoas silenciosas, basura, cadáveres de perros y ratas, inexplicables flores blancas.

Era fácil distinguir a Consuelo aun desde lejos, con su largo pelo rojo como un ramalazo de fuego en el verde eterno de esa naturaleza. Sus compañeros de juego eran unos indiecitos de vientres protuberantes, un loro atrevido que recitaba el Padrenuestro intercalado de palabrotas y un mono atado con una cadena a la pata de una mesa, al que ella soltaba de vez en cuando para que fuera a buscar novia al bosque, pero siempre regresaba a rascarse las pulgas en el mismo sitio. En esa época ya andaban por aquellos lados los protestantes repartiendo biblias, predicando contra el Vaticano y cargando bajo el sol y la lluvia sus pianos en carretones, para hacer cantar a los conversos en actos públicos. Esta competencia exigía de los sacerdotes católicos toda su dedicación, de modo que se ocupaban poco de Consuelo y ella sobrevivió curtida por el sol, mal alimentada con yuca y pescado, infestada de parásitos, picada de mosquitos, libre como un pájaro. Aparte de ayudar en las tareas domésticas, asistir a los servicios religiosos y a algunas clases de lectura, aritmética y catecismo, no tenía otras obligaciones, vagaba husmeando la flora y persiguiendo a la fauna, con la mente plena de imágenes, de olores, colores y sabores, de cuentos traídos de la frontera y mitos arrastrados por el río.

Tenía doce años cuando conoció al hombre de las gallinas, un portugués tostado por la intemperie, duro y seco por fuera, lleno de risa por dentro. Sus aves merodeaban devorando todo objeto reluciente encontrado a su paso, para que más tarde su amo les

abriera el buche de un navajazo y cosechara algunos granos de oro, insuficientes para enriquecerlo, pero bastantes para alimentar sus ilusiones. Una mañana, el portugués divisó a esa niña de piel blanca con un incendio en la cabeza, la falda recogida y las piernas sumergidas en el pantano y creyó padecer otro ataque de fiebre intermitente. Lanzó un silbido de sorpresa, que sonó como la orden de poner en marcha a un caballo. El llamado cruzó el espacio, ella levantó la cara, sus miradas se encontraron y ambos sonrieron del mismo modo. Desde ese día se juntaban con frecuencia, él para contemplarla deslumbrado y ella para aprender a cantar canciones de Portugal.

—Vamos a cosechar oro —dijo un día el hombre.

Se internaron en el bosque hasta perder de vista la campana de la Misión, adentrándose en la espesura por senderos que sólo él percibía. Todo el día buscaron a las gallinas, llamándolas con cacareos de gallo y atrapándolas al vuelo cuando las vislumbraban a través del follaje. Mientras ella las sujetaba entre las rodillas, él las abría con un corte preciso y metía los dedos para sacar las pepitas. Las que no murieron fueron cosidas con aguja e hilo para que continuaran sirviendo a su dueño, colocaron a las demás en un saco para venderlas en la aldea o usarlas de carnada y con las plumas hicieron una hoguera, porque traían mala suerte y contagiaban el moquillo. Al atardecer, Consuelo regresó con el pelo revuelto, contenta y manchada de sangre. Se despidió de su amigo, trepó por la escala colgante desde el bote hasta la terraza y su nariz dio con las cuatro sandalias inmundas de dos frailes de Extremadura, que la aguardaban con los brazos cruzados sobre el pecho y una terrible expresión de repudio.

—Ya es tiempo de que partas a la ciudad —le dijeron.

Nada ganó con suplicar. Tampoco la autorizaron para cargar con el mono o el loro, dos compañeros inapropiados para la nueva vida que la esperaba. Se la llevaron junto a cinco muchachas indígenas, todas amarradas por los tobillos para impedirles saltar de la piragua y desaparecer en el río. El portugués se despidió de Consuelo sin tocarla, con una larga mirada, dejándole de recuerdo un trozo de oro en forma de muela, atravesado por una cuerda. Ella lo usaría colgado al cuello durante casi toda su vida, hasta que encontró a quien dárselo en prenda de amor. El la vio por última vez, vestida con su delantal de percal desteñido y un sombrero de paja metido hasta las orejas, descalza y triste, diciéndole adiós con la mano.

El viaje comenzó en canoa por los afluentes del río a través de un panorama demencial, luego a lomo de mula por mesetas abruptas donde por las noches se helaban los pensamientos y finalmente en camión por húmedas llanuras, bosques de plátanos salvajes y piñas enanas, caminos de arena y de sal, pero nada sorprendió a la niña, pues quien ha abierto los ojos en el territorio más alucinante del mundo, pierde la capacidad de asombro. Durante ese largo trayecto lloró todas las lágrimas que guardaba en su organismo, sin dejar reserva para las tristezas posteriores. Una vez agotado el llanto cerró la boca, decidida a abrirla de ahí en adelante sólo para responder lo indispensable. Llegaron a la capital varios días después y los frailes condujeron a las aterrorizadas muchachas al convento de las Hermanitas de la Caridad, donde una monja abrió la puerta de hierro con una llave de carcelero y las guió a un patio amplio y umbroso, rodeado de corredores, en cuyo centro se alzaba una fuente de azulejos pintados donde bebían palomas, tordos y colibríes. Varias jóvenes de uniforme gris, sentadas en rueda a la sombra, cosían forros de colchones con agujas curvas o tejían canastos de mimbre.

—En la oración y el esfuerzo encontrarán alivio para sus pecados. No he venido a curar a los sanos, sino a cuidar a los enfermos. Más se alegra el pastor cuando encuentra la oveja descarriada, que ante todo su rebaño congregado. Palabra de Dios, alabado sea su Santo Nombre, amén —o algo por el estilo recitó la monja con las manos ocultas bajo los pliegues del hábito.

Consuelo no entendió el significado de aquella perorata ni le prestó atención, porque estaba extenuada y la sensación de encierro la abrumaba. Nunca había estado entre murallas y al mirar hacia arriba y ver el cielo reducido a un cuadrilátero, creyó que moriría asfixiada. Cuando la separaron de sus compañeras de viaje y la llevaron a la oficina de la Madre Superiora, no imaginó que la causa era su piel y sus ojos claros. Las Hermanitas no habían recibido en muchos años a una criatura como ella, sólo niñas de razas mezcladas provenientes de los barrios más pobres o indias traídas por los misioneros a viva fuerza.

—¿Quiénes son tus padres?

—No sé.

—¿Cuándo naciste?

—El año del cometa.

Ya entonces Consuelo suplía con giros poéticos lo que le faltaba en información. Desde que oyó mencionar por primera vez al cometa, decidió adoptarlo como fecha de nacimiento. Durante su infancia alguien le contó que en aquella oportunidad el mundo esperó el prodigio celeste con terror. Se suponía que surgiría como un dragón de fuego y que al entrar en contacto con la atmósfera terrestre, su cola envolvería al planeta en gases venenosos y un calor de lava fundida acabaría con toda forma de vida. Algunas personas se suicidaron para no morir chamuscadas, otras prefirieron aturdirse en

comilonas, borracheras y fornicaciones de última hora. Hasta el Benefactor se impresionó al ver el cielo tornarse verde y enterarse de que bajo la influencia del cometa el pelo de los mulatos se desrizaba y el de los chinos se encrespaba y mandó soltar a algunos opositores, presos desde hacía tanto tiempo, que para entonces ya habían olvidado la luz natural, aunque algunos conservaban intacto el germen de la rebelión y estaban dispuestos a legarlo a las generaciones futuras. A Consuelo la sedujo la idea de nacer en medio de tanto espanto, a pesar del rumor de que todos los recién nacidos de ese momento fueron horrorosos y siguieron siéndolo años después que el cometa se perdió de vista como una bola de hielo y polvo sideral.

—Lo primero será acabar con este rabo de Satanás — decidió la Madre Superiora, pesando a dos manos aquella trenza de cobre bruñido que colgaba a la espalda de la nueva interna. Dio orden de cortar la melena y lavarle la cabeza con una mezcla de lejía y Aureolina Onirem para liquidar los piojos y atenuar la insolencia del color, con lo cual se le cayó la mitad del pelo y el resto adquirió un tono arcilloso, más adecuado al temperamento y a los fines de la institución religiosa, que el manto flamígero original.

En ese lugar Consuelo pasó tres años con frío en el cuerpo y en el alma, taimada y solitaria, sin creer que el sol escuálido del patio fuera el mismo que sancochaba la selva donde había dejado su hogar. Allí no entraba el alboroto profano ni la prosperidad nacional, iniciada cuando alguien cavó un pozo y en vez de agua saltó un chorro negro, espeso y fétido, como porquería de dinosaurio. La patria estaba sentada en un mar de petróleo. Eso despabiló un poco la modorra de la dictadura, pues aumentó tanto la fortuna del tirano y sus familiares, que algo rebasó para los demás. En las ciudades se

vieron algunos adelantos y en los campos petroleros, el contacto con los fornidos capataces venidos del norte remeció las viejas tradiciones y una brisa de modernismo levantó las faldas de las mujeres, pero en el convento de las Hermanitas de la Caridad nada de eso importaba. La vida comenzaba a las cuatro de la madrugada con las primeras oraciones; el día transcurría en un orden inmutable y terminaba con las campanas de las seis, hora del acto de contrición para limpiar el espíritu y prepararse para la eventualidad de la muerte, ya que la noche podía ser un viaje sin retorno. Largos silencios, corredores de baldosas enceradas, olor a incienso y azucenas, susurro de plegarias, bancos de madera oscura, blancas paredes sin adornos. Dios era una presencia totalitaria. Aparte de las monjas y un par de sirvientes, en el vasto edificio de adobe y tejas vivían sólo dieciséis muchachas, la mayoría huérfanas o abandonadas, que aprendían a usar zapatos, comer con tenedor y dominar algunos oficios domésticos elementales, para que más tarde se emplearan en humildes labores de servicio, pues no se suponía que tuvieran capacidad para otra cosa. Su aspecto distinguía a Consuelo entre las demás y las monjas, convencidas de que aquello no era casual sino más bien un signo de buena voluntad divina, se esmeraron en cultivar su fe en la esperanza de que decidiera tomar los hábitos y servir a la Iglesia, pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra el rechazo instintivo de la chiquilla. Ella lo intentó con buena disposición, pero nunca logró aceptar ese dios tiránico que le predicaban las religiosas, prefería una deidad más alegre, maternal y compasiva.

—Esa es la Santísima Virgen María —le explicaron.

—¿Ella es Dios?

—No, es la madre de Dios.

—Sí, pero, ¿quién manda más en el cielo, Dios o su mamá?

—Calla, insensata, calla y reza. Pídele al Señor que te ilumine —le aconsejaban.

Consuelo se sentaba en la capilla a mirar el altar coronado por un Cristo de realismo aterrador y trataba de recitar el rosario, pero muy pronto se perdía en aventuras interminables donde los recuerdos de la selva alternaban con los personajes de la Historia Sagrada, cada uno con su cargamento de pasiones, venganzas, martirios y milagros. Todo lo tragaba con avidez, las palabras rituales de la misa, los sermones de los domingos, las lecturas pías, los ruidos de la noche, el viento entre las columnas del corredor, la expresión bobalicona de los santos y anacoretas en sus nichos de la iglesia. Aprendió a permanecer quieta y guardó su desmesurado caudal de fábulas como un tesoro discreto hasta que yo le di la oportunidad de desatar ese torrente de palabras que llevaba consigo.

Tanto tiempo pasaba Consuelo inmóvil en la capilla con las manos juntas y una placidez de rumiante, que se regó el rumor en el convento de que estaba bendita y tenía visiones celestiales; pero la Madre Superiora, una catalana práctica y menos inclinada a creer en milagros que las otras monjas de la congregación, se dio cuenta de que no se trataba de santidad, sino más bien de una distracción incurable. Como la muchacha tampoco demostraba entusiasmo alguno por coser colchones, fabricar hostias o tejer cestos, consideró terminada su formación y la colocó para servir en la casa de un médico extranjero, el Profesor Jones. La llevó de la mano hasta una mansión que se alzaba algo decrepita, pero aún espléndida en su arquitectura francesa, en los límites de la ciudad, al pie de un cerro que ahora las autoridades convirtieron en Parque Nacional. La primera impresión que tuvo Consuelo de aquel hombre la afectó

tanto, que pasó meses sin perderle el miedo. Lo vio entrar a la sala con un delantal de carnicero y un extraño instrumento metálico en la mano, no las saludó, despachó a la monja con cuatro frases incomprensibles y a ella la mandó con un gruñido a la cocina sin dedicarle ni una mirada, demasiado ocupado con sus proyectos. Ella, en cambio, lo observó con detención, porque nunca había visto a un sujeto tan amenazante, pero no pudo dejar de advertir que era hermoso como una estampa de Jesús, todo de oro, con la misma barba rubia de príncipe y los ojos de un color imposible.

El único patrón que habría de tener Consuelo en su vida pasó años perfeccionando un sistema para conservar a los muertos, cuyo secreto se llevó finalmente a la tumba, para alivio de la humanidad. También trabajaba en una cura para el cáncer, pues observó que esta enfermedad es poco frecuente en las zonas infectadas de paludismo y dedujo naturalmente que podía mejorar a las víctimas de ese mal exponiéndolas a las picaduras de los mosquitos de los pantanos. Con la misma lógica, experimentaba dando golpes en la cabeza a los tontos de nacimiento o de vocación, porque leyó en la *Gaceta del Galeno* que debido a un traumatismo cerebral, una persona se transformó en genio. Era un antisocialista decidido. Calculó que si se repartieran las riquezas del mundo, a cada habitante del planeta le correspondería menos de treinta y cinco centavos, por lo tanto las revoluciones eran inútiles. Lucía un aspecto saludable y fuerte, sufría de constante mal humor y poseía los conocimientos de un sabio y las mañas de un sacristán. Su fórmula para embalsamar era de una sencillez admirable, como lo son casi todos los grandes inventos. Nada de sustraer las vísceras, vaciar el cráneo, zambullir el cuerpo en formol y rellenarlo con brea y estopa, para al final dejarlo arrugado como una ciruela y mirando estupefacto con ojos de vidrio

pintado. Simplemente extraía la sangre del cadáver aún fresco y la reemplazaba por un líquido que lo conservaba como en vida. La piel, aunque pálida y fría, no se deterioraba, el cabello permanecía firme y en algunos casos hasta las uñas se quedaban en sus sitios y continuaban creciendo. Tal vez el único inconveniente era cierto olor acre y penetrante, pero con el tiempo los familiares se acostumbraban. En esa época pocos pacientes se prestaban voluntariamente a las picaduras de insectos curativos o los garrotazos para aumentar la inteligencia, pero su prestigio de embalsamador había cruzado el océano y con frecuencia llegaban a visitarlo científicos europeos o comerciantes norteamericanos ávidos de arrebatarse su fórmula. Siempre se iban con las manos vacías. El caso más célebre —que regó su fama por el mundo— fue el de un conocido abogado de la ciudad, quien tuvo en vida inclinaciones liberales y el Benefactor lo mandó matar a la salida del estreno de la zarzuela de *La Paloma* en el Teatro Municipal. Al Profesor Jones le llevaron el cuerpo aún caliente, con tantos agujeros de balas que no se podían contar, pero con la cara intacta. Aunque consideraba a la víctima su enemigo ideológico, pues él mismo era partidario de los regímenes autoritarios y desconfiaba de la democracia, que le resultaba vulgar y demasiado parecida al socialismo, se dio a la tarea de preservar el cuerpo, con tan buen resultado, que la familia sentó al muerto en la biblioteca, vestido con su mejor traje y sosteniendo una pluma en la mano derecha. Así lo defendieron de la polilla y del polvo durante varias décadas, como un recordatorio de la brutalidad del dictador, quien no se atrevió a intervenir, porque una cosa es querellarse con los vivos y otra muy distinta arremeter contra los difuntos.

Una vez que Consuelo logró superar el susto inicial y

comprendió que el delantal de matarife y el clor a tumba de su patrón eran detalles ínfimos, porque en verdad se trataba de una persona fácil de sobrellevar, vulnerable y hasta simpática en algunas ocasiones, se sintió a sus anchas en esa casa, que le pareció el paraíso en comparación con el convento. Allí nadie se levantaba de madrugada para rezar el rosario por el bien de la humanidad, ni era necesario ponerse de rodillas sobre un puñado de guisantes para pagar con sufrimiento propio las culpas ajenas. Como en el antiguo edificio de las Hermanitas de la Caridad, en esa mansión también circulaban discretos fantasmas, cuya presencia todos percibían menos el Profesor Jones, que se empeñaba en negarlos porque carecían de fundamento científico. Aunque estaba a cargo de las tareas más duras, la muchacha encontraba tiempo para sus ensoñaciones, sin que nadie la molestara interpretando sus silencios como virtudes milagrosas. Era fuerte, nunca se quejaba y obedecía sin preguntar, tal como le habían enseñado las monjas. Aparte de acarrear la basura, lavar y planchar la ropa, limpiar las letrinas, recibir diariamente el hielo para las neveras, que traían a lomo de burro preservado en sal gruesa, ayudaba al Profesor Jones a preparar la fórmula en grandes frascos de farmacia, cuidaba los cuerpos, les quitaba el polvo y la rémore de las articulaciones, los vestía, los peinaba y les coloreaba las mejillas con carmin. El sabio se sentía a gusto con su sirvienta. Hasta que ella llegó a su lado, trabajaba solo, en el más estricto secreto, pero con el tiempo se acostumbró a la presencia de Consuelo y le permitió ayudarlo en su laboratorio, pues supuso que esa mujer callaba no representaba peligro alguno. Seguro de tenerla siempre cerca cuando la necesitaba, se quitaba la chaqueta y el sombrero y sin mirar hacia atrás los dejaba caer para que ella los cogiera al vuelo antes que tocaran el suelo, y como nunca le falló,

acabó por tenerle una confianza ciega. Fue así como aparte del inventor, Consuelo llegó a ser la única persona en posesión de la fórmula maravillosa, pero ese conocimiento no le sirvió de nada, pues la idea de traicionar a su patrón y comerciar con su secreto jamás pasó por su mente. Detestaba manipular cadáveres y no comprendía el propósito de embalsamarlos. Si eso fuera útil, la naturaleza lo habría previsto y no permitiría que los muertos se pudrieran, pensaba ella. Sin embargo, al final de su vida encontró una explicación a ese antiguo afán de la humanidad por preservar a sus difuntos, porque descubrió que teniendo sus cuerpos al alcance de la mano, es más fácil recordarlos.

Transcurrieron muchos años sin sobresaltos para Consuelo. No percibía las novedades a su alrededor, porque del claustro de las monjas pasó al de la casa del Profesor Jones. Allí había una radio para enterarse de las noticias, pero rara vez se encendía, sólo se escuchaban los discos de ópera que el patrón ponía en su flamante vitrola. Tampoco llegaban periódicos, sólo revistas científicas, porque el sabio era indiferente a los hechos que ocurrían en el país o en el mundo, mucho más interesado en los conocimientos abstractos, los registros de la historia o los pronósticos de un futuro hipotético, que en las emergencias vulgares del presente. La casa era un inmenso laberinto de libros. A lo largo de las paredes se acumulaban los volúmenes desde el suelo hasta el techo, oscuros, olorosos a empastes de cuero, suaves al tacto, crujientes, con sus títulos y sus cantos de oro, sus hojas translúcidas, sus delicadas tipografías. Todas las obras del pensamiento universal se hallaban en esos anaqueles, colocadas sin orden aparente, aunque el Profesor recordaba con exactitud la ubicación de cada una. Las obras de Shakespeare descansaban junto a *El capital*, las máximas de Confucio se codeaban con la *Vida de las*

focas, los mapas de antiguos navegantes yacían junto a novelas góticas y poesía de la India. Consuelo pasaba varias horas al día limpiando los libros. Cuando terminaba con el último estante había que comenzar otra vez por el primero, pero eso era lo mejor de su trabajo. Los tomaba con delicadeza, les sacudía el polvo acariciándolos y daba vueltas a las páginas para sumergirse unos minutos en el mundo privado de cada uno. Aprendió a conocerlos y ubicarlos en las repisas. Nunca se atrevió a pedirlos prestados, de modo que los sacaba a hurtadillas, los llevaba a su cuarto, los leía por las noches y al día siguiente los colocaba en sus sitios.

Consuelo no supo de muchos trastornos, catástrofes o progresos de su época, pero se enteró en detalle de los disturbios estudiantiles en el país, porque ocurrieron cuando el Profesor Jones transitaba por el centro de la ciudad y por poco lo matan los guardias a caballo. Le tocó a ella ponerle emplastos en los moretones y alimentarlo con sopa y cerveza en biberón, hasta que se le afirmaron los dientes sueltos. El doctor había salido a comprar algunos productos indispensables para sus experimentos, sin recordar para nada que estaban en Carnaval, una fiesta licenciosa que cada año dejaba un saldo de heridos y muertos, aunque en esa ocasión las riñas de borrachos pasaron desapercibidas ante el impacto de otros hechos que remecieron a las conciencias adormiladas. Jones iba cruzando la calle cuando estalló el barullo. En realidad, los problemas comenzaron dos días antes, cuando los universitarios eligieron una reina de belleza mediante la primera votación democrática del país. Después de coronarla y pronunciar discursos floridos, en los cuales a algunos se les soltó la lengua y hablaron de libertad y soberanía, los jóvenes decidieron desfilar. Nunca se había visto nada semejante, la policía tardó cuarenta y ocho horas en reaccionar y lo hizo justamente en el

momento en que el Profesor Jones salía de una botica con sus frascos y papelillos. Vio avanzar al galope a los guardias, con sus machetes en ristre y no se desvió del camino ni apuró el paso, porque iba distraído pensando en alguna de sus fórmulas químicas y todo ese ruido le pareció de muy mal gusto. Recuperó el conocimiento en una angarilla rumbo al hospital de indigentes y logró balbucear que cambiaran de ruta y lo condujeran a su casa, sujetándose los dientes con la mano para evitar que rodaran por la calle. Mientras él se recuperaba hundido en sus almohadas, la policía apresó a los cabecillas de la revuelta y los metió en una mazmorra, pero no fueron apaleados, porque entre ellos había algunos hijos de las familias más conspicuas. Su detención produjo una oleada de solidaridad y al día siguiente se presentaron decenas de muchachos en las cárceles y cuarteles a ofrecerse como presos voluntarios. Los encerraron a medida que llegaban, pero pocos días después hubo que liberarlos, porque ya no había espacio en las celdas para tantos niños y el clamor de las madres comenzaba a perturbar la digestión del Benefactor.

Meses después, cuando al Profesor Jones ya se le había afirmado la dentadura y comenzaba a recuperarse de las magulladuras morales, los estudiantes volvieron a alborotarse, esta vez con la complicidad de algunos oficiales jóvenes. El Ministro de la Guerra aplastó la subversión en siete horas y los que lograron salvarse partieron al exilio, donde permanecieron siete años, hasta la muerte del Amo de la Patria, quien se dio el lujo de morir tranquilamente en su cama y no colgado de los testículos en un farol de la plaza, como deseaban sus enemigos y temía el embajador norteamericano.

Con el fallecimiento del anciano caudillo y el fin de aquella larga dictadura, el Profesor Jones estuvo a punto de embarcarse de vuelta a Europa, convencido —como muchas otras personas— de que el país

se hundiría irremisiblemente en el caos. Por su parte, los Ministros de Estado, aterrados ante la posibilidad de un alzamiento popular, se reunieron a toda prisa y alguien propuso llamar al doctor, pensando que si el cadáver del Cid Campeador atado a su corcel pudo dar batalla a los moros, no había razón para que el del Presidente Vitalicio no siguiera gobernando embalsamado en su sillón de tirano. El sabio se presentó acompañado por Consuelo, quien le llevaba el maletín y observaba impasible las casas de techos rojos, los tranvías, los hombres con sombrero de pajilla y zapatos de dos colores, la singular mezcla de lujo y desparramo del Palacio. Durante los meses de agonía se habían relajado las medidas de seguridad y en las horas que siguieron a la muerte reinaba la mayor confusión, nadie detuvo al visitante y a su empleada. Cruzaron pasillos y salones y entraron por último a la habitación donde yacía ese hombre poderoso —padre de un centenar de bastardos, dueño de la vida y la muerte de sus súbditos y poseedor de una fortuna inaudita — en camisón, con guantes de cabritilla y empapado de sus orines. Afuera temblaban los miembros de su séquito y algunas concubinas, mientras los ministros dudaban entre escapar al extranjero o quedarse a ver si la momia del Benefactor podía seguir dirigiendo los destinos de la patria. El Profesor Jones se detuvo junto al cadáver observándolo con interés de entomólogo.

—¿Es cierto que usted puede conservar a los muertos, doctor?
—preguntó un hombre grueso con unos bigotes similares a los del dictador.

—Mmm...

—Entonces le aconsejo que no lo haga, porque ahora me toca gobernar a mí, que soy su hermano, del mismo cuño y de la misma sangre —lo amenazó el otro mostrando un trabuco formidable metido

en su cinturón.

El Ministro de la Guerra apareció en ese instante y tomando al científico por un brazo lo llevó aparte para hablarle a solas.

—No estará pensando embalsamarnos al Presidente. . .

—Mmm. . .

—Más le vale no meterse en esto, porque ahora me toca mandar a mí, que tengo al Ejército en un puño.

Desconcertado, el Profesor salió del Palacio seguido por Consuelo. Nunca supo quién ni por qué lo llamó. Se fue mascullando que no había forma de entender a estos pueblos tropicales y lo mejor sería regresar a su querida ciudad de origen, donde funcionaban las leyes de la lógica y de la urbanidad y de donde jamás debió salir.

El Ministro de la Guerra se hizo cargo del gobierno sin saber exactamente lo que debía hacer, pues había estado siempre bajo la férula del Benefactor y no recordaba haber tomado una sola iniciativa en toda su carrera. Hubo momentos de incertidumbre, porque el pueblo se negó a creer que el Presidente Vitalicio estuviera en verdad muerto y pensó que el anciano expuesto en ese féretro de faraón era una superchería, otro de los trucos del brujo para atrapar a sus detractores. La gente se encerró en sus hogares, sin atreverse a asomar la nariz a la calle, hasta que la Guardia se metió en las casas para sacarlos a golpes y obligarlos a formar fila para rendir el postrer homenaje al Amo, quien ya comenzaba a heder entre las velas de cera virgen y los lirios enviados en aeroplano desde Florida. Al ver los magníficos funerales presididos por varios dignatarios de la Iglesia con sus ropajes de ceremonia mayor, el pueblo se convenció por fin de que al tirano le había fallado la inmortalidad y salió a celebrar. El país despertó de una larga siesta y en cuestión de horas se acabó la sensación de tristeza y de cansancio que parecía agobiarlo. La gente

comenzó a soñar con una tímida libertad. Gritaron, bailaron, tiraron piedras, rompieron ventanas y hasta saquearon algunas mansiones de los favoritos del régimen y quemaron el largo «Packard» negro de inconfundible corneta, en que se paseaba el Benefactor sembrando miedo a su paso. Entonces el Ministro de la Guerra se sobrepuso al desconcierto, se sentó en el sillón presidencial, dio instrucciones de apaciguar los ánimos a tiros y en seguida se dirigió al pueblo por radio anunciando un nuevo orden. Poco a poco volvió la calma. Vacieron las cárceles de los presos políticos para dejar espacio a otros que iban llegando y empezó un gobierno más progresista que prometió colocar a la nación en el siglo veinte, lo cual no era una idea disparatada, considerando que llevaba más de tres décadas de atraso. En aquel desierto político empezaron a emerger los primeros partidos, se organizó un Parlamento y hubo un renacer de ideas y proyectos.

El día que sepultaron al abogado, su momia favorita, el Profesor Jones sufrió un ataque de rabia que culminó en un derrame cerebral. Por solicitud de las autoridades, que no deseaban cargar con muertos visibles del régimen anterior, los familiares del célebre mártir de la tiranía hicieron un funeral grandioso, a pesar de la impresión generalizada de estar enterrándolo vivo, porque aún se mantenía en buen estado. Jones intentó por todos los medios impedir que su obra de arte fuera a parar a un mausoleo, pero todo fue inútil. Se plantó con los brazos abiertos en la puerta del cementerio, tratando de impedir que pasara la carroza negra que transportaba el féretro de caoba con remaches de plata, pero el cochero siguió adelante y si el doctor no se aparta lo aplasta sin el menor respeto. Cuando cerraron el nicho, el embalsamador cayó fulminado por la indignación, medio cuerpo yerto y la otra mitad con convulsiones. Con ese sepelio desapareció tras una lápida de mármol el testimonio

más contundente de que la fórmula del sabio era capaz de burlar a la descomposición por tiempo indefinido.

Esos fueron los únicos sucesos relevantes de los años que Consuelo sirvió en la casa del Profesor Jones. Para ella la diferencia entre dictadura y democracia, fueron sus salidas de vez en cuando al biógrafo para ver las películas de Carlos Gardel, antes prohibidas para señoritas, y el hecho de que a partir del ataque de rabia, su patrón se convirtió en un inválido a quien debía atender como a una criatura. Sus rutinas cambiaron poco, hasta ese día de julio cuando al jardinero lo mordió una víbora. Era un indio alto, fuerte, de facciones suaves, pero expresión hermética y taciturna, con quien ella no había cruzado más de diez frases, a pesar de que solía ayudarla con los cadáveres, los cancerosos y los idiotas. Cogía a los pacientes como si fueran plumas, se los echaba al hombro y trepaba a grandes trancos la escalera del laboratorio, sin dar muestras de curiosidad.

—Al jardinero lo mordió una surucucú —anunció Consuelo al Profesor Jones.

—Cuando se muera me lo traes —ordenó el científico con su boca torcida, aprontándose para hacer una momia indígena en posición de podar los malabares y colocarla como decoración en el jardín. Para entonces ya estaba bastante anciano y comenzaba a tener delirios de artista, soñaba con representar todos los oficios, formando así su propio museo de estatuas humanas.

Por primera vez en su silenciosa existencia, Consuelo desobedeció una orden y tomó una iniciativa. Con ayuda de la cocinera arrastró al indio a su habitación del último patio y lo acostó en su jergón, decidida a salvarlo, porque le pareció una lástima verlo convertido en adorno para satisfacer un capricho del patrón y también

porque en algunas ocasiones, ella había sentido una inexplicable inquietud al ver las manos de ese hombre, grandes, morenas, fuertes, atendiendo las plantas con singular delicadeza. Le limpió la herida con agua y jabón, le hizo dos cortes profundos con el cuchillo de picar pollos y durante un buen rato estuvo chupándole la sangre envenenada y escupiéndola en un recipiente. Entre buche y buche se enjuagaba la boca con vinagre, para no morirse ella también. En seguida lo envolvió en paños empapados en trementina, lo purgó con infusiones de hierbas, le aplicó telarañas en la herida y permitió que la cocinera encendiera velas a los santos, aunque ella misma no tenía fe en ese recurso. Cuando el enfermo empezó a orinar rojo, sustrajo el Sándalo Sol del gabinete del Profesor, remedio infalible para los flujos de las vías urinarias, pero a pesar de todo su esmero, la pierna comenzó a descomponerse y el hombre a agonizar lúcido y callado, sin quejarse ni una sola vez. Consuelo notó que, haciendo caso omiso del pánico ante la muerte, la asfixia y el dolor, el jardinero respondía con entusiasmo cuando ella le frotaba el cuerpo o le aplicaba cataplasmas. Esa inesperada erección consiguió conmover su corazón de virgen madura y cuando él la tomó de un brazo y la miró suplicante, ella comprendió que había llegado el momento de justificar su nombre y consolarlo de tanta desgracia. Además sacó la cuenta de que en sus treinta y tantos años de existencia no había conocido el placer y no lo buscó, convencida de que era un asunto reservado a los protagonistas del cine. Resolvió darse ese gusto y de paso ofrecérselo también al enfermo, a ver si partía más contento al otro mundo.

Conoci tan profundamente a mi madre, que puedo imaginar la ceremonia que sigue, aunque ella no me dio todos los detalles. No tenía pudores inútiles y siempre respondía a mis preguntas con la

mayor claridad, pero cuando se refería a ese indio solía quedarse de pronto en silencio, perdida en sus buenos recuerdos. Se quitó la bata de algodón, la enagua y los calzones de lienzo y deshizo el rodete que llevaba enrollado en la nuca, como exigía su patrón. Su largo cabello le cayó sobre el cuerpo y así vestida, con su mejor atributo de belleza, se montó sobre el moribundo con gran suavidad, para no perturbar su agonía. No sabía muy bien cómo actuar, porque no tenía experiencia alguna en esos quehaceres, pero lo que le faltó en conocimiento lo pusieron el instinto y la buena voluntad. Bajo la piel oscura del hombre, los músculos se tensaron y ella tuvo la sensación de cabalgar sobre un animal grande y bravo. Susurrándole palabras recién inventadas y secándole el sudor con un paño, se deslizó hasta el sitio preciso y entonces se movió con discreción, como una esposa acostumbrada a hacer el amor con un marido anciano. Pronto él la volteó para abrazarla con la premura impuesta por la proximidad de la muerte, y la breve dicha de ambos alteró las sombras de los rincones. Así fui concebida, en el lecho de muerte de mi padre.

Sin embargo, el jardinero no murió, como esperaban el Profesor Jones y los franceses del serpentario, que querían su cuerpo para experimentos. Contra toda lógica, comenzó a mejorar, le bajó la calentura, se le normalizó la respiración y pidió de comer. Consuelo comprendió que sin proponérselo había descubierto un antídoto para las mordeduras venenosas y siguió administrándoselo con ternura y entusiasmo cuantas veces él lo solicitó, hasta que el paciente pudo ponerse de pie. Poco después el indio se despidió sin que ella intentara detenerlo. Se tomaron de las manos durante un minuto o dos, se besaron con cierta tristeza y luego ella se quitó la pepita de oro, cuya cuerda estaba ya gastada por el uso, y la colgó al cuello de su único amante, como un recuerdo de los galopes compartidos. El se

fue agradecido y casi sano. Mi madre dice que iba sonriendo.

Consuelo no manifestó ninguna emoción. Siguió trabajando como siempre, ignorando las náuseas, la pesadez de las piernas y los puntos de colores que le nublaban la vista, sin mencionar el extraordinario medicamento con que salvó al moribundo. No lo dijo, ni siquiera cuando empezó a crecerle la barriga, ni cuando la llamó el Profesor Jones para administrarle un purgante, convencido de que esa hinchazón se debía a un problema digestivo, ni tampoco lo dijo cuando a su debido tiempo dio a luz. Aguantó los dolores durante trece horas sin dejar de trabajar y cuando ya no pudo más, se encerró en su pieza dispuesta a vivir ese momento a plenitud, como el más importante de su vida. Cepilló su cabello, lo trenzó apretadamente y lo ató con una cinta nueva, se quitó la ropa y se lavó de pies a cabeza, luego puso una sábana limpia en el suelo y sobre ella se colocó en cuclillas, tal como había visto en un libro sobre costumbres de esquimales. Cubierta de sudor, con un trapo en la boca para ahogar sus quejidos, pujó para traer al mundo a esa criatura porfiada que se aferraba a ella. Ya no era joven y no fue tarea fácil, pero la costumbre de fregar pisos a gatas, de acarrear peso por la escalera y de lavar ropa hasta la medianoche, le había dado firmes músculos con los cuales pudo finalmente parir. Primero vio surgir dos pies minúsculos que se movían apenas, como si intentaran dar el primer paso de un arduo camino. Respiró profundamente y con un último gemido sintió que algo se rompía en el centro de su cuerpo y una masa ajena se deslizaba entre sus muslos. Un tremendo alivio la conmovió hasta el alma. Allí estaba yo envuelta en una cuerda azul, que ella separó con cuidado de mi cuello, para ayudarme a vivir. En ese instante se abrió la puerta y entró la cocinera, quien al notar su ausencia adivinó lo que ocurría y acudió a socorrerla. La encontró

desnuda conmigo recostada sobre su vientre, todavía unida a ella por un lazo palpitante.

—Mala cosa, es hembra —dijo la improvisada comadrona cuando hubo anudado y cortado el cordón umbilical y me tuvo en sus manos.

—Nació de pie, es signo de buena suerte —sonrió mi madre apenas pudo hablar.

—Parece fuerte y es gritona. Si usted quiere, puedo ser la madrina.

—No he pensado bautizarla —replicó Consuelo, pero al ver que la otra se persignaba escandalizada no quiso ofenderla—. Está bien, un poco de agua bendita no le puede hacer mal y quién sabe si hasta sea de algún provecho. Se llamará Eva, para que tenga ganas de vivir.

—¿Qué apellido?

—Ninguno, el apellido no es importante.

—Los humanos necesitan apellido. Sólo los perros pueden andar por allí con el puro nombre.

—Su padre pertenecía a la tribu de los hijos de la luna. Que sea Eva Luna, entonces, Pásemela por favor, comadre, para ver si está completa.

Sentada en el charco de su parto, con los huesos de lana y mojada de transpiración, Consuelo buscó en mi cuerpo una señal fatídica transmitida por el veneno, pero al no descubrir anomalía alguna, suspiró tranquila.

No tengo colmillos ni escamas de ofidio, al menos ninguna visible. Las circunstancias algo extrañas de mi concepción tuvieron consecuencias más bien benéficas: me dieron una salud inalterable y

esa rebeldía que tardó un poco en manifestarse, pero finalmente me salvó de la vida de humillaciones a la cual sin duda estaba destinada. De mi padre heredé la sangre firme, porque ese indio debió ser muy fuerte para resistir tantos días el veneno de la serpiente y en pleno estado de agonía darle gusto a una mujer. A mi madre le debo todo lo demás. A los cuatro años sufrí una de esas pestes que dejan el cuerpo marcado de cráteres, pero ella me sanó amarrándome las manos para que no me rascara, embetunándome con sebo de oveja y evitando que me expusiera a la luz natural durante ciento ochenta días. Aprovechó ese período para quitarme las amibas con infusión de calabaza y la lombriz solitaria con raíz de helecho y desde entonces quedé buena y sana. No tengo huellas en la piel, sólo algunas quemaduras de cigarrillo y espero llegar a vieja sin arrugas, porque el sebo tiene efecto perenne.

Mi madre era una persona silenciosa, capaz de disimularse entre los muebles, de perderse en el dibujo de la alfombra, de no hacer el menor alboroto, como si no existiera; sin embargo, en la intimidad de la habitación que compartíamos se transformaba. Comenzaba a hablar del pasado o a narrar sus cuentos y el cuarto se llenaba de luz, desaparecían los muros para dar paso a increíbles paisajes, palacios abarrotados de objetos nunca vistos, países lejanos inventados por ella o sacados de la biblioteca del patrón; colocaba a mis pies todos los tesoros de Oriente, la luna y más allá, me reducía al tamaño de una hormiga para sentir el universo desde la pequeñez, me ponía alas para verlo desde el firmamento, me daba una cola de pez para conocer el fondo del mar. Cuando ella contaba, el mundo se poblaba de personajes, algunos de los cuales llegaron a ser tan familiares, que todavía hoy, tantos años después, puedo describir sus ropas y el tono de sus voces. Preservó intactas sus memorias de infancia en la Misión

de los curas, retenía las anécdotas oídas al pasar y lo aprendido en sus lecturas, elaboraba la sustancia de sus propios sueños y con esos materiales fabricó un mundo para mí. Las palabras son gratis, decía y se las apropiaba, todas eran suyas. Ella sembró en mi cabeza la idea de que la realidad no es sólo como se percibe en la superficie, también tiene una dimensión mágica y, si a uno se le antoja, es legítimo exagerarla y ponerle color para que el tránsito por esta vida no resulte tan aburrido. Los personajes convocados por ella en el encantamiento de sus cuentos son los únicos recuerdos nítidos que conservo de mis primeros años, lo demás pereció envuelto en una niebla donde se funden los sirvientes de la casa, el anciano sabio postrado en su sillón inglés con ruedas de bicicleta y el desfile de pacientes y cadáveres, a quienes el doctor atendía a pesar de su enfermedad. Al Profesor Jones le desconcertaban los niños, pero como era bastante distraído, cuando se topaba conmigo en algún recodo de la casa, apenas me veía. Yo le temía un poco, porque no sabía si el viejo había fabricado a los embalsamados o ellos lo habían engendrado a él, parecían de la misma estirpe de pergamino; pero su presencia no me afectaba, porque ambos existíamos en ámbitos diferentes. Yo circulaba en la cocina, en los patios, en los cuartos de servicio, en el jardín, y cuando acompañaba a mi madre por el resto de la mansión, lo hacía con mucho sigilo para que el Profesor me confundiera con una prolongación de la sombra de ella. La casa tenía tantos y tan diversos olores, que yo podía recorrerla con los ojos cerrados y adivinar dónde me encontraba; los aromas de comida, ropa, carbón, medicamentos, libros y humedad se unieron a los personajes de los cuentos, enriqueciendo aquellos años.

Me criaron con la teoría de que el ocio engendra todos los vicios, idea sembrada por las Hermanitas de la Caridad y cultivada por el

doctor con su disciplina despótica. No tuve juguetes visibles, aunque en verdad todo lo que había en la casa servía para mis juegos. En el día no había momentos de descanso, se consideraba vergonzoso mantener las manos quietas. Junto a mi madre, yo fregaba las maderas del suelo, tendía la ropa a secar, picaba las verduras y a la hora de la siesta intentaba tejer y bordar, pero no recuerdo que esas tareas fueran agobiantes. Eran como jugar a las casitas. Los siniestros experimentos del sabio tampoco fueron motivo de inquietud, porque ella me explicó que los garrotazos y las picaduras de mosquitos —por fortuna muy poco frecuentes— no eran manifestaciones de crueldad del patrón, sino métodos terapéuticos del más alto rigor científico. Con su manera confianzuda de tratar a los embalsamados, como si fueran parientes venidos a menos, mi madre me cortó de raíz cualquier asomo de temor y no permitió que los otros empleados me asustaran con ideas macabras. Creo que procuraba mantenerme alejada del laboratorio... en verdad casi nunca vi a las momias, simplemente sabía que estaban al otro lado de la puerta. Esa pobre gente es muy frágil, Eva, es mejor que no entres a ese cuarto, mira que de un empujón puedes romperles algún hueso y el Profesor se pondría furioso, me decía. Para mi tranquilidad le puso un nombre a cada muerto y les inventó un pasado, transformándolos también a ellos en seres benéficos, como los duendes y las hadas.

Rara vez salíamos a la calle. Una de las pocas ocasiones en que lo hicimos fue para la procesión de la sequía, cuando hasta los ateos se dispusieron a rezar, porque fue un evento social, más que un acto de fe. Dicen que el país llevaba tres años sin una gota de lluvia, la tierra se partió en grietas sedientas, murió la vegetación, perecieron los animales con los morros enterrados en el polvo y los habitantes de los llanos caminaron hasta la costa para venderse como esclavos a

cambio de agua. Ante el desastre nacional, el Obispo decidió sacar a la calle la imagen del Nazareno para implorar el fin de ese castigo divino y como era la última esperanza todos acudimos, ricos y pobres, viejos y jóvenes, creyentes y agnósticos. ¡Bárbaros, indios, negros salvajes!, escupió furioso el Profesor Jones cuando lo supo, pero no pudo evitar que sus sirvientes se vistieran con sus mejores ropas y fueran a la procesión. La multitud con el Nazareno por delante partió de la Catedral, pero no alcanzó a llegar a la oficina de la Compañía de Agua Potable, porque a medio camino se desató un chaparrón incontenible. Antes de cuarenta y ocho horas la ciudad estaba convertida en un lago, se taparon las alcantarillas, se anegaron los caminos, se inundaron las mansiones, el torrente se llevó los ranchos y en un pueblo de la costa llovieron peces. Milagro, milagro, clamaba el Obispo. Nosotros coreábamos sin saber que la procesión se organizó después que el Meteorológico anunciara tifones y lluvias torrenciales en toda la zona del Caribe, como denunciaba Jones desde su sillón de hemipléjico. ¡Supersticiosos! ¡Ignorantes! ¡Analfabetas!, aullaba el pobre hombre, pero nadie le hizo ni el menor caso. Este prodigio logró lo que no habían conseguido los frailes de la Misión ni las Hermanitas de la Caridad: mi madre se acercó a Dios, porque lo visualizó sentado en su trono celestial burlándose suavemente de la humanidad y pensó que debía ser muy diferente al temible patriarca de los libros de religión. Tal vez una manifestación de su sentido del humor consistía en mantenernos confundidos, sin revelarnos jamás sus planes y propósitos. Cada vez que recordábamos el diluvio milagroso, nos moríamos de la risa.

El mundo limitaba con las rejas del jardín. Adentro el tiempo se regía por normas caprichosas; en media hora yo podía dar seis vueltas alrededor del globo terráqueo y un fulgor de luna en el patio podía

llenarme los pensamientos de una semana. La luz y la sombra determinaban cambios fundamentales en la naturaleza de los objetos; los libros, quietos durante el día, se abrían por la noche para que salieran los personajes a vagar por los salones y vivir sus aventuras; los embalsamados, tan humildes y discretos cuando el sol de la mañana entraba por las ventanas, en la penumbra de la tarde se mutaban en piedras y en la oscuridad crecían al tamaño de gigantes. El espacio se estiraba y se encogía según mi voluntad; el hueco bajo la escala contenía un sistema planetario y el cielo visto desde la claraboya del ático era sólo un pálido círculo de vidrio. Una palabra mía y, ¡chas!, se transformaba la realidad.

En esa mansión al pie del cerro, crecí libre y segura. No tenía contacto alguno con otros niños y no estaba acostumbrada a tratar con desconocidos, porque no se recibían visitas, excepto un hombre de traje y sombrero negros, un religioso protestante con una Biblia bajo el brazo, con la cual amargó los últimos años del Profesor Jones. Yo le temía mucho más que al patrón.

Dos

Ocho años antes de que yo naciera, el mismo día que murió el Benefactor como un abuelo inocente en su cama, en una aldea al norte de Austria vino al mundo un niño a quien llamaron Rolf. Era el último hijo de Lukas Carlé, el maestro más temido del liceo. Los castigos corporales formaban parte de la educación escolar, la letra con sangre entra sostenían la sabiduría popular y la teoría docente, de modo que ningún padre en su sano juicio habría reclamado por esta medida. Pero cuando Carlé le quebró las manos a un muchacho, la

dirección del establecimiento le prohibió el uso de la palmeta, porque era evidente que al empezar a golpear, un vértigo de lujuria lo descontrolaba. Para vengarse, sus alumnos perseguían a su hijo Jochen y si lograban atraparlo lo molían a puñetazos. El niño creció huyendo de las pandillas, negando su apellido, escondido como vástago de verdugo.

Lukas Carlé había impuesto en su hogar la misma ley del miedo implantada en el colegio. A su mujer lo unía un matrimonio de conveniencia, el amor no entraba para nada en sus planes, lo consideraba apenas tolerable en argumentos literarios o musicales, pero impropio en la vida cotidiana. Se casaron sin haber tenido ocasión de conocerse en profundidad y ella comenzó a odiarlo desde su primera noche de bodas. Para Lukas Carlé, su esposa era una criatura inferior, más cercana a los animales que al hombre, único ser inteligente de la Creación. Aunque en teoría la mujer era un ser digno de compasión, en la práctica la suya lograba sacarlo de quicio. Cuando llegó al pueblo, después de mucho andar, desplazado de su lugar de origen por la Primera Guerra Mundial, tenía cerca de veinticinco años, un diploma de maestro y dinero para sobrevivir una semana. Antes que nada buscó trabajo y en seguida una esposa, escogiendo la suya porque le gustaron el aire de terror que se insinuaba de pronto en sus ojos y sus caderas amplias. que le parecieron condición necesaria para engendrar hijos varones y realizar las tareas más pesadas de la casa. También influyeron en su decisión dos hectáreas de terreno, media docena de animales y una pequeña renta que la joven había heredado de su padre, todo lo cual pasó a su bolsillo, como legítimo administrador de los bienes conyugales.

A Lukas Carlé le gustaban los zapatos femeninos con tacones muy altos y los prefería de charol rojo. En sus viajes a la ciudad le

pagaba a una prostituta para que caminara desnuda, sin más adorno que aquel incómodo calzado, mientras él vestido de pies a cabeza, con abrigo y sombrero, sentado en una silla como un alto dignatario, alcanzaba un gozo indescriptible ante la vista de esas nalgas —en lo posible abundantes, blancas, con hoyuelos— balanceándose al dar cada paso. No la tocaba, por supuesto. Jamás lo hacía, pues tenía el prurito de la higiene. Como sus medios no le permitían darse esos lujos con la frecuencia deseable, compró unos alegres botines franceses, que mantenía escondidos en la parte más inaccesible del armario. De vez en cuando encerraba a sus hijos bajo llave, colocaba sus discos a todo volumen y llamaba a su mujer. Ella había aprendido a percibir los cambios de humor de su marido y podía adivinar antes que él mismo lo supiera, cuándo se sentía con deseos de martirizarla. Entonces comenzaba a temblar con antelación, la vajilla se le caía de las manos y se rompía contra el suelo.

Carlé no toleraba el ruido en su casa, bastante tengo con soportar a los alumnos en el liceo, decía. Sus hijos aprendieron a no llorar ni reír en su presencia, a moverse como sombras y hablar en susurros, y fue tanta la destreza que desarrollaron para pasar inadvertidos, que a veces la madre creía ver a través de ellos y se aterraba ante la posibilidad de que se volvieran transparentes. El maestro estaba convencido de que las leyes de la genética le habían jugado una mala pasada. Sus hijos resultaron un completo fracaso. Jochen era lento y torpe, pésimo estudiante, se dormía en clase, se orinaba en la cama, no servía para ninguno de los proyectos trazados para él. De Katharina prefería no hablar. La pequeña era imbécil. De una cosa estaba seguro: no había taras congénitas en su estirpe, de modo que él no era responsable de esa pobre enferma, quién sabe si era en realidad hija suya, no se debía meter las manos al fuego por

la fidelidad de nadie y menos de la propia mujer; por fortuna Katharina había nacido con un agujero en el corazón y el médico pronosticó que no viviría mucho. Mejor así.

Ante el poco éxito obtenido con sus dos hijos, Lukas Carlé no se alegró con el tercer embarazo de su mujer, pero cuando nació un niño grande, rosado, de ojos grises muy abiertos y manos firmes, se sintió reconfortado. Tal vez ése era el vástago que había deseado siempre, un verdadero Carlé. Debía impedir que su madre lo echara a perder, nada tan peligroso como una mujer para corromper una buena semilla de varón. No lo vistas con ropa de lana, para que se acostumbre al frío y se haga fuerte, déjalo en la oscuridad, así no tendrá nunca miedo, no lo cargues en brazos, no importa que lllore hasta ponerse morado, eso es bueno para desarrollar los pulmones, ordenaba, pero a espaldas del marido la madre arropaba a su niño, le daba doble ración de leche, lo arrullaba y le cantaba canciones de cuna. Este sistema de ponerle y quitarle la ropa, de golpearlo y mimarlo sin razón aparente, de encerrarlo en un armario oscuro y después consolarlo a besos, hubiera sumido a cualquier criatura en la demencia, pero Rolf Carlé tuvo suerte, pues no sólo nació con una fortaleza mental capaz de resistir lo que hubiera destrozado a otros, sino que se desató la Segunda Guerra Mundial y su padre se enroló en el Ejército, librándolo así de su presencia. La guerra fue el período más feliz de su infancia.

Mientras en América del Sur se acumulaban los embalsamados en la casa del Profesor Jones y copulaba un mordido de serpiente engendrando a una niña a quien su madre llamó Eva para darle deseos de vivir, en Europa la realidad tampoco era de tamaño natural. La guerra sumía al mundo en la confusión y el espanto. Cuando la chiquilla andaba sujeta a las faldas de su madre, al otro lado del

Atlántico se firmaba la paz sobre un continente en ruinas. Entretanto a este lado del mar pocos perdían el sueño por esas violencias remotas. Bastante ocupados estaban con las violencias propias.

Al crecer, Rolf Carlé resultó observador, orgulloso y tenaz, con cierta inclinación romántica que lo abochornaba como un signo de debilidad. En esa época de exaltación guerrera, él jugaba con sus compañeros a las trincheras y a los aviones derribados, pero en secreto se conmovía con los brotes de cada primavera, las flores en el verano, el oro del otoño y la triste blancura del invierno. En cada estación salía caminar por los bosques para recolectar hojas e insectos que estudiaba bajo una lupa. Arrancaba páginas a sus cuadernos para escribir versos, que luego ocultaba en los huecos de los árboles o bajo las piedras, con la ilusión inconfesable de que alguien los hallara. Jamás habló de eso con nadie.

El muchacho tenía diez años la tarde que lo llevaron a enterrar a los muertos. Ese día estaba contento, porque su hermano Jochen había atrapado una liebre y el olor del guiso cocinándose a fuego lento, adobado en vinagre y romero, ocupaba toda la casa. Hacía mucho tiempo que no sentía ese aroma de comida y el placer anticipado le producía tanta ansiedad, que sólo la severa educación recibida le impedía levantar la tapa y meter una cuchara en la olla. Ese era también el día de hornear. Le gustaba ver a su madre inclinada sobre la enorme mesa de la cocina, los brazos hundidos en la masa, moviéndose cadenciosa al ritmo de hacer pan. Sobaba los ingredientes formando unos rollos largos, los cortaba y de cada trozo obtenía un pan redondo. Antes, en los tiempos de la abundancia, separaba un poco de masa y le agregaba leche, huevos y canela para hacer bollos que guardaba en una lata, uno para cada hijo cada día de

la semana. Ahora mezclaba la harina con afrecho y el resultado era oscuro y áspero, como pan de aserrín.

La mañana se inició con un revuelo en la calle, movimiento de las tropas de ocupación, voces de mando, pero nadie se sobresaltó demasiado, porque el miedo se les había gastado en el desconcierto de la derrota y no les quedaba mucho para emplearlo en presentimientos de mal agüero. Después del armisticio, los rusos se instalaron en la aldea. Los rumores de su brutalidad precedían a los soldados del Ejército Rojo y la población aterrorizada esperaba un baño de sangre. Son como bestias, decían, abren en vientre a las mujeres embarazadas y tiran los fetos a los perros, atraviesan a los viejos con sus bayonetas, a los hombres les introducen dinamita por el culo y los hacen volar en pedazos, violan, incendian, destruyen. Sin embargo no fue así. El alcalde buscó una explicación y concluyó que seguramente ellos habían sido afortunados, porque quienes ocuparon el pueblo no provenían de las zonas soviéticas más azotadas por la guerra y tenían por lo mismo menos rencores acumulados y menos venganzas pendientes. Entraron arrastrando pesados vehículos con sus pertrechos, al mando de un joven oficial de rostro asiático, requisaron todos los alimentos, echaron en sus morrales cuanto objeto de valor pudieron agarrar y fusilaron al azar a seis miembros de la comunidad acusados de colaborar con los alemanes. Armaron su campamento en las afueras y se quedaron tranquilos. Ese día los rusos reunieron a la gente llamando con altavoces y asomándose en las casas para arrear a los indecisos con amenazas. La madre colocó un chaleco a Katharina y se apresuró a salir antes de que entrara la tropa y le confiscara la liebre del almuerzo y el pan de la semana. Caminó con sus tres hijos, Jochen, Katharina y Rolf, rumbo a la plaza. La aldea había sobrevivido a esos años de guerra en mejores

condiciones que otras, a pesar de la bomba que cayó sobre la escuela un domingo por la noche, convirtiéndola en escombros y desparramando astillas de pupitres y pizarrones por los alrededores. Parte del empedrado medieval ya no existía, porque las brigadas usaron los adoquines para hacer barricadas; en poder del enemigo se encontraban el reloj de la alcaldía, el órgano de la iglesia y la última cosecha de vinos, únicos tesoros del lugar; los edificios lucían las fachadas despintadas y algunos impactos de balas, pero el conjunto no había perdido el encanto adquirido en tantos siglos de existencia.

Los habitantes del pueblo se congregaron en la plaza, rodeados por los soldados enemigos, mientras el comandante soviético, con el uniforme en harapos, las botas rotas y una barba de varios días, recorría el grupo observando a cada uno. Nadie sostuvo su mirada, cabizbajos, encogidos, expectantes, sólo Katharina fijó sus ojos mansos en el militar y se metió un dedo en la nariz.

—¿Es retardada mental? —preguntó el oficial señalando a la niña.

—Nació así —replicó la señora Carlé.

—Entonces no tiene caso llevarla. Déjela aquí.

—No puede quedarse sola, por favor, permítale ir con nosotros. . .

—Como quiera.

Bajo un sol tenue de primavera aguardaron más de dos horas de pie, apuntados por las armas, los viejos apoyándose en los más fuertes, los niños dormidos en el suelo, los más pequeños en brazos de sus padres, hasta que por fin dieron la orden de partir y echaron todos a andar detrás del jeep del comandante, vigilados por los soldados que los apuraban, en una fila lenta encabezada por el alcalde y el director de la escuela, únicas autoridades aún reconocidas en la

catástrofe de los últimos tiempos. Caminaron en silencio, inquietos, volviéndose para mirar los techos de sus casas asomando entre las colinas, preguntándose cada uno hacia dónde los conducían, hasta que fue evidente que tomaban la dirección del campo de prisioneros y el alma se les encogió como un puño.

Rolf conocía la ruta, porque había andado por allí a menudo cuando iba con Jochen a cazar culebras, a colocar trampas para zorros o a buscar leña. En ocasiones los hermanos se sentaban bajo los árboles frente al cerco de alambre de púas, ocultos por el follaje. La distancia no les permitía ver con claridad y se limitaban a escuchar las sirenas y a husmear el aire. Cuando soplaba viento, ese olor peculiar se metía en las casas, pero nadie parecía notarlo, porque jamás se hablaba de ello. Esa era la primera vez que Rolf Carlé, o cualquier otro habitante de la aldea, cruzaba las puertas metálicas y le llamó la atención el suelo erosionado, limpio de toda vegetación, yermo como un desierto de polvo estéril, tan diferente de los campos de la región en esa época del año, cubiertos de una suave pelusa verde. La columna recorrió un largo sendero, atravesó varias barreras de alambres enrollados, pasó bajo las torres de control y los emplazamientos donde antes estaban las ametralladoras y llegó por fin a un gran patio cuadrado. A un lado se alzaban galpones sin ventanas, al otro una construcción de ladrillos con chimeneas y al fondo las letrinas y los patíbulos. La primavera se había detenido en las puertas de la prisión, todo era gris, envuelto en la bruma de un invierno que se había eternizado allí. Los aldeanos se detuvieron cerca de las barracas, todos juntos, tocándose para darse ánimo, oprimidos por esa quietud, ese silencio de caverna, ese cielo vuelto ceniza. El comandante dio una orden y los soldados los empujaron como ganado, llevándolos hasta el edificio principal. Y entonces

todos pudieron verlos. Estaban allí, docenas de ellos, amontonados en el suelo, unos encima de otros, revueltos, desmembrados, una montaña de pálidos leños. Al principio no pudieron creer que fueran cuerpos humanos, parecían marionetas de algún macabro teatro, pero los rusos los punzaron con los fusiles, los golpearon con las culatas y tuvieron que aproximarse, oler, mirar, permitir que esos rostros huesudos y ciegos se les grabaran a fuego en la memoria. Cada uno sintió el ruido de su propio corazón y nadie habló, pues nada había que decir. Por largos minutos permanecieron inmóviles hasta que el comandante tomó una pala y se la pasó al alcalde. Los soldados repartieron otras herramientas.

—Empiecen a cavar —dijo el oficial sin levantar la voz, casi en un susurro.

Enviaron a Katharina y a los niños más pequeños a sentarse al pie de las horcas mientras los demás trabajaban. Rolf se quedó con Jochen. El suelo estaba duro, los guijarros se le incrustaban en los dedos y se le metían entre las uñas, pero no se detuvo, agachado, con el pelo en la cara, sacudido por una vergüenza que no podría olvidar y que lo perseguiría a lo largo de su vida como una incansable pesadilla. No levantó la vista ni una sola vez. No escuchó a su alrededor más sonidos que el hierro contra las piedras, las respiraciones jadeantes, los sollozos de algunas mujeres.

Había caído la noche cuando terminaron los hoyos. Rolf notó que habían encendido los focos de seguridad en las torres de vigilancia y que la noche se había vuelto clara. El oficial ruso dio una orden y las gentes del pueblo tuvieron que ir de dos en dos a buscar los cuerpos. El niño se limpió las manos refregándolas contra el pantalón, se sacudió el sudor del rostro y avanzó con su hermano Jochen hacia aquello que los estaba aguardando. Con una ronca

exclamación su madre intentó detenerlos, pero los muchachos siguieron adelante, se inclinaron y tomaron un cadáver por los tobillos y las muñecas, desnudo, calvo, huesos y piel, liviano, frío y seco como porcelana. Lo levantaron sin esfuerzo, aferrados a esa forma rígida, y echaron a andar en dirección a las tumbas cavadas en el patio. Su carga osciló levemente y la cabeza cayó hacia atrás. Rolf se volvió para mirar a su madre, la vio doblada por las náuseas y quiso hacerle un gesto de consuelo, pero tenía las manos ocupadas.

La faena de sepultar a los prisioneros terminó pasada la medianoche. Llenaron las fosas y las cubrieron de tierra, pero aún no había llegado el momento de irse. Los soldados los obligaron a recorrer las barracas, a meterse en las cámaras de muerte, a examinar los hornos y pasar bajo las horcas. Nadie se atrevió a rezar por las víctimas. En el fondo sabían que a partir de ese instante intentarían olvidar, arrancarse ese horror del alma, dispuestos a no mencionarlo nunca, con la esperanza de que el paso de la vida pudiera borrarlo. Por fin regresaron a sus casas arrastrando los pies, muy lentamente, agotados. El último era Rolf Carlé, caminando entre dos filas de esqueletos, todos iguales en la desolación de la muerte.

Una semana más tarde apareció Lukas Carlé, a quien su hijo Rolf no reconoció, porque cuando se fue al frente él todavía no tenía uso de razón y el hombre que entró bruscamente en la cocina esa noche no se parecía en nada al de la fotografía sobre la chimenea. Durante los años que vivió sin padre, Rolf se inventó uno de dimensiones heroicas, le puso uniforme de aviador y le tapizó el pecho de condecoraciones, convirtiéndolo en un militar soberbio y valiente, de botas lustrosas en las cuales un niño podía mirarse como en un espejo. Esa imagen no guardaba relación alguna con el

personaje surgido de súbito en su vida, de modo que no se molestó en saludarlo, confundiéndolo con un mendigo. El de la fotografía llevaba bigotes bien cuidados y sus ojos eran plomizos como nubes de invierno, autoritarios y fríos. El hombre que irrumpió en la cocina vestía un pantalón demasiado grande amarrado con una cuerda en la cintura, una casaca rota, un pañuelo sucio atado en el cuello y en vez de las botas de espejo, sus pies iban en vueltos en trapos. Era un tipo más bien pequeño, mal afeitado, con el pelo erizado y cortado a mechones. No, no era nadie que Rolf conociera. El resto de la familia, en cambio, lo recordaba con precisión. Al verlo, la madre se tapó la boca con ambas manos, Jochen se puso de pie volteando la silla en la prisa por retroceder y Katharina corrió a cobijarse bajo la mesa, un gesto que no había hecho en mucho tiempo, pero que su instinto no había olvidado.

Lukas Carlé no volvió por nostalgia del hogar, puesto que nunca sintió que pertenecía realmente a ese pueblo o a ningún otro, era un ser solitario y apátrida, sino porque estaba hambriento y desesperado y prefirió el riesgo de caer en manos del enemigo victorioso al de seguir arrastrándose por los campos. Ya no resistía más. Había desertado y tuvo que sobrevivir ocultándose de día y circulando de noche. Se apoderó de la identificación de un soldado caído, planeando cambiar su nombre y borrar su pasado, pero pronto comprendió que en ese vasto continente destrozado no tenía adonde ir. El recuerdo de la aldea con sus casas afables, huertos, viñedos y la escuela donde trabajó tantos años, le resultaba muy poco atractivo, pero no tenía otra elección. Durante la guerra obtuvo algunos galones, no por méritos de coraje, sino por ejercicio de crueldad. Ahora era otra persona, pues había tocado el fondo pantanoso de su alma, sabía hasta dónde era capaz de llegar. Después

de haber alcanzado los extremos, de haber traspasado el límite de la maldad y del placer, le parecía una suerte minúscula volver a lo de antes y resignarse a enseñar a un grupo de mocosos malcriados en una sala de clases. Razonaba que el hombre está hecho para la guerra, la historia demuestra que el progreso no se obtiene sin violencia, aprieten los dientes y aguanten, cierren los ojos y embistan, que para eso somos soldados. El sufrimiento acumulado no logró provocarle ninguna añoranza por la paz, sino más bien acuñar en su mente la convicción de que sólo la pólvora y la sangre pueden gestar hombres capaces de conducir la barca zozobante de la humanidad a buen puerto, abandonando en las olas a los débiles e inútiles, de acuerdo a las leyes implacables de la naturaleza.

—¿Qué pasa? ¿No están contentos de verme? — dijo cerrando la puerta a su espalda.

La ausencia no había disminuido su capacidad de aterrorizar a su familia. Jochen trató de decir algo, pero las palabras se le atascaron en el pecho y sólo logró emitir un sonido gutural, colocándose delante de su hermano para protegerlo de un peligro indefinido. Apenas pudo reaccionar, la señora Carlé fue hasta el arcón, tomó un largo mantel blanco y cubrió la mesa para que el padre no viera a Katharina y así pudiera, tal vez, olvidar su existencia. De un vistazo rápido, Lukas Carlé tomó posesión de la casa y recuperó el control sobre su familia. Su esposa le pareció tan estúpida como siempre, pero aún conservaba intactos el temor en los ojos y la firmeza de su grupa; Jochen se había convertido en un joven tan alto y fornido, que no pudo comprender cómo se había librado de ser reclutado en los regimientos de niños; a Rolf casi no lo conocía, pero le bastó un instante para comprender que ese chiquillo se había criado entre las faldas de su madre y necesitaba ser sacudido para quitarle el aire de gato mimado. El se

encargaría de hacerlo hombre.

—Prepara agua caliente para lavarme, Jochen. ¿Hay algo de comer en esta casa? Y tú debes ser Rolf... Acércate y dale la mano a tu padre. ¿No me oyes? ¡Ven aquí!

A partir de esa noche, la vida de Rolf cambió por completo. A pesar de la guerra y de todas las privaciones que había soportado, no conocía verdaderamente el miedo. Lukas Carlé se lo enseñó. El niño no recuperó el sueño tranquilo hasta años más tarde, cuando encontraron a su padre balanceándose en un árbol del bosque.

Los soldados rusos que ocuparon la aldea eran toscos, pobres, sentimentales. Se sentaban por las tardes con sus armas y sus aperos de batalla, alrededor de una fogata a entonar las canciones traídas de su tierra, y cuando el aire se llenaba de palabras en los dulces dialectos regionales, algunos de ellos lloraban de nostalgia. A veces se emborrachaban y reñían o danzaban hasta la extenuación. Los habitantes del pueblo los evitaban, pero algunas muchachas iban hasta su campamento a ofrecerse calladamente, sin mirarlos a la cara, a cambio de un poco de comida. Siempre conseguían algo, a pesar de que los vencedores pasaban tanta hambre como los vencidos. Los niños también se aproximaban a observarlos, fascinados con su idioma, sus máquinas de guerra, sus extrañas costumbres y atraídos por un sargento con la cara marcada por profundas cicatrices, que los divertía haciendo malabarismos con cuatro cuchillos. Rolf se acercaba más que sus compañeros, a pesar de la prohibición terminante de su madre, y pronto se encontró sentado junto al sargento tratando de entender sus palabras y practicando el lanzamiento de cuchillos. En pocos días los rusos identificaron a los colaboradores y a los desertores escondidos y se iniciaron los juicios de guerra, muy breves porque no disponían de tiempo para formalidades y con poca asistencia de

público, porque la gente estaba extenuada y no quería seguir oyendo acusaciones. Sin embargo, cuando le llegó el turno a Lukas Carlé, Jochen y Rolf entraron sigilosos y se ubicaron en la parte de atrás de la sala. El acusado no pareció arrepentido de los hechos cometidos y sólo señaló a su favor que cumplía órdenes superiores, pues no había ido a la guerra para tener consideraciones, sino para ganarla. El sargento malabarista se dio cuenta de que Rolf estaba en la habitación, sintió lástima por él y quiso llevárselo, pero el niño se mantuvo firme en su sitio, decidido a escuchar hasta el final. Le habría sido difícil explicar a ese hombre que su palidez no se debía a compasión por su padre, sino al deseo secreto de que las pruebas fueran suficientes para colocarlo ante un pelotón de fusilamiento. Cuando lo condenaron a seis meses de trabajo forzado en las minas de Ucrania, Jochen y Rolf consideraron que era un castigo muy leve y rezaron en secreto para que Lukas Carlé muriera allá lejos y jamás regresara.

Con la llegada de la paz no se terminaron las privaciones, conseguir alimentos había sido durante años la primera preocupación y siguió siéndolo. Jochen apenas podía leer de corrido, pero era fuerte y empecinado y cuando partió su padre y la pólvora destruyó los campos, él se encargó de proveer para su familia cortando leña, vendiendo moras y hongos silvestres, cazando conejos, perdices y zorros. Rolf se inició muy pronto en los mismos oficios de su hermano y aprendió como él a realizar pequeñas raterías en los poblados vecinos, siempre a espaldas de su madre, quien aun en los periodos de mayores angustias actuaba como si la guerra fuera una pesadilla distante y ajena con la cual ella nada tenía que ver, y no flaqueó nunca cuando se trataba de inculcar a los hijos las normas de su moralidad. El muchacho se acostumbró de tal modo a la sensación

de vacío en las tripas, que mucho tiempo después, cuando los mercados estaban atiborrados con todos los productos de la tierra y se vendían papas fritas, caramelos y salchichas en cada esquina, él seguía soñando con el pan añejo escondido en un hueco entre las tablas, bajo su cama.

La señora Carlé logró conservar el ánimo sereno y la fe en Dios hasta el día que volvió su marido de Ucrania para instalarse definitivamente en el hogar. En ese momento ella perdió el coraje. Pareció encogerse y se volvió hacia adentro en un diálogo obsesivo consigo misma. El temor que siempre le tuvo acabó por paralizarla, no pudo dar salida a su odio y éste la derrotó. Siguió cumpliendo sus funciones con la misma prolijidad, trabajando desde el amanecer hasta la noche, atendiendo a Katharina y sirviendo al resto de su familia, pero dejó de hablar y sonreír y no volvió a la iglesia, porque no estaba dispuesta a continuar arrodillándose ante ese dios despiadado que no escuchaba su justa súplica de enviar a Lukas Carlé al infierno. Tampoco intentó proteger a Jochen y a Rolf de los excesos de su padre. Los gritos, los golpes y las peleas terminaron por parecerle naturales y ya no provocaban ninguna respuesta en ella. Se sentaba frente a la ventana con los ojos perdidos, escapando así hacia un pasado donde su marido no existía y ella era todavía una adolescente intocada por la desdicha.

Carlé sostenía la teoría de que los seres humanos se dividen en yunques y martillos, unos nacen para golpear y otros para ser golpeados. Por supuesto, deseaba que sus hijos varones fueran martillos. No toleraba ninguna debilidad en ellos, especialmente en Jochen, con quien experimentaba sus sistemas de enseñanza. Se enfurecía cuando por respuesta el muchacho tartamudeaba más y se comía las uñas. Desesperado, por las noches Jochen imaginaba

diversas formas de librarse de una vez para siempre de ese martirio, pero con la luz del sol tomaba conciencia de la realidad, agachaba la cabeza y obedecía a su padre sin atreverse a hacerle frente, aunque lo sobrepasaba veinte centímetros y tenía la fortaleza de un caballo de labranza. La sumisión le alcanzó hasta una noche de invierno en que Lukas Carlé se dispuso a utilizar los zapatos rojos. Los muchachos ya tenían edad para adivinar lo que significaban esa pesadez en el ambiente, esas miradas tensas, ese silencio cargado de presagios. Como otras veces, Carlé ordenó a sus hijos que los dejaran solos, se llevaran a Katharina, fueran a su habitación y no regresaran por ningún motivo. Antes de salir, Jochen y Rolf alcanzaron a vislumbrar la expresión de terror en los ojos de su madre y a percibir su temblor. Poco después, rígidos en sus camas, oyeron el estrépito de la música a todo volumen.

—Voy a ver qué le hace a mamá — decidió Rolf cuando ya no pudo soportar la certeza de que al otro lado del pasillo se repetía una pesadilla que había estado en esa casa desde siempre.

—Tú no te muevas. Iré yo, que soy el mayor—replicó Jochen.

Y en vez de hundirse bajo las cobijas como había hecho durante toda su vida, se levantó con el cerebro en blanco, se colocó los pantalones, la casaca, el gorro de lana y calzó sus botas de nieve. Terminó de vestirse con gestos precisos, luego salió, cruzó el corredor y trató de abrir la puerta de la sala, pero estaba con el cerrojo pasado. Con la misma lentitud y precisión empleada para colocar sus trampas o partir leña, levantó la pierna y de una patada certera hizo saltar los hierros. Rolf, en pijama y descalzo, había seguido a su hermano, y al abrirse la puerta vio a su madre totalmente desnuda, encaramada en unos absurdos botines rojos de tacón alto. Lukas Carlé les gritó furioso que se retiraran de

inmediato, pero Jochen avanzó, pasó delante de la mesa, apartó a la mujer que intentó detenerlo y se aproximó con tal determinación, que el hombre retrocedió vacilante. El puño de Jochen dio en el rostro de su padre con la fuerza de un martillazo, lanzándolo por el aire sobre el aparador, que se desplomó con un estruendo de madera vuelta astillas y platos destrozados. Rolf observó el cuerpo inerte en el suelo, tragó aire, fue a su cuarto, cogió una manta y volvió para cubrir a su madre.

—Adiós, mamá —dijo Jochen desde la puerta de la calle, sin atreverse a mirarla.

—Adiós, hijo mío —murmuró ella, aliviada porque al menos uno de los suyos estaría a salvo.

Al día siguiente Rolf dobló las bastillas de los pantalones largos de su hermano y se los puso para llevar a su padre al hospital, donde le acomodaron la mandíbula en su sitio. Durante semanas no pudo hablar y hubo que alimentarlo con líquidos a través de una pipeta. Con la partida de su hijo mayor, la señora Carlé acabó de hundirse en el rencor y Rolf debió enfrentarse solo a ese hombre detestado y temido.

Katharina tenía la mirada de una ardilla y el alma libre de todo recuerdo. Era capaz de comer sola, avisar cuando necesitaba ir al excusado y correr a meterse bajo la mesa cuando llegaba su padre, pero eso fue todo lo que pudo aprender. Rolf buscaba pequeños tesoros para ofrecerle, un escarabajo, una piedra pulida, una nuez que abría con cuidado para extraer el fruto. Ella lo retribuía con una devoción total. Lo esperaba todo el día y al escuchar sus pasos y ver su rostro inclinado entre las patas de las sillas, emitía un murmullo de gaviota. Pasaba horas bajo la gran mesa, inmóvil, protegida por la tosca madera, hasta que su padre partía o se dormía y alguien la

rescataba. Se acostumbró a vivir en su guarida, acechando las pisadas que se acercaban o alejaban. A veces no quería salir, aunque ya no hubiera peligro, entonces la madre le alcanzaba una escudilla y Rolf tomaba una cobija y se deslizaba bajo la mesa, para acurrucarse con ella a pasar la noche. A menudo, cuando Lukas Carlé se sentaba a comer, sus piernas tocaban a sus hijos bajo la mesa, mudos, quietos, tomados de la mano, aislados en ese refugio, donde los sonidos, los olores y las presencias ajenas llegaban amortiguados por la ilusión de hallarse bajo el agua. Tanta vida pasaron los hermanos allí, que Rolf Carlé guardó el recuerdo de la luz lechosa bajo el mantel y muchos años más tarde, al otro lado del mundo, despertó un día llorando bajo el mosquitero blanco donde dormía con la mujer que amaba.

Tres

Una noche de Navidad, cuando yo tenía unos seis años, mi madre se tragó un hueso de pollo. El Profesor, siempre ensimismado en la insaciable codicia de poseer más conocimientos, no se daba tiempo para esa fiesta y ninguna otra, pero cada año los empleados de la casa celebraban la Nochebuena. En la cocina armaban un Nacimiento con toscas figuras de arcilla, cantaban villancicos y todos me hacían algún regalo. Con varios días de anticipación preparaban un guiso criollo que fue inventado por los esclavos de antaño. En la época de la Colonia las familias pudientes se reunían el 24 de diciembre alrededor de una gran mesa. Las sobras del banquete de los amos iban a las escudillas de los sirvientes, quienes picaban todo, lo envolvían con masa de maíz y hojas de plátano y lo hervían en

grandes calderos, con tan delicioso resultado, que la receta perduró a través de los siglos y aún se repite todos los años, a pesar de que ya nadie dispone de los restos de la cena de los ricos y hay que cocinar cada ingrediente por separado, en una faena agotadora. En el último patio de la casa los empleados del Profesor Jones criaban gallinas, pavos y un cerdo, que durante todo el año engordaban para esa única ocasión de francachela y comilona. Una semana antes comenzaban a meterle nueces y tragos de ron por el gáznate a las aves y a obligar al cerdo a beber litros de leche con azúcar morena y especias, para que sus carnes estuvieran tiernas en el momento de cocinarse. Mientras las mujeres ahumaban las hojas y preparaban las ollas y los braseros, los hombres mataban a los animales en una orgía de sangre, plumas y chillidos del puerco, hasta que todos quedaban borrachos de licor y muerte, hartos de probar trozos de carne, beber el caldo concentrado de todos esos manjares hervidos y cantar hasta desgañitarse alabanzas al Niño Jesús con ritmo festivo, mientras en otra ala de la mansión el Profesor vivía un día igual a los demás, sin darse ni cuenta que estábamos en Navidad. El hueso fatídico pasó disimulado en la masa y mi madre no lo sintió hasta que se le clavó en la garganta. Al cabo de unas horas empezó a escupir sangre y tres días más tarde se apagó sin aspavientos, tal como había vivido. Yo estaba a su lado y no he olvidado ese momento, porque a partir de entonces he tenido que afinar mucho la percepción para que ella no se me pierda entre las sombras inapelables donde van a parar los espíritus difusos.

Para no asustarme, se murió sin miedo. Tal vez la astilla de pollo le desgarró algo fundamental y se desangró por dentro, no lo sé. Cuando comprendió que se le iba la vida, se encerró conmigo en nuestro cuarto del patio, para estar juntas hasta el final. Lentamente, para no apresurar la muerte, se lavó con agua y jabón

para desprenderse del olor a almizcle que comenzaba a molestarla, peinó su larga trenza, se vistió con una enagua blanca que había cosido en las horas de la siesta y se acostó en el mismo jergón donde me concibió con un indio envenenado. Aunque no entendí en ese momento el significado de aquella ceremonia, la observé con tanta atención, que aún recuerdo cada uno de sus gestos.

—La muerte no existe, hija. La gente sólo se muere cuando la olvidan —me explicó mi madre poco antes de partir—. Si puedes recordarme, siempre estaré contigo.

—Me acordaré de ti —le prometí.

—Ahora, anda a llamar a tu Madrina.

Fui a buscar a la cocinera, esa mulata grande que me ayudó a nacer y a su debido tiempo me llevó a la pila del bautismo.

—Cuideme a la muchachita, comadre. A usted se la encargo —le pidió mi madre limpiándose discretamente el hilo de sangre que le corría por el mentón. Luego me tomó de la mano y con los ojos me fue diciendo cuánto me quería, hasta que la mirada se le tornó de niebla y la vida se le desprendió sin ruido. Por unos instantes pareció que algo translúcido flotaba en el aire inmóvil del cuarto, alumbrándolo con un resplandor azul y perfumándolo con un soplo de almizcle, pero en seguida todo volvió a ser cotidiano, el aire sólo aire, la luz otra vez amarilla, el olor de nuevo simple olor de todos los días. Tomé su cara entre mis manos y se la moví llamándola mamá, mamá, abismada de ese silencio nuevo que se había instalado entre las dos.

—Todo el mundo se muere, no es nada tan importante —dijo mi Madrina cortándole el cabello de tres tijeretazos, con la idea de venderlo más tarde en una tienda de pelucas—. Vamos a sacarla de aquí antes de que el patrón la descubra y me haga llevarla al

laboratorio.

Recogí esa trenza larga, me la enrollé al cuello y me acurruqué en un rincón con la cabeza entre las rodillas, sin lágrimas, porque no conocía aún la magnitud de mi pérdida. Así estuve horas, tal vez toda la noche, hasta que dos hombres entraron, envolvieron el cuerpo en la única cobija de la cama y se lo llevaron sin comentarios. Entonces un vacío inclemente ocupó todo el espacio a mi alrededor.

Después que partió el modesto carretón funerario, mi Madrina fue a buscarme. Tuvo que encender una cerilla para verme, porque el cuarto estaba en sombras, el bombillo de la lámpara se había quemado y el amanecer parecía detenido en el umbral de la puerta. Me encontró agazapada, un pequeño bulto en el suelo, y me llamó dos veces por mi nombre y apellido, para devolverme el sentido de la realidad, Eva Luna, Eva Luna. A la llama vacilante vi sus grandes pies dentro de las chancletas y el ruedo de su vestido de algodón, levanté los ojos y encontré su mirada húmeda. Me sonrió en el instante en que se extinguía el chispazo incierto del fósforo; después sentí que se inclinaba en la oscuridad, me cogía en sus gruesos brazos, me acomodaba en su regazo y empezaba a mecarme, arrullándome con un suave lamento africano para hacerme dormir.

—Si fueras hombre, irías a la escuela y después a estudiar para abogado y asegurar el pan de mi vejez. Los picapleitos son los que más ganan, saben enredar las cosas. A río revuelto, ganancia para ellos —decía mi Madrina.

Sostenía que es mejor ser varón, porque hasta el más mísero tiene su propia mujer a quien mandar, y años más tarde llegué a la conclusión de que tal vez tenía razón, aunque todavía no logro imaginarme a mí misma dentro de un cuerpo masculino, con pelos en

la cara, con la tentación de mandar y con algo incontrolable bajo el ombligo, que, para ser bien franca, no sabría muy bien donde colocar. A su manera, mi Madrina me tenía afecto y si no alcanzó a demostrármelo fue porque creyó necesario formarme en el rigor y porque perdió la razón temprano. En esos tiempos no era la ruina que hoy es; era una morena arrogante de senos generosos, cintura partida y caderas opulentas, como una mesa bajo las faldas. Cuando salía a la calle los hombres se volvían a su paso, le gritaban piropos groseros, intentaban darle pellizcones y ella no escabullía las nalgas, pero retribuía con un carterazo contundente, qué te has figurado negro insolente, y se reía para lucir su diente de oro. Se bañaba todas las noches de pie en una batea, echándose agua con una jarra y restregándose con un trapo jabonado, se cambiaba la blusa dos veces al día, se rociaba con agua de rosas, se lavaba el cabello con huevo y se cepillaba los dientes con sal para sacarles brillo. Tenía un olor fuerte y dulzón que toda el agua de rosas y el jabón no lograban mitigar, un olor que me gustaba mucho porque me recordaba la leche asada. A la hora del baño yo la ayudaba echándole agua por la espalda, extasiada ante ese cuerpo oscuro, de pezones morados, el pubis sombreado por un vello rizado, las nalgas mullidas como el sillón de cuero capitoné donde languidecía el Profesor Jones. Se acariciaba con el trapo y sonreía, orgullosa de la abundancia de sus carnes. Caminaba con gracia desafiante, muy erguida, al ritmo de una música secreta que llevaba por dentro. Todo lo demás en ella era tosco, hasta la risa y el llanto. Se enojaba sin pretexto y lanzaba manotazos al aire, palmadas al vuelo que si aterrizaban sobre mí tenían el efecto de un cañonazo. De ese modo, sin mala intención, me reventó un oído. A pesar de las momias, por las cuales jamás sintió la menor simpatía, sirvió como cocinera del doctor durante

muchos años, ganando un sueldo miserable y gastándolo en su mayor parte en tabaco y ron. Se hizo cargo de mí porque había adquirido un deber, más sagrado que los lazos de sangre, quien descuida a un ahijado no tiene perdón, es peor que abandonar a un hijo, decía, mi obligación es criarte buena, limpia y trabajadora, porque de eso me pedirán cuentas el día del Juicio Final. Mi madre no creía en pecados congénitos y por lo tanto no había considerado necesario bautizarme, pero ella insistió con una tenacidad sin grietas. Está bien, si eso le da placer, comadre, haga lo que le dé la gana, pero no le cambie el nombre que escogí para ella, aceptó finalmente Consuelo. La mulata pasó tres meses sin fumar ni beber para ahorrar unas monedas y el día señalado me compró un vestido de organza color fresa, puso un lazo en los cuatro pelos miserables que coronaban mi cabeza, me roció con su agua de rosas y me llevó en brazos a la iglesia. Tengo una foto de mi bautizo, me veo como un alegre paquete de cumpleaños. Como no le quedaba dinero, cambió el servicio por un aseo completo del templo, desde barrer los pisos hasta limpiar los ornamentos con creta y pasar cera a los bancos de madera. Así es como fui bautizada con toda pompa y ceremonia, como niña rica.

—De no ser por mí, todavía estarías mora. Los inocentes que mueren sin sacramento se van al limbo y de ahí no salen más —me recordaba siempre mi Madrina—. Otra en mi lugar te habría vendido. Es fácil colocar a las muchachas de ojos claros, dicen que los gringos las compran y se las llevan a su país, pero yo le hice una promesa a tu madre y si no la cumplo me voy a cocinar en las cacerolas del infierno.

Para ella los límites entre el bien y el mal eran muy precisos y estaba dispuesta a preservarme del vicio a fuerza de golpes, único método que conocía, porque así la habían educado. La idea de que el

juego o la ternura fueran buenos para los niños es un descubrimiento moderno, a ella jamás se le pasó por la mente. Trató de enseñarme a trabajar apresurada, sin pérdida de tiempo en ensoñaciones, le molestaban el ánimo distraído y el paso lento, quería verme correr cuando recibía una orden. Tienes la cabeza llena de humo y las pantorrillas de arena, decía y me fricciónaba las piernas con Emulsión de Scott, un tónico baratísimo pero de gran prestigio, fabricado con aceite de hígado de bacalao, que según la propaganda era comparable a la piedra filosofal de la medicación reconstituyente.

El cerebro de la Madrina estaba algo trastocado a causa del ron. Creía en los santos católicos. en otros de origen africano y en varios más de su invención. En su cuarto había levantado un pequeño altar, donde se alineaban junto al agua bendita, los fetiches del vudú, la fotografía de su difunto padre y un busto que ella creía de San Cristóbal, pero después yo descubrí que era de Beethoven, aunque jamás la he sacado de su error, porque es el más milagroso de su altar. Hablaba todo el tiempo con sus deidades en un tono coloquial y altanero, pidiéndoles favores de poca monta, y más tarde, cuando se aficionó al teléfono, las llamaba al cielo, interpretando el zumbido del aparato como la respuesta en parábola de sus divinos interlocutores. De ese modo recibía instrucciones de la corte celestial, aun para los asuntos más triviales. Era devota de San Benito, un rubio guapo y parrandero a quien las mujeres no dejaban en paz, que se colocó en el humo del brasero para quedar chamuscado como un leño y sólo entonces pudo adorar a Dios y hacer sus prodigios tranquilo, sin esa cuelga de lujuriosas prendidas de su túnica. A él le rezaba para aliviar la borrachera. Era experta en tormentos y muertes horrorosas, conocía el fin de cuanto mártir y virgen figuraba en el santoral católico y estaba siempre lista para

contármelo. Yo la escuchaba con morboso terror y cada vez solicitaba nuevos detalles. El suplicio de Santa Lucía era mi favorito, quería oírlo a cada rato con todos los pormenores; por qué Lucía rechazó al emperador enamorado de ella, cómo le arrancaron los ojos, si era cierto que esas pupilas lanzaron una mirada de luz desde la bandeja de plata donde reposaban como dos huevos solitarios, dejando ciego al emperador, mientras a ella le salían dos espléndidos ojos azules, mucho más bonitos que los originales.

La fe de mi pobre Madrina era incommovible y ninguna desgracia posterior pudo abatirla. Hace poco, cuando vino por aquí el Papa, conseguí autorización para sacarla del sanatorio, porque habría sido una lástima que se perdiera al Pontífice con su hábito blanco y su cruz de oro, predicando sus convicciones indemostrables, en perfecto español o en dialecto de indios, según fuera la ocasión. Al verlo avanzar en su acuario de vidrio blindado por las calles recién pintadas, entre flores, vitores, banderines y guardaespaldas, mi Madrina, ya muy anciana, cayó de rodillas, persuadida de que el Profeta Elías andaba en viaje de turismo. Temí que la muchedumbre la aplastara y quise llevármela de allí, pero ella no se movió hasta que le compré un pelo del Papa como reliquia. En esos días mucha gente se volvió buena, algunos prometieron perdonar las deudas y no mencionar la lucha de clases o los anticonceptivos para no dar motivos de tristeza al Santo Padre, pero la verdad es que yo no me entusiasmé con el insigne visitante, porque no guardaba buenos recuerdos de la religión. Un domingo de mi niñez la Madrina me llevó a la parroquia y me arrodilló en una cabina de madera con cortinas, yo tenía los dedos torpes y no podía cruzarlos como me había enseñado. A través de una rejilla me llegó un aliento fuerte, dime tus pecados, me ordenó y al punto se me olvidaron todos los

que había inventado, no supe qué responder, apurada traté de pensar en alguno, aunque fuera venial, pero ni el más insignificante acudió a mi mente.

—¿Te tocas el cuerpo con las manos?

—Sí...

—¿A menudo, hija?

—Todos los días.

—¡Todos los días! ¿Cuántas veces?

—No llevo la cuenta... muchas veces...

—¡Esa es una ofensa gravísima a los ojos de Dios!

—No sabía, padre. ¿Y si me pongo guantes, también es pecado?

—¡Guantes! ¡Pero qué dices, insensata! ¿Te burlas de mí?

—No, no... —murmuré aterrada, calculando que de todos modos sería bien difícil lavarme la cara, cepillarme los dientes o rascarme con guantes.

—Promete que no volverás a hacer eso. La pureza y la inocencia son las mejores virtudes de una niña. Rezarás quinientas Ave Marías de penitencia para que Dios te perdone.

—No puedo, padre —contesté porque sabía contar sólo hasta veinte.

—¡Cómo que no puedes! —rugió el sacerdote y una lluvia de saliva atravesó el confesionario y me cayó encima.

Salí corriendo, pero la Madrina me cogió al vuelo y me retuvo por una oreja mientras hablaba con el cura sobre la conveniencia de ponerme a trabajar, antes que se me torciera aún más el carácter y se me acabara de ofuscar el alma.

Después de la muerte de mi madre, llegó la hora del Profesor Jones. Murió de vejez, desilusionado del mundo y de su propia

sabiduría, pero juraría que murió en paz. Ante la imposibilidad de embalsamarse a sí mismo y permanecer dignamente entre sus muebles ingleses y sus libros, dejó instrucciones en el testamento para que sus restos fueran enviados a su distante ciudad natal, porque no deseaba terminar en el cementerio local, cubierto de polvo ajeno, bajo un sol inclemente y en promiscuidad con vaya uno a saber qué clase de gentuza, como decía. Agonizó bajo el ventilador de su dormitorio, cocinado en el sudor de la parálisis, sin más compañía que el religioso de la Biblia y yo. Perdí las últimas briznas del miedo que él me inspiraba cuando comprendí que no podía moverse sin ayuda y cuando le cambió la voz de trueno por un inacabable jadeo de moribundo.

En esa casa cerrada al mundo, donde la muerte había instalado sus cuarteles desde que el doctor inició sus experimentos, yo vagaba sin vigilancia. La disciplina de los empleados se relajó apenas el Profesor no pudo salir de su habitación para amonestarlos desde su silla de ruedas y agobiarlos con órdenes contradictorias. Vi cómo en cada salida se llevaban los cubiertos de plata, las alfombras, los cuadros y hasta los frascos de cristal donde el sabio guardaba sus fórmulas. Ya nadie servía la mesa del patrón con manteles almidonados y reluciente vajilla, nadie encendía las lámparas de lágrimas ni le alcanzaba su pipa. Mi Madrina dejó de preocuparse de la cocina y salía del paso con plátanos asados, arroz y pescado frito en todas las comidas. Los demás abandonaron sus labores de aseo y la mugre y la humedad avanzaron por las paredes y los suelos de madera. El jardín no había sido atendido desde el accidente con la surucucú varios años atrás y como resultado de tanta desidia una vegetación agresiva estaba a punto de devorar la casa e invadir la acera. Los sirvientes dormían siesta, salían a pasear a todas horas,

bebían demasiado ron y pasaban el día con una radio encendida donde atronaban los boleros, las cumbias y las rancheras. El infeliz Profesor, que en sus tiempos de salud no toleraba más que sus discos de música clásica, sufría lo indecible con la bullaranga y en vano se colgaba de la campanilla para llamar a sus empleados, nadie acudía. Mi Madrina sólo subía a su pieza cuando estaba dormido para rociarlo con agua bendita sustraída de la iglesia, porque le parecía una maldad muy grande dejarlo morir sin sacramentos, como un pordiosero.

La mañana en que una de las mucamas abrió la puerta al pastor protestante vestida sólo con sostén y calzón porque arreciaba el calor, sospeché que el relajo había alcanzado su cima y ya no había razón para mantenerme a prudente distancia del amo. Desde ese momento empecé a visitarlo con frecuencia, al principio atisbando desde el umbral y poco a poco invadiendo la habitación, hasta terminar jugando sobre su cama. Pasaba horas junto al anciano tratando de comunicarme con él, hasta que logré entender sus murmullos de hemipléjico extranjero. Cuando yo estaba a su lado, el Profesor parecía olvidar por algunos momentos la humillación de su agonía y los tormentos de la inmovilidad. Yo sacaba los libros de los anaqueles sagrados y los sostenía delante de él, para que pudiera leerlos. Algunos estaban escritos en latín, pero me los traducía, aparentemente encantado de tenerme como alumna y lamentando en voz alta no haberse dado cuenta antes de que yo vivía en su casa. Tal vez nunca había tocado a un niño y descubrió demasiado tarde que tenía vocación de abuelo. . .

—¿De dónde salió esta criatura? —preguntaba masticando el aire—. ¿Será mi hija, mi nieta o una alucinación de mi cerebro enfermo? Es morena, pero tiene los ojos parecidos a los míos. . . Ven aquí, chiquilla, para mirarte de cerca.

El no podía relacionarme con Consuelo, aunque recordaba bien a la mujer que lo sirvió durante más de veinte años y que en una ocasión se inflara como un zepelín, una fuerte indigestión. A menudo me hablaba de ella, seguro de que sus últimos momentos habrían sido diferentes si la hubiera tenido junto a su cama. Ella no lo habría traicionado, decía.

Yo le introducía motas de algodón en las orejas para que no enloqueciera con las canciones y novelas de la radio, lo lavaba y le ponía toallas dobladas bajo el cuerpo, para evitar que empapara de orines el colchón, le ventilaba la habitación y le daba en la boca una papilla de bebé. Ese viejito de barba de plata era mi muñeco. Un día le escuché decirle al pastor que yo era más importante para él que todos los logros científicos obtenidos hasta entonces. Le dije algunas mentiras: que tenía una familia numerosa esperándolo en su tierra, que era abuelo de varios nietos y que poseía un jardín lleno de flores. En la biblioteca había un puma embalsamado, uno de los primeros experimentos del sabio con el líquido prodigioso. Lo arrastré hasta su habitación, se lo eché a los pies de la cama y le anuncié que era su perro regalón, ¿acaso no se acordaba de él? La pobre bestia estaba triste.

—Anote en mi testamento, pastor. Deseo que esta niña sea mi heredera universal. Todo será de ella cuando yo muera —logró decir en su media lengua al religioso que lo visitaba casi todos los días, arruinándole el gusto de su propia muerte con amenazas de eternidad.

La Madrina me instaló un camastro junto a la cama del moribundo. Una mañana el enfermo amaneció más pálido y cansado que otras veces, no aceptó el café con leche que traté de darle, en cambio se dejó lavar, peinar la barba, mudar el camisón y rociar con

colonia. Estuvo hasta el mediodía recostado en sus almohadones, callado, con los ojos puestos en la ventana. Rechazó la papilla del almuerzo y cuando lo acomodé para la siesta, me pidió que me echara a su lado en silencio. Estábamos los dos durmiendo apaciblemente cuando se le apagó la vida.

El pastor llegó al atardecer y se hizo cargo de todas las disposiciones. Enviar el cuerpo a su país de origen resultaba poco práctico, sobre todo si no había nadie interesado en recibirlo, de modo que ignoró las instrucciones y lo hizo enterrar sin grandes ceremonias. Sólo los sirvientes asistimos a ese triste sepelio, porque el prestigio del Profesor Jones se había diluido, sobrepasado por los nuevos adelantos de la ciencia, y nadie se molestó en acompañarlo al camposanto, a pesar de que la noticia fue publicada en la prensa. Después de tantos años de encierro, pocos se acordaban de él y cuando algún estudiante de medicina lo nombraba era para burlarse de sus garrotazos para estimular la inteligencia, sus insectos para combatir el cáncer y su líquido para preservar cadáveres.

Al desaparecer el patrón, el mundo donde yo había vivido se desmoronó. El pastor realizó el inventario de los bienes y dispuso de ellos, partiendo de la base de que el sabio había perdido el juicio en los últimos tiempos y no estaba en capacidad de tomar decisiones. Todo fue a parar a su iglesia, menos el puma, del cual no quise despedirme, porque lo había cabalgado desde mi primera infancia y de tanto decirle al enfermo que se trataba de un perro terminé creyéndolo. Cuando los cargadores intentaron colocarlo en el camión de la mudanza, armé una pataleta aparatosa, y al verme echar espuma por la boca y lanzar alaridos, el presbítero prefirió ceder. Supongo que tampoco el animal era de alguna utilidad para alguien, de modo que pude guardarlo. Fue imposible vender la casa, porque

nadie quiso comprarla. Estaba señalada por el estigma de los experimentos del Profesor Jones y acabó abandonada. Todavía existe. Con el paso de los años se convirtió en una mansión de terror, donde los muchos prueban su hombría pasando allí la noche entre crujidos de puertas, carreras de ratones y sollozos de ánimas. Las momias del laboratorio fueron trasladadas a la Facultad de Medicina, donde estuvieron arrumbadas en un sótano durante un largo período, hasta que de súbito renació la avidez por descubrir la fórmula secreta del doctor y tres generaciones de estudiantes se dedicaron a arrancarles trozos y pasarlas por diversas máquinas, hasta reducir las a un picadillo indigno.

El pastor despidió a los empleados y cerró la casa. Así fue como salí del lugar donde había nacido, cargando al puma por las patas de atrás, mientras mi Madrina lo llevaba por las delanteras.

—Ya estás crecida y no puedo mantenerte. Ahora vas a trabajar, para ganarte la vida y hacerte fuerte, como debe ser —dijo la Madrina. Yo tenía siete años.

La Madrina esperó en la cocina, sentada sobre una silla de paja, la espalda recta, un bolso de plástico bordado de mostacillas en la falda, la mitad de los senos asomando por el escote de la blusa, los muslos rebasando el asiento. De pie a su lado, yo pasaba revista con el rabillo del ojo a los trastos de hierro, la nevera oxidada, los gatos echados bajo la mesa, el aparador con su rejilla donde se estrellaban las moscas. Había dejado la casa del Profesor Jones hacía dos días y aún no me sobreponía al desconcierto. En pocas horas me volví arisca. No quería hablar con nadie. Me sentaba en un rincón con la cara oculta entre los brazos y entonces, tal como ahora, aparecía mi madre, fiel a la promesa de permanecer viva mientras la recordara.

Entre las ollas de esa cocina ajena se afanaba una negra seca y ruda que nos observaba con desconfianza.

—¿Es hija suya la muchacha? — preguntó.

—¿Cómo va a ser mía, no le está viendo el color? —replicó mi Madrina.

—¿De quién es entonces?

—Es mi ahijada de bautizo. La traigo para trabajar.

Se abrió la puerta y entró la dueña de la casa, una mujer pequeña, con un complejo peinado de rodetes y rizos acartonados, vestida de luto riguroso y con un relicario grande y dorado como una medalla de embajador colgado al cuello.

—Acércate para mirarte —me ordenó, pero yo estaba clavada al piso, no pude moverme y la Madrina tuvo que empujarme hacia delante para que la patrona me examinara: el cuero cabelludo por si tenía piojos, las uñas en busca de las líneas transversales propias de los epilépticos, los dientes, las orejas, la piel, la firmeza de brazos y piernas—. ¿Tiene gusanos?

—No doña, está limpia por dentro y por fuera.

—Está flaca.

—Desde hace un tiempo le falla el apetito, pero no se preocupe, es animosa para el trabajo. Ella aprende fácil, tiene buen juicio.

—¿Es llorona?

—No lloró ni cuando enterramos a su madre, que en paz descansa.

—Se quedará a prueba por un mes —determinó la patrona y salió sin despedirse.

La Madrina me dio las últimas recomendaciones: no seas insolente, cuidado con romper algo, no tomes agua por la tarde porque vas a mojar la cama, pórtate bien y obedece.

Inició un movimiento para besarme, pero cambió de idea y me hizo una caricia torpe en la cabeza, dio media vuelta y se fue por la puerta de servicio pisando firme, pero yo me di cuenta que estaba triste. Siempre habíamos estado juntas, era la primera vez que nos separábamos. Me quedé en el mismo sitio con la vista fija en la pared. La cocinera acabó de freír unas rebanadas de plátano, me tomó por los hombros y me instaló en una silla, luego se sentó a mi lado y sonrió.

—Así que tú eres la nueva sirvienta... Bueno, pajarito, come —y me puso un plato por delante—. A mí me dicen Elvira, nací en el litoral, el día que fue domingo 29 de mayo, pero del año no me acuerdo. Lo que he hecho en mi vida es puro trabajar y por lo que veo ése también ha de ser tu camino. Tengo mis mañas y mis costumbres, pero nos vamos a llevar bien si no eres atrevida, porque yo siempre quise conocer nietos, pero Dios me hizo tan pobre que ni familia me dio.

Ese día comenzó una nueva vida para mí. La casa donde me emplearon estaba llena de muebles, cuadros, estatuillas, helechos con columnas de mármol, pero esos adornos no lograban ocultar el musgo que crecía en las cañerías, las paredes manchadas de humedad, el polvo de años acumulado bajo las camas y detrás de los armarios, todo me parecía sucio, muy diferente a la mansión del Profesor Jones, quien antes del ataque cerebral se arrastraba por el suelo para pasar el dedo por los rincones. Oía a melones podridos y a pesar de las persianas cerradas para atajar el sol, hacía un calor sofocante. Los propietarios eran una pareja de hermanos solterones, la doña del relicario y un gordo sexagenario, con una gran nariz pulposa, sembrada de huecos y tatuada con un arabesco de venas azules. Elvira me contó que la doña había pasado buena parte de su

vida en un notaría, escribiendo en silencio y juntando las ganas de gritar que sólo ahora, jubilada y en su casa, podía satisfacer. Todo el día daba órdenes con voz atiplada, apuntando con un índice perentorio, incansable en su afán de hostigamiento, enojada con el mundo y con ella misma. Su hermano se limitaba a leer el periódico y la gacetilla hípica, beber, dormir en una mecedora del corredor y pasearse en pijama, arrastrando las zapatillas por las baldosas y rascándose la entrepierna. Al anochecer despertaba de la modorra diurna, se vestía y salía a jugar dominó en los cafés, así cada tarde menos el domingo que iba al hipódromo a perder lo ganado en la semana. También vivían allí una mucama de huesos grandes y cerebro de canario, que trabajaba desde la madrugada hasta la noche y durante la siesta desaparecía en la pieza del solterón; la cocinera, los gatos y un papagayo taciturno y medio desplumado.

La patrona le ordenó a Elvira que me bañara con jabón desinfectante y quemara toda mi ropa. No me cortó al rape el cabello, como se hacía entonces con las niñas de servicio para evitar los piojos, porque su hermano se lo impidió. El hombre de la nariz de fresa hablaba con suavidad, sonreía con frecuencia y a mí me resultaba simpático aun cuando estaba borracho. Se compadeció de mi angustia ante las tijeras y logró salvar la melena que mi madre tanto cepillaba. Es extraño, no puedo recordar su nombre. . . En esa casa yo usaba un delantal fabricado por la doña en su máquina de coser e iba descalza. Después del primer mes, a prueba, me explicaron que debía trabajar más, porque ahora ganaba un sueldo. Nunca lo vi, lo cobraba mi Madrina cada quince días. Al comienzo aguardaba sus visitas con impaciencia y apenas aparecía me colgaba de su vestido rogándole que me llevara con ella, pero después me

acostumbré, me arrimé a Elvira y me hice amiga de los gatos y del pájaro. Cuando la patrona me lavó la boca con bicarbonato para quitarme el hábito de mascullar entre dientes, dejé de hablar con mi madre en voz alta pero seguí haciéndolo en secreto. Había mucho que hacer, esa casa parecía una maldita carabela encallada, a pesar de la escoba y el cepillo, nunca se terminaba de limpiar esa floración imprecisa que avanzaba por los muros. La comida no era variada ni abundante, pero Elvira escondía las sobras de los amos y me las daba al desayuno, porque había escuchado por la radio que es bueno empezar la jornada con el estómago repleto, para que te aproveche en los sesos y algún día seas instruida, pajarito, me decía. A la solterona no se le escapaba detalle alguno, hoy lavarás los patios con creolina, acuérdate de planchar las servilletas y cuidado con quemarlas, tienes que limpiar los vidrios con papel de periódico y vinagre y cuando termines vienes para enseñarte a lustrar los zapatos del señor. Yo obedecía sin apuro, porque descubrí pronto que si haraganeaba con prudencia, podía pasar el día sin hacer casi nada. La doña del relicario comenzaba a impartir instrucciones desde que se levantaba en la madrugada, luciendo desde esa hora la ropa negra de sus lutos sobrepuestos, su relicario y su complejo peinado, pero se enredaba en sus propias órdenes y era fácil engañarla. El patrón se interesaba muy poco en los asuntos domésticos, vivía ocupado con las carreras de caballos, estudiando los antepasados de las bestias, calculando la ley de probabilidades y bebiendo para consolarse de sus fracasos en las apuestas. A veces su nariz se ponía como una berenjena y entonces me llamaba para que lo ayudara a meterse en la cama y escondiera las botellas vacías. Por su parte la mucama no tenía interés alguno en relacionarse con nadie, mucho menos conmigo. Sólo Elvira se ocupaba de mí, me obligaba a comer, me

enseñaba los oficios de la casa, me aliviaba de las tareas más pesadas. Pasábamos horas conversando y contándonos cuentos. En esa época comenzaron algunas de sus excentricidades, como el odio irracional contra los extranjeros de pelo rubio y las cucarachas, a las cuales combatía con todas las armas a su alcance, desde cal viva hasta escobazos. En cambio no dijo nada cuando descubrió que yo le ponía comida a los ratones y cuidaba las crías para que no las devoraran los gatos. Temía morir en la inopia y acabar con sus huesos en una fosa común y para evitar esa humillación póstuma adquirió un féretro a crédito, que mantenía en su pieza, usándolo como armario para guardar sus cachivaches. Era un cajón de madera ordinaria, oloroso a pegamento de carpintero, forrado en raso blanco con cintas celestes, provisto de una pequeña almohada. De vez en cuando yo obtenía el privilegio de acostarme dentro y cerrar la tapa, mientras Elvira fingía un llanto inconsolable y entre sollozos recitaba mis hipotéticas virtudes, ay, Dios Santísimo, por qué te llevaste de mi lado al pajarito, tan buena, tan limpia y ordenada, yo la quiero más que si fuera mi propia nieta, haz un milagro, devuélvemela Señor. El juego duraba hasta que la mucama perdía el control y comenzaba a aullar.

Los días transcurrían iguales para mí, excepto el jueves, cuya proximidad calculaba en el almanaque de la cocina. Toda la semana esperaba el momento de cruzar la reja del jardín y partir al mercado. Elvira me colocaba mis zapatillas de goma, me cambiaba el delantal, me peinaba con una cola en la nuca y me daba un centavo para comprar un piruli de azúcar casi invulnerable al diente humano, teñido de brillantes colores, que se podía lamer durante horas sin mermar su tamaño. Ese dulce me alcanzaba para seis o siete noches de intenso placer y para muchas chupadas vertiginosas entre dos pesadas faenas. La patrona marchaba delante apretando su cartera,

abran los ojos, no se distraigan, no se alejen de mi lado, esto está lleno de pillos, nos advertía. Avanzaba con paso decidido observando, palpando, regateando, estos precios son un escándalo, a la cárcel debieran ir a parar los especuladores. Yo caminaba detrás de la mucama, una bolsa en cada mano y mi pirulí en el bolsillo. Observaba a la gente tratando de adivinar sus vidas y secretos, sus virtudes y aventuras. Regresaba a la casa con los ojos ardientes y el corazón de fiesta, corría a la cocina y mientras ayudaba a Elvira a descargar, la aturdí con historias de zanahorias y pimientos encantados, que al caer en la sopa se transformaban en príncipes y princesas y salían dando saltos entre las cacerolas, con ramas de perejil enredadas en las coronas y chorreando caldo de sus ropajes reales.

— ¡Ssht... viene la doña! Agarra la escoba, pajarito.

Durante la siesta, cuando el silencio y la quietud se adueñaban de la casa, yo abandonaba mis tareas para ir al comedor, donde colgaba un gran cuadro de marco dorado, ventana abierta a un horizonte marino, olas, rocas, cielo brumoso y gaviotas. Me quedaba de pie, con las manos en la espalda y los ojos clavados en ese irresistible paisaje de agua, la cabeza perdida en viajes infinitos, en sirenas, delfines y mantarrayas que alguna vez surgieron de la fantasía de mi madre o de los libros del Profesor Jones. Entre tantos cuentos que ella me contó, yo prefería aquellos donde figuraba el mar, porque me incitaban a soñar con islas remotas, vastas ciudades sumergidas, caminos oceánicos para la navegación de los peces. Estoy segura de que tenemos un antepasado marinero, sugería mi madre cada vez que yo le pedía otra de esas historias y así nació por fin la leyenda del abuelo holandés. Ante ese cuadro, yo recuperaba la emoción de antaño, cuando me instalaba junto a ella para oírla hablar

o cuando la acompañaba en los trajines de la casa, siempre cerca para oler su aroma tenue de trapo, lejía y almidón.

—¡Qué haces aquí! —me zarandeaba la patrona si me descubría—. ¿No tienes nada que hacer? ¡Este cuadro no es para ti!

Deduje que las pinturas se gastan, el color se mete por los ojos de quien las mira y así van destiñendo hasta desaparecer.

—No, hija, cómo se te ocurre esa estupidez, no se gastan. Ven aquí, dame un beso en la nariz y te dejo ver el mar. Dame otro y te doy una moneda, pero no se lo digas a mi hermana, ella no entiende, ¿te da asco mi nariz? —Y el patrón se escondía conmigo detrás de los helechos para esa caricia clandestina.

Me habían asignado una hamaca que se colgaba en la cocina para pasar la noche, pero cuando todos se acostaban me escabullía hasta el cuarto de servicio y me deslizaba en el camastro que compartían la mucama y la cocinera, una hacia la cabecera y la otra hacia los pies. Me enrollaba junto a Elvira y le ofrecía un cuento a cambio de que me permitiera quedarme con ella.

—Está bien, cuéntame ése del hombre que perdió la cabeza por amor.

—Ese se me olvidó, pero se me ocurre otro de animales.

—Seguro tu madre tenía el vientre muy líquido para darte esa inventiva que tienes para contar historias, pajarito.

Me acuerdo muy bien, era un día lluvioso, había un olor raro, a melones podridos, orines de los gatos y un vaho caliente que venía de la calle, un olor que llenaba la casa, tan fuerte que se podía agarrar con los dedos. Yo estaba en el comedor viajando por mar. No escuché los pasos de mi patrona y al sentir su garra en el cuello, la sorpresa me devolvió de muy lejos en un instante, paralizándome en

la incertidumbre de no saber dónde me encontraba.

—¿Otra vez aquí? ¡ Anda a hacer tu trabajo! ¿ Para qué crees que te pago?

—Ya terminé, doñita...

La patrona tomó el jarrón del aparador y le dio vuelta desparramando al suelo el agua sucia y las flores ya marchitas.

—Limpia —me ordenó.

Desaparecieron el mar, las rocas envueltas en bruma, la roja trenza de mis nostalgias, los muebles del comedor y sólo vi aquellas flores sobre las baldosas, inflándose, moviéndose, cobrando vida, y esa mujer con su torre de rizos y el medallón al cuello. Un no monumental me creció por dentro, ahogándome, lo sentí brotar en un grito profundo y lo vi estrellarse contra el rostro empolvado de la patrona. No me dolió su bofetón en la mejilla, porque mucho antes la rabia me había ocupado por completo y ya llevaba el impulso de saltarle encima, lanzarla al suelo, arañarle la cara, agarrarla del cabello y tirar con todas mis fuerzas. Y entonces cedió el rodete, se desmoronaron los rizos, se desprendió el moño y toda esa masa de cabellos ásperos quedó en mis manos como un zorrillo agonizante. Aterrorizada, comprendí que le había arrancado el cuero cabelludo. Salí disparada, crucé la casa, atravesé el jardín sin saber dónde ponía los pies y me lancé a la calle. En pocos instantes la lluvia tibia del verano me empapó, y cuando me vi toda mojada me detuve. Me sacudí de las manos el peludo trofeo y lo dejé caer al borde de la acera, donde el agua de la alcantarilla lo arrastró navegando con la basura. Me quedé varios minutos observando ese naufragio de pelos que se iba tristemente sin rumbo, convencida de que había llegado al límite de mi destino, segura de que no tendría donde esconderme después del crimen cometido. Dejé atrás las calles del vecindario,

pasé el sitio del mercado de los jueves, abandoné la zona residencial de las casas cerradas a la hora de la siesta y seguí caminando. La lluvia se detuvo y el sol de las cuatro evaporó la humedad del asfalto, envolviendo todo en un velo pegajoso. Gente, tráfico, ruido, mucho ruido, construcciones donde rugían máquinas amarillas de proporciones gigantes, golpes de herramientas, frenazos de vehículos, cornetas, pregones de vendedores callejeros. Un vago olor de pantano y de fritangas emanaba de las cafeterías y me acordé que era la hora de la merienda, me dio hambre, pero no llevaba dinero y en la fuga había dejado atrás los restos del pirulí semanal. Calculé que llevaba varias horas dando vueltas. Todo me parecía asombroso. En esos años la ciudad no era el desastre irremediable que es ahora, pero ya estaba creciendo deforme, como un tumor maligno, agredida por una arquitectura demencial, mezcla de todos los estilos, palacetes de mármol italiano, ranchos tejanos, mansiones Tudor, rascacielos de acero, residencias en forma de buque, de mausoleo, de salón de té japonés, de cabaña alpina y de torta de novia con pastillaje de yeso. Me sentí aturdida.

Al atardecer llegué a una plaza orillada de ceibas, árboles solemnes que vigilan el lugar desde la Guerra de Independencia, coronada por una estatua ecuestre del Padre de la Patria en bronce, con la bandera en una mano y las riendas en la otra, humillado por tanta caca de paloma y tanto desencanto histórico. En una esquina vi a un campesino vestido de blanco, con sombrero de paja y alpargatas, rodeado de curiosos. Me acerqué a verlo. Hablaba cantadito y por unas monedas cambiaba el tema y continuaba improvisando versos sin pausa ni vacilación, de acuerdo a los pedidos de cada cliente. Traté de imitarlo en voz baja y descubrí que haciendo rimas es más fácil recordar las historias, porque el cuento

baila con su propia música. Me quedé escuchando hasta que el hombre recogió las propinas y se fue. Por un rato me entretuve buscando palabras que sonaran parecidas, era una buena forma de recordar las ideas, así podría repetirle los cuentos a Elvira. Al pensar en ella me vino a la mente el olor de cebolla frita y entonces me di cuenta de mi situación y sentí una cosa fría en la espalda. Volví a ver el moño de mi patrona flotando en la acequia como un cadáver de rabipelado y las profecías que más de una vez me hiciera la Madrina me martillaron los oídos: mala, niña mala, acabarás en la cárcel, así se empieza, desobedeciendo y faltando el respeto y después terminas tras las rejas, te lo digo yo, ése será tu fin. Me senté al borde de la pileta a mirar los peces de colores y los nenúfares agobiados por el clima.

—¿Qué te pasa? —Era un muchacho de ojos oscuros, vestido con un pantalón de dril y una camisa muy grande para él.

—Me van a meter presa.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve, más o menos.

—Entonces no tienes derecho a ir a la cárcel. Eres menor de edad.

—Le arranqué el pellejo de la cabeza a mi patrona.

—¿Cómo?

—De un tirón.

Se instaló a mi lado observándome de reojo y escarbándose la mugre de las uñas con un cortapluma.

—Me llamo Huberto Naranjo, ¿y tú?

—Eva Luna. ¿Quieres ser mi amigo?

—Yo no ando con mujeres. —Pero se quedó y hasta tarde estuvimos mostrándonos cicatrices, intercambiando confidencias,

conociéndonos, iniciando así la larga relación que nos conduciría después por los caminos de la amistad y el amor.

Desde que pudo tenerse en sus dos pies, Huberto Naranjo vivió en la calle, primero lustrando zapatos y repartiendo periódicos y después manteniéndose con insignificantes transacciones y raterías. Poseía una habilidad natural para engatusar a los incautos y tuve ocasión de apreciar su talento en la pileta de la plaza. Atraía a los transeúntes a gritos hasta juntar una pequeña multitud de funcionarios públicos, jubilados, poetas y algunos guardias apostados allí para impedir que alguien cometiera la irreverencia de pasar sin chaqueta delante de la estatua ecuestre. La apuesta consistía en agarrar un pez de la fuente, introduciendo medio cuerpo al agua, manoteando entre las raíces de las plantas acuáticas y alcanzando a ciegas el fondo resbaloso. Huberto le había cortado la cola a uno y el pobre bicho sólo podía nadar en círculos como un trompo o permanecer inmóvil bajo un nenúfar, donde él lo cogía de un zarpazo. Mientras Huberto enarbolaba triunfante su pescado, los demás pagaban las pérdidas con las mangas y la dignidad empapadas. Otra forma de ganar unas monedas consistía en adivinar cuál era la tapita marcada entre tres que él movía a toda velocidad sobre un trozo de tela desplegado en el suelo. Podía quitarle el reloj a un transeúnte en menos de dos segundos y hacerlo desaparecer en el aire en igual tiempo. Unos años más tarde, vestido como un cruce de vaquero y charro mexicano, vendería desde atornilladores robados hasta camisas dadas de baja en los remates de las fábricas. A los dieciséis años sería jefe de una pandilla, temido y respetado, controlaría varios carritos de maní tostado, salchichas y jugo de caña, sería el héroe del barrio de las putas y la pesadilla de la Guardia, hasta que otros afanes lo llevarían a la montaña. Pero eso fue mucho después. Cuando lo

encontré por primera vez todavía era un niño, pero si yo lo hubiera observado con más atención, tal vez habría vislumbrado al hombre que llegaría a ser, porque ya entonces tenía los puños decididos y el corazón ardiente. Hay que ser bien macho, decía Naranjo. Era su muletilla, basada en unos atributos masculinos que en nada diferían de los de otros muchachos, pero que él ponía a prueba midiéndose el pene con un metro de costurera o demostrando la presión del chorro de orina, como supe mucho más tarde, cuando él mismo se burlaba de esos métodos. Para entonces alguien le había informado que el tamaño de aquello no es prueba irrefutable de virilidad. De todos modos, sus ideas sobre la hombría estaban arraigadas desde la infancia y todo lo que experimentó después, todas las batallas y las pasiones, todos los encuentros y los debates, todas las rebeliones y las derrotas, no bastaron para hacerlo cambiar de opinión.

Al anoecer salimos en busca de comida por los restaurantes del barrio. Sentados en un callejón estrecho frente a la puerta trasera de una cocinería, compartimos una pizza humeante que Huberto le cambió al mozo por una tarjeta postal donde sonreía una rubia de senos saltones. Después recorrimos un laberinto de patios, cruzando cercos y violando propiedades ajenas, hasta llegar a un estacionamiento de coches. Nos deslizamos por una claraboya de ventilación para evitar al gordo que vigilaba la entrada y nos escabullimos hacia el último sótano. En un rincón oscuro entre dos columnas, Huberto había improvisado un nido de papel de periódicos para acomodarse cuando no conseguía un lugar más acogedor. Allí instalados nos dispusimos a pasar la noche echados lado a lado en la penumbra, envueltos en el olor del aceite de motor y el monóxido de carbono que impregnaba el ambiente con un tufo de transatlántico.

Me acurruqué entre los papeles y le ofrecí un cuento en pago de tantas y tan finas atenciones.

—Está bien —aceptó él, algo desconcertado porque creo que no había oído en su vida algo que semejara remotamente a un cuento.

—¿De qué lo quieres?

—De bandidos —dijo, por decir algo.

Invoqué algunos episodios de las novelas de la radio, letras de rancheras y otros ingredientes de mi invención y me largué de inmediato con la historia de una doncella enamorada de un bandolero, un verdadero chacal que resolvía a balazos hasta los menores contratiempos, sembrando la región de viudas y huérfanos. La joven no perdía la esperanza de redimirlo con la fuerza de su pasión y la dulzura de su carácter y así, mientras él andaba practicando sus fechorías, ella recogía a los mismos huérfanos producidos por las insaciables pistolas del malvado. Su aparición en la casa era como un viento del infierno, entraba pateando puertas y lanzando tiros al aire; de rodillas ella le suplicaba que se arrepintiera de sus crueldades, pero él se burlaba con unas tremendas risotadas que estremecían las paredes y helaban la sangre. ¿Qué hay, guapa?, preguntaba a gritos mientras las criaturas aterrorizadas se escondían en el armario. ¿Cómo están los chiquillos?, y abría la puerta del mueble para sacarlos de las orejas y tomarles las medidas. ¡Ajá!, los veo muy crecidos, pero no te preocupes, que en un santiamén voy al pueblo y te hago otros huerfanitos para tu colección. Y así transcurrieron los años y siguieron aumentando las bocas que alimentar, hasta que un día la novia, cansada de tanto abuso, comprendió la inutilidad de seguir esperando la redención del bandido y se sacudió la bondad. Se hizo la permanente, se compró un vestido rojo y convirtió su casa en un lugar de fiesta y diversión, donde se

podían tomar los más sabrosos helados y la mejor leche malteada, jugar toda clase de juegos, bailar y cantar. Los niños se divertían mucho atendiendo a la clientela, se acabaron las penurias y miserias y la mujer estaba tan contenta, que olvidó los desaires de antaño. Las cosas iban muy bien; pero las habladurías llegaron a oídos del chacal y una noche apareció como de costumbre, golpeando las puertas, disparando al techo y preguntando por los niños. Se llevó una sorpresa. Nadie se echó a temblar en su presencia, nadie salió corriendo en dirección al armario, la joven no se precipitó a sus pies para implorar compasión. Todos continuaron alegremente en sus ocupaciones, unos sirviendo helados, otros tocando la batería y los tambores y ella bailando mambo sobre una mesa con un esplendoroso sombrero decorado con frutas tropicales. Entonces el bandido, furioso y humillado, se fue con sus pistolas a buscar otra novia que le tuviera miedo y colorín colorado, este cuento se ha terminado.

Huberto Naranjo me escuchó hasta el final.

—Esa es una historia idiota. . . Está bien, quiero ser tu amigo —dijo.

Vagamos por la ciudad durante un par de días. Me enseñó las ventajas de la calle y algunos trucos para sobrevivir: escapa de la autoridad, porque si te agarran estás jodida, para robar en los autobuses colócate atrás y aprovecha cuando abran la puerta para meter la mano y saltar afuera, la mejor comida se consigue a media mañana entre los desperdicios del Mercado Central y a media tarde en los botaderos de los hoteles y restaurantes. Siguiéndolo en sus correrías, experimenté por primera vez la borrachera de la libertad, esa mezcla de ansiosa exaltación y vértigo de muerte que a partir de entonces me ronda en sueños con tal nitidez que es como vivirla despierta. Pero a la tercera noche durmiendo a la intemperie,

cansada y sucia, tuve un arrebato de nostalgia. Pensé primero en Elvira, lamentando no poder regresar al lugar del crimen, y después en mi madre y quise recuperar su trenza y ver de nuevo al puma embalsamado. Entonces le pedí a Huberto Naranjo que me ayudara a encontrar a la Madrina.

—¿Para qué? —¿No estamos bien así? Eres una tonta.

No atiné a explicarle mis razones, pero insistí mucho y por fin él se resignó a colaborar, después de advertirme que me arrepentiría todos los días de mi vida. Conocía bien la ciudad, se movilizaba colgado de las pisaderas o los parachoques de los buses y por mis vagas indicaciones y mediante su habilidad para ubicarse, llegó a la ladera de una colina donde se amontonaban ranchos levantados con materiales de desecho, cartones, planchas de cinc, ladrillos, neumáticos usados. Era igual en apariencia a otros barrios, pero lo reconocí de inmediato por el basural extendido a lo largo y ancho de los barrancos del cerro. Allí vaciaban su carga de inmundicias los camiones municipales y vistos desde arriba, brillaban con la fosforescencia verdiazul de las moscas.

—¡Esa es la casa de mi Madrina! —chillé al vislumbrar de lejos las tablas pintadas de añil, donde sólo había estado un par de veces, pero recordaba bien porque era lo más parecido que tenía a un hogar.

El rancho estaba cerrado y una vecina gritó desde el otro lado de la calle que esperáramos, porque la Madrina andaba de compras en el abasto y regresaba pronto. Había llegado el instante de despedirnos y Huberto Naranjo, con las mejillas rojas, extendió la mano para estrechar la mía. Le eché los brazos al cuello, pero él me dio un empujón y casi me tira de espaldas. Yo lo sujeté con todas mis fuerzas por la camisa y le planté un beso que iba destinado a la boca, pero le cayó en medio de la nariz. Huberto echó a trotar cerro abajo,

sin mirar hacia atrás, mientras yo me sentaba en la puerta a cantar.

La Madrina no demoró mucho en volver. La vi subir el cerro por la calle torcida, con un paquete en los brazos, sudando por el esfuerzo, grande y gorda, ataviada con una bata color limón. La llamé a gritos y corrí a su encuentro, pero no me dio tiempo de explicar lo ocurrido, ya lo sabía por la patrona, que le había informado mi desaparición y el imperdonable agravio recibido. Me levantó en vilo y me introdujo en el rancho. El contraste entre el mediodía afuera y la oscuridad del interior me dejó ciega y no alcancé a acomodar la visión, porque de un cachetazo volé por el aire y aterricé en el suelo. La Madrina me golpeó hasta que vinieron los vecinos. Después me curaron con sal.

Cuatro días más tarde fui conducida de regreso a mi empleo. El hombre de la nariz de fresa me dio una palmadita cariñosa en la mejilla y aprovechó un descuido de los demás para decirme que estaba contento de verme, me había echado de menos, dijo. La doña del relicario me recibió sentada en una silla de la sala, severa como un juez, pero me pareció que se había reducido a la mitad, parecía una vieja muñeca de trapo vestida de luto. No tenía la cabeza calva envuelta en vendajes enrojecidos, como yo esperaba, lucía la torre de crespos y duros rodetes, de otro color, pero intacta. Maravillada, procuré encontrar una explicación para ese formidable milagro, sin prestar atención a la perorata de la patrona ni a los pellizcos de la Madrina. Lo único comprensible de la reprimenda fue que a partir de ese día trabajaría el doble, así no tendría tiempo para perder en contemplaciones artísticas, y la reja del jardín permanecía con llave para impedirme otra fuga.

—Yo le domaré el carácter —aseguró la patrona.

—A golpes cualquiera entiende —agregó mi Madrina.

—Mira al suelo cuando te dirijo la palabra, mocosa. Tienes los ojos endemoniados y yo no te voy a permitir insolencias, ¿me has comprendido? —me advirtió la doña.

La miré fijamente sin parpadear, luego di media vuelta con la cabeza muy alta y me fui a la cocina, donde Elvira me esperaba espiando la conversación a través de la puerta.

—Ay, pajarito... Ven aquí para ponerte compresas en los magullones. ¿No te habrán roto un hueso?

La solterona no volvió a maltratarme y como nunca mencionó el cabello perdido, acabé considerando ese asunto como una pesadilla que se filtró en la casa por alguna rendija. Tampoco me prohibió mirar el cuadro, porque seguramente adivinó que, de ser necesario, yo le habría hecho frente a mordiscos. Para mí esa marina con sus olas espumantes y sus gaviotas inmóviles llegó a ser fundamental, representaba el premio a los esfuerzos del día, la puerta hacia la libertad. A la hora de la siesta, cuando los demás se echaban a descansar, yo repetía la misma ceremonia sin pedir permiso ni dar explicaciones, dispuesta a todo por defender ese privilegio. Me lavaba la cara y las manos, me pasaba el peine, estiraba mi delantal, me calzaba las zapatilla^s de salir y me iba al comedor. Colocaba una silla frente a la ventana de los cuentos, me sentaba con la espalda recta, las piernas juntas, las manos en la falda como en misa y partía de viaje. A veces notaba que la patrona me observaba desde el umbral de la puerta, pero nunca me dijo nada, me había cogido miedo.

—Así está bien, pajarito —me animaba Elvira—. Hay que dar bastante guerra. Con los perros rabiosos nadie se atreve en cambio a los mansos los patean. Hay que pelear siempre.

Fue el mejor consejo que he recibido en mi vida. Elvira asaba limones en las brasas, los cortaba en cruz, los ponía a hervir y me

daba a beber esa mixtura, para hacerme más valiente.

Varios años trabajé en la casa de los solterones y en ese tiempo muchas cosas cambiaron en el país. Elvira me hablaba de eso. Después de un breve período de libertades republicanas, teníamos otra vez un dictador. Se trataba de un militar de aspecto tan inocuo, que nadie imaginó el alcance de su codicia; pero el hombre más poderoso del régimen no era el General, sino el Hombre de la Gardenia, jefe de la Policía Política, un tipo de modales afectados, peinado a la gomina, vestido con impecables trajes de lino blanco y capullos en el ojal, perfumado a la francesa y con las uñas barnizadas. Nadie pudo acusarlo nunca de una vulgaridad. No era un marica, como dijeron sus numerosos enemigos. Dirigía en persona las torturas, sin perder su elegancia y su cortesía. En esa época refaccionaron el Penal de Santa María, un recinto siniestro en una isla en medio de un río infestado de caimanes y pirañas, en los límites de la selva, donde los presos políticos y los delincuentes, tratados como iguales en la hora de la desgracia, perecían por hambre, golpizas o enfermedades tropicales. Elvira mencionaba a menudo estos asuntos, de los cuales se enteraba por rumores en sus días de salida, puesto que nada de eso se escuchaba en la radio o salía publicado en la prensa. Me encariñé mucho con ella, abuela, abuela, la llamaba, nunca nos vamos a separar, pajarito, prometía ella, pero yo no estaba tan segura, ya entonces presentía que mi vida sería una larga serie de despedidas. Como yo, Elvira había comenzado a trabajar cuando niña y a lo largo de tantos años el cansancio se le había introducido en los huesos y le afectaba el alma. El esfuerzo acumulado y la pobreza perpetua le quitaron el impulso para seguir adelante y empezó a dialogar con la muerte. Dormía por las noches

en su ataúd, en parte para acostumbrarse de a poco y perderle el miedo, y en parte para irritar a la patrona, quien nunca pudo tolerar con naturalidad ese féretro en su casa. La mucama no fue capaz de soportar la visión de mi abuela dentro de su lecho mortuario en el cuarto que compartían y se fue sin avisar ni aun al patrón, quien se quedó esperándola a la hora de la siesta. Antes de partir marcó todas las puertas de la casa con cruces de tiza blanca, cuyo significado nadie logró descifrar y por lo mismo no nos atrevimos a borrarlas. Elvira se portó conmigo como una verdadera abuela. Con ella aprendí a canjear palabras por otros bienes y he tenido mucha suerte, porque siempre encontré alguien dispuesto a esa transacción.

Durante esos años yo no cambié mucho, seguí siendo más bien flaca y chica, con los ojos bien abiertos para fastidiar a la patrona. Mi cuerpo se desarrollaba con lentitud, pero por dentro algo corría desbocado, como un río invisible. Mientras yo me sentía mujer, el vidrio de la ventana reflejaba la imagen borrosa de una chiquilla. Crecí poco, pero lo suficiente para que el patrón se ocupara más de mí. Debo enseñarte a leer, hija, me decía, pero nunca tuvo tiempo de hacerlo. Ya no sólo me pedía besos en la nariz, también me daba unos centavos por acompañarlo cuando se bañaba y pasarle una esponja por todo el cuerpo. Después se echaba sobre la cama y yo lo secaba, lo empolvaba y le ponía la ropa interior, como a un recién nacido. A veces él permanecía horas remojándose en la bañera y jugando conmigo a las batallas navales, en otras ocasiones pasaba días sin prestarme ninguna atención, ocupado en sus apuestas o aturdido, con la nariz color berenjena. Elvira me había advertido con incuestionable claridad que los hombres tienen entre las piernas un monstruo tan feo como una raíz de yuca, por donde salen los niños en miniatura, se meten en la barriga de las mujeres y allí se desarrollan.

No debía tocar esas partes por ningún motivo, porque el animal dormido levantaría su horrible cabeza, me saltaría encima y el resultado sería una catástrofe; pero yo no la creía, eso sonaba como otra de sus estafalarias divagaciones. El patrón sólo tenía una lombriz gorda y lamentable, siempre mustia, de la cual jamás salió nada parecido a un bebé, al menos en mi presencia. Era similar a su pulposa nariz y descubrí entonces —y comprobé más tarde en la vida— la relación estrecha entre el pene y la nariz. Me basta observar la cara de un hombre para saber cómo se verá desnudo. Narices largas o cortas, finas o gruesas, altivas o humildes, narices ávidas, husmeadoras, atrevidas o narices indiferentes que sólo sirven para soplar, narices de todas clases. Con la edad casi todas se engruesan, se ponen flácidas, bulbosas y pierden la soberbia de penes bien plantados.

Cuando me asomaba al balcón, calculaba que habría sido mejor quedarme al otro lado. La calle era más atractiva que esa casa donde la existencia transcurría tediosa, repitiendo rutinas siempre al mismo paso lento, los días pegados unos con otros, todos del mismo color, como el tiempo de los hospitales. Por las noches miraba el cielo e imaginaba que lograba hacerme de humo para deslizarme entre los barrotes de la reja cerrada. Jugaba a que un rayo de luna me daba en la espalda y me brotaban alas de pájaro, dos grandes alas emplumadas para emprender vuelo. A veces me concentraba tanto en esa idea, que lograba volar sobre los techos de la ciudad; no pienses tonterías, pajarito, sólo las brujas y los aviones vuelan de noche. No volví a saber de Huberto Naranjo hasta mucho después, pero pensaba a menudo en él, poniendo su rostro moreno a todos los príncipes encantados. Intuí el amor temprano y lo incorporé a los cuentos, se me aparecía en sueños, me rondaba. Atisbaba las fotos de la crónica

policial, tratando de adivinar los dramas de pasión y muerte que encerraban las páginas de los periódicos, estaba siempre pendiente de las conversaciones de los adultos, escuchaba detrás de las puertas cuando la patrona hablaba por teléfono y atosigaba a Elvira con preguntas, déjame en paz, pajarito. La radio era mi fuente de inspiración. En la cocina había una encendida desde la mañana hasta la noche, único contacto con el mundo exterior, que proclamaba las virtudes de esa tierra bendita por Dios con toda clase de tesoros, desde su posición en el centro del globo y la sabiduría de sus gobernantes, hasta el pantano de petróleo sobre el cual flotábamos. Con esa radio aprendí a cantar boleros y otras canciones populares, a recitar los avisos publicitarios y *this pencil is red, is this pencil blue? no that pencil is not blue, that pencil is red* siguiendo un curso de inglés para principiantes, media hora al día, conocía los horarios de cada programa, imitaba las voces de los locutores. Seguía todos los folletines, sufría lo indecible con esos seres vapuleados por el destino y siempre me sorprendía que al final a la protagonista se le acomodaran tan bien las cosas, porque durante sesenta capítulos se había conducido como una cretina.

—Digo yo que Montedónico la va a reconocer como hija. Si le da su apellido, ella se puede casar con Rogelio de Salvatierra — suspiraba Elvira con la oreja pegada a la radio.

—Ella tiene la medalla de su madre. Eso es una prueba. ¿Por qué no le dice a todo el mundo que es hija de Montedónico y ya está?

—No puede hacerle eso al autor de sus días, pajarito.

—¡Cómo que no, si él la tuvo dieciocho años encerrada en un orfelinato!

—Es que él es perverso, sádico que le llaman. . .

—Mira, abuela, si ella no cambia, estará siempre fregada.

—No te preocupes, todo va a terminar bien. ¿No ves que ella es buena?

Elvira tenía razón. Siempre triunfaban los pacientes y los malvados recibían su castigo. Montedónico caía fulminado por una enfermedad mortal, suplicaba perdón desde su lecho de agonía, ella lo cuidaba hasta su muerte y después de heredarlo se unía en matrimonio con Rogelio de Salvatierra, dándome de paso mucho material para mis propias historias, aunque rara vez yo respetaba la norma básica del final feliz. Oye, pajarito, ¿por qué en tus cuentos nadie se casa? A menudo bastaban un par de sílabas para desencadenar un rosario de imágenes en mi cabeza. Una vez oí una palabra dulce y ajena y volé donde Elvira, abuela, ¿qué es la nieve? Por su explicación deduje que se trataba de merengue helado. A partir de ese momento me convertí en una heroína de cuentos polares, era una abominable mujer de las nieves peluda y feroz, luchando contra unos científicos que me daban caza para destinarme a experimentos de laboratorio. Averigüé cómo era en realidad la nieve el día que una sobrina del General celebró sus quince años y el evento fue tan proclamado por la radio, que a Elvira no le quedó otra alternativa que llevarme a ver el espectáculo de lejos. Mil invitados acudieron esa noche al mejor hotel de la ciudad, transformado para la ocasión en una réplica invernal del castillo de Cenicienta. Podaron los filodendros y los helechos tropicales, decapitaron las palmeras y en su lugar colocaron pinos de Navidad traídos de Alaska, cubiertos con lana de vidrio y cristales de hielo artificial. Para deslizarse en patines instalaron una pista de plástico blanco imitando las regiones del Polo Norte. Escarcharon los vidrios de las ventanas con pintura y desparramaron tanta nieve sintética por todas partes, que una semana después todavía se metían los copos en el quirófano del

Hospital Militar, a quinientos metros de distancia. Como no pudieron congelar el agua de la piscina, porque fallaron las máquinas traídas del norte y en vez de hielo se obtuvo una especie de vómito gelatinoso, optaron por echar a navegar dos cisnes teñidos de rosa que arrastraban penosamente una cinta con el nombre de la quinceañera en letras doradas. Para dar más brillo a la fiesta fueron acarreados en avión dos miembros de la nobleza europea y una estrella de cine. A las doce de la noche bajaron a la festejada desde el techo del salón, sentada en un columpio en forma de trineo, cubierta de martas cibelinas, oscilando a cuatro metros de altura sobre las cabezas de los invitados, medio desmayada de calor y vértigo. Eso no lo vimos los curiosos apostados en los alrededores, pero apareció en todas las revistas y nadie se sorprendió ante el milagro de un hotel capitalino sumergido en el clima del Artico, cosas aún más pasmosas habían ocurrido en el territorio nacional. Nada me llamó la atención, sólo me interesaron unas enormes bateas repletas de nieve natural instaladas en la entrada de la fiesta para que la elegante concurrencia jugara a lanzar bolas y armar muñecos, como habían oído que hacen en los fríos de otras partes. Logré zafarme de Elvira, me escabullí entre los mesoneros y los guardias y me acerqué a tomar ese tesoro en mis manos. Al principio creí que me quemaba y grité de susto, pero luego no pude soltarla, fascinada con el color de la luz atrapado en esa materia helada y porosa. Un vigilante estuvo a punto de cogerme, pero me agaché y corrí entre sus piernas llevándome la nieve apretada contra el pecho. Cuando desapareció entre mis dedos como un hilo de agua, me sentí burlada. Días después Elvira me regaló media esfera transparente, dentro de la cual había una cabaña y un pino, que al agitarse echaba a volar copos blancos. Para que tengas tu propio invierno, pajarito, me dijo.

Yo no estaba en edad de interesarme por la política, pero Elvira me llenaba la mente de ideas subversivas para llevar la contra a los patrones.

—Corrompido está todo en este país, pajarito. Mucho gringo de pelo amarillo, digo yo, cualquier día nos llevan la tierra para otra parte y nos encontramos sentados en el mar, eso digo.

La doña del relicario opinaba exactamente lo contrario.

—Mala suerte la nuestra, que nos descubrió Cristóbal Colón en vez de un inglés; hay que traer gente animosa de buena raza, que se abra camino en la selva, siembre el llano, levante industrias. ¿No se formaron así los Estados Unidos? ¡Y vean dónde ha llegado ese país!

Estaba de acuerdo con el General, quien abrió las fronteras a cuantos quisieron venir de Europa escapando de las miserias de la posguerra. Los inmigrantes llegaron por centenares con sus mujeres, hijos, abuelos y primos lejanos, con sus lenguas diversas, comidas típicas, leyendas y fiestas de guardar, con su cargamento de nostalgias. Todo se lo tragó de un bocado nuestra exuberante geografía. También se permitió la entrada a unos pocos asiáticos, que una vez dentro se multiplicaron con asombrosa rapidez. Veinte años más tarde alguien notó que en cada esquina de la ciudad había un restaurante con demonios coléricos, lámparas de papel y techo de pagoda. Por esa época la prensa informó de un mozo chino que abandonó la atención de los clientes en el comedor, subió a la oficina y le amputó la cabeza y las manos a su patrón con los cuchillos de la cocina, porque éste no guardó el debido respeto a una norma religiosa y colgó la imagen de un dragón junto a la de un tigre. Durante la investigación del caso se descubrió que todos los protagonistas de la tragedia eran inmigrantes ilegales. Cada pasaporte era usado un centenar de veces, porque si los funcionarios apenas podían adivinar

el sexo de los orientales, mucho menos podían distinguir uno de otro en la fotografía del documento. Los extranjeros llegaron con ánimo de hacer fortuna y regresar a su lugar de origen, pero se quedaron. Sus descendientes olvidaron la lengua materna y los conquistó el aroma del café, el ánimo alegre y el encanto de un pueblo que aún no conocía la envidia. Muy pocos partieron a cultivar las haciendas regaladas por el Gobierno, porque faltaban caminos, escuelas, hospitales y sobraban pestes, mosquitos y bichos venenosos. Tierra adentro era el reino de los bandoleros, los contrabandistas y los soldados. Los inmigrantes se quedaron en las ciudades trabajando con ahínco y ahorrando cada centavo, ante la burla de los nacionales, que consideran el derroche y la generosidad como las mejores virtudes de cualquier persona decente.

—Yo no creo en maquinitas. Eso de copiar cosas de gringos es malo para el alma —sostenía Elvira escandalizada con el derroche de los nuevos ricos, que pretendían vivir como en las películas.

Los solterones no tenían acceso al dinero fácil porque vivían de sus respectivas pensiones de jubilados, de modo que el despilfarro no entraba en la casa, pero podían apreciar cómo se extendía a su alrededor. Cada ciudadano quiso ser dueño de un automóvil de magnate hasta que fue casi imposible circular por las calles atoradas de vehículos. Cambiaron petróleo por teléfonos en forma de cañones, de conchas marinas, de odaliscas; importaron tanto plástico que las carreteras acabaron orilladas de una basura indestructible; por avión llegaban diariamente los huevos para el desayuno de la nación, produciéndose inmensas tortillas sobre el asfalto ardiente del aeropuerto, cada vez que al descargar se volteaban las cajas.

—El General tiene razón, aquí nadie se muere de hambre, estiras la mano y agarras un mango, por eso no hay progreso. Los

países fríos son más civilizados porque el clima obliga a la gente a trabajar —decía el patrón echado a la sombra, abanicándose con el periódico y rascándose la barriga, y le escribió una carta al Ministerio de Fomento sugiriendo la posibilidad de traer un témpano polar a remolque, para machacarlo y lanzarlo desde el aire, a ver si cambiaba el clima y mejoraba la pereza ajena.

Mientras los dueños del poder robaban sin escrúpulos, los ladrones de profesión o de necesidad apenas se atrevían a ejercer su oficio, porque el ojo de la policía estaba en todas partes. Así se propagó la idea de que sólo una dictadura podía mantener el orden. La gente común, para quien no alcanzaban los teléfonos de fantasía, los calzones de plástico desechables o los huevos importados, siguió viviendo como siempre. Los dirigentes políticos estaban en el exilio, pero Elvira me decía que en silencio y a la sombra se gestaba en el pueblo la rabia necesaria para oponerse al régimen. Por su parte los patronos eran partidarios incondicionales del General y cuando la Guardia pasaba por las casas vendiendo su fotografía, ellos mostraban con orgullo la que ya colgaba en un sitio de honor del salón. Elvira cultivaba un odio absoluto por ese militar rechoncho y remoto con el cual jamás había tenido ni el menor contacto, maldiciéndolo y lanzándole mal de ojo cada vez que sacudía el retrato con el trapo de limpiar.

Cuatro

El día que el cartero encontró el cuerpo de Lukas Carlé, el bosque estaba recién lavado, húmedo y brillante, del suelo se desprendía una emanación intensa de hojas podridas y una pálida

bruma de otro planeta. Desde hacía cuarenta años el hombre recorría en su bicicleta cada mañana el mismo sendero. Pedaleando por allí se había ganado el pan y había sobrevivido incólume a dos guerras, la ocupación, el hambre y muchos otros infortunios. Gracias a su oficio conocía a todos los habitantes de la zona por su nombre y apellido, tal como podía identificar cada árbol del bosque por su especie y su edad. A primera vista, esa mañana en nada se diferenciaba de otras, los mismos robles, hayas, castaños y abedules, el mismo musgo tierno y los hongos al pie de los troncos mayores, la misma brisa fragante y fría, las mismas sombras y parches de luz. Era un día igual a todos y tal vez una persona con menos conocimiento de la naturaleza no habría notado las advertencias, pero el cartero iba en ascuas, con un cosquilleo en la piel, porque percibía signos que ningún otro ojo humano podría registrar. Imaginaba el bosque como una enorme bestia verde por cuyas venas corría una sangre mansa, un animal de ánimo tranquilo que ese día estaba inquieto. Descendió de su vehículo y husmeó la madrugada buscando las razones de su ansiedad. Era tan absoluto el silencio, que temió haberse quedado sordo. Soltó la bicicleta en el suelo y dio un par de pasos fuera del camino para revisar los alrededores. No tuvo que buscarlo más, allí estaba esperándolo, colgado de una rama a media altura, atado por el cuello con una gruesa cuerda. No necesitó mirar el rostro del ahorcado para saber de quién se trataba. Conocía a Lukas Carlé desde que llegó al pueblo tiempo atrás, venido nadie sabía de dónde, de algún lugar de Francia tal vez, con sus baúles de libros, su mapamundi y un diploma, para casarse con la muchacha más bonita y agotarle la belleza en pocos meses. Lo reconoció por sus botines y su guardapolvo de maestro y tuvo la impresión de haber visto antes esa escena, como si hubiera aguardado durante años un desenlace así

para ese hombre. No sintió pánico al principio, sólo un impulso irónico, deseos de decirle yo te lo advertí, bribón. Tardó algunos segundos en medir el tamaño de lo ocurrido y en ese instante crujió el árbol, el bulto dio un giro y los ojos sin esperanza del ahorcado se prendieron de los suyos. No pudo moverse. Estuvieron allí, mirándose los dos, el cartero y el padre de Rolf Carlé, hasta que ya no tuvieron más que decirse. Entonces el viejo reaccionó. Retrocedió a buscar su bicicleta, se inclinó a recogerla y al hacerlo sintió una puntada en el pecho, larga y ardiente como una pena de amor. Se montó a horcajadas en el vehículo y se alejó tan de prisa como pudo, doblado sobre el manubrio, con un gemido atravesado en la garganta.

Llegó a la aldea pedaleando con tanta desesperación, que su antiguo corazón de funcionario público casi estalla. Alcanzó a dar la voz de alarma antes de desplomarse delante de la panadería con un zumbido de avispero en el cerebro y un resplandor de espanto en las pupilas. Allí lo recogieron los panaderos y lo tendieron sobre la mesa de hacer pasteles, donde quedó acezando empolvado de harina, apuntando hacia el bosque con un índice y repitiendo que por fin Lukas Carlé estaba en un patíbulo, tal como debió estarlo mucho antes, bribón, maldito bribón. Así se enteró el pueblo. La noticia se metió en las casas sobresaltando a los habitantes, quienes no habían sufrido tal conmoción desde el final de la guerra. Salieron todos a la calle a comentar el suceso, menos un grupo de cinco alumnos del último año del colegio, quienes hundieron las cabezas bajo sus almohadas fingiendo un sueño profundo.

Poco después la policía sacó de la cama al médico y al juez y partieron seguidos por varios vecinos en la dirección señalada por el dedo tembloroso del empleado del correo. Encontraron a Lukas Carlé

meciéndose como un espantapájaros muy cerca del camino y entonces cayeron en cuenta de que nadie lo había visto desde el viernes. Se necesitaron cuatro hombres para descolgarlo, porque el frío del bosque y la pesadumbre de la muerte lo habían vuelto monolítico. Al médico le bastó una mirada para saber que antes de morir por asfixia, había recibido un tremendo golpe en la nuca y a la policía le bastó otra mirada para deducir que los únicos que podían dar una explicación eran sus propios alumnos, con quienes salió al paseo anual del colegio.

—Traigan a los muchachos —ordenó el comandante.

—¿Para qué? Este no es un espectáculo para niños —replicó el juez, cuyo nieto era alumno de la víctima.

Pero no pudieron ignorarlos. En la breve investigación realizada por la justicia local, más por sentido del deber que por deseos auténticos de conocer la verdad, los alumnos fueron llamados a declarar. Dijeron que nada sabían. Fueron al bosque, como todos los años en esa temporada, jugaron a la pelota, hicieron competencias de lucha libre, consumieron sus meriendas y luego se dispersaron con las cestas en todas direcciones para recolectar hongos silvestres. De acuerdo a las instrucciones recibidas, cuando comenzó a oscurecer se reunieron al borde del camino, a pesar de que el maestro no sonó su silbato para llamarlos. Lo buscaron sin resultado, después se sentaron a esperar y al caer la noche decidieron regresar al pueblo. No se les ocurrió informar a la policía porque supusieron que Lukas Carlé había vuelto a su casa o al colegio. Eso era todo. No tenían ni la menor idea de cómo acabó sus días colgado de la rama de aquel árbol.

Rolf Carlé, vestido con el uniforme del liceo, los zapatos recién lustrados y la gorra metida hasta las orejas, caminó con su madre a lo

largo del corredor de la Prefectura. El joven tenía ese aire desgarrado y urgente de muchos adolescentes, era delgado, pecoso, de mirada atenta y manos delicadas. Los condujeron a una sala desnuda y fría, con los muros cubiertos por azulejos, en cuyo centro reposaba el cadáver en una camilla, iluminado por una luz blanca. La madre sacó un pañuelo de la manga y limpió cuidadosamente sus lentes. Cuando el forense levantó las sábanas, ella se inclinó y durante un interminable minuto observó ese rostro deformado. Le hizo una seña a su hijo y él también se acercó a mirar, entonces ella bajó la vista y se tapó la cara con las manos para ocultar su alegría.

—Es mi marido —dijo por último.

—Es mi padre —añadió Rolf Carlé, tratando de mantener la voz serena.

—Lo siento mucho. Esto es muy desagradable para ustedes. . . —balbuceó el médico sin entender la causa de su propio bochorno. Volvió a cubrir el cuerpo y los tres se quedaron de pie, en silencio, mirando desconcertados, la silueta bajo la sábana—. No he realizado la autopsia todavía, pero parece que se trata de un suicidio, en verdad lo lamento.

—Bueno, supongo que eso es todo —dijo la madre.

Rolf la tomó del brazo y salió con ella sin prisa. El eco de sus pasos en el suelo de cemento quedaría asociado en su recuerdo a un sentimiento de alivio y de paz.

—No fue un suicidio. A tu padre lo mataron tus compañeros del liceo —afirmó la señora Carlé al llegar a la casa.

—¿Cómo lo sabe, mamá?

—Estoy segura y celebro que lo hicieran, porque si no lo habríamos tenido que hacer nosotros algún día.

—No hable así, por favor —murmuró Rolf espantado, porque

siempre había visto a su madre como una persona resignada y no imaginaba que en su corazón almacenara tanto rencor contra ese hombre. Creía que sólo él lo odiaba—. Ya todo pasó, olvidese de esto.

—Al contrario, hijo, debemos recordarlo siempre —sonrió ella con una nueva expresión.

Los habitantes de la aldea se empeñaron tanto en borrar la muerte del Profesor Carlé de la memoria colectiva, que si no fuera por los propios asesinos, casi lo consiguen. Pero los cinco muchachos habían reunido el coraje para ese crimen durante años y no estaban dispuestos a callarse, pues presentían que ésa sería la acción más importante de sus vidas. No deseaban que se esfumara en la bruma de las cosas no dichas. En el entierro del maestro cantaron himnos con sus trajes de domingo, depositaron una corona de flores en nombre del colegio y mantuvieron la vista en el suelo, para que nadie los sorprendiera intercambiando miradas de complicidad. Las primeras dos semanas se quedaron mudos, esperando que una mañana despertara el pueblo con la evidencia suficiente para mandarlos a la cárcel. El miedo se les metió en el cuerpo y no los abandonó por un tiempo, hasta que se decidieron ponerlo en palabras, para darle forma. La ocasión se les presentó después de un partido de fútbol, en el vestuario de la cancha deportiva donde se aglomeraron los jugadores, mojados de sudor, excitados, quitándose la ropa entre bromas y empujones. Sin ponerse de acuerdo se demoraron en las duchas hasta que todos los demás se fueron y entonces, todavía desnudos, se colocaron delante del espejo y se observaron mutuamente, comprobando que ninguno de ellos tenía huellas visibles de lo ocurrido. Uno sonrió, disolviendo la sombra que los separaba y volvieron a ser los mismos de antes, se

palmotearon, se abrazaron y jugaron como los niños grandes que eran. Carlé lo merecía, era una bestia, un psicópata, concluyeron. Repasaron los detalles y percibieron con asombro tal reguero de pistas que resultaba increíble que no hubieran sido detenidos, entonces comprendieron su impunidad y supieron que nadie alzaría la voz para acusarlos. A cargo de cualquier investigación estaría el comandante, padre de uno de ellos, en un juicio el abuelo de otro sería el juez y el jurado estaría compuesto por parientes y vecinos. Allí todos se conocían, estaban emparentados, nadie deseaba remover el fango de ese asesinato, ni siquiera la familia de Lukas Carlé. En realidad sospechaban que su mujer y su hijo habían deseado por años la desaparición del padre y que el viento de alivio provocado por su muerte llegó primero a su propia casa, barriéndola de arriba abajo y dejándola limpia y fresca como nunca antes lo estuvo.

Los muchachos se propusieron mantener vivo el recuerdo de su hazaña y lo lograron tan bien, que la historia pasó de boca en boca, enaltecida por detalles agregados con posterioridad, hasta transformarla en un acto heroico. Formaron un club y se hermanaron con un juramento secreto. Se reunían algunas noches en los límites del bosque para conmemorar ese viernes único en sus vidas, manteniendo alerta el recuerdo del pedrazo con el cual lo aturdieron, del nudo corredizo preparado de antemano, de la forma como treparon al árbol y pasaron el lazo por el cuello del maestro todavía desmayado, de cómo éste abrió los ojos en el instante en que lo izaban y se retorció en el aire con espasmos de agonía. Se identificaban con un círculo de tela blanca cosido en la manga izquierda de la chaqueta y pronto todo el pueblo adivinó el significado de esa señal. También lo supo Rolf Carlé, dividido entre la gratitud por haber sido liberado de su torturador, la humillación de llevar el

apellido del ejecutado y la vergüenza de no tener ánimo ni fuerza para vengarlo.

Rolf Carlé comenzó a adelgazar. Cuando se llevaba la comida a la boca veía la cuchara transformada en la lengua de su padre, desde el fondo del plato y a través de la sopa lo observaban los ojos despavoridos del muerto, el pan tenía el color de su piel. Por las noches temblaba de fiebre y en el día inventaba pretextos para no salir de la casa, atormentado por la jaqueca, pero su madre lo obligaba a tragar alimentos y asistir a clases. Soportó veintiséis días, pero la mañana del día veintisiete, cuando en el recreo aparecieron cinco de sus compañeros con las mangas marcadas, tuvo un acceso de vómitos tan agudo, que el director del colegio se alarmó y pidió una ambulancia para mandarlo al hospital de la ciudad vecina, donde estuvo el resto de la semana echando el alma por la boca. Al verlo en ese estado, la señora Carlé intuyó que los síntomas de su hijo no correspondían a una indigestión común y corriente. El médico de la aldea, el mismo que lo vio nacer y extendió el certificado de defunción de su padre, lo examinó con atención, le recetó una serie de medicamentos y recomendó a la madre que no le hiciera mucho caso, pues Rolf era un muchacho sano y fuerte, la crisis de ansiedad pasaría y en poco tiempo estaría haciendo deportes y persiguiendo a las jovencitas. La señora Carlé le administró los remedios puntualmente, pero como no viera ninguna mejoría, duplicó las dosis por iniciativa propia. Nada surtió efecto, el muchacho seguía sin apetito, atontado por el malestar. A la imagen del padre ahorcado se sumaba el recuerdo del día en que fue a enterrar a los muertos en el campo de prisioneros. Katharina lo miraba insistente con sus ojos sosegados, lo seguía por la casa y por último lo llevó de la mano y

trató de meterse con él debajo de la mesa de la cocina, pero ambos estaban ya demasiado crecidos. Entonces se acurrucó a su lado y comenzó a murmurar una de esas largas letanías de la infancia.

El jueves temprano entró su madre a despertarlo para ir al liceo y lo encontró volteado hacia la pared, pálido y exhausto, con la decisión evidente de morirse, porque ya no podía soportar el asedio de tantos fantasmas. Ella comprendió que se consumiría en el ardor de la culpa por haber deseado cometer él mismo ese crimen y, sin decir palabra, la señora Carlé se dirigió al armario y empezó a hurgar. Encontró objetos perdidos desde hacía años, ropa sin uso, juguetes de sus hijos, radiografías del cerebro de Katharina, la escopeta de Jochen. Allí estaban también los zapatos de charol rojo con tacones de estilete y se sorprendió de que evocaran en ella tan pocos rencores, ni siquiera tuvo el impulso de lanzarlos a la basura, los llevó a la chimenea y los colocó junto al retrato de su difunto marido, uno a cada lado, como un altar. Por fin dio con la bolsa de lona usada por Lukas Carlé durante la guerra, un saco verde con firmes correas de cuero, y con la misma pulcritud excesiva con que ejecutaba todos los oficios de la casa y del campo, acomodó dentro del saco las ropas de su hijo menor, una fotografía suya el día de su boda, una caja de cartón forrada con seda donde guardaba un rizo de Katharina y un paquete de galletas de avena horneadas por ella el día anterior.

—Vístete, hijo, te irás a América del Sur —anunció con inconvencible decisión.

De este modo Rolf Carlé fue embarcado en un buque noruego que lo llevó al otro lado del mundo, muy lejos de sus pesadillas. Su madre viajó con él en tren hasta el puerto más cercano, le compró un billete de tercera clase, envolvió el dinero sobrante en un pañuelo

junto con la dirección del tío Rupert y se lo cosió en el interior de los pantalones, con instrucciones de no quitárselos por ningún motivo. Hizo todo esto sin muestras de emoción y al despedirse le dio un beso rápido en la frente, tal como hacía cada mañana cuando iba a la escuela.

—¿Cuánto tiempo estaré lejos, mamá?

—No lo sé, Rolf.

—No debo irme, ahora yo soy el único hombre de la familia, tengo que cuidar de usted.

—Yo estaré bien. Te escribiré.

—Katharina está enferma, no puedo dejarla así. . .

—Tu hermana no vivirá mucho más, siempre supimos que sería así, es inútil preocuparse por ella. ¿Qué sucede? ¿Estás llorando? No pareces hijo mío, Rolf, no tienes edad para comportarte como un chiquillo. Limpíate la nariz y sube a bordo antes que la gente comience a mirarnos.

—Me siento mal, mamá, quiero vomitar.

—¡Te lo prohíbo! No me hagas pasar una vergüenza. Vamos, sube por esa pasarela, camina hacia la proa y quédate allí. No mires hacia atrás. Adiós, Rolf.

Pero el muchacho se escondió en la popa para observar el muelle y así supo que ella no se movió de su lugar hasta que el barco se perdió en el horizonte. Guardó consigo la visión de su madre vestida de negro con su sombrero de fieltro y su cartera de falsa piel de cocodrilo, de pie, inmóvil y solitaria, con la cara vuelta hacia el mar.

Rolf Carlé navegó casi un mes en la última cubierta del buque, entre refugiados, emigrantes y viajeros pobres, sin hablar una palabra con nadie por orgullo y timidez, oteando el océano con tal

determinación, que llegó al fondo de su propia tristeza y la agotó. Desde entonces no volvió a padecer aquella aflicción que por poco le induce a lanzarse al agua. A los doce días de viaje el aire salado le devolvió el apetito y lo curó de los malos sueños, se le pasaron las náuseas y se interesó en los delfines sonrientes que acompañaban al barco por largos trechos. Cuando finalmente arribó a las costas de América del Sur, habían vuelto los colores a sus mejillas. Se miró en el pequeño espejo del baño común que compartía con los demás pasajeros de su clase y vio que su rostro ya no era el de un adolescente atormentado, sino el de un hombre. Le gustó la imagen de sí mismo, respiró profundamente y sonrió por primera vez en mucho tiempo.

El buque detuvo sus máquinas en el muelle y los pasajeros descendieron por una pasarela. Sintióse como un filibustero de las novelas de aventura, con el viento tibio agitándole el pelo y los ojos deslumbrados, Rolf Carlé fue de los primeros en pisar tierra. Un puerto increíble surgió ante su vista a la luz de la mañana. De los cerros colgaban viviendas de todos colores, calles torcidas, ropa tendida, una pródiga vegetación en todos los tonos de verde. El aire vibraba de pregones, de cantos de mujeres, de risas de niños y gritos de papagayos, de olores, de una alegre concupiscencia y un calor húmedo de cocinería. En el bullicio de cargadores, marineros y viajantes, entre fardos, maletas, curiosos y vendedores de chucherías, lo esperaban su tío Rupert con su esposa Burgel y sus dos hijas, unas doncellas macizas y rubicundas de quienes el joven se enamoró de inmediato. Rupert era un primo lejano de su madre, carpintero de oficio, gran bebedor de cerveza y amante de los perros. Había llegado con su familia hasta ese confín del planeta huyendo de la guerra, porque no tenía vocación de soldado, le pareció una

estupidez dejarse matar por una bandera que consideraba sólo un trazo amarrado a un palo. No tenía la menor inclinación patriótica y cuando tuvo la certeza de que la guerra era inevitable, recordó a unos bisabuelos lejanos que muchos años antes se embarcaron rumbo a América para fundar una colonia y decidió seguir sus pasos. Condujo a Rolf Carlé directamente del barco a un pueblo de fantasía, preservado en una burbuja donde el tiempo se había detenido y la geografía había sido burlada. Allí la vida transcurría como en los Alpes durante el siglo diecinueve. Para el muchacho fue igual que meterse en una película. No alcanzó a ver nada del país y por varios meses creyó que no había mucha diferencia entre el Caribe y las orillas del Danubio.

A mediados de mil ochocientos, un ilustre sudamericano dueño de tierras fértiles enclavadas en las montañas a poca distancia del mar y no muy lejos de la civilización, quiso poblarlas con colonos de buena cepa. Se fue a Europa, fletó un barco y corrió la voz entre los campesinos empobrecidos por las guerras y las pestes, de que al otro lado del Atlántico estaba esperándolos una utopía. Iban a construir una sociedad perfecta donde reinara la paz y la prosperidad, regulada por sólidos principios cristianos, lejos de los vicios, las ambiciones y los misterios que habían castigado a la humanidad desde el comienzo de la civilización. Ochenta familias fueron seleccionadas de acuerdo a sus méritos y buenas intenciones, entre las cuales había representantes de varios oficios artesanales, un maestro, un médico y un sacerdote, todos con sus instrumentos de trabajo y varios siglos de tradiciones y conocimientos a la espalda. Al pisar esas costas tropicales algunos se asustaron, convencidos de que jamás podrían habituarse a un lugar semejante, pero cambiaron de idea al ascender por un sendero hacia las cumbres de las montañas y encontrarse en el

paraíso prometido, una región fresca y benigna, donde era posible cultivar las frutas y hortalizas de Europa y donde crecían también productos americanos. Allí construyeron una réplica de sus aldeas de origen, con casas de vigas de madera, avisos con letras góticas, flores en macetas adornando las ventanas y una pequeña iglesia donde colgaba la campana de bronce traída con ellos en el barco. Cerraron la entrada de la Colonia y bloquearon el camino, para que no fuera posible llegar o salir, y durante cien años cumplieron los deseos del hombre que los llevó hasta ese lugar, viviendo de acuerdo a los preceptos de Dios. Pero el secreto de la utopía no pudo ocultarse indefinidamente y cuando la prensa publicó la noticia se armó un escándalo. El Gobierno, poco dispuesto a consentir que en el territorio existiera un poblado extranjero con sus propias leyes y costumbres, los obligó a abrir las puertas y dar paso a las autoridades nacionales, al turismo y al comercio. Al hacerlo encontraron una aldea donde no se hablaba español, todos eran rubios de ojos claros y una buena parte de los niños habían nacido con taras a causa de los matrimonios consaguíneos. Construyeron una carretera para unirla con la capital, convirtiendo la Colonia en el paseo preferido de las familias con automóvil, que iban a comprar frutas invernales, miel, embutidos, pan casero y manteles bordados. Los colonos transformaron sus casas en restaurantes y albergues para los visitantes y algunos hoteles aceptaron parejas clandestinas, lo cual no correspondía exactamente a la idea del fundador de la comunidad, pero los tiempos cambian y era necesario modernizarse. Rupert llegó allí cuando todavía era un recinto cerrado, pero se las arregló para ser aceptado, después de probar su estirpe europea y demostrar que era un hombre de bien. Cuando abrieron las comunicaciones con el mundo exterior, él fue uno de los primeros en comprender las

ventajas de la nueva situación. Dejó de fabricar muebles, porque ahora se podían comprar mejores y más variados en la capital y se dedicó a producir relojes cucú y a imitar juguetes antiguos pintados a mano para vender a los turistas. También comenzó un negocio de perros de raza y una escuela para adiestrarlos, idea que aún no se le había ocurrido a nadie en esas latitudes, pues hasta entonces los animales nacían y se reproducían de cualquier modo, sin apellidos, clubes, concursos, peluqueros o entrenamientos especiales. Pero pronto se supo que en alguna parte estaban de moda los pastores policiales y los ricos quisieron tener el suyo con documentos de garantía. Quienes podían pagarlos, compraban sus bestias y los dejaban por una temporada en la escuela de Rupert, de donde regresaban caminando a dos patas, saludando con la mano, acarreado en el hocico el periódico y las pantuflas del amo y fingiéndose muertos cuando recibían la orden en lengua extranjera.

El tío Rupert era propietario de un buen pedazo de terreno y una casa grande, acondicionada como pensión, con muchos cuartos, toda de madera oscura construida y amueblada con sus propias manos al estilo Heidelberg, a pesar de que él nunca había puesto los pies en esa ciudad. La copió de una revista. Su esposa cultivaba fresas y flores y tenía un gallinero del cual obtenía huevos para toda la aldea. Vivían de la crianza de perros, la venta de relojes y la atención de turistas.

La existencia de Rolf Carlé dio un vuelco. Había terminado el colegio, en la Colonia no podía seguir estudiando y, por otra parte, su tío era partidario de enseñarle sus mismos oficios, para que lo ayudara y tal vez lo heredara, pues no perdía la esperanza de verlo casado con una de sus hijas. Le tomó cariño desde la primera mirada. Siempre quiso tener un descendiente varón y ese muchacho

resultó tal como lo había soñado, fuerte, de carácter noble y manos hábiles, con el pelo rojizo, como todos los hombres de su familia. Rolf aprendió con rapidez a manejar las herramientas de la carpintería, armar los mecanismos de los relojes, cosechar fresas y atender a la clientela de la pensión. Sus tíos se dieron cuenta de que podían obtener todo de él si le hacían creer que la iniciativa era suya y apelaban a sus sentimientos.

—¿Qué se puede hacer con el techo del gallinero, Rolf? —le preguntaba Burgel con un suspiro de impotencia.

—Echarle alquitrán.

—Mis pobres gallinas se van a morir cuando empiecen las lluvias.

—Déjemelo a mí, tía, esto lo resuelvo en un minuto. —Y ahí estaba el joven tres días seguidos, revolviendo un caldero con brea, equilibrándose sobre el techo y explicándole a quien fuera pasando sus teorías sobre impermeabilización, ante las miradas admirativas de sus primas y la sonrisa disimulada de Burgel.

Rolf quiso aprender la lengua del país y no descansó hasta conseguir quien se la enseñara de forma metódica. Estaba dotado con buen oído para la música y lo empleó en tocar el órgano de la iglesia, lucirse ante los visitantes con un acordeón y asimilar el castellano con un amplio repertorio de palabrotas de uso cotidiano, a las que recurría sólo en raras ocasiones, pero atesoraba como parte de su cultura. Ocupaba sus ratos libres en la lectura y en menos de un año había consumido todos los libros del pueblo, que pedía prestados y devolvía con puntualidad obsesiva. Su buena memoria le permitía acumular información —casi siempre inútil e imposible de comprobar— para deslumbrar a la familia y a los vecinos. Era capaz de decir sin la menor vacilación cuántos habitantes tenía Mauritania o el ancho

del Canal de la Mancha en millas náuticas, en general porque lo recordaba, pero a veces porque lo inventaba al vuelo y lo aseguraba con tanta petulancia, que nadie osaba ponerlo en duda. Aprendió algunos latinajos para salpicar sus peroratas, con los cuales adquirió un sólido prestigio en esa pequeña comunidad, aunque no siempre los usaba correctamente. De su madre había recibido modales corteses y algo anticuados, que le sirvieron para conquistar la simpatía de todo el mundo, en particular de las mujeres, poco acostumbradas a esas finuras en un país de gente ruda. Con su tía Burgel era especialmente galante, no por afectación, sino porque en verdad la quería. Ella tenía la virtud de disipar sus angustias existenciales reduciéndolas a esquemas tan simples, que más tarde él se preguntaba cómo no se le había ocurrido antes esa solución. Cuando caía en el vicio de la nostalgia o se atormentaba por los males de la humanidad, ella lo curaba con sus postres espléndidos y con sus bromas atropelladas. Fue la primera persona, aparte de Katharina, en abrazarlo sin motivo y sin permiso. Cada mañana lo saludaba con besos sonoros y antes de dormir iba a acomodarle la cobija de la cama, atenciones que su madre nunca hizo, por pudor. Al primer vistazo Rolf parecía tímido, se sonrojaba con facilidad y hablaba en tono bajo, pero en realidad era vanidoso y aún estaba en edad de creerse el eje del universo. Era mucho más listo que la mayoría y él lo sabía, pero la inteligencia le alcanzaba para fingir cierta modestia.

Los domingos por la mañana llegaban gentes de la ciudad a ver el espectáculo en la escuela de tío Rupert. Rolf los guiaba hasta un gran patio con pistas y obstáculos, donde los perros realizaban sus proezas ante los aplausos del público. Ese día se vendían algunos animales y el joven se despedía de ellos apesadumbrado, porque los había criado desde su nacimiento y nada lo conmovía tanto como esas

bestias. Se echaba en el jergón de las perras y dejaba que los cachorros lo olisquearan, le chuparan las orejas y se durmieran en sus brazos, conocía a cada uno por su nombre y hablaba con ellos en términos de igualdad. Tenía hambre de afecto, pero como había sido criado sin mimos, sólo se atrevía a satisfacer esa carencia con los animales y fue necesario un largo aprendizaje para que pudiera abandonarse al contacto humano, primero al de Burgel y luego al de otros. El recuerdo de Katharina constituía su fuente secreta de ternura y a veces, en la oscuridad de su cuarto, ocultaba la cabeza bajo la sábana y lloraba pensando en ella.

No hablaba de su pasado por temor a suscitar compasión y porque no había logrado ordenarlo en su mente. Los años de infortunio junto a su padre eran un espejo roto en su memoria. Alardeaba de frialdad y pragmatismo, dos condiciones que le parecían sumamente viriles, pero en verdad era un incorregible soñador, el menor gesto de simpatía lo desarmaba, la injusticia lograba sublevarlo, padecía ese idealismo candoroso de la primera juventud, que no resiste el enfrentamiento con la grosera realidad del mundo. Una infancia de privaciones y terrores le dio sensibilidad para intuir el lado oculto de las cosas y de las personas, una clarividencia que se le presentaba de pronto como un fogonazo, pero sus pretensiones de racionalidad le impedían prestar atención a esos misteriosos avisos o seguir la conducta señalada por sus impulsos. Negaba sus emociones y por lo mismo éstas lo volteaban en cualquier descuido. Tampoco admitía el reclamo de sus sentidos e intentaba controlar la parte de su naturaleza que se inclinaba hacia la molicie y el placer. Comprendió desde el principio que la Colonia era un sueño ingenuo donde se sumergió por casualidad, pero que la existencia estaba llena de asperezas y más valía ponerse una coraza si pretendía sobrevivir. Sin

embargo, quienes lo conocían podían ver que esa protección era de humo y un soplo la desbarataba. Iba por la vida con los sentimientos desnudos, tropezando con su orgullo y cayendo para volver a ponerse de pie.

La familia de Rupert eran gentes sencillas, animosas y glotonas. La comida revestía una importancia fundamental para ellos, sus vidas giraban en torno a los afanes de la cocina y la ceremonia de sentarse a la mesa. Todos eran gordos y no se resignaban a ver al sobrino tan delgado, a pesar de la preocupación constante por alimentarlo. La tía Burgel había creado un plato afrodisíaco que atraía a los turistas y mantenía a su marido siempre en llamas, mírenlo, parece un tractor, decía con su risa contagiosa de matrona satisfecha. La receta era simple: en una olla enorme freía bastante cebolla, tocino y tomate, sazonado con sal, pimienta en grano, ajos y cilantro. A eso le agregaba por capas trozos de carne de cerdo y de res, pollos deshuesados, habas, maíz, repollo, pimentón, pescado, almejas y langostinos, luego espolvoreaba un poco de azúcar mascabada y vaciaba dentro cuatro jarros de cerveza. Antes de taparlo y cocinarlo a fuego suave, le arrojaba un manojo de hierbas cultivadas en los maceteros de su cocina. Ese era el momento crucial, pues nadie conocía la composición de este último aliño y ella estaba decidida a llevarse el secreto a la tumba. El resultado era un guiso oscuro, que se extraía de la olla y se servía en el orden inverso en que se colocaron los ingredientes. Al final se presentaba el caldo en tazas y el efecto era un formidable calor en los huesos y una pasión lujuriosa en el alma. Los tíos mataban varios cerdos al año y preparaban los mejores embutidos del pueblo: jamones ahumados, longanizas, mortadela, enormes latas de grasa; compraban leche fresca en toneles para hacer crema, batir mantequilla y fabricar quesos. Desde el amanecer hasta

la noche emanaban vapores fragantes de la cocina. En el patio encendían braseros de leña donde se colocaban las cacerolas de cobre con dulces de ciruela, de albaricoque y de fresa, con que acompañaban el desayuno de los visitantes. Con tanta vida entre ollas aromáticas, las dos primas olían a canela, clavo de olor, vainilla y limón. Por las noches Rolf se escabullía como una sombra hasta su habitación para hundir la nariz en sus vestidos y aspirar esa fragancia dulce que llenaba su cabeza de pecados.

Las rutinas cambiaban durante los fines de semana. El jueves ventilaban las habitaciones, las adornaban con flores frescas y preparaban leña para las chimeneas, porque en las noches corría una brisa fría y a los huéspedes les gustaba sentarse frente al fuego e imaginar que estaban en los Alpes. De viernes a domingo la casa se llenaba de clientes y la familia trabajaba desde el amanecer atendiéndolos; la tía Burgel no salía de la cocina y las muchachas servían las mesas y hacían el aseo vestidas de fieltro bordado, medias blancas, delantales almidonados y peinadas con trenzas y cintas de colores, como las aldeanas de los cuentos germánicos.

Las cartas de la señora Carlé demoraban cuatro meses y eran todas muy breves y casi iguales: Querido hijo, me encuentro bien, Katharina está en el hospital, cuídate mucho y acuérdate de las cosas que te he enseñado, para que seas un hombre bueno, te besa tu mamá. Rolf, en cambio, le escribía con frecuencia, llenando muchas hojas por ambos lados para contarle sus lecturas, porque después de describir la aldea y la familia de sus tíos, no había más que decir, tenía la impresión de que nunca le sucedía nada digno de ser anotado en una carta y prefería sorprender a su madre con largas parrafadas filosóficas inspiradas por los libros. También le enviaba fotografías que tomaba con una vieja cámara de su tío, registrando así las

variaciones de la naturaleza, las expresiones de la gente, los pequeños acontecimientos, los detalles que a simple vista pasaban desapercibidos. Esa correspondencia significaba mucho para él, no sólo porque mantenía viva la presencia de su madre, sino porque descubrió cuánto le gustaba observar el mundo y retenerlo en imágenes.

Las primas de Rolf Carlé eran requeridas en amores por un par de pretendientes, que descendían en línea directa de los fundadores de la Colonia, dueños de la única industria de velas de fantasía, cuya producción se vendía en todo el país y más allá de las fronteras. La fábrica todavía existe y es tanto su prestigio, que en ocasión de la visita del Papa, cuando el Gobierno mandó hacer un cirio de siete metros de largo y dos de diámetro para mantenerlo encendido en la Catedral, no sólo pudieron moldearlo a la perfección, decorarlo con escenas de la pasión y aromatizarlo con extracto de pino, sino que también fueron capaces de trasladarlo en un camión desde la montaña hasta la capital bajo un sol de plomo, sin que perdiera su forma de obelisco, su olor de Navidad ni su tono de marfil antiguo. La conversación de los dos jóvenes giraba en torno a los moldes, colores y perfumes de las velas. A veces resultaban algo aburridos, pero ambos eran guapos, bastante prósperos y estaban impregnados por dentro y por fuera con el aroma de la cera de abejas y de las esencias. Eran los mejores partidos de la Colonia y todas las muchachas buscaban pretextos para ir a comprar velas con sus más vaporosos vestidos, pero Rupert había sembrado la duda en sus hijas de que toda esa gente, nacida por generaciones de las mismas familias, tenía la sangre aguada y podía producir vástagos fallados. En franca oposición a las teorías sobre las razas puras, creía que de las mezclas

salen los mejores ejemplares y para probarlo cruzó sus perros finos con bastardos callejeros. Obtuvo bestias lamentables de impredecibles pelajes y tamaños, que nadie quiso comprar, pero que resultaron mucho más inteligentes que sus congéneres con pedigree, como se vio cuando aprendieron a caminar sobre una cuerda floja y bailar vals sobre las patas traseras. Es mejor buscar novios fuera, decía, desafiando a su amada Burgel, quien no quería oír hablar de esa posibilidad; la idea de ver a sus niñas desposadas con varones morenos y con un vaivén de rumba en las caderas, le parecía una horrible desgracia. No seas obtusa, Burgel. Obtuso eres tú, ¿quieres tener nietos mulatos? Los nativos de este país no son rubios, mujer, pero tampoco son todos negros. Para zanjar la discusión, ambos suspiraban con el nombre de Rolf Carlé en los labios, lamentando no disponer de dos sobrinos como él, uno para cada hija, porque si bien existía un parentesco sanguíneo y el antecedente del retardo mental de Katharina, podría jurar que Rolf no era portador de genes deficientes. Lo consideraban el yerno perfecto, trabajador, educado, culto, con buenos modales, más no se podía pedir. Su juventud excesiva constituía por el momento su única falla, pero todo el mundo se cura de eso.

Las primas tardaron bastante en ponerse a tono con las aspiraciones de sus padres, porque eran doncellas inocentes, pero cuando se despabilaron dejaron muy atrás los preceptos de modestia y recato en que habían sido criadas. Percibieron el incendio en los ojos de Rolf Carlé, lo vieron entrar como una sombra en su habitación para hurgar furtivamente en sus vestidos y lo interpretaron como síntomas de amor. Hablaron del asunto entre ellas, contemplando la posibilidad de amarse platónicamente entre las tres, pero al verlo con el torso desnudo, el pelo de cobre revuelto por la brisa, sudando con

las herramientas del campo o de la carpintería, fueron cambiando de parecer y llegaron a la feliz conclusión de que Dios había inventado dos sexos con un propósito evidente. Eran de carácter alegre y estaban acostumbradas a compartir el cuarto, el baño, la ropa y casi todo lo demás, de modo que no vieron malicia alguna en repartirse también al amante. Por otra parte, les resultaba fácil deducir el excelente estado físico del muchacho, cuyas fuerzas y buena voluntad alcanzaban para cumplir las pesadas faenas exigidas por el tío Rupert y, estaban seguras, sobrarían para retozar con ellas. Sin embargo, la cosa no era tan simple. Los habitantes del pueblo carecían de amplitud de criterio para entender una relación triangular y hasta su padre, a pesar de sus alardes de modernismo, nunca la toleraría. De la madre ni hablar, era capaz de coger un cuchillo y clavárselo al sobrino en la parte más vulnerable.

Pronto Rolf Carlé notó un cambio en la actitud de las jóvenes. Lo atosigaban con los trozos más grandes de carne asada, le echaban una montaña de crema batida a su postre, cuchicheaban a su espalda, se alborotaban cuando él las sorprendía observándolo, lo tocaban al pasar, siempre en forma casual, pero con tal carga erótica en cada uno de esos roces, que ni un anacoreta hubiera permanecido impasible. Hasta entonces él las rondaba con prudencia y disimulo para no faltar a las normas de cortesía ni enfrentar la posibilidad de un rechazo, que habría herido de muerte su propia estima, pero poco a poco empezó a mirarlas con audacia, largamente, porque no quería tomar una decisión precipitada. ¿Cuál escoger? Las dos le resultaban encantadoras con sus piernotas robustas, sus senos apretados, sus ojos de aguamarina y esa piel de infante. La mayor era más divertida, pero también lo seducía la suave coquetería de la menor. El pobre Rolf se debatió en tremendas dudas hasta que las muchachas

se cansaron de esperar su iniciativa y se lanzaron en un ataque frontal. Lo atraparon en la huerta de las fresas, le hicieron una zancadilla para mandarlo al suelo y se le fueron encima para hacerle cosquillas, pulverizando su manía de tomarse en serio y sublevando su lujuria. Hicieron saltar los botones de su pantalón, le arrancaron los zapatos, le rompieron la camisa y metieron sus manos de ninfas traviesas por donde él nunca imaginó que alguien lo exploraría. A partir de ese día Rolf Carlé abandonó la lectura, descuidó a los cachorros, se olvidó de los relojes cucú, de escribirle a su madre y hasta de su propio nombre. Andaba en trance, con los instintos encendidos y la mente ofuscada. De lunes a jueves, cuando no había visitantes en la casa, disminuía el ritmo de trabajo doméstico y los tres jóvenes disponían de algunas horas de libertad, que aprovechaban para perderse en los cuartos de los huéspedes, vacíos en esos días de la semana. Pretextos no faltaban; airear los edredones, limpiar los cristales de las ventanas, fumigar las cucarachas, encerar la madera de los muebles, cambiar las sábanas. Las muchachas habían heredado de sus padres sentido de equidad y de organización, mientras una se quedaba en el corredor vigilando para dar la voz de alarma si alguien se aproximaba, la otra se encerraba en el cuarto con Rolf. Respetaban los turnos rigurosamente, pero por fortuna el joven no se enteró de ese detalle humillante. ¿Qué hacían cuando estaban a solas? Nada nuevo, los mismos juegos de primos que la humanidad conoce desde hace seis mil años. Lo interesante comenzó cuando decidieron juntarse por las noches los tres en la misma cama, tranquilizados por los ronquidos de Rupert y Burgel en la habitación contigua. Los padres dormían con la puerta abierta para vigilar a sus hijas y eso permitía a las hijas vigilar a los padres. Rolf Carlé era tan inexperto como sus dos

compañeras, pero desde el primer encuentro tomó precauciones para no preñarlas y puso en los juegos de alcoba todo el entusiasmo y la inventiva necesarios para suplir su ignorancia amorosa. Su energía era alimentada sin tregua por el formidable regalo de sus primas, abiertas, tibias, frutales, siempre sofocadas de risa y bien dispuestas. Además, el hecho de hacerlo en el mayor silencio, aterrados por los crujidos de la cama, arropados bajo las sábanas, envueltos en el calor y el olor compartidos, era un incentivo que ponía fuego en sus corazones. Estaban en la edad precisa para hacer el amor incansablemente. Mientras las muchachas florecían con una vitalidad estival, los ojos cada vez más azules, la piel más luminosa y la sonrisa más feliz, Rolf olvidaba los latinajos, andaba tropezando con los muebles y durmiéndose de pie, servía la mesa de los turistas medio sonámbulo, con las rodillas temblorosas y la mirada difusa. Este niño está trabajando mucho, Burgel, lo veo pálido, hay que darle vitaminas, decía Rupert, sin sospechar que a sus espaldas el sobrino devoraba grandes porciones del famoso guiso afrodisíaco de su tía, para que no le fallaran los músculos a la hora de ponerlos a prueba. Los tres primos descubrieron juntos los requisitos para despegar y en algunas oportunidades llegaron incluso a volar muy alto. El muchacho se resignó a la idea de que sus compañeras tenían mayor capacidad de goce y podían repetir sus hazañas varias veces en la misma sesión, de modo que para mantener su prestigio incólume y no defraudarlas aprendió a dosificar sus fuerzas y su placer con técnicas improvisadas. Años después supo que los mismos métodos se empleaban en la China desde los tiempos de Confucio y concluyó que no hay nada nuevo bajo el sol, como decía su tío Rupert cada vez que leía el periódico. Algunas noches los tres amantes eran tan felices, que olvidaban despedirse y se dormían en un nudo de miembros

entrelazados, el joven perdido en una montaña blanda y fragante, arrullado por los sueños de sus primas. Despertaban con los primeros cantos del gallo, justo a tiempo para saltar cada uno a su cama antes de que los padres los sorprendieran en tan deliciosa falta. Al principio las hermanas tuvieron la idea de rifarse al infatigable Rolf Carlé lanzando una moneda al aire, pero durante esos memorables combates descubrieron que estaban unidas a él por un sentimiento juguetón y festivo, totalmente inadecuado para establecer las bases de un matrimonio respetable. Ellas, mujeres prácticas, consideraron más conveniente desposar a los aromáticos fabricantes de velas, conservando a su primo de amante y convirtiéndolo, en lo posible, en padre de sus hijos, evitando así el riesgo del aburrimiento, aunque tal vez no el de traer hijos medio tarados a este mundo. Ese arreglo jamás pasó por la mente de Rolf Carlé, alimentado por la literatura romántica, las novelas de caballería y los rígidos preceptos honorables aprendidos en la infancia. Mientras ellas planeaban audaces combinaciones, él sólo lograba acallar la culpa de amarlas a las dos pretextando que se trataba de un acuerdo temporal, cuya finalidad última era conocerse más antes de formar una pareja; pero un contrato a largo plazo le parecía una perversión abominable. Se debatía en un conflicto insoluble entre el deseo, siempre renovado con poderosos bríos por esos dos cuerpos opulentos y generosos, y su propia severidad que lo inducía a considerar el matrimonio monógamo como el único camino posible para un hombre decente. No seas tonto, Rolf, ¿no ves que a nosotras no nos importa? Yo no te quiero para mí sola y mi hermana tampoco, sigamos así mientras estemos solteras y después de casadas también. Esta proposición fue una sacudida brutal para la vanidad del joven. Se hundió en la indignación durante treinta horas, al cabo de las cuales pudo más la

concupiscencia. Recogió su dignidad del suelo y volvió a dormir con ellas. Y las adorables primas, una a cada lado, risueñas, desnudas, lo envolvieron otra vez en su niebla estupenda de canela, clavo de olor, vainilla y limón hasta enloquecer sus sentidos y anular sus secas virtudes cristianas.

Tres años transcurrieron así, suficientes para borrar las pesadillas macabras de Rolf Carlé y remplazarlas por sueños amables. Tal vez las muchachas habrían ganado la pelea contra sus escrúpulos y él se habría quedado junto a ellas para el resto de sus días, cumpliendo con humildad la tarea de amante y de padrote por partida doble, si su destino no estuviera trazado en otra dirección. El encargado de señalárselo fue el señor Aravena, periodista de oficio y cineasta de vocación.

Aravena escribía en el diario más importante del país. Era el mejor cliente de la pensión, pasaba casi todos los fines de semana en la casa de Rupert y Burgel, donde disponía de una habitación reservada. Su pluma tenía tanto prestigio, que ni la dictadura consiguió amordazarlo por completo y en sus años de profesión ganó una aureola de honestidad que le permitía publicar aquello que sus colegas jamás habrían osado. Hasta el General y el Hombre de la Gardenia lo trataban con consideración respetando una fórmula de equilibrio mediante la cual él disponía de un espacio para moverse sin ser molestado, dentro de ciertos límites, y el Gobierno proyectaba una imagen de liberalidad al mostrar sus artículos algo atrevidos. Hombre de evidente inclinación por la buena vida, fumaba grandes cigarros, comía como un león y era un bebedor esforzado, el único capaz de derrotar al tío Rupert en los torneos dominicales de cerveza. Sólo él se daba el lujo de pellizcar a las primas de Rolf en sus nalgas portentosas, porque lo hacía con gracia, sin ánimo de ofenderlas sino

de rendirles justo tributo. Vengan aquí mis adorables valkirias, dejen que este pobre periodista les ponga las manos en el culo, y hasta la tía Burgel se reía cuando sus niñas volteaban para que él les levantara ceremoniosamente las faldas de fieltro bordado y se extasiara ante esos globos cubiertos por calzones infantiles. El señor Aravena poseía una máquina filmadora y otra de escribir, portátil y ruidosa, con las teclas descoloridas por el uso, con la cual pasaba todo el sábado y medio domingo sentado en la terraza de la pensión escribiendo sus crónicas a dos dedos, mientras consumía embutidos y tragaba cerveza. Me hace bien respirar el aire puro de las montañas, decía mientras aspiraba el humo negro de su tabaco. A veces llegaba con una señorita, nunca la misma, a quien presentaba como su sobrina y Burgel fingía creer el parentesco, esta casa no es uno de esos hoteles indecentes, qué se han imaginado, sólo a él le permito venir acompañado, porque se trata de un caballero muy conocido, ¿no han visto su nombre en el periódico? A Aravena el entusiasmo por la dama de turno le duraba una noche, después se hartaba de ella y la enviaba de regreso con el primer camión de hortalizas que bajara a la capital. En cambio con Rolf Carlé podía pasar días conversando y paseando por los alrededores de la aldea. Le comentaba las noticias internacionales, lo inició en la política local, guiaba sus lecturas, le enseñó a usar la filmadora y algunos rudimentos de taquigrafía. No puedes quedarte en esta Colonia para siempre, decía, esto sirve para que un neurótico como yo venga a componer el cuerpo y desintoxicarse, pero ningún joven normal puede vivir en esta escenografía. Rolf Carlé conocía bien las obras de Shakespeare, Moliere y Calderón de la Barca, pero no había estado jamás en un teatro y no podía ver la relación con la aldea, pero no era el caso discutir con ese maestro por quien sentía una admiración

desmesurada.

—Estoy satisfecho de ti, sobrino. Dentro de un par de años puedes hacerte cargo de los relojes tú solo, es un buen negocio —le propuso el tío Rupert el día que el muchacho cumplió veinte años.

—En realidad no quiero ser relojero, tío. Creo que el cine es una profesión más adecuada para mí.

—¿Cine? ¿Y para qué sirve eso?

—Para hacer películas. A mí me interesan los documentales. Quiero saber lo que ocurre en el mundo, tío.

—Mientras menos sepas mejor, pero si eso es lo que te gusta, haz como quieras.

Burgel casi se enferma cuando supo que partiría a vivir solo en la capital, ese antro de peligros, droga, política, enfermedades, donde las mujeres son todas unas zorras, con perdón de la palabra, como esas turistas que llegan a la Colonia bamboleando la popa y echando la proa hacia delante. Desesperadas, las primas intentaron disuadirlo negándole sus favores, pero en vista de que el castigo era tan doloroso para ellas como para él, cambiaron de táctica y lo amaron con tanto ardor que Rolf bajó de peso en forma alarmante. Los más afectados, sin embargo, fueron los perros, que al husmear los preparativos perdieron el apetito y vagaban con el rabo entre las piernas, las orejas gachas y una insoportable mirada de súplica.

Rolf Carlé resistió todas las presiones sentimentales y dos meses más tarde partió a la Universidad, después de prometer a su tío Rupert que pasaría los fines de semana con ellos, a su tía Burgel que se comería las galletas, los jamones y las mermeladas que introducía en su equipaje, y a las primas que permanecería en castidad absoluta para volver con renovadas energías a jugar con ellas bajo el edredón.

(Isabel Allende)

ISABEL ALLENDE

Isabel Allende, nacida en Chile en 1942, vive actualmente en los Estados Unidos. Periodista de profesión, tuvo durante 15 años una columna humorística en su país y más tarde en Venezuela, donde residió después del Golpe Militar de Chile en 1973. Hizo televisión, escribió crónicas periodísticas que abarcaron diversidad de temas, obras de teatro y cuentos infantiles. Hoy es sin duda la novelista latinoamericana más leída en el mundo. Algunos de sus libros, *La casa de los espíritus*, *De amor y de sombra* y *Eva Luna*, y *Cuentos de Eva Luna*, traducidos a más de 25 idiomas, encabezan la lista de best-sellers en varios países de América y Europa. “En mis libros—ha dicho Isabel Allende—he querido contar la tragedia de este torturado continente y la esperanza de los hombres y mujeres que, como Salvador Allende y muchos otros, desean un mundo mejor.”

VOCABULARIO

embarcadero <i>m.</i>	码头	piragua <i>f.</i>	独木舟
voluptuoso, sa <i>adj.</i>	淫逸的	perorata <i>f.</i>	没趣的讲话, 令人 生厌的讲话
pilote <i>m.</i>	桩	lava <i>f.</i>	熔岩, 火山岩
protuberante <i>adj.</i>	凸出的, 突 起的	chamuscado, da <i>adj.</i>	烧焦的
converso, sa <i>m., f.</i>	改变信 仰者, 皈依者	fornicación <i>f.</i>	私通
		sideral <i>adj.</i>	星的, 恒星的

Satanás	撒旦	顶端起加固作用的)金属包头
lejía	<i>f.</i> 碱液	detractor <i>m.</i> 伤害者, 毁坏者
flamígero, ra	<i>adj.</i> 火红的	podar <i>vt.</i> 除去
sancochar	<i>vt.</i> 煮, 烧	malabar <i>m.</i> 杂耍
dinosaurio	<i>m.</i> 恐龙	jergón <i>m.</i> (作床用的)草垫
contrición	<i>f.</i> 悔悟, 悔罪	trementina <i>f.</i> 松脂
baldosa	<i>f.</i> 瓷砖, 花砖	infusiones de hierba 草药汤剂
anacoreta	<i>f.</i> 隐士	serpentario <i>m.</i> 恶魔
formol	<i>m.</i> 甲醛	fatídico, ca <i>adj.</i> 预见的
traumatismo	<i>m.</i> 伤害	escama <i>f.</i> 鳞
delantal de matarife	屠夫的围裙	ofidio <i>m.</i> 蛇
rémora	<i>f.</i> 不舒	cráter <i>m.</i> 火山口
articulación	<i>f.</i> 关节	amiba <i>f.</i> 阿米巴虫
flamante	<i>adj.</i> 光亮的; 热情的	helecho <i>m.</i> 蕨类植物
pronóstico	<i>m.</i> 预言, 预测	abarroado, da <i>adj.</i> 装满的
hipotético, ca	<i>adj.</i> 假设的	agnóstico, ca <i>adj.</i> 不可知论的
moretón	<i>m.</i> 栓剂	hemipléjico, ca <i>adj.</i> 半身不遂的
adormilado, da	<i>adj.</i> 沉睡的	embalsamado, da <i>adj.</i> 涂上防腐药物的
angarilla	<i>f.</i> 抬架	claraboya <i>f.</i> 天窗
mazmorra	<i>f.</i> 土牢, 地牢	liceo <i>m.</i> 学校
conspicuo, cua	<i>adj.</i> 著名的, 出众的	castigos corporales 体罚
corcel	<i>m.</i> 马	vástago <i>m.</i> 发芽, 生长
desparramo	<i>m.</i> 伸展, 扩大; 挥霍	sacar de quicio 激怒, 使生气
entomólogo, ga	<i>m., f.</i> 昆虫学家	insinuar <i>vt.</i> 提示, 暗示
férula	<i>f.</i> (手杖, 木柄, 伞柄等	dignatario <i>m.</i> 高官显贵
		nalgas <i>f. pl.</i> 臀部

prurito *m.* 瘙痒
 genética *f.* 遗传学
 jugar una mala pasada 恶作剧
 tara *f.* 影响
 congénito, ta *adj.* 先天的
 demencia *f.* 痴呆
 enrolarse *vr.* 入伍
 abochornar *vt.* 使羞愧
 lupa *f.* 放大镜
 cocinar a fuego lento 用文火煮
 romero *m.* 迷迭香[植物]
 hornear *vt.* 烤
 cadencioso, sa *adj.* 有节奏的
 canela *f.* 茴香
 afrecho *m.* 麸皮, 糠
 aserrín *m.* 木屑
 armisticio *m.* 停战, 休战
 culo *m.* 肛门
 requisar *vt.* 征用
 barricada *f.* 路障
 cabizbajo, ja *adj.* 低着头的
 expectante *adj.* 期望的
 alambre de púas 带刺铁丝
 follaje *m.* 树枝
 suelo erosionado 水土流失的地
 yermo *m.* 荒地
 estéril *adj.* 无生产能力的; 无
 生殖能力的
 letrina *f.* 公共厕所
 patíbulo *m.* 断头台, 绞架
 marioneta *f.* 木偶
 macabro, bra *adj.* 阴惨的
 culata *f.* 枪托
 casaca *f.* 老式长外套
 instinto *m.* 本能
 nostalgia del hogar 思念家人
 apátrida *adj.* 无国籍的, 无公
 民身份的
 desertar *vi.* 当逃兵
 galón *m.* 细带, 条带
 añoranza *f.* 思念, 怀念
 atascar *vt.* 阻碍, 阻塞
 sonido gutural 喉音
 tosco, ca *adj.* 粗暴的, 粗俗的
 extenuación *f.* 疲惫, 衰竭
 malabarismo *m.* 杂耍
 trabajo forzado 强迫劳动
 ratería *f.* 偷窃
 estar atiborrado 塞满……的
 prolijidad *f.* 冗长, 啰嗦
 escarabajo *m.* 甲虫
 gaviota *f.* 海鸥
 lechoso, sa *adj.* 乳白色的
 villancico *m.* 圣诞颂歌
 francachela *f.* 愉快的进餐
 gaznate *m.* 食道
 desgañitarse *vr.* 变得沙哑
 aspaviento *m.* 夸张

almizcle *m.* 麝香
 bautismo *m.* 洗礼
 agazapado, da *adj.* 蹲着的
 chancletas *f. pl.* 拖鞋
 picapleito *m.* 律师
 piropo *m.* 阿谀, 献媚
 retribuir *vt.* 补偿
 mullido, da *adj.* 填满柔软物
 的
 organza *f.* 透明硬纱
 creta *f.* 粉笔
 limbo *m.* 地狱的外缘[善良
 的非基督教徒或未受洗礼者
 的灵魂归宿处]
 fetiche *m.* 偶像、崇拜物
 deidad *f.* 神, 神性
 altanero, ra *adj.* 高傲的
 santoral *m.* 神历
 morboso, sa *adj.* 病态的
 reliquia *f.* 古物
 insigne *adj.* 杰出的, 卓越的
 venial *adj.* 可原谅的
 en promiscuidad con 与……混
 在一起
 brizna *f.* 微粒, 些微
 bullaranga *f.* 欢闹
 pordiosero, ra *m., f.* 乞丐
 arreciar *vi.* 加剧
 relajo *m.* 放松
 atisbar *vi.* 窥视
 motas de algodón 棉花线团
 papilla *f.* 面包粥, 奶面糊
 puma *m.* 美洲豹
 sepelio *m.* 葬礼
 camposanto *m.* 墓地, 公墓
 garrotazo *m.* 击打
 aparatoso, sa *adj.* 夸大的
 presbítero *m.* 地方教会监察
 者
 arrumbado, da *adj.* 搁置在一
 边的
 el rabillo del ojo 眼角
 sobrepasarse al desconcierto 克
 服惶恐心理
 relicario *m.* 神物盒
 piojo *m.* 跳蚤
 insolente *adj.* 蛮横无理的
 columna *f.* 柱子
 musgo *m.* 苔藓
 arabesco *m.* 阿拉伯史式
 voz atiplada 尖嗓子
 hostigamiento *m.* 骚扰
 gaceta hipica 马术杂志
 modorra *f.* 懈怠
 hipódromo *m.* 跑马场
 jabón desinfectante 药皂
 cortar al rape 剃成平头
 bicarbonato *m.* 二氧化碳

haraganear *vi.* 闲混
berenjena *f.* 茄子
excentricidad *f.* 反常,怪癖
cucaracha *f.* 蟑螂
inopia *f.* 贫穷
a crédito 借款
cachivache *m.* 小玩意
piruli *m.* 长形或尖形糖果
pillo *m.* 小流氓
regatear *vi.* 讨价还价
especulador *m.* 囤积者
perejil *m.* 欧芹
delfin *m.* 海豚
antaño *m.* 昔日
trajines de la casa 家事忙碌
zarandear *vt.* 惹怒
arañar *vt.* 抓
desmoronarse *vr.* 散开
agonizante *adj.* 死般痛苦的
salir disparado 飞快离开
frenazo de vehiculos 车子的紧急刹车
pregón *m.* 叫卖
fritanga *f.* 油煎食物
ceiba *f.* 木棉树
ecuestre *adj.* 骑马的
profecía *f.* 预言,预示
pileta *f.* 小盆
dril *m.* 斜纹布

cicatriz *f.* 伤疤
engatusar *vt.* 哄,劝诱
zarpazo *m.* 爪击
remate *m.* 甩卖
virilidad *f.* 男子气概
laberinto *m.* 迷宫
escabullir *vr.* 溜走
monóxido de carbono 一氧化碳
redimir *vt.* 赎回
arrepentirse *vr.* 后悔
en un santiamén 一瞬间
hacerse la permanente 烫头发
colorín colorado 就这样[讲故事用语]
nitidez *f.* 干净利落;简洁
dormir a la intemperie 住宿露天
atinar *vi.* 正中
pisadera *f.* 踏脚处
parachoque *m.* 防撞杆
añil *m.* 靛蓝
agravio *m.* 伤害,苦难
cachetazo *m.* 耳光
rodete *m.* 发结
reprimenda *f.* 严责
parpadear *vi.* 眨眼
compresa *f.* [医]敷布,压布
magullón *m.* 内伤

mixtura <i>f.</i> 混合	vapuleado, da <i>adj.</i> 受苦的, 受折磨的
inocuo, cua <i>adj.</i> 无害的	cretino, na <i>adj.</i> 患呆小病的
un tipo de modales afectados 举止做作的人	orfanato <i>m.</i> 孤儿院
uñas barnizadas 涂上指甲油的指甲	sádico, ca <i>m., f.</i> 残暴色情狂
sinistro, tra <i>adj.</i> 邪恶的, 有害的; 不详的	estar fregado 很烦恼
caimán <i>m.</i> 大鳄鱼	fulminado, da <i>adj.</i> 被暴发性疾病击倒的
piraña <i>f.</i> 南美比拉鱼	desencadenar un rosario de imágenes 出现一连串幻想
encariñarse con <i>vr.</i> 和……友好	merengue <i>m.</i> (覆盖在饼上的) 蛋白糖霜
féretro <i>m.</i> 棺材	réplica <i>f.</i> 复制品
mortuorio, ria <i>adj.</i> 停尸的	Cenicienta 灰姑娘
descifrar <i>vt.</i> 破译	patin <i>m.</i> 滑冰鞋
canjear <i>vt.</i> 交换	desparramar <i>vt.</i> 四散
desbocado, da <i>adj.</i> 猛烈的	columpio <i>m.</i> 秋千
borroso, sa <i>adj.</i> 不清楚的, 模糊的	trineo <i>m.</i> 三套车
yuca <i>f.</i> 丝兰[植物]	martas cibelinas 黑貂
estrafalario, ria <i>adj.</i> 可笑的, 荒唐的	pasmoso, sa <i>adj.</i> 惊人的
divagación <i>f.</i> 离题	mesonero <i>m.</i> 旅店老板
lombriz <i>f.</i> 蠕虫; 蛔虫, 肠虫	llevar la contra 反对
pene <i>m.</i> 阴茎	exuberante <i>adj.</i> 繁茂的, 茂盛的
flácido, da <i>adj.</i> 松弛的, 不结实的	contrabandista <i>m., f.</i> 走私者
atosigar <i>vt.</i> 逼, 使窘迫	derroche <i>m.</i> 挥霍
principiante <i>m., f.</i> 初学者	pensiones de jubilados 退休金
	calles atoradas de vehículos 塞满车辆的街道

odalisca <i>f.</i> (伊斯兰教国家后 宫里的)女奴	forense <i>m.</i> 法医
témpano <i>m.</i> 铜鼓	autopsia <i>f.</i> 尸体解剖
a remolque 拖者	empecinarse <i>vr.</i> 固执坚持
pereza <i>f.</i> 懒惰	aglomerarse <i>vr.</i> 聚集
gestarse <i>vr.</i> 生成	reguero de pistas 一丝痕迹
ser partidario de 赞同……的, 支持……的	impunidad <i>f.</i> 无罪,不受惩罚
pedalear <i>vi.</i> 踏,踩踏	enaltecido, da <i>adj.</i> 被抬高的
incólume <i>adj.</i> 安全的	jaqueca <i>f.</i> 头疼
infortunio <i>m.</i> 不幸	ambulancia <i>f.</i> 救护车
haya <i>m.</i> 英国栎	indigestión común y corriente 一般性的消化不良
castaño <i>m.</i> 栗子	surtir efecto 产生后果
abedul <i>m.</i> 桦,白桦	ojos sosegados 平静的眼神
ir en ascuas 焚烧;激烈	letanía <i>f.</i> 一连串
montarse a horcajadas 跨骑,两 脚分开着骑	asedio <i>m.</i> 包围
manubrio <i>m.</i> 手柄	zapatos con tacones de estilete 后跟针状般尖的高跟鞋
avispero <i>m.</i> 大群黄蜂	pulcritud <i>f.</i> 完美
espantapájaros <i>m.</i> (田里的) 稻草人	proa <i>f.</i> 船头
monolitico, ca <i>adj.</i> 磐石般 的,铁板一块的	popa <i>f.</i> 船尾
asfixia <i>f.</i> 窒息	otear <i>vt.</i> 注视
silbato <i>m.</i> 口哨	aflicción <i>f.</i> 苦恼,忧伤
desgarbado, da <i>adj.</i> 难看的, 粗俗的	pasarela <i>f.</i> 人行小桥
pecoso, sa <i>adj.</i> 有雀斑的	filibustero <i>m.</i> 海盗,掠夺兵
azulejo <i>m.</i> 琉璃瓦	deslumbrado, da <i>adj.</i> 眼花缭 乱的
	pródigo, ga <i>adj.</i> 丰富的,大 量的
	concupiscencia <i>f.</i> 贪欲

chuchería <i>f.</i> 零碎小物件	mortadela <i>f.</i> 意大利大红肠
Alpes 阿尔卑斯山脉	albaricoque <i>m.</i> 杏
Danubio 多瑙河	fresa <i>f.</i> 草莓
enclavado, da <i>adj.</i> 嵌入的	parrafada <i>f.</i> 整段讲话
de buena cepa 质量好的, 优质的	a simple vista 看一眼, 初看的
utopía <i>f.</i> 乌托邦	cirio <i>m.</i> 蜡烛
embutido <i>m.</i> 腊肠	pelaje <i>m.</i> 皮毛
albergue <i>m.</i> 客栈	congéneres <i>m. pl.</i> 同属的人, 同类人
relojes cucú 布谷鸟钟	pedigree <i>m.</i> 血统
alguitrán <i>m.</i> 沥青, 柏油	obtuso, sa <i>adj.</i> 迟钝的
impermeabilización <i>f.</i> 不渗水	zanjar <i>vt.</i> 结束
acordeón <i>m.</i> 手风琴	ponerse a tono con 与……一致
obsesivo, va <i>adj.</i> 入迷的, 摆脱不了的	retozar <i>vi.</i> 欢跃, 跳跃
petulancia <i>f.</i> 自负	aguamarina <i>f.</i> 海水色
proeza <i>f.</i> 业绩	hacer una zancadilla 绊倒
cachorro <i>m.</i> 小狗	airear los edredones 抖被子
olisquear <i>vt.</i> 闻, 嗅	preñar <i>vt.</i> 使怀孕
alardear <i>vi.</i> 夸耀	amordazar <i>vt.</i> 使缄默
pragmatismo <i>m.</i> 实用主义	ganar una aureola 得到赞扬
candoroso, sa <i>adj.</i> 纯正的	valkirias <i>f. pl.</i> 瓦尔基里[古斯堪的那维亚神话中为奥丁神服务并被派往战场的少女]
clarividencia <i>f.</i> 洞察力	desintoxicarse <i>vr.</i> 解毒
molicie <i>f.</i> 温柔	admiración desmesurada 极度赞赏
aspereza <i>f.</i> 粗糙; 坎坷	antro <i>m.</i> 洞穴
cilantro <i>m.</i> 香菜	castidad <i>f.</i> 贞节, 贞操
aliño <i>m.</i> 装饰	
longaniza <i>f.</i> 大猪腊肠	

LOS DIOSES DEBAJO DE LA LLUVIA

IV

Era una de esas mañanas engañosas, ambiguas, en las que el sol se esconde detrás de las franjas de nubes, como si tuviera vergüenza de mostrarse a los hombres. Olía a humedad y el cielo pugnaba por definir su estado de ánimo: los cúmulos densos transitaban con lentitud sobre los tejados de Jalapa dejando ver, entre sus resquicios, la superficie límpida y brillante de un espacio terso. El gran astro enviaba sus rayos a la tierra con poderosa fuerza cuando las nubes de color manzana dejaban un leve hueco en su andadura, y los ariscos cerros de la Yegua, Jesús, Sandino, Providencia y El Aguila, que cercaban como una corona de hierro los límites del poblado, aparecían y desaparecían sobre las espesas moles algonadas, semejantes a colosales seres llegados de una galaxia remota.

Luis Ribera reparó en que aquel día era sábado cuando se topó, casi por sorpresa, con el ajetreo del mercado. Su reloj pasaba escasos minutos de las diez de la mañana, y no obstante una parte de los comerciantes habían comenzado a recoger sus tenderetes. No era aquél, sin embargo, un hecho extraño, ya que las gentes acudían a la feria de los sábados desde que las primeras luces del día iluminaban el cielo, y se retiraban de nuevo a los pequeños poblados cercanos, o a

los ranchitos perdidos en las montañas, cuando aún no se había cumplido el mediodía.

El espacio de aquel mercado ocupaba poco más de dos mil metros cuadrados de terreno. En su centro, una sencilla construcción cuadrangular de adobe albergaba una docena de establecimientos de ropa y calzado, y también una cantina. A su alrededor, los mercaderes levantaban con la amanecida tiendas de campaña de vivos colores y exponían sus productos sobre mantas extendidas en el suelo, o los más afortunados, sobre mostradores de madera de ocote contruidos con rústica presteza. Era posible encontrar allí de casi todo: telas, bordados, medias, pantalones, especias, frutas, café y frijoles, arroz, mazorcas de maíz, botas de goma, arreos de caballería, aperos de labranza, semillas, bragas de llamativos dibujos y sostenes de tamaño de ubre de vaca, vajillas de loza, cerámica, cuberterías, ropa de cama, perfumes baratos etiquetados supuestamente en París, cinturones de piel de serpiente, juguetes toscos de madera o de plástico, adornos de bisutería, peines, limas, tijeras, pinzas, clavos y martillos, y cuerdas, alambres, mangueras de goma... Oía a yerbas silvestres y a bálsamos falsificados aunque, a veces, la humareda de alguna fritanga ahogaba por unos instantes el perfumado aroma del aire. Alrededor de aquel espacio inundado de gente, en el que unos marchaban a caballo y otros a pie, abrían también su pequeño negocio limpiabotas y barberos, mientras que los niños corrían alegres de un lado a otro de la feria tratando de robar algunas golosinas a los mercaderes menos avisados. En la cantina se servían cervezas y jugos de frutas; también, ron (Flor de Caña); y tiste y pintillo, dos refrescos hechos con maíz. En el cuartucho interior, para los clientes de confianza, había cucusa, la mortífera bebida que años atrás habían prohibido las autoridades sandinistas.

Fuera del recinto ferial, varios corrales acogían terneros, cabritos y cerdos destinados también para la venta. De numerosas jaulas escapaba el griterío de varias docenas de gallinas, que mezclaban sus cacareos con los agudos chillidos de cuatro o cinco cacatúas encerradas en una jaula próxima. Dos monos congos, de redonda cara negra, ojos saltones y larga cola, probablemente traídos de las lejanas selvas del Atlántico, contemplaban asustados, desde el pequeño árbol donde los mantenían atados con cadenas, el insólito espectáculo humano que transcurría a su alrededor. Luis vio también unas jaulitas donde temerosamente se escondían algunos ciertogüis, los diminutos pájaros cantores de Nicaragua, y atada con alambres a un poste de luz, una enorme iguana de color oscuro que parecía estar muerta o dormida. En las ramas de los árboles cercanos, zanates y zopilotes aguardaban con resignado conformismo la hora en que aquella multitud habría de retirarse dejando en el recinto un rastro de huesos de pollo, nervios de churrasquito, restos de pan y cáscaras de frutas.

Muchos hombres atenazados por cualquier tipo de sufrimiento interior han encontrado su salvación en la monotonía cotidiana de la vida. Y esa monotonía, en la mayor parte de las ocasiones, es capaz de sobrevivir y rehacerse en situaciones límites como la guerra o la escasez. Luis Ribera, sin embargo, no lograba hallar en los últimos días, en las últimas horas, los hilos de la normalidad y de la vulgaridad de su vida. Porque sentía que nada era ya como antes, que no sería posible repetir sus antiguos hábitos o recuperar los restos de la costumbre. Su propio yo, su propio espíritu, se parecía más al de un hombre nuevo, a un hombre distinto, que al Luis que vivió en su interior durante los años recientes. O, tal vez, tan sólo sucedía que no deseaba regresar en el tiempo para recuperar su propio rostro,

sino que, inmerso en una especie de extraño alivio trágico, quería ser otro.

Se había alejado de la Casa Cural en dirección a las montañas, sin calcular el rumbo de sus pasos, ajeno a las gentes que marchaban a su lado. No deseaba cruzarse con Ramírez cuando éste regresara para esperar a su chófer. Prefería que el otro se fuera y no volver a encontrarle jamás en toda su vida. Pero su irritación no había disminuido, sino en todo caso aumentado. Y caminaba casi como si marchara ciego, hablando para sí mismo con cierta furia contenida, a paso rápido, dejándose llevar hacia la dirección que sus pasos escogieran.

Pero no, no era exactamente la furia o la irritación lo que determinaba su estado de ánimo. No había dormido y llevaba una buena porción de alcohol dentro del cuerpo. . . , y no, no, tampoco el cansancio o los efectos del ron podían ser la causa de su forma de sentir en esa hora.

Era una suerte de temor, quizás incluso de terror. Su propia conciencia parecía negarse a admitir con claridad y valor el peso de la culpa que se alojaba en su espíritu. Podía, haciendo un esfuerzo, reconocer en él al mismo Luis Ribera de otros días, de otros años. ¿Pero era ya el mismo? Dentro de sí, en su interior, veía ahora asomar fuerzas ignoradas que le producían un enorme miedo. . . Durante tantos años había vivido de espaldas a la certidumbre de que el bien y el mal existían realmente en la Tierra, que ahora se sentía asustado al reconocer que el horror le hacía gestos, que nacía desde su propio corazón y que él mismo era ya parte de ese espanto. “No se puede justificar el mal ni siquiera como liquidador del mal”, volvió a decirse. Y en la jovialidad de aquella mañana bulliciosa, en la algarabía del ir y venir de las gentes entre los tenderetes de vivos

colores, se vio a sí mismo como un ser sobrepasado, como un animal humano carente de armonía, semejante a una imagen viva lanzada al centro del torbellino de lo terrible, como un ángel empujado al interior del alma del horror.

Se sentó sobre un pequeño pilar de cemento, una especie de cubo probablemente puesto allí como primera piedra de un edificio que nunca se levantó. Frente a él, media docena de chavales jugaban junto a sus toscas cajas de limpiabotas. No había ya clientes en aquella hora y los niños practicaban *el rial*, un juego consistente en lanzar monedas de cincuenta centavos contra la pared y procurar que cayesen a menos de una cuarta de distancia de las que se habían arrojado antes. Si así sucedía, el chaval afortunado podía embolsarse todos aquellos *riales* que quedaban próximos al suyo. Era un entretenimiento popular entre la población infantil de Jalapa, y Luis lo había visto jugar en numerosas ocasiones en las calles del pueblo.

Alguna vez, incluso, se había animado a practicarlo con los crios. Era una forma de dar varias monedas a aquellos pobres niños sin que su gesto pudiera ser interpretado como una forma directa de caridad. Porque a Luis, desde muchos años atrás, la caridad le parecía la menos cristiana de las virtudes pregonadas por los textos religiosos. Había siempre algo humillante, e incluso autojustificativo, en el gesto de entregar unas monedas a los seres miserables. Era como una renuncia a obligaciones superiores, a generosidades de mayor rango. En cierta forma, participaba de aquel criterio que una vez escuchó a Servando: “una palabra liberadora comprendida por los pobres, tiene mayor valor que miles de monedas entregadas por caridad...”.

Servando..., el nombre se resistía a escapar de su memoria. Todo invocaba en Jalapa a su imagen: estaba en aquellas calles, en

las gentes, en los niños. . . , y permanecía firmemente agarrada en el sentimiento del padre Luis, sujeta con la fuerza de una ventosa, negándose a ser arrojada al exterior.

A su llegada a Jalapa, aún debió de aguardar casi un día entero antes de verle. Pero en las conversaciones del viaje con Cumeyes, durante las horas iniciales transcurridas en la pensión 《El Progreso》, podría decir ahora que incluso en el aire de aquel primer día en Jalapa, todo convocaba a Servando. . .

A pesar de los sentimientos de antipatía que aquel hombre le provocaba, notó en su interior una sensación cercana al desamparo cuando Cumeyes abandonó la pensión y le citó para la mañana siguiente. El rostro fatigado y esculpido en cien arrugas de doña Obdulia le sonreía con aire triste. Era el suyo un flaco cuerpo, casi roto por la vida, pero los profundos ojos azules de la anciana parecían como una luminosa gema arrojada casualmente sobre un puñado de hojas secas.

—Le prepararé la mejor de mis habitaciones, la que corresponde a un hombre de su categoría, padre Luis —dijo la mujer rompiendo unos breves instantes de silencio.

Guiado por la anciana, atravesó el lóbrego pasillo de un suelo de cemento malamente alisado. A su izquierda dejó una habitación en la que pudo distinguir dos grandes lechos cubiertos de mantas y sábanas en desorden. A la derecha del corredor quedaba la cocina, una cámara de grandes proporciones con un par de fogones de hierro y un número incalculable de cazuelas, platos y tazones de latón. Sobre las estanterías del tosco armario se amontonaban las yucas, las bananas, los huevos y los sacos de frijoles y de arroz. También frascos con sal, y azúcar; y pimienta, achote, orégano. . .

El corredor terminaba en una suerte de porche con tejado de

metal que se abría a un patio de considerable anchura. Crecían en su centro, sin cuidado alguno, un malinche y un arbusto de café, del que colgaban racimos de granitos rojos que nadie parecía ocuparse en coleccionar. En un extremo del patio, una caseta ocultaba el excusado y, junto a ella, un parapeto de cemento sin techado servía de cuarto de ducha, con un largo tubo de metal que subía hasta dos metros y curvaba su boca en dirección al suelo. Alrededor de aquel espacio abierto del patio, un edificio de una sola planta se distribuía, en hilera, en una docena de habitaciones, burdamente identificadas con números dibujados a mano sobre el marco de cada una de las puertas.

La suya era la número siete y quedaba casi en el centro de aquella plazuela, frente al arbusto de café. Luis se sonrió cuando la anciana se detuvo al lado del cuarto; reconocía que aquello era una estupidez, pero desde siempre había creído que el número siete le traía suerte; era algo así como su privado signo mágico.

La puerta, que encajaba mal, chilló cuando doña Obdulia corrió el cerrojo y empujó hacia dentro. Ante Luis se mostró una habitación de cortas proporciones, apenas nueve o diez metros cuadrados, sin ventanas al patio o a la calle, y con un gran camastro de metal, cubierto por una colcha confeccionada con retales de diversos colores, como único mobiliario de la estancia. Se distinguía el vientre de las tejas que formaban el techo, por algunos de cuyos resquicios se filtraba la claridad del día. Una bombilla desnuda que colgaba de un cable era la sola luz de aquella sala.

Echó las dos bolsas de viaje a un rincón y sin cerrar la puerta, se sentó en la cama. Crujieron los muelles y una cucaracha de pequeñas proporciones y caparazón rojo y brillante salió del interior de la colcha y trepó por la pared hasta ocultarse en una grieta. Luis percibió cómo las sensaciones de soledad y temor crecían en su interior, con más

nitidez que antes. Se hallaba al término de su viaje, había llegado a la ignota Jalapa, y ahora, en aquel cuarto se veía a sí mismo como un naufrago, como un pequeño insecto abandonado en un rincón del mundo e incapaz de encontrar un destino concreto hacia donde dirigirse. Se sentía rezagado en el tiempo, perdido en el espacio, condenado a un vagabundeo indeterminado que tal vez no tenía otro móvil que una ignorada desesperación ni otro objetivo que la simple destrucción de sí mismo. Ni siquiera poseía un armario donde guardar las pocas cosas que constituían su equipaje. . . Toda la magia de los días anteriores, el vehemente anhelo de lo desconocido, la apasionada urgencia por encontrar aquel lugar remoto que había instalado ya en el vértice de su propia esperanza, amenazaban ahora con esfumarse para siempre. Casi sentía deseos de llorar, y hubiera podido hacerlo de dejar correr en ese instante, libremente, sus propias emociones. Pero también había aprendido, muchos años atrás, a dominar sus sentimientos, desde los lejanos días del seminario. Las lágrimas entonces se combatían con rezos, los estados de depresión se ahogaban en variadas formas de penitencia, las crisis anímicas eran derrotadas por la fuerza de una fe conculcada en cada rincón de aquella casa de religiosos y aprendices de sacerdote. Luego, al paso de los años, cuando ya las oraciones, las penitencias y la fe habían diluido la eficacia de sus efectos, Luis se refugió en el aprendizaje de un cierto excepticismo y una suave resignación. Llegó al convencimiento de que las cosas no podían ser transformadas en exceso respecto a como el mundo las planteaba, que los pobres seres individuales muy poco podían hacer para imponer al universo su propio espíritu y su propia confianza, que la fe en dioses lejanos o en la propia fortaleza del espíritu era poco más que un débil escudo que malamente podría proteger el frágil corazón humano. Y sólo la

resignación, o la conciencia de que, a fin de cuentas, tampoco importaba mucho en la totalidad del tiempo y del espacio la desdichada vida de un solo hombre, o de todos los hombres considerados uno por uno, podría servirle como remedio para el combate contra sus horas infelices.

Pero, a pesar de todo, le entristecía el derrumbe de su propia esperanza, la caída, en aquellos breves y exactos minutos, de cuantas ilusiones había almacenado su corazón de los últimos días y en los últimos meses, desde que su destino en Nicaragua había sido ya aprobado y desde que puso por primera vez el pie en el aeropuerto de Managua.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de su guayabera y lo prendió. Arrojó la cerilla humeante al suelo de tierra endurecida donde quedaban los rastros de un antiguo baldosín. Luego, se dejó caer de espaldas y su cuerpo quedó atravesado en horizontal sobre el camastro. De los muelles de la cama pareció levantarse un clamor de animales aterrorizados, como si sobre los cuerpos de mil minúsculos seres se hubiera derrumbado de pronto la gigantesca mole de un pavoroso animal prehistórico.

Las voces de unos niños le sacaron de aquel estado de abandono y depresión. Los oyó hablar en el patio; su algarabía parecía ir acercándose a su cuarto. Se incorporó hasta quedar de nuevo sentado sobre la cama.

Una carita redonda apareció tras la hoja de la puerta. Al ver la sonrisa del niño, Luis se sintió invadido por una cierta sensación de ridículo. Alzó ligeramente el cuerpo e intentó a su vez sonreír.

—Hola, chico—le dijo.

Detrás del niño asomaron los rostros alegres de dos niñas algo mayores que él.

—Hola, padre—dijeron casi a coro las tres voces.

Luis se incorporó y caminó hacia afuera. En el amplio patio, la claridad del día iba difuminándose con rapidez; apenas restaban quince o veinte minutos de luz. Sobre los montes próximos corrían franjas de nubes blanquecinas que se hacían jirones al chocar con las afiladas crestas de los cerros.

—Me llamo Reynaldo —dijo el chaval adelantándose hacia él y tomándole la mano para besársela.

—Vaya, un bonito nombre. ¿Y vosotras?

—Yo soy Yvonne —dijo la niña de ojos negros y tez aceitunada.

—Y yo Magda —respondió la otra, algo más corta de estatura y ataviada con un vestido blanco de encaje.

—¿Cuántos años tenéis?

—El tiene ocho, es mi hermano. Magda y yo once, somos primas —contestó la primera niña.

—Muy bien, muy bien, ¿y cómo sabíais que yo era sacerdote?

—Ayer nos dijo la abuela que vendría usted. Se llama padre Luis —dijo de nuevo Yvonne.

—Vuestra abuela es doña Obdulia, supongo. . .

Reynaldo había vuelto a tomar la mano de Luis y permanecía con la cabeza apretada contra su cuerpo. Le miraba desde abajo, sonriente.

—Si, y nos ha dicho que si quiere usted un café lo podrá tomar allí con nosotros, en la sala.

—Vamos allá, pues.

Las dos niñas corrieron hacia el pasillo llamando a gritos a su abuela. Reynaldo caminó despacio junto a Luis, sin soltar su mano, su cuerpo arrimado al del sacerdote.

—¿Eres buen estudiante, chaval?

—Mi mami dice que no, que tengo mucha vagancia, como mi padre.

—¿Vivís con la abuela?

—No, no... , tenemos nuestra casa. Pero mami trabaja de enfermera y cuando está de guardia venimos aquí y también dormimos aquí.

—¿Y tu padre trabaja?

El niño se encogió de hombros.

—No lo sé. Se marchó de casa hace mucho tiempo... Yo no le veo desde hace muchísimos años.

—¿Cuántos años?

—Huy, por lo menos dos.

La <sala>, para los habitantes de aquella casa, era un extremo del pasillo sobres el que había una larga y ancha mesa de madera arrimada contra la pared. Al otro lado, la puerta del dormitorio seguía abierta, en penumbra ya con la huida de la luz del sol. Sobre la mesa caía una bombilla desnuda que Yvonne encendió. Llevaron hacia allí a Luis y le hicieron sentar en una silla sobre la que descansaba un cojín de fuerte color rojo. Los tres niños se acomodaron a su vez junto al tablero con las miradas detenidas sobre el rostro del sacerdote.

Doña Obdulia apareció en la puerta de la cocina con un tazón humeante en la mano. Caminaba a pasos cortos, los ojos fijos en el recipiente.

—Tómelo despacito, padre Luis —dijo al tiempo que depositaba el tazón delante de él—, está bien calentito. ¿Quiere comer algo?

—No, señora, muchas gracias, está bien así.

—¿Viene usted también de España, padre? —le preguntó Yvonne al tiempo que Luis se mojaba los labios con el primer sorbo

ardiente de café.

—Sí, sí, de allá vengo. ¿Sabéis dónde está?

—Huy, muy lejos. . . —dijo Magda.

—Los españoles fueron los primeros que trajeron la esclavitud a Nicaragua —añadió Reynaldo.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Lo dice mi libro del colegio.

—¿Y sabes lo que es la esclavitud?

—Pues es cuando unos hombres matan a otros porque no quieren que les hagan trabajar con ellos. Después de los españoles, Somoza trajo también la esclavitud hasta que Sandino trajo la libertad y luego vino la guerra y el Frente Sandinista terminó con la esclavitud.

—¿Todo eso lo aprendes en el colegio?

—Sí. . . , y también en la misa.

—¿En qué misa?

—Lo dice el padre Servando. El es español, pero no quiere la esclavitud. ¿Y usted?

—Yo tampoco. . . , ¿y eso lo dice en misa?

—Sí, claro —intervino Yvonne con gesto serio mientras Magda asentía solemnemente a su lado—. Y dice cosas muy bonitas: que en Nicaragua los niños estamos creciendo con la libertad. ¿Usted también sabe decir esas cosas, padre?

—Bueno. . . , llevo poco tiempo en Nicaragua, no conozco todavía bien vuestro país.

—Jalapa es muy bonito. Y está cerca el río Lindo. Allí vamos a bañarnos los domingos.

—¿Y qué más dice el padre Servando?

—Habla también de Sandino y del Frente Sandinista y de los

Comités de Defensa y de que Dios está con la justicia y contra la esclavitud.

—Sandino es como Bolívar y como Lenin —cortó de nuevo Reynaldo.

—¿Eso lo dicen también tus libros?

—Sí, sí, dice mi libro que son las tres mayores glorias de la Humanidad.

—¿Y sabes tú qué es una gloria de la Humanidad?

—Los que han luchado contra la esclavitud más que nadie para traer la libertad, ¿no, padre?

—Si lo dicen tus libros. . .

Yvonne se levantó y se acercó hasta él, apoyándose sobre la mesa.

—¿Quiere jugar con nosotros a la ⟨chalupa⟩, padre?

—No sé qué es la ⟨chalupa⟩. . .

—Es un juego muy bonito de animales y hombres y cosas lindas —dijo el niño.

—Ande, padre, juegue. . . —El rostro hermoso de Yvonne sonreía con un leve toque de coquetería en la mirada.

—Bueno, si me insistís tanto. . .

Los tres niños echaron a correr hacia el dormitorio. Desde la puerta de la cocina, los ojos grandes y juveniles de doña Obdulia miraban al sacerdote.

—No se deje llevar por los chigüines, padre Luis, que no hay quien los despegue luego. . .

—No se apure, señora, me gustan los críos. . .

Regresaron al punto con un paquete de arroz, varias cartulinas y una bolsita de plástico en la que había otros cartones de más pequeño tamaño. Yvonne extendió los objetos sobre la mesa, dejando a un

lado el paquete de arroz.

Las cartulinas se dividían en ocho casilleros, en cada uno de los cuales aparecía dibujada con colores vivos una figura distinta: un burro, un cacto, una luna, un payaso, una chalupa. . . Los cartones pequeños reproducían, individualmente, las mismas figuras y tenían el mismo tamaño que los casilleros de las cartulinas.

—Verá, padre —explicaba Yvonne—, a usted le tocan dos cartulinas y también hay otras dos para cada uno de nosotros. Los cartoncitos se ponen del revés, se revuelven y se van sacando uno a uno. El que tenga en sus cartones la figura que salga, la tapa con un puñadito de arroz. Y así hasta que uno termine primero de llenar todas las figuras. Ese es el que gana. ¿Lo ha entendido?

—Pues sí, en España hay un juego parecido.

—¿Y cómo lo llaman? —le preguntó Reynaldo.

—Pues no me acuerdo —dio un golpe con el dedo en la nariz del niño—, pero te diré un secreto: creo que lo juegan los esclavos.

Los niños rieron sonoramente. Luego, Yvonne dio la vuelta a los cartones pequeños y los mezcló unos con otros. Repartió después las ocho cartulinas entre los niños y el sacerdote.

—¿Y quién saca los cartoncitos?

—Por turnos. Empiezo yo —dijo Yvonne.

—No, no, empiezo yo —protestó Reynaldo.

—Tú no, tú vas el último —corrigió Yvonne apartando la mano del niño.

—Bueno, bueno —intervino Luis—, empezaré yo para que no haya guerra.

Dio la vuelta a uno de los cartoncillos y apareció la figura de un elefante.

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó Magda palmeando. Luego tomó

un puñado pequeño de arroz y lo colocó sobre el casillero.

Siguieron el sol, la montaña, el perro, el payaso, el titiritero, el boxeador, la chalupa... Los niños dieron ruidosas palmas y soltaron grandes risas cuando salió la figura del sacerdote.

—¡El padre, el padre! ¡Y no lo tiene usted, no lo tiene!

—Bueno, puede que sea el padre Servando.

—No, no, ése no es el padre Servando... El padre Servando es santo —dijo Magda.

—¿Y quién dice eso? —preguntó Luis.

—Lo dice mi mami, y la mami de Reynaldo y de Yvonne también lo dice.

—Ganó la partida, finalmente, Magda, ante la mirada triste de Reynaldo, que dio un fuerte golpe con el puño sobre la mesa. Aún hubo Luis de jugar dos veces más, tal era la insistencia de los niños. Reynaldo y de nuevo Magda se repartieron los honores de la victoria.

—A mí no me importa perder —dijo Yvonne con gesto de persona mayor tras el segundo triunfo de su prima—. Después de todo, es sólo un juego.

—Pues a mí sí me gusta ganar —añadió Reynaldo.

—Usted no gana nunca, ¿eh, padre? —le dijo sonriente Magda.

—Ya ves, hoy no es mi día de suerte.

—Pues yo gano en todo. Y en las luchas en el colegio todos tienen miedo de mis puños... —señaló Reynaldo mientras apretaba los labios y cerraba las manos.

—Vaya, eres un chico fuerte.

—Es muy pendenciero, como papá... —agregó Yvonne.

—¿Tu padre es muy pendenciero?

—Eso dice mami, nosotros casi no le hemos visto.

—Juegue otra vez, padre, a lo mejor gana —propuso Magda.

—No, no, ya está bien por hoy. Otro día de éstos; ahora tengo que arreglar mis cosas. . .

Se levantó de la mesa y acarició los cabellos de Reynaldo.

—Así que tienes buenos puños, ¿eh?

El niño volvió a cerrarlos y se los mostró al sacerdote.

—Ya veo, ya. . .

—¿Vendrá mañana con nosotros al río Lindo, padre?

—Mañana es sábado, Yvonne.

—Bueno, también vamos algunos sábados. Es muy divertido.

—Ya veremos mañana, ¿de acuerdo?

Echó a andar hacia su cuarto y los niños le siguieron. La noche había caído sobre Jalapa, una noche cerrada que hacía imposible distinguir el perfil de los cerros cercanos.

Ya en la puerta de su habitación se volvió y señaló hacia los cuartos próximos.

—¿No hay otros huéspedes en la pensión?

—Sí, hay tres más ocupados —respondió Yvonne— pero vienen más tarde.

—Bueno, espero veros mañana.

—Y nos dirá si viene al río Lindo. . .

—Sí, sí, os lo diré mañana. Anda, id con la abuela.

—Va pues, padre.

Corrieron hacia el pasillo y Luis entró en su habitación. Giró el interruptor y la bombilla amarilla iluminó la breve estancia. Una polilla comenzó a dar frenéticas vueltas en torno a la luz.

Notó que sus sensaciones de angustia habían desaparecido. Afuera se escuchaban los gritos de los niños al jugar y la brisa nocturna traía desde la cocina hasta su habitación el perfume del

café. Se agachó junto a una bolsa, la abrió y tomó un par de cuartillas y un bolígrafo. Tendido en la cama, con la espalda apoyada contra la pared, comenzó a escribir una larga carta a su hermana. Lo hacía despacio, cuidando la letra, escogiendo las palabras precisas. De vez en cuando, sus pensamientos volaban a otro lugar; dejaba el bolígrafo prendido de sus labios y sus ojos se empeñaban en seguir el vuelo de la pequeña mariposa alrededor de la bombilla.

“...No sería capaz de decirte, a estas alturas, si me gusta o no este país. Se parece muy poco a España, salvo en el idioma, claro; y tampoco tiene mucho que ver con mi querida África. Los días que pasé en Managua no creo que me puedan servir para hacer un juicio sobre todo esto; aún me dominaba entonces la euforia del viaje, la sensación de novedad. Es un país muy pobre. Su campo es muy bonito, ‘muy lindo’, como acostumbran a decir aquí; pero tengo la sensación de que esto es mucho más duro y difícil de lo que a simple vista parece. La gente manifiesta una cierta resignación ante las cosas. O mejor que eso: parece que contemplan la vida con un cierto fatalismo, como si todo fuera a terminar al día siguiente y como si nada de cuanto sucede pudiera tener arreglo. No es lo que uno puede esperarse de un país revolucionario, en el que se supone que se han hecho cosas teóricamente ‘imposibles’, cosas que han cambiado la vida. Y sin embargo, a simple vista, tengo la impresión de que nadie aquí se siente capaz de transformar nada con su simple esfuerzo. No sé. Quizás es esa desesperanza, al fin, lo que hace posible que esta gente sea capaz de llevar a cabo las empresas más locas. Quizá porque la resignación y el fatalismo dejan lugar a que se acometan los más arriesgados planes...”

Escribir a su hermana era, para Luis, una costumbre desde los años de África. O tal vez algo más, puede que la necesidad de

conservar un nexo con su propio origen. Sus padres no sabían escribir, y le mandaban noticias suyas a través de las cartas de su hermana. Luego, cuando murieron, con un intervalo de pocos meses entre el fallecimiento de la madre y el del padre, Luis siguió manteniendo la correspondencia con Elvira. . . , y eso a pesar de que ella, casi diez años menor que él, era prácticamente un ser desconocido para Luis. Se había casado con un vendedor de seguros mientras él permanecía como misionero en Africa. Vivía en Tudela, su pueblo natal, y tenía ya dos hijos. Durante los años que permaneció en España, a su regreso de Africa, Luis visitó a su única familia dos veces, con motivo de las fiestas navideñas, pero apenas había permanecido con ellos más de tres días en cada ocasión. La casa de Elvira era pequeña, debía dormir en un sofá del salón, del único salón de la vivienda, y a pesar de los ruegos de su hermana y de su cuñado para que permaneciera con ellos más tiempo, se marchaba al cabo de dos o tres noches, incómodo ante las molestias que podría plantear a una familia de apretados recursos económicos. Elvira contestaba puntualmente a sus cartas, aunque a veces el correo africano las retrasaba varias semanas e, incluso, meses. Le envió también fotos de su boda y, luego, de sus hijos al poco de nacer. Y sin embargo, Luis sentía que tenía muy poco que ver con aquella gente que constituía la totalidad de su familia. ¿Los amaba? Tal vez de la misma forma en que se amaba a alguien por la simple razón de que en alguna parte está escrito que debe amársele.

“ . . . De Jalapa poco puedo decirte por ahora. Y no sé aún cómo será mi trabajo. Es un pueblo chico, construido rústicamente, de calles sin asfaltar y, claro, próximo a la guerra. Pero no te inquietes; aquí raramente cae un obús y hay diez o doce kilómetros antes de llegar a las líneas del frente de combate. Para escribirme

debes hacerlo a la Casa Cural, Jalapa, Provincia de Nueva Segovia, Nicaragua. No olvides poner también, al final de las señas, Centroamérica, por tomar todas las precauciones para que tus cartas lleguen. Ya en la próxima te diré cómo me va por aquí. De momento, estoy bastante animado, a pesar de que aún no me he instalado en la Casa Cural y me alojo provisionalmente en una humilde pensión —con la amable compañía de unas cuantas cucarachas rojas— desde donde te escribo ahora. . .”

Añadió aún unas líneas, interesándose por la salud del marido y de los hijos. Luego, echó a un lado de la cama el bolígrafo y releyó cuanto había escrito.

Dos horas más tarde, a eso de las ocho y media, el rostro de Yvonne volvió a asomar por la puerta de la habitación.

—Dice mi abuela que si quiere usted cenar unos huevos y arroz.

Ahora, sentado en un pilar de cemento frente a los niños que jugaban al *(rial)* en la puerta del mercado de Jalapa, recordaba aquellas primeras horas de su llegada al poblado con un cierto sentimiento de nostalgia. Era tan lejano aquel día. . . , incluso podría decir que el Luis de entonces, el Luis que se contemplaba a sí mismo como un ser desamparado en la pobre pensión de *(El Progreso)* era, comparado con el Luis del presente, un ingenuo y tierno niño, un hombre sin hacer y sin contrastar con el ritmo frenético de la existencia. A veces, la vida salta de golpe en la conciencia de las gentes; se producen brincos que parecen casi un siglo para el espíritu del hombre que los sufre. En tan sólo dos meses, Luis podía contemplar a su yo anterior con la mirada que un hombre pone sobre su propio hijo, tan querido como desamparado. ¿Pero podría calcular ahora cuál era el precio de esa sabiduría?, ¿podría decir si merecía la

pena poseer la conciencia que ahora tenía, y poseerla a cambio de tantas cosas destruidas? El desamparo y la soledad son dolores, desde luego; pero son tan poca cosa al lado de la absoluta certidumbre de la desesperanza...

Aquella noche conoció a Yunit. Cuando salió de su habitación para cenar, estaba en el comedor principal de la casa, en una gran mesa rectangular, sentada junto a Yvonne y dos buhoneros que se hospedaban también en *«El Progreso»*. Doña Obdulia colocaba unos cuencos de arroz junto a los platos de huevos fritos. Habían reservado para él un puesto en la cabecera de la mesa, sin duda el lugar de honor. Todos los comensales se levantaron de sus asientos con sonrisas e inclinaciones corteses de la cabeza, incluso la niña Yvonne. Y permanecieron en pie y siguiendo sus pasos con la mirada hasta que Luis logró alcanzar su sitio.

—Es mi prima mayor, se llama Yunit —dijo la pequeña sin más preámbulo.

—Hola, Yunit.

Y la muchacha se alzó un poco de la silla y realizó un amago de reverencia. Vestía una blusa ligera, bajo la que se marcaba la curva tersa de los pechos jóvenes sujetos por un sencillo sostén. Brillaba su pelo negro, un negro que parecía expulsar rayos de color verdoso, como las piedras de obsidiana. Herían también sus ojos oscuros, mientras que la boca carnosa y sensual parecía brincar de aquel rostro esculpido en piel canela.

Los buhoneros eran dos tipos habladores, anhelaban comunicar cuanto sabían y averiguar cuanto desconocían. Luis recordaba aquella conversación confusamente. Venían de Esteli y comerciaban por toda la zona norte del país. Con telas y utensilios de cocina. “La vida es un riesgo, una aventura. Uno no puede quedarse en casa quieto,

esperando que la fortuna le caiga de los cielos”, decía uno de ellos cuando sentía llegado el momento de las reflexiones filosóficas, lo que parecía sucederle con harta frecuencia. “Yo siempre le digo a mi mujer que algún día todo el norte del país sabrá quién es don Horacio Garcés”, comentaba el otro, ufano de su habilidad para entablar relación con los dueños y los encargados de los pequeños comercios de la región de Nueva Segovia. Pero Luis no acertaba a seguir en forma coherente los infinitos temas de conversación que planteaban aquellos hombres; una y otra vez, sus ojos buscaban el encuentro con la mirada abierta de Yunit. . . , y ella siempre le sonreía.

—¿Y recién llegó a Nicaragua, padre? —preguntó uno de los hombres.

—Sólo hace unas cuantas semanas.

—¿Y qué le pareció?

—Bueno, es pronto. . . , parece un bonito país.

—Y la gente de acá, ¿qué le pareció?

—Todo el mundo es muy amable. . .

—Pues no haga usted caso, aquí la gente es muy falsa, muy mentirosa. No haga caso. Todos sonríen, pero todos engañan. Hace sólo dos días, todos eran somocistas. . . , y ahora todos dicen que eran sandinistas desde que dejaron la teta y echaron a andar.

—Puede que exagere usted un poco, amigo. . .

—Hágame caso, no se me fie de la gente. Este es un país de vagancia, todos somos vagos, vagamos de un lado para otro, no nos gusta quedarnos quietos en un sitio. . . , engañamos siempre. Y cuídese, padre, cuídese; es un país violento, a cualquier bolo le gusta emprenderla a tiros con su compadre por cualquier pendejada. No mire usted las cosas sólo por afuera; Nicaragua tiene mucha hondura, es país bien difícil y bien duro. . .

Yunit casi no pronunció palabra durante toda la cena. Después, cuando los dos buhoneros trajeron una botella de ron y le invitaron a beber, se levantó discretamente, junto a Yvonne, y haciendo una leve reverencia se perdió en el corredor. A Luis le hubiera gustado detenerla, hablar con ella aunque fuese tan sólo unos pocos minutos. . . , pero la dejó salir tras un breve intercambio de sonrisas. Uno de los hombres, el más joven, giró sobre sí mismo y siguió contemplando a la muchacha mientras se retiraba. Luego, se volvió hacia Luis y echó una carcajada:

—Va camino de buena hembra esa polluela, de las que alegran la paloma. . . y perdóneme, padre, que no había recordado que es usted un hombre religioso. Pero los curas tienen también ojos en la cara, ¿no?, y parece que a usted no se le despintó la cipotina.

Pasaron a fumar a la habitación de al lado, la que hacía las veces de recibidor, recepción de hotel y comercio de variados utensilios y productos comestibles. Los dos hombres y Luis tomaron asiento en las mecedoras de caoba y uno de los buhoneros ofreció la botella de ron al sacerdote.

—Es bueno, padre, genuino (Flor de Caña), el mejor de toda Centroamérica.

—¿Y qué le parece venirse con nosotros a echar unos tragos en (Sandra), eh, padre? —propuso el otro.

—¿Qué es (Sandra)?

—Una buena cantina de acá, la mejor de Jalapa. Y la mejor en setenta kilómetros a la redonda. . . Se cena, se baila, se echan tragos, hay buenas hembras también; aunque ése no sea asunto suyo.

—Otro día iré por allá. Esta noche tengo ganas de dormir, he hecho un largo viaje hasta aquí. ¿Y cuándo regresan a Estelí?

—Pues mañana con la amanecida.

—¿Les fue bien el negocio?

—Sí, vendimos todo. Nosotros somos buenos trabajadores, ¿sabe? Y vamos a llegar lejos. El problema de Nicaragua es que la gente no trabaja, y el que trabaja llega siempre, lo mismo antes, cuando Somoza, que ahora, con los sandinistas.

Se levantaron.

—Y en fin, padre, que mucho gusto. Ya le encontraremos otro día; quizás el mes que viene caigamos por acá.

—Encantado de conocerles.

—Va pues, padre.

Se quedó sólo fumando su cigarrillo. Desde el gran portón que daba a la calle oscura, llegaba una agradable brisa nocturna, un fresco aire de montaña. Vio pasar un hombre con una manta que envolvía la mitad de su cuerpo y un ancho sombrero de pita que le ocultaba el rostro; tiraba del ronzal de un grueso y alto cebú que caminaba cansinamente detrás suyo.

Unos minutos más tarde, una mujer cruzó la puerta de la casa, se detuvo frente a él y le sonrió mientras hacía movimientos afirmativos con la cabeza.

—Bien venido, padre, bien venido.

Se levantó de la mecedora.

—Mucho gusto, señora...

—Siéntese, por favor, siéntese... Yo soy la hija de doña Obdulia, y la mamá de Reynaldo y de Yvonne.

—Ah, sí, son unos críos muy ricos —dijo Luis al tiempo que se dejaba caer de nuevo en la mecedora.

—Lo son todo en mi vida, padrecito. Sin mis chigüines, la vida no sería nada para mí. Y ya me dijeron antes que jugó usted con ellos

un buen rato. Ya le tienen cariño... Siempre quieren hablar con hombres, porque su padre se marchó hace años, y claro, lo echan de menos. A los chigüines les hace falta el padre.

—¿Y dónde se fueron?

—Ay, es que me madrugan mucho para ir a la escuela. A mi Reynaldo le acuesto prontito; a mi Yvonne la dejo estar un poco más. Pero ya se me habrá metido en la cama.

La mujer se había sentado en otra de las mecedoras.

—¿Y cómo se llama usted, señora?

—Ay, qué descuido, padre, que no me presenté. Angela para servirle. Usted ya sé que se llama padre Luis.

—También para servirla, doña Angela.

—Y bueno, ¿le gustó nuestra Nicaragua?

—Sí, sí, claro...

—Ahora es un país muy lindo, no como antes, cuando Somoza. Mire, él tenía una finca por aquí cerca y venía a pasar algunas vacaciones. Casi toda la región era de su propiedad. Yo tenía que ganarme la vida vendiendo los huevos de mis gallinas y cosiendo ropa para los hombres. Después de la Revolución, hice un curso de enfermera y trabajo en el hospital de Jalapa. Ahora soy una persona digna y mis hijos van a la escuela. Ya no tengo que coser ni cuidar gallinas... sé poner inyecciones y hacer curas a los heridos. Tenemos medicinas; pocas, pero las tenemos. Son muy buenas, vienen de Cuba y de países de Europa, de la Unión Soviética y de Checoslovaquia. Y también de España algunas. España ayuda un poco.

—¿Usted ha nacido aquí, en Jalapa?

—Sí, y es un lindo pueblo, ¿verdad que sí? Antes de la guerra era muy tranquilito, nadie llegaba hasta acá, casi que ni siquiera la

Guardia somocista. Luego sí, luego vinieron, porque en las montañas había ya muchos compas luchando. Y cuando las batallas finales, por aquí pasaban corriendo todos los guardias para esconderse en Honduras. Son los mismos que ahora luchan contra nosotros, armados por los yanquis. Matan niños y mujeres y ancianos, son bestias como eran entonces; sólo aprendieron a matar.

—Jalapa parece también tranquilo ahora...

—Algo más tranquilo que los meses pasados. Pero no se fie. De pronto, cualquier día, empiezan a mortorear desde el otro lado. Ellos tienen buenas armas. Y ahora hay mucho ejército sandinista aquí, porque quieren tomar Jalapa. Y muchos campesinos se han venido a vivir a Jalapa, porque la <contra> quemaba sus cosechas y los asesinaba en sus ranchitos. Ahora viven aquí más de siete mil personas, y antes no éramos ni dos mil, creo yo. Y ya ve, entonces no teníamos la pensión, criábamos gallinas, vendíamos aquí en la tienda alimentos y cosíamos ropa. Pero con la guerra ha venido mucha gente. Y cuando hay fregada, se llegan periodistas desde Managua, y muchos se alojan aquí. Han estado incluso periodistas norteamericanos, no crea.

—¿Norteamericanos?

—Sí, sí, norteamericanos... No todo el pueblo norteamericano es como el presidente Reagan, eso lo hemos aprendido. Y además, según nos enseñan los compas más preparados políticamente, a Nicaragua le interesa que los periodistas norteamericanos cuenten lo que está pasando aquí de verdad, porque es necesario que el pueblo norteamericano sepa lo que están haciendo aquí sus gobernantes.

—Entiendo.

—También han venido españoles a la pensión. Algún periodista a veces, y varios internacionalistas.

—¿Internacionalistas?

—Sí, los extranjeros que vienen a ayudar a nuestro país: ingenieros y maestros de escuela, gente así. . . Una vez vivió aquí en la casa un maestro español durante mes y medio. Se encariñó mucho con mi Reynaldo y mi Yvonne. A mí me daba mucha alegría y también mucha tristeza. . . Si mis chigüines hubieran tenido un padre así. . . Se llamaba Gervasio González Aguirre, nunca me olvido. ¿Le conoce usted?

—No. . . , no me suena. Yo, además, he vivido mucho tiempo fuera de España.

—¿Aquí en Latinoamérica?

—No, en Africa.

—Huy, padre Luis, usted sí que es un trotamundos.

—Es mi oficio, señora.

Angela se levantó de la mecedora y cerró las puertas de la calle. Era una mujer algo gruesa, de estatura mediana, rostro ajado y ojos achinados. Llevaba un vestido naranja apretado que imitaba la seda y marcaba sus formas generosas.

—Bueno, padre Luis, usted me disculpará; pero tengo que ver si los niños quedaron bien dormidos. Sepa usted que esta casa es suya y sea bien venido a Jalapa.

—Muchas gracias, señora Angela.

De nuevo a solas, prendió otro cigarrillo. La imagen de Yunit, la figura sensual de la hermosa adolescente removi6 conocidas sensaciones en su interior. Apenas había cruzado con ella unas pocas palabras en el curso de la cena, pero su recuerdo le producía una alteración del ánimo en la que se confundían el desasosiego y el anhelo. Deseaba verla otra vez, que acudiera al vestíbulo. Y al mismo tiempo, sentía un cierto temor, quizás una angustiosa

timidez, ante la idea de encontrarla de nuevo.

Sabía reconocer desde años atrás aquel tipo de sensaciones. Siempre las mujeres, desde los días del seminario, se habían convertido en la causa principal de sus luchas interiores, de sus vacilaciones. Y aquel estado de ánimo se había instalado tantas veces antes en su espíritu. . . No era ya una lucha contra sentimientos de culpa lo que le producía temor. Su miedo nacía de la conciencia de que, en breve, podría verse arrebatado por la fuerza de la esclavitud a sus propios deseos, al vértigo turbador de sus sentidos. Lograr una mujer no era el problema, nunca lo había sido, como sabiamente le insinuó un día su director espiritual en el seminario. Y él había estado con varias mujeres en los últimos años, mujeres blancas y mujeres de color. El problema era otro; el problema nacía en la dimensión de su propia capacidad para la pasión amorosa. Luis había aprendido, en todo ese tiempo, a matar el remordimiento y escapar de la culpa; pero no había sido capaz de aprender a dominar sus deseos cuando éstos brotaban intempestivamente.

Permaneció allí casi una hora. Cigarrillo tras cigarrillo, el cenicero que yacía a sus pies fue colmándose, mientras que la pechera de su camisa se cubría de rastros de ceniza. Al fin, se decidió a regresar a su cuarto. Se levantó, apagó la luz y se dirigió al pasillo.

Vio en seguida la luz encendida del comedor. Alguien leía sobre la ancha mesa donde aquella tarde había jugado con los niños a la *(chalupa)*. Se aproximó. Al otro lado de la bombilla, semiocultos entre las sombras, brillaron como dos luciérnagas los ojos de Yunit.

—¿Le asusté, padre? —oyó decir a la muchacha.

—No. . . , no, vi la bombilla, la bombilla encendida y supuse que habría, que habría alguien.

—Es que debo estudiar por las noches.

Luis se sentía incapaz de dar un paso.

—¿Vas a la escuela todavía?

—Sí, empecé algo tarde. Y como tengo que ayudar en el trabajo de la pensión, pues me quedo por las noches para ganar tiempo. . . Hago dos cursos cada año.

—Ya, ya. . . ¿Y cuántos años tienes, Yunit?

—Dieciocho.

—¿Dieciocho?

—Sí, parece que tengo menos, todo el mundo lo dice. Pero ya soy una mujer.

—Casi podrías, podrías casarte. . .

La oyó reír. Su rostro se movía detrás de la bombilla, envuelto en un juego de luces y de sombras.

—Huy, padre, no tengo casi tiempo para ver chicos. Ni siquiera puedo salir a bailar los sábados.

—¿Y hasta qué hora trabajas?

—Hasta que termino las lecciones. . .

—Ya veo.

Se sintió embarazado, algo ridículo. El rostro de Yunit sonreía bajo la luz. El deseo de quedarse se confundía en el ánimo de Luis con confusas sensaciones de miedo. Respiró hondo y dio un paso adelante.

—Bueno, Yunit, espero que te aproveche el tiempo. . . Yo, yo me voy a la cama.

Dio otros dos pasos y quedó a su altura. Ahora veía su rostro entero, el cabello brillante apoyado sobre los hombros, el pecho terso que nacía alto y firme bajo la blusa de tela liviana.

—Algún día tendrá que echarme una mano en el latín, padre Luis.

—Sí, sí, claro... , algún día. Hasta mañana, Yunit, hasta mañana.

—Que descanse, padre Luis.

—Sí, gracias. Buenas noches, pues.

A paso rápido ganó los metros que le separaban del patio en tinieblas. La brisa de la noche refrescó sus sienes calientes. Entró en el excusado, orinó con prisas y regresó al patio. Se detuvo un momento ante la puerta de su aposento y volvió el rostro hacia la casa: la luz de la bombilla iluminaba el porche donde concluía el corredor, y sobre una de las paredes se proyectaba la sombra de medio cuerpo de Yunit: la cabeza inclinada sobre la mesa, los hombros, la curva de uno de sus senos...

Entró y dio al interruptor de la luz. Retiró la colcha, dejó su ropa a los pies de la cama y, conservando tan sólo los calzoncillos, se metió en el lecho y se tapó la cintura. Encendió un cigarrillo y apagó la luz. La imagen de Yunit permanecía firmemente agarrada en su pensamiento.

—¡Eh, padrecito! ¿Le lustro?

La voz le sacó de la hondura de sus recuerdos. Tres o cuatro metros delante de él estaba Oscar, un niño de nueve o diez años al que conocía desde semanas atrás. De una de sus manos colgaba el tosco cajón de limpiabotas.

Alzó la mano y negó con movimientos firmes:

—¿No ves que llevo sandalias?

—Deme algún córdoba, padrecito...

—Anda a jugar al (rial).

—Ellos me ganan. Juegue usted conmigo.

—No tengo ganas, Oscar.

El niño encogió los hombros.

—Va pues, padrecito.

Hizo ademán de volverse e ir a reunirse con el grupo de chiquillos que arrojaban monedas contra la pared.

—Eh, espera.

Luis se levantó y avanzó hacia el niño. Metió la mano en su bolsillo y sacó unas monedas sin contarlas.

—Toma..., por esta vez. Cómprate algo y no te lo juegues, chigüin.

—Gracias padre.

El niño echó a correr, con la caja bamboleándose pesadamente junto a su muslo, y Luis comenzó a andar con lentitud hacia el centro del mercado.

Se mezcló con la marea de gente que, en apariencia, parecía carecer de un rumbo preciso en su ir y venir. Algunos rostros se le hacían familiares y, de vez en cuando, una mujer o un hombre le saludaban con una amplia sonrisa y pronunciaban su nombre. Los vendedores pregonaban su mercancía ante los transeúntes y agitaban en ocasiones algún producto sosteniéndolo por encima de su cabeza para atraer la atención de los compradores. En el suelo se marcaban las formas secas e irregulares de barrizales antiguos y numerosos excrementos de las caballerías aparecían aplastados por todo el recinto del mercado.

Se abrió paso entre la multitud y ganó el rectángulo central. Una vez en la cantina, se apoyó en el mostrador. Notaba su piel cubierta de sudor, un sudor pegajoso, como si hubieran extendido sobre su cuerpo una capa de grasa.

—¿Qué tal, padre Luis? Mucho gusto en verle por aquí.

La cara redonda del cantinero, cara barbilampiña, de tez color

claro, le sonreía desde el otro lado de la barra. Vestía un mandil azul cubierto de grandes manchones y su pelo, atestado de fijador, nacía desde la frente y se pegaba con fuerza, peinado hacia atrás, al cuero cabelludo.

—Gracias, don Matilde, igualmente gustoso de saludarle.

—¿Qué le pongo, padre?

—Deme un jugo.

—¿De qué, padre?

—No sé... de cualquier cosa, de naranja o de pomelo, lo que quiera usted.

—Le pondré uno de papaya, está reciente y bien fresquito.

—Papaya pues...

Don Matilde le acercó un vaso y lo colmó del zumo amarillo que contenía una gran jarra de plástico. Se acodó en el mostrador y contempló al sacerdote mientras éste ingería el primer sorbo.

—¿Qué, padre, sabe rico?

—Muy rico, don Matilde.

—¿Y qué le trae a estas horas por la feria?

—Nada especial; tenía ganas de dar una vuelta.

—Le conviene airearse, padre, le conviene... Ha sido una desgracia lo de El Ranchito.

—Sí, sí, desde luego.

—Usted estaba allí, según me han contado, ¿no, padre Luis?

—Estaba cerca.

—Una desgracia, padre, una desgracia... La guerra es terrible, no respeta a nada ni a nadie.

Dos mujeres cargadas de fardos se acercaron hasta el mostrador. Don Matilde hizo un gesto a Luis:

—Usted me disculpa, padre.

—Desde luego; atienda a la clientela, no se ocupe de mí.

Bebió el resto del contenido del vaso. El líquido dulce y espeso refrescó su garganta, pareció infundirle nueva vida.

—¿Qué hubo, padre Luis?

Oyó la voz al mismo tiempo que sentía la mano posarse sobre su hombro. Contuvo a duras penas el escalofrío que la sorpresa había provocado en su cuerpo y volvió el rostro. Sonreían también los labios del capitán Julio, todo el mundo le sonreía aquella mañana en que, por contraste, el cielo y su propio corazón parecían dos realidades desasosegadas e inquietantes.

—Hola... capitán.

—Deme un roncito, don Matilde.

—A la orden, capitán.

—Un día extraño, padre, puede que llueva a la tarde.

—Sí, puede que llueva...

—¿Quiere usted tomar alguna cosa?, yo invito con gusto.

—No, ya tomé un jugo... y en realidad ya me iba.

—Por favor, acéprelo. Don Matilde, póngale otro vaso al padre.

—Es mucho jugo, capitán.

—¿Prefiere un roncito?

—No, es pronto, Tomaré el jugo.

—Lo cierto, padre, es que quisiera hablar con usted. Había pensado en ir a verle a su casa...

—¿Algún problema?

—No, ninguno. ¿Cómo vamos a tener problemas con usted? Nada oficial. Son sólo cuestiones de curiosidad personal.

—Usted dirá...

—Es por lo del otro día. Llevaba pistola, ¿no?

—¿Quién?

—No me remolonee, padre. Me refiero a su compañero, al padre Servando, naturalmente.

—No lo sé.

—No soy enemigo suyo... ni de él... Conmigo no hay que tener apuro. Y yo sé que tenía pistola, me lo han contado.

—Bueno, es usted quien lo sabe, capitán, no yo.

—Mire, la cuestión no es oficial, ya le he dicho. A mí me interesa esto desde otro punto de vista. No estoy trabajando al hablar con usted... Tengo, digamos, preocupaciones políticas.

—Ese no es mi caso. Yo no me inmiscuyo en la política de su país, soy extranjero y no me está permitido.

—Ya sé que usted no se inmiscuye, padre Luis; pero las cosas le inmiscuyen a uno sin que uno lo desee... Este es un asunto político, nos guste o no. Vino un cura desde Managua, enviado por el Obispado, y eso hace que todo este asunto sea político. ¿Ya se regresó a Managua su colega?

—No sé. Creo que iba a telefonar. Supongo que ya estará de camino, si es que no hay demoras en las líneas.

—¿No se quedó a despedirlo?

—Pues ya ve que no.

—Vaya, no encajaban ustedes.

—No mucho.

—Entonces estamos en el mismo bando. Yo no quería que se supiese que la pistola existe. No es bueno que se sepa en Managua, y menos en el Obispado. Traería problemas serios... e incluso a usted le comprometería.

—¿A mí? No lo creo. Yo me quedo fuera de todo esto.

—¿Está tan seguro? Usted estaba allí, en las trincheras.

—Pero no vi nada. . .

—¿Seguro?

—Seguro, capitán.

—Bien. . . si usted lo afirma.

—Lo afirmo.

El militar volvió a sonreírle mientras sus ojos oscuros penetraban en los del sacerdote. Luego, alzó la pequeña copa de ron y la vació en la garganta con cierta brusquedad:

—En fin, padre, ya veo que mi compañía no le agrada esta mañana. Siento haberle molestado. Pero no olvide que estamos en el mismo bando; ni a usted le interesa que se sepa nada de lo que pasó ni a mí tampoco. Es asunto cerrado. . . si es que su colega de Managua no averiguó más de lo que creemos. Esperemos que haya vuelto con las manos vacías, por su propio bien y por. . . , bueno, no por el mío propio, digamos que por el bien de la causa. Hasta la vista, padre, ha sido un placer beber un trago con usted.

—Adiós, capitán.

Don Matilde se acercó cuando el militar se había alejado ya unos cuantos pasos.

—Parece que no hace usted buenas migas con la tropa, ¿eh, padre?

—No es eso, don Matilde. . .

Se inclinó hacia delante, aproximándose al rostro del cantinero.

—Dígame, don Matilde. . . yo querría una botella de cucusa.

El otro retiró el cuerpo hacia atrás.

—¿De cucusa?

—Eso dije.

—Padre Luis. . . eso está prohibido por las autoridades. Y yo no vendo cosas prohibidas, mi negocio es legal.

—Vamos, don Matilde, yo sé que usted tiene, lo sabe todo el mundo, incluso lo saben ellos —y señaló con el dedo hacia la figura lejana del capitán, que se perdía ya entre la multitud—. Mire, don Matilde —continuó—, no voy a hacer ninguna locura con la cucusa. Tan sólo es curiosidad. Nadie lo sabrá, puedo prometérselo. ¿Es que no confía en mí?

Aún le miró unos instantes don Matilde antes de responder. Finalmente, se encogió de hombros y compuso un gesto de indiferencia.

—De acuerdo, padre... Pero ya sabe, como decimos aquí, que lo que hace la mano lo borra el codo. Yo no tengo botellas de cucusa, ¿eh?

—Usted no tiene cucusa, don Matilde...

El hombre dio la vuelta y entró en un cuartucho cuya puerta se abría a espaldas del mostrador. Luis echó un billete de cien córdobas al lado de su vaso. Unos instantes después, don Matilde regresó con una bolsa de plástico en la mano.

—Aquí tiene su... su jugo, padre.

—Gracias, don Matilde, y hasta la vista.

Caminó de nuevo entre la gente, con el paquete apretado a su cintura. No sabía bien por qué había comprado aquello, ni siquiera había previsto hacerlo cuando llegó al mostrador de la cantina. Fue una ocurrencia súbita. Tal vez porque siempre había sentido curiosidad hacia lo que muchos nicaragüenses calificaban como “la bebida del diablo”. Podía ser eso; su deseo inconsciente por acercarse a las llamas de los infiernos... suponiendo que su alma no estuviese consumiéndose ya en las calderas del diablo.

“¡Bah!”, dijo en voz alta. Qué estúpida ocurrencia, convocar ahora pensamientos sobre fantasmas en los que él, desde muchos

años atrás, había dejado de creer. El infierno está en nosotros, no en las geografías estelares ni en las entrañas de la Tierra. Ese era el hecho determinante y el hecho terrible: que la condena podía instalarse en el corazón de un hombre, en el suyo por ejemplo, en el margen escaso de unas horas o de unos días, y que esa condena, esa culpa que ineludiblemente exigía su purga, se hacía indeleble, opresiva, mundana, atosigante y... y eterna.

Si nunca hubiera aparecido en su camino Nicaragua, si jamás hubiera encontrado a Servando... No era quizá la hora de decirse eso, pero todo, a la postre, parecía tan casual, tan gratuito. Pudieron haberse dado circunstancias diferentes a las que se sucedieron, y estar ahora, con sentimientos muy distintos a los que le atenazaban, en quién sabe qué rincón perdido de la Tierra. Incluso podía haber sido destinado a otra ciudad del país... Pero fue Nicaragua, fue Jalapa, fue Servando.

Para qué lamentarse. Tal vez las circunstancias, las casualidades, no eran el hecho determinante. Quizás en su propio corazón vivía instalado, desde su nacimiento, el destino que ahora ya se había cumplido; quizá su propia vida exigía una resolución semejante... Y en ese punto, daba lo mismo Jalapa que Masaya, daba igual Nicaragua que Perú. El, Luis Ribera, tenía escrito desde la cuna que habría de encontrar una Jalapa, y en esa Jalapa debería de haber una Yunit... y un Servando, claro.

Todavía hubo de esperar más tiempo del que imaginaba para encontrarse con él. Al día siguiente de su llegada a Jalapa, se levantó temprano, desayunó un poco de (gallopinto), algo de café y una barrita de pan con mermelada de toronja preparada por doña Obdulia. Después, caminó hasta la Casa Cural, unas siete cuadras

hacia abajo de la pensión, en dirección a los valles.

Encontró a Cumeyes en la salita. Andaba revolviendo papeles, libros y revistas.

—En la cocina hay café recién hecho —le dijo sin levantar la vista.

—¿Recoges ya tus cosas?

—Sí, me voy mañana temprano. Ya podrás instalarle aquí. Echa una ojeada si quieres a la casa. Tu cuarto será ese de ahí enfrente.

Era una habitación de pequeñas proporciones, con un gran camastro arrimado a la pared del fondo que ocupaba casi la mitad de su espacio. Sobre el lecho, un simple crucifijo de madera constituía el único adorno de las paredes. Frente a la cama había un gran armario de material plástico. Una ventana daba al patio trasero de la casa. Sobre el suelo del cuarto se amontonaban un par de maletas y tres bolsas de viajes.

Regresó a la sala, donde Cumeyes seguía atareado con sus libros y papeles.

—¿Y Servando? —preguntó Luis.

—Olvidaba decírtelo. Vendrá a la tarde, con la caída del sol tal vez. Puedes darte una vuelta por ahí mientras tanto. Aquí no hay mucho por hacer... Y bueno, lo siento, pero no hay comida tampoco, tendrás que arreglártelas en tu pensión o en una cantina.

—Ya... Hasta luego pues.

—Adeu.

Salió a la calle nuevamente. Sintió deseos de dar un portazo a sus espaldas, pero acertó a contenerse. Miró su reloj. Era aún temprano, y sin embargo el sol se aupaba bien alto en los cielos. Ni un solo rastro de nubes podía distinguirse en aquel espacio limpio y el

calor comenzaba a apretar. Las calles aparecían animadas: carros de bueyes, algún vehículo militar, grupos de milicianos, jinetes montando a la galana con la fusta apoyada sobre la pierna, mujeres cargadas con pesados fardos... Un sábado bullicioso en el que no sabía cómo emplear las próximas horas.

—Tomó el camino de regreso a la pensión. La cuesta ascendía levemente y sobre los tejados de las últimas casas los montes se alzaban como un murallón, cubiertos de bosques de ocotes, dibujando su perfil arriscado sobre el azul hondo del cielo. Cruzó junto a un caserón que mantenía los portones abiertos. Dentro, varias hileras de sillas atestaban la sala, en cuyo fondo se alzaba un sencillo estrado. Un hombre se apoyaba en el umbral de la puerta y, cuando Luis cruzó a su lado, pudo distinguir en su gorra de tela una leyenda escrita en grandes letras: «Jehová es la luz.» Vestía pantalón verde y camisa suelta con grandes bolsillos, confeccionada con la misma tela que el pantalón. Era un tipo alto y recio, de unos cincuenta años, y saludó a Luis con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Buenos días —respondió el sacerdote sin detenerse.

La algarabía de los niños le recibió en la puerta de la pensión. Junto a Yvonne, Magda y Reynaldo, había otros dos chavales de la edad de este último.

—Son Daniel y Pascualín, también primos nuestros —los presentó Yvonne mientras los dos niños se arrimaban hasta el sacerdote y le miraban sonrientes desde abajo.

—Tienen también ocho años, pero yo soy más fuerte que ellos —intervino Reynaldo, que había vuelto a tomar la mano de Luis y se apretaba contra su cuerpo.

—¿Iremos al río Lindo, padre? —preguntaba Yvonne.

—Bueno... Tengo que hacer cosas, preferiría ir otro día.

—¿Y qué tiene que hacer, padre?

—Debo echar una carta al correo.

—Eso está en el mismo sitio del teléfono. Nosotros le llevamos.

—Bueno, si insistís. Dejad que vaya a mi cuarto y coja la carta.

La tropa infantil recorrió junto al sacerdote las calles de Jalapa. Pugnaban por estar próximos a él y Reynaldo caminaba ufano sin soltar la mano de Luis.

Llegaron al edificio de Correos y Teléfonos, una casa de una sola planta, como casi todas las de Jalapa, situada en el extremo oriental del poblado. En su fachada quedaban los restos de una pintura ocre sobre la que aparecían dibujados varios eslóganes políticos y una silueta en rojo de Sandino. La sala principal del edificio era una destartalada habitación de no muy grandes proporciones, con un mostrador de madera en el que los hombres y mujeres se hacinaban esperando sus llamadas de larga distancia. No había cabinas telefónicas, y los únicos tres aparatos con que contaba el servicio iban pasando de mano en mano según la centralita de Ocotlán conseguía las llamadas a los diversos puntos del país. Un militar vestido con ropa de camuflaje y pistola al cinto, alto y de pelo rubio, gritaba instrucciones a través del auricular para hacerse enviar un poste de luz desde Estelí; una mujer hablaba también a voces con un familiar y un tercer cliente, un campesino de barba cana, intentaba sin éxito informarse sobre la fecha del entierro de un amigo en Masaya. Las paredes del local aparecían profusamente cubiertas de carteles, todos relativos a cuestiones políticas. En uno de ellos, las “madres de los combatientes” exigían la “ira revolucionaria” contra los guardias somocistas que combatían en las guerrillas de la (contra). Había también un cartel conmemorativo de la toma del Palacio Nacional por

el FSLN, durante la dictadura de Somoza, en el que escrupulosamente se había tachado uno de los nombres de los “héroes” de aquella acción: el de Edén Pastora, comandante apartado ahora de las filas sandinistas y exiliado en Costa Rica. Junto a la puerta de la sala, un pasquín se dirigía a la población jalapeña comunicando las instrucciones precisas en caso de ataque enemigo: “Los milicianos deben presentarse al puesto de mando que el batallón les ha orientado. . . Mantener alejados de los incendios y explosiones a las personas civiles y a los líquidos inflamables. . .”

Luis pudo hacerse atender al cabo de unos minutos y , tras dejar su carta y pagar el franqueo, salió de nuevo a la calle acompañado de la tropa de chiquillos.

—¿Y ahora qué debe hacer, padre? —le preguntó Yvonne.

—Volver a la pensión. Leeré un rato y. . .

—¿Y por qué no viene con nosotros a ver a los chanchitos?

—¿Qué chanchitos?

—Los chanchitos de Guadalupe. . .

—No sé de qué me hablas, Yvonne.

—Guadalupe es la hermana de Yunit y también es prima mía.

Es mayor y tiene ya casa y marido. Y la chancha le ha parido hace dos días cuatro cerditos bien lindos. Yunit nos ha dicho que ya podemos verlos; ella está allí, cuidando del niño de Guadalupe y de los chanchitos.

—Bien, bien, iré con vosotros. . . si es sólo un rato.

Caminaron hacia la parte baja del pueblo, de nuevo en dirección a los valles. Los niños se rezagaban, le adelantaban luego, corrían a ocultarse en los refugios antiaéreos excavados en los barrios del pueblo. Sólo Reynaldo permanecía agarrado de la mano de Luis, sin hacer caso de los otros chavales que le llamaban a gritos.

—Yo he entrado muchas veces en los refugios —decía el niño al sacerdote.

Cruzaron junto al matadero, una amplia nave donde varias reses desolladas y descabezadas colgaban de gruesos garfios sujetos en hileras al techo bajo. Varios tractores conducidos por soldados se alineaban en la puerta esperando para transportar a los puestos del frente y los cuarteles las raciones diarias de carne. En los árboles próximos al matadero, sobre un desagüe de aguas negras, los zopilotes aguardaban pacientemente su cotidiana dieta de despojos.

La casa de Guadalupe era una pequeña construcción de adobe y tejas de barro cocido, con un patio trasero donde crecían arbustos de achote y una decena de chagüites. Ante la puerta, un niño de año y medio o dos años jugaba desnudo con un pequeño fusil de madera toscamente fabricado. Sobre el dintel alguien había colocado una banderita de tela, en rojo y negro, con las siglas del Frente Sandinista.

Probablemente atraída por las voces de los niños, Yunit asomó a la puerta. Sonrió al distinguir a Luis y éste sintió trepar un súbito rubor por sus mejillas. Vestía la muchacha unos (jeans) y la misma blusa ligera de la noche anterior. El pelo azabache caía lacio sobre sus hombros y, alrededor de su cuello, se anudaba un pañuelo rojo y negro, los colores sandinistas.

—Qué gusto de verle, padre. Pase usted a la casa.

—¿Dónde están los chanchitos? —preguntaban los niños alborotados.

—Ahi detrás, en el patio. Pero no los toquéis, que la chancha se encachimba y tira mordiscos. Entre usted, padre, y siéntese.

La sala era una pobre estancia con el adobe de las paredes sin cubrir y suelo de tierra dura. Su mobiliario lo constituían tres sillas y

una mesa. De una de las paredes colgaba un afiche editado dos años antes, para el tercer aniversario de la Revolución, y frente al cartel, dos retratos enmarcados con listones de madera. Uno mostraba el rostro de un hombre joven, de bigote recortado y pelo peinado hacia atrás. Era una fotografía reciente. La otra, amarillenta ya por el paso de los años, exhibía la figura de un hombre vestido con pantalones bombachos, bota alta y gran sombrero de alas anchas. Su imagen recordaba las viejas fotografías de Sandino. Iba armado de un rifle y de su cinto colgaban dos pistolas que dejaban asomar las culatas de las cartucheras.

—¿Quiénes son? —señaló Luis al tiempo que tomaba asiento en una de las sillas.

—El más joven es Néstor, el marido de mi hermana Guadalupe. Está en el Ejército, ahí en la sierra. Suele encontrarse de puesto en uno de los cerros, el que ahora llamamos Sandino y antes llamaban Somoza. Baja cada cuatro días, cuando le dan el relevo. Y el otro es nuestro abuelo, hace tiempo que murió.

Yunit se había sentado frente a Luis, casi en el borde de la silla, con las piernas juntas y las manos apoyadas sobre las rodillas. Sus ojos eran muy oscuros, casi brillaban, como dos pedazos de carbón.

—¿Y era sandinista tu abuelo?

—No, ¿por qué lo dice?

—Bueno, por el armamento que lleva encima...

—Huy, no. Es que en esos tiempo todo el mundo iba armado por acá. Había muchas muertes. A él mismo lo mataron en una balacera, no lejos de Ocotal.

—¿Y tus padres?

—Murieron hace tiempo, hace mucho tiempo... ¿Quiere que le prepare un cafecito, padre?

—Bueno, no me vendría mal. Si no es molestia para ti. . .

—No, no; sólo es calentar un poco de agua.

Desde el patio llegaban los gritos de los niños, confundidos con los ronquidos sonoros de la cerda y los chillidos frágiles de sus crías.

Yunit le tendió la taza humeante y volvió a sentarse frente a él, en la misma postura que antes. Luis bebió sin gana los primeros sorbos de café.

—¿Estudiaste mucho anoche?

—Sí, hasta que me dio sueño. Tengo que apretar.

—¿No duermes demasiado poco?

—No, no. . . Anoche pude dormir casi seis horas.

—Bueno, hoy descansas.

—Sí, algo más que otros días. Esta tarde tengo un acto político y por la noche estudiaré otro poco.

—¿Un acto político?

—Sí, padre. . . Vamos los de las Juventudes Sandinistas de Jalapa a un asentamiento. Lo hacemos muchos sábados. Hay charlas con los campesinos y luego ayudamos a sus tareas.

—¿Así que eres de las Juventudes Sandinistas?

—Sí, sí, claro. . . En mi familia somos todos sandinistas. Mi hermana está también en el Frente Sandinista, y trabaja en las oficinas de aquí de Jalapa. Yo tengo entrenamiento militar.

—No te imagino en un combate, Yunit.

—Pues todos los brazos son necesarios para la patria. Y yo ayudo en lo que puedo. Mire, padre, aquí viene Guadalupe.

—Luis se levantó de su silla algo sobresaltado al tiempo que una mujer alta, vestida con un uniforme verde olivo, cruzaba el umbral de la puerta. Era morena, de pelo negro, pero tenía el rostro algo ajado y una larga decena de años más que su hermana. Le tendió la

mano cuando Yunit los presentó.

—Pero siéntese, padre, siéntese, ésta en su casa.

Luego, se volvió hacia la puerta al notar la presencia del pequeño niño desnudo, que corría hacia ella torpemente con los brazos tendidos. Guadalupe lo alzó con sus manos y lo apretó contra su cuerpo, mientras le besaba y le hablaba:

—Pero qué lindo está mi cipotino. Ya vino su mami, ¿verdad?, ya vino a ver a su chigüin, a su Raulito. . . ¿No le parece lindo mi chigüin, padre?

—Sí, señora, es bien guapo su niño. . .

La mujer limpiaba ahora las mucosidades del pequeño con la mano desnuda y luego las restregaba contra su pantalón. Después, se acercó una silla junto a la de Yunit y sentó al niño sobre su regazo.

—Usted es nuevo aquí, ¿no, padre?

—Sí, llegué ayer tarde. . . Estoy en la pensión *(El Progreso)*, la de su abuela. Y ahora me trajeron los niños a ver los cerditos. . .

—Qué lindos son, ¿no?

Yunit permanecía callada, sentada en la misma tímida posición. Una y otra vez, los ojos de Luis buscaban el rostro de la muchacha. Notaba el calor que invadía sus mejillas cuando ella le sonreía.

—Bueno, señora, no quiero molestarla, usted viene de trabajar. . . En realidad, son los niños los que me trajeron.

—Pero, padre, no se me apure, es un placer tenerle en casa.

Luis se había levantado.

—Ya tomé un café. . . Vendré otro día a verles, y espero conocer a su marido.

Los niños entraban ahora en la sala.

—¿Nos vamos ya, padre? —preguntó Yvonne.

—Bueno, yo sí me voy. . ., vosotros haced lo que queráis.

—¿Quiere que vayamos al cementerio?

—Es un poco tarde.

Yunit intervino ahora:

—Sí, padre, debe conocer el cementerio. Es aquí cerca, casi queda enfrente. Están enterrados los héroes, los mártires... Yo le mostraré las tumbas. Es un lugar importante en Jalapa.

—Bien... Iré si tú quieres.

Guadalupe se acercó hasta él, todavía con el pequeño sujeto entre los brazos.

—Venga de verdad a vernos. A mi marido le gustará conocerle, él es un buen creyente, como todos nosotros.

Fuera, el calor apretaba. Reynaldo había vuelto a cogerse de su mano y Yunit, seria y erguida, caminaba a su lado.

—Hay muchos compas enterrados aquí; la mayoría cayeron cuando las ofensivas sobre Jalapa. Pero ahora ya traen mártires de otros lugares: de Jinotega, de Matagalpe... Acá tenemos un cementerio grande y bonito, un sitio para que reposen nuestros héroes.

La puerta del camposanto permanecía cerrada con cadenas y un grueso candado, pero los niños y Yunit conocían un lugar donde la alambrada que bordeaba el cementerio estaba rota. Hacia allí guiaron a Luis.

Era ya la hora en que el ardor húmedo del mediodía parecía emanar del mismo fondo de la tierra y meterse bien dentro de los cuerpos. Pero el calor que invadía a Luis era de otro género: sentía un extraño nerviosismo caminando al lado de la muchacha y sus propios pasos, sus actitudes, su forma de hablar, se le antojaban expresiones de una torpeza esencial. Podría decir que se veía ahora a sí mismo como un ser ridículo... al lado de aquella muchacha

hermosa y grácil, junto a aquel cuerpo juvenil y ligero, escuchando su voz suave y melosa. No se consideraba un hombre de experiencia, y ni siquiera especialmente inteligente; pero al lado de Yunit, no pasaba de sentir que sus propios reflejos y sus actitudes se correspondían más a los de un adolescente que a los de un hombre ya entrado en la madurez de los cuarenta años. Había casi olvidado que marchaba hacia el cementerio, los gritos de los niños llegaban a sus oídos semejantes a un eco lejano, tampoco era capaz de atender con precisión al discurso de Yunit, a sus explicaciones sobre la muerte y el heroísmo de los mártires. . . Apenas oía más allá del sonido de su voz: porque no le interesaba lo que Yunit decía, sino tan sólo el hecho de que Yunit hablara. Lo que alteraba su ánimo y su propia seguridad era la existencia de la muchacha que caminaba cerca de él. No le importaban las ideas y los pensamientos de ella; tan sólo aquella vida palpitante y a su lado.

Cruzó bajo la alambrada de espino sin saber muy bien lo que hacía, detrás de Yunit, y a punto estuvo de que su guayabera se desgarrase con una de las afiladas púas.

—Por poquito, padre; no se agachó lo preciso —oyó decir a la niña Yvonne.

Y súbitamente, siguiendo la dirección que indicaba la mano de Yunit, distinguió el paisaje del ancho camposanto de Jalapa. Ante él se abría un espacio de inusitado verdor. Crecían allí numerosos chagüites, con las grandes hojas del tamaño del brazo de un hombre; densos madroños, algunos mangos silvestres de poderoso tronco, y malinches, jinocuaos, jicaros y cedros. También espesos arbustos de achote y de quiquicue, enredaderas de campanillas rosáceas, y grandes y amarillas flores de paste. No era un cementerio triste, sino un jardín alegre que parecía construido para celebrar la ceremonia de

la vida. La mayor parte de los sepulcros carecían de lápida: apenas pequeños montículos cubiertos por las yerbas silvestres, y una simple cruz de madera azulada con un nombre y una fecha grabados a cuchillo. Otras tumbas, con pretensiones de panteón, se significaban con una estructura tosca de cemento y azulejos de vivos colores. Se leían en ellas inscripciones de pomposa devoción hacia la divinidad y escaso respeto hacia la gramática: "No ay felisidad en esta tierra. La pas está en los sielos, a horilla del Señor Todopoderoso." En algunas, sencillas esculturas de barro policromado representaban cristos crucificados, apóstoles sin nombre y vírgenes llorosas.

—Los mártires están al fondo —le decía Yunit.

Los niños corrían de un lado a otro del camposanto. Se encaramaban sobre las cruces, jugaban a esconderse detrás de los panteones, saltaban junto a un perrucho de pelo ralo y gris que había salido de algún escondido lugar. El sol poderoso y brillante, desde un espacio sin rastro de nubes, echaba su invisible lluvia de fuego sobre el alegre jardín repleto de cruces, sobre las montañas que alzaban con dignidad sus picachos irregulares hacia lo alto, sobre los dulces valles que corrían hacia el Sur plenos de humedad, de vida y de simiente. La tibia presencia de la muerte, oculta bajo aquella capa de verdor profuso, no bastaba para enturbiar el sensual y apacible mediodía de Jalapa. Parecía que, incluso, para aquellos niños que jugaban y para la hermosa muchacha que caminaba ante el padre Luis dirigiéndole hacia las tumbas de los héroes sandinistas, la muerte no era un hecho dramático, sino tan sólo una parte consustancial de la vida, una parte quizá dolorosa, pero susceptible de ser teñida de armonía por la mano del hombre y la voluntad de una Naturaleza lujuriosa.

Detrás de una profusa arboleda de malinches y guásimos, medio centenar de sepulturas recordaban los nombres de los caídos en la

guerra.

Eran las más cuidadas, las construidas con un mayor esmero. Sobre muchas de ellas, la brisa cálida del mediodía hacía flamear las banderas rojas y negras del Frente Sandinista y la nacional, azul y blanca, de Nicaragua. Numerosas lápidas coincidían en las fechas de los enterramientos: noviembre y diciembre de 1982, cuando la primera gran ofensiva de los (contras); junio de 1983, cuando las guerrillas antisandinistas llegaron a combatir en el interior de las calles de Jalapa. En el extremo de la izquierda estaban las más recientes, algunas de semanas atrás tan sólo.

—Son los caídos en Jinotega —explicó Yunit—. Ahora se combate mucho por allá.

Volvieron sobre sus pasos, caminando el uno junto al otro, esta vez en silencio, y los niños correteando siempre alrededor de ellos, incansables en sus juegos.

Luis reparó en un extraño panteón y se detuvo ante él. Lo constituía una gran lápida de piedra gris, sin inscripción ninguna, y sobre la que se alzaban, en su extremo superior, dos cruces del mismo tamaño y forma.

—¿Quién hay aquí? —preguntó a Yunit.

—No tiene que ver con la guerra —respondió la muchacha sin detenerse.

—Parece que hubiera dos personas, ¿no? —insistió Luis.

—Son dos hermanos —contestó Yunit.

—Pero no hay ninguna inscripción. . .

—Sí. . . La familia quiso olvidar esto. Se mataron a tiros entre ellos. Hace unos cuatro años. Estaban bolos, cargados de cucusa. A uno le había regalado un sombrero su mujer y el otro se lo pidió. Discutieron, sacaron los revólveres y terminaron muertos. . . por un

sombrero. Aquí en Jalapa se moría antes por cualquier cosa... y a veces sigue sucediendo. La familia decidió que, si juntos murieron, juntos debían reposar, condenados a estar juntos eternamente. Pero no quisieron escribir sus nombres... De todas formas, su historia la sabe cualquier habitante de Jalapa. Se llamaban Angel y Juan Núñez.

Dejó a Yunit y a los niños en casa de Guadalupe y volvió despacio hasta la pensión *«El Progreso»*. La imagen de la muchacha no se apartaba de sus pensamientos. Se sentía alterado, inquieto como un joven adolescente. Y aún temía las reacciones de su propio corazón apasionado. A la tarde, volvió a la Casa Cural. Cuando le abrieron la puerta, al otro lado estaba Servando.

VI

Ahora soplaban el viento a rachas. Formaba tolvánas en los recodos de las calles, sostenía caprichosos remolinos de polvo en los esquinzos, provocaba un sonoro revoloteo de hojas en las copas de los árboles. Era un viento denso y algo fresco, perfumado por el olor de los ocotes de los cerros, que parecía luchar con denodado esfuerzo para abrirse camino entre las nubes bajas y algodónadas. Caía de los cielos como una antojadiza ventolera, y Luis sentía que tan pronto golpeaba sus espaldas con breves empujoncitos, como se enfrentaba a su paso al minuto siguiente y hacía agitarse la bolsa de papel que una de sus manos sujetaba apretada contra el pecho. El aire espeso y aromático no era, sin embargo, húmedo, y Luis pensaba que los presagios que parecían indicar aquellas gruesas nubes blancas se verían probablemente incumplidos. Dentro de la bolsa, notaba

desplazarse hacia arriba y hacia abajo, siguiendo el ritmo de sus pasos, el contenido de la botella de cucusa.

Cruzó junto a un cercado construido irregularmente con anchos tablones ajustados por clavos los unos a los otros. Sobre sus bordes, el aire movía las hojas de varios limoneros, un naranjo y un grupo apretado de árboles en el que se mezclaban un mango, una jícara, un aguacate y un banano. Desde la calle se distinguía la parte superior de la casa, construida también con anchos maderos dispuestos un tanto toscamente y coronada por tejas cubiertas de oscuro moho. Junto a la puerta entreabierta del cercado, tres gallinas y un pato picoteaban el suelo.

Las casas siguientes eran construcciones levantadas con adobes de color rojizo, sobre las que, en su mayoría, se aposentaba un techo de latón ondulado. Las caballerías permanecían amarradas a los maderos que sostenían los porches metálicos, mulos o jamelgos de poca alzada ensillados con los anchos faldones de cuero repujado. En algunas ventanas el aire hacía bailar banderitas sandinistas fabricadas con papel plastificado. Una anciana, que daba el biberón a un niño sostenido entre sus brazos, se sentaba a la puerta de su vivienda con varias cajas de fruta para la venta alineadas ante ella. En la casa lindante, un cartel pintado a mano pregonaba: (Hay elados.) Poco más allá, una tienda de ropa exhibía pantalones, faldas y vestidos colgados en perchas del techo del zaguán. Del interior de aquel comercio salía a la calle la música de un transistor, que recogía una melodía de moda:

*Mamá no quiere que yo colé,
mamá no quiere que yo colé,
colé, colé, colé, colé,*

mamá no quiere que yo colé.

Cruzó junto a otro cercado de madera, del que sobresalían las anchas y verdosas hojas de varios chagüites, y se detuvo ante la puerta de los “Salones de billar El Imperio”, un edificio de anchos muros de adobe rojizo. Una mano anónima había pintado en letras negras, sobre una de las jambas de la puerta, el eslogan sandinista de las recientes elecciones: “Voy de frente con el Frente.”

Luis asomó la cabeza al interior del local. La amplia sala, que carecía de ventanas a la calle, albergaba dos mesas de billar americano, alrededor de las cuales se movían varios hombres provistos de largos y puntiagudos bastones. Detrás de los jugadores, junto a la pared del fondo, se extendía el mostrador repleto de botellas de cerveza. Un muchacho ataviado con un mandil que alguna vez fue blanco, contemplaba con aburrimiento desde el otro lado de la barra a los clientes que se aproximaban a tomar una botella, dar un largo trago y dejar de nuevo la botella sobre el mostrador antes de regresar para seguir el desarrollo del juego. Las cansinas aspas de un viejo ventilador que colgaba del techo no bastaban para liberar la estancia del denso humo de los cigarrillos. Seis o siete bombillas desnudas alumbraban el local. La mayoría de los clientes hablaban a un mismo tiempo y a grandes voces, convirtiendo la sala en un lugar desapacible.

—Qué gusto verle, padre Luis.

Un hombre se había adelantado hasta darle frente. Vestía una camisa de anchos cuadros rojos y blancos, bajo un chaleco negro, y se cubría con un sombrero de palma de amplias alas. Sostenía el bastón de billar en una mano mientras que con la otra hacía girar un grueso puro entre sus labios.

—Qué tal, Efraín, no le había visto... Hay tanta gente aquí dentro.

—¿Quiere aceptarme una cerveza, padre?

—No sé, tal vez es muy pronto... Sólo me asomé por ver si encontraba a Rubén por aquí. A Rubén Zamora; usted le conoce, ¿no?

—Sí, claro. Es el periodista que viene de Ocotil algunos días... , o quién sabe si lo contrario: el periodista de por acá que a veces se va a Ocotil. Le conozco, le conozco, aunque nunca hemos sido presentados. No está aquí... En realidad, él nunca viene al billar.

—Ya, ya... , bueno, le dejo.

—Tome usted la cerveza, padre, no le hará mal. Hay que refrescar la garganta contra el viento y el polvo... Ya sabe que usted no paga nunca en el negocio de Efraín. Y si le provocan unas carambolas...

A espaldas del hombre estalló el sonido de varias bolas al chocar. Volvió el rostro.

—Vaya, me fregaron bien ahorita.

—Le dejo, Efraín. Ya me dejo caer por aquí uno de estos días y le juego unas cervezas...

—Como guste, padre Luis. Siempre se le recibe bien en esta su casa. No deje de venir, que es bueno olvidarse a ratos de los asuntos de uno, aunque sean asuntos de los cielos.

Se alejó de la puerta del billar. En realidad, era poco probable encontrar allá adentro a Rubén; pero una secreta y leve esperanza de conversar con su amigo le había empujado a asomarse en su busca. ¿Dónde andaría en esas horas? Tenía deseos de comunicarse francamente con otro ser humano, y en aquella aldea perdida de las

montañas del norte nicaragüense, sentía que no existía otra persona con la que poder hablar que no fuera Rubén. Tal vez a la tarde...

Llegó a sus oídos, nuevamente, el sonido de las bolas al chocar entre sí, y el ruido removió en su interior oscuros y lejanos recuerdos que le provocaban sensaciones de hastío, de rechazo, sentimientos que podría definir como algo parecido a una resaca del espíritu.

El «achaque» llamaban a la bola de billar en el seminario, nombre con que debió bautizarla una promoción antigua de aspirantes a sacerdotes. El «achaque» era blanco, moldeado en marfil. Corría de mano en mano siguiendo el rastro de la culpa, como un inanimado recordatorio de los inconfesables pecados que esconde el corazón del hombre. Pasaba de un seminarista a otro en busca de las almas menos virtuosas. Una simple falta: hablar en el estudio, distraerse en los rezos, decir una palabra soez, hacer un comentario sobre mujeres, bastaba para que, como por encanto, el «achaque» surgiese entre los hábitos del compañero que había faltado antes y pasase a manos del nuevo pecador.

—Hablaste en el estudio, tuyo es el «achaque».

El nuevo propietario debía esforzarse en encontrar otro pecador a quien pasar la bola. Eran ratos angustiosos, incluso horas, en busca de una palabrota, de una mirada distraída durante los rezos, de un comentario sobre el sexo femenino..., eran instantes de ansiedad y miedo, porque a la noche, después de la cena y de los últimos rezos, el Superior preguntaría con voz firme y cálida:

—¿Quién tiene el «achaque»?

Y el último pecador habría de levantarse ante todos y acudir a una breve entrevista a solas con el Superior, confesar ante él su culpa, y hacerse cargo de la oportuna penitencia, que venía determinada por la importancia de la falta: ayunos, encierro los días

de paseo, cilicio, flagelo, oraciones sin fin...

Algunas noches, durante su vida en el seminario, Luis concluyó la jornada con el «achaque» en su bolsillo. Recordaba su propia ansiedad, mientras se consumía el último plato de la cena y nadie a su alrededor se hacía merecedor de que le entregase la bola de billar. Todos eran cautos en aquellos últimos minutos del día, todos se guardaban de comentar con nadie cualquier opinión que fuera susceptible de considerarse pecaminosa. Porque nadie sabía quién guardaba entre sus ropas el «achaque»... Quizás el que sonreía a su lado despreocupadamente, tal vez el mejor de sus amigos. La angustia de aquellos últimos instantes se hacía insoportable, como una condena eterna a los infiernos. Y un hondo desasosiego invadía el espíritu de Luis cuando sabía que, en los minutos próximos, el Superior haría la definitiva pregunta. Temía más aquel instante de vergüenza en que habría de levantarse ante todos, entre los cuchicheos y las risas contenidas, que la penitencia que le aguardaba para los próximos días. Y sus piernas y sus manos temblaban cuando debía ponerse en pie, impudicamente, y mostrar en público la hermosa bola de marfil.

Nada había cambiado en los años siguientes... Había creído que aquel lenguaje de un tiempo pretérito ya no era el suyo, que su vida anterior se había borrado, difuminada en el pasado. Pero la culpa surgía de nuevo, se aposentaba otra vez en su corazón. Y la casualidad quería que, de pronto, en aquel lugar perdido de América, unas bolas de billar chocasen entre sí recordándole que él era una vez más el dueño del «achaque», que nuevamente había pecado, atentando contra los dictados de Dios..., y que una fuerza remota, surgida desde su propia memoria, desde su escondida biografía, le obligaba ahora a mostrarse ante todos como un pecador,

a revelar su conciencia de hombre culpable, y purgar sus faltas con una penitencia apropiada a la culpabilidad.

Servando le había entregado el ⟨achaque⟩, después de pagar su propia culpa., y ahora llegaba al fin de la jornada, las últimas ceremonias concluían, el ⟨achaque⟩ se apretaba en su bolsillo, y nadie, nadie sería ya en esa hora merecedor de aquella bola brillante, tan bella y tan pesada a un mismo tiempo. Alguna voz diría desde alguna parte: “Luis Ribera, tu pecado fue el último, cuéntame en qué faltaste y prepárate para purgarlo.” Y él sabría, en ese instante, que aquel pecado indecible, aquel pesado fardo de culpabilidad, sólo podría borrarse con penitencias y castigos cuya dureza excedería con creces a toda la cólera que pueda almacenar el corazón de un ser humano. El no podría devolver el ⟨achaque⟩ a Servando. No quedaba tiempo para ello. Los pecados de Servando se habían esfumado ante la rotunda realidad de los suyos.

Se acercó a la oscuridad de un portal vacío, asegurándose de que nadie podía verle, y abrió la bolsa. El cuello de la botella asomó entre los pliegues de papel. La descorchó, la llevó hasta sus labios y dio un largo trago. Entró la cucusa en su garganta como si una manada de hormigas se precipitase súbitamente dentro de su cuerpo para calmar el hambre.

Nadie habría podido imaginar cuanto sucedió más tarde, después de ver el apacible rostro de aquel hombre que le abrió la puerta de la Casa Cural la tarde siguiente de su llegada a Jalapa. Ni siquiera él mismo recordaba ahora haber sentido en aquel instante el mínimo signo de un mal presagio. Servando era delgado, extremadamente delgado, y blanco, muy blanco de cutis. Tenía nariz aguileña, rostro alargado de pómulos hundidos, labios finos de color rosa pálido, una frente ancha surcada por marcadas arrugas

horizontales y mejillas casi transparentes en las que finas venas azuladas parecían los breves riachuelos de una geografía desertizada. Su pelo, cortado a cepillo, era blanco y espeso. Colgaban sobre su cuello grandes orejas rosáceas y en sus ojos, pequeños y teñidos de una difusa tonalidad celeste, se aposentaba una mirada remota, ajena, como si sus pupilas atravesaran los cuerpos y los objetos y contemplasen algo invisible que estaba más allá de todo y de todos.

A Luis le llamó la atención de inmediato aquel rostro. Tal vez todo lo que había escuchado decir antes sobre Servando le provocaba de antemano un singular interés. Pero era cierto que, al ver su aspecto, uno sabía que no se encontraba delante de un hombre vulgar. Un pequeño crucifijo de oro asomaba bajo del cuello abierto de su guayabera blanca. Usaba unos (jeans), que parecían excesivamente anchos para unas piernas probablemente nervudas y esqueléticas. Sus grandes pies, ennegrecidos y deformados como los de algunos campesinos, calzaban sencillas sandalias de cuero crudo y suela de goma de neumático.

—Tú eres Luis, supongo... —dijo en seguida y una sonrisa cautelosa se dibujó en la comisura izquierda de sus labios mientras le tendía la mano huesuda y relajada.

Le atrajo hacia el interior de la vivienda, rodeando con su mano el brazo de Luis. La bombilla iluminaba aquella sala adornada de carteles, mientras que afuera la tarde moría con prisas más allá del charco de sangre que, en su huida hacia la noche, el Sol había derramado sobre los cerros de Jalapa.

—A Cumeyes ya le conoces —siguió diciendo Servando—. Creo que todavía no te encontraste con Lázaro Meden y Araceli. El padre Luis —le presentó a los otros— que sustituye a nuestro querido Jordi Cumeyes.

Lázaro Meden era un hombre alto, musculoso, de tez tostada y pelo rubio ondulado. Su mujer, mucho más pequeña de estatura, era también rubia, de piel algo más pálida. Vestía Meden el uniforme de camuflaje con grandes manchones de color oscuro que lejanamente recordaban la piel de un leopardo. Era un tipo bien parecido, de mirada nerviosa y gestos cálidos. Lucía en sus hombreras el grado de capitán. Ella, por contraste, no resultaba hermosa. Su pelo liso se recogía recatadamente hacia dentro, a la altura de los hombros. Tenía una mirada huidiza, se diría que temerosa, y la palidez de su piel chocaba en forma llamativa con la aguda coloración rojiza de sus pómulos.

Se habían levantado de sus asientos para estrechar su mano. Servando le arrimó una silla y, tomándole de nuevo del brazo, le sentó a su lado. Una silenciosa mestiza salió de la cocina y, sin preguntarle, puso delante de Luis un generoso tazón colmado de café negro.

—Sé que llegaste ayer —continuaba Servando— y siento no haber podido acudir a recibirte. Supongo que Jordi te habrá hecho los honores de bienvenida.

La mirada de Luis se cruzó un leve instante con la del sacerdote catalán.

—Lázaro y Araceli son españoles —seguía Servando—. Bueno, de Lázaro habría que decir que ya es casi un nica. Vino cuando los últimos meses de la guerra contra Somoza. Y aquí lo tienes, capitán del Ejército y de nuevo combatiente. Le han herido tres veces.

—Cuatro —corrigió Lázaro.

—Y también es un estupendo poeta —añadió Servando.

Sonrió el otro con cierta timidez en tanto que Servando componía un gesto paternal. Los ojos de la mujer miraban fijamente

a Luis, pero cuando éste dirigía hacia ella los suyos, Araceli los esquivaba con rapidez. Tenía el rostro y los gestos duros.

—Habrás de explicarme un poco sobre el trabajo aquí. . . —dijo Luis mientras sujetaba con ambas manos la taza de café.

—No hay mucho que decir de eso.

—Cumeyes me contó que vuestro trabajo era muy. . . muy peculiar, distinto al que se hace en otras partes.

—Jordi exagera siempre un poco. —Servando trasladaba ahora sus miradas amables al sacerdote catalán—. En el fondo, lo que hacemos no es nada más que lo que Cristo dijo que había que hacer: estar próximos a los pobres, trabajar con ellos, especialmente con ellos. Creo que Cristo nunca dijo que su Iglesia fuera una congregación de burócratas. . . Y nosotros intentamos seguir con pulcritud los caminos que marca el Evangelio. Como ves, nada que pueda considerarse peculiar. . . , salvo que eso puede resultar molesto a algunos jefes, como nuestro querido obispo de Managua.

—Nuestro adorado obispo de Managua. . . —ironizó Cumeyes.

—¿Ves, Luis? Jordi siempre exagera un poco. . . Sí, no somos muy queridos en Managua, pero tampoco lo es la mayor parte de la Iglesia de Nicaragua. Somos mayoría los que, en la Iglesia Popular, rechazamos una forma burocrática de entender el Evangelio y preferimos estar aquí, pie a tierra, mezclados con el pueblo de Dios, haciendo causa con los pobres frente a sus enemigos. El Obispado de Managua no era así antes; son los nuevos vientos que soplan desde Roma quienes han hecho que las cosas estén como están. En realidad, Roma se ha situado, con el actual Papa, en posturas anteriores al Concilio Vaticano Segundo. La jerarquía romana ha dado marcha atrás sobre cuestiones de gran importancia. Por ejemplo, de hecho no reconoce el pecado social, mientras que el

Concilio si lo hacía y nosotros, como muchos otros sacerdotes, lo condenamos y lo combatimos. . . La función de la Iglesia debe de ser liberadora ante problemas como la miseria, el hambre, la tortura y la muerte. . . , y esa tarea liberadora está ya recogida por el Evangelio. Pero tú ya habrás oído hablar de todas estas cosas, Luis. . .

—Lo que pasa es que el Papa es un reaccionario —comentó Cumeyes.

—Y un aliado del imperialismo norteamericano, un cómplice de Ronald Reagan —añadió Araceli, que por primera vez abría la boca.

—Bueno, bueno —concilió Servando—. Tenéis corazones calientes. La cuestión es más de fondo que todo eso. . . , aunque ciertos elementos que apuntáis no sean desdeñables. La cuestión estriba en que el pueblo de Dios, el pueblo pobre, vive en condiciones de explotación, y la Iglesia debe de estar a su lado, ser realmente la Iglesia de los pobres, y no un instrumento burocrático. Eso es lo que hace Roma, lo que en definitiva significa mirar a los pobres con ojos de rico, aunque se trate de un rico caritativo. Para mí, la cacareada caridad cristiana no es ya una virtud. La verdadera virtud es la lucha liberadora, no el limosneo.

—Y en el terreno concreto de nuestro trabajo, ¿qué significa eso? —preguntó Luis.

Escuchó una leve risa en los labios de Cumeyes y, por el rabillo del ojo, distinguió la acerada mirada de Araceli.

—Significa algo muy simple —respondió Servando con el rostro serio y grave—. Significa que, en la lucha liberadora, el pueblo oprimido, organizado, puede cambiar la sociedad, eliminar la explotación. Y en esa lucha, la Iglesia debe combatir a su lado, ser parte de esa lucha liberadora, fundirse con ella hasta ser la Iglesia de los pobres, no tan sólo una Iglesia que ayuda a los pobres. . .

—Eso puede significar la aceptación de la violencia...

—¿Y por qué no? No hay que ser recatados, Luis. No te voy a citar el clásico episodio evangélico de los mercaderes del templo... Está también la encíclica *Populorum Progressio*, que tú conocerás bien, donde la Iglesia justifica el uso de la violencia en casos extremos de explotación, en casos que vivimos cotidianamente aquí en Latinoamérica, en nuestra Centroamérica... Y bueno, la Iglesia nunca ha sido recatada en cuestiones relativas al uso de la violencia. Que no hable Roma de esas cosas cuando todavía no se ha explicado por qué se llamó Cruzada a la contienda civil española del 36 o cuando todavía no se hizo un simple gesto de reprobación hacia el cardenal Spellman, que bendecía a los soldados norteamericanos que marchaban a Corea..., y las guerras santas, y tantas cosas por el estilo. En nuestra oprimida Centroamérica los hombres y las mujeres, y hasta los niños, mueren a diario de hambre, o asesinados a tiros y a machetazos. ¿No son situaciones extremas que justifican el uso de la violencia? La Iglesia puede, en todo caso, aspirar a humanizar la guerra justa... Y te diría más: la Iglesia debe aceptar el martirio que significa su integración en esa lucha. ¿Quién en Roma ha valorado justamente el sacrificio de Monseñor Romero, muerto por el pueblo salvadoreño, y quién ha valorado el sacrificio de Laviana, muerto en la lucha contra la tiranía somocista? Nadie... Y, sin embargo, el Papa se detiene en Alaska hace pocos meses para saludar a Ronald Reagan, a un presidente norteamericano que está machacando, aquí en Nicaragua, al pueblo de Dios, al pueblo pobre de Dios, con su ayuda económica y militar a la (contra)...

La mirada de Servando parecía ahora perdida en lejanos paisajes, aunque la dirigía hacia los ojos de Luis. Sus pálidas mejillas se habían coloreado.

—Y te digo más, Luis: ¿Cuáles son las razones por las que debemos aceptar, sin hacer nada, con las manos quietas, vivir en el reino de la injusticia y el dolor? Dame una sola razón para aceptarlo... ¿Hay que resignarse y cruzarse de brazos ante la barbarie? ¿Debe soportar una cosa así el corazón humano? Si la sociedad no se pliega a la razón, si la vida no se parece a la justicia, hay que luchar por instalar la razón y la justicia, aunque se muera en el empeño... Esa es también una tarea liberadora.

—Pero aquí, en Nicaragua... —comenzó Luis.

—Nicaragua es una experiencia concreta de liberación, la primera en Centroamérica —insistió Servando—, y por eso los opresores y los tiranos quieren ahora subyugarla. La Iglesia ha sido aquí, verdaderamente, la Iglesia de los pobres. Ha combatido con ellos, ha estado a su lado en la lucha de la liberación, ella misma es, en las comunidades de base, una Iglesia de los pobres... Pero estamos amenazados, y hay que seguir peleando para proteger esta experiencia que los tiranos y los poderosos quieren destruir.

—Ya... y bueno...

—No es sólo la guerra —cortó Araceli—. Dentro de Nicaragua hay muchos enemigos de la Revolución. Los sandinistas son blandos con ellos. Habría que prohibir muchos partidos políticos, empezando por los socialistas, que son colaboradores del imperialismo...

—No interrumpas a Luis, mujer, déjale hablar —señaló Servando—. Es una gran chica, ¿sabes? —añadió mientras la piel de Araceli enrojecía llamativamente—. Se vino de España siguiendo a Lázaro y trabaja mucho en las comunidades de base... ¿Y qué, qué decías, Luis?

—Bueno, quería preguntarte por el trabajo concreto...

—Ya puedes suponerlo. —Servando había extendido los brazos

y mostraba las palmas de sus manos abiertas hacia Luis—. No se trata de bautizar, confesar, comulgar, decir misas y todas esas cuestiones. Lo hacemos, desde luego, y también casamos a unos cuantos descarriados —sonrió ahora—, pero fundamentalmente tratamos de unirnos a los pobres, vivir como ellos, estar con ellos, ayudar a su proceso liberador y a su lucha contra sus enemigos... Y bueno, trabajamos también por crear esa conciencia de liberación en los sectores campesinos más atrasados, en aquellos sectores que no ven claro lo que está sucediendo. Aquí hay un campesinado muy primitivo, ¿sabes?, acostumbrado durante generaciones a aceptar la explotación como un hecho inevitable, casi como un mandamiento de los cielos. Y bueno, nosotros les enseñamos que el cielo no quiere su miseria, sino que quiere la vida, que quiere su progreso y su liberación...

—Eso es casi política...

—¿Y por qué no? —preguntó Cumeyes a Luis, con la barbilla alzada hacia delante.

—Bueno —cortó Servando—. Yo no emplearía esa palabra. Muchas de las cosas que ahora se califican como políticas, son bíblicas. Yo diría que esa tarea de que te hablaba no es política, sino evangélica, y el Evangelio, si se aplica en su espíritu, tiene a la fuerza que incidir en el terreno de la política. ¿O es que Cristo no llegó a ser una verdadera molestia política para los poderosos y los opresores? ¿No fue crucificado precisamente por eso?

Servando se apoyó ahora sobre el respaldo de su silla y relajó el cuerpo.

—De todas formas, hay tiempo, padre Luis, hay tiempo... Tú irás viendo un poco todo por ti mismo.

—Todo eso lo ve cualquiera... —añadió Cumeyes.

—Por favor, Jordi. El es un recién llegado, no conoce nuestra Iglesia. Creo que vienes de África, ¿no? Todo es muy distinto aquí, no somos una Iglesia de resignación.

—Allí tampoco lo éramos. . .

—Bueno, no es el caso discutir ahora de esas cuestiones. Hay tiempo. ¿Por qué no cenamos? Jordi se va mañana temprano y ésta es un poco su despedida. Hay un plato para ti.

—No sé. . . , no sé si estoy de más aquí. . .

—Por favor, Luis; hay un plato para ti. Y tenemos que hablar de otras cosas. Estuviste en España hasta hace poco, ¿no. . . ? Mañana podrás instalarte en tu cuarto, desde temprano si lo deseas. Por cierto, tenemos misa campesina a eso de las nueve. Vente, te gustará, es una ceremonia muy significativa en todos estos pueblos. . . El campesino se integra de verdad en la misa, en su misa, no asiste como un simple oyente. ¿Querías oficiár conmigo mañana?

—Bueno, no conozco las misas campesinas —se excusó Luis—. Si no te importa, prefiero asistir a ella entre los fieles. . . , si no te importa.

—Como tú quieras. . . , pero anda, cuéntanos algo de España, todos somos compatriotas en esta mesa.

Dos horas más tarde, abandonaba la Casa Cural, después de un frío apretón de manos con Jordi Cumeyes. Caminó en dirección a la pensión, pero unos metros más adelante pensó que no tenía deseos de irse a dormir, y ni siquiera de tenderse a leer en el lecho de su nada acogedora habitación de 《El Progreso》. Detuvo a un campesino que venía en dirección contraria.

—Dígame, por favor, amigo, ¿dónde queda 《Sandra》?

—Tome esa calle de ahí abajo y camine hacia la izquierda cinco

cuadras. La verá en seguida.

—Muchas gracias.

—Lucas Barranco para servirle, Don.

Aquella noche conoció a Rubén y a Bluefields y asistió, por vez primera en su vida, a una pelea de gallos. Cuando regresó a la pensión, cuatro o cinco horas más tarde, alentaba la esperanza de haber hecho un buen amigo en aquel periodista, su primer amigo en Jalapa. Y aquel sentimiento le confortaba.

Dio un segundo trago de la botella de cucusa, oculto todavía en el portal, y cerró luego los pliegues de la bolsa de papel.

Echó a andar sobre el suelo irregular de barro seco, y por unos instantes creyó notar un mayor grado de ingravidez en su cuerpo. Se habría, incluso, sentido eufórico, deseoso de vivir y de buscar algo divertido que hacer, si no hubiera sido por los nocivos presagios que se aposentaban en su corazón, si su memoria hubiese tenido la capacidad de expulsar de su mente todos aquellos recuerdos que le asaltaban. Y su ánimo se vio invadido, nuevamente, por sensaciones de cólera, de ira contenida... Era impotente para borrar las calamidades que asediaban su espíritu. Como un ejército poderoso, la marea de reflexiones, de sentimientos culpables, de dolorosos recuerdos, ponían un cerco de fuego alrededor de su corazón y convertían su vida en una ciudadela temerosa sometida al estado de sitio.

Un golpe de aire levantó a sus pies un remolino de polvo. Sus ojos quedaron cegados por la tierra durante unos instantes. Se detuvo, apoyó entre sus sandalias la bolsa de papel, se quitó las gafas y se frotó suavemente con el pañuelo. Aún lloraba cuando abrió los párpados. Se ajustó los lentes, tomó la bolsa y siguió su camino. Un

perro de raza indefinida pasó a su lado. Daba sonoros ladridos mientras corría detrás de un pequeño cerdo negro, que huía todo lo de prisa que le permitían sus cortas patas al tiempo que lanzaba roncos gruñidos atemorizados.

Cruzaba ahora frente a una tienda de calzado, que se anunciaba con un cartel colgante en el que aparecía dibujada burdamente una bota de media caña. Justo al lado, en el portal contiguo, otro letrero daba noticia de la existencia de un restaurante: 《Bar-Comedor Keyla》. Una bandada de palomas grises y blancas se había posado en su puerta y levantó el vuelo cuando Luis llegaba a su altura.

Y nuevas viviendas de adobe y techo de metal, arbustos de café que exhibían sus ramas repletas de pequeños granos rojos desde los patios, pulperías oscuras en cuyo interior se distinguían malamente las más diversas mercancías para la venta: tarros con caramelos, filas de botellas de ron de caña y de zumos, hileras de paquetes de cigarrillos, sacos de arroz y de frijoles, cajas de cartón con huevos frescos, fruta, grandes rollos de tela. . . Y animales aquí y allá, a un lado y a otro de la calle; gatos, algún perro famélico y cansino, nuevos cerdos, caballerías, una yunta de bueyes tirando de una carreta. . . Y mujeres, soldados y milicianos, niños de corta edad, descalzos y desnudos de la cintura para abajo. . . Junto a la estación de Policía, dos agentes ataviados con uniforme marrón y gorra de visera, fumaban con gesto indolente, las espaldas apoyadas contra la pared a escasa distancia de la puerta. La radio, dentro del local, dejaba oír un llamamiento patriótico, probablemente en la voz del comandante Ortega, advirtiendo a los Estados Unidos que, en caso de invasión, el pueblo nicaragüense combatiría hasta la muerte: “Lucharán los ancianos con sus bastones, lucharán los niños y las mujeres. . . No pasarán.”

Más adelante, la calle se cortaba al tráfico un par de cuadras, con un guardia armado en cada extremo y dos gruesas cuerdas que, a una altura de un metro escaso, cerraban el paso en la entrada y en la salida atadas a unos postes de madera. Era zona militar y las antiguas viviendas de aquel tramo se utilizaban para cuarteles de tropas de retén. Los vigilantes, vestidos con uniforme verde olivo y cascos soviéticos excesivamente grandes, tendrían poco más de catorce o quince años.

Luis evitó la zona militar y bajó hacia la izquierda. Un poco más adelante, se alzaba un gran caserón que servía de sede a una secta californiana, la 《Asamblea Bíblica》. Distinguió en la puerta la figura del pastor, aquel hombre que vestía siempre de verde y se cubría con una gorra de béisbol, en cuyo frente podía leerse en letras pequeñas la leyenda de 《Jehová es la luz》. Luis le había visto la mañana de su primer día en Jalapa, pero nunca había cruzado más que un breve saludo con él. En cierta forma, se trataba de un competidor, un competidor no desdeñable, pues había sabido atraerse a su congregación casi una cuarta parte de la población jalapeña. Servando le detestaba.

—Son cientos de millones de dólares los que el capitalismo yanqui se está gastando en estas sectas —solía comentar— para detener el impulso de la Iglesia de la Liberación. Hacen daño, están entrando con fuerza, tienen más dinero del que necesitan.

El hombre le miraba desde la puerta. Tenía un rostro recio, picado por una antigua viruela, ojos azules y un pelo pajizo entreverado de canas, que asomaba tieso y duro a los lados de la gorra.

Iba a pasar de largo; pero súbitamente sintió deseos de detenerse.

—Buenos días —dijo, y se quedó frente al otro mirándole a la cara.

—Buenos días —respondió el hombre.

—Yo soy sacerdote católico, me llamo Luis Ribera —volvió a hablar sin haber reflexionado sobre lo que diría y sin tender la mano hacia el otro. Mantenía apretada contra su cuerpo la bolsa con la botella de cucusa.

—Frank O' Brady. . . —respondió el pastor—, de la (Asamblea Bíblica).

—¿Gringo?

—Sí. . . , de Santa Mónica, en California.

* —Yo soy de Navarra.

El pastor norteamericano le sonrió y encogió los hombros.

—Bueno, eso da lo mismo. . . ¿Cómo marcha su Iglesia? —añadió Luis.

—Tenemos trabajo. . . , va bien —respondió el norteamericano.

—No conozco su doctrina. . . , pero le deseo suerte.

—Bueno. . . , se lo agradezco.

—Mire, lo que gusta de ustedes es que su Dios queda muy lejos, es casi. . . como un anuncio de (Coca-Cola), no se mete en asuntos terrenales. El nuestro es más apasionado, anda siempre organizando líos. Ya ve; un Dios que le gusta fisgar y hurgar en los asuntos de los hombres. Tenemos un Dios más peligroso que el suyo. . . , lo que son las cosas. Le deseo suerte. . . Y no baje a Jehová de su anuncio de la gorra.

Dio la vuelta y siguió hacia delante, sin que el otro acertara a articular una respuesta.

No estaba muy lejos de la Casa Cural. El viento había cedido en sus impulsos, quizá porque las calles se hundían ahora camino de los

valles y el aire carecía de fuerza suficiente como para acercar hasta allá sus soplos y sus juegos gratuitos. Sobre los techos de teja o de metal, distinguía el perfil del campanario de la iglesia, levantado con ladrillos colocados en filas irregulares. Las nubes corrían aún bajas y plenas de humedad, sobre un cielo bruñido que asomaba a veces tras las espesas masas de turbio algodón.

Aquel primer domingo en Jalapa permanecía indeleble en su memoria: el aire perfumado, la brisa cálida y sensual, la vista de un cielo abierto, limpio, sin asomo de nubes, el paisaje de los feraces valles que corrían hacia las remotas colinas azules.

Había gran movimiento en la puerta de la iglesia cuando Luis llegó: algunos soldados y milicianos, campesinos que lucían pulcros pantalones de lino blanco, mujeres con vestidos de llamativos colores y, dos o tres de ellas, con los rulos escrupulosamente alineados en filas sucesivas y sujetando firmemente sus cabellos; niños con estrechos pantalones también blancos, que bajaban hasta cubrir sus rodillas; niñas que prendían lacitos de papel en sus cuidados moños; algunas caballerías amarradas en los porches y en los árboles cercanos; los inevitables perros sin dueño. . . Vio también a Lázaro y Araceli, unos metros más allá de donde él se encontraba, y los saludó con un gesto, sin intención de acercarse a ellos. Luego, al girar el rostro hacia la plaza próxima y detener la mirada en un grupo de muchachos y muchachas que vestían camisas blancas y anudaban alrededor de su cuello el pañuelo rojo y negro del sandinismo, sintió que el corazón aumentaba la fuerza de sus latidos: el rostro de Yunit se volvió hacia él y le sonrió. Fue una sonrisa abierta, directa, que dejó ver la marfileña hilera de una dentadura perfecta, bajo los labios carnosos y rojizos.

Yunit levantó la mano, hizo un amago de saludo, dijo algo a un muchacho y una muchacha que se hallaban junto a ella y, al tiempo que los otros dos volvían la cabeza y le miraban, echó a andar en su dirección.

—Buenos días, padre Luis —le dijo mientras le tendía la mano.

—Hola. . . , Yunit.

—Es un placer verle. ¿Dirá usted la misa?

—No, no. . . , hoy no. Vengo como uno más, como tú y tus compañeros. . . Tengo que ir aprendiendo cómo son las cosas aquí.

—Yo he venido con un grupo de las Juventudes Sandinistas.

—Ya veo vuestro pañuelo.

—Son colores heroicos, padre. Con ellos murieron muchos compañeros en la lucha contra Somoza, y muchos están ahora muriendo en el combate frente a la <contra>.

—¿Nunca olvidas la política, Yunit?

—Nunca, padre. . . ¿Cómo puede olvidarse con todo lo que está sucediendo? La política es una actividad sabia. Además. . . , yo quisiera dedicarme a la política dentro de unos años.

—¿A qué política?

—Pues a la política política. . . Llegar a representante del pueblo en los comités locales, y a la Asamblea Nacional si alguna vez tuviera la suerte de ser elegida para ello.

—Y ministra, ¿te gustaría ser ministra?

—Me bromea, padre. . . , eso es mucho pedirle a la vida.

—¿Cómo es que andáis de uniforme tú y tus compañeros?

—Es que luego vamos a ir a un acto político. Comeremos con los campesinos ahí cerca, camino de Teotecatín, en un lugar que llaman Pataya, no lejos de río Lindo. ¿Por qué no viene, padre?

—No sé qué haría yo allá. . .

—Conocería mejor al pueblo nica y su lucha.

—No sé. . . , quizá vaya al término del acto, pues.

—Sí, véngase cuando quiera. Mire, a eso de las tres estará todo terminado. Yo puedo hacer que nos dejen dos caballos y enseñarle el río Lindo. ¿Le gustaría?

Sintió Luis el batir de su corazón, agitarse las venas junto a sus sienes por el bombeo acelerado de la sangre.

—No sé.

—Es fácil. Busque algún coche que vaya para allá, haciendo raid.

—¿Raid?

—Sí, consiguiendo que algún vehículo le suba, haciéndole así con el dedo. . .

—Ah, sí, auto-stop.

—Se baja en Pataya, todos lo conocen, y pregunta por el Salón de Mercaderías. Yo le espero allá y tendré arreglado lo de los caballos. Venga seguro, ¿lo promete?

—Bueno, si funciona la. . . , el raid.

—Funciona, funciona. Usted bájese a la carretera, junto al matadero, y ya verá cómo van carros para allá. Casi todos militares; pero los compas siempre hacen hueco en sus carros a los paisanos.

—De acuerdo, iré. . . Salón de Mercaderías, pues.

Ella asintió con movimientos de cabeza. Luego, volvió el rostro: sus compañeros se dirigían hacia la puerta de la iglesia y le hacían señas para que se uniera a ellos. Los ojos melosos de la muchacha miraron una vez más en los suyos.

—No me tenga esperándole, padre. . .

Sin duda enrojeció visiblemente, pero ella no pareció notarlo y se alejó al tiempo que él pronunciaba su última frase:

—Iré, Yunit, iré. . .

—Entró en la iglesia con los últimos grupos de gente. Buscó lugar en uno de los lados, no muy cerca del altar, y apoyó el hombro contra la pared. Desde donde se encontraba podía contemplar, un poco a su derecha, al grupo de las Juventudes Sandinistas. Yunit estaba entre dos muchachos y de nuevo le sonrió, manteniendo unos segundos su mirada quieta en la de Luis. El sacerdote volvió a notar el temblor de su sangre, como si los ojos de la joven descargaran sobre él corrientes de una poderosa e invisible energía.

La nave de aquel templo albergaba una treintena de filas de bancos y todas ellas se hallaban ahora colmadas de fieles. Muchos otros iban entrando y, a falta de asientos, llenaban los pasillos del centro y de los lados. El techo era alto, y a través de las rendijas que se abrían en el tejado, se filtraban rayas de viva luz. Formaba el altar una sencilla construcción de adobe que no llegaba a cubrir enteramente la gran sábana blanca extendida sobre ella. Una cruz, una copa dorada y un libro de pastas también doradas constituían, junto a dos candelabros de hierro, todo su adorno. Otra sábana blanca con un bordado del Sagrado Corazón tapaba la pared del fondo.

A la derecha, una pequeña mesa aparecía repleta de objetos: dos recipientes de cristal con flores de papel de vivos colores; tres imágenes en madera policromada de la Virgen, san Sebastián y san Ignacio de Loyola; un libro antiguo apoyado sobre un atril y dos cuadros labrados barrocammente en madera que exhibían los rostros de Monseñor Arnulfo Romero y Gaspar García Laviana.

En primera fila y casi al lado del altar, tres niñas de once o doce años se arrodillaban en sus reclinatorios, un par de metros por delante de las líneas de los bancos atestadas de fieles. Permanecían

muy quietas, con las manos cubiertas por guantes blancos y unidas casi a la altura de sus ojos. De entre sus dedos colgaban rosarios con finas cuentas de cristal. Lucían delgados vestidos de gasa blanca y una capa de color rosáceo sobre los hombros, y cubrían sus cabellos con velos firmemente sujetos por diademas adornadas de flores de papel. La devoción mística con que esperaban el momento de su Primera Comunión no se alteró siquiera con la ruidosa algarabía que se hizo oír en el otro extremo del templo cuando una gallina se coló de rondón por la puerta trasera y un grupo de fieles intentó atraparla y devolverla de nuevo a la calle: las risas de los niños se mezclaron con los gritos de los perseguidores y el cacarear atemorizado del ave, mientras que el polvo que se alzaba del suelo de tierra envolvía los rostros de unos cuantos parroquianos.

Servando entró por una puerta lateral y se dirigió sonriente hacia el altar. Vestía guayabera blanca y pantalones oscuros y, como único ornamento religioso, dejaba descansar sobre su pecho una gruesa estola bordada. Su sonrisa se amplió cuando llegó junto a las niñas que esperaban arrodilladas el momento de la comunión. Luego, alzó los ojos y paseó una mirada por la nave, sin cesar de sonreír. Al distinguir a Luis, le saludó con un breve movimiento de cabeza. Después, dio la vuelta y caminó hasta el otro lado del altar. Abrió el libro de los Evangelios, buscó una página y de nuevo levantó la vista en dirección a los fieles.

Luis reparó en que muchos de ellos portaban un libretto de pastas flexibles de cartón y color azulado. Pidió un ejemplar a un hombre próximo a él y hojeó su interior: contenía diversos himnos para cantar. La portada exhibía el título *Misa Campesina*, y debajo, un eslogan: "Vive Nicaragua libre." Antes de devolverlo a su dueño Luis vio el lema sandinista en la contraportada del texto: "Patria

libre o morir.”

Servando miraba hacia delante con las manos recogidas a la altura del vientre, la imperturbable sonrisa detenida sobre sus labios. Comenzaba a bajar el tono de las conversaciones, algunos parroquianos chistaban para hacer callar a los más habladores, el llanto de algún niño de pecho intentaba ser contenido por su madre con leves arrullos. Al fin, pareció que el silencio se hacía dueño de la nave.

—Bien —empezó diciendo Servando con voz firme—, vamos en esta misa a mirar nuestra vida. Vamos a ver nuestros pecados. Y también vamos a ver si somos capaces de hacer cualquier sacrificio por la paz de Nicaragua, si todos estamos dispuestos y hacemos lo necesario para que esa paz sea posible o, si por el contrario, somos de los que se dejan llevar por el egoísmo. Vamos, primero de todo, a pedir perdón a Dios por nuestros pecados y, especialmente, por el pecado de egoísmo, que es el peor de todos...

Entonó Servando el *«Mea Culpa»* y, en murmullos imprecisos, los fieles siguieron la oración. Concluida ésta, una voz en las primeras filas inició una canción. Servando se unió en seguida a ella y, tras él, el coro de los parroquianos. Muchos de ellos miraban en sus folletos para seguir la letra del himno. Era un canto disonante e impreciso:

*Cristo, Cristo, Jesús,
identificate con nosotros.
Cristo, Cristo, Jesús,
solidarízate.
No con la clase opresora
que exprime y devora a la humanidad,*

*sino con los oprimidos,
con el pueblo unido,
sediento de paz.*

—Recemos ahora —siguió Servando— por nuestros caídos, por nuestros hermanos muertos en la lucha por el bienestar de Nicaragua y contra los enemigos de la paz. Recemos especialmente ahora por Nazario Segovia, Aquilino Machado y Azucena Fernández, compañeros caídos el pasado miércoles en Teotecatín bajo el bombardeo de los morteros enemigos.

El «Padre Nuestro» surgió casi al unísono en las voces de los presentes.

—Todos ellos estarán siempre con nosotros, como tantos y tantos otros que siguen dando la vida para que cesen los ataques de los enemigos, para que en Nicaragua y en toda Centroamérica tengamos la paz y para que concluyan las ambiciones imperialistas de nuestros enemigos del Norte, de quienes nos combaten desde Honduras y de quienes les proveen de armas y municiones en Washington. Nunca olvidaremos los nombres de nuestros muertos, y por eso mismo, hoy como muchos otros días, hay que decirlo en voz bien alta y ante Dios: ¡Compañeros Nazario, Aquilino y Azucena!

—¡Presentes, presentes, presentes! —repitieron a coro los fieles.

—Y una vez más, hermanos, compañeros, cantemos a ese Cristo nuestro, a ese Cristo que trabaja y lucha con nosotros para erradicar la esclavitud de la Tierra y para traernos el reino de la justicia y de la paz:

Por todos los caminos,

*veredas y cañadas,
distingo, Jesucristo,
la luz de tu verdad.
Vos sos tres veces santo,
vos sos tres veces justo,
libéranos del yugo,
danos la libertad.*

Luis llevaba una y otra vez su mirada hasta los bancos donde se encontraba Yunit. Veía a la muchacha absorta en los rezos y los cánticos, mientras mantenía su folleto abierto entre las manos y lo compartía con uno de los muchachos que la flanqueaban. El hombro del chico estaba muy próximo al de ella, y Luis se preguntó si aquel muchacho no sería, para Yunit, algo más que un compañero de las Juventudes Sandinistas. Sintió un movimiento de celos en su corazón, pero lo rechazó de inmediato. “A fin de cuentas —se dijo—, ella no le habría invitado a ir a buscarla más tarde si tuviera algún género de relación amorosa con otro hombre.”

Se cantaba un nuevo himno:

*Te alabo porque fuiste rebelde,
luchando noche y día
contra la injusticia
de la humanidad.*

Luis creía distinguir la mirada firme de Yunit, todos los sentidos de la muchacha puestos en aquellos cantos, sus labios desgranando cada estrofa con el mismo calor con que, en otras partes del mundo, las muchachas de su edad pronunciarían palabras

ardorosas para el hombre que amaban. Luis sintió en su interior el anhelo de ser él, tan sólo él, el destinatario de la pasión que la mirada y los labios de Yunit revelaban ahora; sintió el deseo de convertirse en el objeto de aquella fuerza cálida que parecía emanar de todo el cuerpo de ella. . .

*Señor, tu fuiste el primer guerrillero
de la Cristiandad.
Señor, siguiendo tus pasos,
luchamos por la libertad.*

Ni una sola vez, desde que la misa comenzara, el rostro de Yunit se había vuelto en su dirección. Luis estaba seguro de no ocupar siquiera el mínimo rincón del pensamiento de ella. Le desazonaba verse expulsado en forma tan radical de aquel cuerpo que temblaba místicamente mientras entonaba himnos a un Dios combatiente que se identificaba con la lucha de un pueblo en armas. Y anhelaba ocupar su sitio, llegar a ser la causa de un temblor parecido en los labios de la muchacha y de una obsesión profunda que llenara sus pensamientos.

*Porque este pueblo ha sido libre
de toda la opresión.
Por eso hoy te alabamos,
por todo eso, Señor.*

Servando leía ahora unos párrafos del Evangelio mientras los fieles tomaban asiento. Recitaba despacio, dejando en su discurso largas pausas y silencios, alzando en ocasiones la vista por encima del

altar para contemplar los rostros de los presentes.

Cuando concluyó, caminó hacia un extremo del altar, lo rodeó y se detuvo junto a las tres niñas que permanecían arrodilladas en la misma postura que al comienzo de la ceremonia. Cruzó los brazos sobre el pecho antes de hablar.

—Este texto —comenzó— nos muestra claramente lo que Cristo pensaba sobre la injusticia y sobre la opresión. ¿Alguno de los presentes quiere opinar sobre lo que hemos leído?

Se hizo un silencio embarazoso. La sonrisa había regresado al rostro de Servando, que con la barbilla alzada, escrutaba en las hileras de bancos buscando algún voluntario. Volvió a hablar:

—Vamos, vamos, no sean tímidos... ¿O es que no se ha comprendido bien la lectura? ¿No se comprendió?

Algunas voces se alzaron entre los bancos.

—Sí, si se comprendió —dijo uno.

—Estuvo clarito y pijudo —se oyó decir a otro.

Servando asintió.

—Muy bien, pues si se comprendió, ¿por qué nadie habla? ¿Es que hay miedo de hablar en la casa de Dios? Vamos a ver, ustedes los jóvenes... ¿No hay en las Juventudes Sandinistas quien tenga algo que decir?

Luis vio alzarse la figura de Yunit. Temblaban levemente sus manos sosteniendo el folleto de la Misa Campesina, apretaba con firmeza los labios y fruncía las cejas.

—Bravo, compañera, bravo —dijo Servando—. Animo y cuéntenos lo que opinas del texto del Evangelio...

—Bueno... —habló la muchacha con voz insegura—. Yo creo que Cristo ya condenaba la esclavitud y el imperialismo, que era partidario de la justicia y de la paz... Yo creo que los

norteamericanos son los verdaderos enemigos de Dios.

Se sentó bruscamente y bajó la vista. Algunos parroquianos se volvieron hacia ella dedicándole amplias sonrisas.

—La compañera ha dicho bien, ha entendido muy bien el mensaje de Cristo —siguió Servando—. Nicaragua ha conquistado su libertad hace cinco años, en la sangrienta guerra contra el tirano Somoza. Pero debe seguir luchando porque los enemigos de la libertad no han sido del todo derrotados. Los campesinos, cuando Somoza, vivían explotados, y ahora la tierra se ha repartido. ¿Pero quiere eso decir que la paz haya sido ya conquistada? Nuevos enemigos de la paz quieren arrebatarse la tierra, de nuevo, a los campesinos, para seguir oprimiéndoles. Quieren acabar con las cooperativas, y destruyen y queman sus cosechas... Desde Washington se arma a los coyotes para que destruyan nuestros campos y la tierra vuelva a manos de quienes explotaban a nuestro pueblo. ¿No hay más opiniones?

El ambiente parecía ahora más caldeado. Se levantó un miliciano en los bancos del fondo.

—Los Estados Unidos han traído la muerte y eso va contra Dios y contra Cristo. Ellos son los enemigos de Dios.

—Muy bien, muy bien —siguió Servando—. Por eso hay que saber que no es cristiano sólo aquel que confiesa y comulga, sino el que ayuda también a la revolución. Es cristiano empuñar un fusil; es cristiano formar las cooperativas; es cristiano estar vigilante por si el coyote sale de la espesura para quemar tierras; es cristiano ser generoso con los compañeros y apoyar la lucha... No es cristiano el egoísmo de los que se esconden en su casa y no colaboran. Hay que integrarse en los Comités de Defensa Sandinistas, porque Dios quiere la paz y la paz sólo vendrá si conseguimos derrotar a nuestros

enemigos del Norte. Yo sueño con una América Latina libre, despojada de la opresión, con los nombres de todos sus caídos, los millones de víctimas de los tiranos, escritos en los cielos. Y por eso es que rezamos y por eso es que luchamos: como luchan los soldados, como luchan las heroicas milicias, como lucharán las Juventudes Sandinistas. . . , vosotros, los que estáis aquí sentados, a sabiendas de que, si un día caéis luchando por la patria, vuestro nombre quedará escrito eternamente en los cielos. . . Y por eso es que deben existir las cooperativas y los comités de defensa, y por eso es que ahora es tan importante una azada como un fusil (AK), un pico como una carabina y una pala como un viejo mosquetón. . . Y por eso es que en nuestras misas siempre damos este mismo grito: ¡Entre Cristianismo y Revolución!

—¡No hay contradicción! —corearon las voces de los fieles.

Una poderosa y extraña fuerza parecía haber dominado, los minutos anteriores, el rostro de Servando, un vigor que tensaba sus músculos, acentuaba el perfil de sus facciones y se contagiaba a los parroquianos sentados en los bancos, casi todos con el cuerpo echado hacia delante y la espalda erecta, las miradas prendidas de aquel sacerdote que parecía lanzar hacia ellos corrientes hipnóticas, con aquellos ojos de pronto endurecidos, carentes de expresión, que miraban más allá del templo, más allá del pueblo, más allá de las montañas, más allá quizá de la vida. . .

Servando relajó sus músculos, sus hombros parecieron perder altura y su mirada se serenó. El ambiente recuperó una cierta tranquilidad. Se oyeron algunos suspiros entre los fieles y muchos de ellos recostaron sus cuerpos contra los asientos. Incluso Luis se sintió invadido por un desconocido y extraño alivio. Servando sonrió otra vez, giró sobre sí mismo y caminó hasta ocupar de nuevo su puesto al

otro lado del altar.

—Y ahora —dijo al instante, y Luis tuvo, de pronto, la sensación de saltar mil años en el tiempo-- es el momento de que todos nos regocijemos con Lavinia, Vanessa y Genoveva, que por primera vez van a recibir entre sus labios el Cuerpo de Cristo.

La mirada de Servando descendió sobre las tres niñas que permanecían ante él arrodilladas y con las manos unidas sosteniendo los rosarios de cuentas de cristal. Su sonrisa se había tornado beatífica, un punto más humana, como si reparara súbitamente en el reino preciso de este mundo.

—Quiero que sepáis, Lavinia, Vanessa y Genoveva, que no es un acto cualquiera el que ahora vais a protagonizar, que no se trata de una ceremonia más en el camino de vuestras vidas. Cuando Cristo tome posesión de vuestro cuerpo, convertido en una forma consagrada, en esa galletita que tanta curiosidad os despierta, estará entrando en vosotras una cosa muy importante: un compromiso de amor, un compromiso nuevo con la vida..., sobre todo un compromiso de entrega hacia vuestros semejantes que es la última razón de negación del pecado. Lavinia, Genoveva y Vanessa, desde el momento en que vuestros labios reciban esa forma que contiene el espíritu de Cristo, habréis de ser conscientes de que vuestra vida ya no sólo os pertenece a vosotras, sino que pertenece también al amor, a la entrega a Cristo, al sacrificio, a la virtud. El es la vida aquí en la tierra y allá en los cielos... Y vosotras, junto con El, seréis fuente de vida y de virtud para todos vuestros semejantes.

Servando unió ahora las manos junto a su pecho y alzó el rostro hacia lo alto.

—Oremos todos... —dijo.

Más tarde, los fieles abandonaban con lentitud la iglesia. Moría

en sus labios el himno que cerraba la ceremonia:

*Vos sos el Dios de los pobres,
el Dios humano y sencillo,
el Dios que suda en la calle,
el Dios de rostro curtido.
Por eso es que te hablo yo
así como habla mi pueblo,
porque sos el Dios obrero,
el Cristo trabajador.*

Buscó Luis la figura de Yunit cuando cruzó la puerta del templo y la luz del sol estalló de pronto en la calle y le provocó un fugaz escozor en los ojos.

Se encontraba unos metros más allá, mezclada con el numeroso grupo de jóvenes sandinistas. Luis notó que sus pies le empujaban al encuentro de la muchacha, pero su propia timidez le detuvo tras haber dado un par de pasos hacia delante. Se quedó unos instantes quieto, como si una fuerza surgida del interior de la tierra le paralizase sin que pudiera oponer por su parte ningún asomo de resistencia. Miraba a la muchacha, la veía conversar, esbozar una sonrisa, recibir los comentarios de sus compañeros... Tal vez la felicitaban por su intervención durante el sermón de Servando. O quizás era simplemente que el hecho mismo de ser tan bella hacía que fuera el centro natural de aquel grupo de jóvenes en el que predominaban los hombres.

Iba a marcharse ya, recuperado el dominio de sus músculos y de su voluntad, cuando el rostro de Yunit se volvió hacia él buscándole. Asomó la sonrisa en los labios de la muchacha, y de inme-

diato echó a andar en dirección a Luis. Notó él que sus mejillas se coloreaban nuevamente. ¿Sería alguna vez capaz de dominar sus propias emociones en presencia de la muchacha?

—¿Qué tal, padre? Bien bonita la misa, ¿no le pareció?

—Sí, sí... —acertó a responder.

—Las misas acá no son como en su país, me digo yo...

—No, desde luego, no son muy parecidas... Me gustó, me gustó oírte hablar.

—¿Le pareció bien lo que dije?

—Sí, sí, estuvo bien...

—Me alegro, padre... Yo estaba muy nerviosa al levantarme, es duro hablar delante de tanta gente.

—Lo hiciste muy bien.

Yunit bajó los ojos. Luego los alzó, y Luis sintió un súbito temblor en sus manos.

—¿Vendrá luego a Pataya, padre?

—Sí, sí..., haré por ir.

—No falte, le estaré aguardando.

La miró mientras se alejaba. Cimbreaaba su cintura sobre las caderas que se movían bajo los ajustados (jeans). Su camisa era ancha, y los faldones flotaban sobre la línea del pantalón. Bajo la blancura de la tela podían distinguirse las dos cintas apretadas de sujetador y, a mitad de su espalda, el cierre nacarino de aquella oculta prenda.

A pasos lentos, Luis cruzó la calle y se dirigió hacia la Casa Cural. La puerta estaba entreabierta y, al empujar, vio en el interior un grupo de personas. Rodeaban a Servando y, entre ellos distinguió los rostros de Araceli y Lázaro Meden. Aquello tenía aire de una fiesta de cumpleaños.

—Luis —Servando le había visto y le llamaba—, pasa, pasa, todos son amigos.

Le presentó tres o cuatro personas, mientras mantenía la mano rodeando firmemente su brazo.

—¿Qué te pareció la ceremonia? —le dijo cuando ya había cumplido el turno de las presentaciones.

—Muy, muy distinta. . . —respondió Luis sin convicción.

—Distinta, ¿verdad? Sí; no es como en Europa. Acá se produce una comunicación con los fieles que allí hace tiempo se perdió. . .

Oyó la voz de Araceli. Surgió de pronto, con agudos acentos, entre el grupo de gente.

—¿Lo viste? Nada tiene que ver lo que se hace aquí con una ceremonia de meapilas. O la Iglesia es compromiso o no es nada. . . Aquí reina un Dios rebelde. De otro modo, la gente no se acercaría a la iglesia.

Luis se sentía algo turbado. En realidad, se encontraba como un extraño entre aquel grupo de gente algo euforizada y sobre la que Servando parecía ejercer un invisible dominio. No conseguía, además, apartar a Yunit de sus pensamientos y de sus emociones.

—Dentro de un rato —le decía Servando— iremos a un establecimiento campesino, camino de Ocotál, a unos quince kilómetros de aquí. Comeremos con ellos, habrá misa y, a la tarde, una fiesta pequeña que nos han preparado. ¿Te gustaría venir?

—Bueno. . ., la verdad es que preferiría traer mis cosas e instalarme con cierta tranquilidad.

—Ah, no bajaste tus trastos de la pensión. . . Claro, claro, tómate tu tiempo, es natural. . . Son quizá demasiadas cosas las que estás viviendo estos días, demasiadas en tan corto espacio de

tiempo. . .

—Sí, puede ser que sí. . . Ahora pensaba ir a la pensión, a pagar y recoger todo lo mío. Si te parece bien, nos veremos luego, a la noche.

—De acuerdo —le golpeaba ahora el hombro con afecto—, el día entero es tuyo. Cenaremos juntos a mi regreso.

Se despidió de los otros con un tímido saludo desde la puerta, y cruzó el porche con movimientos torpes. Se sintió aliviado al encontrarse solo en la calle. Algunos grupos de fieles rezagados conversaban sin prisas alrededor de la iglesia.

Comió su último menú de huevos y *gallopinto* en *El Progreso* y, tras la despedida ceremoniosa de doña Obdulia, regresó a la Casa Cural. Le abrió la silenciosa criada mestiza y apenas se entretuvo unos minutos en dejar sus bolsas de viaje en la que hasta esa mañana había sido la habitación de Jordi Cumeyes. Salió al punto, y tomó la dirección de la carretera, unas cuadras más abajo de la iglesia. Una invisible cortina de calor parecía impregnar el aire. Le sudaban las axilas y sentía húmedas las sienes.

Alguna fuerza interior le aconsejaba no acudir a aquella cita. Y sin embargo, sus pasos tiraban de él sin que se sintiera capaz de oponer resistencia. ¿Pero qué pretendía lograr de aquella muchacha? ¿Creía posible que pudiera establecer con ella algún género de relación amorosa? Se decía una y otra vez que no, que aquello era imposible, que Yunit tan sólo le miraba como a un sacerdote español en el que esperaba encontrar un hombre de parecidas características a Servando. . . Y a pesar de ser consciente de lo absurdo de sus pretensiones, seguía caminando hacia la carretera.

Llegó al matadero. Una vieja camioneta dejaba escapar sonoros rugidos de su motor, como si cien pequeñas piezas metálicas

agonizaran en sus entrañas. Un soldado, al volante del vehículo, conversaba con un sargento que permanecía en tierra. Luis se aproximó hasta ellos.

—¿Van a Pataya? —preguntó cuando los otros volvieron el rostro hacia él.

—Suba atrás si quiere; le dejamos allá, camino de Teotecatín. . .

Los rostros de dos soldados se asomaron bajo la lona cuando intentó trepar.

—Pucha, padrecito —oyó decir a uno de ellos—. Cójase de la mano, que yo le jalo.

La fuerza enorme de aquel brazo casi le subió en volandas. Encontró el rostro sonriente de uno de los soldados que Cumeyes había recogido en la carretera dos días antes, en su primer viaje hacia Jalapa. Lucía la misma boina negra y el gran crucifijo plateado bajo la verde camisa abierta.

—El mundo es un pañuelo —siguió el otro— acomódese aquí, sobre la manta, no se vaya a mojar de sangre.

Una docena de reses, descabezadas, despatadas, desprovistas de piel y con grandes hendiduras abiertas en el vientre, se amontonaban sobre el suelo de la camioneta. Olía a carne cruda y a sangre coagulada. Sobre los cadáveres más próximos de los animales, los soldados habían extendido un par de mantas. Le hicieron hueco y Luis se sentó al tiempo que la camioneta comenzaba a moverse, después de lanzar una ristra de sonoras explosiones.

—¿Y cómo le va, padrecito? —preguntaba el soldado mientras Luis intentaba guardar malamente el equilibrio, sentado sobre el cadáver de un ternero al que movían de un lado a otro los baches del camino.

—Bien, bien, ahí vamos, a Pataya... ¿Y usted, hacia el frente?

—Tengo una guardia en Teotecatín. A la noche estoy de regreso.

—Hum..., ya veo. ¿Cómo están las cosas por allá?

—Tranquilas, tranquilas. A veces morterean desde el otro lado. Tiene morteros buenos, ¿sabe usted? Pero los paisanos han cavado refugios bajo tierra y ya no hay casi muertes.

—¿A cuánto queda la frontera desde Teotecatín?

—Algo más de una legua, puede que legua y media. La última tierra nicaragüense es «El Porvenir», una finca clavada entre las montañas de Honduras. La «contra» la conquistó en junio del año pasado, pero les echamos de allá en una semana. Se llevaron buenos vergazos y no se han regresado a por más.

A través de las ranuras del toldo y de la caja de la camioneta, Luis veía el camino que iba quedando atrás. Era una carretera estrecha, flanqueada por altos cañaverales y plantaciones de maíz y de bananos. Los ranchitos aparecían entre la espesura y, en ocasiones, al lado mismo del camino. Pasaban a veces en dirección contraria grupos de soldados ataviados de variopintos uniformes y armados de fusiles o metralletas de diverso calibre y patente: algún viejo «Máuser», los «Garand», los «Fal» y el «AK 47», el «Galil» israelí, una carabina «30-30» rescatada quizá del arcón de un anticuario... La mayoría marchaban a pie, pero algunos, sin duda los más afortunados, lo hacían a lomos de borricos, mulas o pencos de famélicos costillares. También cruzaban a su lado algunos campesinos, con sus grandes sombreros de hoja de palma o de pita y el inevitable machete colgado a la cintura. El día se había hecho resplandeciente, pleno de luz, limpio el cielo y claro el aire, y el

calor, algo pegajoso.

—Ta bueno, padrecito, aquí tiene Pataya —le dijo el soldado al tiempo que la camioneta se detenía.

Con torpes movimientos Luis Ribera descendió de la baca del vehículo y puso los pies en tierra. Agitó la mano en señal de despedida y miró a su alrededor. Apenas unas cuantas casas se asomaban a los bordes de la polvorienta carretera; la densa espesura de los cañaverales impedía hacerse una idea precisa sobre la geografía de aquel lugar. Media docena de reses, de pelo claro, casi blanco, y agudas chepas, cruzó el camino unos metros delante de él, con andar cansino, seguidas de un jinete que las azuzaba con la fusta.

Continuó hacia delante unos cuantos metros y se detuvo en el porche de una casa fabricada en madera: un campesino se balanceaba en su mecedora mientras fumaba un cigarrillo, los ojos casi tapados por el ala ancha de un sombrero de palma.

—Buenas tardes, señor...

Alzó el otro hacia arriba el borde de su sombrero.

—Buenas tarde..., ¿le puedo servir?

—Busco el Salón de Mercaderías.

—Pues mire, tiene que desandar un poco la carretera. Como doscientas varas más atrás lo encontrará. Es un almacén grande, no tiene extravío.

—Muchas gracias...

—Va pues, amigo.

Yunit estaba en la puerta, aguardando. La distinguió al doblar un recodo del camino y ella le sonrió al tiempo que alzaba la mano y le saludaba. Luis sintió que, de nuevo, enrojecía.

—Qué bueno que vino, padre Luis.

—Hola, Yunit... ¿Esperaste mucho?

—No, no... , ¿no ve que aún no son las tres? Usted se llegó con premura, pero el acto terminó antes de tiempo.

—¿Fue interesante?

—Oh, sí. Usted tendrá que venir un día conmigo. Tengo ya hablado lo de los caballos. Le gustará el paseo, yo lo he hecho muchas veces.

—Bueno, no sé montar bien a caballo; alguna vez cabalgué algún burro en mi tierra, pero supongo que no es lo mismo.

Habían echado a andar en dirección al punto donde la camioneta dejó a Luis.

—No se apure, padre. Le prepararán uno mansito. Es muy fácil, las bestias de aquí están muy bien enseñadas, son animales de campo y deben hacer lo que el dueño ordena.

Cruzaron frente al hombre de la mecedora, que continuaba balanceándose en el porche. Hizo un breve saludo con la mano cuando pasaron a su lado.

—Nada de todo esto da la impresión de que haya guerra — comentó Luis—. Si no hubiera soldados, nadie diría que aquí sucede algo extraño.

—Llevamos unos meses tranquilos; antes esto era el infierno. Hubo recios combates con la <contra>. Pero de Managua enviaron mucho ejército. En <El Porvenir> hay, incluso, los <T-55>, que son muy buenos, fabricados en la Unión Soviética. Y también ametralladoras pesadas, de largo alcance. La <contra> ya no intenta entrar por allá. Ahora se mete en pequeños grupos por los lugares menos protegidos. Pero no se quedan; entran, matan a quien encuentran, queman graneros y secaderos de tabaco, y luego escapan como conejos. Temen encontrarse con los campos, eluden combatir porque siempre se llevan buenos vergazos. Son cobardes y

traicioneros, pero hacen daño. . .

Dejaron la carretera a un lado y doblaron por una vereda que se hundía entre plantaciones de bananos. Los racimos de plátanos sin madurar se ocultaban entre las anchas y grandes hojas de vivo color verde.

Luis caminaba muy próximo a la muchacha, casi llegaba a rozar su hombro. La cercanía le provocaba anhelos interiores, súbitas rachas de calor que se extendían por sus miembros y aceleraban el hervor de su sangre. Sentía deseos de rozar con los dedos aquella piel de tonos cobrizos, de apretar el cuerpo de la muchacha contra el suyo y dejar en aquellos labios carnosos un beso interminable y denso. Tal vez hubiera llegado a hacerlo, en aquella soledad rodeada de silencio, donde tan sólo se movían los penachos de las cañas impulsados por una leve brisa cálida, de no haber aparecido súbitamente, a la vuelta de un recodo de la vereda, un pequeño prado en el que se alzaba la estructura de un ranchito, de cuya chimenea brotaba un reguero fino de humo blanco.

—Ya llegamos —dijo Yunit al tiempo que volvía el rostro alegre hacia Luis.

Varias gallinas y cerdos oscuros merodeaban por toda la extensión del prado. Luis distinguió dos caballos enjaezados y atados al porche de la casita, y otras caballerías que, libres de montura, pastaban de la yerba que crecía en los extremos de la pradera.

Un hombre había salido al zaguán. Era recio y de baja estatura, piel clara y facciones de rasgos pronunciados. Vestía una camisa blanca con bordados rojos y azules en el pecho y un pantalón cuya cintura se apretaba contra un estómago algo prominente. Su cinturón de cuero de vaca lucía llamativos remaches plateados. Bajo el pantalón asomaban dos lustrosas botas de punta fina y alto tacón.

Llevaba en una de las manos una pequeña fusta con la que se daba golpes ligeros en la pierna.

—Es don Juan Dolores. . . —le presentó Yunit.

El otro avanzó dos pasos y tendió una mano fuerte a Luis Ribera. Sonrieron sus labios y una de las puntas de su largo y fino bigote se movió hacia arriba, mientras que sus pequeños ojos azules se achicaban y formaban un mapa de arrugas a su alrededor.

—Gusto en recibirle en mi casa. Pase usted, padre; entra tú también, Yunit. Hay cafecito recién hecho en el puchero.

Ocuparon tres mecedoras de caoba labrada en un cuarto de generosas proporciones. Sobre una de las paredes colgaba un calendario de cinco años atrás con un paisaje de montañas nevadas, probablemente los Alpes. No había otros objetos en la sala más que una lámpara de queroseno y la mesa donde una mujer de tez oscura, surgiendo de pronto del interior de la casa, dejó tres tazas de café humeante.

—Y qué, padre, ¿tiene mucho rato de estar aquí?

—Pues no, señor Dolores, apenas hace dos días que llegué.

—Es tierra caliente Nicaragua.

—Sí. . . , la guerra es dura.

—No es la guerra sólo, no crea. A los nicas nos gusta andar siempre a vergazos. Andamos siempre peleando porque somos gentes que, en cuanto vemos una oportunidad, la tomamos. . . Claro, eso trae problemas, porque todos queremos tomar la oportunidad al mismo tiempo, y se arma la del Diablo al menor pretexto. Hay aquí un dicho que dice que la vida es de los aventados, de los que trabajan; pero es un dicho mentiroso. Acá se trabaja poco. . .

—Usted, Don, es muy dado a la exageración —corrigió Yunit—. El pueblo ahora sí trabaja para sacar adelante la patria. . .

Juan Dolores sonrió;

—Niña Yunit, niña Yunit... Ella es demasiado joven, padre, y demasiado soñadora. Pero ta bueno que los jóvenes sean así... De viejo se ven las cosas de otra forma. Y este pueblo es siempre el mismo. Sólo ha cambiado de Gobierno, pero los nicas siguen siendo nicas...

—No le haga caso, padre Luis, a don Juan Dolores le gusta embromarme. El ayudó a los compas mucho cuando la guerra contra el tirano..., y ahora no ayuda a la ⟨contra⟩. Es de los nuestros.

—Ta bueno, niña Yunit, ta bueno... Tome el café, padre, y vayan a dar el paseo, que aún quedan dos horas de luz.

Salieron. Yunit saltó con agilidad a lomos de una yegua castaña y tensó las riendas mientras ajustaba los pies a los estribos. A Luis le ayudó Juan Dolores a trepar sobre un tordo que miraba con indiferencia hacia el prado que se extendía a la espalda de la casa.

—Espero no caerme... —comentó Luis.

—No se apure, padre, es una bestia dócil. Le llamamos *Paso Lento*, y con eso queda dicho todo. Siga usted detás de Yunit y el caballo irá solo. Así, sujete así las riendas, un poco tensas. Ella es buen jinete, la mejor amazona de la región..., yo la enseñé a montar cuando era una cipotina.

Sin que apenas tuviera que hacer un movimiento con el brazo, su caballo tomó el paso con el hocico casi pegando a la grupa de la yegua. Rodearon la casa, caminaron junto al cercado y se hundieron entre el verdor de un campo de maíz. Las gruesas mazorcas comenzaban a abrirse en los extremos de las plantas más altas, que crecían por encima incluso de sus cabezas.

La senda que cruzaba la plantación era estrecha y la altura del maíz impedía que pudiera contemplarse ningún horizonte abierto,

ningún paisaje. Yunit se giraba en ocasiones y le miraba sonriente: ladeaba una pierna despegándose unos centímetros de la silla, y la curva de su pecho quedaba recortada ante los ojos de Luis. A cada rato le parecía más hermosa, y ahora en mayor medida, su gracilidad de amazona dando a su forma de cabalgar el aire de un vuelo. Parecía casi una parte más del caballo, mientras dejaba que su cuerpo tomara el mismo ritmo y cadencia que el paso del animal. A Luis le gustaba contemplarla así, libremente, sin tener que desviar sus ojos de aquella espalda en la que se marcaba, bajo la blusa, la silueta del sujetador blanco.

El camino se hundió en una depresión del terreno y luego ascendió de nuevo. Pero seguía siendo estrecho, y obligaba a que las caballerías continuaran su marcha una detrás de la otra. Luis no deseaba que aquella senda terminase nunca, de la misma manera que anhelaba que aquella tarde se hiciese eterna. Se oía el canto de algunos pájaros, y el aleteo de las hojas que rodeaban las mazorcas bajo el impulso de la brisa caliente.

En lo alto de la pequeña loma terminaba el maizal y el camino se ensanchaba. Yunit detuvo su yegua y esperó a que Luis llegase a su lado. Ahora sí que se abría ante sus ojos un amplio paisaje: campos de hondo verdor, jalonados de espesura salvaje o tachonados en algunos lugares por los cultivos de café, maíz, caña y tabaco. Corrían lejos, muy lejos, los valles rebosantes de vida, dejando a su izquierda la línea azul de las sierras agrestes. A sus espaldas, se alzaban más próximas las montañas que cerraban el territorio hondureño.

Pero Luis no pensaba ahora en esas cuestiones. Su ánimo se dejaba envolver por la blandura de la tarde. En la hora tibia y apacible, su voluntad se dormía bajo la sensualidad que transmitía

aquel paisaje, ante la perezosa voluptuosidad que emanaba de los valles somnolientos, de los cerros que parecían guardarlos como vigorosos carceleros. Algunas mariposas revoloteaban sobre unas plantas de magnolias y desde los árboles cercanos llegaba a sus oídos el afinado canto de un ciertogüí. Olía a simiente en el aire espeso, a tallos rotos de yerba joven. . .

Miró el rostro de Yunit. Si ahora la besara. . . , o si al menos tomase su mano y la apretase en la suya. . .

Pero el brazo de la muchacha se había alzado y señalaba hacia delante, en un punto remoto del paisaje.

—¿Ve aquellas últimas montañas, padre? Detrás de ellas queda Palacaüina, donde yo nací.

El frágil instante de olvido de sí mismo se había roto cuando oyó a la muchacha decirle “padre”. Respondió mecánicamente.

—Creí que tú eras de Jalapa. . .

—No, soy de Palacaüina. . . Pero desde muy pequeña he vivido en Jalapa, desde que mis padres murieron.

—¿Cómo fue eso?

—Es triste la historia. Ellos eran maestros en Palacaüina. Ayudaban a los compas, escondían armas en la casa. Un día, la Guardia somocista llegó y los mató a los dos. Yo me libré porque una vecina me escondió en su casa. Si no, también me hubieran matado. A los niños pequeños los clavaban en sus bayonetas. . . Mi abuela me trajo luego a vivir a Jalapa. Pero yo soy de Palacaüina.

Luis había mirado en los ojos de Yunit mientras la muchacha hablaba. No alcanzó, sin embargo, a distinguir un rastro de dolor en las pupilas de ella.

Ahora, Yunit señalaba a otro punto, más cercano adonde se encontraban.

—¿Ve la línea del río, la ve entre los árboles?

—Sí, creo que sí. . .

—Es el río Lindo, es ahí donde vamos. No queda más lejos de una legua. ¿Me sigue?

—Sí, claro.

Yunit dio un golpe con sus talones en los flancos de la yegua y ésta echó a andar vereda adelante. El caballo de Luis le siguió de inmediato, sin que el sacerdote hubiera de animarlo de ninguna manera.

La vereda se transformaba ahora en un camino difícil, mal trazado, roto a veces por pequeñas lagunas de agua sucia o desaparecido entre roquedales. Subían y bajaban lomas poco pronunciadas, atravesaban breves quebradas por donde corrían delgados riachuelos. Tan pronto pasaban junto a praderas de llamativo verdor, donde encontraban huertos olvidados y restos de algún ranchito, como les envolvía la espesura salvaje, bosques de cedros reales, jinocuaos, mangos y aguacates, madroños, jícaros, ceniceros, guayabos, pitayas y grupos de ocotes. En ocasiones, aparecían en los claros del bosque cabezas de ganado que pastaban libremente junto a bandas de frágiles garzas de plumaje albo. Pasaron junto a campos donde se apretaban los nopales y otros géneros de plantas cactáceas, y se hundieron con el camino entre matorrales de magnolias, campanillas rosáceas, claveles silvestres. Alguna bandada de palomas, grises y blancas, se espantó a su paso y alzó el vuelo con un ruidoso paleteo de las alas. Un zopilote les siguió durante un trecho planeando en círculos sobre sus cabezas.

Bordeaban el río Lindo anchas riberas de tierra estéril, pedregales donde sólo en algunos tramos crecían breves mazos de plantas famélicas, suelos yermos por donde las aguas, en un cauce

poco profundo, corrían rápidas y limpias, mostrando en sus márgenes las huellas de frecuentes y violentas avenidas. En los límites de las orillas se alzaban ramblas poco pronunciadas, sobre las que la Naturaleza volvía a exhibir un impúdico verdor; de nuevo los bosques, las arboledas, los macizos de flores amarillas y rojas, y el canto de aves escondidas que componían un variado e impreciso concierto sobre el monocorde ronquido del río.

Los caballos cruzaron por un vado en el que el cauce apenas sobrepasaba las rodillas de los animales. Con cautela, iban poniendo una pezuña tras otras en el lecho escurridizo del agua. Yunit giró a la izquierda hasta alcanzar la ribera de un remanso, en el que un grupo de malinches daban su sombra a un arenal de tierras blancas. Bajó del caballo y ató las riendas a unos matorrales. Se acercó hasta Luis, le ayudó a descender y repitió la maniobra con su montura.

—¿Le gusta el río, padre?

—Realmente tiene bien puesto el nombre, es verdaderamente lindo.

Yunit se había sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Luis se dejó caer no muy lejos de ella, sacó un cigarrillo de la guayabera y lo encendió. Las vainas secas del malinche colgaban sobre sus cabezas, esperando un golpe de aire que rompiese su última y frágil unión con las ramas del árbol: Yunit había recogido una del suelo y jugaba con ella entre los dedos.

—¿Sabe, padre, cómo llamamos en Nicaragua a estos árboles?

—Bueno. . . , creo que es un malinche.

—Sí, sí, pero tienen otro nombre. Le llamamos el árbol del matrimonio. ¿Sabe por qué?

—Pues no.

—Porque en la primavera es todo flores y en el invierno todo

vaina.

Una garza gris cruzó cerca de ellos, sobrevolando el curso del río. Parecía casi azul el plumaje del ave.

—Ese hombre. . . , Juan Dolores, ¿qué es para ti? —preguntó Luis.

—Es un buen amigo. Conoció a mis padres. Yo le visito mucho, él me deja el caballo cuando se lo pido.

—Parece adinerado. . .

—No, ahora no lo es. Tiene tierras, y sus hijos las trabajan. Algunas fincas de café y de maíz, y un poco de ganado. Es un hacendado, pero no le marchan muy bien las cosas. La <contra> le ha quemado algunas veces los campos. El era enemigo de Somoza, como muchos otros hacendados, pequeños propietarios. . . Ahora, no puede decirse que sea sandinista. Pero tampoco es contrario.

—¿Y vienes mucho aquí?

—¿Adónde, a Pataya?

—No, aquí, al río. . .

—No mucho. Pero me gusta venir cuando puedo. Es tranquilo, es bonito, todo está quieto y silencioso. Y se puede pensar. Pero no tengo mucho tiempo para bajar hasta aquí. . .

—Parece un buen lugar para bañarse. . .

—Sí, lo es. Pero ya ve, no trajimos bañadores.

—Bueno, si quieres bañarte yo me doy la vuelta y no miro.

—No, no.

Quedaron en silencio unos instantes. La joven echó la cabeza hacia atrás y perdió la vista entre las ramas del espeso árbol que le daba sombra. Luis se quedó inmóvil, absorto en la contemplación de la muchacha, incapaz de hablar.

Yunit bajó de pronto la cabeza hacia delante, y sus cabellos

revolotearon unos momentos delante de su rostro. Luego, le miró de frente.

—No me dijo qué opinaba de la misa de esta mañana, padre...

Luis sintió como si le hablaran de un tiempo prehistórico.

—Bueno... , nunca había visto una igual.

—Pero, ¿le gustó?

—No sé qué decirte. Me extrañó.

—¿Usted diría una misa como las dice el padre Servando?

—No sé, no creo. Yo tengo, tal vez, otros criterios, unos puntos de vista distintos de los suyos.

—¿Es usted vaticanista?

—No, no, no es eso... Pero no me gusta hablar tanto del pecado en la Iglesia, sean pecados individuales o sean pecados sociales y políticos. Yo, Yunit... , no sé, es difícil de explicar... Yo no creo en el pecado.

—¿No le parece pecaminoso lo que hacen nuestros enemigos?

—No es eso tampoco... La vida la componen muchas circunstancias. Ni yo mismo tengo muy claro todo esto. Yo creo que nunca te pediría, como hizo hoy Servando, que murieras por cualquier causa...

—Servando es santo.

—¿Quién dice eso?

—Lo dice mucha gente de Jalapa.

—Tampoco yo creo exactamente en los santos.

—¿Y en qué cree usted, padre?

—En la gente singular, a lo mejor. Y en la necesidad de que nadie muera por ninguna causa. Porque yo pienso que ninguna causa justifica la muerte.

—Yo creo, padre, que cuando la patria lo necesita y Dios lo

quiere, a lo mejor entonces hay que morir.

—La patria es una abstracción, Yunit, y Dios no puede querer la muerte de alguien como tú.

La muchacha se había levantado. Caminó unos pasos en dirección al río y se detuvo de espaldas a Luis. Sintió él nuevos deseos de abrazar aquel cuerpo, de besar su nuca, sus cabellos, sus sienes, su cuello, mientras le susurraba palabras de amor en los oídos.

—No me gusta que hable así.

—¿Cómo...?, que hable..., así. Yo no he dicho nada, Yunit.

Se había levantado y avanzado hasta quedar detrás de la muchacha. Ella se volvió. Estaba muy cerca. El sol daba en sus espaldas y su piel parecía más oscura. Brillaban sus labios y sus ojos.

—Eso que ha dicho de la patria... La patria es aquí una cosa muy precisa. Lo explicamos muchas veces, se lo decimos a los campesinos ignorantes; la patria somos todos, es nuestra libertad recuperada, es la dignidad de defender nuestra tierra.

Tal vez iba a alzar el brazo y a posarlo en el hombro de la muchacha cuando ella se echó a su derecha, le rebasó y regresó en dirección al árbol. Luis se sintió ridículo, allí en pie, algo tembloroso, el calor interior dueño de sus pensamientos y de sus miembros. ¿Y si ahora le decía que la amaba? No, sin duda sería una torpeza, una estúpida precipitación que tal vez espantaría de su lado a aquella frágil muchacha, de la misma manera que un paso inoportuno hace levantar el vuelo a una bandada de pájaros. Se quedó allí quieto, los ojos perdidos sobre los lomos de aquellas aguas que se remansaban no lejos de sus pies.

Oyó pasos y se volvió. Yunit se acercaba con los dos animales

sujetos por las riendas.

—Es algo tarde, padre Luis. Debemos regresar antes de que caiga el sol. Aquí anochece de golpe, casi como si la Tierra se cayera de pronto en un agujero. Y hay que hacer raid para que nos lleven a Jalapa.

Tomó sus riendas.

—No te enfades, Yunit —dijo de pronto—. Quizá sé muy poco sobre tu tierra para poder hablar de estas cosas.

—No me enfado, padre, no me enfado. —El rostro de la joven le sonreía—. Ya sé que irá usted conociéndola... Yo le enseñaré cosas, todo lo que pueda... Y usted me enseñará latín como pago, ¿quiere...? Aprenderá usted a amar este país.

—Ya lo amo, Yunit, ya lo amo...

—Más aún, padre Luis.

—Estoy seguro —respondió el sacerdote al tiempo que apoyaba el pie izquierdo en el estribo, daba un impulso a su cuerpo y, como por milagro, se encontraba de nuevo a lomos del caballo.

—Y me gustó mucho venir con usted aquí, padre... Siempre he venido sola, es la primera vez que traigo a alguien.

—¿De veras no te arrepientes?

—No, no. Y tenemos que volver otro día con mucho más tiempo.

(Javier Martínez Reverte)

JAVIER MARTINEZ REVERTE

Antes de publicar *Los dioses debajo de la lluvia*, Javier Martínez Reverte, nacido en Madrid en 1944, ha sido autor de otras tres novelas: *El penúltimo día* (1981), *Sinfonía Bárbara* (1983), y, en esta misma editorial, *Lord Paco* (1985). Martínez Reverte ha hecho, sin embargo, incursiones en casi todos los géneros de la literatura. Así, tiene un libro de poemas: *Metrópoli* (1981); un relato de viajes: *La aventura de Ulises* (1972); un ensayo político: *Giscard d'Estaing, la derecha al poder* (1974), y ha realizado una antología de poemas y canciones de la chilena Violeta Parra: *Violeta Parra, violeta del pueblo* (1974). Antes de dedicar su tiempo, casi por entero, a la literatura, Javier Martínez Reverte ha sido profesional del periodismo durante veinte años. Residió como corresponsal en Londres entre 1971 y 1973, y más tarde en París, entre 1973 y 1976. Ha viajado por los cinco continentes como enviado especial y pasado largas temporadas en Centroamérica, sobre todo en Nicaragua, donde recogió las experiencias y vivencias que ha dado cuerpo a esta excelente novela.

Los dioses debajo de la lluvia, escrita por Javier Martínez Reverte, ganó el Premio Ateneo de Santander 1985, es una historia de pasiones, una historia de amor, de violencia y de muerte. Sobre el fondo de una Nicaragua en guerra, cuando finaliza el año 1984, un sacerdote español sufre en carne viva sus propias contradicciones, desatadas por las nondas divisiones que aquejan a la Iglesia católica de nuestros días: de un lado, esa Iglesia integrada en las luchas revolucionarias y que encuentra sus

fundamentos teóricos en la llamada “Teología de la Liberación”; de otro, la Iglesia tradicional, la Iglesia que, bajo el actual Papado, intenta volar por encima de las urgencias terrenales y políticas. Pero *Los dioses debajo de la lluvia* es más que todo eso. Es también el retrato de una geografía de violencia, de una lucha sin cuartel en la que una revolución naciente, la revolución sandinista, se enfrenta en combate abierto a las guerrillas “contra” que se infiltran en el país desde la norteafrontera con Honduras. Y es también la crónica de un país donde la violencia es un hecho tradicional y cotidiano, desde los combates en la sierra hasta las salvajes peleas de gallos y las sangrientas corridas de toros. *Los dioses debajo de la lluvia* es, en fin, una novela de nuestro tiempo que el lector no podrá abandonar una vez que haya ojeado sus primeros párrafos, una novela de argumento y personajes, una novela en la que pasan cosas. . .

VOCABULARIO

ocote <i>m.</i> 引火松	porche <i>m.</i> 门厅, 门廊
fritanga <i>f.</i> 油炸食品	retal <i>m.</i> 小块, 零头
cacatúa <i>f.</i> 白鸚鵡	ignoto, ta <i>adj.</i> 未开发的
zanate <i>m.</i> 鹌鹑	conculcado, da <i>adj.</i> 违背的
zopilote <i>m.</i> 秃鹫	guayabera <i>f.</i> 印第安人的男 士衬衫
churrasquito <i>m.</i> 烤肉	titiritero <i>m.</i> 耍木偶的人
hombres atenazados 受苦的人	chalupa <i>f.</i> 小船
achote <i>m.</i> 胭脂果	cuenco <i>m.</i> 大碗
orégano <i>m.</i> [植]牛至	

realizar un amago de	作出……的姿态	encíclica	<i>f.</i> 教皇通谕
obsidiana	<i>f.</i> 黑曜岩	por el estilo	类似的
cebú	<i>m.</i> 瘤牛	plegarse	<i>vr.</i> 迁就
cansinamente	<i>adv.</i> 迟慢地, 懒散地	descarriado, da	<i>adj.</i> 走上邪路的
ajado, da	<i>adj.</i> 憔悴的, 苍老的	famélico, ca	<i>adj.</i> 饥饿的
mandil	<i>m.</i> 围裙	gorra de visera	带舌帽
remolonear	<i>vt.</i> 逃避工作	figurar	<i>vi.</i> 探听
inmiscuirse	<i>vr.</i> 参与; 混入	indeble	<i>adj.</i> 不可磨灭的
encajar	<i>vi.</i> 添麻烦	marfileño, ña	<i>adj.</i> 象牙似的
auparse	<i>vr.</i> 举高	meloso, sa	<i>adj.</i> 温柔的, 甜蜜的
a la galana	衣冠楚楚地	atril	<i>m.</i> 读书架
fusta	<i>f.</i> 马鞭子	reclinatorio	<i>m.</i> 祷告台, 祷告椅
pasquín	<i>m.</i> 匿名讽刺短文	diadema	<i>f.</i> 冠状发饰
garfio	<i>m.</i> 铁钩	colarse	<i>vr.</i> 突然溜进
grácil	<i>adj.</i> 修长的, 苗条的	cacarear	<i>vi.</i> 鸡叫
madroño	<i>m.</i> 杨梅	estola	<i>f.</i> (牧师挂在脖子上的) 圣带
profuso, sa	<i>adj.</i> 大量的	flanquear	<i>vt.</i> 位于……的侧面
a rachas	一阵阵, 疾风	estrofa	<i>f.</i> 诗节
jamba	<i>f.</i> 门框侧柱	silencio embarazoso	令人难堪的沉默
difuso, sa	<i>adj.</i> 散开的	escrutar	<i>vt.</i> 细查
tonalidad	<i>f.</i> 色调	coyote	<i>m.</i> 郊狼
piernas nervudas	多筋的腿	caldeado, da	<i>adj.</i> 热烈的
camuflaje	<i>m.</i> 伪装	comulgar	<i>vt.</i> 受圣餐
leopardo	<i>m.</i> 金钱豹		
recatadamente	<i>adv.</i> 庄重地		
cacareado, da	<i>adj.</i> 夸大的		

a sabiendas de 明知
hipnótico, ca *adj.* 催眠的
beatífico, ca *adj.* 恬静的
cimbrear *vi.* 摇晃
mortero *m.* 臼炮
ranura *f.* 槽, 沟
penco *m.* 瘦马
baca del vehículo 车顶
chepa *f.* 驼背, 鸡胸
caballos enjaezados 带上饰物

的马
jalonado, da *adj.* 标出……的
tachonado, da *adj.* 布满……
的
roquedal *m.* 多岩石的地方
pezuña *f.* 蹄, 爪
escurridizo, za *adj.* 滑的
garza *f.* 鹭
pecaminoso, sa *adj.* 有罪的

SALUD

NUTRICION

Nutrición siglo XXI

La salud es un viaje, no un destino.

ANONIMO

La prescripción Pritikin para lograr una salud óptima se compone de una dieta baja en grasas, baja en colesterol y sodio, rica en carbohidratos complejos y combinada con la práctica regular del ejercicio aeróbico. En porcentajes calóricos, la dieta de Pritikin está compuesta de 5 a 10 por ciento de grasas, del 10 al 15 por ciento por proteínas y el 80 por ciento por carbohidratos complejos. Consiste en granos enteros, frijoles, verduras, frutas, productos lácteos libres de grasas y pequeñas cantidades de proteína obtenidas de la carne de res, aves de corral y pescado. El consumo diario de proteínas se limita a 90 gramos, a fin de reducir la ingestión total de grasa y colesterol, dado que la mayoría de los alimentos de origen animal ricos en proteína tiene altos niveles de grasa y colesterol.

Claramente una dieta espartana, el régimen de Pritikin era sumamente eficaz en lograr que la gente prescindiera del consumo de grasa, sal, azúcar, alcohol, café y tabaco. Proporcionaba bases firmes para la formación de hábitos de alimentación inteligentes y saludables. Promovía el consumo de alimentos enteros y la práctica diaria del ejercicio. En muchos casos el programa supervisado reducía

los niveles de presión arterial y de colesterol, y reducía significativamente el consumo de insulina por parte de los diabéticos.

Aunque Pritikin no era un médico, mostraba una gran avidez hacia la investigación médica. Su interés se centraba fundamentalmente en las enfermedades coronarias, debido a que en 1955 se le diagnosticó el padecimiento de un severo mal cardíaco. Convencido de que existía una correlación entre la dieta y la salud, durante veinticinco años Pritikin se dedicó a investigar la literatura médica sobre las enfermedades degenerativas más comunes en el mundo occidental, como los males cardiovasculares, la alta presión arterial, la diabetes y el cáncer. También se dedicó a estudiar aquellos patrones dietéticos y estilos de vida que tenían los promedios más bajos de enfermedades degenerativas. Pritikin, entonces, estructuró su dieta a partir de los patrones básicos de alimentación, ricos en almidones (carbohidratos complejos) y bajos en grasas, de culturas primitivas como los indios tarahumaras del noroeste de México, los bantús de Sudáfrica y los nativos de Nueva Guinea.

EL MEOLLO DEL ASUNTO

La dieta Pritikin se basa fundamentalmente en un contenido extremadamente bajo en grasas. El énfasis que Pritikin otorgaba al bajo consumo de grasas se basaba en el hecho de que existe una vinculación entre las dietas ricas en grasas y colesterol y el desarrollo de las enfermedades degenerativas en los países desarrollados. La literatura médica sugiere que las grasas saturadas pueden elevar los niveles de colesterol en la sangre, y que el colesterol en la sangre es un factor clave en la incidencia de las enfermedades cardíacas, la principal causa de muerte en los Estados Unidos. Sin embargo,

Pritikin no sólo restringió el consumo de grasas naturales (las cuales generalmente provienen de la carne y de los productos lácteos con contenido pleno de grasa) sino que prohibió consumir cualquier tipo de grasa, incluyendo las insaturadas que provienen de verduras, nueces y semillas. Pritikin no reconoció los beneficios que pueden aportar determinadas grasas en la dieta.

Obviamente prejuiciado por sus intereses personales de salud, al estudiar dietas de todo el mundo, Pritikin se centró más bien en los aspectos terapéuticos cardiovasculares. Sin embargo, sus investigaciones no abordaron evidencias cruciales acerca del papel que desempeñan las grasas en la dieta.

OMEGA-3 Y OMEGA-6

Las investigaciones de Pritikin, de alguna manera, pasaron por alto las revolucionarias apreciaciones en torno a las grasas que los investigadores H. O. Bang y John Dyerberg presentaron en 1978 en un estudio que apareció publicado en *Lancet*, la muy respetada publicación médica británica. Los doctores Bang y Dyerberg se dedicaron a investigar la dieta que siguen los esquimales nativos de Groenlandia, y pudieron apreciar que, a pesar de su dieta extremadamente rica en grasas y colesterol de estas poblaciones, la incidencia de enfermedades cardíacas de coronarias, de diabetes y de cáncer es sumamente baja. Ya en 1855 había llamado la atención la relación entre la dieta de los esquimales rica en pescado y sus bajos índices de enfermedades cardíacas. Estos estudios de población surgieron con las observaciones externadas por Bang y Dyerberg en la década de los setenta.

Se reportó que la dieta tradicional de los esquimales obtiene

más del 70 por ciento de sus calorías de las grasas, y, sin embargo, los esquimales están exentos de enfermedades mortales degenerativas como los males cardiacos. Esta proporción se encuentra muchísimo más allá del 10 por ciento de las calorías obtenidas de las grasas que Nathan Pritikin recomienda para evitar y controlar las enfermedades. No obstante la publicación de tan importantes hallazgos en 1978, Pritikin escribe en su libro *The Pritikin Program for Diet and Exercise* (El programa Pritikin para dieta y ejercicio), publicado en 1979, "Consideramos que las grasas son tan nocivas para su salud que su consumo no debe ir más allá del 5 al 10 por ciento".

La clave de la excelente salud de que gozan los esquimales es la clase de grasa que comen. Ellos obtienen sus grasas de la fauna marina (foca, ballena, morsa) y de peces de aguas frías con carne sumamente grasosa (arenque, macarela y salmón), que constituyen la mayor parte de su dieta. Estos alimentos contienen aceites marinos ricos en dos importantes ácidos grasos Omega-3, llamados ácido eicosapentaenoico, o AEP, y ácido docosahexaenoico, o ADH. Se ha demostrado que los ácidos grasos en la forma AEP y ADH contribuye a proteger el sistema cardiovascular.

Otra reconocida autoridad en la investigación de grasas, el doctor David Horrobin, empezó a publicar sus trabajos a principios de la década de los ochenta. Horrobin informó sobre el sorprendente resultado en la salud mediante el uso de otra clase de grasa, el aceite de la hierba del asno que contiene cantidades importantes de un aceite graso Omega-6 denominado ácido gamma linoleico, o AGL. Demostró que este ácido ayudaba a aliviar los problemas cardiovasculares, a bajar de peso, y a atacar enfermedades inflamatorias como la artritis, desórdenes en el sistema inmunológico, el alcoholismo, el

síndrome premenstrual y alteraciones en la piel, cabello y uñas.

De hecho, ya en la década de los setenta, HoffmanLaRoche publicó una serie de informes clínicos donde demostraba los efectos positivos de añadir a la dieta grasa en forma de AGL.

DE QUE MANERA FUNCIONAN LOS ACIDOS GRASOS OMEGA-3 Y OMEGA-6: LAS PROSTAGLANDINAS

Tanto el ácido graso Omega-3 como el Omega-6 operan en el cuerpo formando sustancias similares a las hormonas conocidas como prostaglandinas. El papel de las prostaglandinas consiste en controlar el funcionamiento diario del cuerpo humano. Como un indicador de la importancia de las prostaglandinas, resulta interesante observar que en 1982 los investigadores que se ocuparon de estudiar estos elementos se hicieron acreedores a tres premios Nobel en medicina.

Las prostaglandinas controlan todas las funciones corporales a nivel celular. Son vitales en la regulación de los sistemas cardiovascular, reproductor, inmunológico y nervioso central. Las prostaglandinas son necesarias para controlar la obturación, la inflamación, el crecimiento de tumores y las alergias. El surgimiento de una enfermedad es el resultado de un desequilibrio en las prostaglandinas.

Las prostaglandinas evitan las enfermedades cardiacas al:

- Hacer la sangre más delgada, menos pegajosa y por tanto, menos propensa a coagularse.
- Reducir la acumulación de plaquetas.
- Disminuir la constricción de los vasos sanguíneos.

Sin embargo, si en la dieta no se incluyen determinadas grasas, las prostaglandinas no pueden desempeñar sus diversas y cruciales funciones en el cuerpo.

LAS GRASAS ESENCIALES

Existen dos tipos principales de grasas esenciales; los aceites Omega-3, que se obtienen de los peces y de la vida marina, y los aceites Omega-6, derivados de plantas y fuentes botánicas como los aceites vegetales sin refinar, la borraja y el aceite de la hierba del asno. Estas dos familias de ácidos grasos esenciales desempeñan dos papeles fundamentales;

(1) forman la membrana celular que rodea a cada célula en el cuerpo, y

(2) constituyen la fuente de las prostaglandinas, que tienen efectos reguladores de gran alcance en todo el cuerpo.

Ahora es el momento de restituir las grasas esenciales en nuestra dieta por las siguientes razones:

- La influencia que ejerció la Dieta Pritikin a lo largo de una década con su exclusión de todas las grasas incluyendo aquellas que resultan benéficas para la salud;
- La tendencia dietética a consumir comidas instantáneas donde el proceso de conocimiento puede hacer que las grasas resulten dañinas al cuerpo; y
- La información errónea sobre lo indispensable que resultan las grasas adecuadas para la salud total.

LA SOLUCION QUE OFRECEN LAS GRASAS ESENCIALES

Las grasas esenciales constituyen un componente fundamental de lo que yo denomino mi Nueva Dieta Nutricional. La solución que brindan las Grasas Esenciales se basa en tres puntos cruciales:

1. La grasa esencial es un tipo de grasa absolutamente necesaria para la regulación de todas las funciones del cuerpo humano.
2. La grasa esencial debe incluirse en la dieta dado que no es elaborada por el organismo.
3. La grasa esencial es una grasa que no ha sido nutricionalmente alterada de su estado natural mediante técnicas de procesamiento de alimentos o erróneas prácticas de cocimiento, sin embargo ha sido sometida a procesos de purificación a fin de erradicar los pesticidas solubles en aceite y los residuos herbicidas.

Casi a diario recibimos noticias de los nuevos usos que se dan a las grasas esenciales en diversas partes del mundo. Por ejemplo, en un estudio publicado en el *New England Journal of Medicine*, en marzo de 1986, se afirma que *aceites como el de oliva y el de cacahuete resultan tan eficaces para disminuir los niveles del colesterol como puede serlo una dieta baja en grasas y rica en carbohidratos*. La isla griega de Creta tiene el índice más alto de consumo de aceite de oliva en el mundo, y también la tasa de mortalidad más baja debido a enfermedades cardiovasculares. El aceite de oliva ha sido el renglón principal del comercio de los países del Mediterráneo a lo largo de cinco mil años. A pesar de lo

trascendental de esta información, no se ha efectuado cambio alguno en la prescripción Pritikin básica, y la prohibición de consumir cualquier tipo de grasa continúa siendo la parte medular de la dieta Pritikin.

Aunque resulte difícil de creer, casi 80 millones de norteamericanos se encuentran excedidos de peso y sin embargo tienen deficiencias de grasas. Esto parece ser una contradicción, ¿o no? Y la situación se vuelve todavía más contradictoria si consideramos que el 40 por ciento de las calorías de la dieta estándar norteamericana proviene de las grasas.

El consumo de la clase adecuada de grasas, en la cantidad adecuada, (esa clase que denomino grasas esenciales), le permitirá bajar de peso sin sacrificios ni molestias y sin preocuparse por seguir rigurosamente una dieta. Las grasas esenciales constituyen la manera más sencilla y saludable de alcanzar y mantener un peso normal.

La obesidad es sólo uno de los problemas de salud a nivel nacional que puede originarse por la falta de grasas esenciales en la dieta. Como usted lo podrá experimentar, las grasas esenciales no solamente resultan eficaces para hacer perder algunos centímetros de cintura, también sirven para protegernos de muchas de las enfermedades que aquejan al hombre moderno. De acuerdo con los estudios realizados por eminentes investigadores en grasas como los doctores William Connor, Donald Rudin, David Horrobin y Barry Sears, las grasas esenciales (obtenidas de aceites de pescado que contiene AEP y de aceites de origen vegetal y botánico que incluyen AGL) han demostrado ser eficaces en el control, la prevención y el revertimiento de diversas enfermedades.

Las grasas esenciales intervienen favorablemente en:

LA PERDIDA DE PESO

Las grasas esenciales contribuyen a quemar el exceso de calorías en lugar de depositarlas como tejido graso. Es posible perder peso con facilidad sin tener que recurrir a dietas severas.

LAS ENFERMEDADES CARDIACAS

Las grasas esenciales disminuyen el colesterol en la sangre y los triglicéridos. Reducen también el riesgo de contraer trombosis.

EL CANCER

Las grasas esenciales inhiben el desarrollo de las células cancerígenas.

LA DIABETES

Las grasas esenciales promueven una utilización más eficaz de la insulina.

LA ARTRITIS REUMATOIDE

Las grasas esenciales funcionan como un catalizador antiinflamatorio.

EL SINDROME PREMENSTRUAL

Las grasas esenciales alivian el 90 por ciento de las tensiones y molestias características de este mal.

EL SISTEMA INMUNOLOGICO

Las grasas esenciales incrementan el funcionamiento de los linfocitos supresores-T que defienden al cuerpo de bacterias y virus invasores.

LA PIEL

Las grasas esenciales coadyuvan a eliminar psoriasis, eczemas y acné.

LAS UÑAS

Las grasas esenciales endurecen las uñas quebradizas.

EL CANDIDA ALBICANS

Las grasas esenciales controlan las infecciones por levadura.

UN VISTAZO AL FUTURO

Nathan Pritikin reconoció que la dieta estándar norteamericana promovía un consumo excesivo de grasas, sin embargo, no estableció la distinción entre las grasas que resultan benéficas para la salud y las que son nocivas, y por eso procedió a excluirlas por igual, incluyendo las grasas de las familias Omega-3 y Omega-6 que actualmente se consideran como absolutamente esenciales para la salud. El programa de Pritikin, que prohibía el consumo de nueces, semillas, aceites vegetales sin refinar, suplementos a base de ácidos grasos y la carne de pescados grasosos, excluía de la dieta tanto las fuentes más vitales de grasas esenciales como las vitaminas A y E, solubles en las grasas.

En *Nutrición Siglo XXI* propongo adaptar los fundamentos básicos de la dieta Pritikin a una dieta que incluya grasas esenciales, un plan de alimentación de por vida basado en los últimos descubrimientos en el terreno nutricional. De ahí que yo haya denominado a mi programa la Nueva Dieta Nutricional. Y en vista de que la gente consume alimentos y no nutrición, mi dieta se basa en un retorno a los placeres que derivan del consumo de alimentos de temporada, frescos y saludables. Finalmente, saber que deter-

minadas grasas pueden resultar benéficas para la salud es una bendición para quien cocina y se alimenta teniendo en mente su salud. Las grasas contribuyen en gran medida a hacer las comidas más apetitosas, dada su alta capacidad para mantener y acentuar el sabor de los alimentos. Y como un beneficio adicional para el lector consciente de su peso, este programa de alimentación también la ayudará a bajar algunos kilos.

La nueva dieta nutricional y la pérdida de peso

La popularidad de las dietas demuestra que la gente está empeñada en recorrer largos caminos con tal de no caer en los grandes ensanchamientos.

CARL OTTAVI

articulista y humorista

La obesidad, uno de los mayores problemas de salud a nivel nacional, puede atacarse fácilmente mediante las grasas esenciales, sin llegar a incurrir en los riesgos de salud que comúnmente se asocian con la dieta. Pese a la infinidad de dietas y la copiosa información en torno al acondicionamiento físico, la población norteamericana ha tendido cada vez más hacia la gordura. Simplemente revisense los siguientes hechos:

- El noventa por ciento de los norteamericanos consideran estar excedidos de peso.
- El noventa y siete por ciento de la gente que se somete a un régimen dietético recupera el total del peso perdido o más en un

período de dos años.

- Aproximadamente el 15 por ciento de los niños y el 20 por ciento de los adolescentes se encuentran excedidos de peso.
- Aproximadamente el 25 por ciento de los hombres y mujeres entre los 20 y los 74 años de edad se encuentran clínicamente obesos (esto es, 20 por ciento por encima de su peso normal).
- Más del 35 por ciento de las personas que siguen una dieta tienen el propósito de perder cuando menos 7 kilos de peso.

Con estadísticas como éstas, no es de extrañarse que los Estados Unidos manifiesten una verdadera obsesión hacia las dietas. Desgraciadamente, el someterse a una de las dietas que se encuentran en boga generalmente ocasiona lo que se conoce como el síndrome del yo-yo, por el cual la persona en cuestión recupera una mayor proporción de peso del que originalmente perdió. El ciclo propicia una recuperación de peso cada vez mayor. Durante la fase de pérdida de peso de las dietas "milagrosas", se pierde tanto grasa como tejido muscular. Durante la fase de "rebote" el peso recuperado se compone exclusivamente de grasa. Esto propicia un incremento en el tamaño de las células grasas y una mayor capacidad para almacenar grasa.

Cuando el consumo de calorías se restringe abruptamente, sobreviene otra consecuencia negativa: el cuerpo disminuye su ritmo metabólico para desempeñarse con una menor cantidad de energía, disminuyendo, en consecuencia, el número de calorías eliminadas. Este proceso se desarrolló en nuestros ancestros a fin de permitirles sobrevivir a las prolongadas hambrunas que solían darse en esos tiempos.

Se ha demostrado recientemente que, cada vez que una persona pierde peso mediante determinada dieta y lo recupera, en sus arterias

se deposita una proporción de placas ateromatosas que conducen a la arterioesclerosis, una de las principales causas de las enfermedades cardiacas. En dietas severamente restringidas, también puede haber pérdidas de tejido del músculo del corazón, ocasionando irregularidades en el ritmo cardiaco y otras disfunciones más serias. Y en tanto que las noveles dietas que propician pérdidas aceleradas de peso han proliferado, las estadísticas demuestran que la batalla en contra de las grasas aún no se está ganando.

El problema en Norteamérica está relacionado con el exceso. La obesidad está considerada como el mayor riesgo en cuestiones de salud y se encuentra detrás de todas nuestras enfermedades degenerativas. En 1984, el Departamento de Salud y Ciencias Humanas de los Estados Unidos, elaboró algunas estadísticas acerca de las principales causas de fallecimiento en ese país. Las cifras que se obtuvieron fueron las siguientes:

Causas de fallecimiento en los Estados Unidos

Apoplejía	76,6 %
Enfermedades cardiacas	37,4 %
Cáncer	22,1 %
Accidentes	4,5 %
Enfermedades pulmonares	3,4 %
Neumonía, influenza	2,9 %
Diabetes	1,8 %
Suicidio	1,4 %

La mayoría de estas causas de fallecimiento se encuentran relacionadas con el peso corporal. Las personas obesas tienen

mayores riesgos de padecer enfermedades cardíacas y circulatorias, cáncer, problemas respiratorios, diabetes y accidentes. Otros riesgos incluyen mayores complicaciones quirúrgicas y problemas durante el embarazo. Entre mayor es el sobrepeso, mayor es el riesgo. Un exceso de grasa ocasiona distensiones en todos los órganos del cuerpo.

Para la mayoría de la gente resulta extremadamente difícil perder peso. Al restringirse el consumo de calorías, nuestros ritmos metabólicos pueden ajustarse hasta poder compensar la falta de alimento. Como se mencionó anteriormente, esta capacidad de respuesta la heredamos de nuestros ancestros, quienes requerían estar en condiciones de sobrevivir las fluctuaciones naturales en la disponibilidad de alimentos. Este mecanismo se encuentra especialmente desarrollado en las mujeres, debido a sus requerimientos adicionales de energía al tener hijos. Esta es la razón por la cual la sola restricción de calorías a menudo resulta ineficaz para lograr una pérdida de peso prolongada.

Para lograr una pérdida de peso eficaz se requiere alterar el ritmo metabólico. En la práctica descubrí que muchas mujeres empezaron a bajar de peso sin esfuerzo alguno en el momento en que iniciaron la ingestión de complementos a base de un ácido graso esencial a fin de aliviar síntomas premenstruales como retención de flujo, cólicos e irritabilidad. De alguna manera, este ácido graso esencial estaba estimulando sus ritmos metabólicos. En la literatura científica aparece un estudio donde se demuestra que el aceite de la hierba del asno permitió a individuos excedidos en un 10 por ciento sobre su peso ideal, perder unos kilos sin necesidad de seguir dieta alguna. Aquellos individuos que se encontraban dentro del 10 por

ciento de su peso ideal no perdieron peso, indicando con ello que sus metabolismos de antemano se encontraban funcionando normalmente. El nutriente clave que figuraba en la grasa del aceite de la hierba del asno era el AGL que estaba activando su metabolismo de grasa parda.

LA GRASA PARDA

Como usted sabe, la grasa parda es un tipo de grasa rica en energía cuya sola función es la de transformar las calorías en calor en lugar de depositarlas para almacenamiento. La grasa parda es su eliminador personal de grasa, y aunque comprende tan sólo el 10 por ciento o menos de la grasa total del cuerpo, consume una cuarta parte de todas las calorías que eliminan los otros tejidos grasos combinados. La grasa parda debe su color a su abundante contenido de mitocondrias, pequeñas fábricas que se encargan de consumir las grasas. El resto de la grasa que figura en el cuerpo es blanca porque su contenido de mitocondrias es mínimo. La grasa blanca constituye la capa aislante que se localiza en la parte externa del cuerpo, justo debajo de la piel. La grasa parda se encuentra a mayor profundidad, rodeando órganos como el corazón, los riñones y las glándulas suprarrenales; también se le encuentra en el cuello, la espina dorsal y los principales vasos sanguíneos del tórax. Mientras que todo el mundo posee un eliminador de grasa, no en todos los casos resulta igualmente activo. La persona delgada que cuenta con un eliminador sumamente activo puede transformar fácilmente el exceso de calorías en energía calorífica. La persona obesa, por su parte, al consumir el mismo número de calorías, las almacenará como grasa blanca.

En el caso de dos de mis clientes, ambas modelos profesionales,

no fue sino hasta después de que a sus dietas se les agregó un tipo específico de aderezo para ensalada, que esos últimos y renuentes 2 kilos de sobrepeso acabaron por metabolizarse y perderse. Durante años estas mujeres se habían sometido a regímenes nutricionalmente sofisticados, ricos en carbohidratos. Acostumbraban consumir grandes cantidades de verduras, cereales de grano entero y papas sin mantequilla. Si bien esta rutina les funcionó perfectamente al principio, después de un tiempo, su peso alcanzó cierto nivel y la báscula se negó a seguir bajando. Acudieron a mí quejándose de padecer resequedad en el cabello, piel y uñas y me comunicaron la necesidad de perder más peso para sus próximas sesiones fotográficas. Una semana después de haberse sometido a la Nueva Dieta Nutricional, la báscula finalmente empezó a ceder. El único cambio dietético consistió en agregar dos cucharadas de aceite de cártamo sin procesar en forma de aderezo para ensaladas. En tres semanas observaron notables mejorías en cabello, piel y uñas. Algo realmente sorprendente estaba sucediendo.

El AGL y el aceite de cártamo que coadyuvaron a la pérdida de peso obviamente se encuentran relacionados el uno con el otro. El aceite de cártamo es una de las fuentes más ricas del ácido graso esencial llamado linoleico-cis. En el metabolismo normal dentro del cuerpo, este ácido se convierte en AGL. Sin embargo, debido a diversos factores, esta conversión se ve afectada. Por ejemplo, si el ácido linoleico-cis es sometido a calentamiento, una parte se convierte en ácido linoleico-trans, un ácido graso artificial que no puede ser convertido en AGL, sino que también inhibe la conversión del resto del ácido linoleico-cis en AGL. Es frecuente que al aceite de cártamo se le apliquen altas temperaturas al elaborarlo para fines comerciales o al utilizarlo en la cocina del hogar. Los niveles que se producen de

ácido linoleico-trans son todavía mayores cuando los aceites vegetales son hidrogenados en las margarinas.

Otros factores que interfieren en la síntesis de AGL son las grasas excesivamente saturadas, el consumo de alcohol, cigarrillos, cafeína; el colesterol, la edad avanzada y en los casos en que existen deficiencias de zinc, magnesio y vitamina B-6. Estos factores son muy comunes, y por lo tanto, no resulta confiable la producción de AGL a partir del ácido linoleico. Por lo tanto, es preferible obtener el AGL preformado.

Como nutrióloga, aprendí a que una fuente rica en ácidos grasos esenciales, básicamente, el ácido linoleico-cis, la constituyen los aceites vegetales dietéticos como los elaborados a partir del cártamo, girasol y maíz. Mas también aprendí que cuando los aceites se procesan a fin de preservar su tiempo de vida útil o transformarlos en margarinas, el ácido linoleico-cis se convierte en ácido linoleico-trans, un tipo de grasa nociva. Las grasas trans se encuentran en casi todas las formas de productos horneados como panes, galletas y pasteles, donde el aceite vegetal hidrogenado o la manteca vegetal figuran en la lista de ingredientes. Desprovistos de su vitalidad biológica plena, los aceites refinados y alterados nulifican la capacidad del cuerpo para perder peso.

Aunque la típica dieta norteamericana es inferior en su nivel de calorías obtenidas de las grasas (40 por ciento) que la original dieta de los esquimales (70 por ciento), la mayoría de nuestras grasas provienen de fuentes alteradas como los aceites comerciales vegetales (expuestos a altas temperaturas), las papas a la francesa y las papas fritas (expuestas a altas temperaturas y a oxidación), margarinas y productos horneados (hidrogenadas), y productos lácteos (homogeneizados). Ninguna de estas fuentes alimenticias es capaz de

proporcionar AGL, compuesto eliminador de grasas. Estas fuentes de grasas alteradas producen una grasa que resulta biológicamente inservible.

EL CUADRO COMPLETO

Las grasas se encuentran por doquier. Es fácil reconocer las grasas visibles en los alimentos, sin embargo, en ocasiones no es posible identificarlas visualmente. Mientras que resulta más fácil detectar grasas obviamente visibles como la mantequilla, los aceites vegetales procesados y los aderezos para ensalada, las grasas ocultas que figuran en las salsas de queso cremosas, las carnes excesivamente veteadas y las pastas hojaldradas para empanadas son más difíciles de identificar. Evitar las grasas alteradas que acompañan a las grasas invisibles también puede resultar difícil. Por supuesto la mejor manera de protegerse de las grasas nocivas es evitando todos aquellos alimentos donde la fuente de grasas haya sido sometida a procesos de calentamiento, hidrogenación, oxidación y homogeneización.

Sortear el laberinto de las grasas requiere de planeación y conocimiento. A fin de que pueda apreciar más claramente aquello contra lo cual va a enfrentarse, a continuación se le presenta una tabla donde aparecen clasificados los alimentos conforme al porcentaje de calorías de las grasas. Analicela a fin de ver la cantidad de grasa que se encuentra oculta en los alimentos que consume diariamente.

Porcentajes de las calorías obtenidas de las grasas que se encuentran en los distintos alimentos

Más del 90 % Crema batida, salchicha de cerdo,

	aceites de cocina, margarina, mantequilla, jugos de carne, mayonesa.
Más del 80 %	Costillas de cerdo (el extremo descarnado), salchichón de boloña, queso crema, aderezos para ensaladas.
Más del 70 %	Mezclas proporcionales del leche y crema, cacahuates, hot dogs, chuletas de cerdo, queso cheddar, filete de sirloin, tocino, chuletas de cordero, pecanas, nueces macadamia.
Más del 60 %	Papas fritas, carne de res molida (regular), jamón, huevos.
Más del 50 %	Bistec de rueda, carne de res guisada a fuego lento, sopas cremosas, helados, roles dulces.
Más del 40 %	Leche entera, pasteles, rosquitas fritas, papas a la francesa.
Más del 30 %	Panecillos, pollo, galletas, empanadas de frutas, queso cottage acremado, atún, leche bajo en grasas.
Más del 20 %	Galletas saladas, postres congelados a

	base de leche descremada, carne de jaiba, hígado de res, pescado (magro).
Más del 10 %	Pan, biscochos salados (en forma de lazo)
Menos de 10 %	Sorbetes, leche libre de grasas, la mayoría de las frutas y los vegetales, claras de huevo, papas horneadas.

El colesterol y la nueva dieta nutricional

Todavía persiste cierta confusión en torno al colesterol dietético y el colesterol en la sangre . La cantidad de colesterol que se consume no es tan significativa como la cantidad que de éste queda en la sangre .

-DR. RONALD GOOR

ex funcionario del National Heart, Lung and Blood Institute

Usted se preguntará de qué manera se acomoda el colesterol en la Nueva Dieta Nutricional. Pues bien, cuando se le trata adecuadamente, resulta ser un amigo y no un enemigo. La pregunta en realidad debería ser: ¿a qué procesos se le ha sometido? Y lo más importante, ¿ha sufrido alteraciones por aplicación de calor o exposición al oxígeno?

El colesterol es una substancia tan importante que prácticamente

se encuentra y se utiliza en toda célula humana y en muchas funciones corporales. Auxilia al cuerpo en la elaboración de hormonas adrenales y sexuales tanto en el hombre como en la mujer. También interviene en la elaboración de vitamina D y los ácidos biliares que se utilizan en la digestión de grasas. La mayor parte del cerebro está compuesta por colesterol, y también contribuye a formar la materia aislante alrededor de los nervios. El colesterol actúa como un lubricante que ayuda a las paredes arteriales a reducir la fricción que ocasiona el flujo sanguíneo. De hecho, el colesterol es tan vital que el hígado produce el suyo propio en caso de que el cuerpo no obtenga suficiente de las fuentes dietéticas. Mientras que tres cuartas parte del colesterol que tenemos es producido por el hígado, la cuarta parte restante proviene de los alimentos incluidos en la dieta.

El colesterol sólo se encuentra en grasas animales, como las que provienen de las carnes de pollo, pescado, res, cerdo y cordero, y en productos de origen animal como la leche, el queso, la mantequilla y los huevos. Biológicamente, ningún vegetal puede contener colesterol. De manera que, cuando los fabricantes de aceites vegetales declaran que sus productos no contienen colesterol en realidad no están ofreciendo ninguna ventaja exclusiva. Y si bien, es cierto que estos aceites están exentos de colesterol, el hecho de que hayan sido refinados y sometidos a altas temperaturas implica que pueden contener niveles elevados de grasas trans, que no tienen la capacidad de proteger al individuo de las enfermedades cardiovasculares, ventaja que se pone de relieve a nivel publicitario. En realidad, estos aceites expuestos a altas temperaturas pueden acelerar la aparición de las enfermedades cardiovasculares.

Mientras que los fabricantes de aceites han restado propiedades a los alguna vez benéficos aceites vegetales, las prácticas culinarias y de

almacenamiento poco cuidadosas, tanto en restaurantes como en el ámbito doméstico, pueden llegar a sabotear alimentos ricos en colesterol normalmente saludable. De acuerdo con un estudio publicado en 1979 por el doctor C. B. Taylor en el *American Journal of Nutrition*, el colesterol oxidado que proviene de alimentos expuestos a la temperatura ambiente o que son fritos, ahumados, curados (salchichas) o añejados (quesos) puede resultar altamente aterogénicos (de placas ateromatosas). No es el colesterol puro el que crea las placas que congestionan las arterias, sino más bien las sustancias tóxicas que surgen como consecuencia de la oxidación del colesterol. Los derivados oxidados del colesterol son inestables y se descomponen en radicales libres que dañan las paredes de los vasos sanguíneos.

Los alimentos que pueden ocasionar problemas son los huevos, la leche o la mantequilla cuando no se les almacena adecuadamente exponiéndolos a la temperatura ambiente durante períodos prolongados y no guardándolos en recipientes herméticos. Otras fuentes de colesterol oxidado pueden encontrarse en cualquiera de las comidas preparadas al instante como pollo, pescado o hamburguesas fritas. En esta lista también habría que incluir leche y huevos deshidratados y harinas preparadas (natillas, pasteles, budines, panqués). En realidad, cualquier alimento de origen animal que haya sido expuesto a los efectos del oxígeno durante períodos prolongados de tiempo pueden contener colesterol químicamente alterado. Esto puede apreciarse en la manera de cocinar los huevos. Cuando se encuentran bien cocidos o fritos, producen los niveles más altos de colesterol en la sangre; los huevos revueltos o preparados al horno lo producen en menor proporción; y los huevos tibios todavía en menos cantidad.

LAS LIPOPROTEINAS DE ALTA DENSIDAD (LAD) Y LAS LIPOPROTEINAS DE BAJA DENSIDAD (LBD)

El colesterol es transportado a través del flujo sanguíneo en dos fracciones de proteína, la lipoproteína de alta densidad (LAD) y la lipoproteína de baja densidad (LBD). La LAD está considerada como el colesterol benéfico dado que lo llevan fuera de las paredes arteriales hasta el hígado para su eliminación, impidiendo que se vaya acumulando en los vasos sanguíneos. El colesterol nocivo (o sea la LBD) hace que se deposite en las paredes arteriales, promoviendo el endurecimiento de las arterias. Resulta valioso y para evaluar el nivel de colesterol, el de LAD y así poder obtener un diagnóstico completo sobre el de padecimientos coronarios. Las autoridades sanitarias norteamericanas dan las siguientes recomendaciones en lo que se refiere a los niveles totales de colesterol. Las cifras representan miligramos de colesterol por decilitro (mg/dl) de sangre.

Edad	Riesgo Moderado	Alto Riesgo
20—29	más de 200	más de 220
30—39	más de 220	más de 240
40 o más	más de 240	más de 260

En la actualidad se considera más importante obtener el promedio entre el nivel total de colesterol y el de LAD que el solo valor del nivel total de colesterol. Además, existen niveles de colesterol que dependen de las variables edad y sexo que se asocian con un mayor riesgo de enfermedades coronarias. Resulta interesante

observar que la mujer en general posee, en promedio, niveles superiores de colesterol LAD que la mayoría de los hombres (55 mg/dl en el caso de las mujeres y 45 mg/dl en el de los hombres). En consecuencia, las mujeres manifiestan una menor incidencia a las enfermedades cardíacas que los hombres.

A principios de 1984, en el *Journal of the American Medical Association*, se dio a conocer un estudio decisivo, conocido como *Lipid Research Clinic's Coronary Primary Prevention Trial*, (Esfuerzo para la prevención coronaria primaria de la Clínica de Investigación sobre Lípidos) donde se demostraba que los niveles elevados de colesterol en la sangre tenían relación con los factores de riesgo de las enfermedades cardíacas. El estudio, que absorbió un presupuesto de 150 millones de dólares y que se realizó en un periodo de diez años, se convirtió en el proyecto más ambicioso y costoso de toda la historia de la Medicina. La investigación concluía que los altos niveles de colesterol en la sangre representaban un factor de riesgo determinante en las enfermedades cardíacas. Cuando los niveles de colesterol en la sangre se reducían, se observaba una disminución en la incidencia de los fatales ataques cardíacos. Los cuatro mil hombres que participaron en el estudio y que lograron disminuir sus niveles de colesterol en la sangre, ya fuera a través de dietas o medicamentos, manifestaron una disminución en la incidencia de ataques y enfermedades cardíacas. De ahí que, en la actualidad, al adulto norteamericano se le recomienda generalmente mantener su nivel total de colesterol por debajo de los 200 mg/dl. La Asociación Norteamericana de Cardiología sostiene que la mayoría de los ataques cardíacos se presentan cuando los niveles alcanzan entre 210 y 265 mg/dl. En los niños este nivel no debe ser superior a los 185 mg/dl.

Los altos niveles de colesterol suelen encontrarse en enfermedades del hígado y cardiovasculares, diabetes, stress y deficiencias en el funcionamiento de la glándula tiroides (hipotiroidismo). El stress no debe de subestimarse como un factor externo que puede alterar la composición química del cuerpo. El factor del stress emocional también puede elevar los niveles de colesterol independientemente de la dieta que se siga. También se ha comprobado que, mediante la práctica de técnicas para controlar el stress, se pueden disminuir los niveles de colesterol, independientemente de la dieta. El doctor Meyer Friedman, que concibió el concepto del sistema de comportamiento Tipo A y Tipo B recalca la influencia que ejerce el stress en el desarrollo de las enfermedades cardiacas. El doctor Dean Ornish secunda esta opinión en su libro *Stress, Diet and Your Heart* (El Stress, la Dieta y su Corazón).

Si bien es cierto que se ha hecho mucho hincapié en los riesgos que implica un exceso de colesterol en la sangre, los riesgos que acarrea una deficiencia seria se han ignorado relativamente. Niveles muy por debajo de los 180 mg/dl se han correlacionado con anemia, infección aguda e hipertiroidismo. Y más aún, se ha observado insuficiencia de colesterol en caso de desórdenes en el sistema inmunológico. Los bajos niveles de colesterol pueden anteceder a un debilitamiento del sistema inmunológico, aunque esto no se ha demostrado plenamente.

En vista de que los altos niveles de colesterol en la sangre pueden ser causados por diversos factores como la edad, la obesidad, el stress y el consumo de cigarrillos, es conveniente controlar al máximo estos factores. Perder peso, controlar el stress y dejar de fumar son excelentes medidas preventivas para evitar la presencia de factores de alto riesgo en la prevención de las enfermedades

cardiovasculares.

La pregunta obligada sería ¿Cuál es el método más eficaz para disminuir el colesterol en el flujo sanguíneo? En lo que se refiere a dietas, los investigadores más renombrados consideran que el exceso de colesterol en la sangre no proviene del colesterol que se incluye en la dieta, sino del exceso de grasas saturadas en alimentos como carnes rojas y productos lácteos elaborados a base de leche entera. El doctor Michael White, director asociado de Prevención, Educación y Control del National Heart, Lung and Blood Institute, establece que: "Otro motivo de confusión es el pensar que el colesterol que se incluye en la dieta es el principal causante. En realidad, las grasas saturadas tienen un efecto mayor en la acumulación de colesterol en la sangre". De acuerdo con esta opinión, el doctor Bruce McManus, del Centro Médico de la Universidad de Nebraska agrega que "un consumo de grasas saturadas más allá de cierto nivel es importante y probablemente más significativo que el consumo de colesterol para determinar sus niveles de colesterol en la sangre". Estos expertos concuerdan básicamente, en que no es propiamente el colesterol en los alimentos el que suscita un nivel elevado en el flujo sanguíneo. El problema es ocasionado en mayor grado por las grasas.

Desde que el colesterol fue identificado en la década de los sesenta como un componente de los depósitos de grasa que se encuentran en las paredes internas de las arterias, se ha tenido la idea de que era el principal culpable de los padecimientos coronarios. Sin embargo, nunca se había demostrado que el colesterol fuera en primera instancia el causante de la formación de placas ateromatosas. En el caso del colesterol, la asociación no es necesariamente la causalidad. En otras palabras, la presencia de colesterol puede ser la consecuencia de la enfermedad y no necesariamente la causa.

El Doctor Henry Bieler era asesor nutricional de la actriz Gloria Swanson. Durante el tiempo que ella permaneció en el Centro Pritikin, y me mostró los escritos de Bieler, quien, con su teoría visionaria sobre la manera en que el colesterol opera en el cuerpo, desafía las convenciones que rigen en la actualidad. Al estudiar las ideas de Bieler, llegué a la conclusión de que la gran cantidad de críticas desfavorables que injustamente se han dirigido al colesterol merecían esclarecerse a través del siguiente fragmento del libro del doctor Bieler, *Food is Your Best Medicine* (La Comida es su mejor medicina):

Durante el desarrollo del embrión, el suministro de colesterol proviene de la sangre de la madre. Una vez que nace, el niño debe elaborarlo por sí mismo. El aceite que se requiere para esta función, la naturaleza en la grasa más útil, la crema, también conocida como grasa de la leche. Una de las funciones más importantes del hígado es llevar a cabo la síntesis del colesterol a partir de la grasa de la leche. Por supuesto que se pueden utilizar otras grasas vegetales y animales, más durante las primeras etapas de desarrollo del niño, la grasa de la leche es suministrada por la leche materna.

El colesterol, producido por las células del hígado a partir de las grasas simples, circula en la sangre justamente en la concentración adecuada a fin de que las células puedan utilizarlo para revestir las paredes arteriales donde permanece como el lubricante perfecto. Al desgastarse estas células se expulsan junto con su contenido de colesterol y finalmente son excretadas por el cuerpo, en tanto surgen nuevas células, absorben colesterol nuevo de la sangre. De esta manera, tiene lugar un

continuo flujo de colesterol que, mientras el cuerpo esté en perfecto estado de salud, se mantiene a un nivel específico.

Cuando el nivel fisiológico del colesterol se altera debido a un deterioro más acelerado de las células en relación con proceso de formación la concentración total de colesterol en la sangre aumenta y se presenta un estado de hipercolestramia, esto es, un nivel excesivo de colesterol en la sangre. Existen simples pruebas de laboratorio mediante las cuales se puede determinar la cantidad de colesterol que circula en la sangre.

La única condición que puede provocar un deterioro más acelerado frente a la formación de colesterol es un estado enfermizo de las paredes arteriales. *Un consumo excesivo de grasa y aceites, mientras se encuentren en estado natural, no pueden provocar enfermedades arteriales.* El cuerpo simplemente almacena el exceso de grasa.

El problema surge *únicamente cuando se consumen grasas artificiales o grasas naturales que se han alterado por sobrecalentamiento.* Especialmente peligrosa es la composición de las grasas alteradas cuando se calientan con almidón (como es el caso de las papas fritas a la francesa). He visto que para el hígado resulta imposible sintetizar un colesterol perfecto a partir de una grasa que se ha calentado con almidón. El colesterol resultante es utilizado por el cuerpo para el revestimiento arterial, sin embargo, como se trata de un colesterol artificial o alterado, su duración es breve y pronto se corroe, provocando diversas formas de degeneración y enfermedades arteriales; la arterioesclerosis (comúnmente descrita como el endurecimiento o estrechamiento de las paredes arteriales, lo que obstaculiza o incluso llega a bloquear el paso del flujo sanguíneo); la

trombosis coronaria (coagulación de sangre en las arterias que bloquea el suministro de sangre al corazón) y el aneurisma (ruptura de un tumor en la pared arterial). En estos estados la concentración de colesterol en la sangre es mucho más elevada que en el caso del nivel normal. Un incremento en el nivel de colesterol puede ser detectado por un médico alerta como un síntoma de cuidado que puede llevarlo a realizar un estudio del metabolismo de las grasas del paciente. ①

De acuerdo con Bieler, los niveles elevados de colesterol en la sangre son indicio de algún problema en el metabolismo de las grasas provocado por las grasas alteradas que el cuerpo no puede procesar. Un exceso de colesterol en la sangre no está relacionado con una dieta rica en grasas saturadas, a menos que se les haya expuesto a sobrecalentamiento.

Bieler no hace la distinción entre las grasas saturadas y las polinsaturadas que han sufrido alteraciones por calentamiento. El hecho es que las polinsaturadas son mucho más propensas a alterarse por efectos de calor y la oxidación. Las grasas polinsaturadas rancias generan radicales libres que atacan las paredes de los vasos sanguíneos y estimulan la producción de prostaglandinas inflamatorias. Como ya hemos visto, el contenido de grasas trans de los aceites alterados por efectos del calor neutraliza la producción de prostaglandinas antiinflamatorias, lo que propicia que la inflamación se vuelva crónica. La síntesis de colesterol se acentúa durante la inflamación y éste es impulsado hacia las paredes de los vasos sanguíneos que se

① Henry G. Bieler, *Food is Your Best Medicine* (New York: Ballantine Books, 1984) pp. 114—115.

encuentran dañadas. La acumulación de colesterol, de hecho protege estos vasos sanguíneos como una venda sobre una herida.

De principio puede parecer que estas concepciones diferentes de las grasas y la salud son sumamente divergentes, pero, en realidad, se encuentran relacionadas. Resulta muy fácil culpar a las grasas en general cuando el problema reside en las grasas alteradas por exposición al calor. En la dieta norteamericana rica en grasas, un consumo excesivo de grasas saturadas generalmente se asocia con grasas oxidadas y alteradas por exposición al calor. Considérese la popularidad que han adquirido las comidas al instante y la reutilización de los aceites para freimiento. Mientras que en las investigaciones se ha establecido la vinculación entre las grasas y las enfermedades cardiacas, la diabetes, el cáncer de mama, colon y próstata, no se ha intentado determinar si en realidad el verdadero responsable sea el daño que ocasiona el calor, la hidrogenación, el oxígeno o la homogeneización.

De la misma manera, resulta fácil ocupar a las grasas en general, cuando las polinsaturadas alteradas por calor constituyen la verdadera fuente del problema. En vista de que las grasas polinsaturadas son más susceptibles a los efectos del oxígeno que las grasas saturadas, su arranciamiento es más acelerado. Por lo tanto, las polinsaturadas son proporcionalmente más responsables de la actividad de las grasas como causa de las enfermedades. Los peróxidos que se forman por el arranciamiento atacan a las membranas celulares, a las enzimas y al ADN. Son responsables de la aparición de enfermedades cardiacas, cáncer, envejecimiento prematuro y arrugas en la piel.

Las grasas polinsaturadas, tanto las alteradas por efecto del calor como las hidrogenadas, también forman grasas trans, las cuales

se han asociado con las mismas enfermedades que se han adjudicado a las grasas (o a aquéllas alteradas por efectos del calor). Las grasas trans inhiben la benéfica actividad que desarrollan las prostaglandinas y causan inflamación crónica. Las grasas trans contribuyen a agravar todas las enfermedades y aceleran los procesos degenerativos iniciados por las grasas rancias.

Como puede verse, las enfermedades no son consecuencia del colesterol, de las grasas saturadas o de las grasas polinsaturadas; sino una consecuencia de las modificaciones a que éstas hayan sido sometidas. Los efectos destructivos del calor, la hidrogenación, el oxígeno y la homogeneización pueden afectar a todos estos constituyentes alimenticios. El colesterol puede llegar a oxidarse y volverse rancio; un exceso de grasas saturadas provenientes de las comidas instantáneas y las previamente preparadas, pueden obstaculizar el sistema e impedir la producción de prostaglandinas. Las grasas polinsaturadas pueden arranciarse y formar radicales libres. En tales estados de alteración o desequilibrio, estos alimentos pueden ocasionar enfermedades. En cambio, si se les consume en cantidades moderadas y sin procesar, contribuyen benéficamente a la nutrición.

LOS TRIGLICERIDOS

Ninguna discusión acerca del colesterol sería completa sin la inclusión de los triglicéridos. Básicamente este término puede utilizarse tanto para las grasas como para los aceites. Triglicérido también se refiere a la forma en que el cuerpo acumula grasa en el tejido conectivo. Por ejemplo, esa ondulación que se encuentra por encima de su estómago es en realidad un exceso de triglicéridos. En

términos de dieta, un consumo excesivo de carbohidratos a través de alimentos como azúcar blanca, el harina blanca, y productos como el pan blanco, los pasteles, las galletas, los dulces y gaseosas, así como las bebidas alcohólicas, puede propiciar un incremento en los niveles de triglicéridos en la sangre. Estos niveles también pueden elevarse al consumir en demasía frutas y jugo natural de frutas sin endulzar.

Aunque desconozco si existen estudios clínicos al respecto, he observado que la gente que bebe más de dos tazas de café al día tienen dificultades para reducir sus elevados niveles de triglicéridos. La mayoría de los médicos orientados hacia la nutrición consideran que los niveles que se ubican entre 70 y 150 mg de triglicéridos por cada decilitro de sangre resultan óptimos para la salud.

Al igual que un nivel bajo de colesterol, un nivel bajo de triglicéridos no necesariamente es indicio de buena salud. Cuando los niveles de triglicéridos son inferiores a 70 mg. puede ser un síntoma de que los ácidos grasos no se están conduciendo adecuadamente hacia el flujo sanguíneo y del que existe alguna disfunción menor en el hígado. A la inversa, cuando los niveles de triglicéridos se ubican mucho más allá de los 150 mg. pueden indicar una dieta sumamente abundante en comidas procesadas o frutas, o un problema del hígado en donde los ácidos grasos no se están descomponiendo adecuadamente y, por tanto, su utilización en el flujo sanguíneo es deficiente.

Durante los años que trabajé en el Centro Pritikin, me di cuenta de que el concentrado de jugo de manzana utilizado en demasía como endulzante en lugar de todas las formas del azúcar, incluyendo la miel, en muchas de las recetas del centro, contribuía a elevar considerablemente los niveles de triglicéridos. Las dietas que

favorecen el consumo de grandes cantidades de jugo de zanahoria o de frutas de cualquier tipo pueden inducir niveles anormalmente elevados de triglicéridos. Un exceso de azúcar en la dieta, obtenida de las variedades refinadas o de las frutas, puede acumularse en los tejidos como exceso de grasa.

Las opciones alimenticias de la nueva dieta nutricional

Una cocina adecuada es . . . el laboratorio de una larga vida.

-DOCTOR CHARLES MAYO

En la dieta diaria deben incluirse alimentos o complementos alimenticios que sean fuentes ricas en grasas esenciales. Las grasas esenciales son necesarias para la formación de las prostaglandinas, que están estrechamente relacionadas con cualquier célula del cuerpo humano. En vista de que las prostaglandinas son destruidas tan pronto como desempeñan sus funciones, se requiere contar con un suministro diario de materia prima rica en grasas esenciales para que las prostaglandinas continúen ejerciendo su labor de observación y control. Para la mayoría de las personas, todo lo que se requiere son dos cucharadas de grasas esenciales.

Las grasas esenciales también son determinantes durante el período inicial de pérdida de peso a fin de permitir que el cuerpo elimine calorías con mayor eficiencia. Asimismo, es importante mantener esta eficiencia una vez que se ha bajado de peso.

Mientras que los aceites sin realizar o los complementos de AGL pueden ayudar a la formación de la grasa parda, a la que denomino

eliminador de grasas, los alimentos ricos en Omega-3, o los complementos a base de AEP, pueden proteger todo su sistema cardiovascular. Además de coadyuvar a la pérdida de peso y mantener las arterias en buen estado, el consumo de alimentos ricos en grasas esenciales puede ayudar a controlar males como la depresión, alergias por consumir determinados alimentos, así como fortalecer el cabello y las uñas quebradizas.

LAS FUENTES DE ACIDO GAMMA-LINOLEICO (AGL)

Las siguientes fuentes alimenticias proporcionan los mayores porcentajes de ácido linoleico-cis, que puede convertirse en ácido gamma linoleico en el organismo:

Aceite Vegetal Sin Refinar	Porcentaje de Acido Linoleico
Cártamo	78
Girasol	69
Maíz	62
Soya	61
Nuez	59
Semilla de Algodón	54
Ajonjolí	43
Salvado de trigo	32
Cacahuate	31
Olivo	15
Coco	2

Otras fuentes de ácido linoleico-cis incluyen las verduras como la col, las acelgas, las nueces y semillas crudas, hígado, los riñones, los sesos, las mollejas y las carnes rojas magras.

Otras fuentes directas de AGL provienen de las plantas. La fuente más rica es la borraja, con 24 por ciento de AGL. Le sigue el aceite de casis, con 15—19 por ciento de AGL, después del aceite de grosella silvestre, con 10—12 por ciento de AGL, y por último, el aceite de la hierba del asno, con 2—9 por ciento, dependiendo de la potencia de la planta.

Aunque el aceite de casis está adquiriendo gran popularidad en el mercado, no constituye una elección muy adecuada como fuente de AGL, debido a que también contiene un potente inhibidor de este ácido.

LAS FUENTES DE OMEGA-3

Existe una gran variedad de grasas esenciales dentro del grupo de alimentos ricos en Omega-3, o AEP. Muchos pescados y mariscos de aguas frías contienen cantidades suficientemente elevadas de AEP como para beneficiar al máximo el sistema cardiovascular. Las concentraciones más altas de AEP se han encontrado en el aceite de la sardina del Atlántico Norte, con un 18 por ciento de AEP, en tanto que el aceite de salmón tiene un 9 por ciento, y el aceite de macarela, un 5 por ciento. En general, entre más carnosos sea el pescado, mayor será su contenido de Omega-3.

En la siguiente tabla se incluyen los contenidos más altos de AEP en pescados seleccionados:

**Contenido de AEP en porciones de 100 gramos de
pescados seleccionados**

Pescado	Miligramo de AEP
Anchoa	747
Salmón, chinook	633
Arenque	606
Macarela	585
Atún, albacore	337
Hipogloso, del Pacífico	194
Bacalao, del Atlántico	93
Trucha, arco iris	84
Bacalao de Saint-Pierre	72
Pez espada	30
Cubera roja	19
Lenguado	10

La fuente original de AEP es la investigación marina, o plancton, que habita en las aguas del Artico y el Antártico. Los siguientes componentes en la cadena alimenticia son los krill (organismos similares a los camarones), que son devorados por los peces más grandes. La producción de AEP es, en realidad, un mecanismo de supervivencia anticongelante en aguas donde las temperaturas son extremadamente frías. Entre más fría sea el agua, mayor será la producción de AEP. En aguas más tibias, la producción de AEP a cargo del plancton es mucho menor.

Además de la vegetación marina comestible (que debe de estar fresca dado que el AEP desaparece al secarse el alga) y de los propios

pescados grasos, otra fuente la constituyen los vegetales de hoja cultivados en la tierra. Los retoños de trigo, el germinado de trigo, las nueces y las semillas como de linaza y los frijoles de soya son fuentes del precursor del AEP, o sea, el ácido alfa-linoleico (AAL). Estas fuentes alimenticias no deberán tomarse en combinación con cualquiera de los otros alimentos o suplementos que producen AGL, ya que estos inhiben la producción de prostaglandinas AGL. En cambio, si se toman aisladamente, pueden incrementar la producción de prostaglandinas AEP.

La única fuente natural y directa de AGL y AEP se encuentra en la leche materna; mientras que la leche de vaca, resulta ser una fuente comparativamente pobre. En el caso de unos bebés que fueron amamantados con preparaciones a base de leche descremada, se observó un incremento notable en su apetito al consumir el doble de la cantidad de la leche preparada frente a los bebés alimentados con leche materna, que es, por naturaleza, rica en ácidos grasos esenciales. Cuando a estos bebés se les suministró nuevamente una dieta a base de leche materna, su apetito volvió a normalizarse.

Esto indica que el control del apetito puede regularse de manera natural mediante el empleo de las grasas dietéticas adecuadas. Durante años, los médicos han aconsejado a las madres amamantar a sus bebés a fin de que su sistema inmunológico se fortalezca y estén protegidos contra las alergias. Ahora ya sabemos que el AGL y el AEP pueden ser los ingredientes clave en la leche materna responsables de las mejores condiciones de salud de los bebés amamantados.

Para aquellas madres que no están en posibilidades de amamantar a sus bebés, existe una alternativa fácil de seguir. Los ácidos grasos esenciales se pueden absorber fácilmente a través de la

piel. Usted puede, por ejemplo, pinchar una cápsula de AGL, extraer el aceite rápidamente a fin de evitar la oxidación, y frotarlo en el abdomen y los brazos del bebé. Cuando el infante tenga 1 año de edad y ya consuma alimentos sólidos, el contenido de la cápsula puede mezclarse con la comida.

LOS COMPLEMENTOS DIETETICOS A BASE DE GRASAS ESENCIALES

Probablemente los aceites encapsulados sean la única manera en que usted puede incluir grasas esenciales en su dieta si lo que acostumbra es comer fuera de casa o consumir alimentos preparados y congelados o en caso de que no le agrade el pescado. Si estos aceites son sumamente escasos en la dieta normal, entonces una grasa esencial en forma de complemento deberá considerarse más que una pildora, una comida.

Los restaurantes utilizan aceites vegetales procesados a altas temperaturas o margarinas vegetales hidrogenadas, o ambos. Estas sustancias no tienen ningún valor biológico e incluso pueden llegar a impedir la utilización de AGL en el organismo. De modo que, si bien puede resultar ideal evitar estas grasas alteradas, lo más práctico es recurrir a las grasas esenciales como complemento a fin de asegurar que sus tejidos estén nutriendo adecuadamente. No basta sólo con evitar lo dañino; también se requiere complementar con aquello que resulte benéfico. Cuando las opciones alimenticias de la Nueva Dieta Nutricional sean limitadas o difíciles de conseguir, incluso en casa, estos complementos ofrecen un potencial para la eliminación de grasa y la transformación de calorías.

LO QUE EL CONSUMIDOR DEBE SABER ACERCA DE LAS CAPSULAS DE ACEITE DE PESCADO

En vista de que los peces más grasos constituyen la única fuente significativa de AEP, es posible que muchas personas quieran complementar sus dietas con cápsulas de aceite de pescado. Usted se preguntará, ¿qué tiene de malo comer pescado fresco? En primer lugar, es probable que a la gente no le agrada la idea de comer diariamente una cantidad suficiente de pescado graso, a fin de obtener los beneficios del AEP. En segundo lugar, entre mayor sea el contenido de grasa en el pescado, mayor será la proporción de contaminantes solubles en grasas que pueda contener. Esto significa que el pescado con mayor contenido de AEP puede también ser el más abundante en bifenilos policlorinados y metales pesados como el mercurio y el arsénico.

Si usted opta por las cápsulas de aceite de pescado, existen varias maneras de determinar la pureza y frescura de las diversas marcas de aceites. El primer indicio de calidad es el sabor. Los aceites puros, de alta calidad, no saben a pescado, y cuando son frescos su sabor es dulce y agradable; los aceites rancios tienen un sabor fuertemente acre y amargo. En casa, usted puede pinchar periódicamente una cápsula y verter una gota de aceite en su lengua a fin de verificar el sabor. El color y la claridad también son indicios de frescura. Conforme los aceites envejecen, adquieren una tonalidad oscura y una consistencia turbia. Un color ligero en el aceite también es garantía de que se encuentra libre de bifenilos clorinados y metales pesados como el mercurio y el arsénico.

La "prueba del congelador" es un recurso eficaz para determinar

el contenido de AEP de los aceites de pescado. Para ello coloque una cápsula en el congelador; si se congela en unas cuantas horas, su contenido de grasas saturadas es elevado. Entre mayor sea el contenido de grasas saturadas, menor será el de AEP.

BioSyn es una compañía que mantiene los estándares más elevados de pureza y frescura. Sus aceites encapsulados son ricos en grasas esenciales y se encuentran libres de contaminantes y colesterol. Los productos y las dosis recomendadas que se presentan a continuación pueden brindarle los mayores beneficios de AGL y AEP. La leche materna, la única fuente que contiene ambos ácidos, se utiliza como modelo para determinar el consumo ideal máximo. Los investigadores coinciden en que un consumo diario óptimo para evitar las enfermedades puede ser aproximadamente de 850 mg. de AEP y 200 mg. de AGL (con una mayor proporción de AGL específicamente para perder peso). Esta información se obtuvo a partir de la composición del ácido graso de la leche materna.

Nombre del producto	Dosis Recomendada
Omega 40 TM(AEP)	280 mg. 1 en cada comida, 3 al día
Gamma 20 TM(AGL)	90 mg. 1 en cada comida, 2 al día
Para Perder Peso	4 al día
EFA Enhance TM	Beta caroteno, vitaminas E, C B-3, B-6, magnesio, zinc, selenio, 1 en cada comida, 3 al día

OTROS COMPUESTOS QUE NEUTRALIZAN LAS GRASAS

Existen algunas vitaminas que disminuyen los niveles anormal-

mente elevados de grasas, en tanto que otras protegen a las grasas esenciales de la oxidación. La lecitina, substancia emulsificante de grasas que se encuentra en los aceites vegetales sin procesar y en productos de soya es rica en colina y inositol. Estas vitaminas, en sus formas aisladas, también pueden producir lecitina en el hígado. Los valores totales de colesterol, el colesterol LDL y los triglicéridos se han logrado normalizar con lecitina. En varios estudios clínicos se ha observado que tanto la niacina como la vitamina C contribuyen a disminuir los niveles de colesterol. La niacina favorece la circulación y se le conoce como dilatador de los vasos sanguíneos. La vitamina C protege los vasos sanguíneos en general, lo que contribuye a apoyar la conversión de los ácidos grasos en prostaglandinas. Constance Spittle, médico inglés, ha sugerido que la arterioesclerosis es consecuencia de una deficiencia prolongada de vitamina C, lo que permite la acumulación de colesterol en las paredes arteriales.

La última estrategia nutricional para combatir los niveles anormalmente altos de grasa en la sangre es el aminoácido no esencial L-carnitina. Se le considera un neutralizador eficaz de las grasas dado que transfiere los ácidos grasos hacia la mitocondria y puede disminuir los niveles de colesterol al tiempo que incrementa la proporción de las benéficas lipoproteínas de alta densidad. Se encuentra directamente relacionada con la función del músculo cardíaco y es deficiente en tejidos cardíacos dañados.

PROTECCION CELULAR

Los minerales trazas selenio y zinc, así como el beta caroteno y las vitaminas C y E, actúan como antioxidantes ayudando a proteger los tejidos vitales de la actividad nociva de los radicales libres. Como

usted recordará, los radicales libres se producen a partir de los procesos metabólicos normales, así como de la exposición a la radiación y a los carcinógenos químicos. Los radicales libres atacan a las membranas celulares sensibles al ADN ocasionando una multitud de enfermedades degenerativas. Los antioxidantes protegen contra estas enfermedades al remover los radicales libres antes de que tengan posibilidad de hacer daño. Estos nutrientes protectores se encuentran en los granos enteros, en los frutos cítricos y en los vegetales de hoja y de tonalidad amarilla intensa, La familia de los crucíferos, como la col, el nabo, la coliflor, el brócoli y las coles de Bruselas, son ricas en otra familia de sustancias llamadas indoles que combaten el cáncer.

La vitamina B-6 tiene fama de ser un supernutriente con notable capacidad para metabolizar las grasas y prevenir las enfermedades cardiacas. El doctor Kilmer Mc. Cully que estuvo al servicio de la Escuela de Medicina de Harvard, considera que la vitamina B-6 puede bloquear las lesiones originales ocasionadas por la homocisteína, aminoácido tóxico, que sufre el revestimiento de las arterias. La vitamina B-6 neutraliza los efectos de este aminoácido convirtiéndolo en una sustancia no tóxica que el cuerpo puede utilizar sin riesgo alguno. Entre las fuentes alimenticias ricas en Vitamina B-6 figura el plátano, la zanahoria, la cebolla, la col, el camote, los espárragos, los nabos verdes, las lentejas, los chícharos y la levadura de cerveza.

AJOS Y CEBOLLAS

He aquí dos vegetales que favorecen el metabolismo de los lípidos y que son de una gran versatilidad en la práctica culinaria.

Prácticamente no existe una cocina en el mundo que no recurra al ajo y a la cebolla explotando sus cualidades medicinales y saborizantes.

El ajo se ha utilizado desde la antigüedad por sus propiedades curativas. Durante la Edad Media su valor medicinal era sumamente apreciado para contrarrestar los efectos de las plagas asesinas. En una etapa tan reciente como la Segunda Guerra Mundial fue utilizado para combatir la tifoidea y la disentería. Las poderosas propiedades germicidas y revitalizadoras del ajo han sido reconocidas hasta nuestros días. Es sumamente útil en el tratamiento de desórdenes relacionados con el hongo de la levadura. El doctor Michael J. Wargovich, del Anderson Hospital and Tumor Institute, en Houston, Texas, nos informa que el aceite de ajo puede inhibir el desarrollo de cáncer en animales de laboratorio.

La sustancia activa del ajo es un aceite volátil llamado alicina, que tiene propiedades que nulifican los efectos tanto de bacterias como de hongos, y es lo que imprime al ajo su característico olor. Se ha comprobado que este aceite ataca a las bacterias dañinas sin afectar a las benéficas. En estudios realizados en cultivos se ha podido comprobar que el ajo inhibe el crecimiento de los hongos *Candida albicans* y *Aspergillus niger*, levaduras que pueden afectar a muchos individuos alérgicos.

Además de la alicina, el ajo también contiene vitaminas y minerales traza, como el vanadio y el selenio (un poderoso antioxidante). Se sabe que el ajo ha contribuido a aliviar innumerables enfermedades, como la alta presión arterial, los males cardiovasculares, los problemas intestinales y del hígado y las afecciones sinusales.

A finales de los sesentas, los médicos empezaron a estudiar las propiedades del ajo como neutralizantes de las grasas. Los estudios

clínicos demostraron que se trata de un alimento sumamente eficaz para contrarrestar los altos niveles de colesterol y triglicéridos, y disminuir el hacinamiento de plaquetas atenuando su pegajosidad y reduciendo así la tendencia de la sangre a coagularse y evitando pérdidas del flujo sanguíneo a través del sistema arterial. Cada vez se conocen más los numerosos beneficios que brinda el ajo en padecimientos coronarios.

El modesto ajo también ha demostrado ser muy valioso al proteger las paredes arteriales de coágulos sanguíneos y acumulación de placas ateromatosas. El doctor Victor Gurewicz, profesor de medicina de la Universidad Tufts y director del laboratorio vascular en el Hospital de Santa Elizabeth, en Boston, ha demostrado a través de sus trabajos que tomando diariamente el jugo de ajo amarillo o blanco se pueden incrementar notablemente los niveles del benéfico colesterol LBD en la sangre. Los ajos rojos, de sabor más suave, no parecen tener el mismo efecto que las variedades amarillas o blancas, de sabor más fuerte. Otro investigador destacado, el doctor Arun Bordia, ha logrado disminuir los niveles de grasa en la sangre de sus pacientes enfermos de las coronarias mediante el consumo de ajos y cebollas.

En cuanto a la cocina, el ajo tiene la distinción de ser el segundo condimento que más se utiliza en Norteamérica (la pimienta negra ocupa el primer lugar). Su sabor es sumamente apreciado en una amplia variedad de platillos, desde las sopas hasta los platillos fuertes. Existen libros enteros de cocina dedicados exclusivamente al ajo, y año con año en Gilroy, California, tiene lugar un festival del ajo, mundialmente reconocido, en el cual se presentan nuevas innovadoras formas de comer la venerable "rosa fétida".

A través de algunos estudios se ha demostrado que el cocimiento

reduce la capacidad de la cebolla de controlar el colesterol. Esta misma condición puede aplicarse al ajo. De ahí que usted probablemente quiera consumir el ajo y la cebolla crudos, pero encapsulados, y recibir así sus plenos beneficios terapéuticos y eliminadores de grasa. Se pueden conseguir cápsulas de ajo inodoras, pero no todas contienen alicina. Asegúrese de que en la etiqueta se especifique el contenido de esta sustancia.

La verdad en cuanto a la fibra

La fibra puede quitarle un peso de encima .

JERRY VAN AMERONGEN

caricaturista

La fibra es la parte indigestible de las plantas comestibles que solíamos llamar "forraje". En vista de que la fibra es indigestible, no posee directamente un valor nutricional, sin embargo, si desempeña un papel en la nutrición. Al igual que las grasas esenciales, la fibra proporciona, a quien sigue una dieta, la sensación de estar satisfecho y un buen número de beneficios concurrentes a nivel de salud. Cuando la fibra absorbe el agua y avanza por los intestinos, nos sentimos satisfechos con una cantidad menor de calorías. Otras ventajas que obtenemos al consumir fibra dietética incluyen un nivel estable de azúcar en la sangre, un mayor control de colesterol y una mejor eliminación por parte de los intestinos. Estos efectos dependen del tipo de fibra que se consuma.

La fibra dietética se puede dividir en dos clases, soluble e insoluble. Las fibras solubles en agua, que proceden de frutas,

verduras, chícharos, frijoles y avenas son ricas en pectinas y gomas, que retrasan el proceso de absorción de carbohidratos, los que contribuyen a estabilizar los niveles de azúcar en la sangre. También se cree que rodean a las moléculas del colesterol con un revestimiento de apariencia gelatinosa que inhibe la absorción del colesterol hacia el flujo sanguíneo. Las fibras solubles en agua también pueden ayudar a retardar la digestión el tiempo suficiente como para permitir que la lipasa, enzima que se encarga de digerir las grasas, las desintegre todavía antes de que sean absorbidas.

Las fibras insolubles, provenientes del salvado de trigo, los granos enteros y los frijoles, coadyuvan la eliminación. Si bien no se disuelven en el agua, sí la absorben en el tracto digestivo, permitiendo que los materiales de desecho se desplacen a un ritmo más acelerado. Las fibras insolubles contribuyen a aliviar los desórdenes intestinales como estreñimiento y enfermedades diverticulares en que las áreas debilitadas de las paredes intestinales sufren inflamación. También pueden ofrecer protección contra el cáncer de colon al remover los carcinógenos solubles en grasas. Cuando los aceites y las grasas son ingeridos, el hígado produce ácidos biliares que proceden a desintegrarlos para una mejor digestión en los intestinos. Los ácidos biliares pueden ocasionar cáncer si permanecen en contacto con las paredes intestinales durante mucho tiempo. Las fibras agilizan el tránsito de modo que los desechos nocivos son retirados prontamente del sistema.

Sin embargo, debido a su rugosidad, una cantidad excesiva de fibra puede irritar los intestinos, lo que no sucede con las fibras más suaves solubles en agua. Otro problema que se presenta con la fibra de grano, especialmente con el salvado de trigo, es que puede interferir con la absorción de minerales como el calcio, el magnesio,

el hierro y el zinc.

La guía que se incluye a continuación le permitirá dar con la fibra que mejor se adapte a sus requerimientos:

En dónde se puede encontrar la fibra soluble

Alimento	porción	Fibra Soluble (en g.)
GRANOS		
Salvado de avena	1/3 de taza, seco	2,0
All-Bran	1/3 de taza	1,7
Panecillos de salvado		
de avena	1	1,6
Harina de avena	3/4 de taza, cocida	1,4
Pan de centeno	2 rebanadas	0,6
Pan de trigo integral	2 rebanadas	0,5
FRIJOLES Y CHICHAROS SECOS		
Frijol de carita	1/2 taza, cocido	3,7
Alubias	1/2 taza, cocidas	2,5
Frijol moteado	1/2 taza, cocido	2,3
Frijol blanco	1/2 taza, cocido	2,3
Lentejas	1/2 taza, cocidas	1,7
Chícharos secos	1/2 taza, cocidos	1,7
VERDURAS		
Chícharos	1/2 taza, de lata	2,7
Maiz	1/2 taza, cocido	1,7
Camote	1, horneado	1,3

Calabacitas	1/2 taza, cocidas	1,3
Coliflor	1/2 taza, cocida	1,3
Brócoli	1/2 taza, cocida	0,9

FRUTAS

Ciruela pasa	4	1,9
Pera	1	1,1
Manzana	1	0,9
Plátano	1	0,8
Naranja	1	0,7

Fuente: Comunicación personal con Janet Tietyen, Investigador en Dietética al servicio del Dr. James Anderson, Centro Médico de la Universidad de Kentucky.

Nota: Los investigadores continúan perfeccionando métodos para analizar el contenido, tanto total como soluble, de las fibras en los alimentos. Estos valores pueden diferir de los valores propuestos anteriormente por el doctor Anderson y de los proporcionados por otros investigadores.

Fuente: *Nutrition Action Health Letter*, Diciembre de 1985.

El salvado de avena, que también contiene AGL en muy pequeñas cantidades, es la fibra soluble en agua que mayor popularidad tienen actualmente. Estudios dirigidos por el doctor James Anderson, jefe de endocrinología del Centro Médico de la Universidad de Kentucky, demuestran que un régimen a base de salvado de avena logró reducir los niveles de colesterol en un promedio de 19 por ciento en un período de tres semanas. En otros estudios clínicos se pudo comprobar la eficacia del salvado de trigo, la pectina, las cáscaras de la semilla del psyllium, y la goma guar (una fibra que se obtiene del frijol) en la disminución de los niveles de

colesterol en la sangre. Sin embargo, de todos, el salvado de avena es una de las fuentes de fibra más fáciles de agregar a la dieta. Por su capacidad de combatir el colesterol, el salvado de avena constituye una buena adición a la dieta de aquellas personas que padecen elevados niveles de colesterol en la sangre. Puede tomarse como cereal en el desayuno, como espesador de ciertos platillos o espolvoreado sobre los alimentos a cualquier hora del día.

El doctor Denis Burkitt, cirujano británico que vivió durante veinticinco años en África, es el pionero de la investigación en el terreno de las fibras. Durante el tiempo que permaneció en Uganda, pudo observar que entre las poblaciones rurales de África prácticamente no existen casos de cáncer o enfermedades cardíacas. Aquellos que consumían una dieta ordinaria rica en fibras no sufrían enfermedades como estreñimiento, hernia hiatal y/o várisis. Los africanos consumen en promedio 25 gramos de fibra al día y, con este incremento en su masa fecal, el tiempo de tránsito de sus evacuaciones a lo largo de los intestinos es más breve; aproximadamente treinta horas, frente a las setenta horas o más que suele tener el norteamericano promedio. Un tiempo de tránsito más breve, como se explicó anteriormente, significa que los desechos biliares tienen menos tiempo para descomponerse en sustancias tóxicas. Asimismo, la putrefacción bacteriana se reduce a un mínimo.

La dieta del norteamericano promedio incluye aproximadamente 10 gramos de fibra. Sin embargo, lo deseable para unos intestinos limpios, una sensación menos apremiante de apetito para evitar el cáncer de colon, sería aumentar la ingestión a niveles de 25 a 40 gramos diariamente. Una dieta rica en fibras también permite controlar los niveles elevados de grasas en la sangre y la diabetes de la edad adulta. La fibra retarda el proceso de absorción de nutrientes,

lo que propicia una mayor estabilidad en los niveles de azúcar en la sangre.

No es necesario contabilizar los gramos de fibra en tanto que usted consuma alimentos sin refinar. Por ejemplo, el arroz no pulimentado contiene tres veces más fibra que el arroz blanco; y una manzana cruda tiene el doble de fibra que una cantidad equivalente de salsa de manzana. Los productos ricos en fibra como frijoles, granos y verduras son ricos también en carbohidratos y forman parte de la Nueva Dieta Nutricional.

VOCABULARIO

prescripción <i>f.</i> 处方	的(人)
óptimo, ma <i>adj.</i> 最佳的	enfermedades coronarias 冠心病
dieta <i>f.</i> 饮食控制, 特种饮食	enfermedades degenerativas 引起蜕化的疾病
colesterol <i>m.</i> 胆固醇	males cardiovasculares 心血管病
sodio <i>m.</i> [化]钠	bantús <i>m.</i> (南非的)班图人
carbohidratos complejos 复合碳水化合物	meollo <i>m.</i> 实质, 本质
ejercicio aeróbico 呼吸新鲜空气的体育锻炼	grasas saturadas 饱和脂肪
proteína <i>f.</i> 蛋白质	esquimales <i>m. pl.</i> 爱斯基摩人
productos lácteos 奶制品	la incidencia de enfermedades cardíacas 心脏病的发病率
dieta espartana 严格的饮食控制	estar exento de 不受……的影响
insulina <i>f.</i> 胰岛素	
diabético, ca <i>adj.</i> 患糖尿病	

foca *f.* 海豹
 ballena *f.* 鲸
 morsa *f.* 海马
 arenque *m.* 鲱鱼
 salmón *m.* 三文鱼
 sistema inmunológico 免疫系统
 síndrome premenstrual 月经前
 反应
 prostaglandina *f.* 前列腺素
 hormona *f.* 激素, 荷尔蒙
 obturación *f.* 堵塞
 inflamación *f.* 发炎
 alergia *f.* 过敏
 coagularse *vr.* 凝固, 凝结
 plaqueta *f.* 血小板
 constricción *f.* 收缩
 vasos sanguíneos 血管
 membrana celular 细胞膜
 efectos reguladores 调节作用
 pesticida *m.* 杀虫剂
 herbicida *m.* 除莠剂
 obesidad *f.* 肥胖症
 revertimiento *m.* 复原
 triglicérido *m.* 甘油三脂
 trombosis *f.* 血栓形成
 inhibir *vt.* 抑制
 catalizador *m.* [化]催化剂
 antiinflamatorio, ria *adj.* 消
 炎的
 linfocito *m.* 淋巴细胞
 psoriasis *f.* 牛皮癣, 银霄病
 eczema *m.* 湿疹
 acné *f.* 粉刺
 levadura *f.* 酵母
 metabólico, ca *adj.* 新陈代谢
 的, 代谢作用的
 cólico *m.* 绞痛, 疝痛
 irritabilidad *f.* 暴躁, 易怒
 mitocondria *f.* [生]粒线体
 glándulas suprarrenales 肾上腺
 aderezo *m.* 佐料, 调味品
 renuente *adj.* 反感的, 抵触的
 cártamo *m.* 红花
 hidrogenado, da *adj.* 氢化了
 的
 margarina *f.* 人造黄油
 nutriólogo, ga *m., f.* 营养学
 家
 veteadado, da *adj.* 有条纹的, 有
 纹理的
 oxidación *f.* 氧化
 homogeneización *f.* 均匀化,
 均质化
 sortear *vt.* 逃避, 避开
 salchicha *f.* 香肠, 腊肠
 mayonesa *f.* 色拉酱
 sirloin *m.* 牛的上腰部肉, 牛
 腰肉

pecana <i>f.</i> (美洲)薄壳山核桃	corroerse <i>vr.</i> 腐蚀
macadamia <i>f.</i> 澳洲坚果	arterioesclerosis <i>f.</i> 动脉硬化
jaiba <i>f.</i> 海蟹	aneurisma <i>m.</i> 动脉瘤
sorbete <i>m.</i> 果汁冰糕, 杯装冰淇淋	acelga <i>f.</i> 莙菜
hormonas adrenales 肾上腺激素	sesos <i>m. pl.</i> 脑子
lubricante <i>m.</i> 润滑剂	molleja <i>f.</i> 胰脏
placas ateromatosas 动脉粥样硬化	casis <i>m.</i> 黑醋果
radicales libres 自由基	plancton <i>m.</i> 浮游生物
natillas <i>f. pl.</i> 牛奶蛋糊	krill <i>m.</i> 磷虾
budin <i>m.</i> 布丁	linaza <i>f.</i> 亚麻子, 亚麻仁
lipoproteína <i>f.</i> 脂蛋白	bifenilo <i>m.</i> 二苯
lipido <i>m.</i> 类脂	arsénico <i>m.</i> 砷
glándula tiroides 甲状腺	lecitina <i>f.</i> 卵磷脂
hipotiroidismo <i>m.</i> 甲状腺机能减退	substancia emulsificante 乳化物质
recalcar <i>vt.</i> 强调	niacina <i>f.</i> 烟碱酸
correlacionar <i>vt.</i> 使相互关联	aminoácido <i>m.</i> 氨基酸
hipertiroidismo <i>m.</i> 甲状腺机能亢进	selenio <i>m.</i> 硒
medidas preventivas 预防措施	carcinógeno <i>m.</i> 致癌物质
teoría visionaria 想象中的理论	crucífero, ra <i>adj.</i> 十字花科的
embrión <i>m.</i> 胚胎	fibra <i>f.</i> 纤维
excretado, da <i>adj.</i> 排泄的, 分泌的	pectina <i>f.</i> 果胶
	lipasa <i>f.</i> 脂酶, 脂肪酶
	enzima <i>f.</i> 酶
	rugosidad <i>f.</i> 粗糙

[G e n e r a l I n f o r m a t i o n]

书名 = 新编西班牙语阅读课本 第三册

作者 = B E X P

页数 = 5 7 5

下载位置 = <http://read3.5read.com/diskgnab/gnab59/07/!00001.pdg>

封面
书名
版权
前言
目录
正文